

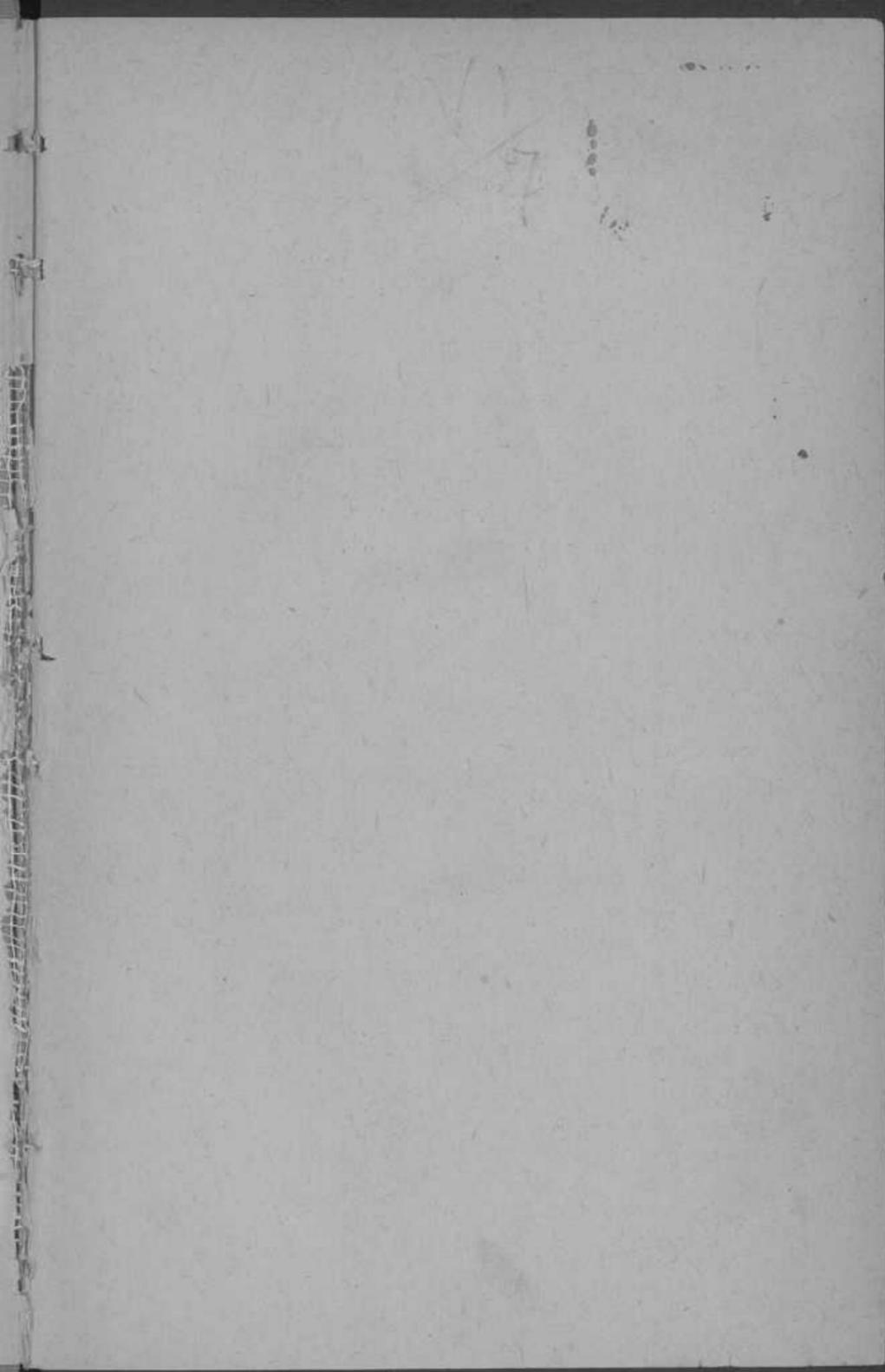
DRIOUX
CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL

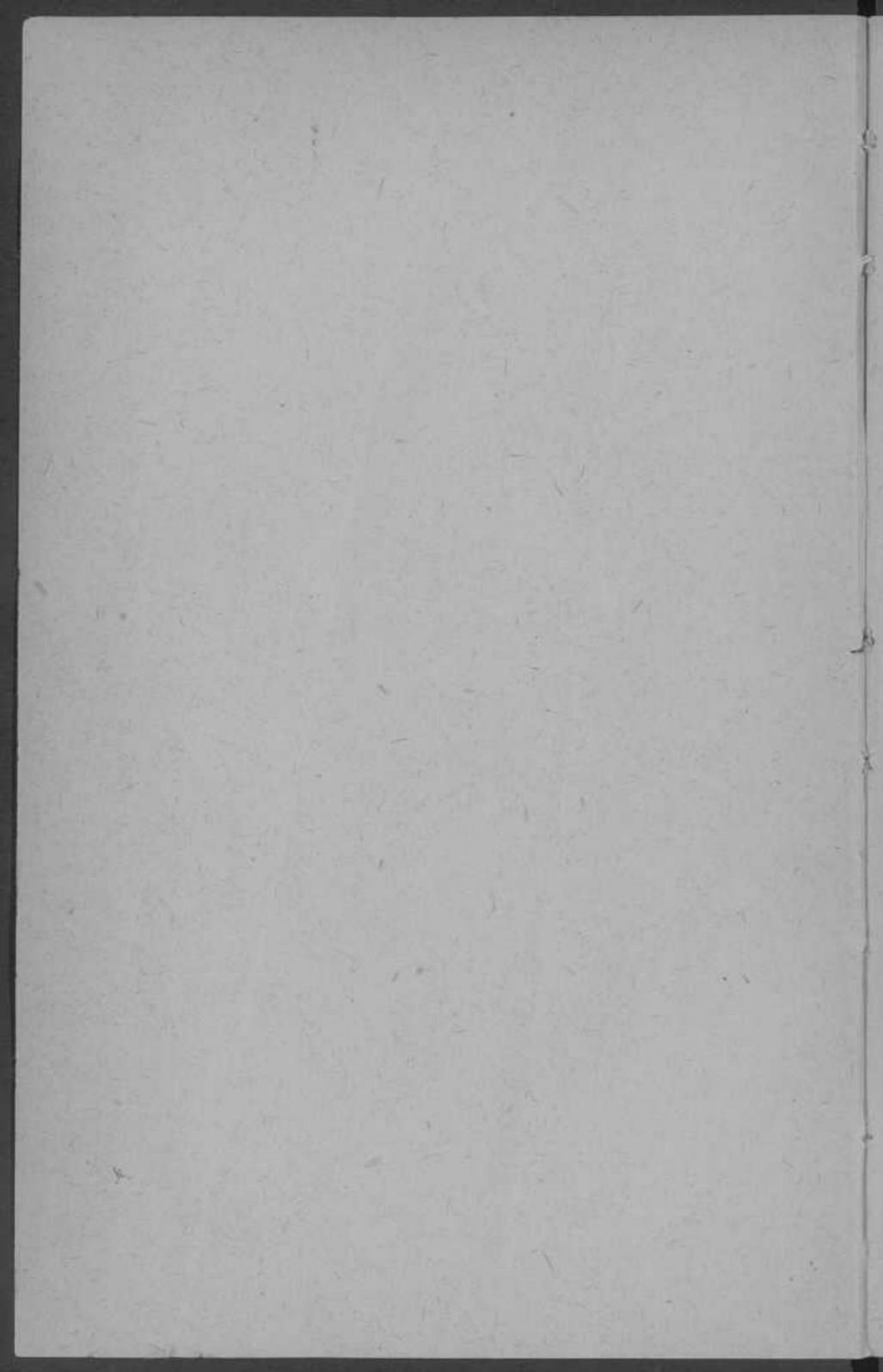
Historia
ROMANA

LIBRERÍA DE LA V^{ta} DE CH. BOURET
PARÍS | MÉXICO



~~12.056~~





D-37497



HISTORIA ROMANA

NUEVO CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL

Por el Abate DRIOUX

7 TOMOS EN 12

- I. Historia antigua de Oriente
 - II. — de Grecia.
 - III. — romana.
 - IV. — de la Edad media, desde el siglo V hasta el final del XIII.
 - V. — de la Edad media y principio de la moderna, desde fines del siglo XIII hasta los comienzos del XVII.
 - VI. — de la Edad Moderna, desde 1610 hasta 1789.
 - VII. — contemporánea, desde 1789 hasta nuestros días
-

HISTORIA ROMANA

ESCRITA

Con arreglo á los programas de la Universidad de Francia

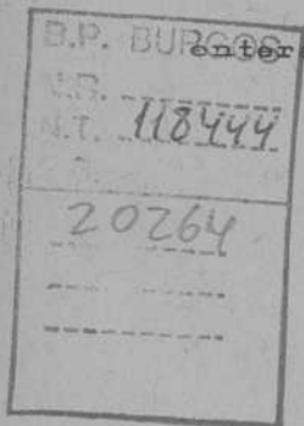
POR

El Abate DRIOUX

CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR
VICARIO GENERAL Y CANÓNIGO HONORARIO DE LANGRES
DOCTOR EN TEOLOGÍA
PROFESOR QUE HA SIDO DE HISTORIA Y DE RETÓRICA
MIEMBRO DE LA SOCIEDAD LITERARIA
DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LANGRES

NUEVA EDICIÓN

enteramente refundida



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

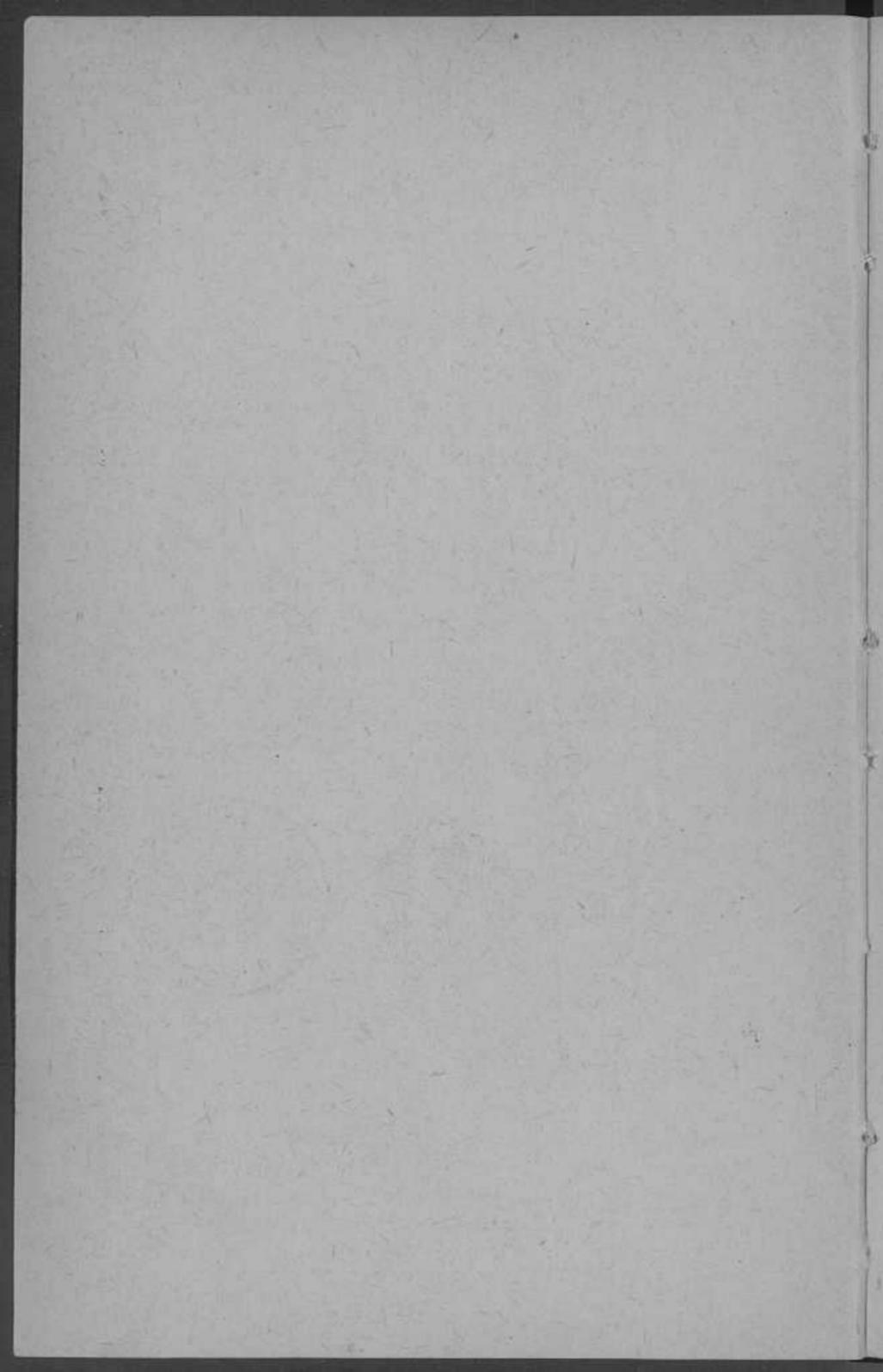
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO

Sociedad de Edición y de Librería
Franco Americana

29 y 45, Avenida Cinco de Mayo

1926



HISTORIA ROMANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

GEOGRAFÍA FÍSICA DE LA ITALIA.

Resumen. — La Italia es una de las tres grandes penínsulas de Europa. En el centro de ese país es donde se alzó el poder romano, que dominó al mundo entero.

I. Bñala el Mediterráneo, que toma los nombres de mar de Liguria y de mar Tirreno al oeste, de mar de Sicilia y de mar Jónico al sur, y de mar Adriático al este. Los principales golfos formados por esos mares son los de *Terina*, de *Laus*, de *Pæstum* y de *Puteoli* al oeste; de *Scyllacium*, de *Tarento*, de *Urias*, de *Tergesto* y el *Hanático* al este.

Todas las montañas de Italia se derivan de dos grandes cordilleras, los *Alpes* y los *Apeninos*.

El *Po* es el mayor de los ríos que riegan el país; luego vienen el *Atesis*, el *Tiberis*, después del que sólo hay otros poco importantes.

Los grandes lagos son : al norte, el *Verbano*, el *Lario*, el *Sevino* y el *Benaco*. También citaremos el *Trasimeno*, el *Averno* y el *Fucino*, á causa de los recuerdos que despiertan.

II. Las grandes islas conquistadas por los romanos son la *Sicilia*, la *Cerdeña* y la *Córcega*.

Independientemente de esas grandes islas, había además en la costa occidental las islas de *Ilva*, de *Planasia*, de *Pontia*, de *Pandataria* de *Pithecusa* y de *Caprea*, y alrededor de Sicilia las islas de *Eolo* ó de *Vulcano*, las *Egates* y las de *Gautos* y *Melita*.

§ I. — Geografía física de la península.

1. Límites generales. — La Italia está limitada al norte por los Alpes, al este por el mar Adriático ó Superior, *mare Superum*; al sur, por el mar Jónico, *mare Ionium*, y el mar de Sicilia, *mare Siculum*; al oeste por el mar inferior, llamado también Tirreno, *mare Inferum aut Tyrrhenum*. Este último mar tomaba igualmente un tercer nombre en las costas de la Liguria,

mare Ligusticum. Esa extensa península era denominada por los antiguos *Saturnia*, *Ænotria*, *Ausonia* y *Hesperia*. Este calificativo le era común con España; y para no confundirlas se llamaba á Italia *Hesperia Menor* y á España *Hesperia mayor*.

2. Mares y golfos principales. — Los mares que bañaban á Italia eran, al oeste, el mar de Liguria (*mare Ligusticum*) y el mar Inferior ó Tirreno (*mare Infernum aut Tyrrhenum*); al sur, el mar de Sicilia (*mare Siculum*) y el mar Jónico (*mare Ionium*); al este, el mar Adriático ó Superior (*mare Adriaticum aut Superum*).

Esos mares formaban golfos muy importantes. Así, en las costas occidentales, yendo de sur á norte, se hallaban el golfo de *Terina* (golfo de Santa Eufemiana), el de *Laus* (golfo de Policastro), el de *Pæstum* (golfo de Salerno) y el golfo de *Puteoli* (golfo de Nápoles), en el Tirreno, y el golfo *Ligústico* (de Génova), llamado mar de Liguria, formado por el mar Interior propiamente dicho. En las costas orientales se veían, al sur el golfo de *Scyllacium* (de Squillace) y el de *Tarento* ó mar de Ausonia, constituidos por el mar de Sicilia, y al norte el de *Urias* (de Manfredonia), el de *Tergesto* (de Trieste) y el *Flanático* (golfo Quarnero) en el Adriático. Estos dos últimos se hallaban á los lados de la pequeña península de Histria (Istria), que se consideraba como parte de Italia.

3. De las montañas. — Las montañas de Italia pueden dividirse en dos grandes cordilleras, la de los *Alpes* y la de los *Apeninos*.

La de los *Alpes* la limita al norte y se extiende de oeste á este. Sus diferentes partes recibían nombres diversos. Así, yendo del sudoeste al nordeste, se hallaban, á orillas del golfo Ligústico, los Alpes Marítimos (*Maritimæ*), calificativo que debían á la circunstancia de hallarse cerca del mar; los Alpes *Cottianos* (*Cottixæ*), en que se eleva el monte Cenis; los Alpes *Graios* (*Graixæ*), que se extendían hasta los orígenes de la *Duria mayor*

(*Duria major*); los Alpes *Peninos* (*Penninæ*), que comprendían lo que hoy llamamos Mont-Blanc, el San Bernardo, el Mont Rosa, el Simplón y el San Gotardo, las cimas más altas de la cordillera; los Alpes *Réticos* (*Reticæ*), que se prolongan hasta los orígenes del *Athesis* (Adigio); los Alpes *Tridentinos* (*Tridentinæ*), que no son más que la continuación de los Alpes Réticos, los Alpes *Nóricos* (*Noricæ*), que son la continuación de los Tridentinos, y los *Cárnicos* (*Carnicæ*), que limitan la Italia al nordeste y dan origen á los ríos cuyas aguas van á perderse en el golfo de Tergesto.

Los *Apeninos* son montañas muy inferiores á los Alpes. Esta cordillera empieza precisamente donde acaba la de los Alpes, cerca del golfo Ligústico, y recorre la Italia en toda su extensión, de norte á sur. Á partir del punto en que principian, los Apeninos van elevándose siempre hasta el centro de Italia. Se les han dado los nombres de Alpes *ligúricos*, de Apeninos *etruscos*, *romanos* y *napolitanos*, según el país que atraviesan. Los Apeninos romanos terminan al norte de la Gran Grecia ó Grecia Mayor, y desde ese lugar las montañas van disminuyendo de altura hasta el mar.

Al este de esa gran cordillera, que va de norte á sur, se veía el monte *Gargano*, que formaba en el Adriático el promontorio del mismo nombre (*Garganum*); y el monte *Vultur*, al sur del Aufido en Apulia. Al oeste se distinguían en la Etruria el promontorio de *Populonium* (cabo de Piombino), el *Soractes*, sobre la orilla derecha del Tíber; en la Campania, el monte *Másico* y la campiña de *Falerno*, que Horacio ha celebrado tan á menudo; los promontorios de *Misena* (cabo Mesino) y de *Minerva* (cabo de Minerva), que servía de barrera al golfo de Puteoli, y el *Vesubio*, famoso volcán, que se halla entre esos dos promontorios.

Hoy ya no se habla más que de las erupciones del *Vesubio*, pero en la antigüedad todas las montañas de Italia estaban desgarradas por los volcanes. El naturalista puede ver aún las terribles señales de esos

estragos en las rocas basálticas del Tirol, y de las regiones veronesa, paduana y vicentina. El historiador halla esos vestigios en las tradiciones populares que narran ruidos subterráneos y trastornos sufridos en Etruria, la tierra de los prodigios. Añádanse á esas relaciones la fábula de Caco, que vomitaba fuego á orillas del Tiber, el abismo de Curcio en Roma, las murallas de llamas que se aparecían á Prenesto en el Lacio, las islas salidas del mar, los campos flegeanos, y toda la Italia antigua os aparecerá agitada sin cesar por las convulsiones volcánicas.

4. De los ríos. — En toda Italia no hay más que un gran río, *Padus* (Pó ó Eridán), que corre en la parte septentrional, en el fondo de una magnífica cuenca cerrada al sur por la cadena de los Apeninos, al oeste y al norte por los Alpes. Sus principales afluentes son, á la derecha : *Tanarus* (el Tanaro), *Trebia* (el Trebia), *Tarus* (el Taro), *Gabellus* (el Secchia), *Scultena* (el Parnaro), *Rhenus* (el Reno). Á la izquierda, recibe : *Doria Riparia* (el Doria menor), *Doria Baltea* (el Doria mayor), *Sessites* (el Sesia), *Ticinus* (el Tesino), que sirve de salida al lago *Verbanus* (el lago Mayor), *Addua* (el Adda), que sale del lago *Larius* (de Como); *Ollius* (el Oglio), que atraviesa el lago *Sevinus* (lago de Iseo); *Mincius* (el Mincio), que sale del lago *Benacus* (de Garda).

Al norte del Pó se notaban *Athesis* (el Adigio), el segundo río de Italia; el *Medoac* mayor y el menor (el Bacchiglione y el Brenta), *Piavis* (el Piava), *Tilavemptus* (el Tagliamento) y *Sontius* (el Isonzo), que arrojaban sus aguas al Adriático.

La parte meridional de Italia es demasiado estrecha para estar regada por grandes ríos. Entre los riachuelos que llevan sus aguas al mar Tirreno distinguiremos solamente, yendo de norte á sur, *Arnus* (el Arno), *Ombro* (el Ombrone): el *Marta*, que sirve de salida al lago *Vulsiniano* (de Bolsena); el *Tiber*, que riega la campiña de Roma; el *Vulturno*, en la Campania: *Silaris* (el Selé), que desagua en el golfo de Pæstum; *Laus*

(el Lao), que daba su nombre al golfo que lo recibe, y el *Metauro*, cerca del estrecho de Mesina.

La vertiente oriental de los Apeninos enviaba al golfo de Tarento, llamado también *mar de Ausonia*, *Aciris* (el Agri), *Casuentus* (el Bisiento) y *Bradanus* (el Brandano); en el mar Adriático propiamente dicho, *Aufidus* (el Ofanto), *Cerbalus* (el Cervaro), *Tifernus* (el Tiferno), *Aternus* (el Pescara), *Truentus* (el Tronto), *Æsis* (el Ésino), el *Metauro*, *Pisaurus* (el Foglia) y el *Rubicón* (Pisatello), que César ha inmortalizado. Todos estos últimos ríos se hallaban al sur del Po.

5. De los lagos. — Ya hemos dado á conocer, en la cuenca del Po, el lago *Verbanus* (lago Mayor), el lago *Larius* (lago de Como), el lago *Sevinus* (lago de Iseo) y el *Benacus* (lago de Garda). También hemos nombrado al lago *Vulsiniano* (lago de Bolsena), que se hallaba al sur de la Etruria. Pero, independientemente de esos lagos, cuyas aguas van al mar por los ríos, había otros que las tenían estancadas. Tales eran el *lago de Trasimeno* (de Perusa), á la derecha del Tiber; el *Averno*, en la Campania, al norte de Bayes, denominado así porque se creía que sus exhalaciones eran mortales para las aves que trataban de atravesarlo, y el lago *Fucinus* (el Fucino), al norte del Samnio.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|---|
| <p>1. ¿Cuáles eran los límites de Italia? ¿Qué nombres dieron los antiguos á esa península?</p> <p>2. ¿Qué mares la bañaban? ¿Qué golfos formaban sus mares en las costas occidentales? ¿Qué golfos formaba el mar de Sicilia? ¿— el mar Adriático?</p> <p>3. ¿En cuántas cordilleras se dividían las montañas de Italia? ¿Qué nombres recibían las diferentes partes de la cordillera de los Alpes? ¿Cuál es el carácter de los Apeninos? ¿Qué montañas se observaban al oeste de dicha cordillera? ¿— al este?</p> | <p>¿Ha habido muchos volcanes en Italia?</p> <p>4. ¿Cuál es el río mayor de Italia? Cite V. los nombres de sus principales afluentes. ¿Cuáles son los ríos ó riachuelos dignos de mención que se hallan al norte del Po? ¿Cuáles son los que desembocan en el mar Tirreno? ¿— en el golfo de Tarento? ¿— en el Adriático?</p> <p>5. ¿Qué grandes lagos se hallan en la cuenca del Po? ¿Había otros lagos notables? Citelos V.</p> |
|--|---|

§ II. — De las islas.

1. De las grandes islas. — Las tres grandes islas conquistadas por los romanos eran la *Sicilia*, la *Cerdeña* y la *Córcega*.

La *Sicilia*, situada al sur de la Italia meridional, de la que sólo la separa el estrecho de Sicilia y el *faro de Mesina*, había sido llamada también *Sicania*, por el nombre de un pueblo que la había habitado primitivamente. Su forma triangular y sus tres cabos, el de *Pelora* al nordeste, el *Pachynum* al sudeste y el *Lilibeo* al oeste, la habían hecho denominar *Trinacria*. Sus montañas eran los montes *Nebrodes* y los *Hereanos* ó de Juno. Estos últimos comprendían el monte *Etna*, en que los poetas colocaban las forjas de Vulcano y la morada de los Cíclopes. Todas las aguas que la regaban estaban distribuídas en tres vertientes: la primera al norte, la del mar Tirreno; la segunda al este, la del mar de Sicilia; y la tercera al sur, la del mar Inferior. No citaremos sus ríos, porque no son importantes ni célebres.

Sus ciudades principales eran: sobre el mar Tirreno, *Myles* (Millazzo), *Tundaris*, *Himera*, *Panormo* (Palermo), *Segesto* y *Drepana* (Trapani); en el mar Inferior, *Libibea*, *Selinonta*, *Agrigento* y *Gela*, y en el mar de Sicilia *Siracusa*, *Leontium* (Lentini), *Hybla la mayor* é *Hibla la menor*, *Catana*, *Tauromenium* (Taormina), *Zancla*, más tarde *Messana* (Mesina).

La *Cerdeña* ó *Sardinia* se hallaba al oeste de la Italia, en el mar Tirreno. Los griegos la habían llamado primeramente *Ichnusa* ó *Sandaliotis*, porque esa isla tiene la forma de un pie ó de una sandalia. Atravesábanla los montes *Insensatos*, *Insani montes* (de Limbarra), y estaba cubierta de pantanos pestilenciales. Los romanos la convirtieron en sitio de destierro. Sus ciudades principales eran al norte *Olbia* y *Turrís Libissonis* (Porto di Torre), y al sur *Caralis* (Cagliari), colonia fenicia agrandada por los cartagineses.

La *Córcega*, al norte de Cerdeña, sólo estaba separada de ésta por el estrecho de *Taphos* (bocas de Bonifacio). Los griegos la llamaban *Cyrnos*. Estuvo poblada de colonias fenicias, griegas, cartaginesas y romanas. Sus rudos habitantes no se dejaron sojuzgar nunca enteramente. Sus ciudades importantes eran al este *Mariana* y *Aleria*.

2. De las islas pequeñas. — No haremos más que citar las islas pequeñas de la Italia. En la costa occidental se observaban las islas de *Ilva* (Elba), de *Planaria* (Pirrosa), de *Pontia* (Ponza), de *Pandatharia* (Vandotena), de *Pithecusa* (Ischia), de *Caprea* (Capri). Alrededor de la Sicilia se hallaban las islas de *Eolo* ó de *Vulcano* (islas de Lipari) al norte, las islas *Egates* ó *Egades* al noroeste, y las islas de *Caulos* (Gozzo) y de *Melita* (Malta) al sur.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| 1. ¿Qué grandes islas conquistaron los romanos? ¿Dónde estaba situada la Sicilia? ¿Cuál es su forma? Cite V. sus principales ciudades. ¿Dónde estaba la Cerdeña? ¿Para qué la emplearon los romanos? ¿Cómo llamaban los griegos á Córcega? | Cite V. sus ciudades importantes.
2. ¿Cuáles eran las islas pequeñas que se hallaban en la costa occidental de Italia? ¿Cuáles rodeaban al norte la Sicilia? ¿— al noroeste? ¿— al sur? |
|--|--|

CAPÍTULO II.

FUNDACIÓN DE ROMA. LOS REYES (1).

Resumen. — Los orígenes de Roma son inciertos, como los de todos los pueblos antiguos. Sin embargo, es muy útil referir cuanto sobre eso sabemos, porque en el estudio de esos elementos primitivos es donde se halla el secreto de la grandeza de ese pueblo.

(1) AUTORES PARA CONSULTAR: Entre los antiguos, Tito-Livio, Denis de Halicarnaso; Plutarco, *Vidas de Rómulo y de Numa*. Entre los modernos, Heerén, *Manual de historia antigua*; Arendt, *Manual de antigüedades romanas*; Duruy, *Historia de los romanos*; Amadeo Thierry, *Historia de los galos*; Niebuhr, *Historia romana*, 3 vol.; Michelet, *Historia romana*, *Obras de Vico*

I. La causa principal de la elevación de Roma se encuentra sobre todo en el arte con que supo apropiarse todo lo bueno y útil que había en las naciones que rodearon su cuna. Esas naciones son los pueblos que habitaban la Italia primitiva. El más antiguo es el de los pelasgos, después del cual vinieron los sicilianos, los ligures y los vénetos, los ombrinenses, los griegos, los oscos y los galos. Roma se alzó en el centro de los oscos y sus primeras tradiciones se refieren á los reyes del Lacio; los griegos dominaban entonces en la Italia meridional, que por eso se ha llamado Grecia mayor ó gran Grecia; los etruscos ocupaban la Etruria ó Italia central, y el norte iba á pertenecer muy pronto á los galos, que no dejaron más que estrecho espacio á los ligures al oeste y á los vénetos al este.

II. La historia de los primeros reyes de Roma ha sido objeto de numerosos trabajos por parte de la crítica moderna. Algunos historiadores sólo han visto en ella relaciones fabulosas; pero, para descubrir el sentido de esas fábulas, han desplegado tanto ingenio, que no creemos hayan seguido el mejor camino para comprender una época tan simple, tan ignorante y tan sencilla. Sería difícil de seguro tomar al pie de la letra los relatos confusos, inverosímiles y contradictorios de Tito-Livio y de Denis de Halicarnaso. Diremos sin embargo que esas leyendas enriquecidas con maravillosos detalles por la imaginación de los pueblos, nos permiten comprender el carácter á la vez religioso y heroico de esa época. Así, los cuatro primeros reyes de Roma son como una personificación de las diferentes vicisitudes por que pasó ese pueblo durante su formación. El primero es un guerrero, pues Roma ha sido fundada sobre el derecho de conquista; su imperio es el de la fuerza, pero de la fuerza victoriosa. El segundo es por el contrario pacífico, y se consagra totalmente á las instituciones civiles y religiosas necesarias á la existencia de una sociedad. La guerra aparece de nuevo con el tercero, según lo indica su nombre, Tuló Hostilio, que tiene mucha analogía con Rómulo, como el cuarto la presenta con Numa.

III. Roma cambia de aspecto bajo el gobierno de los Tarquinos. Según lo dice Montesquieu, en su origen se parecía mucho menos á nuestras ciudades actuales que á las de Crimea, hechas para contener el botín, los animales y los frutos del campo. No tenía calles y sus casas eran muy pequeñas y colocadas sin orden; pero cuando los Tarquinos llegaron al soberano poder, se operó una metamorfosis completa. Edificóse el Capitolio; fundáronse los principales templos; los mercados, los baños, los acueductos, las cloacas dieron á la ciudad brillo sorprendente, y se emprendie-

ron infinidad de trabajos de tal magnificencia que, según la hermosa expresión de Bossuet, Roma no tuvo que avergonzarse de ellos cuando se vió señora del mundo. La pompa de los triunfos, el lujo de las decoraciones y el esplendor de los príncipes se hallaron en armonía con toda esa riqueza de adornos exteriores. La causa de lo dicho era la civilización adelantada de la Etruria, que los Tarquinos transportaron con ellos á Roma. Pero esa dominación extranjera acabó por ser insoportable á los romanos, quienes, olvidando el bien que les había hecho, no supieron más que reprocharle su despotismo y sus excesos. De ahí la gran revolución de que la muerte de Lucrecia fué simplemente el pretexto. Tiempo hacía ya que Bruto meditaba la ruina de esa dinastía, cuando pronunció sobre el cadáver de Lucrecia el famoso juramento que tan fatal fué para la monarquía en Roma.

§ I. — *Poblaciones antiguas. Los etruscos. Las colonias griegas. Fundación de Roma.*

1. De los pelasgos. — La población más antigua de Italia, la que tomó por orgullo los sobrenombres de *Aborigenes, basci-opici*, es decir autóctonos, era probablemente uno de los restos de la gran familia de Pelasgio, cuyas excursiones hemos seguido en la Grecia. Según la tradición, edificaron doce pueblos en Etruria, doce en las orillas del Po y doce al mediodía del Tiber (1). Esos terribles hijos de Enack (ó de Inaco) marcaron su paso por la tierra con construcciones gigantescas de que todavía se encuentran vestigios en las numerosas minas de la Sabinia y del Lacio.

2. De los sicanios y de los ligures. — Poco después de la llegada de los terribles colonos, el norte de Italia fué invadido por las tribus ibéricas de los sicanios y de los ligures (1600). Dichas tribus, rechazadas por una invasión de los celtas, salieron de España, donde se habían fijado, y se establecieron sobre ambas vertientes del Apenino septentrional en la comarca que más tarde recibió de los romanos el nombre de *Cisalpina*. El carácter belicoso de esas naciones, su cos-

(1) Véase la *Historia griega*.

cumbre de dividirse en tantas colonias ó poblaciones como valles ocupaban, fraccionó su poder hasta lo infinito y los tuvo sin cesar armados unos contra otros. Tan frecuentes combates y la llegada de los ombrienses decidieron el paso de los sicanios á Sicilia, cuya posesión partieron con los sículos que parece fueron los primeros habitantes de la isla. En cuanto á los ligures, quedaron dueños del territorio actual de Génova, que de su nombre tomó el de Liguria.

3. De los vénetos. — Después de los ligures, vinieron de Tracia y de Iliria los vénetos. Ese pueblo, hasta entonces tan pobre y tan débil, adquirió muy pronto riqueza y poder en la parte oriental de la Cisalpina, donde se estableció. Padua, la capital, hacía brillante comercio con Grecia y la Sicilia. Esa valerosa nación arrojó á los eugabienses, y cuando los etruscos vinieron luego á reclamar con las armas en la mano su parte de sol en aquella tierra encantadora de Italia, la Venecia se mantuvo firme y resistió victoriosamente los ataques de sus enemigos.

4 De los ombrienses — Los vénetos, los sicanios y los ligures ocupaban la Italia superior cuando se vió descender de la cumbre de los Alpes á los galos ombrienses (Ambra, nobles, valientes) (1350). Atacaron á los sicanios, todavía establecidos sobre el declive septentrional de los Apeninos, los obligaron á pasar á Sicilia, y repartieron el país conquistado en tres porciones: la Is-Ombría ó baja Umbría, que comprendía las llanuras circumpedáneas, la Oll-Ombría ó alta Umbría, entre el Adriático y el Apenino, y la Vil-Ombría, ó Umbría marítima, entre el Apenino, y el mar Tirreno. Aquellos bárbaros habitaban pequeñas aldeas abiertas, en medio de las llanuras, y vivían separados en colonias ó tribus, á la manera de los celtas.

5. De los etruscos. — Después de haberse multiplicado mucho, hacia el año 1050, los etruscos, llamados *Rhasenæ*, *Tusci*, salieron de la Rhecia y penetraron

en Italia por los Alpes Rhecianos. Se establecieron primero en la Vil-Ombría. Subyugaron después la Is-Ombría y atacaron á los oll-ombrienses, que al fin tuvieron que pedirles la paz. Esos nuevos conquistadores consiguieron aún llegar á formar tres grandes confederaciones compuestas de doce plazas fuertes, que los hicieron por algún tiempo dueños de casi toda la península, desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina. Reinaba la primera de dichas confederaciones sobre las orillas del Pó, la segunda tenía su centro cerca del Tiber en el país de los volsucos y de los rútu-los, la tercera en la Campania. Vultúrnium, Nola, Pompeya y Herculano fueron sus principales ciudades. Cultivaban con gran éxito las ciencias y las artes, y su dominación sustituyó en toda Italia á las rudas costumbres de los bárbaros las brillantes luces de una civilización relativamente muy avanzada. Pero carecían de unidad, y esa fué la causa de haber perecido nación tan grande.

6. De los griegos — Los griegos los arrojaron del mediodía de Italia y fundaron tantas colonias que por su número se llamó aquella comarca la *Grecia Mayor ó Gran Grecia*. Cumas fué la primera de las ciudades griegas que sustituyó su dominación á la de los etruscos. Luego se elevaron sucesivamente Metaponta, Naxos, Siracusa, Híbla, Leontium, Catana, Sibaris, Tarento, é infinidad de otras grandes poblaciones que aclimataron bajo el cielo de Italia y de Sicilia las costumbres y civilización de la Grecia (1).

(1) Tomamos de Cantú la tabla de las colonias griegas, según la diferente época de fundación de cada una.

1050. Cumas, fundada por los de Cimo en la Eubea, antes de la destrucción de Troya, produjo á Nápoles y á Zancle, que después tomó el nombre de Mesana; de Zancle salieron Himera y Mileto.

900. Metaponta, por los pilenos de Elida, á su regreso de Troya, luego vuelta á poblar por los aqueos y los sibaritas.

736. Naxos, por los calcideos de Eubea.

730. Siracusa, por los corintios: de ella Acra en 665, Casmena en 645, Camarina en 600.

750. Híbla por los megarenses; de ella Tapsos.

Todas esas colonias tuvieron sus filósofos y sus legisladores, como su madre patria. Pitágoras enseñaba en toda la Gran Grecia, mientras que Tales de Mileto tenía la primera escuela de filosofía en Jonia. Charondas y Zaleuco publicaban allí su código de leyes y se hicieron los bienhechores de aquella comarca, del mismo modo que Licurgo y Solón lo habían sido de Atenas.

7. De los oscos. — Mientras los griegos ilustraban así el mediodía de la Italia, al paso que la sometían á su dominio, se vieron aparecer en el centro las hordas bárbaras de los oscos. Eran una mezcla de todas las naciones que habían venido anteriormente á disputarse el imperio de Italia. Pronto se unieron todos esos pueblos y sacudieron el yugo de los etruscos. Adquirida su libertad, quedaron divididos en dos grandes confederaciones, según la naturaleza de su posición geográfica: los hombres de las montañas y los hombres de las llanuras. Los montañeses se llamaban *sabelianos* y sus principales tribus comprendían los sabinos, los marsos, los samnitas, los equos, los hérnicos, etc. Los *osci* ó habitantes de las llanuras contaban entre ellos á las tribus de los volsucos, de los latinos, de los arunces, é infinidad de otras hordas esparcidas en el Lacio y la Ausonia (1).

8. De los galos. — Los etruscos dominaban aún

730. Leontium, por los calcídeos; poco después Catana.
 720. Sibaris, por los aqueos; reemplazada por Turium, en 446, de ella Posidonia en 510.
 710. Crotona, por los aqueos.
 707. Tarento, por los lacedemonios; de ella Heráclea en 433.
 690. Gela, por los rodios; de ella Agrigento en 582.
 683. Locre de los epizefirianos, por los Locrios.
 668. Regios por los balcideos.
 664. Mesana, por los mesenios.
 536. Elea, por los focios, que en 600 fundaron á Marsella.
 436. Turium por los atenienses.

(1) Se llamaba así el país que se encuentra al sur del Lacio. Se había extendido desde el promontorio de Circe hasta el estrecho de Sicilia, pero era entonces muy reducido, pues lo formaban sólo algunas ciudades.

toda la Italia septentrional hacia mediados del siglo VIII, cuando fué fundada Roma. En el año de 587 una horda de galos, compuesta de bituriges, de eduos, de arvernos y de ambarres, pasó los Alpes al mando de Belloveso, desembocó por el monte Ginebra y les presentó la batalla en las márgenes del Tesino. Belloveso salió victorioso y se apoderó de todo el país que se extiende entre el Tesino y el Adda, al cual le dió el nombre de *Insubria*, aludiendo á las antiguas conquistas de los ombrienses; echó los cimientos de *Mediolanum* (Milán), é hizo de ella su capital.

Después bajó de los Alpes otro nuevo ejército de alerkes, de carnutas y sobre todo de cenomanos. Su jefe ó brenn era el impetuoso Elitovia (el Huracán). Ayudados de los insubrios, arrojaron á los etruscos de la Transpadania, fundaron Brescia y Verona, y conservaron el nombre genérico de cenomanos. Otra tercera emigración, formada de tribus lugurienses, se colocó poco después al occidente de los insubrios, del lado opuesto del Tesino.

Lo que había provocado ese movimiento en lo interior de la Galia, era una invasión de bimbrios ó *himbris* que habían dejado los bosques de la Germania y atravesado el Rhin. Después de apoderarse de las comarcas septentrionales de la Galia, muchas de sus tribus victoriosas se destacaron y cayeron sobre la vía abierta por los galos por la parte de Italia. Con el nombre de boyos, de anamanos y de lingones se establecieron en la orilla derecha del Po, y formaron lo que los romanos llamaron después la Galia Cispadana. Los lingones se habían colocado cerca del mar, no lejos de la desembocadura del Po; los boyos eligieron por capital á Felsina que llamaron *Bononia* (Bologna), y los anamanes se fijaron al occidente de los boyos. Una banda de cenones, que vino después de todas esas tribus, edificó á *Sena* (Sinigalia) su capital, al sur de los Lingones y se apoderó de todo el litoral del mar superior hasta el río *Æsis*, es decir, hasta el norte del Picenum.

Los etruscos se encontraron de ese modo estrechados entre los Apeninos, el Piceno y el Lacio. La confederación contó sin embargo doce grandes ciudades entre las cuales se distinguían *Pisæ* (Pisa), *Pistoia* (Pistoya), *Fæsula* (Fiesola), *Perusia* (Perusa), *Falerii* (Falari) y Veies. Pero esa última revolución en el norte de Italia no tuvo lugar sino es el año 521, de consiguiente siglo y medio después de la fundación de Roma.

9. De los primeros reyes del Lacio. — Según la tradición, el primer rey del Lacio fué Jano (1451), el segundo Saturno (1415), y el tercero Pico (1382). Bajo el reinado del cuarto, Fauno (1335), Evandro arribó á aquel país con una colonia de arcadienses Eneas llegó después, en tiempo de Latino, con cuya hija y heredera, llamada Lavinia, se casó. El héroe troyano derribó la dinastía indígena y se consoló de esa manera de la pérdida del reino de Priamo. Su hijo Ascanio le sucedió y puso los cimientos á una nueva capital que fué Albalonga. Ascanio dejó el trono á su hijo Silvio, quien dió su nombre á todos los reyes que heredaron su corona (1).

‡ Su décimotercero sucesor, Numitor, fué desterrado por su hermano Amulio. Ese usurpador, para consolidarse en el trono, hizo perecer á todos los hijos varones del rey legítimo. ‡ Su hija Rhea Silvia fué la única que no sufrió igual suerte, creyendo Amulio que bastaba condenarla á perpetua virginidad, encerrándola al efecto en un colegio de *vestales* (2); pero Rhea, á pesar de sus votos sagrados que le habían sido arrancados

(1) Reyes de Alba: Jano (1451), Saturno (1415), Pico (1382), Fauno (1335), Latino (1301), Eneas (1250), Ascanio (1175), los Silvios (1136, 1107, 1066, 1018, 979, 959, 925, 912, 904, 833, 844, 817); Amulio Silvio (796). Otros historiadores dan una lista enteramente distinta, tanto en los nombres como en las fechas.

(2) Las vestales eran las sacerdotisas de Vesta, diosa del fuego. Hacían voto de guardar la castidad durante todo el tiempo que estaban empleadas en el servicio de la diosa. Se cree que Eneas, fué el primero que llevó ese culto á Italia. (Véase más adelante).

por la fuerza, dió á luz dos gemelos, Rómulo y Remo. Al recibir tal noticia el bárbaro Amulio, la hizo arrojar á un terrible calabozo, y dió la orden de precipitar á los niños en el Tíber; pero por casualidad extraordinaria las aguas estancadas del río que había salido de su cauce, se retiraron débilmente ante la cuna que encerraba á las inocentes víctimas, y un pastor llamado Fáustulo, viendo á una loba que los amamantaba, los recogió, maravillado de tal prodigio, y los hizo criar por su mujer Laurencia. /

Llegados á la edad de la adolescencia, empezaron esos jóvenes á recorrer los bosques, cazando animales y haciendo la guerra á los malhechores para enriquecer con sus despojos á Fáustulo y demás pastores. Remo, hecho prisionero en una de esas peligrosas expediciones, fué entregado á Amulio, quien lo envió á Numitor para que se vengara en él; mas éste, á quien habían hecho impresión las facciones, edad y carácter del cautivo, hizo llamar á Rómulo, que estaba ya instruido por Fáustulo del secreto de su nacimiento, y el destituido monarca reconoció á sus nietos, favoreció su conspiración contra Amulio, y, gracias al valor de sus descendientes, recobró la corona que le había sido usurpada.

Los dos hermanos resolvieron en seguida fundar una ciudad. Como eran gemelos, y la edad no podía determinar cuál de los dos sería el jefe de la nueva población, resolvieron que lo decidiesen los presagios. Rómulo fué á situarse sobre el Palatino, y Remo sobre el Aventino. Remo vió seis buitres, pero Rómulo apercibió doce, y logró así ser saludado rey por sus compañeros.

10. Posición de Roma. — Roma, que debía dominar el mundo entero, fué fundada cerca de la orilla izquierda del Tíber, en el Lacio. Primeramente formó un cuadrado (*Roma quadrata*), pareciéndose así á un campo romano. Estaba á 25 kilómetros del mar. Su primitivo recinto no contenía más que una sola colina,

el monte *Palatino* (*mons Palatinus*). Cuando los romanos y los sabinos se aliaron, según pronto lo veremos, Tacio, rey de los sabinos habitó la montaña ó roca *Tarpeya* (*rupes Tarpeia*) que se ha llamado después *Capitolino*, y que se ha comprendido, como el monte *Palatino*, en el interior de la ciudad. Numa añadió á eso la colina *Agonal*, que tomó el nombre de *Quirinal* (*mons Quirinalis*), porque en su cima levantó un templo á Rómulo Quirino. Tulo Hostilio añadió en seguida el *Caelio* al sur, y Anco Marcio el monte *Aventino* (*mons Aventinus*), que está también en la misma dirección. Por fin, Servio Tulio construyó un muro de piedra de sillería alrededor de Roma, dejando dentro al monte *Esquilino* (*mons Esquilinus*), al este, y el monte *Viminal* (*mons Viminalis*) al norte. Tarquino el Mayor embelleció á Roma, haciendo construir en ella un circo y saneándola por medio cloacas cuya construcción ha sido admirada en las generaciones posteriores.

No es posible precisar la extensión de las murallas que rodeaban esa gran ciudad. Plino el naturalista pretende que era de 13.200 pasos romanos; bajo Aureliano debe haber sido de 50.000 pasos. Ese príncipe trazó el recinto que la famosa capital ha conservado hasta nuestros días, exceptuando al monte *Vaticano* (*Vaticanus*), que los soberanos pontífices han añadido á la Roma moderna. El número de habitantes ha cambiado naturalmente según las diferentes épocas de la historia romana; pero se ha calculado, que en la época de su apogeo era de 4.000.000, contando en ese número á los esclavos.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| 1. ¿Cuál es el pueblo más antiguo de Italia? ¿Con qué monumentos señaló su paso? | vénetos? ¿Cuál era su capital? |
| 2. ¿Qué tribus invadieron en seguida la Italia? ¿Adónde fueron los sicanos? ¿Dónde se establecieron los ligures? | 4. ¿Cuál es el origen de los ombríenses? ¿Cómo se reparcieron su conquista? |
| 3. ¿De dónde vinieron los | 5. ¿Por qué punto penetraron en Italia los etruscos? ¿Qué confederaciones formaron? ¿Cuál fué el resultado de su dominación? |

6. ¿Quiénes los arrojaron del mediodía de Italia? ¿Qué ciudades fundaron los griegos en la Italia del sur? ¿Qué filósofos produjo la Grecia mayor ó Gran Grecia?

7. ¿Dónde se establecieron los oscos? ¿Qué nombres llevaban los montañeses? ¿Cuáles eran las tribus de los oscos?

8. ¿Cómo se establecieron los galos en la Italia septentrional? Indique V. sus diferentes emigraciones. ¿Qué tribus galas se fijaron en la orilla derecha del Po?

9. ¿Cuál fué el primer rey del Lacio? ¿Bajo qué príncipe se estableció ahí Eneas? ¿Por quién fué fundada Albalonga? ¿Cuál fué el origen de Rómulo y de Remo? ¿Quién los crió? ¿Qué fué lo que decidió que el poder perteneciera á Rómulo?

10. ¿Quién fundó á Roma? ¿Dónde estaba situada? ¿Qué montañas estaban comprendidas en su recinto? ¿Cuáles fueron los reyes que la agrandaron y embellecieron? ¿Cuál era su población?

§ II. — *Historia de los cuatro primeros reyes de Roma. Dinastía latino-troyana.*

1. Reinado de Rómulo. Muerte de Remo (754).

— Conforme á los ritos etruscos, Rómulo trazó el circuito de la nueva ciudad con la reja de un arado alrededor del Palatino. Fué lo que se llamó el *pomerium* (1). Ya había hecho abrir los cimientos de los muros, cuando Remo, celoso del poder real de su hermano, se burló de la empresa y añadiendo el insulto al escarnio, saltó el foso diciendo: *Mirad con qué facilidad lo pasará el enemigo*. Rómulo irritado lo mató con sus propias manos exclamando: *Perezca de este modo cualquiera que se permita semejante atentado*. Hallándose solo en posesión del poder, dió su nombre á la nueva ciudad á ejemplo de todos los antiguos fundadores.

2. Rapto de las sabinas. — Cuando las murallas de Roma estuvieron concluidas, abrió un asilo al pie del Capitolio en el cual se refugiaron una porción de aventureros deseosos de mejorar de suerte; los acogió sin ocuparse de su nacimiento ni de su origen, y aumentó de ese modo el número de sus súbditos. Quiso después contratar casamientos con las pobla-

(1) Intervalo que dejaban los etruscos alrededor de sus murallas, tanto al interior como al exterior de la ciudad.

ciones vecinas, pues faltaban las mujeres en su nuevo reino ; mas, estando sus compañeros considerados sólo como horda de viles malhechores y proscritos, todas sus proposiciones fueron desechadas con desprecio. Entonces resolvió emplear la astucia.

Preparó solemnes juegos en honor de Neptuno Ecuestre, y atrajo por la magnificencia de la fiesta á los antemnatas y á los sabinos con sus mujeres é hijas. Cuando todo el mundo se hallaba preocupado por el brillo del espectáculo, los jóvenes romanos, á una señal dada, se apoderaron de todas las mujeres forasteras, esforzándose después en ganar su afecto tratándolas con la mayor bondad. Los beninienses y los antemnatas se armaron para vengar tamaña afrenta ; pero Rómulo los batió y subió al Capitolio cargado con sus despojos. Los sabinos fueron más difíciles de domar. Llegaron hasta á tomar la ciudadela y á rechazar el ejército romano hasta la antigua puerta del Palátium. El valor de Rómulo fué bastante poderoso para restablecer el combate, y ya los romanos volvían á tener la ventaja, cuando las sabinas, cuyo rapto había encendido la guerra, se arrojaron entre los dos ejércitos, y consiguieron, dirigiéndose alternativamente á sus padres y á sus esposos, hacer cesar la pelea y firmar la paz. Según el tratado, los dos pueblos no formaron en adelante más que una sola nación. La pica sabina (*quiris*) vino á ser el arma de la legión, los romanos se envanecieron con el título de *quirites* (1), y los dos monarcas, Rómulo y Tacio, convinieron en repartirse la autoridad suprema. Roma tuvo la ventaja de ser la capital del imperio, lo cual dobló sus fuerzas é importancia (745). Se duplicó el número de los senadores, que era primitivamente de ciento, y sus descendientes tomaron el nombre de patricios á nobles. Trescientos jóvenes guerreros, los *céleres*, formaron la

(1) Si se examinasen los tiempos algo más remotos, se encontraría el origen primitivo de esta palabra en el de Cures, capital del país de los sabinos.

guardia del rey, constituyendo más tarde la orden de los *caballeros*; y los demás ciudadanos fueron comprendidos en el de los *plebeyos*.

3. Guerra contra Fidenes y Veyes. — Cansado Rómulo de compartir el trono con otro rey, hizo asesinar á Tacio y se halló de nuevo dueño del poder soberano (740). Los fidenatas, celosos del rápido aumento que cada día tomaba la ciudad de Rómulo, dieron el grito de guerra y saquearon todo el país que se extiende entre Roma y Fidenes. Al rumor de tan súbita invasión, Rómulo alarmado sale de Roma, imagina precipitadamente una emboscada enfrente del enemigo, lo atrae á ella y lo extermina.

Los de Veyes, que habían imitado el ejemplo de los fidenatas sus aliados, no fueron más felices en su insurrección. Rómulo se apoderó de una parte de su territorio, y asoló la otra para castigar las devastaciones que ellos habían cometido en la campaña romana.

4. Muerte de Rómulo (715). — Después de tantas acciones inmortales, dice Tito Livio, hallábase Rómulo pasando la revista de su ejército en una llanura, cerca del pantano de *Capra*, cuando de repente una tormenta acompañada de grandes truenos envolvió al monarca en una nube tan espesa, que lo ocultó á la vista de la muchedumbre. Así que se calmó el primer estupor y que á la profunda oscuridad sucedió un día sereno, el pueblo se apercibió de que ya no tenía rey. Los senadores publicaron que había sido llevado al cielo y lo hicieron adorar como á un dios por el vulgo engañado; pero siempre se ha creído que, cansados de sufrir su orgullo y altanería, lo habían inmolado á sus resentimientos. Se cree que Rómulo reinó 39 años.

5. Interregno (715-714). — Á la muerte de Rómulo hubo un interregno de un año. Los senadores se dividieron en diez decurias que nombraron cada una un magistrado revestido del poder supremo. Esos magistrados tenían también un jefe y su autoridad duraba cinco días, alternando de modo que cada senador pu-

diese disfrutar de la soberanía. Al cabo de un año, el pueblo, cansado de obedecer á tantos dueños, pidió rey. Se nombró á un sabino, el sabio Numa Pompilio (714) y esa feliz elección fué consagrada por los augures.

6. Carácter pacífico de Numa. — Era un príncipe en extremo amable, muy religioso, que quiso consolidar por la justicia y las leyes el naciente poderío de Roma. Anunció sus pacíficas intenciones á su pueblo, atrajo á las naciones vecinas por medio de alianzas y tratados, y se esforzó en remediar la depravación del populacho, imprimiendo en el corazón de todos sus súbditos el temor á los dioses. Como si un dulce céfiro ó algún viento sano y agradable hubiese soplado por la parte de Roma, se apercibió, dice Plutarco, cambio maravilloso en las costumbres, sucediendo al furor de la guerra vivo deseo de paz, de cultivar la tierra, de criar tranquilamente sus hijos y de servir con reposo á la divinidad.

7. Su legislación é instituciones. — Á ejemplo de todos los antiguos legisladores, fingió Numa tener relaciones misteriosas con el cielo. La ninfa Egeria era la que se le mostraba para iniciarlo en los secretos más sagrados, le indicaba cuáles eran los sacrificios más agradables á los dioses, y le revelaba el carácter de todos los ministros llamados á presidir al culto de cada divinidad.

Así es cómo, según sus consejos, formó muchos colegios sacerdotales, é instituyó el *flamina*, aquel gran sacerdote que no debía separarse jamás del templo de Júpiter y que se distinguía de los demás por su traje más brillante y en que poseía una silla curul semejante á la de los reyes. Edificó un templo á la diosa Vesta, cuyo culto fué traído á Italia por Eneas, y creó un colegio de *Vestales*, á quienes confió la guardia del fuego sagrado y del paladión. Para que se adhriesen enteramente al culto de su altar, les asignó rentas del Estado y exigió que viviesen en la continencia durante los treinta años que habían de durar sus funciones.

Instituyó también los *feciales*, cuyo ministerio tenía por objeto precaver las guerras injustas. Estableció igualmente en honor de Marte doce sacerdotes á los cuales se llamaron *salires*, porque en ciertas festividades salían por la población cantando himnos y ejecutando danzas solemnes. En fin arregló todo lo que concernía á las ceremonias religiosas; regularizó los trabajos de la agricultura reformando el calendario; imaginó los días fastos y nefastos; aseguró el derecho de propiedad, consagrando los límites de los campos por el culto del dios Término; dividió los pobres en cuerpos de oficios, hizo construir el templo de la *Buena-Fe*, y elevó el de Jano, que debía abrirse durante la guerra y cerrarse durante la paz.

8. Muerte de Numa (672). — La muerte de Numa, dice Plutarco, no fué pronta ni violenta; la edad y una enfermedad de languidez, después de haberlo debilitado poco á poco, lo arrebataron á la edad de más de ochenta años. Los honores que se le hicieron en sus funerales pusieron el colmo á su gloria, pues todos los pueblos vecinos, amigos y aliados de Roma, acudieron á ellas con coronas y presentes. Los senadores llevaron sobre sus hombros el lecho en que se había colocado el cadáver; los seguían todos los sacerdotes y un gentío innumerable; hasta las mujeres y niños asistían á los funerales, no como á los de un rey muerto de vejez, sino como al entierro del amigo más querido arrebatado en la flor de la edad.

9. Reinado de Tulio Hostilio (672-640). — Después del belicoso Rómulo, la tradición, según lo hemos visto, trae al pacífico y religioso Numa; pero después de éste viene el impío y fogoso Tulio. Se burló de todas las instituciones de su predecesor, escarneció su devoción, y en vez de procurar como él mantener la paz, su espíritu se inclinó enteramente hacia la guerra. Su sobrenombre lo indica (*Hostilius*); necesitaba ante todo medir sus fuerzas con el enemigo. Nieto de uno de esos guerreros bárbaros que se habían distinguido

combatiendo á los sabinos al pie del Capitolio, sentía aún el nuevo monarca hervir en sus venas la sangre de sus antepasados.

10. Guerras contra los albanos. — Habiendo los albanos saqueado el territorio de Roma, y vengándose los romanos por sangrientas represalias, estas mutuas injusticias encendieron la guerra entre la metrópoli y la colonia. Sin embargo, no llegó á combatirse en batalla regular. El jefe de los Albanos y el monarca romano convinieron en que los destinos de las dos naciones fueran puestos en manos de tres guerreros elegidos en cada uno de los dos ejércitos. Tanto en el de los romanos como en el de los albanos, había precisamente tres hermanos gemelos de la misma edad y de la misma fuerza. Los romanos se llamaban Horacios, y Curiacios los de Alba. Al momento que esos guerreros estuvieron en presencia unos de otros, la vista de sus compañeros que los observaban, y la idea de que combatían menos por su vida que por el triunfo ó esclavitud de su patria, los llenó de inmenso valor. Ya habían caído dos romanos, y los albanos llenaban los aires de gritos de alegría cuando el Horacio que sobrevivía á sus hermanos sintiéndose sin ningún mal, al paso que los tres Curiacios estaban gravemente heridos, tomó el partido de dividir su ataque, fingiendo que huía. Luego que los vió separados volvió sobre sus pasos y los inmoló sucesivamente.

El héroe vencedor mancilló desgraciadamente su gloria con un asesinato infame. No habiendo podido su hermana, que debía casarse con uno de los Curiacios, contener sus lágrimas al ver en los hombros de Horacio la cota de armas ensangrentada de aquel que iba á ser su esposo, el brutal romano, lleno de cólera, saca su espada, y se la clava hasta el puño en el pecho, diciendo : *¡Perezca de esta manera toda romana que se atreva á llorar la muerte de un enemigo de Roma!* Los decenviros condenaron á muerte al asesino, sin

consideración á la gloria que había adquirido; pero el pueblo, conmovido por las lágrimas del padre, se contentó con algunos sacrificios expiatorios acompañados de ceremonias humillantes.

11. Reunión de Alba á Roma. — Avergonzado Mecio de su derrota, quiso repararla sublevando secretamente contra Roma á los fidenatas y los veyanos. Tulio le ordenó al instante que uniéndolo sus tropas á las de los romanos marchase contra los enemigos. Fingió obedecer; pero cuando llegó el momento de combatir, se separó del ejército romano y permaneció mero espectador de la acción. Eso no impidió que Tulio triunfase. Después de la victoria, tuvo Mecio la desvergüenza de ir á felicitarlo; pero el altivo romano lo primero que hizo fué apoderarse de la persona del traidor. Una vez en su poder, reunió á los albanos y romanos, explicó la traición de Mecio y declaró que en adelante Roma y Alba no formarían más que un solo pueblo. Prometió conservarles todos sus derechos, y asignó un puesto en el senado á los albanos más distinguidos por su nacimiento. En cuanto á Mecio, lo hizo descuartizar atándolo á dos carros tirados por cuatro caballos y exclamando: *Puesto que tu cobarde corazón se ha dividido entre tus aliados y tus enemigos, quiero que á ejemplo suyo tu cuerpo se reparta en varios pedazos.*

12. Muerte de Tulio. — Tulio triunfó aún en otra guerra que emprendió contra los sabinos; pero su impiedad irritó al cielo, y Roma fué devastada por un espantoso contagio que alcanzó también al culpable. El castigo le hizo adoptar sentimientos más religiosos, que llegaron á degenerar en ciega superstición. Murió, dice Tito Livio, herido por el rayo en el fondo de su palacio, porque ensayando algunos sacrificios secretos recomendados en las memorias de Numa, descuidó por ignorancia ciertas formalidades esenciales en los preparativos ó en la ejecución de las ceremonias sagradas. Había reinado 32 años.

13. Reinado de Anco Marcio (640-644). — Al ocurrir la muerte de Tulio, hubo un interregno semejante al que hemos hallado después de Rómulo. La tradición supone á Anco Marcio de origen sabino, como Numa; y aun dice que era, por su madre, nieto de éste. Así le da el mismo carácter, y nos lo presenta ocupado en restablecer todos los sacrificios con sus ceremonias, y todas las fiestas religiosas en su pureza primitiva. No obstante, Anco comprendió que debía hacer respetar sus derechos por sus vecinos, y que si Numa pudo civilizar por la paz un pueblo naciente, no podría por el mismo medio precaver y apartar las agresiones de sus enemigos. Á consecuencia de los progresos de la nación, su carácter fué á la vez el de un legislador y de un guerrero. Reunió en sí las virtudes de Rómulo y de Numa.

14. Sus guerras é instituciones. — Habiendo los latinos escarnecido lo que llamaban su pusilanimidad, marchó contra ellos, después de poner su expedición bajo la protección de los dioses. El éxito excedió á sus esperanzas. Cuatro ciudades latinas, Politorio, Teleno, Ficania y Medulia cayeron en su poder; transportó los habitantes á Roma, al Aventino, encerró este monte en el circuito de la ciudad, hizo construir un puente de madera sobre el Tiber para poner en comunicación aquella colina con los demás barrios de la población, abrió el foso de los *Quirites* para proteger las partes bajas y accesorias de la ciudad, edificó una prisión en el Foro, extendió el territorio de Roma hasta el mar, y construyó la ciudad de Ostia en la embocadura del Tiber.

Fué arrebatado prematuramente por la muerte, á los 26 años de reinado.

CUESTIONARIO.

- | | |
|---|--|
| 1. ¿Cómo trazó Rómulo el recinto de Roma? ¿En qué ocasión dió muerte á su hermano Remo? | 2. ¿Qué hizo Rómulo para poblar su nueva ciudad? ¿Cómo robó las sabinas? ¿Qué fin tuvo ese atentado? |
|---|--|

3. ¿Qué fué de Tacio? ¿Qué pueblos se alzaron contra Rómulo?

4. ¿Cómo refiere Tito Livio su muerte? ¿Cuánto tiempo reinó Rómulo?

5. ¿Qué hicieron los senadores después de la muerte de Rómulo? ¿A quién eligió por rey el pueblo?

6. ¿Cuál fué el carácter de Numa?

7. ¿Por qué ninfa se pretendía inspirado? ¿Quiénes eran las vestales? ¿— los feciales? ¿— los salianos? ¿Qué otras instituciones estableció ese legislador?

8. ¿Cómo murió? ¿Qué honores le tributaron?

9. ¿Cuál fué el carácter de Tulo Hostilio?

10. ¿Contra qué pueblo guerreó? Refiera V. la historia de los Horacios y de los Curia-cios.

11. ¿Qué ciudad reunió á Roma? ¿Cuál fué el castigo de Mecio?

12. ¿Cómo murió Tulo Hostilio?

13. ¿Qué ocurrió después de su muerte? ¿Cuál fué el carácter de Anco Marcio?

14. ¿Qué guerras tuvo que sostener? ¿Cómo engrandeció á Roma? ¿Qué ciudad fundó? ¿Cuánto tiempo duró su reinado?

§ III. — *Historia de los tres últimos reyes de Roma. Dinastía greco-etrusca (614-510).*

1. Reinado de Tarquino el Mayor (614-578). —

Un hijo del corintio Demarato vino á establecerse en Tarquinio, ciudad de Etruria, bajo el nombre de Lucumón. Como los etruscos despreciaban en extremo á todos los extranjeros, la mujer de Lucumón, la ambiciosa Tanaquil, lo excitó vivamente á irse á fijar en Roma, con la esperanza de mejorar de suerte. Cuando llegaron al Janículo, bajó un águila al carro de Lucumón, le quitó su toca y se la devolvió después de haber revoloteado por los aires durante algún tiempo. Instruida Tanaquil, como etrusca, en la ciencia de los augurios, prometió á su esposo el más brillante destino. En efecto, se le acogió perfectamente en Roma; Anco le otorgó toda su confianza, y con el nombre de Tarquino desempeñó tanto en la paz como en la guerra las funciones más honrosas. Anco le confió hasta la tutela de sus dos hijos y la regencia del reino. Tarquino explotó tan mañosamente las ventajas de su posición que cuando murió su bienhechor se hizo proclamar rey por el pueblo.

2. Embellecimiento de Roma. — Empezó por in-

roducir en el senado cien nuevos patricios elegidos entre el pueblo, con objeto de buscar en él apoyo. Batió después á los latinos y recogió en aquella guerra inmensas riquezas, las cuales sirvieron para dar á Roma todo el lujo y magnificencia de las ciudades etruscas. Así, celebró juegos solemnes con prodigiosa pompa; trazó el recinto de lo que luego se llamó el circo máximo, construyó pórticos para el pueblo, tiendas para los mercaderes, y distribuyó á los pobres todo el terreno que rodea el Foro para edificar casas.

Habiéndose sublevado el Lacio contra él, reforzó la caballería doblando el número de los soldados de esta arma, creados por Rómulo, y marchó lleno de confianza al encuentro del enemigo. Venció á los sabinos, sometió á casi todos los pueblos del Lacio y aumentó su reino con todas las tierras comprendidas entre el Tíber, el Anio y los monte de la Sabina.

Aprovechó de la paz, entonces firmada, para ejecutar nuevos trabajos. Acabó el muro que servía de baluarte á la ciudad, y se hizo sobre todo notar por la construcción de las cañerías subterráneas que hicieron salubre la parte baja de la población, llevando al Tíber las aguas pantanosas que la infestaban. En fin tuvo la gloria de echar los cimientos del templo de Júpiter Capitolino, concebido bajo plan y proporciones tan gigantescas que casi se está tentado de creer, con Tito Livio, que presintió que aquel edificio sagrado estaba llamado á recibir con el tiempo los votos de toda la tierra.

3. Asesinato de Tarquino. — Este gran príncipe afectaba en todos sus actos las costumbres y la pompa de los etruscos. Había introducido en Roma los trajes reales, los mantos de guerra, la toga pretexta, la túnica y trabea de los etruscos, así como sus sillas curules, sus haces y sus lictores. Los hijos de Anco, mientras más deslumbrados estaban por el brillo y genio del monarca, más amargamente le vituperaban su usurpación. Su indignación llegó al colmo viendo el feacto que tomaba al hijo de un esclavo, á Servio Tulio,

y su propósito de reservarle la corona, por lo que lo hicieron asesinar por dos pastores en su mismo palacio; pero la ambiciosa Tanaquil tuvo la habilidad de ocultar al pueblo la muerte de su marido hasta que el senado proclamó rey á Servio Tulio (578). El reinado de Tarquino el Mayor duró 36 años.

4. Reinado de Servio Tulio (578-534). — Este monarca que, según unos era hijo de una esclava, y según otros de la reina cautiva de Cornículo, fué el primer rey, cuenta Tito-Livio, elegido sin consentimiento del pueblo. Su reinado es célebre por las numerosas reformas que hizo. Modificó las instituciones políticas de los romanos, fijando la graduación de los puestos según las fortunas. Con ese objeto estableció el *censo*, distribuyó las contribuciones y las cargas en proporción á las rentas, y dividió el pueblo en seis clases y en ciento noventa y tres centurias, incluyendo en ellas las de los caballeros.

Todas esas medidas aliviaron al pueblo, disminuyendo los onerosos tributos que lo agobiaban, pero concentraron el poder entre las manos de los ricos y de los grandes. En las asambleas, en lugar de recoger los sufragios por cabezas, se tomaban por clases y centurias. Si las opiniones estaban divididas en la primera clase, se pasaba á la segunda, de la segunda se iba á la tercera cuando no conseguían ponerse aquéllas de acuerdo, pero rara vez se descendía á las últimas. (Véase más adelante, cap. III).

Las instituciones de Servio Tulio eran pues esencialmente aristocráticas. Sólo que, gracias al *censo*, sustituyó la aristocracia del dinero á la del nacimiento, lo cual abría á los plebeyos el camino del poder; jamás se lo perdonaron los patricios.

Además de esas reformas políticas, hizo otras grandes cosas. Fué quien encerró dentro de Roma el Viminalio y el Esquilino, y dió á la ciudad de las siete colinas toda la extensión que tuvo bajo la república. La dividió en cuatro cuarteles ó tribus, distribuyó

el territorio en veinte y seis cantones, enriqueció á los pobres con las tierras conquistadas á los de Veyes y á los etruscos, y consolidó el poder de Roma aliándose con todas las ciudades del Lacio. Á fin de consagrar la supremacía de Roma por medio de un monumento eterno, excitó á todos aquellos pueblos á que elevasen sobre el Aventino, á gastos comunes, un templo de Diana al cual fuesen todos los años á ofrecer un sacrificio en señal de amistad. Tan bellas acciones no impidieron que se conspirase contra él, y lo que hay de más horrible es que su yerno y su hija empaparon sus manos en su sangre.

5. Conspiración contra Tulio. Su muerte. —

Para no ser víctima de la ambición de los hijos de Tarquino el Mayor, Tulio había casado á los dos hijos de su predecesor, Lucio y Aruns con sus dos hijas, ambas llamadas Tullias. Lucio era tan ambicioso y exaltado como suave y moderado era su hermano. Las dos Tullias tenían igualmente carácter opuesto. Laimperiosa y violenta fué primero la mujer del tímido Aruns; però su brutal pasión la llevó pronto á deshacerse de su marido y hermana para unirse á Lucio, de cuyas criminales esperanzas participaba. Aquella impía mujer no cesó de animar á su nuevo esposo contra su mismo padre para arrebatarle la corona.

Tarquino ganó secretamente á los senadores, descontentos hacía mucho tiempo por las reformas de Tulio. Cuando creyó llegada la hora, se presentó de repente en el Foro rodeado de tropas, y fué á sentarse en el solio del rey enfrente de la sala del senado. Habiéndose puesto todos los senadores al lado suyo, llegó Servio y exclamó: *¿Qué es eso Tarquino? ¿con qué cara te atreves, viviendo yo, á convocar el senado y ocupar mi puesto?* Tarquino le contestó orgullosamente que él tenía el derecho por su padre, y en seguida, cogiéndolo por medio del cuerpo lo hizo rodar todas las gradas que conducían al senado. Luego ordenó á sus satélites que le diesen muerte.

La infame Tulia se había apresurado á ir al senado para oír proclamar á su esposo. Á su paso, habiendo encontrado el cadáver de su padre, tuvo la barbarie de hacer pasar su carro sobre él. La calle donde se cometi6 ese crimen tom6 el nombre de *Via Muvada*. Servio habi6 reinado 44 a6os. Su bondad hizo que el pueblo respetase siempre su memoria, y por reconocimiento se celebr6 perpetuamente el d6a de su natalicio.

6. Reinado de Tarquino el Soberbio. — (534-510). — Tarquino, que se habi6 manchado con tantos cr6menes por satisfacer su ambici6n, mereci6 por su tiran6a el nombre de *Soberbio*. No pudiendo consolidar su trono m6s que por la fuerza, concentr6 todo el poder en sus manos con detrimento del senado y del pueblo, y se puso á despojar y proscribir á cuantos le parecieron sospechosos. Diezm6 el senado por sus edictos crueles; aniquil6 al pueblo con impuestos y cargas personales; decidi6 por s6 solo la paz y la guerra, y concluy6 todos los tratados. Su genio pol6tico y militar lo elev6 á inmenso poderio; supo captarse el afecto de todos los pueblos del Lacio, los incorpor6 en las centurias romanas, y les quit6 sus jefes y magistrados particulares. En una guerra contra los volscos, se apoder6 de Suasa Pomecia, donde hall6 grandes riquezas, que sirvieron para la construcci6n del templo de J6piter sobre la cima del Capitolio.

7. Toma de Gabias. — Sus tropas habi6n sido rechazadas de Gabias ciudad inmediata á Roma. Su tereer hijo, Sexto, tom6 entonces la resoluci6n de apoderarse de ella por astucia. Pres6ntase al efecto á los moradores como tr6nsfuga, clama con fuerza contra la barbarie de su padre, se expresa respecto de 6l en t6rminos amargos y emplea las m6s violentas injurias. Compadecidos los gabianos de su desgracia, lo acogieron con bondad, escucharon sus consejos, y le entregaron en seguida el mando de la ciudad. Cuando se vi6 honrado con la confianza universal, envi6 á preguntar á su padre c6mo deber6 obrar para que

cayese Gabias en sus manos. Tarquino, sin responder nada al enviado, lo llevó á su jardín, y mientras se paseaban se puso á cortar las cabezas de adormidera que sobresalían entre las demás. Sexto comprendió el enigma é hizo morir á los principales ciudadanos de Gabias. Privada la ciudad de sus más fuertes apoyos, cayó sin obstáculo en poder de los romanos.

8. Magnificencia de Roma. — Entretanto, Tarquino enriquecía á Roma con muchos monumentos célebres. Acababa el circo máximo y los albañales empezados por Tarquino el Mayor, y levantaba el Capitolio en medio de los más felices presagios. Abriendo los cimientos para la muralla de la ciudadela se había hallado una cabeza humana recientemente cortada, y los augures sacaron la consecuencia de que Roma sería la capital del mundo. El dios Término rehusaba dejar su puesto para ir con los demás dioses al nuevo templo, y se decía que era una prueba de la estabilidad del poder romano.

En medio de tantas circunstancias venturosas, una sola cosa inquietaba á Tarquino : deseaba saber si su familia heredaría su poder. Envió, pues, á sus hijos Aruns y Tito á que consultasen sobre el particular el oráculo de Delfos. Junio Bruto, que se hacía pasar por tonto, quiso acompañarlos en este largo viaje. El oráculo les hizo conocer que el poder supremo estaba reservado á aquel de entre ellos que primero besase á su madre. Bruto entonces se dejó caer como por casualidad y besó la tierra, madre común de los hombres.

9. Muerte de Lucrecia. — Á su vuelta encontraron á Tarquino ocupado en sitiar á Ardea, capital de los rútuos. Habiendo transformado el sitio en bloqueo, Sexto abandonó un día el ejército para ir á atentarse al honor de Lucrecia, esposa de Tarquino Colatino, su pariente. Aquella virtuosa mujer no tuvo valor para sobrevivir á semejante afrenta, é informando á Colatino su esposo del crimen de Sexto, se dió de puñaladas en su presencia. Bruto, dejando de

seguir representando el papel de insensato, retiró el puñal de la herida, y juró ante el cadáver de Lucrecia que no permitiría hubiese más reyes en Roma. Iba á realizarse la predicción del oráculo.

10. Caída de Tarquino. — Entregó á Colatino y sus amigos el puñal todavía ensangrentado, y les hizo pronunciar el mismo juramento. Entonces, sin perder tiempo, los conjurados llevan á la plaza pública el cuerpo de Lucrecia, é inflaman al pueblo con sus discursos, representando al efecto todas las crueldades de Tarquino. Después de haber hecho pronunciar la destitución del tirano y su destierro, arma Bruto á todos los jóvenes y se presenta en medio del ejército, excitando en él idéntico entusiasmo que en la ciudad. Cuando Tarquino llegó á las puertas de Roma, las encontró cerradas. Se le comunicó su sentencia de destierro, y en tan tristes momentos sus soldados lo abandonaron, viéndose obligado á retirarse solo á Cora, entre los etruscos. Fué el último de los reyes de Roma (1).

CUESTIONARIO.

1. ¿De dónde procedía Tarquino el Mayor? ¿Qué cargo le confió Anco Marcio?

2. ¿Qué innovaciones llevó á cabo? ¿Con qué países engrandeció sus Estados? ¿Qué hizo para embellecer á Roma? ¿Cuáles fueron los principales monumentos que construyó?

3. ¿Cuál había sido el carácter de su reinado? ¿Quién lo asesinó?

4. ¿Qué reformas practicó Servio Tulio? ¿Qué ventajas sacó de ahí el pueblo? ¿Por qué quedaron descontentos los senadores? ¿Qué hizo en pro del engrandecimiento de Roma? ¿Cómo la dividió?

5. ¿Quién conspiró contra él? ¿Cuál fué la barbarie de Tulia? ¿Qué nombre recibió la calle donde se efectuó ese horrible atentado?

6. ¿Por qué fué llamado el *Soberbio* el último de los Tarquinos? ¿Cuál fué el carácter de su reinado? ¿Cómo se captó el afecto de todos los pueblos del Lacio?

7. ¿Cómo se apoderó de Gabias su hijo Sexto?

8. ¿Con qué monumentos enriqueció Tarquino á la ciudad de Roma? ¿Qué presagios se notaron al edificar el Capitolio? ¿Con qué objeto envió Tarquino su hijo á Delfos? ¿Cómo

(2) REYES DE ROMA: Rómulo (754-715). Numa Pompilio (714-672), Tulio Hostilio (672-640), Anco Marcio (640-614), Tarquino el Mayor (614-578), Servio-Tulio (578-534), Tarquino el Soberbio (534-510).

- se aplicó Bruto el oráculo? pueblo contra Tarquino? ¿Quién pronunció el destronamiento de ese monarca? ¿Adónde se retiró?
9. ¿Qué crimen ocasionó la expulsión de los Tarquinos?
- ¿Qué juramento hizo Bruto?
10. ¿Por qué medio excitó al

CAPÍTULO III.

INSTITUCIONES PRIMITIVAS. EL SENADO. NOCIONES SOBRE LA RELIGIÓN ROMANA.

Resumen. — Las instituciones primitivas de Roma pueden ser consideradas política ó religiosamente.

I. Desde el punto de vista político, Rómulo dividió el pueblo en tribus, curias, decurias y *gentes*; instituyó el Senado y estableció los comicios por curias. Sus instituciones fueron puramente aristocráticas, y sólo se ocupó de los patricios. El senado se convirtió en consejero de la monarquía, y, después de la expulsión de los reyes, esa gran asamblea se halló al frente del Estado. Servio Tulio llevó á cabo una profunda reforma, estableciendo el censo, dividiendo al pueblo en clases y en centurias, y tomando por base de esa división la fortuna de cada cual. Así reemplazó la aristocracia del dinero á la de la cuna, y preparó el advenimiento de los plebeyos dividiendo la plebe en tribus. Creó los comicios por centurias.

II. Las instituciones religiosas de Roma remontan sobre todo á Numa; pero la religión de los romanos experimentó grandes cambios á medida que se engrandeció la República. Al principio, el culto se redujo á los dioses de los latinos, siendo los más importantes Saturno, Quirino, Vesta y Jano. Los Tarquinos añadieron á ese elemento primitivo las supersticiones de la Etruria, llevando consigo los arúspices y los oráculos sibilinos. Los dioses de Grecia penetraron más tarde en Roma. Júpiter suplantó á Saturno, y después de él vinieron todos los restantes dioses de Olimpo, cuyos nombres cambiaron, si bien los sacerdotes les mantuvieron los atributos que les habían dado Homero y Hesiodo. Los colegios de los sacerdotes tuvieron gran importancia. El pontífice máximo los dominó; y esa dignidad, que los reyes habían guardado para ellos, pasó á los patricios, que se apoderaron de casi todas las funciones religiosas y las convirtieron en instrumento de gobierno. Pero, á medida que los plebeyos pudieron obtener los cargos civiles y políticos, reclamaron una parte en las dignidades religiosas, y acabaron compartiéndolas con los patricios.

§ I. — *El patriciado y la clientela. El Senado.*

1. Instituciones de Rómulo. — Tito Livio hace subir hasta el mismo Rómulo la organización política de la ciudad de Roma, cuyo fundador fué. Atribúyete la división del pueblo en tribus, curias, decurias y *gentes*, la creación del senado, y el establecimiento de los comicios por curias.

2. División del pueblo. — El pueblo fué dividido en tres tribus: los *ramnenses* ó compañeros de Rómulo; los *tatienses* ó *titienses*, sabinos de Tacio; y los *lucernes*, que procedían de la Etruria, y cuyo jefe era un Lucumón, llamado Cælis Vilenna, que se estableció, según parece, en el monte Cælio.

Cada tribu se dividía en diez *curias*, cada curia en diez *decurias*, y las decurias se componían de las *gentes*. La *gens* formaba una especie de raza ó familia política, cuyos miembros todos, unidos por los lazos de la sangre, constituían una asociación particular, en la que todos tenían sus derechos y deberes determinados. El jefe de la *gens*, el *pater familias*, gozaba de autoridad absoluta sobre los miembros de la *gens*, que seguían en todo su voluntad. Los hombres colocados bajo su protección, y que llamaban *clientes*, lo seguían á la guerra, lo acompañaban al foro, y encontraban en él ayuda y protección cada vez que se sentían amenazados. Esos jefes de familia conservaron el nombre de *padres* (*patres*) y formaron las clases de los patricios.

3. El senado. — Entre esos patricios fué donde Rómulo eligió los senadores. Esa asamblea, que el rey colocó al frente de la aristocracia romana, no se compuso al principio más que de cien jefes de *gentes*, elegidos entre los más venerables é ilustrados. Después de la anexión de los sabinos, se dobló el número de los senadores, llevándolos á doscientos. Tarquino creó cien más, de tal modo que esa asamblea se compuso de trescientos miembros. Bajo los reyes, los

senadores debían ser sacados de entre los patricios, y contar al menos sesenta años.

Después de la expulsión de los reyes, se rebajó hasta veintisiete años la edad senatorial, y se distinguieron en el mencionado cuerpo dos clases de miembros: los senadores de *gran familia* (*majorum gentium*), y los senadores de *familia pequeña* (*minorum gentium*). Estos fueron inscritos en la lista por el cónsul, para llenar los vacíos que Tarquino había dejado ex profeso, y por tal motivo se les calificó de senadores *inscritos* (*conscripti*). De ahí resultó el llamar á los senadores *padres conscriptos* (*patres conscripti*), es decir, *padres* y *conscriptos* (*inscritos*).

Bajo los reyes, el senado era el consejero de la monarquía; al establecerse la república, le encargaron la dirección del estado. A esa asamblea tocaba declarar la guerra ó hacer la paz, reglamentar todo lo relativo á la religión, justicia, los impuestos, las rentas públicas, la administración de las provincias y de los países conquistados, las relaciones con los pueblos extranjeros, las recompensas y honores merecidos por los generales victoriosos, y el nombre del senado figuraba con el del pueblo en las insignias militares, así como en los monumentos y actos públicos. Todo se hacía en nombre del senado y del pueblo romano: *senatus populusque romanus* (S. P. Q. R.).

Su autoridad estaba limitada por ciertas medidas restrictivas. Carecía de jefe, y no podía reunirse más que convocado por los cónsules, y, en ausencia de éstos, por un magistrado curul. Sus miembros, elegidos primeramente por los reyes y en seguida por los cónsules y los censores, se hallaban sometidos á la censura, y podían ser excluidos, cuando los censores probaban su indignidad. Pero lo que hizo del senado romano una de las asambleas políticas mayores y más respetadas que haya habido en el mundo, fué la dignidad de sus miembros, que comprendían toda la extensión de sus deberes, y no retrocedían ante nin-

gún sacrificio personal para realizarlos. Este es el homenaje que les ha prestado Bossuet, después de multitud de escritores ilustres. « Considerando al senado, dice, en los buenos tiempos de la República, no hubo nunca asamblea en que los negocios fueran tratados con mayor madurez, ni con mayor concurrencia y celo por el bien público. El Espíritu Santo no desdeñó señalar esto en el libro de los Macabeos, ni tampoco elogiar la alta prudencia y los vigorosos consejos de aquel sabio cuerpo, donde nadie adquiría autoridad más que por la razón, y cuyos miembros todos cooperaban á la utilidad pública sin parcialidad y sin rencillas. »

4. Comicios por curias (*Comitia curiata*). — Los comicios eran en Roma las asambleas políticas en que se elegían los magistrados y se hacían las leyes. Bajo Rómulo y los primeros reyes, los comicios se reunían por curias, teniendo en consecuencia carácter completamente aristocrático. El rey debía convocarlos, y sus decisiones carecían de valor mientras no las confirmaba el senado. Después de la expulsión de los reyes, los comicios adquirieron mucha importancia. Tratábanse en ellos los más graves asuntos públicos de orden interior, y se elegían los sacerdotes y principales magistrados, ordenando todo lo referente al estado civil de los ciudadanos. Los sufragios se contaban por cabeza, y de ese modo pronunciaba la mayoría de los ciudadanos.

5. De las instituciones de Numa. — Numa, yerno de Tacio, introdujo en Roma las costumbres sabinas. Ese rey es la personificación de la segunda tribu, la tribu de los *tatienses*; pero como su influencia fué principalmente religiosa, lo daremos á conocer en el párrafo siguiente, al tratar de los elementos de mitología romana.

6. Constitución de Servio Tulio. — Servio Tulio, que representa en la formación de la constitución romana el tercer elemento, el etrusco, personificado

en la tercera tribu, efectuó profundos cambios en la organización establecida por Rómulo y sostenida por sus sucesores. Dividió al pueblo en cinco clases, y las distinguió según el *cens* ó fortuna de cada cual. La primera clase se componía de los ciudadanos cuyo censo era de 100.000 ases (6.100 francos) y contaba 80 centurias; la segunda clase comprendía los que tenían un censo de 75.000 ases (4.575 fr.) y se componía de 22 centurias; la tercera comprendía los que tenían un censo de 50.000 ases (3.050 fr.) y contaba 20 centurias; la cuarta clase, los de 25.000 ases (1.525 fr.), y formaba 22 centurias; y la quinta clase, los de 11.000 ases (671 fr.) y formaba 30 centurias. Esa división por clases tenía como objeto repartir el impuesto y facilitar el reclutamiento militar. En lo tocante al último punto, cada clase se hallaba dividida en dos secciones: la de los más jóvenes, que comprendía los ciudadanos de 17 á 45 años cumplidos; y la de los más viejos, que se componía de los ciudadanos de 46 á 60. Los primeros formaban el ejército activo y los otros el de reserva.

Después de haber dividido á los patricios en clases y en centurias, Servio repartió á los plebeyos en tribus, según los barrios y países que habitaban. Formó con estos 4 tribus urbanas, que fueron la Palatina, la Colina, la Esquilina y la Suburanda, y con la población inferior de los campos, 31 tribus, lo que sumaba en junto 35.

De esas tribus sacó 12 ó 13 centurias de caballeros, que añadió á las seis centurias que había tomado de los patricios. El orden ecuestre, término medio entre los patricios y los plebeyos contaba, según lo dicho, 18 ó 19 centurias.

7. De los comicios por centurias. — Servio instituyó los comicios por centurias. En esas asambleas se votaba de tal modo que cada centuria representaba un solo sufragio. La clase más rica disponía de 80 centurias propias: la mayoría de los sufragios se obtenía sin que fuese necesario bajar más allá de la segunda y

de la tercera clase de los ciudadanos, y la decisión ó la elección de los magistrados dependía, en consecuencia, de los individuos más ricos de la nación. De ese modo la aristocracia de la cuna fué reemplazada por la del dinero, y la fortuna disfrutó de los privilegios de la herencia. Esos comicios se reunían en el Campo de Marte, y, durante dos siglos, esa fué la clase de asamblea que ejerció en Roma mayor influencia.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué instituciones se atribuyen á Rómulo?

2. ¿Cómo fué dividido el pueblo? ¿Cómo estaba dividida cada tribu? ¿En qué consistía la *gens*? ¿Quién era su jefe?

3. ¿Cómo formó el senado? ¿De cuántos miembros estaba compuesto? ¿De dónde procede el nombre de *padres conscriptos*? ¿Cuáles eran las atribuciones del senado? ¿Cuál fué el carácter de esa asamblea?

4. ¿A qué se llamaba comicios? ¿Cuáles son los comicios que estableció Rómulo? ¿Qué

se hacía en esas asambleas?

5. ¿Cuáles fueron las instituciones de Numa?

6. ¿Cómo dividió Servio Tulio al pueblo? ¿En qué se distinguían las clases? ¿Cuántas centurias formaron? ¿Cuál era el objeto de esa división? ¿En cuántas tribus fueron divididos los plebeyos? ¿Cuántas centurias formaba el orden equestre?

7. ¿Cómo se votaba en los comicios por centurias? ¿Qué género de aristocracia estableció Servio?

§ II. — *Nociones sobre la religión romana.*

1. De la religión de los romanos. — La religión de los romanos siguió los desarrollos de la nación. Bajo los primeros reyes, las creencias eran exclusivamente latinas, y el culto no estaba recargado de fiestas y supersticiones, según ocurrió más tarde. Numa fué el autor de las primeras instituciones religiosas, como Rómulo lo había sido de las primeras instituciones políticas. Con el advenimiento de los Tarquinos, las tradiciones de la Etruria penetraron en Roma y llevaron allí la ciencia de los arúspices. Más tarde, bajo la república, al hacer Roma la conquista de Italia, se dejó penetrar por los usos y doctrinas de Grecia, que halló establecidas en el mediodía de la península; y la literatura y las artes, al experimentar la influencia de los

grandes hombres que habían sido gloria de Atenas, dieron á la mitología griega la preponderancia que ejerció á partir de entonces sobre la latina. Ovidio puso en verso las leyendas de Grecia en sus *Metamorfosis*; los dioses de Virgilio, en las *Geórgicas* y en la *Eneida*, fueron los de Homero y Hesiodo; y bajo los emperadores, Roma, que había aceptado las fábulas de los griegos, recibió las divinidades de Oriente y de todos los pueblos que subyugó. Así fué que pudo elevar en su seno el *Panteón* como símbolo de ese derecho de asilo que concedía dentro de sus muros á todas las divinidades de los vencidos.

2. Dioses latinos. — Los dioses propios de los latinos y á los cuales se ha dado el nombre de *dioses indigetas*, porque vivieron en el Lacio, donde fueron especialmente adorados, eran *Saturno*, *Quirino*, *Vesta* y *Jano*.

Saturno, desterrado del cielo, se retiró según cuentan, á Italia, donde reinaba Jano, y compartió con él el supremo poder. La región que le sirvió de refugio tomó el nombre de Lacio, por la palabra *latere*, que significa ocultar. El tiempo de su imperio fué la edad de oro.

Los romanos instituyeron fiestas en su honor. Se las llamaba *saturnales*, se verificaban cada año en el mes de diciembre, y duraban varios días. Durante esas solemnidades se rompían las barreras entre las clases, hasta el punto de que los esclavos eran servidos por sus señores; enviábanse unos á otros presentes, y no era posible declarar la guerra ni ejecutar á los culpables. Hubiesen podido ser, pues, hermoso recuerdo de la edad de oro, en que la libertad reinaba al mismo tiempo que la igualdad sobre toda la tierra; pero horribles desórdenes y espantosos excesos mancharon esos regocijos, que llegaron á ser completamente licenciosos.

Quirino era el dios Marte de los sabinos, el dios de la guerra. Representábanlo bajo la forma de una lanza,

los sacrificios de que había estado encargada la monarquía. Tenía la misión de anunciar al pueblo las *ferias* ó fiestas religiosas del mes. Lo elegía por vida el colegio de los pontífices y de los augures, quienes tenían que sacarlo de entre los patricios.

Los *pontífices* (*pontifices*) habían sido instituidos por Numa para dirigir todas las ceremonias, responder á los que los consultaban relativamente á las prácticas sagradas, juzgar todos los delitos ó infracciones en materia religiosa y hacer observar las leyes divinas. Al principio sólo eran cuatro, elegidos entre los patricios; pero se dobló su número cuando los plebeyos solicitaron que se les admitiese á dichos cargos.

El jefe de los pontífices, que se denominaba *pontífice máximo* (*pontifex maximus*), estaba encargado de velar por la observación de los ritos sagrados, de ofrecer los sacrificios públicos más importantes, de nombrar las vestales, y de observar cómo escogían los diferentes colegios sacerdotales sus miembros y cómo cumplían sus deberes. En los primeros siglos de Roma, el pontífice máximo escribía los anales de la nación.

Los reyes se reservaron ese importante cargo. Después de su expulsión, el pontífice máximo fué elegido primero por los pontífices; pero un plebiscito del año 649 les arrancó ese derecho, para otorgarlo á los comicios por tribus. El pontificado soberano era vitalicio y daba acceso al senado. Para ser elegido se necesitaba haber desempeñado las magistraturas curules. Dábase este nombre á la dictadura, al consulado, á la pretura, la censura y la edilidad curul, que concedían el derecho de sentarse en la silla curul (*sella curulis*).

5. De los augures y de los arúspices. — Los augures y los arúspices tenían gran influencia en Roma. Los augures sacaban sus presagios del vuelo y del canto de las aves. Formaban uno de los colegios sacerdotales. Ese colegio fué primeramente de tres, luego de cinco, de nueve y de quince miembros. Los romanos supersticiosos no emprendían nada sin consultar á los

augures. Los acontecimientos públicos y privados dependían todos, por consiguiente, de esos sacerdotes. Con tal motivo, los reyes formaban parte de ese colegio y escogían á los que debían estar revestidos de esas funciones, tomándolos de entre los patricios. Éstos conservaron durante mucho tiempo el augurado; pero cuando los plebeyos fueron admitidos á todos los empleos, pidieron compartir con ellos ese cargo, y el año 452 de Roma se admitió que los plebeyos consulares ó triunfantes podrían formar parte de ese colegio y que ocuparían la mitad de los puestos. Los augurios se tomaban hacia la hora de medianoche en el recinto del *Pomcerium*, bajo una tienda.

Los arúspices observaban las entrañas de las víctimas é interpretaban el rayo. Acompañaban á los sacrificadores y hacían sus observaciones antes de inmolar la víctima. El rayo era también un presagio que interpretaban en sentidos particulares según que tronase á la derecha ó á la izquierda de la persona, en un cielo más ó menos sereno. Esta ciencia de los arúspices era oriunda de la Etruria. Rómulo instituyó el colegio de los arúspices, pero el de los augures existía antes de él, pues éstos fueron quienes decidieron para la fundación de Roma entre él y su hermano Remo.

6. De los oráculos sibilinos. — Tarquino el Soberbio llevó también de Etruria á Roma los oráculos ó los libros sibilinos (*libri sibyllini*), que contenían, según se asegura, los destinos del imperio. Habíase dado el nombre de sibilas á unas mujeres que se creían inspiradas por el espíritu profético. Platón habla de la sibila de Eritrea, y se cuentan otras nueve, la más célebre de las cuales fué la de Cumas. Esta sibila es la que vendió á Tarquino la colección de los libros sibilinos por 300 filipos de oro, ó sean unos 8.000 francos. Formaban tres partes, que Tarquino hizo guardar en el sótano del templo de Júpiter Capitolino. Confió su custodia á tres patricios, que formaron un colegio llamado más tarde colegio de los *quindecenviros* porque el nú-

mero de sus miembros se elevó entonces á quince. Esos libros estaban escritos en versos griegos, muy oscuros y ambiguos. Sa les consultaba en las grandes calamidades, pero solamente, por orden del senado. El sentido equívoco de esos oráculos permitía á los sacerdotes darles todos los significados que creían útiles, según las circunstancias. Esos libros fueron quemados el año de Roma 670, en el incendio del Capitolio; pero el senado hizo componer otra colección que se fué á buscar á Italia, á Grecia y al África. Subsistieron hasta el año 389 de nuestra era. Estilicón los quemó por orden de Teodosio.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué cambios ha experimentado la religión de los romanos? ¿Qué tomaron de los etruscos? ¿— de los griegos?

2. ¿Cuáles fueron los dioses latinos honrados en los primeros tiempos de Roma? ¿Dónde se refugió Saturno? ¿En qué consistían las saturnales? ¿Quién era Quirino? ¿Cuáles eran los atributos de Vesta? ¿Qué se exigía de las vestales? ¿Qué era Jano? ¿Cómo lo representaban? ¿Qué templos le levantaron?

3. ¿Cuáles fueron los dioses de Grecia que pasaron á Roma? En qué época los adoptaron? ¿Qué cambios sufrieron sus nombres?

4. ¿A qué se llamaba fla-

mines mayores? ¿En qué época fué creado el rey de los sacrificios? ¿Qué hacía? ¿Qué hacían los pontífices? ¿Cuál era la importancia del pontífice máximo? ¿A quién era conferida esa dignidad?

5. ¿En qué consistían los augurios? ¿A quién pertenecía el augurado? ¿Qué diferencia había entre los arúspices y los augures? ¿Por quién habían sido instituidos esos colegios?

6. ¿Qué eran las sibilas? ¿De qué se componían los libros sibilinos? ¿Por quién fueron llevados á Roma? ¿Qué se hacía de esos libros? ¿Qué fué de ellos? ¿En qué época fueron destruidos?

CAPÍTULO IV.

ABOLICIÓN DE LA MONARQUÍA. LOS PATRICIOS Y LOS PLEBEYOS. EL CONSULADO. LA DICTADURA. LUCHA ENTRE LOS DOS ÓRDENES. EL TRIBUNADO COMICIOS POR CURIAS, POR CENTURIAS Y POR TRIBUS.

Resumen. — Después de haber expulsado de Roma á los

Tarquinos y de abolir la monarquía, era necesario dar á esta nación joven otra forma de gobierno nueva. Fué proclamada la república; pero esa revolución, operada por los grandes, no se efectuó en favor del pueblo. Bruto y los demás conjurados se contentaron con sustituir el régimen aristocrático á la monarquía, y el pueblo no tuvo derecho á dignidad ninguna. El poder se hallaba en manos del senado, y el senado estaba compuesto casi exclusivamente de patricios. Nombráronse dos cónsules para ejercer el poder ejecutivo; pero, al proclamar que serían anuales y elegibles, se había tenido cuidado de decidir que no se podría sacarlos sino del orden patricio. La dictadura no era más que un poder excepcional, que estaba confiado también á la primera clase de los ciudadanos. Los plebeyos, excluidos de todos los cargos, eran desgraciados, y el exceso de su miseria fué lo que los llevó á sublevarse continuamente contra los patricios. Éstos, al comprender que no podían prescindir de su concurso, hicieron concesiones, y la primera fué el derecho de tener magistrados que los protegiesen. Con tal propósito fueron nombrados los tribunos del pueblo y los ediles, que permitieron á la clase baja tomar parte en la dirección de los asuntos públicos. Los plebeyos, admitidos en los comicios por centurias, no se contentaron con esa concesión, que les había sido hecha por Servio, y obtuvieron una tercera clase de asamblea, los comicios por tribus, donde su influencia era preponderante.

1. Los patricios y los plebeyos. — La expulsión de los reyes había traído consigo la proclamación de la república. Esa revolución no se hizo en provecho del pueblo, sino exclusivamente en el de los patricios. Los patricios, cuyo origen remonta al mismo Rómulo, constituían en Roma una nobleza hereditaria. De su seno salían los senadores, y ellos formaron las treinta curias establecidas por Rómulo. Esa clase había visto con disgusto á los Tarquinos introduciendo en Roma los usos y costumbres de la Etruria. Consideráronlos como extranjeros, y los Tarquinos, que se daban cuenta de esa antipatía, habían procurado debilitar su influencia. Propusieron hacer efectiva la realza, poniéndola en cuanto era posible fuera del alcance del senado. Con tal motivo, Servio había hecho su reforma, que, sustituyendo la aristocracia del dinero á la de la cuna,

debía, andando el tiempo, arrebatarse á las antiguas familias toda importancia. Tarquino el Soberbio había descuidado convocar y proveer, por nuevos nombramientos, los puestos que estaban vacantes en el senado, á fin de hacer absoluta su autoridad.

La lucha que estalló fué, pues, la de la nobleza contra la monarquía, de los patricios contra los reyes. Habiendo triunfado los primeros, la república que proclamaron fué puramente aristocrática. Reserváronse todos los empleos y todas las dignidades de alguna importancia. Así, decidieron que los cónsules serían elegidos en su seno, que en el senado no tendrían entrada más que los miembros de su orden, y que ellos únicamente serían augures y pontífices. Por medio del senado, tenían el poder político legislativo; por el consulado, el poder ejecutivo y el mando de los ejércitos; por el augurado y el pontificado eran dueños de la influencia religiosa: de modo que reunían en sus manos todos los poderes.

Los plebeyos, que en los principios no fueron más que extranjeros, se componían de los artesanos, de los comerciantes ó de los restos de los pueblos vencidos que habían ido á establecerse en Roma y sus alrededores. Eran mucho más numerosos que los patricios. Servio les había dado acceso á los negocios públicos estableciendo el censo y la división por clases y por centurias; lo que ha hecho decir á Bossuet, á Montesquieu y á otros diversos autores modernos, que ese rey había tenido el propósito de establecer la república. También los había favorecido con la creación de los comicios por centurias. Después de la expulsión de los reyes, los patricios no pudieron arrancarles esas ventajas; pero se constituyeron en casta, decidiendo por una ley particular que los plebeyos y los patricios formarían dos órdenes tan separados, que nunca podría haber entre ellos matrimonio, y que los plebeyos serían excluidos necesariamente de todas las magistraturas civiles, del mando de los ejércitos, de la celebración

del culto y de la administración de la justicia. En las guerras que se emprendían, los plebeyos debían servir á las órdenes de los patricios; pero no ser admitidos al reparto de las tierras conquistadas. Esa desigualdad civil y política fué lo que suscitó las luchas que se produjeron entre dichos dos órdenes de ciudadanos al principio de la república romana, y que retardaron por de pronto sus desarrollos y prosperidad exterior.

2. Cónsules. — Inmediatamente después de la expulsión de Tarquino, el poder ejecutivo fué confiado á dos cónsules anuales. Estos dos magistrados mandaban los ejércitos con autoridad absoluta; convocaban el senado y el pueblo, y presidían las asambleas; marchaban precedidos de doce lictores, y tenían las mismas atribuciones que los reyes, exceptuando la diadema. Debían ser sacados de entre los patricios y elegidos en las asambleas por centurias.

Bruto y el esposo de Lucrecia, Tarquino Colatino, fueron los primeros investidos con ese doble empleo; pero cuando el pueblo juró proscribir para siempre la monarquía, Bruto retiró por sí mismo el consulado á su colega, lo hizo desterrar por odio á Tarquino el Soberbio, su pariente, y se asoció á Publio Valerio. Habiéndose formado una conspiración en favor de los príncipes desterrados, los hijos de Bruto tomaron parte en ella. El fogoso republicano los hizo prender, juzgar y condenar á muerte, y hasta tuvo el bárbaro valor de asistir á su suplicio, pero á partir de entonces se le hizo insoportable la vida.

Al saber la condenación de sus partidarios, Tarquino, ardiendo en cólera, excitó á los de Veyes y á los tarquinianos á tomar las armas contra Roma. Esos dos pueblos, que tenían también injurias particulares que vengar, aprovecharon con avidez esa circunstancia; pero fueron vencidos. En esa batalla, Aruns, hijo del rey destronado, y Bruto se lanzaron uno contra otro con tal rabia que se atravesaron al mismo tiempo con sus espadas. Todas las damas romanas llevaron durante

un año luto por el fundador de la república. Su colega Valerio recogió los despojos de los vencidos, volviendo triunfante á Roma, en un carro tirado por cuatro caballos. El pueblo fué tan agradecido á sus beneficios y virtudes que le dió el nombre de *Publicola* (amigo del pueblo).

Ese revés no desesperó á los Tarquinos. Hicieron entrar en sus planes al rey de Clusio, al intrépido Porsenna. Ese ilustre monarca se presentó con un ejército formidable, se adelantó en triunfo hasta el pie del Janículo y lo tomó del primer asalto. Ya iba á entrar en Roma y á ocupar el Palatino y el Capitolio cuando el valiente Horacio Cocles detuvo él sólo el ejército enemigo en la entrada del puente de madera que ponía á la ciudad en comunicación con el Janículo. Después de ese primer esfuerzo, Porsenna, perdiendo la esperanza de tomar por asalto la ciudad, cambió el sitio en bloqueo.

Cuando el hambre empezó á dejarse sentir entre los romanos, un joven noble, llamado Cayo Mucio, resolvió libertar á sus conciudadanos, yendo á asesinar á Porsenna en su tienda. Parte con un puñal oculto bajo su manto, atraviesa el campamento enemigo, y hiere por error al secretario del rey que tomó por el rey mismo. Porsenna lo hizo prender y lo condenó á perecer en las llamas si no denunciaba á los autores del infame complot. *Mira*, dijo Mucio, *el caso que se hace del cuerpo cuando sólo se piensa en la gloria*. Y llevando la mano á la hoguera encendida para el sacrificio, la dejó que se quemara sin dar señales ningunas de impaciencia. Asombrado Porsenna por tanto heroísmo, dejó libre al valeroso romano, que recibió de sus conciudadanos el sobrenombre de *Escévola* (zurdo). En seguida dictó á Roma un tratado de paz muy humillante y se retiró.

3. Dictadores. Batalla del lago Regilio (496).

— Abandonado por Porsenna, Tarquino sublevó todo el Lacio; treinta ciudades se aliaron, proclamando la ruina de Roma. En tan gran peligro, el senado temió dejar los intereses de la república únicamente en manos

de los cónsules, que suponía afectos á Tarquino. Todo el mundo sintió la necesidad de una autoridad más fuerte que el poder consular, y se creó un dictador, cuyo poder era absoluto, é inapelables sus decisiones (498). Ese magistrado era árbitro de la paz y de la guerra, combatía á pie, escogía por sí mismo su lugar-teniente entre los personajes consulares, al cual se daba el nombre de *maestre de la caballería*, y tenía por último el derecho de conservar su cargo durante seis meses. Tito Larcio fué el primer romano investido de esa dignidad. Á los diez y seis días de ser elegido abdicó, y en su lugar se eligió á Postumio, que tuvo á Tito Ebucio por maestre de la caballería.

Se dió con el enemigo cerca del lago Regilio, en el territorio de Tusculum (496). Esa batalla fué más ruda y terrible que todas las que se habían dado antes. Los generales en persona se arrojaron en medio de la pelea, y únicamente el dictador no fué herido. Después de grandes esfuerzos vencieron los romanos y dictaron la ley á todo el Lacio. Tarquino dejó á sus dos hijos y á su yerno sobre el campo de batalla, y se fué á morir de viejo en la ciudad de Cumas, en casa del tirano Aristodemo (495). Postumio y Ebucio recibieron los honores del triunfo.

4. Lucha entre los dos órdenes (492). — La aristocracia quedaba triunfante, pero la miseria pesaba sobre el pueblo, cuyos campos habían sido assolados é incendiadas sus chozas por los soldados del Lacio. Cada plebeyo había dado generosamente su sangre por la patria; pero, después de haber obtenido brillantes victorias, se había visto obligado á pedir á los patricios préstamos con que reparar sus pérdidas. Estos habían tenido la crueldad de abusar de la miseria de aquellos desdichados para arrancarles su patrimonio por la usura. En fin, después de haberlos despojado poco á poco de todo lo que poseían, habían sido bastante bárbaros para infligirles los tratamientos más duros, convirtiéndolos en esclavos.

Un día se presentó en el Foro un anciano desfigurado y asqueroso, mostrando á la vez las heridas que le había causado el látigo de uno de sus acreedores y las condecoraciones que en otra época había merecido su valor. Refirió á la multitud, agolpada á su alrededor, que en la guerra de los sabinos habían sido destruidas sus cosechas, su hacienda quemada, sus animales y útiles sustraídos; que había necesitado pedir dinero á préstamo para pagar el impuesto que se había exigido de él, á pesar de su extremada indigencia; que esas deudas, aumentadas por los intereses, habían devorado el patrimonio de su padre, el de su abuelo, y todo lo que poseía; que su acreedor lo había reducido á prisión y cubierto de golpes. Su historia era la de otros mil. Al oírlo, el pueblo lanzó gritos de rabia, y todos los deudores llenaron las calles y las plazas públicas con el ruido de su rebelión.

Los ataques de los volsucos, de los sabinos y de los equos los apartaron varias veces de sus malos designios. Pero, así que hubieron triunfado de esos enemigos exteriores, se retiraron al *monte Sagrado* con sus estandartes, y pidieron la abolición de las deudas. Esa defección alarmó al senado. Después de varios días de irresolución, se decidió por último á mandarles á Menenio Agrippa, hombre muy popular, y de elocuencia insinuante. Este les hizo, en vez de un discurso, el cuento que sigue :

« Una vez hubo una conspiración general de los miembros contra el estómago. Indignados de que todos sus cuidados y suministro eran para él solo, limitándose á disfrutar de los placeres que le proporcionaban aquéllos, decidieron que la mano no volvería á llevar alimentos á la boca, que la boca cesaría de recibirlos y los dientes de mascarlos. El resultado de esa ciega resolución fué que, queriendo dominar al estómago por medio del hambre, los miembros mismos y el cuerpo entero se debilitaron en extremo. Entonces comprendieron que el estómago no era tan ocioso como se lo

habían imaginado, y que, si bien lo nutrían, también nutría á su vez á los otros, llevando á todas las partes del cuerpo la sangre que constituye la fuerza y la vida. » El sensible parecido de esa guerra intestina del cuerpo humano con la cólera del pueblo contra el senado, bastó, según se cuenta, para calmar los espíritus.

5. Creación del tribunado. — Para garantía de sus derechos, los plebeyos pidieron magistrados que estuviesen encargados de defender sus intereses contra la autoridad de los cónsules. Esos magistrados se llamaron *tribunos del pueblo*. Debían recibir á toda hora las quejas del público; permanecían á la puerta del senado durante las deliberaciones, y consu veto podían paralizar la ejecución de sus decretos. Los elegían por cinco años, pero sus personas eran inviolables y sagradas. Al mismo tiempo se crearon otros dos magistrados plebeyos, los *ediles*. Estos debían secundar á los tribunos en sus funciones, ocuparse de la policía interior de la ciudad, velar por la conservación de los edificios públicos y proveer al aprovisionamiento de los mercados. El pueblo, representado por magistrados, pudo en adelante tomar parte en la dirección de los asuntos públicos (492).

6. Comicios por curias, por centurias y por tribus. — Rómulo había establecido los comicios por curias (Véase antes, pag. 35). Después de la expulsión de los reyes, esas asambleas tuvieron grande importancia, y puede decirse que durante dos siglos esos comicios fueron casi las únicas asambleas políticas que dirigieron los asuntos de la república.

Servio había querido herir á la aristocracia estableciendo los comicios por centurias (Véase antes, pag. 36). Como las centurias se fundaban únicamente en el censo, los plebeyos podían formar parte de esas asambleas, aunque la preponderancia haya quedado, al menos en los primeros tiempos, en manos de los patricios. Pero los plebeyos que tenían capital adquirieron poco á poco influencia en esas asambleas, y esos fue-

ron los que llegaron á ser jefes del partido popular, al cual ayudaron en la lucha que éste sostuvo contra los nobles.

Pero, en el asunto de Coriolano, la plebe, que desconfiaba de los patricios, pidió la reunión en *comicios por tribus*, en vez de reunirse en *comicios por centurias*. En aquella asamblea se contaban los sufragios por cabeza; y como las tribus plebeyas eran las más numerosas, el pueblo era dueño de sus decisiones. Habiendo sido nombrado tribuno un antiguo centurión, el valiente Volero, presentó una ley que debía dar al pueblo el derecho de elegir los tribunos en los comicios por tribus, y no en los comicios por centurias, donde, los patricios tenían la mayoría y que podían disolver á voluntad, por medio de los arúspices, cuyos señores eran. Los patricios se opusieron á esa ley durante un año; pero habiendo sido reelegido Volero con Latorio por colega, éste pidió además que los comicios por tribus pudiesen elegir á los ediles y hacer plebiscitos relativos á los asuntos públicos. La ley pasó (471). El senado declaró sin embargo que los *plebiscitos* ó decretos que emanasen de esos comicios no serían obligatorios más que para el pueblo; esa restricción no impidió que la medida indicada fuera un progreso inmenso para los plebeyos.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué ocurrió después de la expulsión de los reyes? ¿Cuál fué el carácter de esa revolución? ¿Quién la aprovechó? ¿Por qué expulsaron los patricios á los reyes? ¿Qué poderes se atribuyeron? ¿Quiénes eran los plebeyos? ¿Qué es lo que los separaba de los patricios?
2. ¿A que magistrados se confió el poder ejecutivo? ¿Quiénes fueron los primeros cónsules? ¿Qué colega se asoció Bruto? ¿Qué sobrenombre se dió á Valerio? ¿Á qué rey pidió socorro Tarquino? ¿Qué fué lo que excitó á Porsenna á alejarse de Roma?
3. ¿En qué circunstancia se nombró un dictador? ¿Cuál fué el primer romano que desempeñó ese puesto? ¿Dónde fué vencido Tarquino? ¿Qué fué de él después de su derrota?
4. ¿Cuál era la condición del pueblo? ¿Por qué se retiró el pueblo al monte Aventino? ¿Qué apólogo le contó Menenio Agrippa?

5. ¿Qué magistrado concedieron al pueblo los patricios? ¿Cuáles eran los derechos del tribuno? ¿Qué otros magistrados plebeyos fueron creados al mismo tiempo?

6. ¿Por quién habían sido instituidos los comicios por

curias? ¿Qué ventajas sacaron los plebeyos de los comicios por centurias? ¿En qué ocasión fueron establecidos los comicios por tribus? ¿Qué atribuciones les confirió la proposición del tribuno Volero?

CAPÍTULO V.

LEGISLACIÓN DE LOS DECENVIROS. LA CENSURA. LA IGUALDAD DE LOS DOS ÓRDENES. FORMACIÓN DE LA NOBLEZA.

Resumen. — Esta lucha que hemos visto estallar entre los patricios y los plebeyos continúa durante todo el primer período de la república.

I. Una vez que los plebeyos tuvieron sus magistrados, su poder no cesó de desarrollarse. Volero obtuvo para el pueblo el derecho de reunirse en *comicios por tribus*, en vez de reunirse en *comicios por centurias*; pero el senado quiso que los *plebiscitos* no fuesen obligatorios más que para el pueblo. Había en la legislación gran desorden: todos lo reconocían. Para ponerle término se eligieron los *decenviros*. Estos magistrados se honraron en el primer período de su administración, y sus diez primeras tablas fueron aceptadas como monumento digno de los legisladores más célebres. Pero después de su reelección se hicieron crueles y despóticos, y sus nuevas leyes llevaron el sello de esa violencia inicua y bárbara. El asesinato de Virginia sublevó al pueblo contra sus opresores; retiróse aquél al monte Aventino y obtuvo el restablecimiento de las antiguas magistraturas. Las leyes de los decenviros, que han recibido el nombre de ley de las *Doce Tablas*, fueron un progreso sobre las anteriores. Los plebeyos encontraron allí protección y garantía para la administración de la justicia, y se les hicieron grandes concesiones. Pero los patricios vieron confirmados en las mismas varios de sus derechos; mantúvose la prohibición de los casamientos entre ellos y los plebeyos, lo que establecía entre los dos órdenes profundísima separación.

II. No obstante su carácter despótico, el gobierno de los decenviros había sido útil porque reconoció en principio la igualdad civil. Los plebeyos obtuvieron en seguida la cuestura y abolición de la ley que prohibía los enlaces entre los patricios y los plebeyos. Hasta reclamaron el reparto

del consulado; pero, para declinar esa petición, los patricios imaginaron crear una dignidad particular que se llamó *tribunado militar*. Se desquitaron de todos sus fracasos con la creación de una magistratura nueva que posteriormente fué muy importante, la *censura*. Por otra parte, los tribunos se sirvieron de la ley agraria para conservar su popularidad, y cuando Roma hubo rechazado á los galos, obtuvieron el reparto del consulado. Desde entonces quedó consumada la unión de los dos órdenes. Los plebeyos obtuvieron sucesivamente la dictadura, la censura, la pretura, el proconsulado, el sacerdocio; y habiendo sido reconocida la igualdad civil, política y religiosa, Roma pudo obtener con más facilidad esas victorias que le valieron el imperio del mundo. Pero esa igualdad civil no impidió que predominase la aristocracia. La nobleza patricia se mantuvo y recibió en sus filas á los plebeyos más ricos y más ilustres. El poder siguió en las manos de aquellas casas poderosas cuyo número fué escaso en los últimos tiempos de la república.

§ I. — *Los decenviros y su legislación (452-449).*

1. Ley Terentilia. — Las concesiones que los patricios habían hecho á los plebeyos no impedían que continuase la lucha entre los dos órdenes. Dueños de los comicios por tribus, los tribunos del pueblo volvieron sus esfuerzos hacia la legislación que se trataba de reformar. Los patricios eran los únicos encargados de la administración de la justicia, y los oradores populares se quejaban con motivo de lo que había ordinariamente de vago y arbitrario en sus decisiones. No se tenía por ley más que costumbres que dejaban á los magistrados la libertad de decidir como lo juzgaban conveniente sobre todos los intereses. Los mismos patricios reconocían la necesidad de poner término á esas variaciones, fijando la legislación de manera positiva. Habiendo propuesto el tribuno Terentilio que se nombrase una comisión encargada de presentar al pueblo, un código regular, el senado temió que al remediar los abusos que existían se restringiesen aún más los derechos de los patricios, y trató de eludir esa medida (462). La lucha duró diez años y durante ese

tiempo los patricios hicieron al pueblo varias concesiones. Se dobló el número de los tribunos, y se abandonó el monte Aventino á los plebeyos para que edificaran casas en él. En medio de los debates suscitados por esta última ley, el tribuno Icilio entró en la curia para defender su plebiscito, y desde entonces los tribunos tuvieron el derecho de hablar en el senado. La ley Icilia fué votada y se vió alzarse en el Aventino, frente á la Roma patricia del Palatino, otra Roma plebeya. Por su parte, los tribunos abandonaron la ley Terentilia que había envejecido en las taquillas del Foro, contentándose con pedir á los patricios que consintiesen en nombrar legisladores, designados por el pueblo y por el senado, para redactar un código de leyes capaz de establecer justo equilibrio entre los dos órdenes del Estado. Su proposición fué aceptada: dióse á Postumio Albo, Aulo Manlio y Servio Sulpicio Camerino el encargo de ir á Atenas, así como á las principales ciudades de la Grande Grecia, á estudiar las hermosas instituciones de Solón y de los otros sabios. Cesaron entonces las disputas entre patricios y plebeyos, hasta que volvieron los diputados. Así que se presentaron aquéllos de nuevo en Roma, se convino en nombrar diez hombres, que se llamaron *decenviros*, cuyos fallos fuesen inapelables, y que en ese año debían reemplazar á todos los restantes magistrados (452).

2. Carácter y trabajos de los primeros decenviros. — Se nombró como decenviros á Apio Claudio, T. Genucio, P. Sextio, T. Romilio, C. Julio, T. Teturio, P. Horacio y los tres comisarios, que habían sido enviados á Grecia. Apio, que gozaba de grande influencia, disimuló por de pronto su carácter áspero y soberbio para hacerse cortesano asiduo de la multitud. Cada diez días, un decenviro administraba por turno la justicia, y todos se jactaban de la más escrupulosa equidad. Juzgaban con imparcialidad idéntica á los grandes y á los pequeños, y trabajaban sin

descanso en una legislación que tenía por objeto satisfacer á todo el mundo.

Cuando sus trabajos quedaron terminados, publicaron en diez tablas sus nuevas leyes en una asamblea general, invitando á todos los ciudadanos á leerlas cuidadosamente, á discutir las entre ellos y á transmitirles luego su parecer. Hicieron todas las correcciones deseadas, y las diez tablas fueron sancionadas por la nación en la asamblea de los comicios por centurias (451). Sin embargo, se reconoció que para completar esa legislación era necesario añadir dos tablas nuevas. Pero habiendo expirado antes de que éstas fueran promulgadas el poder de los decenviros, los comicios procedieron á nuevas elecciones.

3. Reección de los decenviros. Su tiranía. — Apio usó de toda la influencia que tenía sobre el pueblo y el senado para influir en los votos. Aunque presidía los comicios, no cesó de intrigar en favor de los hombres sobre los cuales podía contar, y tampoco se avergonzó de hacerse nombrar él mismo. Habiendo llegado así á inutilizar á todos los personajes cuyo mérito le causaba celos, se captó la influencia de sus colegas, los hizo compartir su modo de pensar, y alardeó de la más odiosa tiranía. Desde el primer día se les vió desplegar ostensiblemente aparato de terror. Presentáronse todos al mismo tiempo, precedido cada uno de doce haces, llenaron el Foro con sus ciento veinte lictores, y amedrentaron á los patricios y plebeyos, mostrándose en el centro de Roma como verdaderos tiranos. El peso de su cólera cayó principalmente sobre los plebeyos, y no hubo vejaciones é insolencias que no se permitiesen con ellos. En su tribunal sólo se preguntaba por la cuna y clase de las personas, sin cuidarse de la naturaleza del caso. Entonces los patricios, en vez de constituirse en defensores de la libertad, se complacieron en ver al pueblo víctima de una forma de gobierno que él mismo había solicitado. Como ya no se convocaba al Senado, los

senadores tuvieron la bajeza de retirarse á sus palacios, y de abandonar la Roma plebeya á los tiranos que la devoraban.

Sin embargo, esos odiosos decenviros publicaron dos nuevas tablas, llenas de leyes inicuas, pero que completaban materialmente la jurisprudencia romana. Creíase que abdicarían, después de haber cumplido la misión para que los eligieron; mas, lejos de hacerlo así, se mantuvieron por su propia voluntad en sus puestos, manifestando intenciones de conservar á todo precio el poder. Sin embargo, Apio, que los dominaba, provocó su caída manchándose con la sangre de Virginia.

4. Muerte de Virginia. — Virginia era una joven plebeya cuyo padre se llamaba L. Virginio, uno de los principales centuriones del ejército. Estaba prometida á L. Icilio, antiguo tribuno que se había distinguido más de una vez defendiendo los intereses del pueblo; pero Apio, seducido por la belleza de la doncella, concibió por ella ardiente pasión. Para satisfacerla, encargó á uno de sus clientes, M. Claudio, que la reclamara como su esclava, apoderándose de ella durante la ausencia de su padre. Un día que Virginia se encaminaba al Foro, fué prendida por Claudio, que la detuvo bajo el pretexto de que era su esclava y, en consecuencia, su propiedad. La disputa fué llevada ante el tribunal de Apio, quien, prestando oídos sólo á su pasión, decretó contra la libertad de la joven. En seguida se alzó grito de indignación en la asamblea, y se pidió que al menos se llamara á Virginio para que defendiese el honor de su familia. Icilio protesta á su vez contra la injusticia de que acaba de ser testigo y víctima, y obtiene de Apio que la sentencia se aplace hasta la vuelta de Virginio, que estaba en el ejército.

Virginio vuelve á Roma con lúgubre aparato, conduce por sí mismo su hija al Foro y habla á todos sus conciudadanos para hacerles compartir su dolor y su resentimiento. Esfuerzos inútiles, la pasión cegaba á

Apio, que promulgó su inicua sentencia. El pueblo acogió el fallo con sombrío silencio. Virginio pide que antes de separarse de su hija se le permita hablarle un instante á solas con su nodriza, para saber si las pretensiones de Claudio son fundadas. Apio consiente, y el desdichado padre, así que se alejó de la multitud, cogió un cuchillo en el mostrador de un carnicero, y hundiéndolo en el corazón de Virginia exclamó: *Hija mía, éste es el único medio que me queda de conservarte la libertad.*

5. Caída de los decenviros (449). — Ese horrible suceso heló de espanto á todo el mundo. Virginio, mostrando su cuchillo aun manchado con la sangre que acaba de verter, ofrece la cabeza de Apio á los dioses infernales. Multitud de jóvenes se agrupan á su alrededor y en presencia del cuerpo inanimado de su hija, lamentan su desgracia. Apio quiere por de pronto resistir á la tormenta; pero en seguida le falta valor, y envolviéndose la cabeza en su manto, corre á ocultarse en una casa cercana al Foro. Mientras estalla la sedición en toda Roma, Virginio corre al campamento, refiere á sus compañeros lo que había pasado, inflama su valor con sus palabras y sollozos, y los arrastra consigo á Roma para librar á esa ciudad de los tiranos que la oprimían. Colocáronse en el monte Aventino, nombraron de entre ellos diez tribunos militares y se dispusieron á resistir al senado. El ejército que se había mandado contra los sabinos imitó al del Algida, creó diez tribunos, y fué á unirse con el primero. Los decenviros tuvieron que abdicar. Apio fué hecho prisionero, y al día siguiente lo estrangularon; pero los demás salvaron sus vidas. Restableciéronse los tribunos, el derecho de apelar, los cónsules y todas las magistraturas que existían antes del decenvirado; al mismo tiempo se decretó una amnistía en favor de los plebeyos que habían provocado la insurrección.

6. Leyes de las doce tablas. — Las leyes de los decenviros se grabaron en doce tablas de bronce y se

expusieron en la plaza pública para que el pueblo se enterase de ellas. Fueron adoptadas en los comicios por centurias, y formaron durante mucho tiempo todo el código de las leyes romanas, siendo célebres en la historia del derecho con el nombre de leyes de las *Doce Tablas*. Estaban redactadas en estilo tan lacónico y técnico, que en tiempos de Cicerón sólo las entendían los juriseconsultos. No han llegado hasta nosotros más que fragmentos separados, que se encuentran en los Pandectas, en Cicerón, Festo, Gayo y Ulpiano.

Esas leyes participan de la barbarie de la época. Á pesar de que se mandaron comisionados á Atenas, y á la Grecia Mayor, encuéntrase en ellas mucho menos el espíritu de los griegos que las costumbres duras y severas de la antigua Italia.

Las Doce Tablas consagran la autoridad absoluta del padre sobre su mujer, sus hijos y sus bienes. Proclaman el derecho de propiedad y permiten matar al ladrón que de día ó de noche es sorprendido en flagrante delito. Reconocen la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Así, ésta no dice ya como en otra época: si un patricio, si un plebeyo comete tal delito; sino: si alguien, *si quis*; y cada cual sufría pena análoga por el mismo delito.

Ese código, como todas las legislaciones bárbaras, admitía en clase de penalidad el *arreglo* en dinero y el *talión*. « El que rompe un miembro paga trescientos ases al herido, si no hay arreglo entre ambos, se le someterá á la pena del talión. »

El pueblo es designado como juez que pronuncia en último término. La sentencia de todo magistrado es apelable ante su tribunal. Se protege la libertad individual. El magistrado debe sostener la libertad provisional contra toda petición en contrario. El testigo falso y el juez corrompido son condenados á ser precipitados de la roca Tarpeya. Si el patrono hace daño á su cliente, que sea anatematizado. Un ciudadano romano no puede ser condenado á muerte más que en

los comicios por centurias. Esos comicios son los que deben determinar la ley. Las mismas asambleas representan al *pueblo romano*, al *pueblo rey*. Lo que el pueblo ordenare en último término, esa será la ley. Las asociaciones particulares pueden formar sus propios reglamentos, bajo la condición de no ponerse en contradicción con las leyes. El interés del dinero no debe pasar de 8 por 100. Por fin, en las Doce Tablas había una frase que creaba un orden de cosas enteramente nuevo : ¡ No más privilegios ! (*Ne privilegia irroganto*).

Pero al lado de esas disposiciones favorables á los plebeyos, las Doce Tablas sancionaban graves abusos en favor de los patricios. Así, entregaban al acreedor, no sólo la propiedad, sino también la libertad y hasta la vida del deudor insolvente. « Si hay varios acreedores, que corten el cuerpo del deudor ; si cortan más ó menos, que sean responsables por ello. Si quieren, pueden venderlo al extranjero allende el Tiber ».

Prohíben la formación de grupos nocturnos que la policía desconfiada é inquieta de los patricios temía : « Pena de muerte contra los grupos nocturnos, y para quien haga ó cante versos difamatorios. »

Las Doce Tablas contenían las leyes suntuarias, cuyo objeto era impedir al plebeyo que hiciese ostentación de su riqueza.

Mantenan la prohibición de los enlaces entre patricios y plebeyos, y conservaban á los primeros todas las grandes magistraturas. Esta irregularidad política es lo que continuará siendo objeto de la lucha entre los dos órdenes.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué propuso el tribuno Terentilio? ¿Qué concesiones obtuvieron los plebeyos? ¿Qué se convino entre los dos órdenes respecto de la legislación?
2. ¿Quiénes fueron los decenviros? ¿Cuáles eran sus funciones? ¿Estaba acabada su obra al expirar su mandato?
3. ¿Cuál fué el carácter de los nuevos decenviros? ¿Qué hicieron los senadores? ¿Cuál fué el decenviro que provocó la caída de ese poder tiránico?

4. Refiera V. la manera como pereció Virginia.

5. ¿Qué impresión produjo ese hecho? ¿Qué fué de Apio? ¿A dónde se retiró el pueblo? ¿Cuáles fueron las magistraturas que restableció?

6. ¿Cuáles fueron las leyes de los decenviros? ¿Por qué se llamó á su legislación ley de

las Doce Tablas? ¿Qué nos queda de ellas? ¿Cuáles eran las disposiciones de esas leyes relativamente á los padres de familia? ¿Qué progresos realizan sobre las leyes anteriores? ¿Qué tenían de favorable á los plebeyos? ¿Qué costumbres favorables á los patricios sancionaron?

§ II. — *La censura. Igualdad de los dos órdenes. Formación de la nobleza.*

1. Nuevos triunfos de los plebeyos. — Después de los decenviros, la lucha de los plebeyos contra los patricios continuó durante casi un siglo más. Los últimos experimentaron cada vez nuevas derrotas. Primeramente los plebeyos obtuvieron que los cuestores del tesoro (*quæstores ærarii*) y los judiciales fuesen nombrados en lo sucesivo por los cómicos centuriados, es decir, por todo el pueblo (447). Se les concedió también que los cuestores del tesoro podrían pertenecer á cualquiera de los dos órdenes. Dos años más tarde, el tribuno Canuleyo pidió la abolición de la ley que prohibía los matrimonios entre los patricios y los plebeyos y el reparto del consulado. Esto era romper las últimas barreras que separaban al pueblo de la nobleza. El senado, violentado por el pueblo, que se retiró una vez más al Janículo, abolió la ley de los matrimonios y usó de astucia para no permitir que los plebeyos profanaran el consulado. Al efecto imaginó reemplazar á los cónsules por tribunos militares que podrían ser tomados en los dos órdenes.

2. Tribunado militar (444). — No es fácil determinar lo que eran esos tribunos militares; tal vez simples jefes de legión. Habiendo variado su número, sería posible explicar esas variaciones por la naturaleza de los peligros que debió correr Roma en las diversas guerras que emprendió. Mientras más legiones se organizaban, más tribunos se nombraban. En todo caso,

ese puesto era mucho menos brillante que el consulado.

Á la verdad, los cónsules habían visto desmembrada su autoridad. Primero les arrebataron el derecho de ofrecer los sacrificios, estableciendo el *rex sacrificiorum*; también los habían privado de una parte de sus funciones civiles creando, en épocas diversas, cuestores del tesoro, cuestores judiciales, ediles y censores. Pero eran dueños absolutos en el ejército, habían conservado los auspicios y podían elegir un dictador. Los tribunos militares ocupaban, por el contrario, los diversos empleos militares, no gozaban de ningún derecho en tiempo de dictadura y no tenían auspicios.

Aunque el tribunado militar fué accesible á los plebeyos durante cerca de medio siglo (444-400) los patricios influenciaron al pueblo hasta tal punto que se otorgó siempre aquel cargo á personas de su orden. A menudo se volvió á la antigua forma de gobierno y se eligieron cónsules. En las circunstancias graves, el pueblo recurría á la dictadura, de modo que el tribunado militar pudo honrarse difícilmente con gloriosos hechos.

3. De la censura (442). — Dos años después de establecerse el tribunado militar, se creó la censura. Los cónsules representaron al senado que el censo no había sido hecho desde hacía varios años y que no era posible continuar aplazándolo. Como sus ocupaciones militares no les permitían consagrarse á ese importante trabajo, pidieron que se entregase la custodia y comprobación de los registros á dos magistrados que llamaron *censores*. El senado se apresuró á aceptar dicha proposición, porque veía con gusto aumentar el número de las magistraturas patricias. Por otra parte, los tribunos, considerando ese nuevo cargo como menos brillante que útil, no se opusieron á su creación. Pero la censura, poco importante en sus principios tomó en lo sucesivo prodigioso desarrollo. Esos censores estuvieron encargados de vigilar las costumbres y la disciplina y de inspeccionar al senado y á los caballeros;

dispensaron libremente á todos los ciudadanos los honores y los anatemas, asignando á cada uno de ellos la clase en que debía colocarse; extendieron su jurisdicción sobre los edificios públicos y particulares y fueron los únicos en ocuparse del cobro y repartición de los impuestos.

4. Ley agraria. — Los tribunos se sirvieron de la ley agraria para mantener su popularidad y agitar el Foro. Esa ley agraria cuyo nombre resonó tantas veces en la historia romana, es un hecho inmenso, que importa caracterizar bien. La posesión de la tierra era en Roma, como en toda la edad media, una de las condiciones del poder. No hallándose entonces muy desarrollados el comercio y la industria, la fortuna consistía únicamente en propiedades territoriales. Al principio se había repartido el territorio romano, el *ager romanus*, en partes iguales; pero se había reservado para el Estado un dominio público, *ager publicus*, cuyas rentas estaban destinadas á cubrir los gastos generales. Cuando se apoderaban de un país, hacían dos partes del territorio conquistado; una pertenecía á los *colonos* y á los antiguos poseedores, la otra era añadida al dominio público. El *ager publicus* se arrendaba en provecho del Estado, y los patricios, no sólo habían acaparado esos arrendamientos, sino que prescindieron de las obligaciones que estaban impuestas, y confiscaron de ese modo en su propio provecho los dominios nacionales. Sp. Casio, impresionado por la miseria del pueblo é indignado por la injusticia de los grandes, propuso la devolución de esas tierras al Estado, que se distribuyera una parte á los aliados, que se arrendase el resto y que se empleara el producto en el mantenimiento de las tropas.

Tal fué la primera ley agraria, que era justa en su principio, pero que sirvió de alimento á las pasiones de los demagogos. No fué votada; sin embargo, después de numerosas discusiones, se concedieron para calmar á los sediciosos, tres mil brazas en el territorio de

Larico, y el reparto de las tierras de Bola, ciudad etrusca (414). La cuestura se hizo accesible á los plebeyos como á los patricios. Algunos de los primeros llegaron á ese cargo en el año 408; y el año 400, de seis tribunales militares, cuatro habían salido de las filas del pueblo.

5. Fin de las luchas intestinas. Unión de los dos órdenes. — La gran invasión de los galos y la ruina de Roma detuvieron un momento los progresos de la libertad. Pero cuando se retiraron los bárbaros, y los plebeyos restauraron sus habitaciones incendiadas, las luchas dieron principio otra vez, y se oyeron de nuevo las quejas y gemidos de los deudores atormentados por sus acreedores. Manlio soñó con el poder soberano, la monarquía; pero ese sueño no era más que locura y orgullo. Los tribunos Sextio y Licinio Stolo fueron los hombres de abnegación que se necesitaban para sacar al pueblo del abismo en que lo precipitaba la aristocracia. Aliviáronlo materialmente, aligerando el peso de las deudas, y conquistaron para él la igualdad política arracando á los patricios la posesión exclusiva del consulado. El senado luchó durante diez años, pero la firmeza de Licinio y de su colega Sextio triunfó de su tenaz resistencia. Camilo sancionó la elección del primer cónsul plebeyo Sextio y consagró un templo á la Concordia (366).

Así pues, los plebeyos habían obtenido ya la igualdad civil reconocida en las Doce Tablas, la igualdad natural haciendo abolir la ley que prohibía el matrimonio entre los patricios y los plebeyos y la igualdad política compartiendo el consulado con los nobles. En 355 obtuvieron la dictadura; cinco años después, la censura (350), y durante las guerras contra los samnitas llegaron sucesivamente á la pretura (337), al proconsulado (321) y al sacerdocio (302). Y hasta llegó el orden plebeyo á poseer á su vez el privilegio, pues, convirtiendo con los patricios las grandes magistraturas poseían además el tribunado y la edilidad plebeyas. El

poder tribunicio era inmenso, puesto que los magistrados que estaban revestidos de él podían suspender con su *veto* los decretos del senado; anular los actos de los cónsules, hacer retirar una ley propuesta, y pedir cuentas de su administración á todo funcionario que cesaba en su cargo. Esas ventajas compensaban á los plebeyos de la inferioridad moral que iba naturalmente unida á su condición, de modo que entre ellos y los patricios reinaba la igualdad más perfecta.

6. Consecuencias y resultados de esas luchas.

—Esas luchas entre patricios y plebeyos habían retardado las conquistas exteriores de Roma; pero tuvieron por efecto fundir unos con otros los elementos tan diversos que formaban á esa nación. Los *rhamnenses* ó *romanenses*, los romanos de Rómulo, no eran sino aventureros salidos de los diversos pueblos latinos que rodeaban á la ciudad nueva, y se distinguían por completo de los sabinos ó *tacienses*, que habían sido incorporados á los primeros después de la alianza hecha con Tacio. El elemento etrusco, representado por los *luceres* y elevado al trono en la persona de los Tarquinos, era distinto del latino. Cada una de esas razas tuvo sus privilegios, y por debajo de los patricios se formaron los plebeyos que eran también etruscos venidos de todos los países y que carecían igualmente de unidad. Para hacer de todas esas razas y de todas esas familias una nación unida, que tuviese las mismas leyes las mismas costumbres, el mismo objeto, se necesitaba tiempo, y esa obra del tiempo necesita las luchas que acabamos de describir. El pueblo conquistó pie á pie todos los cargos y todas las dignidades; y en esas batallas contra la aristocracia, adquirió aquella energía, aquella fuerza, aquella perseverancia y paciencia que lo convirtieron en el primer pueblo del mundo. La providencia destinaba á Roma para que formase la cuarta monarquía que debía venir después de las de los asirios, de los persas y de Alejandro. Para colocar á todos los pueblos bajo su yugo y plegarlos bajo el peso de sus

leyes, necesitaban los romanos todas las cualidades que acabamos de enumerar, y era preciso que el senado tuviese el espíritu de prudencia y de habilidad que lo distinguieron en todas las épocas de su historia. Una vez concluída la lucha de los dos órdenes, la igualdad civil y política existió entre todos los ciudadanos, y los cargos públicos se reservaron sólo al mérito: así se inauguró nueva era de prosperidad para la república, que pudo multiplicar sus conquistas.

7. Formación de la nobleza. — Esa igualdad civil y política reconocida por las leyes, no destruyó las distinciones sociales. Los patricios, que contaban en sus familias ciudadanos ilustres, fueron más orgullosos aún de su cuna. Según el derecho de Roma, todo ciudadano que había ejercido una magistratura curul, podía hacerse representar por un busto de cera de color, con las insignias del cargo que había desempeñado. Esto es lo que se llamaba el *derecho de imágenes* (*jus imaginum*). En los orígenes, ese derecho había pertenecido exclusivamente á los patricios, puesto que las altas dignidades del Estado no eran asequibles más que á ellos. Con esas figuras habían adornado los atrios de sus viviendas; y cuando un miembro de la familia moría, se llevaban todas esas imágenes á los funerales, como testimonio de ilustre prosapia. Pero así que las magistraturas curules pudieron ser conferidas á los plebeyos, también tuvieron éstos el *jus imaginum*, y no dejaron de usarlo. Cuando una familia plebeya veía uno de sus miembros elegido por primera vez á una dignidad curul, se daba á ese magistrado el nombre de hombre nuevo (*homo novus*) y conservaba toda su vida ese calificativo, aun si llegaba varias veces á ocupar altos puestos. Pero á la segunda generación se perdía aquel título, y la familia era considerada noble.

Las elecciones eran muy costosas en Roma, y sólo las familias ricas podían aspirar á las primeras dignidades. El triunfo de los plebeyos no aprovechó por de

pronto á la democracia, según se podría creer, sino que por el contrario tuvo como resultado concentrar el poder en escaso número de familias; sólo que esas no fueron ya exclusivamente de origen patricio. Los dos órdenes se mezclaron á menudo por medio de alianzas y no siguieron formando, como antes, dos pueblos distintos. Esa concentración fué tal que, en los últimos tiempos de la república, todos los negocios, todas las dignidades, dependían no más que de doscientas familias, que disponían á su voluntad de todas las fuerzas de la nación.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuánto tiempo duró todavía la lucha entre patricios y plebeyos? ¿Qué poder sustituyeron los senadores al consulado?

2. ¿Qué eran los tribunos militares? ¿Cuál era el poder de los cónsules? ¿Cómo lo habían debilitado? ¿A quiénes eligió el pueblo tribunos militares?

3. ¿En qué tiempo se creó la censura? ¿Con qué objeto se instituyó esa magistratura? ¿Qué desarrollo tuvo?

4. ¿Por qué medios conservaron su popularidad los tribunos del pueblo? ¿En qué consistía la ley agraria? ¿A qué se llamaba *ager publicus*? ¿En qué época llagaron los plebeyos á la cuestura?

5. ¿Qué fué lo que detuvo momentáneamente los progresos de la libertad en Roma?

¿Por quién fué confirmada la elección del primer cónsul plebeyo? ¿En qué época obtuvieron los plebeyos la dictadura?

¿— la censura? ¿— la pretura? ¿— el proconsulado? ¿— el sacerdocio? ¿Cuál era la extensión del poder tribunicio? ¿Qué ventaja resultó para el Estado de la igualdad civil y política de todos los ciudadanos?

6. ¿Para qué sirvieron las luchas de los plebeyos contra los patricios? ¿Cómo contribuyeron esas luchas á permitir que Roma cumpliera su misión?

7. ¿Qué fué de las familias patricias? ¿Cómo entraron en sus filas los plebeyos? ¿A qué se llamaba un hombre nuevo? ¿Cuál fué el carácter de la aristocracia que prevaleció en los últimos tiempos de la república?

CAPÍTULO VI.

HISTORIA EXTERIOR DE ROMA. GUERRAS CONTRA LOS LATINOS, LOS GALOS, LOS SAMNITAS, PIRRO.

Resumen. — De todos los pueblos que llenaron el mundo antiguo con la fama de su nombre, ni uno solo puede ser comparado al romano. Este era el que tenía en el orden

político la misión de preparar el mundo entero para recibir el Mesías, uniendo á todas las naciones bajo su cetro, confundiendo en un mismo idioma todos los idiomas, en una misma legislación todas las legislaciones, y en un mismo imperio á todos los pueblos.

I. Para llegar á ese gran resultado, la Providencia le dió el genio de la guerra. Así, desde sus primeras luchas se nota en él lo que distingue á un pueblo conquistador. Se aguerrió en los combates que sostuvo contra los pequeños pueblos que lo rodeaban, sometiendo sucesivamente á los volscuos, á los equos, los veyanos y los faliscos, y en las luchas que sostuvo contra cada uno de esos pueblos se le vió cubrirse de brillo por el genio de un hombre grande. Así, la guerra contra los volscuos reveló el genio de Coriolano, la de los equos mostró el heroísmo de Cincinato, y la de los faliscos es célebre por el valor de Camilo.

II. La existencia de Roma se vió amenazada un instante por la invasión de los galos que penetraron en la ciudad, hicieron una matanza de senadores y sitiaron el Capitolio. Pero el genio de Camilo la libró de tal peligro, y ese gran guerrero tuvo la suerte de consagrar la unión de los patricios y de los plebeyos proclamando su igualdad civil y política. Tres veces volvieron los galos á la carga para vengar su última derrota, pero fueron otras tantas vencidos; lo que les obligó á pactar una tregua de cincuenta años, que cumplieron.

III. Roma, libre ya de esos terribles enemigos, continuó el curso de sus conquistas. La emprendió con los samnitas que ocupaban la Italia central, y les hizo cuatro grandes guerras: la primera tuvo por resultado la conquista definitiva del Lacio; en la segunda, como el ejército romano pasara bajo el yugo en una primera campaña, Roma se limitó á vengar esa humillación; la tercera produjo la sumisión definitiva de los equos y hérnicos; por fin, la cuarta terminó con la conquista del país de los samnitas, es decir de toda la Italia central.

IV. Roma necesitó medio siglo de esfuerzos para domar á las belicosas poblaciones de las montañas, y conquistar la Italia central; pero después de esa conquista sus progresos fueron más rápidos. Las guerras que tuvo que sostener contra Pirro le valieron la conquista de la Italia meridional. Esta región estaba ocupada por griegos, que el lujo y la riqueza habian debilitado y que no eran capaces de presentar la misma resistencia que los samnitas. En verdad, llamaron en su ayuda á Pirro, rey del Epiro, que dió á la lucha carácter más grave y serio, y que hasta logró triunfar durante algún tiempo de la bravura de los romanos, pero con sus victorias los amaestró. Con enemigo

de tanta experiencia, dice Saint-Évremond, aquéllos se hicieron más activos y sagaces de lo que eran antes. Hallaron manera de guardarse de los elefantes, que habían desbaratado sus legiones en la batalla de Heráclea; evitaron las llanuras y buscaron los sitios ventajosos contra una caballería que sin razón habían despreciado. En seguida aprendieron á formar su campamento con arreglo al de Pirro, después de haber admirado el orden y distinción de sus tropas, mientras que entre ellos todo era confusión. De ese modo pudieron disputarle la victoria en el segundo encuentro, en Ásculo, y acabaron por vencerlo en el tercero, en Benevento.

§ I. — *Guerras de Roma contra los latinos.*

1. Carácter de esas primeras guerras — Así que los romanos hubieron expulsado á Tarquino, éste halló socorro entre los pueblos del Lacio y de la Etruria, que se le unieron para vengar su afrenta. La gran batalla del lago Regilio salvó á Roma del peligro en que la había puesto esa liga formidable, y arrebató sus últimas esperanzas á los Tarquinos y á sus partidarios. Pero esos pueblos que rodeaban á Roma no cesaron por eso en sus ataques contra la república, cuya preponderancia futura parece que presintieron desde su principio. Los volscuos, los equos y los veyanos fueron, entre todos esos pueblos, los que causaron más inquietudes á los romanos, poniéndolos á un paso de su pérdida.

2. Guerra contra los volscuos. Historia de Coriolano. — Los volscuos no habían tomado parte en la liga de los latinos contra Roma, y no se habían encontrado en la batalla del lago Regilio. Esperando, pues, vengar á sus aliados, se alzaron á su vez, arrastrando con ellos á los hérnicos, los equos y los arunces. Los ejércitos romanos marcharon á combatirlos, les arrancaron Polusca y sitiaron á Corioles. En el sitio de esa ciudad se distinguía de manera tan brillante un joven patricio llamado Cayo Mario, que se le dió el sobrenombre de *Coriolano*. Cayo pensó que su gloria sería título suficiente para obtener el consulado y

lo pidió ; pero como el pueblo le negara ese honor (1), juró vengarse de semejante afrenta.

Habiendo estallado en Roma un hambre terrible, quiso aprovechar la miseria del pueblo para arrebatárle todos los derechos que arrancara antes á los patricios por la violencia y la rebelión. *¡No más tribunos, exclamó, ó no se da pan!* Esas imprudentes palabras exasperaron al pueblo, que fué al senado á quejarse de que se le tratase como á enemigo y de manera tan bárbara. En su indignación hubiera destrozado á Coriolano si los tribunos no hubiesen tenido la feliz idea de citarlo ante la asamblea general de la nación.

3. Destierro de Coriolano. — Los senadores procuraron calmar al pueblo y salvar á Coriolano. Cada uno empleó su influencia y prestigio con tal objeto, enviando á todas partes á sus clientes para reunir votos, y hasta dieron pasos en corporación ; pero todo fué inútil. Coriolano oyó pronunciar su sentencia de destierro, y fué á refugiarse entre los volscuos, profiriendo terribles amenazas contra su patria (491). Ese ilustre desterrado usó de todo su ascendiente sobre Atio Tulio, el primer personaje de la confederación de los volscuos, para inflamar su odio contra los romanos y lograr que les hiciera la guerra.

4. Expedición de Coriolano contra Roma. — Tulio, influido por esos discursos, hizo un llamamiento á sus conciudadanos y entregó el mando del ejército al joven guerrero, quien en unos cuantos días tomó por asalto á Cirei, Sutrio, Longula, Polusca y Corioles, yendo á acampar á cinco millas de Roma (490). Al saber esa noticia, los patricios quedaron igualmente consternados, mandando á Coriolano embajadores que sólo obtuvieron palabras duras y ofensivas. Antes de

(1) El pueblo no tenía entonces bastante poder para ser dueño de la elección de un cónsul. Esta observación nos hace creer que la historia de Coriolano no está aquí en su sitio. Sin embargo hemos seguido á Tito Livio, por sernos imposible determinar la época exacta de ese suceso.

entrar en negociaciones, el tránsfuga pedía que se devolviese á los volscuos todo su territorio : « Si no, dijo, haré ver á mis antiguos conciudadanos y á mis nuevos bienhechores que el destierro no ha hecho más que inflamar mi valor. » Otra diputación obtuvo el mismo éxito.

5. Su madre logra enternecerlo. — Entonces las matronas romanas fueron á dar con Veturia, madre de Coriolano, así como con su mujer Volumnia, y las determinaron á implorar del vencedor irritado la salvación de Roma. Al ver á su madre, á su mujer y á sus hijos, Coriolano corrió á su encuentro y abre sus brazos á Veturia, que lo rechaza con severidad diciendo : « ¡ Detente !, antes de recibir tus besos, quiero saber si hablo al enemigo de Roma ó al hijo de Veturia, si soy la madre ó la cautiva de Coriolano ». Su mujer y sus hijos se echan al mismo tiempo á sus plantas, y lo conjuran con sus sollozos y sus lágrimas para que renuncie á su venganza. Coriolano, enternecido por ese espectáculo y por las palabras de su madre, exclamó : « Madre mía, salvas á Roma, pero pierdes á tu hijo. » En seguida se retiró, pereciendo víctima del resentimiento de los volscuos. Otros aseguran que llegó á edad muy avanzada, y que en sus últimos días exclamaba á menudo : *el destierro es muy duro para un anciano* (488).

6. Guerra contra los equos. Q. Cincinato. — Apenas estaba Roma libre de los volscuos, cuando las luchas entre el senado y el pueblo con motivo de la ley agraria y del tribunado empezaron otra vez. Pronto estalló una conspiración : cuatro mil quinientos esclavos ó desterrados, al mando de Sabio Apio Herdonio, se apoderaron una noche del Capitolio y de la ciudadela, y asesinaron á cuantos se habían negado á entrar en la conspiración. La energía del cónsul Valerio calmó á los sediciosos; el Capitolio fué recuperado y gran parte de los conjurados perecieron en el combate.

Cuando se restableció la tranquilidad, las luchas del Foro empezaron con análoga violencia una vez más. La impasible intrepidez de Q. Cincinato, que era cónsul ese año, conjuró la tormenta. Sus sucesores no fueron tan felices. Uno de ellos, Minucio, que había salido de Roma para combatir á los equos, se dejó copar por los enemigos. Ese acontecimiento imprevisto produjo en Roma grandísimo terror, y para detener los progresos del mal, se resolvió crear un dictador, y en seguida todas las miradas se fijaron en Cincinato. Ese antiguo cónsul vivía retirado en su hacienda, donde cultivaba con sus manos un campo de cuatro brazadas, su única riqueza. Los diputados del senado lo hallaron encorvado bajo el peso de su azadón y le suplicaron, después de los saludos de costumbre, que revisiera su toga para recibir de manera más conveniente las órdenes del senado. Cincinato manda á su mujer Racilia á que le busque la toga en su cabaña, se limpia el polvo y el sudor de su cuerpo, se cubre con su nuevo traje, y se entera de que lo han nombrado dictador (454).

En seguida abandona su choza, se presenta en el Foro acompañado de sus lictores, ordena á todos los romanos de edad á propósito para llevar aun las armas que se presenten al ponerse el sol en el campo de Marte, y se dirige rápidamente al encuentro de los enemigos. Al llegar al sitio del combate, su ejército lanza un gran grito que hiela de espanto á los equos, y de esperanza á los soldados de Minucio. Pronto se traba la acción, y los equos vencidos se ven obligados á rendirse. Cincinato, después de hacerlos pasar bajo el yugo, entró triunfante en Roma; y luego, á los diez y seis días, abdicó la dictadura, que podía conservar seis meses, volviéndose sencillamente á sus labores campestres.

7. Guerra contra los veyanos y los faliscos. Camilo. — Después de esta victoria, los decenviros dieron á Roma una constitución y leyes nuevas, y por

efecto de las concesiones que los patricios hicieron al pueblo, las luchas intestinas se calmaron. Entonces Roma no se contentó en sus guerras exteriores con permanecer á la defensiva, según lo había hecho siempre, sino que atacó á los pueblos vecinos y resolvió acabar con los veyanos, destruyéndoles su ciudadela. El sitio de esa plaza fuerte, que fué el gran acontecimiento de los tiempos heroicos de Roma, duró diez años (405-395). Los caballeros y el pueblo se presentaron ansiosos al senado, para solicitar el honor de atacar á la orgullosa ciudad. Sin embargo, á pesar de tanto celo y ardor, la falta de buena inteligencia entre los tribunos militares encargados de la dirección del sitio, la inexperiencia de los sitiadores y los valerosos esfuerzos de los sitiados, ocasionaron reveses que llenaron á Roma de terror y espanto. En esa agonía, los senadores se fijaron en Camilo Furio, joven patricio lleno de genio y de valor; y por más que su familia no había adquirido hasta entonces gran celebridad, lo nombraron dictador. Camilo había revelado su mérito bajo el dictador Postumio, en una batalla contra los equos y los volscuos, arrancando por sus propias manos una flecha que le había quedado en una de sus heridas. En seguida se le nombró censor, mandándolo durante el sitio de Veyes á combatir á los faliscos y los capuatos, con el título de tribuno militar. Después de haber vencido á esos pueblos, fué cuando se presentó ante las murallas de Veyes, se apoderó de la ciudadela y puso á saco la ciudad.

Al volver á Roma se indispuso con todo el mundo por el fausto y brillo de su triunfo. Los patricios lo vieron con dolor presentarse en un carro tirado por cuatro caballos blancos como el de una divinidad. Irritó al pueblo oponiéndose á una ley de los tribunos que deseaban que los plebeyos fuesen á habitar en Veyes. Por último, descontentó al ejército obligándolo á devolver la décima parte del botín recibido, bajo el pretexto de que lo había ofrecido á Apolo. La guerra

con los faliscos sobrevino muy á propósito para que se calmase la indignación general. Camilo se cubrió en ella de gloria, tanto por su generosidad como por su valor.

Cuando sitiaba á Faleria, se dice que los faliscos llevaban tan lejos su presunción, que dejaban salir de la ciudad á los niños para que se paseasen con su maestro practicando los ejercicios acostumbrados. El maestro de escuela, que deseaba entregar los faliscos á los romanos por medio de sus hijos, se acercaba cada día algo más á los enemigos, como si hubiese querido aguerrirlos por medio del peligro. Al fin acaba por dar de intento en las primeras avanzadas, les entrega los niños y pide que lo lleven á donde está Camilo. Hácele saber su traición, esperando una recompensa; pero el general romano, indignado de tanta perfidia, le dice con tono severo : « La victoria no debe obtenerse nunca por medios impíos y criminales. Un gran general debe esperarla de su propio valor y no de la maldad de otro. » Al mismo tiempo ordena que se rasguen las vestiduras del traidor, que le aten las manos á la espalda, y que se den palos y correas á los niños para que lo conduzcan hasta las puertas de la ciudad azotándolo sin cansarse. Esta conducta llena de generosidad valió á Camilo el afecto de los faliscos, que se entregaron á discreción, sometiéndose á su sentencia. El ilustre guerrero se contentó con exigirles algunas contribuciones y se volvió á Roma.

Seguramente, si algo podía hacer perdonar á Camilo su desdén y su orgullo, era la gloria de que acababa de cubrirse. Sin embargo los romanos no parecieron agradecerla, sino que recordaron las altanerías y violencias del dictador, olvidando sus servicios. Habiendo P. Apuleyo acusado á Camilo de que se guardó una parte del botín de Veyes, nadie se presentó á defenderlo. Hasta sus clientes lo abandonaron. Entonces, no prestando oídos más que á su resentimiento, abrazó á su mujer y á sus hijos, salió de su casa y tomó el camino del destierro. Al abandonar á su patria se

volvió hacia el Capitolio y conjuró con voz suplicante á los dioses que lo habitaban para que hiciesen caer sobre sus conciudadanos todos los castigos que merecía su ingratitud. Los galos no tardaron en realizar, sin saberlo, esos votos impíos.

CUESTIONARIO.

1. ¿Á dónde se retiró Tarquino después de su expulsión? ¿Qué pueblos tuvieron que combatir á los romanos después de la batalla del lago Regilio?
2. ¿Con qué objeto se rebelaron los volsucos? ¿De dónde vino su sobrenombre á Coriolano? ¿Cómo indispuso al pueblo en contra suya?
3. ¿Á qué pena le condenaron? ¿Á dónde se retiró?
4. ¿Qué expedición llevó á cabo? ¿Cuáles fueron sus triunfos?
5. ¿Por quién fueron enviadas su madre y su esposa á que lo calmaran? Refiera V. la entrevista.
6. ¿Qué ocurrió en Roma después de la derrota de los volsucos? ¿Qué pueblo la atacó luego? Refiera V. la historia de Cincinato.
7. ¿Qué carácter tomaron á partir de entonces las guerras exteriores de Roma? ¿Quién tomó á Veyes? ¿Cuál fué la conducta de Camilo después de esa victoria? ¿Qué ocurrió en el sitio de Faleria? ¿Por qué se desterró Camilo?

§ II. — Invasión de los galos (390)

1. Establecimiento de los galos en Italia. — Mientras Roma atacaba á los pequeños pueblos que se hallaban en el centro de Italia, el norte de ese país era teatro de una gran revolución. Hacia el año 587, una horda de galos atravesó los Alpes al mando de Belloveso, y fué á establecerse entre el Tesino y el Adda. Otras tribus del mismo origen siguieron á las primeras, y pronto se hallaron esos bárbaros dueños de todos los países situados en las dos orillas del Po. Cada año al llegar la primavera sus legiones devastaban algunas de las opulentas ciudades de la Etruria, de la Campania y de la Gran Grecia. Durante mucho tiempo se contentaron con el botín que hacían en esas aventuradas expediciones; pero habiendo aumentado rápidamente su población, treinta mil guereros senoneses pasaron el Apenino y fueron á pedir tierras á los habitantes de Clusio.

2. Ataque de Clusio (390). — Esta ciudad, que era

una de las más importantes de la confederación etrusca y no distaba de Roma más que tres días de marcha, imploró el auxilio de los romanos.

El senado envió para tratar de ese negocio á los tres Fabios, cuyo carácter desdeñoso y violento era mucho más á propósito para encender la guerra que para ajustar la paz. Los galos recibieron con grandes honores á los embajadores en atención al nombre romano y á su reputación de valor personal. Pero el mayor de los Fabios tuvo la insolencia de preguntarles con qué derecho habían atacado á los clusienses; á lo cual respondió Breno sonriendo: « Nuestro derecho es el mismo que vosotros tenéis para atacar á los veyanos, á los equos, á los volscuos y á todos los pueblos que habéis sometido á la esclavitud. Lo llevamos en la punta de nuestras espadas. Todo pertenece á los valientes. » Al oír esta respuesta, los romanos pidieron entrar en la plaza, excitaron á los clusienses á que se defendieran, y se incorporaron á sus filas, sin respetar el derecho de gentes.

3. Los galos marchan contra Roma. — Breno pidió á Roma reparación de este ultraje, y el senado, los sacerdotes y los feciales querían que se le entregasen los Fabios porque habían violado todas las leyes divinas y humanas; pero, deslumbrado el pueblo por el prestigio de gloria y grandeza que conservaba su familia, los absolvió y los nombró tribunos militares para que dirigiesen las operaciones de la guerra. Cuando los galos supieron que en vez de castigar á los que los habían ofendido, Roma les había dispensado los más brillantes honores, marcharon al instante contra ella. Los campos y las ciudades por donde tenían que pasar temían los mayores desastres, pero no les hicieron daño alguno. « Nosotros, decían, vamos á batirnos con los romanos; de ellos es solamente de quien queremos vengarnos; todos los demás pueblos pueden considerarse como aliados nuestros. »

4. Batalla del Allia. — Á orillas del Allia y cerca

del sitio en que este arroyo desemboca en el Tíber á doce millas de Roma, fué donde Breno encontró á los romanos. Al primer choque precipitó su ala izquierda en el río, arrolló el centro que tenía poca fuerza, y obligó el ala derecha á que se replegase en desórden. Los fugitivos atravesaron por Roma, sin detenerse, publicando que el ejército había sido destrozado, y se retiraron al Capitolio (16 de Julio de 390). Si los galos hubiesen marchado en seguida contra la ciudad, habrían concluído con la república y con el nombre romano; pero pasaron dos días después de la batalla despojando los muertos, bebiendo y erigiendo algunos trofeos. Sus espías les hicieron saber que en Roma no había señales de que se preparasen á la defensa exterior de la ciudad, pero temiendo que eso fuese alguna estratagema, retardaron todavía más su entrada.

5. Entrada de los galos en Roma. — ¡Cuál no fué su sorpresa cuando al entrar en Roma encontraron desiertas todas las calles y plazas! Adelantáronse con mucha precaución hasta el Foro, colocaron allí algunos destacamentos para evitar que los sorprendiesen los romanos que se hallaban encerrados en la ciudadela, y se esparcieron en seguida por los demás barrios á fin de saquearlos. Las puertas de las casas de los plebeyos estaban cerradas, y las rompieron. Las magnificas habitaciones de los senadores estaban abiertas y en los portales se hallaban estos ancianos revestidos de todas las insignias de su dignidad, en el más profundo silencio, inmóviles y apoyados en su bastón de marfil. Los galos los tomaron primero por divinidades, y durante algún tiempo no se atrevieron á tocarlos ni aun á acercarse á ellos; pero uno, más atrevido que los demás, se acercó á M. Papirio y le pasó suavemente la mano por su larga barba. Papirio creyéndose insultado, le pega en la cabeza con su bastón, lo hiere duramente, y el bárbaro saca al momento su espada y lo mata. Esa fué la señal del asesi-

nato general. Los galos se arrojaron sobre todos los demás senadores y los degollaron.

6. Sitio del Capitolio. — Al mismo tiempo saquearon la ciudad entera, pasándolo todo al filo de la espada, sin distinción de edad ni de sexo, y se presentaron á sitiarse el Capitolio, donde se habían refugiado los jóvenes, estando á punto de apoderarse de él en un ataque nocturno. Ya habían llegado á la cúspide cuando los gansos sagrados despertaron á los romanos con sus graznidos. Manlio fué el primero en ofrecerse á los golpes de los galos; pudo detener él solo á los asaltantes y por su valor extraordinario mereció el sobrenombre de *Capitolino*.

Ese revés desalentó á los galos, y Breno convino con los romanos en que aquellos se retirarían, á condición de pagarles el peso de mil libras de oro. Pero cuando se fué á pagarlas, los galos engañaron sirviéndose de pesos falsos. Habiéndose quejado por ello los romanos, Breno echó su espada en la balanza, exclamando: *¡Ay de los vencidos!*

7. Derrota de los galos. — Mientras eso sucedía llegó Camilo, á quien los romanos habían llamado de su destierro. Valiéndose de su autoridad de dictador, anuló el tratado, y dijo altivamente á Breno: *Los romanos se rescatan con hierro, y no con oro.* De una y otra parte corrieron á las armas y se empeñó un terrible combate. Esta vez los galos quedaron enteramente vencidos, y Roma, después de haber estado durante siete meses en poder de los bárbaros, quedó libre (389) (1).

Camilo volvió á entrar en ella triunfante y llevando en su comitiva á los ciudadanos que antes habían marchado con sus mujeres é hijos. Los que estuvieron sitiados en el Capitolio se apresuraron á recibirlos y presentaron un espectáculo sumamente tierno. Abra-

(1) Hemos seguido la inverisímil relación de Tito Livio. Polibio, Tácito, Suetonio y Justino la contradicen, pero según lo dice muchas veces el mismo Livio, ¿cómo conocer la verdad acerca de hechos tan lejanos y oscuros?

zábanse unos á otros derramando lágrimas de alegría. Los sacerdotes de los dioses y los ministros de los templos traían las cosas sagradas que habían ocultado al huir, y experimentaron tanta satisfacción como si los mismos dioses hubiesen vuelto á la ciudad después de haberla abandonado.

Entretanto algunos romanos, alarmados por las fatigas y trabajos que exigiría la reconstrucción de su arruinada ciudad propusieron retirarse á Veyes. Esta idea principiaba á tener muchos partidarios entre el pueblo, cuando Camilo, como hombre de genio y que preveía el porvenir, la combatió con todas sus fuerzas, recordando sobre todo los presagios que habían anunciado la futura grandeza de Roma. Esos imponentes recuerdos inflamaron el corazón de todos, exaltaron hasta el entusiasmo su patriotismo, y pusieron manos á la obra con tanto ardor y precipitación, que no observaron casi ningún orden en la reconstrucción de las calles de la nueva ciudad.

8. Últimas invasiones de los galos. — Los galos, esos temibles enemigos, no tardaron en marchar de nuevo sobre Roma. Al saberse la noticia, todos se asustan, todos tiemblan; el senado y el pueblo se sumen en la consternación, y olvidan sus luchas intestinas para correr á las armas. Camilo es nombrado dictador á pesar de sus ochenta años. Acepta con confianza ese gravísimo puesto, más seguro de triunfar de los bárbaros en el campo de batalla que de las intrigas de los tribunos en el Foro. Encuentra á los enemigos en los orillas del Anio y los desbarata completamente (367).

A pesar de esa derrota, los galos se mostraron cinco años después en el mismo país donde Camilo los había vencido (362). El dictador Sulpicio los fatigó con marchas continuas, y se apoderó de su campamento, después de haberlos rendido de hambre y cansancio. Sulpicio imitó á Camilo en su triunfo, consagrando á los dioses gran parte del oro que había hallado entre

los despojos de los galos, y poniéndolo en depósito en el Capitolio.

Habiendo vuelto esos bárbaros algún tiempo después al Lacio y habiéndose fortificado sobre el monte Albano, el cónsul plebeyo Popilio Lænas reunió bajo sus órdenes un ejército inmenso, y marchó contra ellos. Con arreglo á la hábil táctica de Sulpicio, de quien Lænas era admirador, los atrajo á campo á raso y los derrotó. Después de esa derrota los galos firmaron una tregua de cincuenta años, que observaron (349).

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|---|
| <p>1. ¿Cuál es la parte de Italia que ocupaban los galos? ¿Qué hacían al llegar cada primavera?</p> <p>2. ¿Qué era Clusio? ¿Qué embajada mandaron los romanos á los galos? ¿Cuál fué la conducta de los embajadores?</p> <p>3. ¿Qué pidió Breno á los romanos? ¿Cómo trataron á los Fabios? ¿Con qué sentimiento marcharon contra Roma?</p> <p>4. ¿Dónde encontraron á los romanos? ¿Cuál fué el fin de esa batalla? ¿Qué fué lo que salvó á los romanos?</p> <p>5. ¿En qué estado se hallaba Roma cuando los galos entraron</p> | <p>en ella? ¿Por qué mataron á los senadores?</p> <p>6. ¿Dónde se refugiaron los romanos? ¿Qué hizo Breno después de la conclusión de la paz?</p> <p>7. ¿Cuál fué la respuesta de Camilo? ¿Cómo fué libertada Roma? ¿Qué propusieron ciertos romanos después de esa victoria? ¿Qué fué lo que impidió al pueblo retirarse á Veyes?</p> <p>8. ¿Cuál fué la segunda expedición de los galos? ¿Dónde fueron vencidos? ¿Qué tentativas hicieron posteriormente? ¿Por quién fueron derrotados?</p> |
|--|---|

§ III. — Guerra contra los samnitas. Conquista de la Italia central.

1. Carácter de los samnitas. — Los samnitas eran unos montañeses feroces, los cuales no conocían más habitaciones que sus cabañas esparcidas entre las gargantas del Apenino. Pastores y guerreros al mismo tiempo, permanecieron entre sus rocas por muchos años, despreciando á los habitantes de las llanuras por su vida muelle y voluptuosa. Sin embargo cuando llegaron á ser tan numerosos que ya no bastaban sus pastos para sus necesidades, se hicieron conquistadores y se precipitaron sobre los encantados valles de la indolente Capua. Las gentes de la llanura no pudieron

resistir á su valiente audacia y la Campania mudó de señores, pero muy luego los feroces vencedores fueron vencidos por la dulzura del clima. Abandonaron sus costumbres de templanza y de trabajo, y bajo aquel hermoso cielo, se entregaron á la molicie al cabo de pocos años, como los antiguos habitantes. Entonces sus hermanos de las montañas bajaron á turbar sus goces con sus bruscos ataques. Viéndose muy apurados acudieron al senado romano, y principió la gran lucha de Roma contra aquellos belicosos montañeses.

2. Guerra de Roma contra los samnitas. — No obstante, el senado quiso, ante todo, dar una apariencia de justicia á sus agresiones. Cuando los campanios vinieron á implorar su socorro, les representó que los samnitas eran sus aliados, y que no podía hacer armas contra ellos, sin faltar á la fe del juramento. No bien se supo esta respuesta de los senadores, cuando algunos enviados campanios se echaron á sus pies, exclamando : « Nuestras tierras, nuestra ciudad, nuestros templos, nuestras personas, todo lo que nos pertenece, lo entregamos en vuestro beneficio. » Esa concesión inesperada calmó todos los escrúpulos, y se enviaron dos ejércitos contra los samnitas. El cónsul Valerio condujo uno á la Campania, mientras que su colega Cornelio entró en el Samnio. Valerio triunfó fácilmente de los capuanos afeminados; pero los romanos conducidos por Cornelio no tardaron en apercibirse de que ya no tenían que habérselas con las poblaciones del Lacio. Sin embargo fueron vencedores después de correr graves riesgos en las montañas samnitas. A pesar de las brillantes victorias con que Tito Livio honra á los ejércitos romanos, se firmó la paz con condiciones igualmente ventajosas á los dos partidos. Roma conservó á Capua, y los samnitas el país de los sidicinos, esto es, la llanura que habían codiciado (342).

Los soldados romanos, que no habían gozado aún de las delicias de la Campania, se apasionaron de ella

con alborozo, é idearon el medio de no dejarla jamás. Capua les parecía muy superior á Roma y se preguntaban mutuamente por qué dejarían á los vencidos placeres que inútilmente buscarían en su patria. Se organizó una vasta conspiración bajo la impresión de ese primer enajenamiento. El cónsul Rutilo la descubrió, y la hizo fracasar separando con destreza á los jefes. Cuando vieron los culpables que sus designios estaban descubiertos, creyeron que sólo se salvarían por medio de la rebelión y marcharon sobre Roma, pero su patriotismo se despertó al ver el ejército que el senado envió á su encuentro. No pudieron resignarse á derramar la sangre de sus conciudadanos, depusieron las armas, y pidieron una amnistía, que el pueblo, enternecido por su arrepentimiento y sumisión, se apresuró á concederles.

3. Sublevación de los latinos y de los campanios (340). — Esta insurrección de los soldados provocó una revolución en el Lacio. Cuando todos esos pueblecillos vieron que Roma estaba dividida, pensaron que había llegado el momento de declararse independientes. Llamaron pues á los campanios á su socorro, y tuvieron la audacia de pedir á los senadores el derecho de sentarse con ellos en la curia y de compartir el consulado con los romanos. Esa proposición enfureció de tal modo al cónsul Manlio, que prometió matar por su mano al primer latino que encontrase en el senado. Todos los senadores participaron de su indignación, y repitieron con él que semejantes pretensiones eran una blasfemia. El diputado de los latinos, asustado de ese tumulto, salió del senado fuera de sí mismo, de tal manera que cayó de lo alto de la escalera, y murió de resultas de la caída.

El orgullo de los romanos había sido herido profundamente por la petición de los enemigos. Así es que todo el pueblo exclamó; á las armas! con entusiasmo frenético. Los dos cónsules Manlio y Decio Mus se pusieron á la cabeza de los ejércitos, y dieron

órdenes muy severas para devolver á la disciplina todo el nervio y vigor de los primeros tiempos. Como los latinos tenían las mismas armas, lenguaje é instituciones que los romanos, se tomaron toda clase de precauciones para evitar toda equivocación. Con ese objeto se prohibió expresamente á los soldados el combatir fuera de las filas sin el permiso de su jefe. El hijo del cónsul, Manlio, no habiendo escuchado más que su valor y habiéndose batido con un latino, fué después directamente á la tienda de campaña de su padre para recoger sus elogios, mostrándole los despojos del caballero enemigo á quien había derribado. Mas olvidando el bárbaro romano que era padre, y escuchando sólo sus deberes de cónsul, mandó á sus lictores que hendiesen la cabeza á su hijo en presencia del ejército yerto de terror.

4. Derrota de los latinos. Conquista definitiva del Lacio (340). — Después de esta maldad espantosa, se consultó á los augures, y cuando los pronósticos parecieron favorables, se empeñó el combate en Vesperis, cerca del Vesuvio (340). El ala izquierda mandada por Decio, principiaba á ceder. Habiendo sabido este intrépido guerrero por los sacerdotes que para asegurar la victoria, era necesario ofrecer á los dioses una víctima, se sacrificó al instante precipitándose en medio de los enemigos. Esta acción fanática inflamó el valor de los romanos y aterrorizó á los latinos quienes principiaron á huir al momento. Sus pérdidas fueron inmensas. En vano trataron de reunir los restos de su ejército destruido, el cónsul Torcuato los derrotó nuevamente hacia Trifano, entre Sinuesa y Minturnes.

Desde entonces los romanos fueron dueños absolutos del país. Las tierras del Lacio se distribuyeron á la plebe de Roma, como también el territorio de Falerno que se extiende en la Campania hasta el Vulturno. El senado dió dos fanegas por cabeza en el Lacio, y más de tres en la Campania á causa de la distancia. Se ex-

ceptuó á Laurencio de ese castigo en recompensa de su fidelidad, y mil quinientos caballeros campanios que habían rehusado tomar parte en la defección, recibieron una renta de 450 dineros. Se concluyó después la conquista de todas las ciudades del Lacio. Lanuvio, Aricia, Nomento y Pedum fueron gratificados, como en otro tiempo Túsculo, con el derecho de ciudad, pero sin tener el de votación. La antigua colonia de Velitrés fué castigada severamente y reemplazada por otra colonia. Igualmente trataron con rigor á Tibur, Prenesto y Ancio. Las galeras de los ancianos fueron quemadas, y sólo se reservaron de ellas los espolones con que decoraron la tribuna de las arengas que por eso tomó el nombre de *Rostra*.

Así pereció la nacionalidad campania y latina. Habiendo Roma victoriosa aumentado su poder con la toma de Privernes y el sitio de Palépolis, cerca de Nápoles, los samnitas tuvieron recelo, y se prepararon á hacerle de nuevo la guerra.

5. Segunda guerra de los samnitas. Horcas caudinas. — Después de las últimas conquistas de los romanos estalló más violento y terrible el odio de los montañeses contra los hombres de la llanura. Los latinos, los campanios y los apulios siguieron á los romanos, sus señores; los samnitas tuvieron en su favor á los equos, lucanios, marsos, pelignios y todas las tribus de las montañas. Se quejaron al senado de que Roma había violado su propio territorio al reconstituir la colonia de los fregelios, y como los senadores trataron de eludir sus quejas por medio de respuestas evasivas, les replicaron con orgullo: « Tales disputas no se deciden con negociaciones; son las armas y el dios de la guerra los que deben juzgarnos. »

Los romanos para responder á esa declaración de guerra levantaron un ejército, y eligieron dictador á Papirio Bursor, quien nombró general de la caballería á Fabio Máximo Rulliano. Cuando llegó el momento de entrar en el Samnio, no habiendo parecido favorables

los augurios, Papirio volvió á tomar el camino de Roma para realizar algunas nuevas ceremonias sagradas, prohibiendo al maestro de la caballería emprender cosa alguna durante su ausencia. Fabio infringió ese orden. Habiendo hallado una ocasión favorable para batir al enemigo, marchó contra él, lo derrotó, y anunció su triunfo al senado.

Al recibir esa noticia el dictador, se indignó de la insubordinación de Fabio, proclamando por todas partes que su autoridad había sido desconocida, y que esa victoria sería la ruina de la disciplina militar si no era castigada. Fabio buscó un refugio contra el peligro que lo amenazaba en el afecto de sus soldados. Todo fué inútil, y las protestas del ejército vencedor no impidieron que la causa se evocase ante el pueblo. Sentado en el tribunal, el dictador pareció al pronto inflexible, pero habiéndose echado á sus pies los senadores, los tribunos y los magistrados para implorar su clemencia, se dejó enternecer por sus lágrimas, y perdonó á Fabio diciéndole: « Levántate, Fabio, estás perdonado, pero congratúlate de ese concierto unánime de todo un pueblo en defender tu vida, más bien que de esa victoria con que tu joven corazón se había ensobrecido locamente (324). »

Consternados con sus derrotas, los samnitas se entregaron luego á profunda desesperación; pero Poncio, su jefe, supo reanimar su valor. En nombre de los dioses les prometió el éxito, y al mismo tiempo que dirigía su ejército hacia Caudío, en la frontera de la Campania, hizo anunciar en el campamento romano que los samnitas sitiaban á Luceria su aliada. Alarmados al recibir tal noticia, los romanos acudieron para socorrer esa plaza, tomando para ello el camino más corto. El cónsul Postumio no vaciló en penetrar con sus legiones en el estrecho y sombrío desfiladero llamado las *Horcas caudinas* (321). Pero halló la salida obstruída con troncos de árboles y piedras enormes, y vió á su rededor el ejército de los samnitas que lo cer-

caba por todas partes. Los soldados romanos cautivos en medio de esas espantosas montañas cayeron en profundo abatimiento.

Durante ese tiempo los samnitas deliberaban acerca de su suerte. El padre de Poncio, el viejo Herenio, les dió el prudente consejo de exterminarlos todos ó de acordarles concederles perdón generoso. « Vuestra magnanimidad, decía, hará de ellos aliados eternos, ó bien vuestra severidad privando á Roma de sus mejores defensores, la hará impotente por largo tiempo para vengar sus injurias. » Su consejo fué juzgado exagerado, y no lo siguieron. Poncio se decidió á darles la libertad después de haberlos cubierto de vergüenza. Los hizo pues pasar bajo el yugo, desarmados, no teniendo otro vestido que una túnica, y los despidió; con lo cual no consiguió otra cosa que encender en sus corazones la más violenta cólera.

Así es que apenas todos esos bravos guerreros entraron en Roma, Postumio dijo delante del pueblo: « El tratado que hemos firmado es una vergüenza para Roma. Nosotros solos seremos responsables de él; abandonadnos y volved á principiar la guerra. » Todo el pueblo aplaudió ese bello sacrificio, y los feciales condujeron al enemigo, las manos atadas detrás de las espaldas, á todos los que habían jurado la observancia del tratado. Teniendo el alguacil algún miramiento por Postumio con motivo de su dignidad: « *Aprieta, aprieta*, le dice, para que sepan que yo soy un cautivo que va á ser entregado con los pies y las manos atados. » Habiendo llegado cerca de Poncio, cuando el fecial entregó á los autores del tratado, Postumio dió al oficial con la rodilla, diciendo en alta voz que era samnita, y que violaba el derecho de gentes insultándolo, para que los romanos tuviesen un motivo más justo de guerra.

El general reclamó en vano contra esa escena de mentira y engaño; las hostilidades principiaron de nuevo, y es de sentir que la victoria favoreciese á los

perjuros. Los samnitas fueron vencidos y sitiados en Luceria. Habiéndoles obligado el hambre á rendirse, pasaron á su vez bajo el yugo, desarmados, teniendo solamente la simple túnica, y recibiendo de ese modo la afrenta que habían imaginado para cubrir de ignominia al soldado romano (319).

6. Tercera guerra contra los samnitas. — Los samnitas, para rehacerse de sus derrotas, recorrieron á la alianza de los etruscos. El senado mandó contra esa nación un poderoso ejército á las órdenes de Fabio. Después de varios combates de escasa importancia, el ilustre cónsul libertó la ciudad de Sutrio, sitiada por los enemigos, cuyas tropas se refugiaron entonces, en completo desorden, en el bosque Ciminiano. Ese bosque era impenetrable y de salvaje aspecto. Los romanos no se atrevían á penetrar en él, temiendo hallar otras *horcas caudinas* en aquellos desfiladeros estrechos y sinuosos. Fabio hizo explorar el terreno por su hermano Marco ó Cæso y distrajo al enemigo con vanas palabras, haciendo entretanto que al llegar la noche partiesen los aprovisionamientos y las legiones. Ya era dueño de la Etruria cuando recibió del senado la orden de no meterse en el bosque que lo separaba de las tierras de los enemigos. Prosiguió, pues, sus triunfos, deshizo una banda de campesinos que habían querido detenerlo en su marcha, derrotó cerca de Perugia á un ejército venido de la Umbría y sembró tal desaliento y consternación en las grandes ciudades de la Etruria, que todas mandaron á pedir la paz al pueblo romano, obteniendo que se les concediese una tregua de treinta años.

Sin embargo se esparció el rumor en el Samnio de que Fabio había sido derrotado en el bosque Ciminiano. Esta nueva desgracia consternó el corazón de todos los romanos, y el colega de Fabio, Marcio Rutilio, se había dejado vencer por los samnitas que se exaltaron con ese pretendido triunfo. El senado, inquieto por tal desastre, eligió dictador á Papirio Cursor. El Aquiles

romano, á pesar de su avanzada edad, recibió con confianza el mando del ejército, y anunció de antemano con orgullo la derrota de los etruscos y de los samnitas. Encontró á los primeros cerca del lago Vadimón. Jamás los etruscos fueron tan numerosos ni se mostraron tan ardientes en combatir. Todos los valientes del ejército tenían sus compañeros de armas, y sacrificaron todos los cobardes á los dioses infernales. Se desplegó por una y otra parte, dice Tito Livio, tal furor que ni aun tuvieron por oportuno emplear las armas arrojadas. Al momento se batieron con la espada. Las dos primeras líneas del ejército romano quedaron destruídas, y fué preciso que la caballería se apease para salvar á las legiones. La impetuosidad de estos nuevos guerreros decidió la victoria. Hicieron huir á los etruscos y les mataron tanta gente que nunca esta nación pudo después reparar tal desastre.

Papirio no fué menos dichoso en el Samnio. Los samnitas tuvieron la ocurrencia de ofuscar á su enemigo por el brillo de sus vestidos y armaduras. Tenían el pecho cubierto con una cota de malla, la pierna izquierda protegida por un borceguí de hierro, el casco realzado con un largo penacho, y los ámbitos de sus escudos estaban embutidos de oro y plata. Pero los romanos, acostumbrados á no temer sino el hierro, se rieron de la loca ostentación de los samnitas. Destruyeron sus batallones al primer choque, se enriquecieron con sus brillantes despojos y vinieron á hacer con ellos su trofeo en Roma, en donde sirvieron de decoración alrededor del Foro (309).

Habiéndose unido los vencidos á los marsos, pelignios y ombríos, Fabio, cuyo consulado fué prolongado, sometió sucesivamente todas esas pequeñas naciones, después de lo cual se apresuró á unirse con su colega Decio en la Umbría, donde obtuvo una nueva victoria. De allí volvió al Samnio, en el que los equos y hérnicos habían encendido nuevamente la guerra mezclándose con el ejército de los samnitas. Se dió una

gran batalla cerca de Altifes, y Fabio quedó otra vez victorioso (309-307).

7. Sumisión definitiva de los equos y hérnicos. — La parte que estos pueblos tomaron en el último combate produjo una pesquisa del senado que los incitó á la rebelión. Los hérnicos, después de haber obtenido muchas ventajas sobre los ejércitos romanos, fueron por último vencidos en Anagnia, su capital (306). Destruyéronles sus ciudades, les quitaron su territorio, y los privaron de su independenciamunicipal. Entretanto, habiendo pedido la paz los marsos, los pelignios y los samnitas, el senado se la concedió, sin imponerles más condición que la de reconocer la majestad del nombre romano y de respetar todos sus derechos. Entonces los equos quedando solos, no fueron sino una presa entregada á la codicia del pueblo romano y á la venganza de sus legiones. En cincuenta días fueron tomados y quemados cuarenta y un pueblos, confiscada parte de sus tierras, y solamente se les dejó el privilegio oneroso del derecho de ciudad, después de haberles privado del de sufragio.

8. Cuarta y última guerra contra los samnitas. — Los samnitas desesperados, se desterraron y tomaron el camino de Etruria con la esperanza de sublevar todas las grandes ciudades de esa comarca contra la ambición romana. « Vosotros sois los únicos que podéis salvar la Italia, decía su embajador al consejo de los lucomones, conocemos vuestro valor, vuestras fuerzas y riquezas; en vano hemos intentado libertarnos de la esclavitud, sois nuestra última esperanza. » A estas palabras todos los etruscos corrieron á las armas, y su ejemplo fué imitado por los de Umbría, sus vecinos, así como por las tribus galas establecidas en Sena y en Mediolano.

Cuando se supo en Roma este formidable armamento, todos quedaron abatidos y consternados. El nombre galo llenaba al pueblo de las más vivas alarmas. En todas partes se referían multitud de prodigios

aciagos que se habían manifestado : la estatua de la Victoria había bajado de su pedestal, como si hubiese querido abandonar la ciudad. Sin embargo el temor no impedía los alistamientos; los viejos y los jóvenes, todos formaban compañías particulares, y se comprometían á verter hasta la última gota de su sangre por la patria. Fueron nombrado jefes del ejército, Fabio y Decio, cuyos nombres recordaban tan grandes triunfos.

Habiendo pasado los dos cónsules el Apenino, acamparon en el territorio de Sentino, á cuatro millas de los enemigos poco más ó menos. Los galos-samnitas, al cabo de dos días de perplejidad, desplegaron sus compañías y ofrecieron la batalla. Fabio se colocó á la derecha del ejército, frente por frente de los samnitas, y Decio á la izquierda, enfrente de los galos. Incierto estuvo por mucho tiempo el resultado del combate, pero Decio, imitando el sacrificio de su padre, se precipitó en medio de los enemigos, y sus soldados excitados al ver tal heroísmo, volvieron al combate animados por un valor supersticioso y derrotaron á los enemigos (296). El desastre de Sentino destruyó la terrible coalición que había esparcido el terror en Roma. Habiendo solicitado y obtenido los etruscos una tregua, toda la guerra se concentró en el Samnio.

9. Sumisión de los samnitas (290). — Los samnitas, después de haber conseguido señaladas ventajas sobre muchos ejércitos romanos, se decidieron á hacer un gran esfuerzo. Llamaron á toda la juventud del Samnio para que tomase las armas, y le dieron cita en Aquilonia. En ella se reunieron cuarenta mil guerreros, todos resueltos á morir por su patria. Hicieron en medio del campo una cerca de setenta metros cuadrados que cerraron cuidadosamente con tablas cubiertas de lino. Allí celebraron un sacrificio en las formas prescritas por un antiguo ritual escrito sobre telas de lino. En ese recinto cubierto con un velo impenetrable, el viejo sacrificador, Ovio Paccio, había hecho erigir altares

rodeados de víctimas sangrientas y de centuriones que estaban de pie con la espada en la mano. Cada guerrero, después de haber pronunciado sobre el altar horribles imprecaciones contra él mismo, juraba combatir hasta la muerte y matar á aquel que viere huir. Ese cuerpo fué llamado la *legión del lino* (linteata), y no olvidó su juramento.

Habiendo venido á atacarlos los romanos bajo el mando de Papirio Cursor, aquellos héroes se batieron como leones, y se hicieron degollar hasta el último. Esa fué la última gran batalla que dieron los samnitas. Aquilonia y Bomínio cayeron en poder de los vencedores. Una infinidad de aldeas fueron despobladas é incendiadas. Curio Dentato recibió la orden de concluir la devastación principiada por Fabio y Decio. Habiéndose dispersado en los Apeninos los samnitas que sobrevivieron á la ruina de su patria, los romanos los persiguieron como si fueran animales monteses en su último asilo, y ahogaron más de dos mil poniendo fuego á una caverna en que se habían refugiado.

Bajo las ordenes del cónsul Dolabela, penetraron los ejércitos romanos en la Etruria, y habiendo atacado á los galos senones cerca del lago Vadimón, los derrotaron y asolaron sus posesiones. No perdonaron á nadie, y perecieron allí hombres, mujeres, niños y ancianos. Se estableció en Sena, su capital, una colonia romana, y la república extendió sus fronteras hacia el norte hasta el Rubicón (282).

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál era el carácter de los samnitas? ¿Qué país conquistaron? ¿Qué influencia ejerció esa conquista sobre sus costumbres?

2. ¿Á qué medio recurrieron los senadores para dar apariencias de justicia á su guerra contra los samnitas? ¿Cuál fué el resultado de la primera campaña? ¿Se dejaron cautivar los soldados romanos por los de-

leites de la Campania? ¿Qué término tuvo su conspiración?

3. ¿Qué efectos provocó en el Lacio era insurrección de los soldados romanos? ¿Qué pidieron los latinos al senado? ¿Qué cónsules fueron enviados contra ellos? ¿Cómo trató T. Manlio á su hijo?

4. ¿Dónde fueron derrotados los latinos? Refiera V. el acto de

abnegación de Decio? ¿Cuál fué el resultado de esa victoria? ¿Qué concesión de terrenos hizo el senado al pueblo inferior de Roma?

5. ¿Cuál fué el carácter de la segunda guerra contra los samnitas? ¿A quién mandó contra ellos el senado? ¿Cómo se desarmó la cólera de Papirio? ¿Cuáles fueron los reverses de los romanos? ¿Qué humillación les infligieron los samnitas? ¿Cómo se desligaron de su juramento? ¿Qué venganza tomaron por su humillación?

6. ¿Qué hicieron los samnitas para reponerse de sus derrotas? ¿Qué triunfos obtuvo Fabio contra los etruscos? ¿Qué victorias alcanzó Papirio Cursor?

7. ¿Cómo sometieron los romanos á los equos? ¿— á los hérnicos?

8. ¿Qué pueblos se unieron con los samnitas contra Roma? ¿Qué impresión produjo esa liga en el ánimo de los romanos? ¿Qué generales fueron enviados contra todos esos enemigos? ¿En qué punto se dió la batalla? ¿Qué consecuencias tuvo ésta?

9. Refiera V. los diversos esfuerzos de los samnitas para recobrar su libertad. ¿Cómo fué destruido ese pueblo? ¿Cuál fué la suerte de los galos? ¿Hasta dónde se extendieron desde entonces las fronteras de la república?

§ IV. — *Guerras contra Pirro. Conquista de la Italia meridional* (282-265).

1. Estado de la Italia meridional. — Los romanos, dueños de la Italia central, comenzaron á entrar en relaciones con los griegos. Hacia cerca de medio siglo que el imperio formado en Oriente por la espada de Alejandro se agitaba en el seno de la anarquía, después de haberse dividido en multitud de reinos efímeros. En medio de esas incesantes revoluciones, todos ambicionaban el soberano poder y esperaban conseguirlo. En efecto, se encontraban en todas partes ejércitos que se vendían, y la guerra, mantenida en actividad para beneficio de multitud de ambiciosas medianías, reinaba fluctuante y sin objeto desde la Gran Grecia hasta los confines del Asia. Lo que prueba que toda esa gente llegaba á su decadencia, es que no se encontró, en medio de aquellos intrigantes que no aspiraban más que á subir á un trono ó á apoderarse de una corona, un solo hombre capaz de reunir bajo sus manos todos esos elementos esparcidos, para darles unidad y vida. Las naciones agitadas por esos grandes sacudimientos, no tienen ya tampoco ellas la energía y

valor necesarios para las cosas grandes. Todo está en vía de decadencia, ó más bien todo se muere, todo está muerto.

La Sicilia y la Gran Grecia vieron también en los bellos siglos de Grecia desplegarse bajo el cielo de Italia repúblicas poderosas y ricas; pero esas colonias habían seguido á su madre patria en el período de debilidad y degradación. En toda la Sicilia, en lugar de los Dionisios y Agatocles, solamente se encontraban tiranuelos, tales como Lícitas en Siracusa, Fintias en Agrigento, Tindarión en Tauromenio, Heraclides en Leoncio, etc. Todas las ciudades opulentas de la Gran Grecia habían desaparecido igualmente. No quedaba más que la orgullosa Tarento, la cual declaró la guerra á los romanos de modo que recuerda poco las costumbres de Esparta, su metrópoli.

2. Ruptura de Tarento con Roma (282). — Un día que los tarentinos asistían al espectáculo en el gran teatro situado cerca del puerto, apercibieron en la mar diez galeras romanas que venían á pedirles refrescos. Habiendo exclamado el bufón Filocarís que había un tratado que prohibía á los romanos pasar el promontorio de Laricia, todo el pueblo aplaudió y se puso á perseguir los navíos. Echaron cuatro á pique, cogieron el quinto, y se vendió en pública subasta, como viles esclavos, á los que lo tripulaban.

Los romanos enviaron feciales á pedir reparación de ese escandaloso ultraje. Postumio, jefe de la embajada, no fué acogido en la asamblea de los tarentinos sino con insultos y gritos. Cada vez que se le escapaban, por ignorancia ó grosería, algunas palabras poco conformes á la elegancia de la lengua griega, toda esa multitud frívola lo interrumpía con grandes risotadas. El bufón Filonides llegó hasta manchar indignamente los vestidos del embajador. Habiendo aplaudido todos los tarentinos insulto tan grosero : « Reid, tarentinos, reid ahora, exclamó el romano ; vuestras risas se cambiarán muy pronto en lágrimas ; porque os costará

mucha sangre borrar la mancha que veis en mi túnica. »

3. Los tarentinos piden socorro á Pirro, rey de Epiro. — Cuando los tarentinos cesaron sus danzas y diversiones, reflexionaron sobre la gravedad de las amenazas del embajador romano, y principiaron á reconocerse incapaces de sostener todo el peso de tan grande guerra. Habiendo corrido el rumor en la ciudad de que iban á implorar el socorro de Pirro, rey de Epiro, un tal Metón puso sobre su cabeza una corona ajada, y vino al teatro con una linterna en la mano y seguida de una mujer que tocaba la música. El pueblo le mandó cantar mientras que su compañera tocaba la flauta. Aprovechó el silencio que se hizo para decir á sus conciudadanos : « Hacéis muy bien el permitir hoy cantar y tocar la flauta á los que tienen gana; porque cuando Pirro haya entrado en la ciudad, nadie tendrá ya la libertad de hacer su voluntad y seguir su inclinación. » Profetizaba la verdad; pero los tarentinos quisieron mejor sacrificar sus placeres aliándose al rey de Epiro, que exponer su vida entregándose á los romanos. Echaron, pues, á Metón de su asamblea, y enviaron á Pirro embajadores y presentes.

4. Conversación de Cineas y de Pirro — Viendo el ambicioso epírota burladas todas sus esperanzas por parte de la Grecia y del Asia, meditaba hacia algún tiempo la conquista de Italia, Sicilia y Cartago. Cuando los enviados de los tarentinos se presentaron á él, los acogió con transportes de alegría y les prometió socorro y protección. Hablando de sus proyectos con Cineas, su ministro : « Señor, le dijo Cineas, cuando hayamos tomado la Italia ¿qué haremos? — La Sicilia, replicó Pirro, está muy cerca y nos tiende los brazos. — Pero ¿ limitaréis, repuso Cineas, vuestras expediciones á la toma de la Sicilia? — ¡Ah! respondió Pirro, que dios nos conceda solamente la victoria, y esos primeros triunfos no serán sino camino para cosas más grandes. ¿ Quién podrá entonces impedirnos

pasar á África y á Cartago? El África sometida ¿ hay uno solo de los enemigos que nos insultan ahora que se atraviere solamente á levantar la cabeza? — No seguramente, respondió Cineas, con un podertan grande os será fácil recobrar la Macedonia y reinar pacíficamente sobre toda la Grecia. Mas después de esas conquistas ¿ qué haremos? — Entonces, amado Cineas, dijo Pirro sonriéndose, viviremos en un gran reposo; pasaremos toda nuestra vida en los banquetes, fiestas y encantos de la conversación. — ¡Ah! Señor, le dijo el discípulo de Epicuro ¿ quién nos impide desde hoy, vivir en reposo, tener comida regalada y regocijarnos? » La lección no fué del gusto del monarca, quien voló á Italia para ir á satisfacer la ambición de que estaba devorado.

5. Llegada de Pirro á Italia. Batalla de Heráclea (280). — Cuando entró en Tarento y reunió todas sus fuerzas, hizo cerrar los gimnasios y los sitios públicos, prohibió á los tarentinos los bailes, festines y toda clase de diversiones, y redujo ese pueblo voluptuoso y corrompido á la austeridad de Esparta, su madre patria. Después los obligó á alistarse bajo sus banderas, y fué al momento al encuentro del ejército romano cerca de Heráclea. Antes de empeñar el combate, envió sin embargo un heraldo al cónsul Levino, para preguntarle si Roma quería recibirlo como árbitro entre ella y los tarentinos. Habiendo rehusado el general romano, principió el combate. Los elefantes que Pirro había llevado con él asustaron á los romanos, quienes en su simpleza, los llamaban BUEYES DE LUCANIA. Ese terror introdujo el desorden en sus filas y fueron vencidos. Al ver todos esos bravos guerreros tendidos en el polvo y conservando después de su muerte ademán fiero y amenazador, Pirro exclamó admirado: « Con tales hombres sería en breve dueño del mundo. »

6. Embajada de Fabricio para Pirro. — Pronto vió Pirro llegar á los embajadores romanos,

que venían á tratar del rescate de los prisioneros. Fabricio estaba á la cabeza de esa embajada. Pirro, que conocía su mérito, lo recibió con distinción, y le ofreció dinero. « Si me crees hombre de bien, dijo el austero romano, ¿por qué quieres corromperme? Y si me crees capaz de ser traidor á mis deberes, ¿qué tienes que hacer conmigo? » Esta respuesta magnánima hizo que Pirro estimase á un hombre tan virtuoso, y trató de atraerse su afecto, ofreciéndole al efecto el primer empleo en su corte. « Príncipe, respondió en voz baja Fabricio, el partido que me propones no te reportaría ninguna ventaja; porque los que hoy te honran y admiran, no bien me hubiesen conocido, querrían tenerme por rey más bien que á ti mismo. » El monarca fué bastante grande para no ofenderse por esa libertad.

Una tarde, al tiempo de cenar, habiendo rodado la conversación sobre diversos asuntos, Cineas habló de Epicuro y de su doctrina. Dijo que sus discípulos hacían consistir el fin del hombre en el deleite; que huían toda administración pública como el azote de la dicha; que suponían á los dioses relegados en una vida ociosa en la que no pensaban más que en los placeres, sin ocuparse de los hombres. Hablaba aún cuando Fabricio lo interrumpió exclamando: « ¡Ojalá que Pirro y los samnitas tengan tales opiniones mientras estén en guerra con nosotros! »

7. Embajada de Cineas á Roma. — Pirro se admiró tanto de la grandeza y magnanimidad del nombre romano, que envió á Roma una embajada para hacer la paz. Encargó de esa misión al hábil Cineas, cuya elocuencia le había ganado más ciudades que su espada. Ese brillante discípulo de Demóstenes había conquistado ya el sufragio de muchos senadores, y el mismo pueblo parecía dispuesto á recibir sus proposiciones, cuando el viejo Apio Claudio se hizo llevar al senado por sus cuatro hijos, que habían sido cónsules. Este rígido censor había cometido la falta de

conservar su empleo más tiempo que el fijado por la ley; pero también tenía la gloria de haber construido la *vía Apia*, y el pueblo se acordaba de todos los favores con que lo había colmado. Habló tan fuertemente contra el partido que se quería tomar, que su intrépida virtud avergonzó al senado por su cobardía. Se siguió su consejo y se respondió á Pirro que antes de hablar de paz y de amistad con los romanos, debía abandonar la Italia. Cineas salió de Roma, y fué á manifestar á su rey esa severa decisión. Habiéndole Pirro preguntado después lo que pensaba de Roma y de los romanos, el filósofo le respondió que *el senado le había parecido una asamblea de semidioses, y Roma un templo digno de recibirlos.*

8. Batalla de Ásculo (279). — Preciso fué tentar de nuevo la suerte de las armas. Pirro se puso en marcha con todo su ejército, y encontró á los romanos cerca de Ásculo. El combate fué muy vivo por una y otra parte. El rey de Epiro quedó dueño del campo de batalla; pero al ver las pérdidas que había tenido, respondió á los que lo felicitaban por su victoria: « Si conseguimos otra igual, estamos perdidos sin remedio. » Esta batalla lo determinó á abandonar la Italia para retirarse á la Sicilia, adonde lo llamaban los siracusanos.

Antes de su partida pudo admirar aún la generosidad y virtud de Fabricio. Un tal Timocares, á quien el rey honraba con su amistad, y otros dicen que era su propio médico, fué á encontrar al cónsul romano, y le ofreció envenenar al rey, si quería darle recompensa digna de tan gran servicio. Fabricio envió la carta á Pirro, diciéndole que jamás emplearía el oro ni la plata contra él, sino el valor y las armas. Se añade que el rey de Epiro, enternecido por magnimidad tan rara, no pudo dejar de exclamar: « Sería más fácil desviar al sol de su carrera que á Fabricio del camino del honor y de la justicia. »

9. Expedición de Pirro á Sicilia (279). — Al

Llegar á ésta, Pirro vió por de pronto realizarse todas sus esperanzas. Las ciudades se apresuraban á sometersele; y en todas partes donde tuvo que emplear la fuerza de las armas nada le resistió. Con un ejército de treinta mil hombres de infantería, dos mil quinientos caballos y una flota de doscientas velas echaba de todas parte á los cartagineses y destruía su dominación. Cuando tomó la ciudad de Eryx, la plaza más fuerte de toda la Sicilia, vió á los cartagineses echarse á sus pies para implorar la paz. Les dijo con orgullo que antes de principiar negociación alguna, debían retirarse á África y abandonar enteramente la Sicilia. Concibió aún el proyecto de equipar una flota para perseguirlos al otro lado de los mares, y para ejecutar este vasto designio maltrató á los mismos sicilianos queriendo obtener de ellos los subsidios necesarios para su empresa. Esas injustas exacciones sublevaron contra él á los siracusanos y sus partidarios más antiguos principiaron á abandonarlo; de modo que hubo de considerarse muy dichoso al ser llamado á Italia por los tarentinos y samnitas, con el fin de tener un pretexto para abandonar la Sicilia.

10. Su vuelta á Italia. — Pirro volvió á Tarento con veinte mil infantes y tres mil caballos. Tomó lo mejor de los tarentinos, y marchó sin dilación contra los romanos acampados en el Samnio, cerca de Benevento (274). La victoria estuvo incierta largo tiempo. Mas los romanos hicieron llover sobre los elefantes de Pirro tal abundancia de flechas que los obligaron á huir. Esos animales cayeron sobre sus propios batallones, é introdujeron en ellos tal confusión y tal desorden que dieron la victoria á los romanos. Después de esa derrota Pirro abandonó á Tarento y la Italia para volverse á Epiro, de donde fué á morir en Argos á manos de una vieja que le tiró una teja sobre la cabeza.

11. Sumisión de la Italia meridional. — Los romanos aniquilaron á los desgraciados aliados de

Pirro : Crotona y Locres estaban ya tomadas; Tarento se rindió á discreción y vió dismantelar sus murallas (272). Entonces se apresuraron á castigar á la guarnición romana de Regio que había imitado á los mamertinos y hecho alianza con ellos; en fin la sumisión de los sasinatos, picentinos y tarentinos concluyó la conquista de la Italia desde el estrecho de Mesina hasta el Po (265). Estos brillantes triunfos atrajeron las felicitaciones y la alianza de Ptolomeo Filadelfo (274), y las riquezas de Tarento dieron á Roma el medio de acuñar por primera vez una moneda de plata (269). Se duplicó el número de los cuestores, y para asegurar la dominación romana en la Península se establecieron colonias en Cosa, Pesto, Benevento, Arimino, Castro y Firmo.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál era el estado de la Italia meridional antes de las guerras de los romanos contra Pirro? ¿Cómo estaba gobernada la Sicilia?
2. ¿Qué injuria hicieron los tarentinos á los romanos? ¿Cómo recibieron al embajador Postumio? ¿Qué les dijo ese grande hombre?
3. ¿A quién recurrieron los tarentinos? ¿Aprobaron todos ese paso? ¿Qué les anunció Metón?
4. ¿Cuáles eran los proyectos de Pirro? Refiera V. su conversación con Cineas.
5. ¿Qué cambios exigió Pirro á los tarentinos en su manera de vivir? ¿Dónde encontró por primera vez á los romanos? ¿A qué debió su victoria?
6. ¿Qué objeto tenía la embajada que le mandaron los romanos? ¿Qué tentativa hizo para corromper á Fabricio? ¿Qué pensaba ese romano de las doctrinas de Epicuro?
7. ¿Por qué mandó Pirro á Cineas á Roma? ¿Quién estorbó las negociaciones de este hábil orador?
8. ¿Qué victoria obtuvo luego Pirro? ¿Qué dijo acerca de ella? ¿Qué homenaje tributó á la virtud de Fabricio?
9. ¿Qué triunfos logró Pirro en Sicilia? ¿Por qué se le pusieron en contra los sicilianos?
10. ¿Con qué fuerzas contaba cuando volvió á Tarento? ¿Dónde fué vencido? ¿Qué fué de él después de esa derrota?
11. ¿Qué ventajas sacó Roma de esa victoria? ¿Dónde estableció colonias?

CAPÍTULO VII.

ORGANIZACIÓN MILITAR DE LOS ROMANOS. COLONIAS ROMANAS.

Resumen. — I. La organización del ejército romano explica sus conquistas. Componíase sólo de ciudadanos que tenían interés en la grandeza y prosperidad del Estado, y entre ellos se escogían los hombres más aptos á llevar las armas. Esos hombres formaban la legión, cuyo hábil arreglo explica los triunfos de los romanos. La república del Lacio era un Estado conquistador. Todo ciudadano era educado para constituir un excelente militar. Desarrollábanse sus fuerzas físicas gracias á ejercicios variados, enseñábanle el arte de los campamentos y hacíanle ejecutar grandes trabajos tan notables como útiles. La disciplina era la base del ejército, y en eso estribaba su fuerza. Toda desobediencia ó cobardía se castigaba con extraordinaria severidad.

II. Las conquistas de los romanos no hubiesen dado resultados si no hubieran sabido incorporarse los pueblos vencidos. Dieron el derecho de ciudad á los habitantes del Lacio, y así ensancharon la base de su naciente Estado. Pero, cuando aumentaron sus conquistas, contentáronse con imponer sus leyes y costumbres á los pueblos vencidos, y eso es lo que lograron por medio de sus colonias. Esos establecimientos tenían por objeto unir con Roma, con el centro de la república, á todos los pueblos nuevos que la victoria había sometido á su yugo.

Entre esas colonias estableció municipios que se dividían en dos clases : los que gozaban del *derecho de latinidad*, y los que estaban sometidos al *derecho itálico*. Esas concesiones hábilmente graduadas y hechas en tiempo oportuno, unieron á los vencidos con los vencedores, pero establecieron desigualdad social que provocó terribles luchas en la época siguiente.

§ I. — Organización militar de los romanos.

1. **Del reclutamiento del ejército.** — Al principio, la guerra no consistía para los romanos más que en excursiones contra las ciudades próximas. Los ejércitos eran poco numerosos, y el triunfo se debía mucho menos á la táctica que al valor personal. El reclutamiento de los ejércitos se efectuaba entre los ciuda-

danos de las cinco primeras clases, desde los diez y siete hasta los cuarenta y cinco años. Tenía por base el *cens*, conforme á la reforma de Servio y el recuento de la población se efectuaba cada cinco años con ceremonias expiatorias á que se daba el nombre de *lustrum* (*lustrum*).

Los soldados de la primera clase tenían por armas defensivas el casco, el escudo, el borceguí, la coraza, y por armas ofensivas la lanza y la espada. Las primeras eran todas de cobre. Los de la segunda clase llevaban escudo y, menos la coraza, de que carecían, el armamento era idéntico. La tercera clase no usaba borceguíes; la cuarta no tenía más que la lanza, el escudo y la espada; y la quinta sólo llevaba hondas y piedras.

La sexta clase, que comprendía á los *proletarios*, no estaba sujeta al servicio militar. Cada individuo se equipaba á su costa, y en los primeros tiempos no había paga. Establecióse solamente hacia el año 340, fijándola en tres ases por día; pero más tarde la aumentaron.

Al principio no había ejércitos permanentes. El senado ordenaba las levadas, y el rey disfrutaba de autoridad absoluta durante toda la guerra. Bajo la república, el mando en jefe del ejército pasó al cónsul, y, cuando se trató de guerras lejanas se le dió á un procónsul ó á un pretor.

2. De la legión. — El ejército romano se componía de legiones. Llamábase así á ese cuerpo de ejército porque estaba formado solamente de soldados escogidos (*legere*) en las tribus. Bajo Rómulo, al cual se atribuye la invención de la legión, contaba esta nada más que 3.000 infantes y 300 jinetes. Pero luego se elevó sucesivamente á 4, 5 y 6.000 hombres. La infantería fué dividida entonces en diez cohortes, de seiscientos hombres cada una; la cohorte se dividía en tres manípulas, la manípula en dos centurias, y la centuria en diez decurias. Las primeras insignias se reducían á unas varas adornadas de modo diverso con un puñado

de heno (*manipulus*). El águila no fué adoptada, según parece probable, hasta el tiempo de Mario.

Á cada cohorte se agregaba un escuadrón de caballería (*turma*). Los infantes formaban la parte más poderosa del ejército. En las dos primeras filas estaban los *principes* y los *hastati*, armados de espadas y lanzas; estaban sostenidos por los *triarii*, que combatían con el venablo. Más tarde se introdujeron los *velites*, que estaban ligeramente armados y que debían hostilizar al enemigo con el arco, la fronda y el dardo. Cada legión tenía á su frente seis tribunos militares, que mandaban por turno; los tribunos nombraban á los *centuriones*, que se hallaban á la cabeza de las centurias y éstos nombraban á sus oficiales subalternos.

Á cada legión se le agregaba un cuerpo de tropas auxiliares ó aliadas, en número variable. Las tropas estaban mandadas por *præfecti* que nombraba el cónsul.

3. Comparación de la legión con la falange macedónica. — « Los macedonios, dice Bossuet, creían invencible á su falange, y no podían comprender que el talento humano llegase á encontrar algo más sólido. Sin embargo, Polibio, y posteriormente Tito Livio, han demostrado que sin considerar más que la naturaleza de los ejércitos romanos y macedonios, los últimos no podían dejar de ser derrotados á la larga, porque la falange macedónica, que no era más que un gran batallón cuadrado, muy compacto por todas partes, no podía moverse sino todo á la vez; mientras el ejército romano, separado en cuerpos pequeños, era más rápido, y poseía mayor aptitud para toda clase de movimientos.

» La falange macedónica era en verdad terrible para un ejército sobre el cual cayese con todo su peso. Pero, según dice Polibio, no podía conservar mucho tiempo su propiedad natural, es decir, su solidez y su consistencia, porque necesitaba sitios apropiados, y, por decirlo así, hechos expresamente para ella, y que, cuando no los encontraba, se embarazaba á sí misma

ó mejor dicho, se rompía por su propio movimiento; añádase á eso que una vez desbaratada no lograba reformarse, al paso que el ejército romano, dividido en pequeños cuerpos, aprovechaba todos los lugares y se adaptaba bien á ellos : á éste se le unía ó se le separaba como se quería; desfilaba fácilmente, se concentraba sin esfuerzo; era á propósito para los destacamentos y las maniobras generales, así como para toda clase de conversiones y evoluciones, que ejecutaba, bien en conjunto bien en parte, según le convenía; por último, tenía mayor libertad de movimientos, y por ello más acción y fuerza que la falange. »

4. Ejercicios y trabajos acostumbrados. — La educación de los romanos tendía á darles aquella fuerza y vigor corporales que tan gran papel desempeñaban en las guerras de los antiguos. « Acostumbraban á los soldados, escribe Montesquieu, á ir á paso militar, esto es, á andar en cinco horas veinte millas y aun veinticuatro. Durante esas marchas les hacían cargar pesos de sesenta libras. Hacíanlos saltar y correr de continuo completamente armados, y tomaban en las manos durante los ejercicios espadas, venablos y flechas de doble peso que las ordinarias. Esos ejercicios eran continuos.

» La escuela militar no sólo existía en el campamento, sino que en la ciudad se hallaba un sitio donde los romanos todos iban á practicar ejercicios. Después del trabajo, se arrojaban al Tíber para nadar y lavarse, quitándose el polvo y el sudor. »

El campamento era una fortaleza que exigía tanto arte como trabajo. No pasaban ni una noche en un punto sin establecer allí un campamento suficientemente defendido para evitar toda sorpresa. Cuando debían permanecer algún tiempo en un sitio, daban á sus instalaciones la forma de un paralelogramo, rodeado por un foso profundo, que á su vez estaba protegido por un parapeto elevado, en el cual levantaban una empuñadura.

Para que fuese fácil pasar de la disposición del campamento á la del combate, colocaban desde luego las tropas en su orden de marcha: primero la vanguardia y después las legiones. En el centro estaba el *prætorium*, y en él la tienda del general.

Se tenía como principio no dejar descansar nunca los soldados. Ellos fueron los que trabajaron en esos caminos, en esos puentes y acueductos que cubrían todo el imperio y cuya elegancia y solidez admiramos aún.

5. De la disciplina. — Á la fuerza corporal unían los romanos severa disciplina, que tenía por base la obediencia exacta y pronta. « La victoria, dice Bosuet, era peligrosa y aun mortal para los que la ganaban en contradicción con las órdenes recibidas. No sólo se arriesgaba la vida huyendo, abandonando las armas ó su puesto, sino también moviéndose por poco que fuera sin que lo mandara el general. El que rendía las armas ante el enemigo, el que prefería dejarse prender antes que morir gloriosamente por su patria, era juzgado indigno de toda existencia. De ordinario no se seguía contando á los prisioneros entre los ciudadanos, sino que los dejaban á los enemigos como miembros arrancados á la república. Régulo persuadió al senado, á costa de su propia vida, que debía abandonar los prisioneros á los cartagineses. En lucha con Aníbal y después de la batalla de Cannas, esto es, en el tiempo en que Roma, agotada por tantas pérdidas, carecía ya de soldados, el senado prefirió armar, contra su costumbre, ocho mil esclavos, antes que rescatar ocho mil romanos, que no le hubiesen costado más caros que la nueva milicia que debió organizar. Pero, en la angustia de aquellos momentos se estableció con más fuerza que nunca como ley ineludible que un soldado romano debía vencer ó morir.

» Por efecto de tal medida, los ejércitos romanos, aun deshechos y desbaratados, combatían y se reformaban hasta la última extremidad; y según lo señala

Salustio, hubo entre los romanos más individuos castigados por haber combatido sin orden de hacerlo, que por haber cedido y abandonado su puesto; de modo que más bien era preciso contener á los valientes que excitar á los cobardes. »

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|---|
| <p>1. ¿Cómo se efectuaba el reclutamiento del ejército? ¿A qué se llamaba lustró? ¿Cuál era el armamento de los soldados de cada clase? ¿A quién pertenecía el mando en jefe de cada ejército?</p> <p>2. ¿De dónde ha venido el nombre de la legión? ¿Cómo estaba compuesta? ¿Quién la mandaba?</p> <p>3. ¿Qué diferencia había entre a legión romana y la falange</p> | <p>macedónica? ¿En qué consistía la superioridad de la primera?</p> <p>4. ¿Cuáles eran los ejercicios de los soldados? ¿Dónde los practicaban? ¿Cómo establecían sus campamentos? ¿Qué grandes trabajos realizaron?</p> <p>5. ¿Era grande la disciplina del ejército? ¿Cómo trataban á los que huían ó se dejaban coger prisioneros? ¿Cuáles eran los efectos de esa saludable severidad?</p> |
|--|---|

§ II. — De las colonias romanas.

1. Relaciones de Roma con los pueblos vencidos. — En el principio, las guerras no tenían á menudo más objeto que el de saquear una región rica. Después de la victoria se reunía todo el botín y se le repartía luego, según lo hacen aún los pueblos bárbaros. Pero los romanos pensaron muy pronto en apropiarse el territorio ocupado por el enemigo que habían vencido. Así, vemos al senado atento á incorporar al dominio de la ciudad los frutos de cada conquista, y distribuyendo á menudo tierras al pueblo romano como recompensa por su valor.

En los primeros tiempos, Roma recibía en su seno las tribus que había vencido. Así fué que los de Alba y varios habitantes más del Lacio obtuvieron el derecho de ciudad. Ese sistema tuvo la ventaja de mantener la homogeneidad del Estado naciente, á pesar del engrandecimiento del territorio.

Cuando Roma estuvo bastante poblada, no se siguió concediendo el mismo favor á los vencidos; pero se

procuró en cierto modo unirlos á la nación, imponiéndoles las leyes y costumbres de ésta, y estableciendo relaciones de continua dependencia que no les permitieran volver á separarse de la ciudad conquistadora. Eso se obtuvo con la organización de las colonias.

2. De las colonias. — Al tratarse en Roma de fundar una colonia se reunía el pueblo y designaba las familias que debían formarla. « Esas familias se dirigían al punto designado con las banderas desplegadas, bajo la dirección de tres comisarios llamados *triumviros*. Llegados allá, y antes de principiar ningún trabajo de establecimiento, los *triumviros* hacían cavar una fosa redonda, en cuyo fondo depositaban frutos y un puñado de tierra del suelo romano; y luego, unciendo á un arado, cuya reja era de cobre, un toro y una ternera blanca, marcaban por medio de profundo surco el recinto de la ciudad futura; los colonos iban detrás, echando dentro de la línea los terrones que el arado arrojaba á derecha é izquierda. Uno de esos surcos circunscribía el recinto total del suelo colonizado, y otro servía de límite á las tierras particulares. Después se sacrificaban el toro y la ternera con gran pompa á las divinidades que la ciudad escogía como protectoras.

» El gobierno de la colonia lo componían dos magistrados y un senado elegidos entre los principales habitantes; sus leyes eran las de Roma (1). »

Lo único que se cambiaba era los nombres: sus cónsules se llamaban *duumviros*, sus senadores *decuriones*, y sus censores *duumviros quinquenales*.

Los colonos todos estaban sometidos al servicio militar y al impuesto. Las colonias griegas no tenían fin político, sino que se establecían de ordinario á orillas del mar para comerciar y á menudo no conservaban ninguna relación con la metrópoli. Por el contrario, las colonias romanas estaban estrechamente

(1) Amadeo Thierry, *Historia de los galos*, t. I, p. 126.

unidas á la madre patria, y eran fundadas sin excepción con el objeto de conservar y mantener sus conquistas. Se les encargaba que velasen sobre los pueblos del contorno, que ahogasen sus rebeliones, y el senado cuidaba, por tal motivo, de proporcionar sus fuerzas á la naturaleza de los peligros que debían correr. Eran, por decirlo así, otros tantos centinelas avanzadas, siempre alerta para conocer los movimientos é intenciones de los vencidos.

Ese sistema de colonización suponía el derecho de expropiar, y se fundaba por consecuencia en el principio bárbaro de que la vida y tierras de los vencidos pertenecen al vencedor. Aplicáronlo sobre todo en las guerras contra los samnitas. Á medida que los ejércitos penetraban en el país por sus victorias, se aseguraban en sus manos por medio de las colonias las regiones conquistadas. Se las multiplicó principalmente en el norte de Italia, porque los pueblos de esa región eran más difíciles de domeñar que los de la meridional. Cuando Anibal bajó de los Alpes, existían ya cincuenta y tres, y necesitó romper esa línea para inquietar á Roma cerca de sus murallas.

Para poner en comunicación esas guarniciones diversas y transportar con facilidad legiones á todos los puntos amenazados, se construyeron grandes vías militares. Apio fué quien dió la primera idea de esos admirables trabajos, haciendo construir, mientras fué censor, la hermosa vía Apia, que iba desde Roma hasta Capua á través de las lagunas pontinas. Sus sucesores emplearon á imitación suya parte de los recursos del tesoro público en esas grandes empresas. Pronto se halló Roma en comunicación con todas las partes de Italia. La vía Apia llevaba á la Italia meridional, la Aureliana á la Etruria, la Flaminia á Umbria, la Valeriana hasta el centro de los Apeninos, y la Emiliana á la Cisalpina.

3. De los municipios. — Aunque la Italia fué cubierta de colonias, no todos los pueblos de la península

disfrutaban por tal motivo de los mismos privilegios. El título de ciudadano romano, que proporcionaba tantas ventajas y tan numerosos privilegios, fué un medio de que se sirvió Roma para recompensar los servicios de sus aliados y excitar su celo y afecto. El senado separó los privilegios é inmunidades comprendidas en aquel derecho, graduó con mucha habilidad sus concesiones, y estableció de ese modo alrededor de Roma una especie de jerarquía, cuyas clases estaban determinadas por las relaciones más ó menos íntimas que las diferentes ciudades tenían con ella.

Así, había pueblos que poseían en toda su plenitud el derecho de ciudad. Esos adoptaban el derecho civil y político de Roma, gozaban del derecho de sufragio en la metrópoli, podían aspirar á todas las magistraturas, aceptaban en todos sus puntos las leyes y la constitución romanas, y renunciaban á sus antiguas instituciones y costumbres. Á eso es á lo que se llamaba los *municipios*.

Entre ellos los hubo que sin embargo prefirieron conservar sus usos y costumbres más bien que adoptar la constitución y las leyes romanas. Esas ciudades disfrutaban en todo ó en parte de los derechos civiles, pero no de los políticos. Así, participaban al beneficio de la ley romana relativamente á las propiedades, á las personas, á los asuntos mercantiles y á las prerrogativas de familia. Sus ciudadanos eran en todos esos puntos iguales á los de Roma, sin tener por tal motivo derecho de voto.

Esos municipios conservaban autoridad absoluta sobre el culto y las ceremonias religiosas, sobre la policía interior, la elección de sus magistrados, la construcción y conservación de sus edificios, la administración de sus recursos, la celebración de sus fiestas, en una palabra, sobre la gestión de todos sus negocios locales. Á pesar de la gran variedad de concesiones que les hizo el senado, se les dividía en dos grandes clases : los que disfrutaban del *derecho de la-*

tinidad y los que estaban sometidos al *derecho itálico*.

Los pueblos que formaban parte de la antigua confederación latina conservaron generalmente sus leyes y sus propiedades, y no tuvieron más cargas que el impuesto y el servicio militar. Pero les era fácil obtener el derecho de ciudad, bastando para ello con ejercer una magistratura anual en su país, y transferir á Roma su domicilio, aun dejando hijos en sus ciudades, ó bien haber probado las concusiones de un funcionario de la república. Esos privilegios constituían el *derecho de latinidad* (*jus Latii*), que más tarde se extendió á pueblos é individuos estraños al Lacio.

Los pueblos de Italia se colocaban por orden jerárquico después de los del Lacio. También habían conservado después de la conquista sus leyes, su gobierno y sus magistrados; por otra parte, se hallaban exentos de todo tributo en cuanto á las tierras, y las personas, pero no podían contraer entre ellos alianzas, y el senado se había tomado el papel de árbitro en todas sus diferencias. La ley civil les garantizaba la inviolabilidad de sus propiedades, pero no podían ser ciudadanos romanos antes de haber poseído el *derecho de latinidad*. Como se decía entonces, había que pasar por el Lacio para entrar en la ciudad. Ese derecho particular fué llamado *derecho itálico* (*jus italicum*), y, á ejemplo del *derecho de latinidad*, fué comunicado á muchos individuos y ciudades fuera de Italia.

Esos privilegios fueron causa de las luchas que se suscitaron en el período siguiente. Roma se esforzó en resistir á las pretensiones de los latinos y á las exigencias de los italianos, que reclamaron con insistencia la igualdad política. Pero al fin tuvo que ceder; y, así como los patricios se habían visto obligados á admitir á los plebeyos á todos los puestos del Estado, así Roma tuvo que reconocer los mismos derechos á todos los hombres libres desde el estrecho de Sicilia hasta el Rubicón, proclamando su igualdad.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cómo trató Roma al principio á los pueblos vencidos? ¿Por qué medio se apropió seguramente la posesión de su territorio?

2. ¿Cómo se procedía para establecer una colonia? ¿De qué manera eran administrados los colonos? ¿Qué relaciones había entre Roma y las colonias? ¿Cómo se ponía en comunica-

ción á todas las guarniciones romanas?

3. ¿Á qué se llamaba municipios? ¿En qué consistía el derecho de la latinidad? ¿— el derecho itálico? ¿Á quiénes se concedía ese derecho? ¿Qué resultó de esos privilegios? ¿Cuál fué el término de todas esas luchas?

CAPÍTULO VIII.

CARTAGO. PRIMERA GUERRA PÚNICA (264-241).

Resumen. — Roma multiplica cada año sus conquistas y, á medida que ensancha su territorio, se hacen más importantes las guerras que emprende. Al principio había medido sus armas con los pequeños pueblos del Lacio; más tarde, así que los hubo sometido, la emprendió con los samnitas, con los etruscos y los griegos, en una palabra, con todas las grandes naciones de Italia. Ahora entra en liza con Cartago, la mayor república del mundo antiguo. Es Europa que disputa al África el imperio del mundo.

I. Cartago es una colonia de Tiro, esencialmente comerciante como su metrópoli. Hallase colocada á orillas del mar, tiene numerosos bajeles, encuéntrase en relación con todos los países del mundo; y cuando hace la guerra, llévala á cabo en interés de su tráfico, con tropas mercenarias, y especula sobre la victoria para recuperar sus gastos. Su gobierno tenía analogía con el de Roma: poseía un senado, sufetas que hacían veces de cónsules, y un consejo para contrarrestar la acción de los grandes. Montesquieu ha puesto perfectamente de manifiesto, en el paralelo que ha establecido entre Roma y Cartago la diferencia existente entre el genio de esas dos repúblicas rivales.

II. Su lucha se efectuó en tres grandes guerras, que son por decirlo así los tres grandes actos del sangriento drama que debe tener por término la ruina de Cartago. Esas guerras son célebres en la historia con el nombre de *guerras púnicas*. La primera tuvo por objeto la conquista de Sicilia, cuya posesión se disputaban esos dos grandes Estados. Las primeras expediciones romanas son coronadas por los

mayores éxitos bajo el mando de Apio Claudio y de Valerio Messala. Los romanos ganan la primera batalla naval que dan á los cartagineses. Régulo va llevar la guerra al África y hace temblar á Cartago, que sólo se salva por la intervención de un extranjero, el cacedemonio Xantipo. Aquel ilustre romano se inmortaliza por su abnegación heroica, y el teatro de la lucha es transportado de nuevo á Sicilia, donde los romanos empiezan por sufrir grandes reveses, aunque pronto son bastante afortunados para asegurar en sus manos la posesión de esta isla, gracias á su victoria de las islas Egates. Tal fué el término de la primera guerra púnica.

III. Durante los veintitrés años que transcurrieron entre la primera y la segunda guerra púnica, Cartago y Roma engrandecieron ambas sus dominios por nuevas conquistas, Roma se apoderó de Córcega y de Cerdeña, penetró en la Iliria, extendió por esa parte su dominación hasta las fronteras de Grecia, que debía conquistar más tarde. Habiendo molestado á sus colonos los galos que residían á orillas del Po, aprovechó Roma la ocasión para marchar contra ellos y someterlos. Otorgóse el triunfo al cónsul Marcelo, que venció á los insubrios. Luego conquistaron la Istria y se hicieron así dueños de una de las puertas de Italia.

IV. Durante ese tiempo, Cartago tembló por un instante ante sus mercenarios sublevados y perdió la Córcega y la Cerdeña, tomadas por los romanos. Pero se desquitó de esos reveses conquistando la Numidia y la Mauritania, con lo cual extendió su dominación por todo el noroeste de África. Sus generales penetraron en seguida en España, y Asdrúbal fundó en la costa oriental de esa península una nueva Cartago, la opulenta Cartagena. Anibal, que le sucedió, no temió atacar á Segunto, aliada de los romanos, y eso es lo que produjo la segunda guerra púnica.

§ 1. — *Cartago.*

1. Fundación de Cartago. — Al norte del África, en las orillas del Mediterráneo, fué donde se elevó la poderosa república de Cartago. Sus principios son poco conocidos. La fábula nos dice que la reina Elisa ó Dido huyó de Sidón para escapar á la cólera de Pigmalión, su cuñado, y que vino á establecerse en África. Habiéndole vendido los indígenas tanta tierra como pudiera contener un cuero de buey, lo cortó en multitud de tiras muy delgadas y estrechas,

y así logró circunscribir un espacio bastante grande para edificar en él la ciudadela de Bisa. Los habitantes de Útica, que era también una antigua colonia de tirios, persuadieron á Dido para que construyese una ciudad al lado de esa ciudadela, y esa fué la que recibió el nombre de Cartago. La admirable situación de dicha ciudad, que dominaba el paso entre las dos grandes cuencas del Mediterráneo, le dió muy en breve el imperio del mar. La misma Útica reconoció su supremacía, y todos los pueblos del norte se inclinaron ante su poder. Sin embargo, esa conquista fué lenta, y los cartagineses necesitaron cerca de cuatro siglos para subyugar todas aquellas tribus nómadas. Al mismo tiempo extendieron su dominación por la Cerdeña, las islas Baleares, la Córcega, é invadieron la Sicilia en la época en que Ciro instituí en Oriente la monarquía de los asirios. Fundaron igualmente colonias en el continente. Se establecieron al principio en España, en Andalucía, donde los fenicios habían ya tomado tierra, y cubrieron con sus factorías todo el litoral del Mediterráneo.

2. Del comercio. — Todos los cartagineses que tenían la ambición de hacer fortuna se iban á aquellas colonias para comerciar en ellas. El comercio se hacía tanto por tierra como por mar. Comunicaban con el Egipto y la India por medio de caravanas cuyas estaciones vinieron á ser factorías muy considerables. Todo el norte de África estaba lleno de caminos reales que hacían esas comunicaciones más fáciles y seguras. Los cartagineses se habían asegurado por su marina el monopolio del comercio en el Mediterráneo, y traficaban en todo. Sacaban del interior de África, dice Cantú, los negros, muy estimados en Italia; de Grecia, piedras y oro; de Malta, algodón; de Lípari, betún; de Córcega, cera, miel y esclavos; de la isla de Elba, hierro; vendían á las islas Baleares vino, y de ellas hacían venir mulas y caballos. Pero lo que contribuyó principalmente á enriquecerlos fué la maravillosa

abundancia de las minas de oro y plata que encontraron en España, el Perú del mundo antiguo. También iban hasta las islas Sorlingas para explotar las minas de estaño que en ellas habían descubierto.

3. De los ejércitos. — Esa república, que hacía dinero de todo, tenía mucho más comerciantes que guerreros. Para hacer la guerra y extender sus posesiones, los cartagineses compraban soldados entre las naciones extranjeras. Su opulencia los ponía en situación de elegir en cada Estado las mejores tropas. Así es que sacaban de la Numidia su caballería impetuosa y ligera, de las islas Baleares sus hábiles honderos, de España su terrible infantería, de Italia y de las Galias sus más valientes soldados, de Grecia hombres tan buenos para la acción como para el consejo. Antes de emprender una expedición, sabían lo que había de costarles, y calculaban las pérdidas y beneficios. Cartago, dice Michelet, principiaba una guerra como una especulación mercantil. Emprendía conquistas, ya con la esperanza de encontrar nuevas minas que explotar, ya para dar salida á sus mercancías. Podía gastar cincuenta mil mercenarios en tal empresa, mucho más en otra. Si las entradas eran buenas, no sentía la colocación de los fondos : se compraban de nuevo hombres, y todo iba como antes.

4. Del carácter y de las costumbres de los cartagineses. — Ese tráfico indigno revela la avaricia y crueldad de los cartagineses. Su religión, que no era más que una miscelánea detestable de la supersticiones de la Libia con las infamias de las ciudades fenicias, autorizaba todos los crímenes y abominaciones más escandalosas. En los días de batalla, la estatua de Baal recibía niños en sus brazos caldeados y se veían algunas personas arrojar-se á las hogueras que habían encendido á sus pies para hacer que el cielo fuese propicio á la patria. Los generales que tenían la desgracia de ser vencidos eran puestos en cruz. Su derecho de gentes era singular, como lo dice Montesquieu ; hacían

abogar a todos los extranjeros que traficaban en Cerdeña y hacia las columnas de Hércules. Su derecho político no era menos extraordinario; prohibieron á los sardos cultivar la tierra bajo pena de muerte. Construyeron fortalezas en todas las costas en que había factorías, y trataron como esclavos á todos los pueblos que habían conquistado. Su legislación penal estaba llena de castigos atroces, pero la justicia no era por ese motivo más respetada, ni las costumbres menos disolutas. Todas las dignidades eran venales, y la fe pública fué tantas veces violada, que la palabra *fides punica* llegó á ser empleada en todo el mundo antiguo para designar el engaño más insigne.

5. De la constitución. — Aristóteles alaba mucho la constitución y el gobierno de Cartago; mas es difícil suscribir á ese elogio sin alguna restricción. Ese gobierno reunía tres grandes autoridades: dos magistrados supremos, ó sufetas, el senado y el pueblo. Más tarde añadieron el tribunal de los Ciento, que se hizo dueño de casi todo el poder. Los sufetas eran renovados todos los años como los cónsules en Roma. Administraban justicia, proponían y publicaban nuevas leyes, y hacían dar cuenta de su administración á los que estaban empleados. El senado era el consejo de Estado y el alma de todas las deliberaciones públicas. El pueblo solamente era consultado cuando había disenso entre los senadores. Pero habiéndole hecho más tarde presuntuoso é insolente sus riquezas y conquistas, se arrogó casi todo el poder, y esto fué una de las causas de la ruina de la república.

El tribunal de los Ciento había sido establecido para balancear la autoridad de los grandes y poner un freno al poder de los generales, obligándoles á dar cuenta á esos jueces de su conducta durante la guerra. Mas esos mismos hombres abusaron de sus prerrogativas, y vinieron á ser otros tantos tiranos, arrogándose la dirección de todos los negocios.

6. Paralelo entre Roma y Cartago. — Para

concluir la pintura de esta ciudad poniéndole en paralelo con Roma, lo mejor que podemos hacer es tomar de Montesquieu las siguientes palabras : « Cartago, dice, que llegó á ser rica más pronto que Roma, también se había corrompido más presto. Así, mientras que en Roma los empleos públicos no se obtenían sino por la virtud, y no producían más utilidad que el honor y una preferencia para las fatigas, todo lo que el público pudo dar á los particulares se vendía en Cartago, y todo servicio hecho por los particulares era pagado allí por el público. Antiguas costumbres, y cierto uso de la pobreza hacían que en Roma las fortunas fuesen poco más ó menos iguales; mas en Cartago los particulares tenían casi las riquezas de los reyes. De dos facciones que reinaban en Cartago, una quería siempre la paz y otra siempre la guerra; de suerte que era imposible gozar allí de la una y hacer bien la otra. Mientras que en Roma la guerra reunía al principio todos los intereses, los separaba aún más en Cartago. En Roma, gobernada por las leyes, el pueblo permitía que el senado tuviese la dirección de los negocios; en Cartago, gobernada por abusos, el pueblo quería hacer todo por sí mismo. Cartago, que hacía la guerra con su opulencia contra la pobreza romana, tenía por esta razón una desventaja : el oro y la plata se agotan; pero la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza jamás. Los romanos eran ambiciosos por orgullo, y los cartagineses por avaricia; los unos querían mandar, los otros adquirir; y estos últimos, calculando sin cesar los ingresos y los gastos, siempre hicieron la guerra sin amarla. Las batallas perdidas, la disminución del pueblo, la decadencia del comercio, los apuros del tesoro público, la sublevación de las naciones vecinas podían hacer aceptar á Cartago la paz bajo las condiciones más duras; pero Roma no se conducía por el sentimiento de los bienes y de los males; no se determinaba más que por su gloria; y como no imaginaba cuál pudiese ser, sino mandaba,

no había esperanza ni temor que pudiese obligarla á hacer una paz que ella no hubiera impuesto. »

Según los pensamientos generales de ese paralelo que sigue Montesquieu hasta en los más pequeños detalles, es fácil presentir á cuál de esas dos grandes repúblicas debía pertenecer el imperio del mundo.

CUESTIONARIO.

1. ¿Dónde fué fundada Cartago? ¿Cuál era la ventaja de su posición? ¿Por qué países extendió sus dominios?

2. ¿Con qué regiones comunicaron los cartagineses para su comercio? ¿Cuáles eran los objetos principales en que negociaban? ¿Qué fué lo que contribuyó principalmente á su riqueza?

3. ¿Cuál era el carácter de la república cartaginesa? ¿Cómo reclutaba sus ejércitos? ¿Desde qué punto de vista consideraba una expedición militar?

4. ¿Cuáles eran las supersticiones cartaginesas? ¿Cuál su derecho de gentes? ¿— su derecho político? ¿Cuál su legislación penal?

5. ¿Cuál era la constitución de Cartago? ¿Cuáles eran sus principales magistrados? ¿Qué hacía el senado? ¿Por qué establecieron el consejo de los Ciento? ¿Abusó de su poder ese consejo?

6. ¿Cite V. el paralelo que Montesquieu ha establecido entre Roma y Cartago? ¿Qué se debe concluir de ese paralelo?

§ II. — *Primera guerra púnica (264-241).*

1. Asunto de los mamertinos. — Pirro al abandonar la Sicilia dijo á los que lo rodeaban : « Amigos míos, ¡qué buen campo de batalla dejamos allí á los cartagineses y á los romanos! » La profecía iba á cumplirse pronto. Aquella isla, que estos dos grandes pueblos habían de disputarse, pertenecía antes de la lucha á los cartagineses, siracusanos y mamertinos. Estos últimos imploraron el socorro de Roma contra los cartagineses que amenazaban su independencia. El senado, que estaba comprometido con Cartago por medio de varios tratados solemnes, no se atrevía á tomar partido en favor de un pueblo de mercenarios que antes había castigado como á reunión de viles aventureros. Los cónsules, menos escrupulosos, presentaron el asunto al pueblo, y se decidió que se atacaría á la orgullosa república, cuyos numerosos establecimientos

ITALIA ANTIGUA
 por los tiempos
 de las guerras púnicas.

ESCALAS.

Elómetros de 11,11 en grado
 0 50 100 150 200
Millas Romanas de 7,5 en grado.
 0 75 150 225

ITALIA CENTRAL

— Vías Romanas



en Córcega, Sicilia, Cerdeña y en todas las ciudades vecinas de la Italia causaban inquietud á los romanos.

2. Expedición del cónsul Apio. — El cónsul Apio se presentó con su flota en el estrecho, é intimó á los cartagineses que devolvieran la libertad á los marmertinos y retirasen su guarnición de Mesina. Hannón, que confiaba en el número y fuerza de sus buques, le respondió con orgullo: « Ni uno de vuestros barcos pasará, y ni aun permitiré á vuestros soldados lavarse las manos en los mares de Sicilia. » Claudio, á pesar de esta baladronada, tomó tierra en Sicilia y propuso una entrevista al general cartaginés. Hannón se fué sin desconfianza al lugar convenido, pero la *fe romana* no valió más aquel día que la *fe púnica*. El cartaginés fué cargado de cadenas contra el derecho de gentes, y la guerra comenzó por la más infame traición. Cartago se preparó á vengar esa maldad; pero á pesar de sus esfuerzos, la victoria se declaró en favor de los culpables. Apio venció á Hierón, el aliado de los cartagineses y lo persiguió hasta bajo las murallas de Siracusa (264).

3. Hazañas de Valerio Messala. — El senado, animado por esos triunfos, equipó una nueva flota y levantó un nuevo ejército. Entregó el mando de ellos á Valerio, quien adquirió por sus brillantes hazañas cerca de Mesina, el glorioso sobrenombre de *Messala*. Este nuevo cónsul derrotó en muchos encuentros á los cartagineses y siracusanos, y tomó en poco tiempo sesenta y siete ciudades, entre las cuales se distinguían Catania y Tauromina. Hierón, atemorizado con todas esas victorias, creyó que valía más ser aliado de Roma que de Cartago. Envió pues proposiciones de paz al senado, é hizo con él una alianza que guardó fielmente durante cincuenta años. En esos momentos Segesto y la orgullosa Agrigento cayeron en poder de los romanos.

4. Primera batalla naval de los romanos (260). — Hacia ya más de tres años que la guerra

había comenzado, y los romanos no tenían sino motivos para felicitarse del valor de sus tropas y de los favores de la suerte. Se habían hecho dueños de multitud de ciudades opulentas y habían salido victoriosos en todos los combates. Mas la Sicilia era una isla, y para conservar en ella sus conquistas, necesitaban el imperio del mar. Resolvieron pues construir una flota y probar fortuna en este elemento. Como no habían poseído hasta entonces sino buques mercantes, un quinqueres cartaginés, encallado cerca del estrecho les sirvió de modelo para construir grandes navíos. El arte era entonces tan imperfecto y grosero que en sesenta días pudieron anclar una flota de ciento sesenta galeras.

El cónsul Duilio recibió el mando de ella. Este hombre tan ingenioso como hábil, comprendiendo toda la desventaja que tendrían esos buques pesados é informes al combatir contra los navíos ágiles y ligeros de los cartagineses, imaginó unas manos de hierro (*corvi*), que, aferrándose á los buques enemigos, los dejasen inmóviles facilitando el abordaje. Por ese medio se debía pelear en mar como en tierra, y el soldado romano podía hacer uso de toda su superioridad sobre los soldados cartagineses. Así es que estos últimos fueron completamente derrotados. Habiéndose escapado su general Aníbal con gran trabajo, envió al momento un correo á Cartago, y se valió de esta astucia para evitar el suplicio reservado en su patria á todos los generales desgraciados. El mensajero preguntó á los senadores si eran de opinión de que Aníbal atacase á los romanos. Habiendo exclamado todos que era menester combatir y que hacía mal en diferirlo : « Pues bien, replicó el enviado, lo ha hecho y ha sido vencido. » Nadie se atrevió á condenar una acción que había aconsejado, y Aníbal fué privado del mando y no de la vida.

Duilio, que había tenido la gloria de conseguir la primera victoria naval, recibió en Roma honores ex-

traordinarios. Por orden del senado se erigió en la playa pública una columna de mármol blanco de Pa-ros, sobre la cual se inscribió el número de los navíos que había cogido y la cantidad de dinero que había quitado á los cartagineses. Se le concedió al mismo tiempo, durante su vida, el fastidioso honor de ser acompañado á su casa todas las noches después de cenar con hachas encendidas y al son de los instrumen-
tos musicales (260).

5. Historia de Régulo (260-250). — La victoria que obtuvo Duilio sobre los cartagineses, había inspirado á los romanos una gran confianza. Se creyeron llamados á dominar por mar tanto como por tierra. Habiendo seguido á esa victoria la conquista de Córcega y de Cerdeña, y nuevos triunfos en Sicilia, concibieron el atrevido proyecto de llevar la guerra á África. El cónsul Atilio Régulo, encargado de esta expedición, fué á abordar á Mesina con una flota de trescientos treinta navíos, y se preparó á darse á la vela hacia Cartago. Hannón acudió á su encuentro con trescientos sesenta buques. El combate se empeñó cerca de Ecnomo, y los cartagineses fueron vencidos otra vez (256). Los romanos abordaron sin obstáculo al África y desembarcaron en Clipea, de la cual hicieron su plaza de armas.

Habiendo expirado el consulado de Régulo en medio de sus triunfos, el senado le continuó sus poderes con el título de procónsul. Nadie sintió más ese honor que aquel que era objeto de él. Se quejó al senado, y le pidió la libertad de ir á cultivar un campo de siete fanegas de tierra, su único recurso para alimentar su mujer é hijos. El senado le respondió que la república cuidaría de su campo y de su familia, y que debía proseguir sin inquietud el curso de sus brillantes proezas. El virtuoso procónsul se puso al instante en marcha y consiguió una nueva victoria que hizo á los romanos dueños de más de ochenta ciudades, reduciendo á Cartago á la desesperación.

Esa república de mercaderes creía todo perdido, cuando el lacedemonio Xantipo se comprometió á salvarla, si se dejaba guiar por él. Impresionados los cartagineses por la exactitud y alcance de los consejos del espartano, pasaron en seguida de la desesperación á la confianza; pusieronlo al frente de un ejército, y le dejaron libertad completa para dirigirlo con arreglo á los principios de su nueva táctica. El éxito respondió á sus promesas: Régulo fué vencido y hecho prisionero. Los romanos vengaron ese revés con una brillante victoria que obtuvieron sobre sus rivales cerca de Panormo, en Sicilia. Entonces Cartago, consternada por esa derrota, resolvió enviar Régulo á Roma para tratar de la paz y del canje de prisioneros.

Ese orgulloso romano se presentó en las puertas de Roma, dando á conocer á sus compatriotas el objeto de su misión. Habiéndolo obligado los senadores á penetrar en su asamblea y á exponer sus ideas con entera libertad, tuvo bastante heroísmo para aconsejarles que continuaran la guerra, y que dejaran perecer en sus prisiones á los que no habian sabido defender su libertad. Se adoptó esa opinión, pero se quiso al mismo tiempo apartar de su autor los males que lo esperaban si volvía á Cartago. Todos sus amigos lo conjuraron á permanecer en Roma; el pontífice máximo le aseguró que podia sin perjurio faltar á la palabra dada á los cartagineses; su mujer Marcia y sus hijos le rogaron con gemidos y sollozos; pero nada pudo quebrantar la firmeza de Régulo. Separando á su mujer y á sus hijos, que querían echarse en sus brazos, no quiso recibir sus besos ni su saludo de despedida, y fué á morir en Cartago, víctima de sus juramentos. Los cartagineses le cortaron los párpados, y después de haberlo sacado de un colabozo oscuro, lo expusieron á los rayos ardientes del sol. En seguida lo metieron en un cofre lleno por dentro de puntas de hierro, y lo privaron de reposo y sueño hasta que exhaló el postrer sus-

piro (250). Al saber esa noticia, los romanos entregaron á la mujer de Régulo los prisioneros cartagineses más distinguidos, para que los inmolará á su venganza. Aquella los metió en un armario erizado de puntas de hierro y los dejó morir de hambre en medio de torturas análogas á las que había sufrido su esposo. ¡ Terribles represalias, que nos dan á conocer las bárbaras y crueles costumbres de la sociedad del mundo antiguo !

6. Reveses de los romanos. — Entretanto la Sicilia había venido á ser el teatro de la guerra. Todas las fuerzas de los romanos, después de su brillante victoria de Panormo, se habían concentrado alrededor de Lilibea, la ciudad más importante de la isla. El cónsul Apio Pulcher, enviado por el senado para adelantar el sitio, perdió cerca de Deprano la mejor flota que los romanos habían equipado hasta entonces (249). Antes del combate vinieron á anunciarle que los pollos sagrados no comían : « Echadlos al mar, dijo ; al menos beberán. » Esa impiedad había asustado de tal modo á los soldados supersticiosos que ni aun trataron de resistir al enemigo, persuadidos de que el cielo estaba contra ellos. Toda la flota fué destruída. Junio, colega de Apio, no fué más hábil ni dichoso. Los cartagineses echaron á pique todos sus navíos y lo cogieron á él mismo en Eryx.

7. Gloriosas hazañas de Amílcar Barca. — Después de tantos reveses, los romanos no encontraban ya hombres capaces de dirigir sus ejércitos. Apio Pulcher y Junio los habían prevenido contra el consulado por su estúpida conducta. Pidieron al primero de estos cónsules un dictador, y el cobarde Apio tuvo la insolencia de dar esa dignidad á uno de sus lictores, al rústico Glicia. Ese nombramiento insolente fué anulado y se eligió á Atilio Colatino, que no hizo nada memorable.

Por el contrario, Cartago veía al frente de sus ejércitos á Amílcar Barca, que hubiera sido el más ilustre

de sus generales, si no hubiese sido padre de Aníbal. Durante siete años ese intrépido guerrero tuvo estrechadas todas las fuerzas de los romanos. Pasó á Italia, asoló las tierras de Locres y del Abruzo, y volvió á colocar su campo entre Eryx y Panormo, sobre la cumbre escarpada del Epicreto. Desde allí daba diariamente á los romanos nuevos combates, desconcertaba todos sus proyectos exterminando sus legiones, y por espacio de tres años no dejó de esparcir en su rededor la consternación y la muerte.

8. Batalla de las islas Egates (241). — Los romanos, cansados de todas esas pérdidas, resolvieron conquistar de nuevo el imperio del mar. Se construyó y armó una nueva flota. Cada particular hizo construir á sus expensas un quinqueremes, y esa nueva escuadra fué á llevar el espanto á África. El senado, reanimado por este primer triunfo, encargó al cónsul Lutacio que reuniese todos los navíos de la república y emprendiese una expedición á Sicilia. Este general tuvo la dicha de encontrar cerca de las islas Egates, frente Lilibea, una flota cartaginesa, más cargada de provisiones y víveres que de armas y soldados. Iba á socorrer á Amílcar, quien, después de haber recogido lo que llevaba, debía llenarla con lo mejor de sus tropas. No fué difícil á Lutacio el vencer esos buques que no podían moverse, y que estaban casi sin defensores. Según Polibio, los romanos destruyeron en ese combate ciento veinte galeras y mataron treinta mil hombres. Habiendo tenido el mismo Amílcar poco después un pequeño desastre, la república cartaginesa no quiso ya consentir en hacer nuevos sacrificios de dinero y de tropas, y encargó á ese valeroso guerrero negociar en lugar de combatir.

9. Tratado de paz entre las dos repúblicas (241). — Los romanos victoriosos dictaron las condiciones de paz, que fueron las siguientes: « Los cartagineses pagarán á los romanos mil talentos, y en los diez años siguientes dos mil; además de la Sicilia,

abandonarán también todas las islas que hay entre ella y la Italia; no navegarán con navíos largos ni en Italia ni en ninguna de las islas dependientes de los romanos, y no harán en ellas levadas de tropas. » Así se terminó esa primera guerra que duró veinte y tres años (264-241). Se envió á Sicilia un questor para cobrar los impuestos, un pretor para administrar justicia y mandar las tropas, y esa isla fué la primera comarca que recibió el nombre de *provincia romana*.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué palabras pronunció Pirro al abandonar la Sicilia? ¿Qué pueblo imploró el socorro de Roma contra Cartago? ¿Qué hizo en esas coyunturas el senado? ¿De qué manera empezó la guerra?

2. ¿Qué respuesta dió Hannón al cónsul Apio? ¿Qué conducta observó Apio con el general cartaginés? ¿Cuál fué el primer triunfo de los romanos?

3. ¿A quién confiaron el mando de su segunda expedición á Sicilia? ¿Cuáles fueron las hazañas de Valerio Messala? ¿De dónde le vino ese sobrenombre?

4. ¿Por qué construyeron una flota los romanos? ¿De qué estratagemas se valieron para lograr su primera victoria naval? ¿Qué honores se tributaron á Duilio?

5. ¿Cuál fué el romano que llevó la guerra al África? ¿Cuál fué su desinterés? Refiera V. sus triunfos y sus reveses. ¿Con qué acto de heroísmo terminó su vida? ¿Cómo vengó su mujer su muerte?

6. ¿Dónde fué vencido el cónsul Apio Pulcher? ¿Con qué impiedad desalentó á sus supersticiosos soldados?

7. ¿Qué hicieron los romanos después de esa derrota? ¿Con qué hazañas se distinguió entonces Amílcar Barca?

8. ¿Qué abnegación manifestaron los romanos para reparar su contratiempo? ¿Dónde vencieron á los cartagineses? ¿Qué efecto produjo esa victoria en Cartago?

9. ¿Qué condiciones de paz aceptaron las dos repúblicas? ¿Qué fué de la Sicilia?

§ III. — *Conquistas de los romanos entre la primera y la segunda guerra púnica (241-218).*

1. Los romanos en Cerdeña, en Córcega y en Iliria. — Durante los veinte y tres años que transcurrieron entre la primera guerra púnica y la segunda, Roma se apoderó de la Córcega y de la Cerdeña, así como de la Iliria, de la Galia circumpadana y de la Istria.

Para penetrar en Cerdeña aprovechó el senado una

insurrección de los habitantes contra los cartagineses y, bajo el pretexto de socorrerlos, les impuso su dominio. Sus ejércitos atacaron al mismo tiempo á la Córcega, y sólo al cabo de ocho años consiguieron subyugarla.

Algún tiempo después los ilirios dieron motivo á los romanos para atacarlos. Esos piratas, ávidos y feroces, habían insultado y condenado á muerte á muchos negociantes italianos al salir del puerto de Brindes. El senado pidió reparación de esos ultrajes á su reina Teuta. Esta princesa voluble y cruel recibió con desdén á los embajadores romanos, y después los hizo matar. Los cónsules Postumio, Albino y Fulvio Centumalo, encargados de esta guerra, se anunciaron como los libertadores de los griegos, á quienes los ilirios vejaban hacia mucho tiempo. Tomaron sucesivamente á Corcira, Apolonia y Dirraquio, sometieron todas las tribus esparcidas en esas comarcas, echaron de su reino á la infame Teuta, y dieron la corona á su joven hijo Pineo, asociándolo para reinar al astuto Demetrio de Faros.

Esta expedición extendió los dominios romanos hasta las fronteras de Grecia. El cónsul Postumio, después de haber pasado el invierno en esta nueva provincia, envió desde Corcira embajadores á los etolios y á los aqueos, para hacerles conocer los motivos que habían tenido los romanos para hacer esa guerra. Toda la Grecia, lisonjeada por esa deferencia, aplaudió sus triunfos. Los corintios admitieron por un decreto solemne al pueblo romano en los juegos ístmicos, alabándolo por haber devuelto la libertad á Corcira, su colonia, y los atenienses acordaron á todos los romanos el derecho de asistir á los misterios de Eleusis y de hacerse iniciar en ellos. Tales fueron las primeras relaciones que existieron entre Grecia y Roma.

2. Expediciones á la Galia Cisalpina (238-222).

— Sin embargo, grandes movimientos habían introducido el desorden y la agitación en la Galia Cisalpina. Att y Gall, reyes de los boyos, impacientes de

vengar á los senones, habían provocado una insurrección. Hasta habían hecho bajar de la vertiente occidental de los Alpes á muchos miles de montañeses, con la esperanza de sacar á todos los cisalpinos de su letargo. Sostenidos por esos feroces auxiliares, habían venido á atacar la colonia romana de Arimino. Pero habiéndose metido la división en sus filas, fracasaron en su empresa (238-236).

Para prevenir semejantes ataques, habiendo querido los romanos fundar en la cercanía de los galos nuevas colonias, esas vejaciones fueron causa de que los boyos formasen una liga ofensiva y defensiva con todas las naciones circumpadanas. Los cenomanos rehusaron el entrar en ella, mas los boyos y los insubrios no se desanimaron. Llamaron á su socorro á los galos de los Alpes, quienes no conocían otras armas más que el viejo *gais* gálico, y por ese motivo se les llamó *gesates* (Gaisda). Aneroestes y Concolitán, reyes de esos montañeses, se dirigieron al Po, donde encontraron ya reunidos á los lingones, boyos, amauanos é insubrios. Esa coalición llenó á Roma de espanto. Se consultó á los libros sibilinos, y para colmo de desgracia, se creyó leer en ellos que los galos tomarían dos veces posesión del suelo. Los sacerdotes encontraron medio de eludir el oráculo. Hicieron enterrar vivos en el circuito de la ciudad, en medio del mercado de los bueyes á dos galos, un hombre y una mujer, y pretendieron burlescamente que la raza representada por esa pareja desgraciada acababa de *tomar posesión del suelo*.

3. Batalla de Telamona (225). — Después de esa maldad tan atroz como impía, la república ordenó un levantamiento en masa, y setecientos setenta mil hombres aparecieron armados. Los galos no se dejaron atemorizar por esos inmensos ejércitos. Concolitán, Aneroestes y Britomar, sus jefes, juraron no quitarse los tahalís antes de haber subido al Capitolio, y tomaron el camino de Roma. Después de haberse avanzado hasta tres jornadas de la gran ciudad y de haber con-

seguido un brillante triunfo cerca de Fesules, se dirigieron desde allí hacia la Liguria para poner en seguridad el botín que habían cogido. Dió la casualidad que el segundo cónsul Atilio Régulo, que había desembarcado recientemente en Pisa, siguiese las costas del mar de Etruria, y que los galos encontrasen su vanguardia. Encerrados entonces entre dos ejércitos, el que los perseguía y el que acababan de encontrar, se vieron obligados á batirse y fueron vencidos á la altura del cabo Telamono. Concolitán fué hecho prisionero. Anaroestes se retiró á parte con sus compañeros y se degolló después de haberles dado de puñaladas. No se sabe lo que sucedió á Britomar. El cónsul Atilio perdió también la vida; mas su colega Emilio recogió los despojos de los vencidos, saqueó el país de los boyos y fué á recibir en Roma los honores del triunfo.

4. Sumisión de la Insubria (223-222). — Los anamanos, lingones y boyos se sometieron; los insubrios solos continuaron defendiéndose. Entonces las banderas de la república pasaron el Po á las órdenes de los cónsules L. Furio y C. Flaminio, y los romanos, de concierto con los cenomanos traidores á su nación, asolaron todas las ciudades de la Insubria y degollaron á sus habitantes. Esa crueldad pérfida indignó á todos los pueblos de la comarca. Los jefes declararon que la patria estaba en peligro, y se fueron con mucha pompa al templo de la diosa de los combates, para desplegar en él las banderas consagradas que reservaban para las grandes calamidades y que por ese motivo se llamaban los *inmobles*. Así que los inmuebles flotaron en el aire, la población se levantó en masa, y Flaminio tuvo que combatir un ejército inmenso. El senado, que no amaba á ese cónsul, hizo publicar que los augurios no eran favorables, y le envió la orden de volver á Roma sin arriesgar la batalla. Sospechando Flaminio lo que se había tramado contra él, empenó la acción antes de abrir los despachos, y se presentó al pueblo con una gran victoria para justificarse (223).

El cónsul Marcelo, su sucesor, era un guerrero valiente. Mató en combate singular á Virдумar, rey de los gesates, y consagró á Júpiter Feretriono los terceros despojos ópimos desde Rómulo. Esa brillante acción inflamó el valor de sus soldados, quienes derrotaron á los insubrios y tomaron á Milán, su capital. El senado y el pueblo lo honraron á su vuelta con el más hermoso triunfo que jamás se había visto en Roma.

« El cortejo salió del campo de Marte, dirigiéndose por el camino de los triunfos y por las principales plazas para ir al Capitolio : las calles que debía atravesar estaban cubiertas de flores, el incienso ardía por todas partes; abría la marcha una compañía de músicos que cantaban himnos guerreros y tocaban toda clase de instrumentos..... Pero lo que hubo más lúgubre y nuevo, dice Plutarco, fué ver al cónsul llevando él mismo la armadura de Virдумar, porque había hecho labrar de intento un gran tronco de encina, en cuyo rededor había ajustado el casco, la coraza y túnica del rey bárbaro. Así que el carro triunfal comenzó á volver del Foro hacia el Capitolio, Marcelo hizo una seña, y lo más selecto de los cautivos galos fué conducido á la cárcel, donde los verdugos se hallaban apostados y con las hachas preparadas; después el cortejo, según la costumbre, fué á esperar al Capitolio, en el templo de Júpiter, que un lictor trajese la noticia de que los bárbaros habían cesado de vivir. Entonces Marcelo entonó el himno de acción de gracias, y se concluyó el sacrificio (1). »

5. Conquista de la Istria (221). — Después se emprendió la conquista de la Istria, que se encuentra entre la Galia cisalpina y la Iliria, y cuya posesión debía hacer á los romanos dueños de una de las puertas de Italia. Los istriios, recorriendo los mares y cometiendo en ellos mil robos, se habían apoderado de al-

(1) Amadeo Thierry, *Historia de los galos*, t. 1, pág. 255 y siguientes.

gunos buques cargados de trigo pertenecientes á la república. Los nuevos cónsules Pub. Cornelio y M. Rufo los sometieron por grado ó por fuerza; pero no se concedió á aquellos generales los honores del triunfo, porque su victoria había costado demasiada sangre á los romanos.

CUESTIONARIO.

- | | |
|---|---|
| <p>1. ¿Qué conquistas hicieron los romanos en el intervalo que transcurrió entre la primera y la segunda guerra púnica? ¿Cuánto tiempo tardaron en conquistar la Córcega? ¿Con qué motivo atacaron á los ilirios? ¿De qué ciudades se apoderaron los generales romanos en esa expedición? ¿Cuáles fueron las primeras relaciones de los romanos con Grecia?</p> | <p>esa coalición? ¿Por qué medio se procuró evitar la desdicha de una invasión?</p> |
| <p>2. ¿Qué ocurría entonces en la Galia cisalpina? ¿Por qué quisieron los romanos fundar en ese país nuevas colonias? ¿Qué liga formaron los boyos? ¿Qué efecto produjo en Roma</p> | <p>3. ¿Qué leva ordenó la república? ¿Dónde fueron vencidos los galos?</p> |
| <p>3. ¿Qué país conquistaron después los romanos? ¿Cuál era el carácter de los istrios? ¿Por quién fueron sometidos? ¿Por qué se negó el triunfo á los vencedores?</p> | <p>4. ¿Qué pueblos se sometieron después de esa derrota? ¿Cuál resistió? ¿Cuál fué el último esfuerzo de los galos? ¿Por quién fueron vencidos? Refiera V. el triunfo de Marcelo.</p> |

§ IV. — *Historia de Cartago durante el tiempo que transcurrió entre la primera guerra púnica y la segunda (241-218).*

1. Guerra de los mercenarios contra Cartago (241-238). — Mientras que los romanos hacían conquistas, Cartago se veía expuesta á graves peligros. Habiendo renunciado Amílcar el mando, su sucesor Giscón despidió de Sicilia á África las tropas no pagadas, y las hizo pasar por destacamentos al continente para dejar á la república tiempo suficiente para arreglar sus cuentas y licenciarlas. Desgraciadamente el gobierno de Cartago estaba entonces en manos de negociantes y asentistas. Esos hombres de negocio se pusieron á regatear con aquellos mercenarios, y dejaron llegar á Cartago todo el ejército de Sicilia, sin haberse libertado de una sola de esas bandas, sedientas de oro y de goces.

Como ese vil conjunto de todas las naciones principiaba á proferir amenazas é imprecaciones, los cartagineses encargaron á sus jefes que los condujesen á Sicca. Allí se exasperaron los espíritus. Se pusieron á calcular lo que se les debía, exageraron la deuda, é hicieron oír gritos sediciosos. El tumulto fué mucho más horroroso cuando Hannón les dijo que la república no podía cumplir sus compromisos. En un momento se reunieron en número de más de veinte mil y marcharon contra Cartago. Los cartagineses asustados se echaron á sus pies, les enviaron víveres y les rogaron que pidiesen todo cuanto quisieran. Al ver tanta debilidad, sus exigencias no tuvieron límites. Después del pago de su sueldo querían que se les indemnizasen por sus caballos, que se evaluasen los víveres que se les debían al precio á que se habían vendido durante la guerra, y otras mil condiciones que desesperaron á los avarientos cartagineses.

Éstos les enviaron uno de sus antiguos generales, Giscón que tenía su estima y su confianza. Este nuevo negociador propuso arreglar el sueldo de todos los soldados por naciones. Su proposición iba á ser aceptada, cuando de repente algunos de ellos, más indomables, alborotaron todos los espíritus, haciendo sospechosas las intenciones de Giscón. Se levantó desorden atroz: Giscón y los cartagineses fueron cargados de cadenas, y robado todo el oro que habían traído con ellos. Los africanos se reunieron en seguida á los rebeldes; en todas partes pasaron á cuchillo las guarniciones cartaginesas, y la misma Cartago se vió sitiada. En ese terrible apuro fué preciso recurrir al genio del gran Amílcar.

Ese hábil general ganó á los númidas, y se esforzó en sembrar la discordia entre los revoltosos, apurándolos por el hambre y recibiendo con bondad á los desertores. Los combatió después con tanta violencia que esa guerra ha sido llamada *la guerra inexpiable*. Una parte de esos desgraciados mercenarios, rechaza-

dos á las montañas, fué encerrada por Amílcar en el desfiladero de la Hacha, donde se vieron reducidos á la terrible extremidad de comerse unos á otros. La otra parte fué exterminada en una gran batalla. Habiendo Amílcar hecho prisionero á Mathos, su general, lo entregó como juguete al cobarde populacho de Cartago, quien se vengó en él de todos sus sobresaltos.

2. Los cartagineses en España (237-221). — Después de libertar á su patria de esos furiosos bandidos, Amílcar tomó de nuevo las armas y conquistó la Numidia y la Mauritania, de donde pasó á España, diciendo adiós sin sentimiento á su ingrato país. Sometió toda la costa de la península hispánica, y pereció víctima de una estratagema que imaginaron los indígenas para dar fin á sus hazañas. Echaron contra su ejército, en cuyas filas sembraron el desorden, unos buyes enfurecidos que arrastraban carros inflamados. Fué muerto Amílcar en medio de la derrota que sufrieron sus tropas (228).

Se le dió por sucesor á su yerno Asdrúbal, que era hombre de carácter insinuante y de habilidad maravillosa. Se atrajo los pequeños príncipes de la comarca, y los romanos se asustaron tanto con los éxitos de su política, que se apresuraron á concluir con él un tratado que daba como límite á su dominación las riberas del Ebro (229). Asdrúbal, para asegurar sus conquistas, fundó sobre la costa oriental de la Península una nueva Cartago, la opulenta Cartagena. Esta ciudad, construída á orillas del Mediterráneo, enfrente del África, delante de un puerto inmenso, y al lado de las minas de plata más abundantes, vino á ser en poco tiempo muy rica é importante. En el pensamiento de Asdrúbal era acaso la capital del futuro reino que ideaba, mas murió antes de hacer conocer sus proyectos. Un bárbaro, furioso porque había condenado á muerte á su amo, lo asesinó en medio de sus guardias (221).

3. Anibal y la toma de Sagunto (221-219). — Después de la muerte de Asdrúbal, el ejército dió el mando al joven Anibal, en el cual los soldados viejos creían volver á ver la viva imagen de su padre Amílcar. Tenía el mismo fuego en los ojos, el mismo vigor, el mismo ademán y las mismas facciones. Pero no tenía más virtud que las virtudes guerreras. No era posible pedir humanidad, religión, moralidad, ni buena fe á un hombre que había crecido en un campamento donde no se conocía ni dios, ni culto, ni juramento. Su padre Amílcar lo había educado odiando el nombre romano. Apenas tenía nueve años, cuando le hizo jurar, sobre el altar, que sería eternamente enemigo de Roma. Ese fué acaso el único juramento que observó religiosamente.

Así es que cuando la muerte de Asdrúbal lo puso á la cabeza del ejército, se apresuró á hacerse dueño del interior de España como lo era de las costas, y sitió á Sagunto, aliada de los romanos. Ese sitio fué terrible. Anibal empleó contro esta ciudad ciento cincuenta mil hombres, y tardó ocho meses en tomarla (219).

4. Los romanos declaran la guerra á los cartagineses. — Los romanos, durante ese sitio, enviaron á Anibal embajadores para intimarle que respetase los antiguos tratados. Ni aun se dignó recibirlos, y los mandó á Cartago. Los cartagineses rehusaron desaprobando lo que había hecho Anibal. Roma, después de la toma de Sagunto, se apresuró á levantar algunos ejércitos y amenazó á los cartagineses con declararles la guerra si rehusaban darle satisfacción. Fabio, jefe de la embajada, levantando una punta de su toga : « *Os traigo aquí,* dijo á las cartagineses, *la paz y la guerra : elegid.* » Al momento exclamaron con no menos orgullo : « *Elige tu mismo.* » Entonces Fabio replicó dejando caer su toga : « *Os doy la guerra.* — *Y bien,* le respondieron inmediatamente, *la aceptamos, y como la hemos aceptado, sabremos sostenerla.* » La segunda guerra púnica iba á principiar.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué peligro corrió Cartago después de la primera guerra púnica? ¿Qué falta cometieron los cartagineses con sus mercenarios? ¿Qué hizo esa hez de todas las naciones? ¿Cómo trataron á Giscón? ¿Quién salvó á Cartago? ¿Qué medio empleó Amilcar para libertarla?
2. ¿Qué conquistas hizo en segunda Cartago? ¿De qué países se apoderó Amilcar? ¿Quién fué su sucesor? ¿Qué ciudad edificó? ¿Con qué fin? ¿Por
- quién fué muerto Asdrúbal?
3. ¿Á quién pasó el mando después de la muerte de Asdrúbal? ¿Cuál era el carácter de Anibal? ¿Qué ciudad le resistió enérgicamente en España?
4. ¿Cómo trató á los embajadores que los romanos le enviaron durante el sitio de Sagunto? ¿Á dónde los mandó? ¿Qué dijo Fabio á los cartagineses? ¿Cómo fué declarada la guerra?

CAPÍTULO IX.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA. VICTORIAS DE ANÍBAL
(218-216) (1).

Resumen. — Al empezar la historia de esta gran guerra, dice Tito Livio que no ha habido otra tan memorable, porque nunca se vieron cara á cara ciudades más poderosas, y más belicosas naciones. Roma y Cartago desplegaron en esta nueva lucha toda la experiencia que en el arte militar les había dado la primera guerra púnica. Así es que el recuerdo de esa terrible guerra vive en todas las imaginaciones. No hay nadie que no haya estudiado con deleite la célebre expedición de Anibal contra Roma, los esfuerzos sublimes de un hombre grande contra un gran pueblo. Pues por una parte, según lo ha dicho Montesquieu, cuando se examinan atentamente los obstáculos innumerables que se presentaron ante Anibal y que ese hombre extraordinario venció, se ven desarrollarse las más magníficas hazañas que nos ha legado la antigüedad. Así, ¿qué cosa más hermosa que pasar el Ebro, atravesar los Pirineos, evitar los ejércitos romanos y galos, pasar el Ródano, vencer todas las dificultades que entonces presentaban los Alpes, obligar á los galos á unir-

(1) AUTORES PARA CONSULTA : Polibio; su relato termina en la batalla de Cannas. Para los sucesos posteriores no se poseen sino fragmentos; Titio-Livio, l. XXI-XXX; Apio ó Apiano, que tomó por guía y modelo á Polibio, ha descrito esas guerras; Plutarco, *Vidas de Fabio Máximo y de Marcelo*. Entre los modernos, Duruy, Michelet, Dumont, etc.

sele gracias á sus victorias sobre el Tesino y el Trebia, escapar á las acechanzas de tan peligrosos aliados, vencer de nuevo á los romanos junto al lago Trasimeno y reducirlos á la última extremidad por la batalla de Cannas? Por otra parte, hay que confesarlo, Roma asombra y encanta por la constancia de su carácter y la fuerza prodigiosa de sus instituciones. Heroica en los grandes reveses, cuando la fortuna la abandona, sus valerosos esfuerzos, su tenaz perseverancia hacen presentir que en esa gran lucha le está reservado el triunfo final.

1. Marcha de Anibal (218). — Anibal, después de haber enviado emisarios á la Galia cisalpina para hacer alianza con los boyos y los insubrios, y haberse asegurado en la Transalpina un paso hasta los Alpes, atravesó el Ebro, y llegó á la cumbre de los Pirineos, á pesar de los pueblos ibéricos que no cesaron de atacarlo durante su marcha. Cuando las tribus del mediodía de la Galia vieron á este terrible ejército descender la vertiente septentrional de los Pirineos, el temor y la desconfianza los amedrentaron. Querían resistir, pero la liberalidad de Anibal las apaciguó, y los cartagineses llegaron á orillas del Ródano sin encontrar ningún obstáculo. Los volscuos les disputaron el paso de ese gran río, y se trabó un terrible combate. Mas el astuto cartaginés tuvo la destreza de envolver el ejército enemigo, y obligó á aquellas tribus á dispersarse en los pueblos vecinos, después de haber sufrido grandes pérdidas.

2. Paso de los Alpes. — Un ejército romano bajo las órdenes de Corn. Escipión esperaba á los cartagineses cerca de Marsella. Anibal lo evitó, subió la orilla derecha del Ródano, y llegó á la confluencia de este río y del Isere, después de cuatro días de marcha. En ese estrecho cantón fué elegido árbitro por dos hermanos que se disputaban la soberanía. Se declaró en favor del mayor, y recibió de él víveres y trajes para sus soldados, quienes principiaban á tener gran necesidad de ellos. Siguiendo los consejos de ese nuevo aliado, volvió á bajar hacia el mediodía, pasó el Du-

ranzo, y subió este torrente hasta el pie de los Alpes.

Eso sucedía en los últimos días del mes de Octubre. Al aspecto de esas terribles montañas, todas cubiertas de nieve y de hielo, y pobladas de hombres medio salvajes, faltó el ánimo á sus soldados. Aníbal para reanimarlos, les preguntó si tenían á la vista los diputados de los boyos; si pensaban que hubieran pasado esas montañas volando por el aire como los pájaros, y si los vencedores de Sagunto no tendrían valor para hacer lo que habían hecho los galos. Estas palabras los electrizaron; pero apenas comenzaron á trepar las primeras eminencias, apercibieron á los montañeses de pie sobre las rocas y prontos á destruirlos. Era preciso, pues, luchar á la vez contra el enemigo y contra las dificultades del camino. Los caballos se encabritaban, los hombres resbalaban; todos chocaban y se arrastraban tras sí unos á otros en los precipicios. En fin, después de nueve días de fatigas increíbles, el ejército llegó á la cumbre de los Alpes. En ella descansó dos días. Aníbal, para consolar á sus soldados extenuados, les mostraba desde aquellas alturas los magníficos valles del Po y de los Alpes, y á lo lejos el sitio en que debía estar Roma, que era la presa que les había prometido.

La bajada presentó también inmensas dificultades. « El reverso itálico de los Alpes se encontró mucho más pendiente y corto que el otro. No eran sino tramos estrechos y resbaladizos que apenas se atrevían á bajar, andando á tientas con los pies y agarrándose á las malezas. De repente se encontraron detenidos por un hundimiento de tierra que había formado un precipicio de mil pies. No había medio de avanzar ni de volver atrás; había caído nieve sobre la del invierno anterior. La primera, pisada por tantos hombres, se deshacía sobre la otra formando escarcha; los hombres no podían sostenerse, las bestias de carga rompían el hielo y quedaban presas como en un lazo. Preciso fué

abrir un camino en la roca viva, empleando el hierro y el fuego (1). »

3. Batalla del Tesino. — El ejército, al llegar á la Galia cisalpina, sobre el territorio de los taurinos, estaba reducido á veinte y seis mil hombres: doce mil infantes africanos, ocho mil españoles y seis mil caballos númeridas. Aníbal había contado con la defeción de los galos. Mas después de las promesas que habían hecho á sus emisarios, su posición había cambiado. Se habían librado del yugo de los romanos por la derrota de Manlio en la selva de Mutina, y estaban poco dispuestos á comprometer su independencia pasando bajo un estandarte extranjero. Aníbal, con el objeto de sacarlos de su apatía, atacó bruscamente á los taurinos, castigó severamente á Taurino (Turín), su capital, y marchó después contra los insubrios. A pesar de todos esos ataques, ninguna tribu se movía.

En esas circunstancias, el ejército romano mandado por Corn. Escipión llegó cerca del Tesino. Había dejado la Galia transalpina para ir á atacar á Aníbal á la bajada de los Alpes. Comprendiendo el general cartaginés que el éxito de esta primera acción tendría gran influencia sobre el espíritu de los galos, arengó á sus soldados. les recordó la tiranía de Roma, y les mostró la Italia como la recompensa de su victoria. La caballería sola se batió. Los soldados de caballería romanos no pudieron resistir á esos feroces númeridas, cuyos caballos, rápidos como el rayo, no llevaban silla ni freno. El cónsul fué herido y derribado á tierra, mas el valor de su hijo le salvó la vida.

4. Batalla de Trebia (218). — Los insubrios, inmediatamente después de esa victoria, se apresuraron á dirigir sus felicitaciones á Aníbal y á ofrecerle tropas y víveres. Dos mil infantes y trescientos caballos abandonaron el campo romano para ponerse bajo sus tiendas de campaña. Los boyos hicieron también su

(1) Michelet.

sumisión. Habiendo querido los anamanos guardar la neutralidad, asoló todo el país que se extiende entre el el Po y el Trebia. Escipión permanecía tranquilo expectador de todos esos desastres; mas su colega Sempromio creyó que había de vengar á los fieles aliados de los romanos. Pasó, pues, el Trebia con un ejército de treinta y ocho mil hombres y cayó en el lazo que Aníbal le tendió. Treinta mil romanos quedaron en el campo de batalla, y Aníbal sólo perdió cuatro mil galos auxiliares. Los cisalpinos tuvieron casi todo el honor de esa gran jornada.

Desde entonces todos los galos se unieron á Aníbal, y sus fuerzas asciendieron en algunos días á noventa mil hombres. Los nuevos aliados hubieran querido marchar inmediatamente sobre Roma, ó á lo menos vivir del pillaje en las ricas llanuras de la Etruria y de la Umbría. Á sus instancias Aníbal tomó el camino del país de los etruscos; mas unos de esos fríos huracanes que se levantan durante el invierno en los Apeninos lo obligó á volver atrás. Los galos creyeron que era una traición, y que quería dominar sobre su país. Tramaron su pérdida, y para trastornar sus maquinaciones, todos los días cambiaba de traje y de tocado, mostrándose tan pronto bajo la figura de un joven, tan pronto bajo la de un viejo. Esos groseros disfraces contuvieron á sus enemigos, y los imprimieron una especie de terror supersticioso.

5. Batalla de Trasimeno (217). — Al fin del invierno pasó el Apenino, y se dirigió hacia Arécio por el camino más corto. Este camino atravesaba desgraciadamente pantanos que lo hacían impracticable. El ejército permaneció durante cuatro días y tres noches metido en el agua y el barro, sin descansar ni dormir. Aníbal, montado sobre el último elefante que le quedaba, perdió un ojo por las fatigas de las vigiliás y la humedad de las noches. Durante ese tiempo Roma estaba consternada. Prodigios siniestros habían esparcido el espanto por todas partes. Se decía que algunas

adargas habían sudado sangre, que en los alrededores de Ancio habían cortado espigas ensangrentadas, y caído del cielo piedras ardientes. El caballo del cónsul Flaminio se había puesto á temblar cuando lo montó, echándolo después por tierra. Todos esos presagios que asustaban al pueblo no cambiaron ni un solo instante los designios del cónsul. Formó su ejército en batalla cerca del lago Trasimeno en la Toscana, y empeñó el combate. Fué tan violento el choque de los dos ejércitos, que no se apercibieron de un temblor de tierra que trastornó ciudades enteras y cambió el curso de muchos ríos. Flaminio quedó muerto en el campo de batalla con quince mil romanos; hubo otros tantos prisioneros. El pretor Pomponio comunicó al pueblo esa triste noticia sin rodeo ni disfraz. « Hemos sido vencidos, dijo, en un gran combate; el ejército ha sido derrotado completamente; Flaminio ha muerto. Deliberad acerca de lo que exigen la conservación de Roma y la vuestra. »

6. Dictadura de Fabio. — Esa noticia, dice Plutarco, cayendo en medio de la multitud como un viento impetuoso sobre un vasto mar, amedrentó á Roma. Recurrieron á la dictadura, y confiaron ese empleo á Fabio Máximo, quien eligió por general de caballería á Lucio Minucio. Principió por apaciguar á los dioses irritados poniendo sus estatuas ante un banquete solemne (*lectisternium*), prometiéndoles una primavera sagrada (*ver sacrum*) (1) y una celebración pomposa de los juegos escénicos. Cuando hubo tranquilizado de ese modo al pueblo, marchó contra Aníbal, quien se había retirado á Piceno; y adoptó un plan de campaña que hizo que lo llamasen el *contemporizador*. Solamente acampaba en las alturas, hostigaba el enemigo en sus marchas, deseansaba siempre que Aníbal permanecía en su campo, evitaba toda acción general, y pretendía vencer á los enemigos dejándolos

(1) Era una ofrenda de todo el ganado que había nacido desde el 1.º de Marzo hasta el 1.º de Mayo.

debilitarse y extinguirse por sí solos, como llama que carece de alimento.

Mas el ejército romano, que veía todos los días devastar las tierras de sus aliados y oía las quejas y clamores de esos desgraciados, no podía comprender lentitud tan fría. Se oyeron pues sordos murmullos y palabras violentas de indignación. Los soldados preguntaban á los amigos de Fabio si el dictador iría en breve á perder su ejército en el cielo ú ocultarlo en las nubes. Cuando vieron que Anibal no talaba sus tierras, sospecharon que hacía traición después de haberlo acusado de cobardía. Las burlas y sospechas aumentaron así que Anibal, encerrado en un valle, para salir de este mal paso, no tuvo necesidad sino de asustar á las guardias romanas lanzando contra ellas bueyes que llevaban en sus cuernos faginas encendidas. El pueblo tomó parte en el desprecio de los soldados, y no temió ultrajar á Fabio, igualando á él á su teniente Minucio.

Este, orgulloso con aquella distinción inaudita hasta entonces, se apresuró á justificar por alguna acción esclarecida todos los discursos arrogantes que desde mucho tiempo atrás hacía resonar en los oídos de los soldados. Anibal lo atrajo á una emboscada, y todo su ejército iba á perecer, cuando Fabio fué á su socorro : « Es un hombre valiente, dijo, que ama á su patria : socorrámoslo. Si ha faltado por apresurarse demasiado á arrojar al enemigo, lo corregiremos más tarde. » Anibal se vió precisado á retirarse delante de los dos ejércitos reunidos. El cartaginés dijo entonces sonriendo á sus amigos : « Bien sabía yo que esa nube que estaba en las montañas se abriría un día, y haría caer sobre nosotros una violenta borrasca. »

7. Batalla de Cannas (216). — Esta bella acción restableció el crédito de Fabio. Minucio lo llamó su padre, y la patria lo saludó como su salvador. Habiendo renunciado poco después su encargo, se crearon dos cónsules, quienes siguieron el mismo plan que

Fabio. Pero el pueblo, cansado de ver la Italia asolada por los enemigos, honró con el consulado á Terencio Varrón, cuya conducta y carácter han sido criticados quizás con demasiada severidad por Tito Livio. Era hijo de un carnicero, y su educación se había limitado á cortar y llevar á cuestras la carne. Sus talentos solos lo elevaron sucesivamente á los empleos de questor, de edil y de pretor. El pueblo lo eligió cónsul, porque en él encontraba todas sus ideas y sentimientos. Se apresuró, pues, á justificar la confianza de la multitud yendo á atacar á Aníbal á las orillas del río Aufide, en las vastas llanuras de Cannas, en Apulia.

Lo han acusado de ser presuntuoso; más infeliz fué aún. Viéndose á la cabeza de un ejército casi doble del de Aníbal, ¿no estaba el honor nacional comprometido en que empeñase el combate y pusiese término á todos los males que pesaban sobre los aliados de la república? La gran desgracia fué que el patricio Paulo Emilio, su colega, tenía las mismas opiniones y designios que el *contemporizador*. Esa división perdió al ejército. Las tardanzas de Paulo Emilio excitaron el humor impetuoso y ardiente de Varrón, que fué víctima de las estratagemas de Aníbal. El hábil cartaginés tuvo la maña de ponerse al abrigo de un viento impetuoso y abrasador que, levantando el polvo del campo, cegaba á los romanos. Aquello fué menos un combate que una escena de exterminio. Paulo Emilio quedó en el campo de batalla con sus dos questores, ochenta senadores, algunos consulares, veintitún tribunos legionarios y multitud de caballeros.

8. Firmeza de Roma. — No se puede admirar lo bastante, dice Plutarco, la magnanimidad y dulzura de los romanos en la conducta que observaron con respecto á Varrón. Cuando este cónsul volvió á Roma, confuso y abatido, después de la derrota más humillante y desastrosa que se hubiera experimentado aún, el senado y el pueblo fueron á recibirlo á las puertas de la ciudad; y luego que hubo silencio, los magis-

trados y principales senadores, entre los cuales se hallaba Fabio, lo alabaron por no haber desesperado de la república en calamidad tan grande, y por haber vuelto á ponerse al frente de los negocios para ejecutar las leyes y gobernar á los ciudadanos que no creía perdidos absolutamente (1). La conducta de los romanos en estas peligrosas circunstancias, fué digna de las mayores alabanzas; todos llevaron al tesoro público una parte de su dinero, y como hasta los mismos esclavos tomaron las armas, la ciudad se encontró en estado de sostener un sitio.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|---|
| <p>1. ¿Qué medidas tomó Anibal antes de atravesar el Ebro? ¿Qué impresión hizo sobre los galos la llegada de Anibal? ¿Qué pueblo le disputó el paso del Ródano?</p> <p>2. ¿Qué camino siguió Anibal? ¿En qué época del año atravesó los Alpes? ¿Cómo electrizó el espíritu de sus tropas? ¿Cuáles fueron las principales dificultades que tuvieron que vencer?</p> <p>3. ¿Cuáles eran las fuerzas de Anibal al entrar en la Galia cisalpina? ¿Qué hizo para vencer la indiferencia de las tribus galas? ¿Cuál fué la primera victoria que obtuvo sobre los romanos?</p> <p>4. ¿Qué consecuencias tuvo ese primer triunfo? ¿Dónde deshizo Anibal por segunda vez á los romanos? ¿Qué hicieron</p> | <p>los galos? ¿Cómo escapó Anibal á sus asechanzas?</p> <p>5. ¿Qué dificultades encontró allende el Apenino? ¿En qué estado se hallaban en Roma los ánimos? ¿Dónde deshizo á los romanos por tercera vez?</p> <p>6. ¿Qué impresión produjo en Roma la noticia de esa derrota? ¿A quién fué confiado el mando del ejército romano? ¿Cuál era el carácter de Fabio? ¿Qué táctica adoptó?</p> <p>7. Por qué nombró el pueblo romano á Varrón en lugar suyo? ¿Cuál era el carácter de ese cónsul? ¿Cómo fué vencido en Caunas?</p> <p>8. ¿Cuál fué la constancia de los romanos? ¿Qué pruebas de abnegación dieron en esas graves circunstancias?</p> |
|--|---|

CAPÍTULO X.

CONTINUACIÓN DE LA GUERRA EN ITALIA, EN SICILIA, EN ESPAÑA Y EN ÁFRICA. ESCIPIÓN. BATALLA DE ZAMA (216-201).

Resumen. — En este segundo período de la segunda guerra

(1) Plutarco, trad. de Ricard.

púnica se eclipsa la fortuna de Cartago. Después de multitud de combates, en que alternaron los triunfos y los reveses, esa república, más mercantil que guerrera, es vencida en las llanuras de Zama y se ve obligada á aceptar las condiciones que le dicta su vencedor. La muerte de Asdrúbal nos parece ser el acontecimiento importante que podía dividir este segundo período.

I. Después de la batalla de Cannas aconsejaron á Aníbal que marchase sobre Roma, pero aquél se sentía demasiado débil para emprender sitio semejante. Mandó á pedir nuevas tropas á Cartago y se retiró á Capua, desde cuyo punto su política activa suscitó por todas partes enemigos á los romanos. Desgraciadamente estos aliados procedieron sin concierto y se dejaron anonadar todos por sus terribles adversarios. El rey de Macedonia fué víctima de su imprudencia; la Sicilia se defendió con valor, pero sucumbió ante la espada de Marcelo. En España compensaron esos reveses grandes triunfos, y Aníbal se atrevió hasta á atacar á Roma, amenazándola con un sitio. Sin embargo, la pérdida de Capua y de Tarento afligió profundamente al ilustre general, y en el momento mismo en que esperaba ver unirsele su hermano con otro ejército, supo que habia sido derrotado y muerto á orillas del Metauro (207).

II. Á partir de ese instante, los asuntos de Cartago caen en la más espantosa decadencia. Publio Escipión se hace dar el mando en España, se apodera de Cartagena, repara las pérdidas sufridas por su padre y su tío, y se hace dueño de casi toda la península. A pesar de los consejos de Fabio, transporta al Africa et teatro de la guerra, donde obtiene triunfos más brillantes todavía. Cartago tiembla y llama en su auxilio á Aníbal, que abandona la Italia llorando de rabia. El genio de ese hombre lucha contra el de Escipión en las llanuras de Zama. Pero esta vez le es infiel la fortuna, y se ve obligado á decir con su propia lengua á sus compatriotas que lo mejor que pueden hacer es aceptar las condiciones que les dicte el vencedor.

§ 1. — *Desde la batalla de Cannas hasta la muerte de Asdrúbal. Guerras en Italia, Sicilia y España (216-207).*

1. Estado de las fuerzas de Aníbal después de la batalla de Cannas. — « Déjame tomar la delantera con mi caballería, decía á Aníbal el impetuoso Maharbal el día siguiente de la batalla de Cannas, y de aquí á cinco días cenarás en el Capitolio. » Se ha repetido muchas veces, según Tito Livio, que Aníbal no

supo aprovecharse de la victoria, mas no se ha comprendido cuán debilitado había sido este ilustre general por todas sus victorias. Sólo le quedaban veinte y seis mil hombres, y Cannas estaba á ochenta y ocho leguas de Roma. Los samnitas, los lucanios, los brucios y los griegos se declararon, es verdad, sus aliados, mas bajo la condición de no derramar á torrentes por Cartago la sangre que habían prodigado en favor de Roma. Por otra parte, los reveses que experimentó, inmediatamente después de la gran victoria, delante de la ciudad de Nápoles y bajo los muros de Nola, prueban que hubiera fracasado infaliblemente al pie del Capitolio.

2. Embajada de Magón á Cartago. — Aníbal, sintiendo su debilidad, volvió sus ojos hacia Cartago. Envió allí á su hermano Magón, quien esparció en medio del senado un celemín de anillos de oro cogidos á los caballeros romanos muertos en el campo de batalla. Al verlos el jefe del partido opuesto á los Barcas, dijo con irónica desconfianza: « Si Aníbal es vencedor, no necesita socorro; si es vencido, nos engaña y no los merece. » El pueblo de Cartago también temía los triunfos de Aníbal, porque recelaba que después de haber vencido á Roma esclavizara su patria. No obstante, la facción barcina consiguió lo que deseaba, y se decidió que se enviarían á Italia dinero, cuatro mil númidas y cuarenta elefantes.

3. Aníbal en Capua. — Mientras llegaba ese socorro, Aníbal fué á tomar cuarteles de invierno en Capua, y permitió que su ejército descansase de sus fatigas en el seno de las delicias de esa ciudad opulenta. Se ha repetido muchas veces, siguiendo á Tito Livio, que los goces afeminados de Capua y de la Campania enervaron el valor de Aníbal y de su ejército. El heroísmo de sus valientes veteranos, que volveremos á encontrar en Zama, su actividad personal, que durante diez y seis años tuvo en alarma á todos los cónsules, y su política sagaz, que desde el centro de

la misma Capua removi6 todo el universo, hé ahí otros tantos hechos que protestan contra aquellas declamaciones. Su descanso fué sólo aparente; pues mientras invernaba en Capua, excitaba sublevaciones en Cerdeña, atraía á su alianza á los siracusanos, hacía prometer á Filipo de Macedonia que le enviaría á Italia doscientos navíos, y llamaba del interior de España á su hermano Asdrúbal. Desgraciadamente esta cuádruple guerra, que revela todo su genio, fracasó por falta de unidad.

4. Guerra en Italia (213-211). — Entregado Aníbal á sus solas fuerzas, ya no pudo ejecutar en Italia ninguna grande empresa. Todos sus esfuerzos se limitaron á sitiar ciudades á combates parciales y á estratagemas que hicieron conocer toda la fecundidad de sus recursos, pero no hizo nada que fuese digno de su primera fortuna. Marcelo y Fabio, después de diversos combates, lo obligaron á salir de la Campania, y á huir hacia el mar superior hasta Arpi (213). Pasó todo el invierno alrededor de esa pequeña plaza, aguerrió sus tropas por medio de frecuentes escaramuzas, y volvió á entrar audazmente en la Campania para socorrer á Capua, investida entonces por dos ejércitos consulares. Intentó sin éxito sorprender á Nápoles, Puzzola, Nola y Tarento, y con un puñado de soldados tuvo en alerta en el centro de Italia á catorce legiones, dando de ese modo á sus aliados tiempo para atacar al enemigo.

Pero ninguno de ellos supo aprovecharse de eso. Habiéndose embarcado Filipo III, rey de Macedonia, ocupó Orica en las costas de Epiro, perdió tiempo en sitiar á Apolonia, y así permitió que los romanos armasen contra él una flota de ciento veinte galeras. Al frente de fuerzas tan imponentes, no tomó ninguna de aquellas precauciones que prescribía la prudencia. Fué sorprendido por el general romano Valerio, quien encerró su escuadra en el río de Aous, la quemó, y lo obligó á retirarse á Macedonia. El c6nsul victorioso

sublevó contra él, por medio de sus emisarios, á los ilirios, atenienses é italianos, y le hizo aceptar (203) un tratado de paz que preparaba la ruina de Macedonia y de Grecia, proporcionando á los romanos entrada en esos reinos.

5. Guerra en Sicilia y en España. — También la Sicilia se había declarado en favor de los cartagineses; mas á la muerte de Hierón la guerra civil estalló en todas partes. Jerónimo, gran tirano de Siracusa, fué condenado á muerte. En fin habiendo prevalecido el partido de los cartagineses, Roma encargó al cónsul Marcelo que atacase á los siracusanos y sitiase su ciudad. El ingenio de Arquímedes la defendió por espacio de dos años. Sus máquinas desconcertaron todos los esfuerzos de los sitiadores, y los llenaron de supersticioso terror. Destruía la flota romana arrojando sobre ella piedras que pesaban seiscientas libras, ó bien la quemaba reflejando sobre sus buques la luz y el calor por medio de espejos ustorios. Cuando los soldados apercebían un nuevo objeto sobre las murallas, huían, exclamando que era aún una invención de Arquímedes. Sin embargo, la constancia romana sorprendió la ciudad en el alborozo de una fiesta. Arquímedes estaba tan preocupado con la solución de un nuevo problema, que no oyó ni el ruido de la ciudad que sucumbía, ni la palabra del soldado que le ordenaba que lo siguiese para ir al encuentro á Marcelo. El romano, tomando su silencio por una prueba de desdén, sacó su espada y lo mató. La figura de la esfera y del cilindro grabada sobre una pequeña columna, tales fueron el monumento fúnebre y el epitafio de ese grande hombre.

Esa victoria devolvió la Sicilia á los romanos, mas en España sufrieron grandes reveses. Después de haber desbaratado todos los proyectos de Magón y de Asdrúbal, consiguiendo sobre ellos cuatro victorias, habiendo los Escipiones excitado á Siphax, uno de los reyes de Numidia, para que se sublevase contra Cartago,

esa empresa sacó á los cartagineses de su apatía. Se asociaron á Masinisa, hijo de otro rey númida, batieron á Siphax, y enviaron un ejército á España. Los celtíberos y los suesetanos abandonaron al momento la alianza de los romanos para unirse á los cartagineses. Entonces los Escipiones, envueltos por fuerzas superiores á las suyas, sucumbieron uno después de otro con todos sus soldados. Era asunto concluído, la España estaba perdida enteramente para los romanos, si Escipión el joven, hijo de Cornelio, no hubiese ido al momento á las orillas del Ebro para tentar de nuevo allí fortuna en nombre de la república.

6. Anibal marcha contra Roma (211). — Al mismo tiempo Anibal concibió y ejecutó el más atrevido de los proyectos. Se creía que estaba abatido y trastornado, cuando de repente se levantó amenazador y terrible, sorprendió á Tarento, la segunda capital de la Italia meridional, sometió de nuevo todos los pueblos de la Lucania y del Brucio, dejó á los romanos alrededor de Capua, volvió á entrar en la Italia central y marchó contra Roma. Pensaba que Apio, asustado por ese ataque, levantaría el sitio de Capua, y esperaba que después de haber hecho temblar á los romanos en sus muros, encontraría á su cónsul en el camino y lo derrotaría. En efecto, permaneció cinco días en el campo romano, esparciendo en derredor suyo el terror y la devastación. Cuando creyó que Apio estaba en marcha, se apresuró á ir á su encuentro; pero la constancia romana desconcertó aún esta vez todos sus cálculos. Apio permaneció en sus atrincheramientos, y los romanos se vanagloriaron de haber puesto en almoneda pública el campo sobre el cual acampaba Anibal cerca de Roma, y de haberlo vendido sin que perdiese nada de su valor.

7. Reveses de Anibal (211-208). — Después de esa campaña, que ha admirado á todos los grandes capitanes, Anibal experimentó muchos reveses. Capua abandonada abrió sus puertas á los romanos. Acabó,

dice Michelet, como había vivido. Después de un banquete voluptuoso donde se sumergieron en las delicias que iban á dejar, los principales ciudadanos hicieron circular un licor que había de sustraerlos á la venganza de Roma.

Poco después, Fabio volvió á tomar á Tarento; pero manchó la victoria con sus crueldades. Treinta mil tarantinos fueron vendidos como esclavos. Las estratagemas de Aníbal lo indemnizaron de todas esas pérdidas, haciéndole obtener brillantes victorias sobre el cónsul Marcelo. Lo sorprendió en un reconocimiento, y lo hizo perecer con los principales oficiales de su ejército. *Bravo soldado*, dijo al ver su cadáver, *pero pobre capitán*. La posteridad ha ratificado ese juicio, á despecho de las adulaciones de Plutarco, quien llama á Marcelo *la espada de Roma*, y al Contemporizador Fabio *su escudo* (208).

8. Asdrúbal pasa á Italia (207). — Á pesar de esas ventajas, el grande hombre comprendía que le era imposible permanecer en Italia con las tropas que tenía. Deseaba ardientemente la llegada de su hermano Asdrúbal. Éste, de quien Polibio hace un gran capitán, había sido detenido hasta entonces en España por la espada victoriosa de Publ. Escipión. Pero después de esfuerzos heroicos, se escapó de las manos de su rival y tomó el camino de Italia que le había abierto doce años antes su hermano Aníbal. En dos meses pasó los Pirineos y los Alpes, y entró en la Cisalpina con cincuenta y dos mil combatientes. Roma hubiese sucumbido, si ese temible ejército se hubiera unido al que estaba en el mediodía de la Península; mas en lugar de marchar rápidamente hacia su hermano, Asdrúbal perdió el tiempo en el sitio de Placencia, y permitió así que los dos cónsules Liv. Salinador y Claudio Nerón reuniesen contra él sus ejércitos en las orillas del Metauro.

9. Batalla del Metauro (207). — Allí se trabó la batalla. Sabiendo Asdrúbal que los dos cónsules estaban reunidos, dedujo de ello que su hermano había

sido muerto, y pensó más bien en retirarse que en batirse. Su incertidumbre y abatimiento introdujeron el desorden entre sus soldados, los cuales, extenuados por el calor, la fatiga y el hambre, se dejaron derrotar. Según Tito Livio, cincuenta y cinco mil hombres quedaron en el campo de batalla con su general, y seis mil fueron hechos prisioneros. Al día siguiente de esa victoria, Nerón volvió al Brucio con más celeridad de la que empleó para salir de él. Hizo arrojar en el campo de Aníbal la cabeza de su hermano. A su vista el ilustre cartaginés se contentó con decir *que reconocia la fortuna de Cartago*. Se apresuró á levantar el campo y á reconcentrar todas sus fuerzas en el Brucio, al sur de Italia.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál fué la opinión de Maharbal después de la batalla de Cannas? ¿Se hallaba Aníbal realmente en estado de seguir ese consejo?
2. ¿Con qué objeto envió á Magón á Cartago? ¿Qué respuesta le dieron sus conciudadanos?
3. ¿A dónde se retiró Aníbal? ¿Tuvo Capua la nefasta influencia que se cree sobre él y sus tropas? ¿Qué hizo en su retirada?
4. ¿Qué carácter tomó la guerra en Italia? ¿Qué reveses sufrió Aníbal? ¿Cómo fué vencido el rey de Macedonia? ¿Qué tratado le impuso el cónsul?
5. ¿Qué ocurrió en Sicilia después de la muerte de Hierón?

- ¿Quién defendió á Siracusa? ¿Cómo murió Arquímedes? ¿Qué éxitos lograron los cartagineses en España?
6. ¿Con qué fin marchó Aníbal contra Roma? ¿Qué fué lo que hizo fracasar esa maniobra?
7. ¿De qué ciudades se apoderaron los romanos? ¿Sobre qué cónsul se desquitó Aníbal de sus reveses? ¿Qué opinaba acerca de Marcelo?
8. ¿Qué deseaba entonces Aníbal? ¿Quiénes impidieron á su hermano Asdrúbal que se le reuniese? ¿Qué camino siguió Asdrúbal? ¿Qué falta cometió?
9. ¿Dónde fué vencido? ¿Qué dijo Aníbal al ver la cabeza de su hermano? ¿Dónde concentró sus fuerzas?

§ II. — Desde la muerte de Asdrúbal hasta el fin de la segunda guerra púnica. Guerra en España y en el África (207-201). Escipión.

1. **Carácter de Publio Escipión.** — En el último período de la segunda guerra púnica todas las miradas se dirigieron sobre Publio Escipión. El reconocimiento del pueblo romano exaltó de tal modo á

ese héroe, que su vida ha venido á ser en manos de la fama una leyenda poética. Así es que se complacieron en rodear su nacimiento de maravillas que hicieron de él una especie de divinidad. Él mismo hablaba con gravedad de su origen celestial, y hacía creer á sus soldados que se decidía en todo según el consejo de los dioses. Á la edad de veinte y dos años se atrevió á pretender la dignidad de edil. Como los tribunos le ponían objeciones acerca de su juventud : *Tengo edad bastante*, respondió con orgullo, *si los romanos quieren elegirme*. Después de las últimas derrotas de su padre y de su tío en España, se atrevió á pedir el mando de esa provincia, y fué elegido á pesar de no tener más que veinte y cuatro años (211).

2. Sus hazañas en España (212-205). — Principió por uno golpe atrevido que le mereció la estimación y la confianza de todo el ejército. En lugar de perder sus fuerzas en multitud de combates parciales, salió de las orillas del Ebro sin decir á nadie adónde iba, y llegó bajo los muros de Cartagena, después de siete días de marcha. Predijo á sus soldados el día y la hora en que entraría en esa ciudad poderosa, y no faltó á su palabra. Su bondad para con los vencidos le atrajo de tal manera el corazón de los españoles, que se postraron delante de él y lo saludaron en su admiración con el título de rey. Después batió á los ejércitos que habían vencido y muerto á su padre y á su tío, y redujo las posesiones de los cartagineses en España á la sola ciudad de Cádiz. Después de todos esos triunfos volvió á Roma para pedir la dignidad de cónsul.

3. Oposición de Fabio contra Escipión (205). — Este grande hombre estaba persuadido de que para vencer á Aníbal y á Cartago, era preciso llevar la guerra al África. No cesaba de repetirlo, y sus discursos entusiasmaban al pueblo. El Contemporizador Fabio se mostró, como era natural, enemigo de ese atrevido proyecto. Sus palabras y diligencias ganaron todos los patricios á su opinión; mas el pueblo lo acusó

de celos, y dió al nuevo cónsul por departamento la provincia de Sicilia, con el derecho de pasar á África, si lo juzgaba ventajoso á la república.

Esa misma oposición persiguió á Escipión hasta en su provincia. Solamente le dieron treinta galeras, le rehusaron el dinero necesario para su empresa, y le prohibieron levantar tropas. Cuando se supo que los pueblos de la Etruria se habían alistado bajo sus banderas, y que infinidad de voluntarios aumentaban su ejército, se le acusó en pleno senado. « Había corrompido, se decía, la disciplina del ejército y enervado el valor de los soldados; tolerado las atroces crueldades del tirano Pleminio en Locres, y paseándose por el gimnasio con capote griego y sandalias, olvidando así á Aníbal y su ejército. » Una comisión fué enviada á Siracusa, para abrir una información acerca de todas esas acusaciones. Escipión, por toda respuesta, mostró á los enviados del senado su flota, sus inmensos almacenes, sus numerosos soldados, y dió en seguida la señal de la partida.

4. Paso de Escipión á África (204). — Fué dichosa la travesía. La flota romana llegó á África y desembarcó en el Bello Promontorio. Escipión inauguró su expedición por una alianza con Masinisa, rey de los númidas, y por el bloqueo de Útica. En breve tuvo que referir á los romanos las más brillantes hazañas. Habiendo reunido sus fuerzas Asdrúbal y Sifax, rival de Masinisa, pegó fuego á su campo que estaba hecho con chozas de junco y de paja, y quemó su ejército en una noche. Después de haber obtenido una nueva victoria en la jornada de las *Grandes Llanuras* (203), encargó á Masinisa que persiguiese á Sifax y conquistase toda la Numidia. Sifax cayó en poder de su rival, y Escipión pudo desde entonces contar con el apoyo de todo los númidas.

5. Llamamiento de Aníbal (202). — Para colmo de infortunio, los cartagineses supieron que Magón, que habían enviado á Italia para socorrer á Aníbal, se

dejó batir en el país de los insubrios. Desesperados por tantas derrotas, se decidieron á llamar á Aníbal. El enemigo irreconciliable de los romanos tembló al recibir esa noticia, con tanta indignación como el desterrado que se ve obligado á abandonar su patria. Pero antes de su partida dejó á los italianos terribles despedidas. Hacía mucho tiempo que tenía á todos sus aliados sujetos por el temor, vertiendo la sangre de los que querían abandonarlo. Había echado á los habitantes de Herdoneo y quemado su ciudad, devastado todos los llanos del Brucio y destruído las plazas que no pudo conservar. Para coronar todas esas obras de sangre con una nueva maldad, elevó una columna, sobre la cual grabó todas sus hazañas, y degolló á su alrededor á los mercenarios italianos que rehusaron seguirlo. Después se hizo á la vela, dirigiéndose á la pequeña Sirte, y llegó á África, donde lo esperaban como á un salvador.

6. Batalla de Zama (202). — Fué á acampar en Zama, á cinco leguas de Cartago por la parte del poniente. Antes de batirse tuvo una entrevista con Escipión, en la que le propuso hacer la paz bajo condiciones muy ventajosas : « *Os cedemos, le dijo, la Sicilia, la Cerdeña y España ; el mar nos separará ; ¿qué más os es necesario?* Preciso era al cónsul romano el honor de haber vencido á Aníbal, y se hubiera avergonzado de volver á entrar en Roma sin haberse batido con él. Aníbal, obligado á combatir, imaginó un orden de batalla cuyas sabias combinaciones excitaron la admiración del mismo Escipión. Mas la suerte se declaró en favor de Roma contra Cartago, y, á pesar de todo el genio de su general, los cartagineses fueron vencidos.

7. Tratado de paz (201). — Escipión victorioso fijó las siguientes condiciones : « Cartago conservará sus leyes y lo que posee en África, entregará á los romanos los prisioneros, los tráfugas, todos sus navíos excepto diez, todos sus elefantes, sin poder domar otros en el porvenir; no hará la guerra, ni aun en África, sin el

permiso de Roma, y no podrá reclutar mercenarios extranjeros; pagará diez mil talentos en cincuenta años, indemnizará á Masinisa y lo recibirá como aliado. » En Cartago, un senador se atrevió á hablar contra esas condiciones; Aníbal le echó de la tribuna. Como el pueblo murmuraba: « Siempre he vivido en los campamentos, dijo el rudo soldado, é ignoro los usos de vuestras ciudades. » Después probó la necesidad de someterse.

Los embajadores partieron para Roma. « Si hubiesen querido oírnos á Hannón y á mí, decía uno de ellos, no estaríamos aquí para implorar vuestra piedad. — ¿Por qué dioses juráis este tratado? preguntó un senador. — Por aquellos, respondió el cartaginés, que han castigado tan cruelmente nuestro perjurio. » El senado aceptó las condiciones impuestas por Escipión, y ordenó á dos feciales que fuesen á África con las piedras santas, las verbenas y la planta sagrada que brota en el Capitolio. Escipión recibió cuatro mil prisioneros, numerosos tránsfugas que hizo crucificar ó decapitar, y quinientos navíos que hizo quemar en alta mar á la vista de Cartago. El tributo fué lo último que se entregó. Aníbal viendo el dolor que causaba á los cartagineses separarse de su oro, se echó á reír. « Era menester llorar, dijo, cuando nos quitaban los navíos y las armas; el menor de vuestros males es el que os cuesta más lágrimas. » Escipión, después de haber dado el título de rey y los Estados de sus antepasados al nómida Masinisa, volvió á Lilibea, y fué á Roma á disfrutar del triunfo más espléndido. Le dieron el sobrenombre del *Africano*, y mandaron que su estatua, adornada con el traje triunfal y la corona de laurel, se colocase en el templo de Júpiter, y fuese llevada en triunfo todos los años en dicho día.

CUESTIONARIO.

1. ¿Quién fué el héroe de ese guerra púnica? ¿Qué contaban último periodo de la segunda | los romanos sobre su origen? ¿A

qué edad obtuvo Escipión el mando de la provincia española?

2. ¿Con qué acción notable se distinguió desde el principio? ¿Cuáles fueron sus triunfos? ¿Qué hizo después de todos ellos?

3. ¿Qué pensaba sobre el plan que era necesario seguir para vencer á Aníbal? ¿Quién se le opuso con más tenacidad? ¿Qué efecto tuvo esa oposición? ¿Cómo triunfó de ella?

4. ¿A dónde transportó el teatro de la guerra? ¿Con quién se alió? ¿Con qué victoria logró obtener el apoyo de toda la Numidia?

5. ¿Por qué llamaron los cartagineses á Aníbal? ¿Con qué espíritu recibió Aníbal esa orden? ¿Qué hizo antes de abandonar la Italia?

6. ¿Dónde acampó en África? ¿Qué oferta hizo á Escipión? ¿Dónde venció éste á Aníbal?

7. ¿Qué condiciones de paz fijó Escipión después de su victoria? ¿Cuál fué el parecer de Aníbal? ¿Ratificó el senado las condiciones impuestas por Escipión? ¿Qué sobrenombre dieron al vencedor? ¿Qué honores le tributó Roma?

CAPÍTULO XI.

GUERRAS CONTRA LA MACEDONIA Y CONTRA ANTIOCO (1).

Resumen. — Después de haber vencido á Cartago, Roma se encontró frente á frente de los reinos salidos del desmembramiento del imperio de Alejandro. Érale fácil triunfar de todas esas naciones decadentes é incorporarlas á su vasto imperio; pero, como todas las cosas que aspiran á durar, no se apresuró á crecer y engrandecerse. Después de la batalla de Zama, dejó á Cartago y á los númidas que se debilitasen mutuamente. Del mismo modo, dió golpe mortal á la Macedonia y á la Grecia, á la Siria y á la Galacia, abandonando después á sí mismos esos Estados, como si no pensara en conquistarlos.

1. Atacó, pues, primero al rey de Macedonia, que consideraba como uno de sus más peligrosos vecinos, enviando contra él á un hombre no menos distinguido por su habilidad política que por sus talentos militares, el cónsul Flaminio, que supo privar al príncipe de sus aliados é infligirle luego terrible derrota en Cinoscéfalo. Perfectamente convencido de que los griegos no necesitaban más enemigos que sí mismos, el cónsul les concedió pérfidamente todas las libertades que deseaban, y preparó de ese modo su ruina despertando sus antiguas rivalidades.

(1) AUTORES PARA CONSULTA: Entre los antiguos, Polibio, *Fragmentos*; Plutarco, *Vidas de Filopemen*, de *Filaminio*; de *Catón*. Apio, *Bell. Syriac.*; Tito-Livio, XXX, y sig.; Cornelio Nepote, Justino, etc. Entre los modernos, Duruy, Dumont, Heerén, etc., etc.

II. Habiéndose visto Anibal obligado á huir de Cartago, fué á refugiarse en la corte de Antioco, rey de Siria. Si éste hubiera poseído genio bastante para seguir los consejos de su ilustre huésped, habría suscitado á los romanos graves dificultades; pero se abandonó á la debilidad, y fué vencido en las Termópilas (191) y en Magnesia (190). Roma no quiso aniquilar inmediatamente su reino, pero le dictó condiciones de paz que lo mantuvieron en su dependencia, preparando la sumisión. Después de concluida esa paz fué cuando subyugaron la Etolia.

III. Los gálatas habían tomado parte en las guerras de Antioco; para castigarlos por ello les declararon la guerra los romanos. El cónsul Manlio empezó por querer corromperlos, pero inútilmente; fué preciso atacarlos por la fuerza. Venció sucesivamente á los tolistoboyos y á los toctósagos, y fué á recibir en Roma los honores triunfales, después de imponer á aquellos pueblos condiciones de paz llenas de moderación. Desgraciadamente, ese nuevo Estado se dejó invadir por el lujo y las costumbres de Oriente, y acabó por doblar la frente ante el yugo romano, como todo el resto de Asia.

§ I. — *Guerra contra la Macedonia. Batalla de Cinoscéfalo.*
(201-196).

1. Estado de Roma después de la paz (201). —

Luego que se firmó la paz con Cartago, el pueblo romano, que ya tenía bastante gloria y estaba cansado de combatir, no deseaba más que la tranquilidad para reparar los males que la guerra le había ocasionado. Pero la política perspicaz del senado comprendió que Roma debía aprovechar el aniquilamiento de sus enemigos para atacarlos, y prevenir así los peligros de una nueva coalición. Siendo el rey de Macedonia el vecino más fuerte y menos de fiar, se le declaró la guerra. El pueblo murmuró al pronto, y exclamó que los senadores querían á toda costa eternizar la lucha para mantener su poder absoluto. Mas habiéndole hecho comprender el cónsul Sulpicio la necesidad de esa medida, el pueblo se alistó silenciosamente, y no pensó ya más que en hacer su deber con honor. Sulpicio recogió los laureles de la primera campaña; pero estaba reservado á su sucesor Flaminio humillar al

rey de Macedonia, menos por la energía de su valor que por las insinuaciones de su hábil política.

2. Triunfos de Flaminio. — Mientras que Filipo de Macedonia se indisponía con todos sus aliados por su furor brutal, Flaminio desarrollaba por el contrario todas las gracias de su espíritu amable y moderado. Así es que no tardó en recoger los frutos de su benignidad y prudencia. Apenas entró en la Tesalia, cuando vió que todas las ciudades se le entregaron; los griegos situados aquende las Termópilas, estaban impacientes de verlo y saludarlo como á su libertador; los aqueos renunciaron públicamente á la alianza de Filipo, para unirse á los romanos contra él; los opuncios prefirieron también la protección de Flaminio á la que los etolios les ofrecían. Todos esos griegos, que habían oído decir á los macedonios que iban á ser invadidos por un ejército de bárbaros, veían con admiración en el cónsul romano un hombre en la flor de la edad, de exterior afable y agraciado, que hablaba con mucha pureza la lengua griega, y se hallaba penetrado de vivo amor por la verdadera gloria. Todo el mundo exaltaba sus brillantes cualidades, y no fué difícil persuadirlos de que Flaminio había ido á hacer la guerra á los macedonios y no á los griegos. Los tebanos, sorprendidos en este lazo, fueron á su encuentro, lo introdujeron en su ciudad, y juraron solemnemente amistad á los romanos.

3. Batalla de Cinoscéfalo (197). — Después de esos brillantes triunfos, habiendo obtenido Flaminio del senado prorrogación de sus poderes, marchó hacia la Tesalia, y dió más vigor á la guerra. Encontró al ejército de Filipo cerca de Cinoscéfalo, y empeñó una acción general. En el primer momento el ejército romano empezó á desordenarse y se replegó á la vista del enemigo; pero la desigualdad del terreno dió la superioridad á la legión sobre la falange. Ocho mil macedonios quedaron en el campo de batalla, y cinco mil fueron hechos prisioneros. Esa victoria entregó á

los romanos el imperio de la Macedonia y de la Grecia. Flaminio ordenó que Filipo destruyese su flota, que pagase á los romanos mil talentos en diez años, que renunciase á todas sus posesiones en la Grecia, que no conservase más de quinientos soldados armados, y que en rehenes entregara su hijo Demetrio al vencedor.

4. Proclamación de la libertad de la Grecia (196). — Al consentir Filipo en tales condiciones, borraba á su reino de la lista de los grandes Estados. En cuanto á los griegos, su ilusión fué completa, cuando en los juegos ístmicos hizo proclamar Flaminio en alta voz por un heraldo: « Que el senado de Roma, y Flaminio, general de los romanos, revestido del poder consular, declaraban libres de toda guarnición y de todo impuesto á los corintios, locrios, foceos, eubeos, aqueos, fliotas, magnesios, tesalios y perebos, dejándoles la facultad de vivir con arreglo á sus leyes. »

« Al pronto, dice Plutarco, todos los espectadores no oyeron distintamente esa proclamación. El estadio estaba lleno de confusión y de alboroto; unos manifestaban admiración, otros se informaban de lo que se había dicho, y todos pedían que el heraldo repitiese su pregón. Hízose, pues, profundo silencio, y habiendo el rey de armas esforzado la voz, renovó sus frases, que fueron oídas por la asamblea entera. En los transportes de su alegría, los griegos dieron gritos tan penetrantes que se oyeron desde el mar. Todo el teatro se levantó y no pensó ya en los juegos; los asistentes fueron en tropel á saludar y abrazar á Flaminio; llamándolo defensor y salvador de Grecia. »

5. Influencia de Roma sobre Grecia. — En esa guerra habia aparecido Roma enteramente desinteresada. Los griegos creyeron con sencillez que aquella habia tomado las armas sólo por su libertad, y todos elogiaban al senado. Flaminio no se reservó ciudad alguna, y constantemente trataba de exaltar las ideas

de independencia y de libertad. La alianza que había hecho antes con el tirano de Esparta, el cruel Nabis, parecía sin embargo en contradicción con sus brillantes palabras: conociólo y le declaró la guerra; pero lo atacó con tanto miramiento que lo debilitó sin destruirlo. Su objeto era dejarlo en el Peloponeso, para desempeñar contra los aqueos el papel que hacían en Macedonia Filipo contra los etolios, y en África Masinisa contra Cartago. Sin tratar de dominar en las ciudades, cuidó de establecer en todas partes celosos partidarios de la dominación romana y elevarlos al poder. Después de haber asegurado así á Roma el protectorado de toda la Grecia, fué cuando volvió á su patria para obtener los honores del triunfo.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| <p>1. ¿Por qué atacó el senado á la Macedonia? ¿Qué pensaba el pueblo acerca de esa guerra? ¿Qué cónsul tuvo el honor de dirigir la primera campaña?</p> <p>2. ¿Qué política siguió Flaminio? ¿Qué logró con ella? ¿Qué pensaron de él los griegos?</p> <p>3. ¿Dónde venció Flaminio al ejército de Filipo? ¿Qué condiciones de paz le im-</p> | <p>puso después de la victoria?</p> <p>4. ¿Qué concesión hizo Flaminio á los griegos en los juegos ístmicos? ¿Cómo acogieron aquéllos tales ventajas?</p> <p>5. ¿Qué se proponían con ellas los romanos? ¿Cómo trató Flaminio á Nabis tirano de Esparta? ¿Por qué medios aseguró la dominación de Roma sobre Grecia?</p> |
|--|--|

§ II. — Guerra contra Antioco (192-190).

1. Aníbal en Cartago (201-195). — Mientras que Filipo combatía contra Roma, Aníbal reinaba en Cartago con el título de *sufeta*. No menos admirable en la paz que en la guerra, destruyó la constitución oligárquica de su patria, reformó la administración interior del país, restableció el orden en las rentas, adiestró las tropas en trabajos útiles, y pareciendo conservar la alianza de los romanos, enviaba mensajes secretos al gran Antioco para comprometerlo á atacar á Roma, mientras que los macedonios, los cisalpinos y los españoles se alzaban en armas. Temiendo el senado los proyectos y astucia de aquel enemigo irreconciliable,

no se avergonzó de enviar á los cartagineses una diputación para pedirle su cabeza. Esos hombres de negocio, que se quejaban porque la justicia de aquel guerrero había puesto término á sus rapiñas, iban á consentir en traición tan cobarde, cuando Aníbal les evitó esa infamia. Embarcóse en una galera que había hecho preparar secretamente y se marchó á Siria (195).

2. Aníbal en la corte de Antioco. — Antioco tenía grandes pretensiones. No solamente quería reinar en Asia, Fenicia y Siria, sino que dirigía sus miradas á la Tracia y Macedonia. Los romanos, bajo pretexto de defender la libertad de esos países, le enviaron diversas embajadas, y él les respondió con orgullo: « Yo no me mezclo en lo que hacéis en Italia, ¿por qué os ocupáis de lo que hago en Asia? — Aníbal lo decidió con facilidad á la guerra. Desgraciadamente, Antioco no tenía el espíritu bastante elevado para comprender los pensamientos de ese grande hombre. El ilustre cartaginés quería que los romanos fuesen atacados en Italia; y él mismo se hubiera puesto al frente de la expedición. Durante ese tiempo, decía, Cartago se sublevará, la Grecia habrá tomado las armas, y Antioco irá con todas las demás naciones del Oriente á concluir la ruina de Roma, quebrantada por tan terrible sacudida.

El rey de Siria prefirió escuchar los consejos de los etolios. Éstos, más vanos que poderosos, habían prometido al gran Antioco sublevar la Grecia y la Macedonia contra Roma y sentar sus tiendas de campaña en las orillas del Tíber. Creyendo el monarca en sus brillantes promesas, solamente se presentó en Grecia con diez mil hombres, sin dinero ni víveres. Tanta debilidad inspiró á todos desprecio profundo. *Si yo mandase, decía Filopemen, hubiera matado en breve á todos aquellos enemigos en sus tavernas.* Y en una gran asamblea de Corinto, habiéndose atrevido el embajador de Antioco á alabar las fuerzas de su señor, designando

todas las naciones que servían bajo sus banderas : « Habiéndome hecho servir uno de nuestros huéspedes, exclamó Filopemen, gran variedad de carnes, le pregunté con admiración cómo había podido proporcionarse tantos manjares. Todas esas viandas, me respondió el huésped, son de puerco, y no difieren sino en el condimento y el guiso. Aqueos, no os admire tampoco ese gran ejército de Antioco; esos lanceros, esos infantes de quienes se habla tanto, son todos sirios, que sólo se distinguen en sus armas. »

Sin embargo, si se hubiesen seguido los consejos de Aníbal, se hubieran podido hacer todavía grandes cosas con esos hombres muelles y afeminados. El audaz cartaginés quería que se hiciese alianza con Filipo, ó que se le destruyese. En seguida hubieran hecho venir de Asia tropas y navíos, y después de haber dejado parte de esas fuerzas delante de Corcira, habrían marchado con el resto sobre Italia. Antioco, lejos de seguir ese magnífico proyecto, hizo que se perdieran muchos meses en tomar algunas ciudades en la Tesalia, y dió así á los romanos todo el tiempo necesario para sus preparativos.

3. Batalla de las Termópilas. — Al aproximarse aquéllos, ocupó Antioco el desfiladero de las Termópilas, añadió trincheras y murallas á las fortificaciones naturales de ese sitio, y descansó, persuadido de que había cerrado toda entrada al enemigo. Pero Catón, uno de los tribunos legionarios, acordándose de los rodeos que en otro tiempo habían hecho los persas para entrar por allí en Grecia, trepó á las montañas, sorprendió á las guardias avanzadas de los sirios, flanqueó el ejército de Antioco y lo hizo huir. El cónsul Manlio alabó á Catón por su valor, y lo envió á Roma para que él mismo llevase la noticia de su victoria. Ese acontecimiento llenó á la ciudad de alegría, é inspiró al pueblo tanta confianza, que se vanaglorió, dice Plutarco, de estar llamado á conquistar el imperio del mar y de la tierra.

4. Batalla de Magnesia (190.). — Antioco huyó á Chalcis y después á Efeso, y descansó allí con tanta seguridad como si los romanos no hubiesen tratado de recoger el fruto de su victoria. No obstante, Anibal lo hizo salir de su inercia. Por consejo del cartaginés, compró la alianza de los gálatas, é hizo venir una nueva flota, pero fué destruída cerca de Mionesa. Las legiones romanas se habían puesto en camino bajo las ordenes de Luc. Escipión, hermano del Africano; dejólas atravesar el Helesponto sin obstáculo, y cuando se hallaron frente á su campo, pidió la paz. Los romanos se la ofrecieron, con la condición de que cedería toda el Asia hasta el Tauro. Entonces prefirió arriesgar la batalla, y ésta tuvo lugar cerca de Magnesia. Los gálatas fueron los únicos que se batieron con valor, los sirios se dejaron degollar. Cincuenta y dos mil de éstos quedaron en el campo de batalla, mientras que los romanos no perdieron, según se dice, más que trescientos cincuenta y dos hombres. Después de semejante derrota, preciso fué aceptar una paz humillante.

5. Tratado de paz (190.). — Conforme á las condiciones del tratado, Antioco se obligaba: 1°. á evacuar toda el Asia hasta el Tauro; 2°. á pagar quince mil talentos á los romanos, y cuatrocientos á Eumeno, rey de Pérgamo; 3°. á entregar á Anibal y algunos otros, y á poner en manos de los vencedores su hijo Antioco en calidad de rehenes. Sin embargo, esa paz fué menos perjudicial al rey de Siria por la pérdida de los países que cedía que por el uso que de ellos hicieron los romanos. Dándolos en su mayor parte al rey de Pérgamo, enemigo de Antioco, colocaron cerca de él un rival siempre dispuesto á dañarle: Roma tuvo también gran cuidado, al estipular que el pago de la cantidad exigida sería efectuado en doce años, de tener la Siria en continua dependencia(1). Antioco murió á los tres años de esa derrota.

(1) Heerén, *Historia antigua*.

6. Sumisión de los etolios. — Después de la derrota de Antioco, vino naturalmente la conquista de la Etolia. Los romanos deseaban hacia largo tiempo aniquilar á esos salteadores de caminos incorregibles que les echaban en cara sin cesar sus servicios. Habiendo consentido uno de sus magistrados en fiarse á la fe romana, el cónsul L. Escipión ordenó que se le cargara de cadenas. Como se quejaba con indignación de tal injusticia, el cónsul, que no quería tener que combatir al mismo tiempo sus ejércitos y las tropas de Antioco, les concedió una tregua de seis meses. Pero cuando el rey de Siria fué vencido en Magnesia, el senado, mostrándose sordo á todas las súplicas de esos desgraciados, encargó al cónsul Fulvio Nobilior que los subyugase. Su resistencia fué al menos heroica, y no reconocieron, como decía la fórmula consagrada, *la majestad y el imperio del pueblo romano*, sino después de haberse defendido enérgicamente en una lucha gloriosa.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué reformas efectuó Aníbal en Cartago? ¿Qué lo obligó á huir de su país?

2. ¿Dónde se refugió? ¿Qué consejos dió á Antioco? ¿Qué hizo el rey de Siria? ¿Con qué ejército se presentó á la Grecia? ¿Qué impresión produjo sobre ésta? ¿Por qué fracasó Antioco en su empresa?

3. ¿Dónde fué vencido la primera vez? ¿Qué consecuencia sacó de esa victoria el pueblo romano?

4. ¿Á dónde huyó Antioco? ¿Qué le aconsejó Aníbal? ¿Donde dió una segunda batalla á los romanos? ¿Cuáles fueron sus pérdidas?

5. ¿En qué condiciones obtuvo Antioco la paz? ¿Qué ventajas sacó Roma de ese tratado?

6. ¿Qué pueblo sometieron á seguida los romanos? ¿Cómo hicieron esa conquista? ¿Cuál fué la conducta de los etolios? ¿Qué cónsul los dominó?

§ III. — Guerra contra los galatas.

1. Estado de la Galacia — La Galacia fué fundada por unos galos salidos de las orillas del Garona y que habian invadido la Tracia y la Macedonia. Después de haber asolado la Tracia, se dividieron en dos bandas, una de las cuales fué á establecerse en el cen-

tro del Asia Menor en el país que por eso recibió el nombre de Galacia (278). Esa región estaba limitada al norte por la Paflagonia, al sur por la Frigia y la Capadocia, al este por el Ponto y al oeste por la Frigia septentrional y la Bitinia. Regábanla dos grande rios, el Halis, salido de las montañas de la Capadocia y que desembocaba en el Ponto Euxino, y el Sangario, que nace en las montañas que separan á la Galacia de la Frigia, y que lleva sus aguas al mismo mar pasando por la Bitinia. Los gálatas se dividían en tres grandes naciones : los tolistoboyos al occidente, cuya capital era Pesinunta ; los tectósagos en el centro, cuya población principal era Ancira, y los troemos al este. Los últimos construyeron á Tavio ó Taw, única ciudad importante que poseían. Cada una de esas naciones se subdividía en tribus que conservaban bajo su yugo á la antigua población del país compuesta de griegos y frigios. La totalidad de los habitantes formaba 195 cantones.

2. Guerra de los romanos contra los gálatas.

— Los gálatas conservaron su independendencia, y desafiaron los ataques de sus vecinos hasta que tuvieron que luchar contra los romanos. El cónsul Manlio, antes de atacarlos, trató de corromperlos; pero en esa nación sencilla y libre la seducción no podía ejercer gran imperio. Le fué preciso, pues, recurrir al valor y á la disciplina de sus tropas. Atravesó el país de Axilón, llegó á la ciudad de Gordio, y venció en el monte Olimpo á los tolistoboyos, la primera tribu de los gálatas. Esa derrota causó mucha impresión en la tribu de los tectósagos, quienes pidieron á Manlio una entrevista para tratar de la paz, y en esta ocasión le tendieron pérfidas asechanzas. El cónsul escapó de ellas como por casualidad, y volvió á comenzar las hostilidades con nuevo encarnizamiento. Los tectósagos fueron también vencidos, mas Roma se guardó bien de reducir esa valiente nación al último extremo.

La paz fué concluída en Apameo de Frigia, después

de aquellas dos grandes victorias. « Manlio exigió solamente que los gálatas devolviesen las tierras quitadas á los aliados de Roma, que renunciasen á su vida vagabunda, que inquietaba á sus vecinos, y en fin que hiciesen con Eumeno una alianza íntima y duradera. Esas condiciones fueron aceptadas » (Thierry). El cónsul fué después á obtener los honores del triunfo en Roma, donde ostentó las coronas de oro que había recibido de las ciudades de Asia, y las sumas inmensas de dinero y de oro que había reunido con los despojos del enemigo. Su principal trofeo fueron los cincuenta y dos jefes gálatas que había hecho prisioneros; colocólos detrás de su carro triunfal con las manos atadas á la espalda.

3. Decadencia de la nación — Á partir de ese momento, la nación gálata se dejó enervar por los goces de la civilización asiática. Vióse á esos hombres, antes tan orgullosos de su nacionalidad, preferir al culto sencillo de sus padres, el corruptor de los griegos y de los frigios, y dejar á sus tetrarcas vivir y gobernar á la manera que lo hacían los sátrapas voluptuosos y crueles del Asia, cuyo lujo adoptaron, reemplazando sus antiguos trajes de lana basta por ricas vestiduras. Con las antiguas costumbres desaparecieron al mismo tiempo todas las virtudes guerreras, aunque éstas parecieron despertarse para auxiliar á Mitrídates en sus grandes designios. Pero dicho príncipe, que pensaba tener motivo para sospechar de la fidelidad gálata, degolló á los jefes de ese pueblo en un festín, y, cayendo luego sobre su país les impuso como rey absoluto á uno de sus sátrapas llamado Eumaco (63).

4. Reducción de la Galacia á provincia romana. — La tiranía de Eumaco duró doce años, y cada uno de ellos fué testigo de un redoblamiento de crueldad. Por fin, tres tetrarcas que habían escapado del sangriento festín del rey del Ponto, y sobre todo uno de ellos, Dejotares, célebre más tarde en las guerras civiles de Roma, lograron sublevar el país, batieron á

Eumaco y lo expulsaron. Las victorias de los ejércitos romanos sobre Mitrídates garantizaron por algún tiempo á los kimro-galos la independendencia que acababan de reconquistar; pero en las circunstancias en que se hallaba el oriente, esa independendencia precaria no podía ser de mucha duración. Envuelta y oprimida por todas partes por Roma, la Galacia sucumbió después de todo el resto del Asia, siendo reducida á provincia romana bajo el emperador Augusto (30).

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| <p>1. ¿De dónde procedían los galos que se establecieron en Galacia? ¿Cuáles eran los límites de esa región? ¿Qué ríos la regaban? ¿Cómo se dividía?</p> <p>2. ¿Cómo trató Manlio de someterlos al principio? ¿Cuál fué la primera tribu que venció? ¿Cuál fué la segunda? ¿Dónde se firmó la paz? ¿Con qué condi-</p> | <p>ciones? ¿Cómo entró Manlio en Roma?</p> <p>3. ¿De qué modo degeneró esa nación? ¿Cómo los trató Mitrídates?</p> <p>4. ¿Cuánto tiempo duró la tiranía de Eumaco? ¿Quiénes lo expulsaron? ¿En qué época fué reducida la Galacia á provincia romana?</p> |
|--|--|

CAPÍTULO XII.

GUERRA CONTRA LA MACEDONIA Y LA GRECIA. BATALLA DE PIDNA (1).

Resumen. — La Macedónia había sido debilitada ya por la victoria que los romanos habían obtenido sobre Filipo III en Cinoscéfalo y por el tratado que le habían impuesto. El cónsul Flaminio había tenido la habilidad de despertar en el seno de la Grecia todas las antiguas rivalidades, otorgándole el don péfido de la libertad, y ese mal interior era para ella más grave que la guerra extranjera.

I. Mientras vivieron Aníbal y Filopemen, el senado se hallaba hasta cierto punto intimidado por el genio de esos dos grandes hombres, temiendo que el primero, fugitivo y todo como estaba, suscitara á los romanos graves dificultades, y desconfiando del segundo, cuyo patriotismo ardiente

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Entre los antiguos, Tito-Livio, XI y sig., Polibio *Fragmentos*; Plutarco, *Vidas de Filopemen, de Aníbal* y de *Paulo Emilio*. Entre los modernos, Michelet, Rollin, Duruy, Dumont, etc.

ha hecho que se le diese el nombre de último de los griegos. Pero habiendo muerto ambos en el mismo año (183), así como Escipión, el vencedor de Cartago, el senado se dejó dominar por sus ideas ambiciosas, y empezó de nuevo la guerra contra Macedonia, bajo Perseo, hijo de Filipo III. Por lo demás, este príncipe sentía vivamente la injuria hecha á su padre y á su nación por el tratado que se firmó al día siguiente de la derrota de Cinoscéfalo, y ardía en deseos de vengarla. Buscó, pues, aliados entre los pueblos que lo rodeaban, y así que se creyó suficientemente preparado, alzó estandarte de rebelión. Sus primeros esfuerzos fueron coronados por los mayores éxitos, pero sucumbió ante el genio de Paulo Emilio, que lo venció en Pidna, lo hizo prisionero y lo llevó á Roma para que le sirviese de trofeo en su entrada triunfal (168).

II. Ese fin de Perseo llenó de espanto á todos los demás reyes. Antioco el Ilustre, rey de Siria, Masinisa, rey de Numidia, Prusias, rey de Bitinia, se echaron á los pies del senado, como mendigos humildes. La Macedonia fué por de pronto gobernada como una especie de república, y luego el senado aprovechó la primera rebelión para reducirla á provincia romana (148). Durante ese tiempo, siguió debilitando á Grecia por medio de las divisiones que en ella fomentaba, y como sus proyectos de invasión sólo fueron combatidos por Diceo y Cristolao, los venció uno después de otro, y sobre las ruinas humeantes de Corinto pudo el cónsul Mummio declarar á la Grecia provincia romana (146).

§ I. — *Perseo y Paulo Emilio.*

1. **Muerte de Filopemen** (183). — El senado se alegraba de haber humillado á la Macedonia, á la Etolia y al Asia Menor; pero en Grecia le inspiraba vivas inquietudes Filopemen, cuando un acontecimiento fortuito lo libró de él. Ese valeroso guerrero, elegido, al contar setenta años de edad, general de los aqueos por octava vez, tuvo de pronto que ir á sofocar una rebelión en la Mesenia. Marchó al encuentro de los sublevados, al frente de la juventud megalopolitana; pero, obligado á retirarse ante la superioridad numérica de sus adversarios, después de haber hecho prodigios de valor, fué cogido prisionero y conducido á Mesena. Dinocrates, jefe de los mesenios, lo arrojó en una cueva subterránea, que no recibía de

fuera ni aire ni luz, y que se cerraba por medio de una gran piedra que ponían en la entrada. Así que la multitud de curiosos se retiró, envióle la cicuta. La Grecia entera lloró á ese grande hombre, y los aqueos vengaron su muerte. Su cuerpo fué quemado, y el historiador Polibio llevó de Mesena á Megalópolis la urna que contenía sus cenizas. Todas las ciudades le levantaron estatuas y le tributaron los más espléndidos honores.

2. Muerte de Aníbal (183). — Flamínio había sido causa de la muerte de Filopemen instigando á los mesenios para que se sublevasen. En el mismo viaje fué á Bitinia, á la corte de Prusias, á donde Aníbal se había retirado después de la batalla de Magnesia, y pidió á dicho rey la cabeza del ilustre desterrado. Roma había visto con pena á este glorioso capitán dirigir la pequeña guerra de Bitinia contra Pérgamo y contra Eumeno en muchos encuentros. El senado temblaba al oír el nombre de Aníbal, y temía que la fortuna lo llevase otra vez á las puertas de Roma. Prusias no tuvo valor para resistir, y quiso más bien entregar el cartaginés que arriesgar su corona. Cuando Aníbal vió atacada su estancia por los enemigos, se imaginó que iba á ser conducido cautivo á Roma, y no tuvo fuerzas para resignarse á tal vergüenza. Tomó un veneno y se hizo herir por un esclavo.

3. Muerte de Escipión (183). — El año 183 antes de Jesucristo fué verdaderamente fatal para los grandes hombres. Filopemen bebió lo cicuta, Aníbal se envenenó, y Escipión murió en su casa de campo de Literno. Su gloria le había inspirado orgullo tiránico. Había rehusado el consulado vitalicio, y ejercía en nombre de sus victorias verdadera dictadura. En la guerra de Antioco, él mismo dictó las condiciones de paz, y no habiéndose dignado dar cuenta de las cantidades inmensas que había recibido, se le acusó de peculado. Su conducta con respecto á sus detractores

fué siempre noble y digna, y muchas veces sus palabras fueron sublimes. La primera vez que compareció como acusado, hizo traer sus registros por su hermano : *Las cuentas están ahí, dijo, pero no las veréis.* Después las rasgó á la vista del pueblo, añadiendo : « No daré cuenta de cuatro millones de sestercios, cuando he hecho entrar en el tesoro doscientos millones. »

Habiéndole atacado de nuevo el austero Catón, se presentó en público, subió á la tribuna y dijo : « Romanos, en un día como este vencí en África á Aníbal y á los cartagineses. Venid conmigo al Capitolio para dar gracias á los dioses, y pedirles que os concedan siempre jefes que se me parezcan. » Todos lo siguieron al Capitolio, y dejaron á los tribunos solos con sus esclavos y el heraldo que había citado al vencedor de Aníbal.

Otro día se contentó con responder á sus acusadores : « No he traído de África más que un sobrenombre. » Pero al fin se cansó de estar expuesto á los tiros enconados del odio y de la envidia. Se retiró á su casa de recreo de Literno (187) y rehusó comparecer de nuevo. El pueblo iba á entregarse á los últimos excesos; pero Semp. Graco calmó su cólera, y aquél se decidió á dejar en paz al grande hombre. Terminó su carrera en su modesto asilo, complaciéndose en oír los versos de Enio y ocupándose él también de poesía. No pudo perdonar á sus conciudadanos su ingratitud. Pidió que lo sepultaran en el lugar de su destierro, y que grabasen sobre su tumba estas amargas palabras : *Ingrata patria, no guardarás mis huesos.*

4. Estado de la Macedonia al finalizar el reinado de Filipo III (183-178). — Mientras que Aníbal vivió, los romanos temieron una coalición, y no persiguieron á nadie. Así es que conservaron relaciones con Antioco, Eumeno, Rodas, la Grecia y la misma Macedonia. Pero cuando Prusias sacrificó á su venganza á su temible huésped, ya no respetaron á nin-

guno. Acogieron contra Filippo las acusaciones de los tesálios, de los perrebios, de Eumeno, de los tracios y de los atenienses, y hasta lo citaron ante su tribunal, y no temieron declararle que debía la conservación de su corona únicamente á las virtudes de su hijo Demetrio, que vivió mucho tiempo en Roma sirviendo de rehenes.

Filipo, por su parte, no fué insensible á todas esas afrentas. Dos veces por día se hacía leer el tratado con los romanos para alimentar su resentimiento. Hacia todos sus preparativos secretamente, llenaba de oro sus arcas y aumentaba el número de sus soldados. Ya había enviado emisarios á las orillas del Danubio para comprar la alianza de los bastarnos. Se prometía lanzar esas hordas bárbaras sobre la Italia, mientras él sublevaría la Grecia y llamaría á todos los reyes en defensa de su libertad. Pero la pena lo condujo al sepulcro cuando meditaba aún ese vasto proyecto.

Su hijo Demetrio encontró en Macedonia un partido numeroso que le acogió con entusiasmo, como amigo del pueblo romano. Perseo, su hermano mayor, temiendo que le usurpase la corona por su inmensa popularidad, lo acusó de fratricidio ante su padre, diciendo que Demetrio había intentado matarlo en un torneo. No logrando su designio, lo había asaltado después en su estancia á mano armada. Filippo examinó la causa; el crimen le pareció manifiesto, y condenó á muerte al joven príncipe (181). Más tarde reconoció su error y murió de sentimiento (179).

5. Carácter de Perseo. — Perseo, á quien han maltratado tanto los historiadores latinos, fué lo que eran todos los hombres de su tiempo. Sacrificó los principios á sus intereses, olvidando sus promesas cuando le costaba demasiado cumplirlas, y no retrocediendo ante un asesinato cuando su política se lo aconsejaba. Los romanos fueron los primeros que dieron el ejemplo de esas injusticias y crueldades; por lo cual los reyes que atacaban se creyeron muchas veces con derecho

para renovar sus maldades, Sin embargo Perseo no fué solamente un príncipe avaro y cruel. Tuvo bastante valor y talento para atraer sobre sí las miradas del mundo entero; y si sucumbió, al menos tuvo la gloria de haber sido el último defensor de la libertad de las naciones contra el despotismo de los romanos. Durante toda su vida había sentido odio hacia esos orgullosos tiranos, y consagró sus fuerzas á humillarlos.

6. Preparativos de Perseo (172-179). — No obstante, desde el principio se guardó muy bien de manifestar sus designios. Le era preciso tiempo, y lo ganó echándose á los pies del senado y declarando humildemente que de él era de quien quería recibir la corona. Por espacio de seis años, no cesó de aumentar sus tesoros y ejércitos, de aprovisionar sus almacenes y de amontonar armas en los arsenales. Al mismo tiempo empleaba la mayor dulzura y moderación para con la Grecia, cautivaba á los atenienses y á los aqueos por sus favores, casaba á su hermana en Bitinia con el rey Prusias, y él mismo se unió con la hija de Seleuco, rey de Siria. El Epiro y la Tesalia aceptaron su alianza; los rodios se inclinaron en su favor, y el senado de Cartago recibía durante la noche sus embajadores en el templo de Esculapio.

7. Tercera guerra de Macedonia. Primeros triunfos de Perseo (172). — Por desgracia, todos esos aliados, á pesar de sus promesas, estaban paralizados por el temor. Cuando Perseo desplegó á la vista de los griegos las banderas macedonias que no habían visto hacía veinte años, sólo pudo obtener su neutralidad. Ese abandono lo desconcertó. Se veía solo contra todos los romanos, y perdió el tiempo en vanas negociaciones. Cansado de no obtener nada, empuñó la batalla cerca de Sicurio (171), al otro lado del Peneo, contra el cónsul Licinio, y le mató más de dos mil hombres. Esa victoria podía atraerle la Grecia, Cartago, Prusias, ó los sirios; pero en todas partes se contentaron con aplaudirlo. El vencedor continuó sus triunfos,

y vió en fin agitarse la Etolia, y declararse en su favor el Epiro.

Las siguientes campañas fueron aún más dichosas. En un combate mató seis mil hombres al tribuno Casio, y después hizo en Iliria más de seis mil prisioneros. Roma se alarmó con motivo por todos esos reveses. Aunque el Senado veía á sus puertas á los diputados de Atenas, de Cartago, de Mileto, y de infinidad de otras ciudades, que le ofrecían cobardemente sus servicios, ordenó una leva de sesenta mil hombres en Italia, y envió el cónsul Mancino para reparar las faltas de sus predecesores. Éste se metió en los desfileros de Tempé, y poco faltó para que fuese envuelto por las tropas de Perseo (170).

8. Consulado de Paulo Emilio. — Tantas desgracias habían hecho vacilar á Eumeno, á los rodios, á Prusias, en una palabra, á todos los aliados de Roma. El senado comprendió que era necesario concluir con la Macedonia y dió el consulado á Paulo Emilio, con un ejército de cien mil hombres. Ese ilustre capitán, que se había distinguido en las guerras de España y de Liguria, se había visto antes rechazado por el pueblo, á causa de su arrogancia. Cuando fué elegido, declaró que á nadie debía nada, puesto que se le había nombrado por creerlo necesario, y rogó al pueblo que no se mezclase en nada de lo que tocaba á su encargo, sino en hacer en silencio todo lo que considerase útil para el éxito de la guerra.

9. Batalla de Pidna. Triunfo de Paulo Emilio (168). — Después de esa profesión de fe, de franqueza insultante, penetró en Macedonia, y atacó el campamento de Perseo, que se extendía al pie del monte Olimpo, no lejos de Pidna. La batalla fué muy reñida, y el mismo Paulo Emilio confesó no haber visto jamás espectáculo más terrible. Al fin los macedonios fueron vencidos completamente. Perseo se vió obligado á huir, y después fué entregado traidoramente á los romanos. Paulo Emilio, una vez que hubo arreglado los asuntos

de Macedonia y visitado la Grecia, volvió á Roma, donde recibió el triunfo. Esa fiesta duró tres días. El primero, dice Plutarco, bastó apenas para ver pasar las estatuas, cuadros y figuras colosales, que, llevados en doscientos cincuenta carros, ofrecían imponente espectáculo. El segundo día se vieron las armas más bellas y ricas de los macedonios. Estaban atadas flojamente, y el movimiento de los carros las hacía repercutir con sonido agudo y terrible. El tercer día resonaron desde por la mañana las trompetas guerreras. Ciento veinte toros con los cuernos dorados, adornados con cintillas y guirnaldas, multitud de cautivos que llevaban la vajilla de oro de Perseo y los más ricos despojos de la Macedonia, los hijos del desgraciado monarca con sus gobernadores y oficiales, el mismo Perseo vestido con largo traje negro y rodeado de sus amigos, precedían el carro del triunfador. Nada hubiera faltado á la dicha de Paulo Emilio si no hubiese perdido sus dos hijos en la batalla (167).

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál era el griego que los romanos temían? ¿Cómo murió Filopemen? ¿Qué honores le tributaron después de su muerte?
2. ¿Por qué deseaban los romanos la muerte de Aníbal? ¿Qué exigieron de Prusias? ¿De qué manera murió el héroe cartaginés?
3. ¿Cuál fué el grande hombre que murió también en el mismo año? ¿Qué acusación se hizo contra Escipión? ¿De qué modo respondió á ella? ¿Qué epitafio hizo inscribir sobre su tumba?
4. ¿Qué política siguieron los romanos después de la muerte de Aníbal? ¿Cuales eran las intenciones secretas de Filipo, rey de Macedonia? ¿Qué disentiimiento se produjo entre sus dos hijos? ¿Qué fué lo que ocasionó la muerte de Filipo?
5. ¿Cuál era el carácter de Perseo? ¿Qué se propuso en la guerra que emprendió contra Roma?
6. ¿Qué hizo en los primeros años de su reinado? ¿Qué pueblos supo atraerse?
7. ¿Qué conducta observaron sus aliados cuando se hubo declarado contra los romanos? ¿Dónde logró un primer triunfo? ¿Qué consecuencias tuvo? ¿Qué efecto produjeron en Roma sus hazañas? ¿Qué órdenes dió el senado?
8. ¿A quién confió el mando del ejército? ¿Qué dijo Paulo Emilio al pueblo después de su elección?
9. ¿Dónde atacó á Perseo? ¿Cómo fué vencido ese príncipe? ¿Cómo triunfó Paulo Emilio en Roma? ¿Qué cosa amargó en esa gran solemnidad la dicha del triunfador?

§ II. — *Reducción de la Macedonia y de la Grecia á provincias romanas.*

1. Terror del mundo á la caída de Perseo (168).

— Perseo murió en oscuro calabozo, dos años después de haber servido de ornamento en el triunfo de su vencedor. Cuando los reyes lo vieron atado al carro triunfal de Paulo Emilio, quedaron todos sobrecogidos de indecible terror. « El ilustre Antioco, rey de Siria, dice Michelet, casi había conquistado entonces el Egipto; Popilio Lenas viene á mandarle, en nombre del senado, que abandone su conquista. Antioco quiere deliberar. Entonces, trazando Popilio un círculo alrededor del rey con la varita que tenía en la mano : *Antes de salir de este círculo*, dijo, *responde al senado*. Antioco prometió acedecer y salió de Egipto. »

El senado recibió multitud de embajadas humildes y adulatoras. El hijo de Masinisa vino á hablar en nombre de su padre : « Dos cosas han afligido al rey de Numidia, dijo; el senado le ha hecho pedir por medio de embajadores los socorros que tenía derecho á exigir, y le ha reembolsado el precio del trigo que le proporcionó. No ha olvidado que debe su corona al pueblo romano; contento con el simple usufructo, sabe que la propiedad es del donador. »

Después llega Prusias, con la cabeza afeitada y el traje y gorro del liberto. Se arrodilló en el quicio de la curia diciendo : « ¡ Os saludo, dioses salvadores! » y añadió : « Aquí tenéis á uno de vuestros manumitidos, pronto á ejecutar vuestras órdenes. » Eumeno y los rodios estaban más comprometidos todavía. El senado ofrece la corona al hermano de Eumeno, y no le deja el reino sino para permitir que el tiempo y las incursiones de los gálatas lo debiliten. En cuanto á los rodios, sólo debieron su conservación á la intervención del rígido Catón (1).

(1) Michelet, *Historia romana*, II, pág. 117.

2. Reducción de la Macedonia y de la Grecia á provincias romanas. — Aunque el mundo entero parecía presentar con gusto el cuello á la coyunda, Roma no se dió prisa en incorporar á su imperio todos los países que había vencido. Así, la Macedonia no fué reducida á provincia romana inmediatamente después de la derrota de Perseo. Dejáronla durante veinte años con una especie de gobierno republicano, y hasta una rebelión suscitada por un impostor llamado Andrisco, que se jactaba de ser hijo de Perseo, no la declaró Metelo provincia romana (148).

En cuanto á la Grecia, después de la muerte de Filopemen sólo hubo en su seno cobardes que la entregaron vergonzosamente á los romanos. Éstos, así que cayó Perseo, se hicieron dueños de todas las ciudades, y las prepararon á su dominación acostumbrándolas á someterse pasivamente á sus órdenes. Diceo y Critolao fueron los últimos defensores de la independencia de ese país. El cónsul Mummio venció á Diceo en las Termópilas y destruyó en Leucopetra, cerca de Corinto, los últimos restos de la liga aquea. La Grecia fué declarada entonces provincia romana bajo el nombre de Acaya (1) (146)

CUESTIONARIO.

1. ¿Cómo murió Perseo? ¿Qué impresión produjo su derrota sobre todos los demás reyes? ¿Cómo fué tratado Antioco el Ilustre, rey de Siria, por Popilio Lenas? ¿Qué dijo en el senado el hijo de Masinisa en nombre del rey de Numidia, su padre? ¿Á qué humillación se sometió Prusias, rey de Bitinia?

2. ¿Qué fué de la Macedonia después de la derrota de Perseo? ¿En qué ocasión fué reducida á provincia romana? ¿En qué época? ¿Qué fué de la Grecia después de la muerte de Filopemen? ¿Por quién y cómo fué reducida á provincia romana?

(1) Véase la *Historia griega* de este curso.

CAPÍTULO XIII.

TERCERA GUERRA PÚNICA. REDUCCIÓN DEL REINO DE PÉRGAMO Á PROVINCIA ROMANA (1).

Resumen. — Roma, destinada á conquistar el mundo, marcha á grandes pasos hacia el objeto de su misión. A mediados del segundo siglo que precede á la era cristiana, todas las grandes naciones que la rodean oyen sonar su última hora. Así acabamos de ver sucumbir á la Macedonia y á la Grecia, esta tierra clásica de la libertad, tan fecunda en recuerdos gloriosos. El año que vió arder á Corinto (146) fué también fatal para Cartago.

Después de la segunda guerra púnica, los romanos habían arrojado sobre aquella república al rey de Numidia, Masinisa, como vampiro sediento que no debía permitirle nunca recuperar su antiguo vigor. Habiendo surgido querellas entre Cartago y ese ávido vecino, los romanos elegidos como árbitros, no se mostraron imparciales. La rígida virtud de Catón se desmintió públicamente y el austero republicano sólo pareció preocupado de hacer prevalecer su famosa sentencia *Delenda est Carthago*. Roma añadió á la injusticia la más odiosa perfidia. Los cartagineses respondieron con abnegación sublime, pues nada es más hermoso que la heroica defensa que hicieron de su ciudad. Desgraciadamente, el éxito no correspondió á su valor, y tuvieron que sucumbir ante el genio de Espición Emiliano, como en otra época habían sido vencidos por el primer Africano. Los Estados de Cartago formaron á partir de entonces una provincia que se llamó la *provincia de Africa* (146).

Algún tiempo después, los Estados del rey de Pérgamo formaron también una provincia romana que fué llamada la *provincia de Asia*. Ese reino, que debió gran parte de su esplendor á la protección concedida por sus reyes á las ciencias y las letras, era, hacia ya bastante tiempo, objeto de la protección de los romanos. Atala I se puso al servicio de su política y sacó de ahí grandes ventajas. Eumeno II vió, gracias á la munificencia de Roma, aumentar su reino con toda la Frigia, la Licaonia, la Lidia, la Jonia y parte de la Caria. Atala II fué también protegido por los romanos, á quienes siguió en su expedición contra Corinto. Habiéndolos declarado Atala III herederos de todos sus bienes, entendieron por eso serlo de los Estados de dicho rey y de-

(1) Veanse las *Púnicas* de Apiano y las *Vidas* de Plutarco.

clararon provincia romana á toda la parte occidental de Asia Menor. (129).

1. Usurpación de Masinisa (201-174). — Roma, al dictar el tratado que terminó la segunda guerra púnica, había colocado cerca de Cartago al nómida Masinisa, para impedir que su desgraciada rival se repusiera de sus desastres. Su elección fué tanto más acertada cuanto que, según ese rey bárbaro, los cartagineses no eran sino usurpadores que en otro tiempo se establecieron en África con perjuicio de los antiguos nómidas. Era un deber para los descendientes de estos últimos volver á tomar lo que antes poseían, y Masinisa no faltó á él. En el año 199 les arrebató una provincia; seis años después, en 193, les ocupó el rico territorio de Emporios, y en 182 tomó posesión de otra provincia. Cartago hizo oír por largo tiempo é inútilmente sus quejas al senado. Pero al fin le garantizaron la integridad de su territorio. Masinisa conocía bien el caso que convenía hacer de todas esas vanas palabras. Continuó sus usurpaciones, y se apoderó en un solo año (174) de la provincia de Tisca y de setenta ciudades. Como la guerra de Macedonia era entonces inminente, temiendo el senado que los cartagineses irritados se uniesen á Perseo, manifestó públicamente su indignación, y envió algunos árbitros á aquel país. Catón fué puesto á la cabeza de la embajada, y á pesar de su gran reputación de virtud, estuvo lejos de ser imparcial.

2. Sentimientos de Catón respecto de Cartago. — Á la verdad se ocupó mucho menos de las quejas de los cartagineses contra Masinisa que de la riqueza y poder de su ciudad. Cuando la vió poblada por una juventud floreciente, provista de toda clase de armas y pertrechos de guerra, juzgó que los romanos no debían descansar antes de haber aniquilado esa república ambiciosa y opulenta. Volvió, pues, á Roma y expuso en pleno senado sus temores y deseos. Después

de haber hablado mucho tiempo, dejó caer algunos higos de Libia que tenía en el faldón de su vestido; y habiéndose admirado los senadores de su tamaño y hermosura : *La tierra que los produce*, les dijo Catón, *está sólo á tres jornadas de Roma*. Desde ese momento concluía todos sus discursos con estas palabras : *Delenda est Carthago (Cartago debe ser destruida.)*

Los Escipiones tenían una política más elevada y generosa. Pensaban, al contrario, que era menester dejar subsistir esa ciudad, porque importaba que Roma tuviese una rival para mantener en ella y en el seno de los ejércitos esa rígida vigilancia, esas costumbres austeras y esa disciplina que habían constituido hasta entonces su gloria y su fuerza. Pero prevaleció el sentimiento de Catón.

3. Victoria de Masinisa (152). — Para poner en ejecución los consejos de Catón, Roma no esperaba más que un pretexto, que se presentó muy pronto. Cartago estaba dividida en tres bandos : los amigos de Roma, dirigidos por Hanón, los partidarios de Masinisa, que tenían por jefe á Anibal *Passer (el gorrion)*, y los verdaderos patriotas, que tenían á su cabeza á Amilcar *el Samnita*. Habiendo echado estos últimos de Cartago á los partidarios de Masinisa, resultó de ello una gran guerra. Los cartagineses armaron más de cincuenta mil hombres, y Masinisa se puso en campaña con fuerzas no menos considerables. Escipión Emiliano fué enviado á África con otros embajadores, para obligar á los cartagineses á deponer las armas si quedaban vencedores, y para animar á Masinisa á proseguir sus triunfos, si por el contrario le favorecía la fortuna. Esos embajadores llegaron la víspera de la batalla. Escipión se retiró á las alturas vecinas, y se complació durante todo un día en ver á más de cien mil hombres degollarse unos á otros. Si se le ha de prestar crédito, Júpiter, sentado sobre el Ida, y Neptuno, sobre el monte de Samotracia, fueron los únicos que gozaron antes que él de tan magnífico espectáculo

durante la guerra de Troya. Los cartagineses quedaron exterminados. Para colmo de infortunio, los romanos se declararon contra ellos, y pidieron reparación de la injuria hecha á su aliado.

4. Perfidia de los romanos. — Cartago asustada desterró á todos los autores de esa guerra, impuso pena de muerte al general vencido, Asdrúbal, y preguntó humildemente al senado de Roma si había hecho bastante. *Dad satisfacción al pueblo romano*, respondieron los senadores. Y como los embajadores les preguntaban lo que habían de hacer: *Los cartagineses lo saben bien*, contestaron irónicamente todos los padres conscriptos.

Luego, para sacarlos de la incertidumbre, les enviaron una flota con un ejército de ochenta mil hombres á las órdenes de los cónsules Manlio Nepote y Marcio Censorino. Útica abrió sus puertas á los enemigos de Cartago, y les sirvió de puerto y plaza de guerra. Los cartagineses, yertos de espanto, vinieron á ponerse á la discreción del pueblo romano. *Sólo os pedimos*, dijeron los cónsules, *trescientos rehenes*. Cuando llegaron éstos á Lilíbea, un sonido de trompeta impuso silencio, y los cónsules significaron á los embajadores que debían entregar sus armas. El senado y el pueblo romano se encargaban en el porvenir de la defensa de Cartago. Esos infelices obedecieron y trajeron veinte mil catapultas, doscientos mil armaduras completas y número infinito de dardos de toda especie. Luego que se encontraron desarmados de ese modo, Marcio les declaró que Cartago iba á ser destruída, y que en adelante no podrían establecerse más que á diez millas del mar.

5. Sitio de Cartago. — Al oír esta noticia, la indignación transformó á todo aquel pueblo de mercaderes en un pueblo de héroes. Fabricaron armas con prontitud increíble. Las plazas públicas, los templos y los palacios se cambiaron en talleres. Hombres y mujeres, niños y viejos trabajaban en ellas día y noche; todos

Los días hacían ciento cuarenta escudos, trescientas espadas, quinientas picas ó venables, mil dardos, y gran número de máquinas propias para lanzarlos. Las mujeres cortaron su cabellera para hacer cuerdas. Eligieron por jefe á Asdrúbal, rogándole que olvidase, en aras de la patria, la sentencia de muerte que antes dieran contra él por temor á los romanos, y se prepararon á una vigorosa resistencia. El valor de los sitiados, el ardor y el ingenio de Asdrúbal, su jefe, hicieron inútiles los esfuerzos de los cónsules. Su ejército estaba casi reducido al último extremo cuando se presentó Escipión Emiliano.

6. Toma de Cartago (146). — Este joven, que el espíritu profético de Catón designó de antemano como destructor de Cartago, hizo cambiar todo de aspecto, así que el pueblo lo honró con el consulado. Restableció la disciplina en el ejército, devolvió á los soldados su antiguo valor, é hizo ejecutar trabajos gigantescos para cerrar el puerto de Cartago y rendir por hambre á los habitantes. Mas, ¡cuál no fué su admiración, al ver á los sitiados, después de haberse abierto otra salida en la roca, aparecer de repente en alta mar con una flota nueva, construída con los restos de sus casas? No obstante, ese magnífico rasgo no impidió la continuación del bloqueo, y que el hambre ejerciese sus estragos durante todo el invierno en el interior de la ciudad. Al llegar la primavera, Escipión adelantó los trabajos del sitio con actividad admirable. Tomó sucesivamente la ciudad y la ciudadela. Ya no quedaba más que tomar sino el templo de Diana, al que se había retirado Asdrúbal con novecientos tráfugas. Este valiente general, que se había cubierto de gloria hasta aquel momento por su bravura, sintió de repente que le faltaba el ánimo, y corrió á echarse á los pies de Escipión llevando en la mano un ramo de olivo. Su mujer, indignada al ver tamaña debilidad, subió á la cúpula del templo, le echó en cara públicamente su vergonzosa acción, vomitando contra

él las imprecaciones más horribles, y después dió de puñaladas á sus dos hijos en presencia de su padre, y se precipitó en las llamas.

7. Estado del África cartaginesa. — Cartago fué enteramente destruída, y se pronunciaron imprecaciones contra el que intentase edificarla de nuevo. Todos los cartagineses que sobrevivieron á su desgraciada patria fueron transportados á Italia y dispersos en las diversas provincias del imperio. Arrasaron todas las ciudades que habían tomado partido por Cartago, y fortificaron, por el contrario, todas las que habían defendido los intereses de Roma. Los Estados de Cartago formaron *la provincia de África*, y fueron sometidos á un tributo anual. Dicen que Escipión, al ver las llamas que devoraban á Cartago, pensando en el porvenir de Roma, pronunció con voz conmovida estas palabras del poeta : « También un día verá caer á Troya la santa, y á Priamo y su invencible pueblo. »

8. Reducción del reino de Pérgamo á provincia romana (129). — Algún tiempo después, los romanos extendieron su dominación sobre el Asia Menor, apoderándose del reino de Pérgamo. Aquéllos habían contribuído á aumentar el poder de los príncipes que reinaban sobre ese país, y desde hacía cerca de un siglo (211-129) se habían servido de su autoridad y de su influencia contra todos sus enemigos (1). El último de esos reyes, Atala III, declaró en su testamento que legaba *todos sus bienes* al pueblo romano, y entonces el senado fingió creer que esas palabras se referían al reino todo entero y se creyó con derecho para apoderarse de él. Aristonic, hermano natural de Atala III, protestó contra dicha interpretación, pero tuvo que ceder ante la fuerza, y los Estados del rey de Pérgamo, incluyendo la Misia, la Frigia, la Licaonia, la Lidia y la Ionia, fueron reducidos á provincia romana bajo el nombre de Asia (129).

(1) Véase la historia del reino de Pérgamo en el tomo II de este *Curso*.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál fué la situación de Cartago después de la segunda guerra púnica? ¿Qué injusticias cometió Masinisa contra dicha república? A quién enviaron los romanos para que examinase el asunto?
2. ¿Qué pensaba Catón? ¿Cuál era la opinión de los Escipiones?
3. ¿Qué facciones dominaron en Cartago? ¿Qué fué lo que produjo la guerra entre Cartago y Masinisa? ¿Cuál fué la misión de Escipión Emiliano? ¿Cómo acabó esa guerra?
4. ¿Cuál fué la conducta de los cartagineses después de esa derrota? ¿Qué exigieron de ellos los romanos? ¿Cuál fué la atroz perfidia de éstos?
5. ¿Qué abnegación desplegaron los cartagineses en esas críticas circunstancias? ¿A quién eligieron por jefe?
6. ¿Qué general mandaron contra ellos los romanos? ¿Qué conducta observó Escipión? ¿Qué hizo Asdrúbal reducido á la última extremidad? ¿Qué conducta observó su mujer?
7. ¿Qué fué de Cartago? ¿Qué de los cartagineses? ¿Cómo quedó el África cartaginesa? ¿Qué palabras pronunció Escipión en presencia de la ruina de aquella ciudad?
8. ¿Cómo se apoderaron los romanos del reino de Pérgamo? ¿Cuáles eran las disposiciones del testamento de Atala III? ¿Qué provincia formaron sus Estados?

CAPÍTULO XIV.

CONQUISTAS EN OCCIDENTE. FORMACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE GALIA CISALPINA, DE ESPAÑA Y DE GALIA NARBONENSE (1).

Resumen. — Mientras Roma hacía la guerra á Macedonia y á las grandes naciones de Oriente, no por eso olvidaba á las de Occidente. Así es que luchaba con tenaz perseverancia contra los galos que vivían en el norte de Italia, y contra los españoles, que no cesaban de rebelarse contra la dominación que querían imponerles.

1. Desde el día en que los galos se avanzaron hasta bajo los muros del Capitolio, nunca había dejado de ser el terror de los romanos. Una vez derrotado Aníbal en Zama, el general cartaginés Amílcar se había puesto á la cabeza de aquellos pueblos en la Italia septentrional, excitándolos á sublevarse contra Roma. Vencido ese general, los cenomanos lo abandonaron, pero los boyos, los insubrios y los li-

(1) Véanse entre los antiguos, para la historia de los galos; Tito-Livio. la 4.^a década, *passim* y los *Hispanicas* de Apio; y entre los modernos, Rollin, Dumont, Duruy y todas las historias generales.

gures resistieron valerosamente. Después de heroicos esfuerzos, los boyos emigraron y se retiraron á orillas del Danubio, prefiriendo el destierro á la esclavitud. Los insubrios y los vénetos se sometieron; pero los ligures defendieron su libertad hasta el centro de las montañas de los Alpes; y habiendo impedido el cónsul que se estableciesen en la Venecia doce mil transalpinos, el senado pudo declarar la Italia cerrada á los galos.

II. La España no fué menos difícil de someter. Sus habitantes se ocultaron en las montañas é hicieron á los romanos guerras sangrientas. Los cónsules respondieron con violencias excesivas á esos ataques disimulados, é inundaron de sangre toda la península. Un pastor llamado Viriato, hombre de genio, y de valor á toda prueba, se puso al frente de la revolución y deshizo cuantos ejércitos mandaron á combatirle. De esa manera constituyó un reino, y no pudo ser vencido más que por una cobarde traición que lo entregó al cónsul Cepión. Numancia resistió en seguida con tanta fuerza y valor que Cicerón la llamó *el segundo terror de Roma*, después de Cartago. Algo más tarde tomada ya esa ciudad, los romanos penetraron en la Galia transalpina donde establecieron una provincia que fué como una amenaza para la independencia de la Galia.

§ I. — *Reducción de la Galia cisalpina á provincia romana*
(201-170).

1. Levantamiento de la Galia cisalpina bajo Amílcar (201-200). — Después de la derrota de Aníbal en Zama, el cartaginés Amílcar, que Magón había dejado en la Cispadana, en vez de deponer las armas, exhortó á los galos á empezar de nuevo la guerra. Habiendo reanimado sus esperanzas, destrozando dos legiones que se habían atrevido á presentarse en el territorio de los beyos, vióse en un instante á la cabeza de cuarenta mil voluntarios, y marchó contra las colonias romanas de Placencia y de Cremona. La primera de ellas fué enteramente asolada; de los seis mil habitantes que componían su población, sólo dos mil sobrevivieron á la devastación de su territorio y al incendio de sus casas. En cuanto á Cremona, hallábase cercada por todas partes cuando llegó á socorrerla el pretor L. Furio. Trabóse pronto una gran ba-

talla; los galos fueron derrotados, y Amílcar pereció con tres de sus principales jefes. Furio entró triunfante en Roma, entregando al tesoro público trescientas veinte mil libras de cobre y ciento sesenta mil de plata.

2. Resistencia de los boyos (199-192). — Por efecto de esos primeros reveses, los cenomanos tuvieron la cobardía de abandonar la confederación gala para aliarse con los romanos; pero los insubrios, los ligures y sobre todo los boyos no se desalentaron, y dieron muerte á seis mil seiscientos hombres que habían tenido la temeridad de penetrar en el territorio insubriano, y obligaron al senado á enviar contra ellos á los dos cónsules. Si los insubrios y los boyos hubiesen permanecido unidos, tal vez habrían sido invencibles; desgraciadamente se separaron por causa de divisiones ocurridas en sus filas y fueron derrotados. El cónsul Cétago triunfó de los insubrios y Minucio de los boyos (197). Al año siguiente la fortuna se mostró aún favorable á los ejércitos romanos. Entonces los boyos desesperados se alzaron en masa y lanzaron amenazadoras palabras (194). Habiendo declarado el senado que había *tumulto*, puso en pie de guerra tres grandes ejércitos y recurrió á la espada de Escipión el Africano, encargándolo de la dirección de esa guerra. Pero el vencedor de Aníbal no tuvo en las orillas del Po la misma dicha que en Zama. Todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y el honor de la campaña fué casi todo entero para los boyos.

3. Emigración de los boyos (192). — En el año 193, el senado se alarmó, proclamando de nuevo que había *tumulto*, y mandó dos cónsules, uno á la Liguria y otro al país de los boyos. Los bárbaros, instruidos por sus derrotas, habían adoptado una táctica nueva, y durante dos años se defendieron con heroísmo y perseverancia dignos de mejor suerte. Al fin, cuando hubieron agotado todos sus recursos, abandonaron sus habitaciones incendiadas y su territorio devastado, atravesaron los Alpes Nóricos, y se fueron á

buscar la independencia en las orillas del Danubio, en su confluente con el Save, donde fundaron una pequeña nación bajo el nombre de *Galli Scordici* (191). Por lo menos pudieron jactarse de haber muerto en su camino más legionarios romanos de los que Roma necesitó sacrificar para todas sus guerras en Grecia y Asia.

4. Sumisión de los ligures (163). — Después de la derrota de los boyos, los insubrios y los vénetos se habían apresurado á hacer la paz con Roma, y los cenomanos habían renovado ante los senadores sus protestas de afecto y de amistad. Los ligures se atrincheraron en sus bosques y en sus montañas, y resistieron todavía treinta años más á las legiones romanas. En esa guerra de sorpresas y de escaramuzas, mataron al pretor Bebio (189), batieron al cónsul Manlio (186), y sitiaron á Paulo Emilio en su campamento. Al fin los romanos arrancaron los viñedos, devastaron las mieses, quemaron las viviendas de los vencidos y transportaron á cuarenta y siete mil de ellos á las soledades del Samnio (180). Los restantes continuaron la guerra con no menor encarnizamiento, y esos terribles montañeses defendieron su libertad hasta la muerte. La *Cisalpina* no fué declarada *provincia romana* hasta el año 163.

5. La Italia cerrada á los galos. — Mientras que los romanos guerreaban contra los galos de la Liguria, otras regiones la emprendían con las poblaciones de los Alpes. Cónsules en persona penetraron en sus humildes caseríos y robaban, á guisa de pasatiempo, sus ganados para venderlos en los grandes mercados de Cremona, de Mantua y de Placencia. Esos actos de bandolerismo acabaron por sublevar á las tribus que los sufrían, hasta el punto de ponerse á las órdenes de Cinibil, uno de los reyes de la Transalpina oriental. Pero el terror del nombre romano había helado el valor de los mismos transalpinos. Cinibil se contentó con elevar hasta el senado las quejas de esos pueblos, y

pareció quedar satisfecho con las vanas promesas que le hicieron.

Habiendo bajado por entonces á la Venecia una banda de transalpinos, para pedir tierras, el cónsul que tenía á su cargo la Cisalpina no necesitó más que darles orden de que se retirasen, y todos se alejaron inmediatamente. El senado aprovechó la ocasión, declarando solemnemente que la Italia quedaba cerrada á los galos. Mandáronse comisarios á promulgar ese decreto entre las naciones transalpinas, y la raza galokírmica fué irrevocablemente desterrada de la alta Italia. Su territorio recibió el nombre de *provincia gala cisalpina ó ceterior*.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué hizo Amílcar en la Galia cispadana después de la derrota de Anibal en Zama? ¿Dónde lo batieron los romanos? ¿Qué obtuvieron éstos con su victoria?

2. ¿Qué tribu gala se pasó á los romanos? ¿Cuáles resistieron? ¿Cuáles fueron sus primeros triunfos? ¿Qué general venció á los insubrios? ¿Qué resistencia hicieron los boyos desesperados?

3. ¿A dónde se retiraron los

boyos? ¿Qué nación fundaron?

4. ¿Qué hicieron las demás tribus después de la partida de los boyos? ¿Durante cuánto tiempo se defendieron los ligures? ¿Cómo los combatieron los romanos?

5. ¿Cómo trataron los romanos á los pueblos de los Alpes? ¿En qué ocasión declaró el senado cerrada á los galos la Italia entera? ¿Qué nombre se dió á esa nueva provincia?

§ II. — *Conquista de la España. Viriato. Toma de Numancia. Formación de una provincia romana en la Galia Transalpina.*

1. Estado de España después de la salida de Escipión el Africano (200-153). — Cuando Escipión el Africano dejó las orillas del Ebro para ir á cubrirse de gloria en Zama, la Península hispánica parecía sometida, pero no estaba conquistada. Los habitantes de esos países montuosos continuaron contra las legiones romanas sus ataques mortíferos. Se ocultaban en los desfiladeros de las montañas ó detrás de los vallados extensos que cubrían las vastas llanuras, y allí

sorprendían al enemigo á su paso. Nadie igualaba su actividad, su valor y perfidia. Cuando eran cogidos, se envenenaban para evitar una muerte vergonzosa, ó bien algunas veces se resignaban á la esclavitud con la esperanza de matar un día á su dueño más fácilmente. Catón fué enviado contra ellos, y se vanaglorió de haber subyugado cuatrocientas ciudades (195). Tib. Sempronio Graco tomó otras trescientas, y pacificó todo el país, inundándolo de sangre (178). Después de esas terribles ejecuciones, la Península estuvo tranquila por espacio de veinte y cinco años, como si la espada romana la hubiese transformado en un desierto.

2. Perfidia de los romanos. — Los lusitanos fueron los primeros que se sublevaron instigados por un emisario cartaginés, obteniendo rápidamente tres victorias (154). Los romanos se asustaron por ello. Cuando Lúculo fué elegido cónsul y se le confió la España para gobernarla, nadie quería alistarse. Fué necesario el ejemplo de Escipión para vencer las repugnancias de la multitud. En esta última campaña, la ventaja quedó por los romanos, pero los generales emplearon medios atroces. En Celtiberia, Lúculo infringió el tratado concluido por su predecesor Marcelo, atacó la ciudad de Cauca, degolló á sus habitantes en número de veinte mil, y vendió los demás como esclavos contra lo convenido en la capitulación. En la Lusitania, el propretor Servilio Galba fué todavía más cruel é inicuo. Ofreció á los pueblos que no podía vencer tierras fértiles, y cuando se establecieron en estas pacíficamente, cayó sobre ellos de improviso y los exterminó. Treinta mil hombres sucumbieron en esa espantosa carnicería (150).

3 Viriato. Sus gloriosas hazañas (149-141). — Esos excesos hicieron enfurecerse á los españoles. Entre los que escaparon del degüello se encontraba Viriato, un pastor ó cazador, á quien las desgracias de su país transformaron en héroe. Reunió al momento en su rededor á todos los lusitanos que deseaban más

la libertad y el honor que la vida, y principió contra los romanos una guerra de sorpresas y de escaramuzas. Conocía perfectamente todos los pasos, vallados, desfiladeros y montañas, y acostumbó á sus tropas á ser activas y ligeras como él, á reunirse y dispersarse á la más pequeña señal. Por medio de esa hábil táctica, derrotó sucesivamente á cinco pretores y sus tenientes, y tuvo el placer de levantar trofeos sobre las montañas con vestidos de púrpura y haces (140-144). El mismo Fabio Serviliano fué cogido en esos lazos, y el pastor lusitano pudo pasar al filo de la espada todas sus legiones; pero prefirió que el senado tratase de igual á igual con él, lo saludase con el nombre de rey, y reconociese su autoridad en todos los países que había conquistado.

4. Derrota y muerte de Viriato (140). — Viriato gozaba en paz de su dignidad real, cuando el cónsul Serv. Cepión principió sin motivo ni pretexto á devastar sus Estados; lo sorprendió en Arsa, su capital, no lejos de Anas, y le pidió rehenes. Cuando Viriato se los entregó, el atrevido cónsul exigió que los vencidos le rindiesen las armas. Eso excitó la indignación de Viriato, y principió de nuevo la guerra de *guerrillas*. Todos los días el despreciable Cepión era víctima de las estratagemas de su terrible adversario. Estaba confundido, y no sabía cómo escapar á los sarcasmos de sus propios soldados, que se reían de sus derrotas. En fin se decidió por el medio más infame, y compró á los oficiales de Viriato la cabeza de su señor. El mismo senado se avergonzó de tanta cobardía, y rehusó el triunfo al que había tenido la avilantez de imaginarla.

5. Sitio y toma de Numancia. — Después de la muerte de Viriato, toda la guerra de Celtiberia se concentró en el norte de la Península, en Numancia, capital de los arvacos. Allí se refugió la colonia de los *belles*, echados de su ciudad de Segeda. Numancia rehusó entregarlos, y sostuvo durante diez años todo el peso de las armas romanas (143-133). Esa ciudad, res-

guardada por dos ríos, valles ásperos y profundas selvas, sólo tenía, según parece, ocho mil guerreros. Pero probablemente todos los valientes de España venían alternativamente á reparar las pérdidas de esa heroica población. Pompeyo tuvo que tratar con ellos. Mancino no se libró de la muerte sino entregándose con su ejército. Bruto y Cornelio se vieron obligados por el hambre á levantar el sitio. Furio y Calpurnio Pisón no fueron más dichosos. Ningún romano se atrevía á mirar de frente á un numantino. Ninguno quería alistarse en Roma para ir á la guerra de España. Preciso fué hacer á la pequeña ciudad española el honor de enviar contra ella al segundo Africano, al destructor de Cartago.

« Escipión no llevó á España más que voluntarios, amigos ó clientes, en todo cuatro mil hombres, que reunió con el ejército romano de la Península, el cual se había entregado á la molición. Principió por una reforma severa de la disciplina; volvió á formar el carácter del soldado, exigiendo de él inmensos trabajos. Acampaba y levantaba el campo, construía murallas para destruirlas, y poco á poco se aproximaba á Numancia. Concluyó por rodearla de una muralla de una legua de extensión y de una contravalación de dos leguas. No lejos de allí elevó un muro de diez pies de alto y de ocho de grueso, con torres y un foso erizado de estacas. Cerró el Duero, que atravesaba á Numancia, con cables y maderos armados con puntas de hierro. Era la primera vez que se cercaba con líneas una ciudad que no rehusaba combatir.

» Los numantinos se vieron reducidos á hambre tan espantosa que llegó el caso de comerse unos á otros. Los enfermos fueron las primeras víctimas; después los más fuertes principiaron á devorar á los débiles. Pero con un régimen tan atroz, el corazón y las fuerzas acabaron por faltarles. No habiendo podido lograr al menos morir combatiendo, entregaron las armas y pidieron un plazo, alegando que querían darse la muerte..

Escipión reservó cincuenta de ellos para el triunfo. »

6. Formación de una provincia romana en la Galia transalpina (125-119). — Algún tiempo después de la toma de Numancia, los romanos se establecieron en la Galia transalpina. Habiendo querido Marsella engrandecerse á expensas de sus vecinos, pidió socorro á los romanos para la ejecución de sus injustos proyectos. Viendo en eso el senado nueva ocasión de conquistas, se apresuró á enviar allende los Alpes algunas legiones. El cónsul Fulvio Flaco deshizo en una primera campaña á los enemigos de los marselleses, los *salios* (125); luego atacó á los *voconces*, de quienes los marselleses no tenían queja. Su sucesor G. Sextio acabó la ruina y el exterminio de las tribus salias, atacó de nuevo á los voconces, se apoderó de su territorio, y creó una provincia romana entre el Rhin y los Alpes. *Aquæ Sextiæ* (Aix) fué edificada por Sextio en un hermoso sitio regado por aguas termales, y la convirtió en capital de la nueva provincia (123).

Los eduos, que estaban hacía mucho tiempo en lucha con los allobroges, se aliaron en seguida con los romanos. Después el cónsul Domicio invitó con altanería á los últimos á respetar en adelante el territorio de los eduos, aliados de la república. Por toda respuesta, los allobroges hicieron grandes preparativos guerreros y armamentos considerables. Habiéndose puesto de su parte Bituit, jefe de los arvernes, presentáronse doscientos mil hombres á atacar á los romanos en la orilla izquierda del Ródano. Al ver cuán pocos eran éstos, exclamó con desprecio : « ¡Pero si bastan apenas para una comida de mis perros!, y dió la señal del combate. La pelea fué terrible y los dos ejércitos combatieron largo tiempo con igual encarnizamiento. Por fin los soldados de Bituit, asustados al ver los elefantes que el cónsul lanzaba contra ellos, echaron á huir, y los romanos pudieron limitarse á degollarlos. Más de cien mil hombres quedaron sobre el campo de batalla, y esa victoria bastó para conquistar el país de los allobroges.

Á partir de entonces la provincia romana comprendió todo el país al este del Ródano, desde el punto donde ese río desemboca en el lago Lemán, hasta su entrada en el mar (121).

Esa provincia fué declarada consular : por consiguiente cada año se envió allí á uno de los cónsules con un ejército. Durante los años siguientes, los cónsules conquistaron los territorios de los *helvienos*, de los *volkos arekomicas* y de los *sardos*, y aumentaron su provincia con toda la región situada al occidente del Ródano, entre ese río, la frontera de la Arvernia y los Pirineos. Para establecer una ruta directa y fácil entre la Italia y las Galias, el senado hizo exterminar la pequeña tribu de los *ligures stæni*, que ocupaban el suelo del actual departamento francés de los Alpes marítimos (118). Una colonia romana establecida en Narbona (*Narbo Martius*) recibió encargo de mantener todas sus conquistas vigilando constantemente los menores movimientos de los pueblos sometidos.

CUESTIONARIO.

1. ¿En qué estado se hallaba la España cuando Escipión el Africano pasó al Africa? ¿A quién se envió para que sometiera esta provincia?

2. ¿Qué triunfos obtuvieron en seguida los lusitanos sublevados? ¿Qué excesos cometieron Lúculo y Servilio Galba?

3. ¿Qué impresión produjeron esas crueldades en el ánimo de los españoles? ¿Quién era su jefe Viriato? ¿Qué táctica adoptó? ¿Cuáles fueron sus hazañas?

4. ¿Por quién fué sorprendido en Arsa, su capital? ¿Qué dificultades suscitó á Cepión? ¿Por qué medio se libró ese ge-

neral de su terrible adversario?

5. ¿Dónde se concentró la guerra después de la muerte de Viriato? ¿Cuál fué la última ciudad que resistió á los romanos en España? ¿Quién la tomó? ¿Qué fué de sus habitantes?

6. ¿En qué ocasión penetraron los romanos en la Galia? ¿Quién fundó á Aix? ¿Con quiénes se aliaron los romanos? ¿Qué pueblo tuvieron que combatir? ¿Qué extensión tuvo la provincia romana? ¿Qué conquistas hicieron en seguida los cónsules? ¿Dónde se estableció una colonia romana? ¿Cuál era la misión de esa colonia?

CAPÍTULO XV.

HISTORIA INTERIOR DE ROMA. CONSECUENCIAS DE LAS CONQUISTAS. EL AGER PUBLICUS. LAS LEYES AGRARIAS, LOS GRACOS.

Resumen. — I. Mientras Roma no tuvo que combatir sino con los pueblos del Lacio y de la Italia, sus costumbres fueron sencillas y puras, su constitución fuerte y poderosa. Las luchas de los plebeyos y patricios no turbaban ya el foro con su tumulto, y la más profunda paz reinaba en el interior de la ciudad. Se escuchaban silenciosamente los partes de las victorias que los cónsules enviaban desde sus campamentos, y el senado sólo tenían una voz para aplaudir sus triunfos. Pero cuando las grandes conquistas de España, de África, y Grecia extendieron el círculo de la dominación romana, todo cambió. Habiendo muerto en los campos de batalla todos los antiguos romanos, reemplazó á aquellos hombres decididos y valerosos un populacho vil, compuesto exclusivamente de libertos que trajeron al seno de la ciudad esa bajeza de sentimientos que habían adquirido en la servidumbre. Desde entonces no se guardó al pueblo consideración alguna. Una aristocracia opresora se puso al frente del poder, y muchas veces no se reconocieron otras leyes que los caprichos arbitrarios de los nobles y de los ricos. Mientras se realizaba esa evolución, Roma victoriosa abrió su seno á las riquezas, costumbres y creencias de los vencidos. Perdió insensiblemente aquella sencillez, templanza y desinterés que habían honrado á la mayor parte de sus grandes hombres. Los griegos principalmente le arrebataron todas esas preciosas virtudes, para darle en cambio los vicios que á ellos los habían arruinado y destruído. Catón quiso reformar esos abusos (184); pero á pesar de su talento y austeridad, se limitó á introducir algunas reformas parciales que eran insuficientes para salvar el Estado.

II. No fueron más felices los Gracos, quienes intentaron introducir cambios en la constitución, para lo cual se pusieron á la cabeza del partido democrático. Habían sido educados por su madre Cornelia, que cifraba en ellos toda su gloria. Ambos solicitaron el cargo de cónsul, y quisieron proteger al pueblo, sacándolo del estado de miseria y bajeza en que había caído; pero murieron víctimas de su abnegación. Tiberio fué asesinado en el Capitolio (133), y su

hermano Cayo se vió obligado, doce años después, á hacerse dar muerte por uno de sus esclavos (121).

§ I. — *Estado de la república romana después de sus conquistas. Necesidad de una reforma* (1).

1. Destrucción de la igualdad entre los dos órdenes. Triunfo de la aristocracia. — Durante más de medio siglo (200-133), Roma gozó en paz de todos los beneficios de su dichosa organización. Entre los senadores y los tribunos del pueblo reinaba acuerdo perfecto. Cada ciudadano profesaba el respeto más sincero á la constitución, á las leyes y á la religión del Estado. Mas, en medio de esta calma aparente, germi-
naba sin ruido ni aparato revolución inmensa; el genio de la guerra, que ha sido siempre el genio de los romanos, fué el motivo ó más bien el instrumento de ella.

En Roma los ejércitos no se componían de mercenarios. Eran puramente nacionales, y desterraban de ellos al proletario, al liberto y al extranjero. La clase media era la que pagaba con su sangre todas las grandes conquistas con que la hemos visto enriquecer el dominio de la república. Todos los ciudadanos debían ejercitarse en el manejo de las armas; y nadie podía ser promovido á los empleos civiles antes de haber hecho diez campañas. Sin duda alguna, esas medidas restablecieron mucho la fuerza y la dignidad de los ejércitos y produjeron, según lo observa Bossuet, la mejor milicia que ha existido. Pero si bien contribuyeron maravillosamente á las victorias de los romanos y á sus conquistas, alteraron también de manera profunda la constitución de la república.

El pueblo, mezclándose en todas las guerras y prodi-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Además de los autores antiguos y modernos indicados en los capítulos precedentes, consúltense también: Mably, *Observaciones acerca de los romanos*; Amadeo Thierry, *Historia de la Galia bajo la administración romana*; Introducción; Sigonio, *De antiquo jure provinciarum* en el *Grævii Thes.*, etc.

gando su sangre en todos los campos de batalla, había de agotarse y corromperse. Desde el día en que Aníbal entró en Italia hasta el fin de la segunda guerra púnica, hubo constantemente más de cuarenta mil romanos sobre las armas. Esos desgraciados legionarios fueron después enviados á España, África, Grecia y Macedonia, y cubrieron todos esos países con sus cadáveres. La mayor parte de la clase media fué sepultada en medio de todas aquellas victorias. Algunos de los que sobrevivieron no conocían más que la vida de los campamentos, y se consagraron completamente á ella. Otros permanecieron en las provincias conquistadas para satisfacer más fácilmente su avaricia. Aquellos que los cónsules trajeron á Roma desdeñaron el trabajo manual, y formaron esa masa de indigentes que el Estado sostenía á sus expensas.

Los pequeños propietarios desaparecieron, pues, á medida que se debilitaba la clase media. De repente se vió que los ricos multiplicaban por todos los medios sus usurpaciones, aumentaban considerablemente sus propiedades, y formaban así una oligarquía opresora que pesó sobre todos los demás ciudadanos. En lugar de tomar á su servicio hombres del pueblo y emplearlos en cultivar sus campos, preferían comprar los miles de esclavos que puso la conquista en su poder. Paulo Emilio vendió ciento cincuenta mil de ellos después de su expedición á Macedonia; Escipión, el destructor de Cartago, cincuenta y cinco mil, y Graco un número tan grande de sardos que para manifestar el vil precio de una mercancía se decía: *sardos en venta*. Los esclavos griegos fueron muy apetecidos, principalmente á causa de su talento. Se les confiaba el cuidado de las casas y muchas veces la educación de los niños, ó bien se les colocaba en las quintas de recreo para cultivar las tierras ó apacentar los ganados. También se les abandonaba el comercio y la industria como ocupaciones despreciables; esto es lo que nos explica la ociosidad á que el pueblo romano estaba forzosamente condenado.

Para llenar los vacíos que diariamente hacía la guerra en las filas de esa plebe que sólo había conservado el oficio de las armas, era preciso manumitir á los esclavos. Los señores concedían ese beneficio á los que habían sabido ganar su afecto, y en breve el pueblo romano no tuvo más que *libertos*. Fácil es comprender cuánto se alteraron las costumbres por efecto de esa mezcla impura de hombres de diferentes naciones que se resintieron siempre de su humilde origen. Faltaron la decisión, la templanza y el valor que habían ilustrado á los antiguos romanos. Eran *advenedizos* que no pensaban sino en gozar de su fortuna. Tímidos ante los grandes que les habían otorgado el título de ciudadanos, se dejaban oprimir sin quejarse, temiendo incesantemente que les recordasen su condición primitiva. Escipión Emiliano lo hizo un día, cuando le interrumpían en pleno foro los clamores de aquella multitud sediciosa : « Silencio, falsos hijos de Italia, les dijo; los que he traído amarrados á Roma no me amedrentarán, aunque ahora estén libres. »

2. Estado de las provincias. — Los países conquistados fuera de Italia se transformaron en provincias. Después de las grandes conquistas que precedieron al advenimiento de los Gracos, había nueve provincias : la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña, la Cisalpina, la Macedonia unida á la Tesalia, la Iliria y el Epiro, la Acaya, que comprendía la Hélada, el Peloponeso y las islas, el Asia, el África, la España ulterior y la España citerior. Cada una de esas provincias estaba gobernada por un pretor, que reunía en su mano todos los poderes, y cuya autoridad era por consiguiente absoluta. Algunas veces conservaban á las provincias sus leyes, instituciones y magistrados, pero la mayor parte de las veces las despojaban de ellos. El senado cuidaba principalmente de sembrar la división entre los grandes para prevenir toda coalición. Por otra parte, que se hubiese prometido á un país conservar sus leyes ó que se las hubiesen quitado, poco importaba á los

pretoreos codiciosos que enviaban allá como gobernadores. Consideraban esas provincias como su dominio y las explotaban con la severidad de conquistadores brutales. Robaban todo lo que incitaba su avaricia, y se mostraban insensibles á las quejas y gemidos de sus víctimas. Así es que cuadros hermosos, magníficas estatuas, oro y plata conservados con gran pena, todo era tomado por ellos para adornar sus palacios y aumentar su opulencia. Por ese medio Roma vino á ser un pozo sin fondo, que absorbía todas las riquezas y maravillas de la tierra.

Pero el gran azote para las provincias eran los avaros *publicanos* que las arruinaban con sus exacciones inicuas. Para no crear un número demasiado grande de agentes, el senado no quiso encargarse de los detalles de la administración rentística de las provincias. Los impuestos eran arrendados en pública subasta y abandonados á particulares por una cantidad determinada. Los que especularon en esas empresas recibieron el nombre de *publicanos*. Después de haber entregado en el tesoro la suma convenida, marchaban á la provincia que les había sido entregada, llevando con ellos multitud de esclavos, y de allí sacaban todo lo que podían, fuese oro, plata y mercancías. Muchas veces se ponían de acuerdo con el pretor, y partían con él los beneficios. Cuando había sido concluída esta transacción inicua, el pueblo arruinado y exhausto exhalaba en vano sus quejas, pues nadie se presentaba á defenderlo. El senado estaba demasiado lejos, y no era fácil formar causa á un magistrado tan poderoso como el que estaba á la cabeza de una provincia. Eso nos explica las monstruosas injusticias de los Apios, de los Verres y de tantos otros á quienes devoraba la sed de riquezas.

3. Del lujo y de la corrupción de las costumbres. — Si Roma trataba con dureza á los vencidos, éstos se vengaron severamente, comunicándole todos los vicios y pasiones que les habían conducido á su ruina. La Grecia sobre todo subyugó á sus vencedores

por la influencia de sus ideas y de su civilización. Lo que hubo de deplorable, es que esas ideas y civilización ya no tenían el brillo y vigor que han inmortalizado á la república de Atenas. Las generaciones heroicas y gloriosas de la Grecia habían muerto hacia largo tiempo en los campos de batalla; sólo quedaba un pueblo degenerado, una turba de retóricos, tales como se les ve en todas las épocas de decadencia. La poesía y la elocuencia se habían apagado bajo el soplo de los escoliastas de Alejandría, las creencias habían dejado el puesto libre á un escepticismo alarmante, la filosofía había descendido con Epicuro hasta el lodo del materialismo más abyecto y, en fin, las costumbres eran tan depravadas que el vicio tenía por todas partes templos y altares.

Tales eran los hombres que los romanos eligieron por maestros, para sí y para sus hijos. Los Escipiones, los Paulo Emilio y todos los nobles compraban esclavos griegos para recibir de ellos lecciones. Consideraban como un honor hablar el griego con gran pureza, consagraban todos sus instantes libres á ese ejercicio, y trataban con desdén su lengua materna y á los escritos que se servían de ella. Se vestían á la moda de los griegos, imitaban su suntuosidad y lujo en los festines, y reputaban grosero y bárbaro todo lo que no había sido tomado de sus costumbres. La religión de los antiguos romanos fué reemplazada por la mitología de los griegos. Todas las divinidades que habitaron en Atenas tuvieron derecho de ciudad en Roma, y se ha observado que esa innovación en el culto y las ceremonias comenzó á esparcir la incredulidad en el pueblo.

A medida que esas nuevas ideas se introdujeron en Roma, se vieron acrecentar las riquezas de los romanos. Todos los ejércitos victoriosos habían traído después de sus conquistas botín inmenso. Las camas de bronce, los tapices preciosos y las telas escogidas del Oriente adornaron los palacios de los nobles; el oro y el marfil embellecieron sus casas de recreo, y por

todas partes se complacieron en mostrar las obras maestras de los pintores y escultores que en otro tiempo habían sido orgullo de Grecia. El mismo lujo reinó en los festines, y pronto se hizo punto de honor sobresalir en la elección y la delicadeza de los manjares más raros y exquisitos. Al mismo tiempo nació la pasión de los espectáculos. Se establecieron combates de gladiadores para distraer la ociosidad del pueblo, y se multiplicaron las termas y los sitios de corrupción para satisfacer las pasiones de todos. Era cosa concluída; con el antiguo pueblo romano muerto en el campo de honor se habían extinguido sus virtudes. Esos falsos hijos de la Italia, degradados por su condición primitiva, y rodeados de todas las seducciones de la fortuna, se precipitaron con furor en el seno de los goces del sentido, sin cuidar de su dignidad y sin respetar la decencia pública.

4. De las bacanales. — Desórdenes, sin ejemplo hasta entonces, estallaron en medio de esas escenas de corrupción y de excesos. En el año 184, los cónsules fueron enterados de un hecho que les hizo temblar de espanto y de horror. Reveláronles la existencia de un culto detestable, que tenía por ritos el asesinato y la prostitución, al que se llamaba *bacanales*. La iniciación se efectuaba en esos misterios infames cinco veces cada mes, y la perfección soberana de los iniciados consistía en creer que nada era ilícito. En esas asambleas nocturnas los hombres se fingían adivinos; las mujeres vestidas á la manera de las bacantes sumergían antorchas en el Tiber con símbolos misteriosos. Después, en medio de orgías horribles, meditaban delaciones y envenenamientos, cometían los crímenes más atroces, y si se sospechaba de la discreción de algunos iniciados, los arrojaban en abismos abiertos con ese único objeto. El senado, alarmado, ordenó que se hiciesen investigaciones, y sólo en la ciudad de Roma se encontraron más de siete mil culpables. Los cónsules prosiguieron sus pesquisas en las

demás ciudades, y por todas partes descubrieron escándalos semejantes.

5. Necesidad de una reforma. Catón (184). — Catón fué promovido á la censura cuando todos temblaban aún ante esas maldades inauditas. A juzgar por la reputación de virtud que tenía, era en efecto el reformador que se necesitaba para curar todas las llagas que afligían á la república. Ese hombre, cuyos ojos eran azules y sus cabellos rubios, se consideraba como modelo de sobriedad y de valor. A la edad de diez y siete años había hecho sus primeras campañas, y en los combates llevaba él mismo sus armas, acompañado sólo de un esclavo cargado de provisiones. No bebía más que agua; tan sólo pedía vinagre cuando tenía una sed ardiente, ó bien tomaba un poco de vino aguado si sentía que se debilitaban sus fuerzas. Su sencillez contrastaba con los hábitos corrompidos y voluptuosos de su siglo. Nunca llevó un vestido que le costara más de cien dracmas (1), ni gastó más que treinta ases (2) para comer. Amó duro y sin piedad, trataba á sus esclavos como bestias de carga, y los vendía cuando eran viejos, para no alimentar, según decía, bocas inútiles.

Luego que ese hombre austero llegó al poder, se esforzó en suprimir todos los abusos que reprobaba hacía largo tiempo con sus palabras y su ejemplo. Empezó por degradar á todos los senadores que se habían deshonrado con los crímenes ya expuestos, y después atacó el lujo inmoderado de los ricos, estableciendo una especie de impuesto sobre los adornos, los vestidos y los esclavos de las matronas opulentas. Suprimió igualmente todos los canales que disminuían el agua de las fuentes públicas para los patios y jardines de los particulares, hizo demoler las casas que sobresalían sobre las demás, y puso término á las dilapidaciones de los grandes, elevando lo más po-

(1) La dracma valía 87 céntimos.

(2) 2 francos, 50 céntimos poco más ó menos, ó sea medio peso.

sible las tasas de los arriendos y rentas de la república, que antes se les cedían á vil precio.

Todas esas reformas lo hicieron muy popular por más que fuesen insuficientes para curar lllaga tan profunda como la que devoraba al Estado. Para paralizar el efecto de las malas doctrinas, era preciso combatir las por medio de creencias fuertes, elevadas, sólidas, y Catón, como todos los hombres del paganismo, no poseía sino ideas vagas é inciertas. Atacó á los filósofos y retóricos, pero nada pudo contra el extravío de sus funestos principios. Su austeridad probaba menos su desinterés que su orgullo; porque al mismo tiempo que clamaba contra el lujo y las riquezas, no pudo librarse de que se le acusara de avaricia. Su templanza y economías no parecían más que el fruto de ese vicio. Especulaba con sus esclavos como si fuesen animales; y en los últimos años de su vida, viendo que el cultivo de las tierras no era bastante lucrativo, lo abandonó para entregarse á la usura, que impuso como un precepto á su hijo. A la edad de ochenta años puso el colmo á todos sus escándalos casándose con la hija de uno de sus clientes. El reformador había sido subyugado, pues, por los abusos que trató de reprimir; el médico había contraído la enfermedad que quería curar. Sus esfuerzos fueron estériles y la república continuó marchando hacia la ruina.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuánto tiempo subsistió la unión entre los dos órdenes? ¿Cómo estaban compuestos los ejércitos romanos? ¿Qué fué del pueblo romano? ¿Cómo llegaron las clases superiores á ser propietarias del suelo? ¿Qué medios se emplearon para reconstituir la plebe?
2. ¿Cuántas provincias había al ocurrir el advenimiento de los Gracos? ¿Cómo estaban gobernadas? ¿Cuál era el mayor mal de que sufrían? ¿Qué injus-

ticias cometían los publicanos?

3. ¿Qué influencia ejerció Grecia sobre los romanos? ¿Qué modificaciones produjo esa influencia en los usos y costumbres?

4. ¿Qué desórdenes produjo esa corrupción? ¿A qué se llamaba bacanales? ¿Qué ocurría en ellas?

5. ¿Cuál era el carácter de Catón? ¿Qué reformas realizó? ¿Qué resultó de ellas? ¿Estuvo exento de defectos?

§ II. — *El ager publicus y las leyes agrarias. Tentativa de Tiberio Graco. Ley frumentaria y ley judicial de Cayo Graco (133-121).*

1. El dominio público y las leyes agrarias.

— La primera ley agraria presentada por Espurio Casio había casi fracasado. La segunda, que se llamó ley *Licina*, porque había sido propuesta por Licinio Estolo (376), era mucho más radical. Ese tribuno había propuesto, con su colega L. Sextio, limitar á quinientas fanegas (*jugera*) (126 hectáreas) la cantidad de tierra que un ciudadano podía tomar en arriendo al Estado, y distribuir á los pobres lo que quedase de *ager publicus*, en la proporción de siete fanegas (1 hectárea y 77 centiáreas) por persona. Los que cultivaban tierras del Estado no habían de enviar á los pastos más de cien cabezas de ganado mayor y quinientas de menor, no debiendo pagar tampoco como tributo anual más del décimo ó del quinto de su renta. Esa ley fué mal ejecutada y los abusos continuaron. Otra ley agraria, la tercera, llamada *Flaminia*, por haberla presentado Flaminio (232), no tuvo más objeto que repartir las tierras senonesas, á lo largo del territorio de los boyos, con la intención de poner coto á las incursiones de esos bárbaros.

Durante ese último período de la república, la distinción de patricios y plebeyos había sido reemplazada por la de ricos y pobres. Los ricos formaban la nobleza (*nóbiles*), que se componía de las antiguas familias patricias y de las plebeyas que habían llegado á los grandes puestos de la república y á los honores; los pobres eran llamados *ignóbiles*, sin nobleza. Éstos eran los herederos de los antiguos plebeyos, los libertos y los italianos domiciliados en Roma. Esos formaban la *plebe* ó pueblo propiamente dicho. *

A pesar de la ley *Licina*, que había sido ineficaz, los ricos se hallaban en posesión de todas las tierras del dominio público. Los campesinos de Italia y de la

campiña romana (*plebs rustica*) se hallaban en la más profunda miseria. Los restantes pobres buscaron refugio en Roma para disfrutar allí de las fiestas y de las distribuciones de trigo, y formaron la plebe de la ciudad, *plebs urbana*. La clase de los pequeños y medianos propietarios había desaparecido, quedando sólo la gran propiedad en manos de unas cuantas familias nobles, acaparadores de todo el poder. Tal era el estado social al ocurrir el advenimiento de los Gracos, quienes, deseando concentrar en sus manos la autoridad, resolvieron apoyarse en la masa general y llevar á cabo una revolución que devolviese á Roma sus antiguas leyes y virtudes, disminuyendo el número de esclavos, poblando la Italia de hombres libres, arrebatando á los nobles las tierras que habían usurpado, y poniendo freno á la sordida avaricia de los caballeros, con el fin de que así renaciesen la clase media y los pequeños propietarios. Pero ambos hermanos fueron vencidos pereciendo víctimas de su simpatía por la causa popular.

2. Nacimiento y educación de Tiberio y de Cayo Graco. — Su madre era Cornelia, hija de Escipión, el vencedor de Aníbal, y su padre Tiberio Graco, que fué honrado con la dignidad de censor, con dos consulados y otros tantos triunfos. Todavía eran muy jóvenes cuando Tiberio murió. Cornelia se encargó de su educación, y lo hizo con tanto cuidado y éxito que en breve admiraron por las gracias de su espíritu y las dichosas disposiciones de sus almas. Ella se admiraba en sus hijos: *Hé ahí toda mi compostura y todos mis adornos*, decía un día mostrándolos á una señora que afectaba ostentar delante de ella sus collares y brazaletes. Despertaba sin cesar en su corazón el deseo de la gloria, preguntándoles si la llamarían siempre la hija de Escipión y jamás la madre de los Gracos. Esas lecciones les aprovecharon.

3. Tribunado de Tiberio (133). — Tiberio no tenía más que veinte años y ya había alcanzado la re-

putación de valiente bajo las órdenes del segundo Africano, en la toma de Cartago. Nombrado cuestor cuando la guerra contra Numancia, había salvado la vida al cónsul Mancino, y á su ejército. De vuelta de su expedición, estalló su cólera al ver que el pueblo era tan infeliz y fulminó contra el orgullo y el despotismo de los ricos. Entonces, el pueblo esperando encontrar en él un salvador, lo eligió tribuno.

Al día siguiente de su elección los pórticos, las paredes y las tumbas estaban cubiertos de carteles en los cuales se le exhortaba á promulgar una ley agraria. Tiberio pidió previamente consejo á las personas más graves y sensatas y siguiendo su dictamen, publicó una ley que prohibía á todo ciudadano poseer más de quinientas fanegas de tierra; pero permitía á los antiguos poseedores del dominio público guardar además doscientas cincuenta por cada uno de sus hijos varones, asegurándoles una indemnización por las mejoras que hubiesen hecho en las propiedades que les iban á quitar. Eso era obrar con moderación, y los ricos y los nobles hubieran debido ceder y mostrarse satisfechos. Al contrario se sublevaron contra el tribuno y su ley. Entonces Tiberio no fué ya dueño de su indignación. « Las bestias salvajes tienen sus guaridas y madrigueras, exclamó, y los que derraman su sangre por la defensa de Italia no tienen allí más propiedad que la luz y el aire que respiran: sin casa y sin asilo andan errantes con sus mujeres é hijos. Los llaman señores del universo, y sólo son en realidad dueños de la tierra que les sirve de sepultura. » Encoherizado, abolió su primera ley y publicó otra por la cual mandaba á todos los usurpadores que abandonasen al instante las tierras que habían acaparado.

Los nobles ganaron al tribuno Octavio, induciéndolo á oponerse á su colega. Tiberio hizo que el pueblo lo destituyese y desde entonces su ley no encontró resistencia alguna. Nombráronse tres comisarios para determinar qué tierras habían pertenecido al dominio

público y distribuirlas. Ese encargo se dió á Tiberio en persona, á su cuñado Apio y su hermano Cayo. Los nobles se vengaron del tribuno rehusándole una tienda para efectuar aquella operación y fijando los gastos en sólo nueve óbolos por día; pero esas mezquindades hicieron que aumentase el afecto del pueblo hacia los Gracos. Por su parte Tiberio lo halagó más aún decretando que los tesoros de Atala, rey de Pérgamo, serían distribuidos á los nuevos propietarios para cubrir los primeros gastos de cultivo. También quiso disminuir la duración del servicio militar, devolver al pueblo su derecho de resolver en última instancia los asuntos públicos, y es probable que también hizo algunas promesas á los italianos.

Sin embargo la tempestad bramaba á su alrededor. Sus enemigos multiplicaban las quejas y las amenazas, y el mismo pueblo empezaba á reprocharles la destitución de Octavio. Comprendiendo que necesitaba un segundo tribunado, lo solicitó, pero cuando se hallaba á punto de recoger los votos, notó que una parte del pueblo había sido retenida en los campos por los trabajos de la cosecha y que sus adversarios iban á triunfar.

4. Muerte de Tiberio. — Despidió, pues, á la asamblea, y se fué á la plaza pública para suplicar al pueblo que velase por su seguridad. Sus partidarios le sirvieron de guardias y pasaron la noche alrededor de su casa. Al día siguiente, á pesar de los presagios siniestros que lo habían turbado desde por la mañana, se fué al Capitolio invitado por sus amigos. Se le hizo la acogida más halagüeña, y Mucio comenzaba ya á recoger los votos, cuando el senador Fulvio Flaco vino á decir á Tiberio que el senado había resuelto su muerte. Al oír esta palabra, los amigos del tribuno se ciñen sus túnicas, se reparten las medias picas de que estaban armados los lictores, y se preparan á la resistencia. Como los que estaban algo apartados no comprendían el motivo de ese movimiento, Tiberio se llevó la mano á la cabeza, para indicarles que peligraba

su vida. Sus enemigos pretenden que aspira á la diadema y corren al senado llevando esa noticia. Escipión Nasica ordena entonces al cónsul que dé muerte al tirano. El magistrado se contenta con responderle fríamente : « Si el pueblo, seducido ó forzado por Tiberio, publica alguna ordenanza contraria á la ley, no la ratificaré. — Puesto que el cónsul hace traición á la república, replica Escipión, los que amen á su patria que me sigan ». Y diciendo esas palabras, marcha al Capitolio, seguido de una multitud de ciudadanos que echan abajo todo cuanto se opone á su paso. Tiberio huyó, y anduvo algún tiempo alrededor del templo cuyos sacerdotes habían cerrado la entrada. Al fin cayó bajo los golpes de uno de sus colegas que le dió en la cabeza con el pie de un banco roto. Trescientos de sus partidarios fueron muertos á palos y pedradas. Sus parientes no pudieron conseguir que se les entregasen sus cadáveres, que fueron arrojados al Tíber, después de ultrajados.

5. Lucha entre el pueblo y la nobleza. — Irritados los nobles, sólo escucharon en el momento sus ideas de venganza. Condenaron sin formación de causa á los partidarios de Tiberio, unos á muerte, otros al destierro. Un tal Cayo Bilio murió encerrado en un tonel lleno de serpientes y víboras. El preceptor de Tiberio, el retórico Diofanés, fué degollado. Blosio de Cumas, preguntado por los cónsules, confesó que había seguido en todo las órdenes de Tiberio. « Pero, le dijo Nasica, ¿ si os hubiera mandado incendiar el Capitolio? — Jamás me hubiese dado Tiberio semejante orden, respondió Blosio. » Habiendo insistido otros senadores : « Lo habría hecho, exclamó, porque no me hubiera dado esa orden si no hubiese sido útil al pueblo. » Eso era llevar la decisión hasta el fanatismo.

Sin embargo, nadie se atrevió á tocar á la ley agraria. El senado nombró otro comisario para reemplazar á Tiberio y las investigaciones continuaron. Pero el pueblo aparecía más amenazador de momento en momento

y los enemigos de los Gracos empezaron á sentir verdadero miedo. Escipión Nasica, autor de la muerte de Tiberio, iba á ser sometido á juicio, y tomó el partido de abandonar á Roma, yendo á morir en Pérgamo, después de haber vagado tristemente por diversos países. Escipión Emiliano, que se opuso al tribuno Carbón, uno de los más celosos partidario de Tiberio, fué hallado muerto una mañana en su lecho, y algunos pretenden que sus esclavos, sometidos á la tortura, confesaron que unos desconocidos habían penetrado de noche en la casa y estrangulado á su señor.

Metelo, que era enemigo mortal de Escipión, quiso sin embargo que sus hijos llevaran en hombros el cadáver de Emiliano, diciéndoles : « Nunca podréis prestar análogo servicio á un hombre más grande »; pero el pueblo, olvidando las hazañas de Escipión, y recordando sólo su hostilidad hacia los Gracos, recibió con regocijo la noticia de su muerte.

6. Tribunado de Cayo Graco (123-121). — Aprovechando esa reacción, Cayo abandonó la Sicilia donde era cuestor, y se presentó en Roma á solicitar el tribunado. Sus enemigos lo acusaron de insubordinación, pero él probó que su conducta se ajustaba perfectamente á la ley. « La ley, dijo, obliga á diez campañas, y yo he hecho doce; la ley me permitía abandonar á mi general al cabo de un año de cuestura, y yo he permanecido tres á su lado; todos los demás han vuelto con sus ánforas llenas de oro y plata, cuando al partir sólo llevaban en ellas vino; en cuanto á mí, salí con mi bolsa repleta de oro y ahora me presento con ella vacía ». El pueblo reconoció su inocencia y lo eligió tribuno.

Sus primeras leyes tuvieron por objeto vengar á su hermano; pero luego no se ocupó más que de los intereses del pueblo. Estableció colonias en favor de los pobres y les distribuyó tierras del dominio público en los sitios donde debían fijarse; ordenó que en adelante fuesen vestidos los soldados á expensas del tesoro sin

que por eso disminuyese su haber, y prohibió que nadie se alistase hasta haber cumplido diez y siete años; decidió que el trigo se vendiese al pueblo á bajo precio, y mandó construir graneros públicos para prevenir la escasez; por último multiplicó en Italia los puentes y los caminos para facilitar la explotación de las propiedades y el comercio de los productos. « El pueblo, dice Plutarco, no se cansaba de admirarlo, viéndolo rodeado constantemente de arquitectos, de artistas, de embajadores, de magistrados, de soldados y literatos, á todos los cuales hablaba con dulzura y gracia tan grandes que en el momento se desvanecían las preveniciones que pudieran tener contra él ».

Fortalecido por esta inmensa popularidad, se atrevió á atacar directamente al senado, retirándole el poder judicial, que entregó á los caballeros. Los senadores resolvieron entonces perderlo, privándole del afecto público, y al efecto se pusieron á rivalizar con él en complacencias para con la multitud. Ganáronse la voluntad de Livio, otro tribuno, y le ordenaron que se mostrase más fácil y benevolente aún que su colega. Así fué que, habiendo propuesto Cayo la creación de dos colonias, Livio pidió doce, compuestas de tres mil pobres cada una; Cayo había sometido á una renta anual las tierras distribuidas á los pobres, Livio suprimió este impuesto; Cayo había concedido el derecho de ciudadanía á todos los pueblos del Lacio, Livio prohibió que se impusieran castigos corporales á ningún soldado latino. El pueblo cayó en ese pérfido lazo y se mostró menos favorable á Cayo. Para consumir la pérdida del desgraciado tribuno el senado le confió el encargo de fundar la colonia que debía resucitar á Cartago. Ese asunto le alejó de Roma durante setenta días, y al volver, notó que Opimio le había arrebatado casi todos sus partidarios.

7. Muerte de Cayo (121). — Entonces, con objeto de recuperar el amor del pueblo, se fué Cayo á vivir en un barrio habitado por ciudadanos pobres y desconocidos. Numerosa multitud se agolpaba á su alrededor,

pero el senado lo privó del apoyo de los italianos y de los aliados, ordenando al cónsul que expulsase de Roma á todos los que no habían nacido en ella. Cayo protestó contra esa medida sin lograr impedirla, y al solicitar por tercera vez el tribunado, se lo negaron. Desde ese momento empezó entre él y Opimio, nombrado cónsul, lucha tenaz. Opimio atacó la mayor parte de las leyes de Cayo, que éste se esforzaba naturalmente en sostener. El día en que debía dictarse el decreto del cónsul, los dos partidos ocuparon desde muy temprano el Capitolio. Las gentes de Cayo, con gran dolor de su jefe, alzaron la mano sobre uno de los lictores del cónsul, que los había insultado, y le dieron muerte. El cadáver fué expuesto en la plaza pública, y varios senadores regaron con lágrimas su lecho fúnebre y asistieron á su entierro. Vueltos que fueron á la curia, pronunciaron la famosa fórmula *caveant consules* y encargaron á Opimio de exterminar á los tiranos.

Con arreglo á las órdenes del cónsul, se armaron al día siguiente los senadores, y además los caballeros se presentaron llevando cada uno consigo dos soldados. Por su parte Fulvio entregó al populacho las armas que había tomado á los galos el año de su consulado y fué á apostarse en el Aventino. Cayo no quiso tomar las armas y salió envuelto sólo en su toga, sin más defensa que un pequeño puñal que siempre le había acompañado. Su mujer lo detuvo en el umbral de la puerta y le conjuró con el llanto en los ojos á que no expusiese su vida; pero habiendo logrado arrancarse á sus brazos, salió, pasó delante de la estatua de su padre, que miró sin decir ni una sola palabra y, lanzando un suspiro, continuó su camino.

Así que llegó al Aventino, Fulvio envió dos veces á su hijo con un cadúceo para hacer al cónsul proposiciones de arreglo. Opimio puso al joven en la cárcel, y condujo su infantería contra los que él llamaba rebeldes. Cayo, retirado en el templo, quería darse la muerte; pero sus amigos se lo impidieron y se dejaron dego-

llar para darle tiempo de huir. Se ocultó en un bosque dedicado á las *Furias*, y fué muerto por su esclavo. El cónsul había prometido á cualquiera que le trajese las cabezas de Fulvio y de Cayo el oro que pesaran. L. Septimuleyo cogió la de Cayo, quitó de ella los sesos para echar plomo en su lugar, y la llevó al cónsul en la punta de una pica.

Los partidarios de los Gracos fueron exterminado en número de más de tres mil. Opimio levantó un templo á la Concordia en señal de triunfo; pero el pueblo manifestó el gran sentimiento que le causaba la muerte de sus bienhechores. Les erigió estatuas, consagró los sitios en que habían muerto, y se acostumbró á llevar á ellos las primicias de los frutos de cada estación. Muchos ofrecían allí todos los días sacrificios, lo mismo que en un templo. Su madre Cornelia soportó esa desgracia con resignación. Decía muchas veces, hablando de los edificios sagrados que habían construido en los mismos lugares en que habían sido muertos sus hijos: *Tienen las tumbas que merecen.*

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué suerte había tenido la primera ley agraria? ¿Qué objeto había tenido la segunda? ¿Qué resultado dió? ¿Qué se proponía la tercera? ¿Qué poseían los ricos? ¿A qué se llamaba plebe rústica? ¿A qué plebe urbana? ¿Cuál fué el proyecto de los Gracos?
2. ¿Quién fué su madre? ¿Cómo fueron educados? ¿Qué pensaba Cornelia de sus hijos?
3. ¿Cómo se distinguió Tiberio antes de su tribunado? ¿Cuál fué su primera ley? ¿Qué efecto produjo? ¿Cuál fué la segunda? ¿A quién se confió la ejecución de esa ley?
4. ¿Tomó el senado partido contra Tiberio? ¿Cómo murió?
5. ¿Qué hicieron los nobles después de la muerte de Tiberio? ¿Qué fué de la ley agraria? ¿Dónde murió Escipión Nasica? ¿Qué muerte tuvo Escipión Emiliano?
6. ¿En qué circunstancia se presentó Cayo á solicitar el tribunado? ¿Cómo se justificó contra los ataques de los nobles? ¿Qué leyes dictó? ¿Qué política adoptó el senado para vencerlo? ¿Cómo le hizo perder su popularidad?
7. ¿Qué lucha se entabló entre él y el cónsul Opimio? ¿Cómo murió Cayo? ¿Cuáles fueron los sentimientos del pueblo hacia los Gracos? ¿Qué monumentos levantaron en su honor?

CAPÍTULO XVI.

MARIO Y SILA (1).

Resumen. — Después de la muerte de los Gracos, el partido democrático tuvo por jefe al terrible Mario. Éste, que procedía de una familia oscura, no tenía como los hijos de Cornelia la ventaja de llevar un gran nombre ni la de ser de ilustre alcurnia, por lo cual fué á buscar en los campos de batalla la gloria que necesitaba para intervenir con éxito en las luchas del Foro.

I. Roma combatía hacia ya mucho tiempo contra Yugurta, que se había apoderado del trono de Numidia, en daño de los dos hijos de Micipsa, Adherbal y Hiempsal. El astuto númida había principiado por tratar de corromper á los romanos, pero no logró que las legiones abandonasen sus Estados. Defendióse con tanto valor como fortuna, y para combatirlo solicitó Mario el consulado, prometiendo llevar dentro de poco, cargado de cadenas á Roma, al príncipe africano (107). Cumplió su promesa, y para colmo de su gloria, su invencible espada aniquiló en seguida las hordas de los teutones y de los cimbro, que se habían precipitado sobre Italia como un huracán, haciendo temblar á la señora del mundo (102). Tan gloriosas hazañas hicieron olvidar lo humilde de su nacimiento, y el plebeyo de Arpino oyó á los mismos patricios declarar que Roma no tenía por qué arrepentirse de haber producido á Mario.

II. Libre ya de esa invasión de bárbaros, Roma vió en seguida á sus propios Estados alzarse contra ella en demanda de la libertad política. Mario se inclinaba por carácter y por su posición á sostener la causa de los aliados; pero ese guerrero tan admirable en los campos de batalla carecía de las condiciones del hombre de gobierno. Vaciló y dejó que se le anticipase Sila, quien ahogó la insurrección en sangre (89). Entonces se produjo la rivalidad de esos dos hombres. Mario fué el sostenedor del pueblo, y Sila el de la nobleza. Éste triunfó por de pronto, haciendo desterrar á Mario, y luego tomó el mando de los ejércitos que iban á

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: entre los antiguos: Sulustio, *Bellum Jugurthinum*; Plutarco, *Vidas de Mario y de Sila*; Apio, *De bello civili*; Floro y Velejo Patérculo. Entre los modernos, á más de los historiadores ya citados, consúltense también: Desbrosses, *Historia de la república romana en el siglo séptimo según Sulustio*; Vertot, *Revoluciones romanas*.

combatir á Mitridates. Pero durante su ausencia el partido de Mario recobró el poder en Roma, y el vencedor de los cimbros volvió á su patria, aunque sólo para mancharse de sangre y morir en medio de espantosos excesos (86).

III. Sila se apresuró á hacer la paz con Mitridates (85) para volver á Roma y recobrar el poder: en Italia se encontró con que el partido de Mario le presentó enérgica resistencia; pero después de haber vencido á Tiberio y ordenado la matanza de los samnitas, empezó á publicar listas de proscripción que helaron á todo el mundo de espanto. Tomó el título y la autoridad de dictador (82), operó en la constitución cuantas modificaciones quiso, reformó las leyes, reglamentó la justicia y la administración de las rentas públicas, acabando por renunciar el poder absoluto así que creyó su obra terminada (79). Murió al año siguiente y sus funerales se celebraron de manera espléndida (78).

§ I. — Guerra de Yugurta y de los cimbros. Mario.

1. Carácter de Mario. — Mario, oriundo del pueblo de Arpino, de padres oscuros y pobres, tenía la misma rudeza de Catón. Siempre desconoció las costumbres y usos de Roma, desdeñó el lujo y las comodidades, y despreció al saber y á los hombres de ciencia y literatos. Escipión adivinó su genio en el sitio de Numancia. Una noche en que daba una cena á sus oficiales, le preguntaron quién podría reemplazarle dignamente al frente de los ejércitos, y, dando un golpecito en el hombro de Mario, respondió: *Tal vez éste.* Esa palabra de Escipión fué como una voz del cielo que despertó el genio militar de Mario. Pero si bien fué un gran capitán, pasó también por político más que mediano. La primera de sus grandes expediciones fué contra Yugurta, rey de los númidas.

2. Injusticias y hazañas de Yugurta. — Yugurta se había apoderado de la Numidia, en daño de Hiempsal y de Adherbal, los dos hijos de Micipsa, rey legítimo de aquella región. Tendiendo emboscadas á Hiempsal, que era el más joven, lo hizo perecer; y luego despojó de sus Estados á Adherbal, obligándole á implorar socorro del senado romano. Adherbal encontró á todos los senadores corrompidos por el oro

de Yugurta; pero sus reclamaciones eran tan justas que no hubo manera de desoír las. Mandáronle pues comisarios al África con objeto de que le devolviesen una parte de la herencia de Micipsa su padre. Yugurta pareció aceptar ese nuevo reparto; pero así que los diputados romanos volvieron la espalda, tomó de nuevo las armas contra Adherbal, le arrebató sus posesiones y lo hizo morir en medio de espantosos suplicios (113).

Después de tantas crueldades, el rey bárbaro, poniendo su confianza en el oro y los presentes, no temió presentarse en Roma para justificar su conducta. Así que estuvo en presencia de sus jueces, el tribuno Memmio le reprochó sus crímenes y lo excitó á justificarse; pero otro, Babio, se lo prohibió. El pueblo, burlado por esas indignas maniobras, habló de elevar al trono de Numidia á Massiva, nieto de Massinissa. Yugurta lo supo, é inmediatamente hizo dar de puñaladas á ese nuevo rival (111). Aunque el crimen era evidente, el númerida ofreció probar su inocencia; pero eso pasaba los límites de lo tolerable, y el senado le intimó la orden de salir de Italia. Dícese que al alejarse de Roma, caminó durante mucho tiempo en silencio, y que luego se volvió hacia el punto donde estaba la gran ciudad exclamando: « Pueblo venal, pronto perecerías, si encontraras quien te comprase. »

Mandóse contra el númerida al cónsul Albino y á su hermano Aulo, que dejaron sucesivamente humillar y aniquilar sus ejércitos. Esas noticias sumieron á Roma en la consternación, por lo que se eligió á Q. Metelo para reparar tantos desastres (109). Al principio obtuvo ese cónsul grandes victorias, pero luego Yugurta le suscitó dificultades de todo género, que entorpecieron su marcha. En esas coyunturas fué cuando Mario, lugarteniente de Metelo, pidió licencia á su jefe para ir á Roma á solicitar el consulado. El orgullo nobiliario del patricio se burló de las pretensiones del grosero ciudadano de Arpino, irritándolo con sus desdenes.

3. Victoria y triunfo de Mario. — A partir de

ese instante, Mario no cesó de desacreditar á Metelo, atribuyendo las ventajas del númera á la lentitud del cónsul y diciendo por todas partes que si la mitad del ejército hubiera estado á su disposición, se habría hecho dueño de Yugurta en unos cuantos días. Todos los soldados creían en la exactitud de esas palabras, y escribían á Roma que Mario era el hombre indicado para terminar la guerra. Metelo, harto de oír tales censuras, dió á Mario la licencia apetecida, pero sólo doce días antes de la elección. El ambicioso joven se apresuró á hacerse á la vela, atravesó el Mediterráneo en cuatro días y fué recibido con entusiasmo por el pueblo, que, por decirlo así, lo nombró por aclamación. Mario hizo que su nombramiento pasara por una victoria obtenida sobre los nobles y los ricos, é inflamó al pueblo, prometiéndole dar muerte á Yugurta por su propia mano, ó llevarlo encadenado á la capital (107).

Al volver al África se captó el afecto de las tropas con sus dádivas, y les hizo atacar plazas poco importantes y de toma fácil, para excitar su valor con esos primeros triunfos, hostigando además sin descanso, gracias á movimientos muy hábiles, á Yugurta y á Bocco, su suegro, que habían operado la unión de sus fuerzas. Sus soldados lo admiraban y el enemigo era presa de verdadero terror. Bocco, fatigado por tantos desastres, pensó en salvarse sacrificando á Yugurta. Al efecto hizo llamar á Sila, cuestor de Mario, que le había prestado algunos servicios durante la guerra y le entregó á Yugurta. Esa infame traición terminó la lucha. Dióse á Bocco en premio de su felonía una parte de la Numidia, con el nombre de nueva Mauritania; de otra se hizo un pequeño reino para Hiempsal, hijo de Gulussa; y el resto se agregó á las posesiones romanas.

Mario entró triunfante en Roma, seguido por Yugurta cautivo (106). Asegúrase que el infortunado monarca perdió la razón, y que llevado á una carcel, que-

riendo los lictores poseer pronto sus despojos, le arrancaron los dos lóbulos de las orejas con los anillos de oro que en ellos llevaba, desgarrando además sus vestiduras. Arrojárlo desnudo en un calabozo, sin juicio ya, exclamó sonriendo : *¡Por Hércules; cuán frías son vuestras estufas!* Allí murió miserablemente, después de haber luchado durante seis días contra el hambre.

4. Invasión de los cimbrós y teutones. —

Apenas se conocía en Roma la cautividad de Yugurta, cuando llegaron alarmantes noticias de una terrible invasión de bárbaros. Los cimbrós y los teutones, arrojados de su país por un desbordamiento del mar Báltico, se habían precipitado hacia el occidente en busca de tierras. El violento Boiorix mandaba á los cimbrós; los teutones tenían como jefe al gigantesco Teutobokhe, que de un salto pasaba por encima de seis caballos colocados de frente. Esas amenazadoras hordas, que contaban más de trescientos mil combatientes, se mostraron á los romanos cerca de Noreya, bajo los Alpes tridentinos, con sus mujeres, sus hijos y sus ancianos padres montados en carros. El cónsul Papirio Carbo, que el senado había mandado contra ellos, los engañó con perjurios que no le impidieron ser vencido (113).

Felizmente para Roma, la horda victoriosa penetró en la Iliria, la asoló en todos sentidos, y no reapareció hasta tres años más tarde en los valles de los Alpes helvéticos. Varias tribus del país se unieron á ellos y todos los desastres de la invasión cayeron sobre la Galia central (110). Los bárbaros hicieron pedazos sucesivamente las legiones de Silano, de Casio y de Escauro, matando á los cónsules Manlio y Cepión ochenta mil soldados y cuarenta mil esclavos ó servidores del ejército (106).

5. Derrota de los teutones. — Roma consternada sólo se fió ya del genio de Mario, que fué nombrado otra vez cónsul y mantenido en ese puesto tres años

(106). El ciudadano de Arpino, no menos grosero y terrible que los bárbaros á quienes iba á combatir, tuvo la fortuna de ver á esos adversarios abandonar la Galia para inundar la España, donde fueron á destruirlo y saquearlo todo. Ese incidente le dió tiempo para ejercitar á sus soldados en el trabajo, someterlos á austera disciplina y enseñarlos á despreciar las fatigas.

Al salir de España la horda se dividió en dos ejércitos. Los cimbros se dirigieron por los Alpes tridentinos á través de la Helvecia y la Nórlica, mientras los teutones y ambrones debían aniquilar las legiones de Mario y reunirse á los demás bárbaros á orillas del Po, pasando por los Alpes marítimos. Pero el vencedor de Yugurta no les permitió ejecutar ese magnífico proyecto, sino que los exterminó en una batalla dada cerca de Aix (103). Los montones de cadáveres que quedaron expuestos al sol y á la lluvia en esa vasta llanura hicieron que el sitio tomase el nombre de *Campi Putridi*, hoy *Podrederas* (Pourrières en francés). La tierra quedó tan empapada en sangre, que durante muchos años poseyó mayor fertilidad que antes. Mario victorioso hizo escoger entre las armas y botín lo que había de más bello y más rico, y lo ofreció en un magnífico sacrificio á los dioses. Vestido de púrpura y ceñido á la romana, disponíase á pegar fuego á la hoguera con un hacha encendida en la mano, cuando se presentaron á anunciarle que era cónsul por quinta vez.

6. Derrota de los cimbros (102). — El pueblo había elegido de nuevo á Mario porque aun se sentía lleno de temor. Mientras el ciudadano de Arpino exterminaba á los teutones, los cimbros destruían en Italia el ejército de Cátulo. Al saber esa noticia, Mario acudió á Roma, reanimó la confianza pública, y luego se apresuró á presentarse en las legiones romanas de la alta Italia, haciendo además que acudiera de las Galias su ejército victorioso. Los cimbros se negaron por largo tiempo á combatir, bajo el pretexto de que

esperaban á los teutones, sus compañeros de armas. Sus embajadores llegaron hasta á pedir á Mario tierras para ambos pueblos. « No os preocupéis de vuestros amigos, les respondió el cónsul en broma, pues ya poseen la tierra que les hemos dado y que conservarán eternamente. » Los bárbaros entonces exclamaron que los romanos serían castigados por los cimbro primero, y por los teutones cuando llegasen, para que otra vez no se permitiesen burlas. « Hélos aquí, replicó Mario, presentándoles á los principales jefes teutones cargados de cadenas, y espero que no os marcharéis sin haberlos saludado. »

Trabóse la batalla en las llanuras de Verceil (102). Mario tuvo la destreza de llevar á los bárbaros á una malísima posición, donde el sol y el polvo los cegaban. Así fué que todos se dejaron exterminar ó huyeron á su campamento. Allí fué donde se vio el espectáculo más trágico y terrible. Las mujeres, vestidas de negro y colocadas en los carros, mataban por su propia mano á los fugitivos, de los cuales eran unos sus esposos, y otros sus hermanos ó sus padres : luego ahogaban entre las manos á sus hijos, los echaban bajo las ruedas de los carros ó á los pies de los caballos, y se daban muerte á su vez. Los hombres, careciendo de árboles de que ahorcarse, se echaban al cuello nudos corredizos, atándolos á los cuernos ó las patas de los bueyes, que en seguida agujoneaban hasta hacerlos correr, con lo cual morían estrangulados ó pisoteados por esos animales. Á pesar del gran número que perdieron de ese modo la vida por las propias manos, los romanos hicieron más de sesenta mil prisioneros y destruyeron dos tantos más.

Orgullosa por tan grandes triunfos, Mario no quiso ser comparado en adelante sino con los dioses. Roma le concedió honores reservados hasta entonces á la divinidad, le ofrecieron las primicias de sus mesas, é hicieron libaciones en memoria suya. El pueblo lo llamó tercer fundador de Roma, igualándolo así con Rómulo

y Camilo. Los mismos nobles inclinaron la orgullosa frente ante el genio del gran plebeyo, y exclamaron con un historiador de su partido: *No, Roma no tiene por qué arrepentirse de haber engendrado á Mario.*

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál era el carácter de Mario? ¿Qué opinión tenía Escipión sobre él?

2. ¿Qué injusticias había cometido Yugurta? ¿Por qué se presentó en Roma? ¿Qué dijo al salir de esa ciudad? ¿Cuáles fueron sus primeros triunfos?

3. ¿Cómo llegó Mario al consulado? ¿Qué táctica siguió con Yugurta? ¿A quién entregó Bocco ese número? ¿Cómo triunfó Mario? ¿Qué muerte tuvo Yugurta?

4. ¿De dónde salieron los

cimbros y los teutones? ¿Qué países asolaron? ¿Qué victorias obtuvieron sobre los romanos?

5. ¿Qué fué lo que favoreció á Mario en esa guerra? ¿Por qué se dividió la horda bárbara? ¿Dónde venció Mario á los teutones? ¿Qué nombre recibió la llanura donde se dió esa batalla?

6. ¿Qué triunfos habían obtenido los cimbros en Italia? ¿Dónde fueron vencidos? Refiera V. su derrota. ¿Qué honores tributó Roma á Mario?

§ II. — Guerra social. Extensión del derecho de ciudad á la Italia. Mario y Sila.

1. Causas de la guerra social. — En los primeros tiempos de la república romana, las disensiones intestinas que surgieron tenían por causa la rivalidad de los plebeyos y de los patricios. Esa lucha cesó en el momento en que el pueblo fué admitido á participar á todas las dignidades y beneficios del Estado. Pero después que Roma hubo puesto término á la conquista de Italia, alzóse entre los romanos y las naciones italianas barrera inmensa. Los primeros se creyeron con derechos particulares, que no querían conceder á sus aliados. Los italianos protestaron contra lo que había de odioso y arbitrario en esos privilegios y reclamaron con vivas instancias el derecho de ciudadanía. Como Roma se los negara, tomaron las armas y la guerra civil dejó ya de hallarse limitada como antiguamente á los muros de Roma, para tener por teatro la Italia entera. Tales fueron la causa y el fin de la guerra social ó guerra de los aliados (*socii*).

Mario se sentía llevado por carácter á sostener á los pequeños contra los grandes y á defender los derechos de los italianos contra las pretensiones del senado y del pueblo de Roma; pero nunca tuvo valor para confesar francamente su designio y seguir fielmente esa idea de independencia y libertad. El tribuno Livio Druso fué más osado: siguiendo el ejemplo de los Gracos, propuso conceder á los italianos derecho de ciudadanía, distribuir á los indigentes dinero y tierras, abrir el senado á los caballeros, y devolver los juicios á los senadores. Esa ley no agradó más que á los italianos, quienes se agruparon alrededor de Druso, aunque sin poder salvar sus días. Druso fué asesinado (91), y los autores de su muerte abrogaron sus leyes. Los italianos se alzaron entonces, dando principio la guerra social.

Los marsos comenzaron, al mando de Pompeyo Silo, su valeroso general. Los picentinos, los peliñenos, los de la Campania, de la Apulia y de la Lucania, y sobre todo los samnitas, rivalizaron en ardor por unirse con los primeros. Esa terrible confederación tomó por capital á Corfinio, en el territorio de los peliñenos, y allí organizó un foro, una curia y un senado. Roma, llena de espanto, multiplicó sus levadas y llamó en su auxilio á los más hábiles entre sus generales. Mario aceptó el mando de un ejército; pero como le repugnaba verter la sangre de los que siempre había amado y defendido, pretextó una enfermedad de nervios y renunció el puesto. Por el contrario, Sila, representante de la nobleza, se deleitó en las matanzas, é hizo guerra de exterminio en la Campania y en el Samnio (89). Nunca hubo lucha más sangrienta; calcúlase que en ella perecieron más de trescientos mil hombres.

2. Extensión del derecho de ciudadanía á la Italia. — Después de todos esos excesos, asustado el senado por la resistencia que presentaran los pueblos de Italia, usó con moderación de la victoria obtenida por los generales romanos. Así fué que concedió á los aliados el derecho de ciudadanía que reclamaban, si

bien en vez de repartirlos en las 35 tribus romanas, donde hubiesen tenido la mayoría numérica, compuso con ellos otras ocho nuevas, que fueron llamadas á votar después de las primeras en los comicios, y que de ese modo tuvieron autoridad más nominal que real (88).

3. Rivalidad de Mario y Sila. — Desgraciadamente, esas concesiones no pusieron término á la guerra. Surgió profunda rivalidad entre los antiguos y los recientes ciudadanos. Los aliados habían obtenido efectivamente derecho de ciudadanía, pero formando con ellos ocho tribus particulares, se había hecho casi ilusoria la concesión. Mario propuso una ley en virtud de la cual los aliados debían ser repartidos entre las treinta y cinco tribus primitivas, con los romanos; pero vió alzarse contra él á Sila, quien desde hacía mucho tiempo le molestaba en su orgullo, atribuyéndose la gloria de haber hecho prisionero á Yugurta y dado fin á la guerra de Numidia. Esos dos hombres, cuya cuna, carácter, naturaleza de genio, objeto de la ambición, y todo en una palabra era opuesto, parecían destinados á combatirse. La oposición de Sila, que era jefe de la nobleza, no sirvió más que para aumentar el ardor con que el ciudadano de Arpino trató de imponer su ley, como en efecto lo logró. En cambio, los italianos encargaron á su protector del mandó de la guerra contra Mitridates.

4. Destierro de Mario. — Sila, que había recibido antes que Mario el mismo encargo, se indignó por la injusticia de que era objeto, y comunicando á sus tropas el resentimiento que lo animaba, marchó contra Roma. El pueblo, que carecía de armas, se subió á los techos de las casas, lanzando desde allí sobre las legiones una lluvia de tejas y piedras que les impedía avanzar. Importándosele un ardite de sus amigos, sus aliados y parientes, Sila tomó una tea encendida, ordenó á los soldados que lo imitasen, y pegó fuego á la ciudad. En un instante lo hicieron dueño de Roma el

hierro y las llamas. Inmediatamente reunió á los senadores, hizo degollar al tribuno Sulpicio y puso á precio la cabeza de Mario, sin oír á Escévola, que tuvo el valor de exclamar : « No, nunca declararé enemigo de Roma al que la ha librado de los cimbras. »

Mario huyó, después de haber llamado en vano á los soldados en socorro suyo; el gran guerrero vagó de pueblo en pueblo, se embarcó cerca de Ostia, tomó de nuevo tierra en Circei y fué á ocultarse en los cañaverales de los pantanos de Minturnes, donde fué descubierto. Los naturales del país, no atreviéndose á dar muerte á un hombre tan famoso, le entregaron un baje para facilitarle la huída. Así llegó al África, donde esperaba encontrar algún socorro; pero el pretor Sextilio le envió un licitor que le prohibiese poner los pies en su provincia. El ilustre fugitivo, sumido en su dolor, guardó largo rato sombrío silencio. Habiéndole al fin preguntado el licitor qué debía responder á su jefe, el general contestó lanzando un profundo suspiro: « Dile que has visto á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago. »

5. Victorias de Sila. — Por su parte, Sila se vió acusado en Roma por el tribuno Virginio. Sin preocuparse de sus acusadores ni de sus jueces, partió á hacer la guerra á Mitrídates. Ese monarca, que había hecho degollar ciento cincuenta mil romanos en un solo día, dominaba toda el Asia Menor, la Tracia, la Macedonia, y la Grecia, y mandaba á veinticinco naciones, cuyas lenguas le eran familiares. Al llegar Sila á Grecia (87), todas las ciudades le mandaron embajadores para invitarlo á penetrar en sus recintos. La única que le resistió fué Atenas, pero la tomó por asalto, permitiendo luego á sus soldados que la saquearan y degollasen á los habitantes. La sangre vertida en la plaza llenó todo el Gerámico, se desbordó por las puertas y corrió por las calles. Después de destruir las fortificaciones del Pireo y el arsenal, Sila abandonó el estéril país del Ática, que no podía sustentar á sus tropas y pasó á la Beocia. Allí vino á las manos con los ejércitos de Mitrí-

dates, que deshizo en las dos sangrientas batallas de Queronea y de Orcomeno. La primera de esas victorias sólo le costó catorce hombres; pero, en Orcomeno empezaban ya á desbandarse las legiones, cuando Sila se lanzó en medio de los enemigos gritando : « Romanos, mi gloria será haber muerto aquí; en cuanto á vosotros, al preguntaros dónde abandonasteis á vuestro general, decid que fué en Orcomeno. » La palabra y el ejemplo del jefe detuvieron á los fugitivos, y Mitrídates fué vencido otra vez (86).

Habiendo llegado á noticia de Sila que estaba proscrito en Roma y que Mario vencía, se apresuró á concluir con el rey del Ponto. Tuvo con él una entrevista en Dardán de la Troada, y le dictó orgullosamente estas condiciones de paz (85) : « Retirarás, le dijo, tus tropas de todas las ciudades que no poseías antes de la guerra; devolverás á Nicomedes la Bitinia, á Ariobarzana la Capadocia, y dejarás libres sin rescate todos los prisioneros; me pagarás dos mil talentos y me suministrarás ochenta bajeles equipados, con quinientos arqueros; por último, dejarás tranquilos á los amigos y aliados de Roma. — ¿Qué me dejas, pues?, preguntó Mitrídates. — Te dejo la mano con que has firmado la sentencia de muerte de ciento cincuenta mil romanos. » En feecto, Sila hubiese podido apoderarse de Mitrídates, ahorrando así treinta años de guerra á su patria; pero el tiempo urgía : necesitaba volar en defensa de sus intereses personales.

6. Triunfo del partido de Mario en Roma. — Durante la ausencia de Sila, L. Cinna se había puesto al frente de los italianos, y llamado á Roma á Mario con los demás desterrados. El ciudadano de Arpino volvió á su patria, meditando terribles venganzas en su alma agriada por el infortunio. Cuando entró en Roma, convino con sus satélites en que darían muerte á todos los que él no saludese, ó que dejara pasar sin dirigirles la palabra. Sus amigos se le acercaban temblando. Cinna procuró en vano

poner término á aquellas matanzas; el sombrío vencedor de los cimbros trató á su patria como á ciudad tomada por asalto, y continuó mandando degollar á cuantos le eran sospechosos. Veíanse en todos los caminos y poblaciones, según la expresión de Plutarco, gentes que corrían como perros de caza en busca de los que se habían ocultado ó huído.

En medio de esos furores, Mario se hizo nombrar cónsul por séptima vez; pero el pesar que le causaban las victorias de su rival y los excesos, á que se entregó le produjeron la muerte diez y siete días después de haber recibido aquel honor (86). Su muerte llenó de regocijo á los romanos, porque así se creían libres de la tiranía. Mas, en ese último período de la república, la arbitrariedad reinó sin interregno en Roma. Apenas había cerrado Mario los ojos á la luz, cuando Sila pisaba otra vez el suelo de Italia, llevándolo todo á sangre y fuego.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuáles fueron las causas de la guerra social? ¿Qué carácter mostró Mario en esa guerra? ¿Cuáles eran los proyectos de Druso? ¿Cómo murió? ¿Qué pueblo fué el primero en sublevarse? ¿Cómo trató Sila á los rebeldes?

2. ¿Qué decidió el senado? ¿Cómo hizo ilusorias sus concesiones?

3. ¿Qué disentimiento se produjo entre los ciudadanos? ¿En qué hombres se personificó esa oposición?

4. ¿Por qué marchó Sila con-

tra Roma? ¿Á dónde huyó Mario?

5. ¿Qué triunfos obtuvo Sila en Grecia? ¿Qué victorias alcanzó sobre Mitrídates? ¿Bajo qué condiciones le otorgó la paz? ¿Por qué no se mostró más severo con él?

6. ¿Qué había ocurrido en Roma durante la ausencia de Sila? ¿Cuál había sido la conducta de Mario y de sus partidarios? ¿Cómo murió el vencedor de los cimbros? ¿Qué efecto produjo su muerte?

§ III. — Guerras civiles. Leyes cornelianas.

1. **Vuelta de Sila á Italia.** — Sila derrotó el ejército del cónsul Narbano en Canusio, ganó á su colega Escipión, y lo hizo pasar á su partido con todas sus legiones. Batió en seguida en el Lacio los ochenta y cinco batallones del joven Mario, á quien

obligó á encerrarse en Prenesta, y supo que la victoria había favorecido igualmente en todas partes á sus lugartenientes Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio. Su adversario más terrible fué el samnita Telesino. Este intrépido guerrero se había colocado entre Roma y Prenesta para libertar á Mario; después, cambiando de repente de parecer, se volvió bruscamente hacia la ciudad de Rómulo, diciendo á sus soldados « que era menester aniquilar á la madriguera de los lobos ladrones de la Italia. » Sila lo sorprendió en el camino; el combate fué terrible. Los romanos cedían ya, cuando Sila, fuera de sí mismo, sacó de su pecho una pequeña figura de oro de Apolo que llevaba siempre en las batallas; la besó con afecto y dirigió su oración al dios Pitio. Sus soldados volvieron² á animarse, atacaron al enemigo con nuevo ardor, y Telesino fué muerto en medio de su derrota.

2. Sus proscripciones. — El feroz vencedor hizo encerrar en el hipódromo seis mil samnitas que habían escapado al hierro de sus soldados, y los hizo degollar en él. Los gritos de sus víctimas retumbaron en el senado cuando Sila principiaba su arenga: « No es nada, dijo á los senadores que temblaban, hago castigar á algunos sediciosos; » y continuó su discurso con el mismo tono y sangre fría. Desde entonces ya no puso límites á su crueldad, publicando todas las mañanas una nueva lista de proscritos. Aquellos cuyos nombres figuraban en esas tablas fatales no habían de excitar la piedad y conmiseración de nadie. Se castigaba con la muerte al que se hacía culpable de ese acto de humanidad, aunque fuese el hermano, hijo ó padre de un proscrito. Un joven romano, Metelo, asustado de esa tiranía sanguinaria, se atrevió á preguntar á Sila hasta dónde llevaría sus venganzas: « No lo sé, respondió el bárbaro. — Á lo menos, repuso Metelo, dínos á quiénes quieres sacrificar. — Así lo haré, » dijo Sila; y al día siguiente encontraron nuevas listas colocadas en la plaza.

Pero, dice Plutarco, lo que pareció el colmo de la injusticia, fué que infamó á los hijos y nietos de los proscritos y confiscó sus bienes. Las proscripciones no se limitaron á Roma, sino que se extendieron á todas las ciudades de Italia. No hubo templo de los dioses, ni altar doméstico y hospitalario, ni casa paterna que no fuese manchada con asesinatos. Los maridos eran degollados al lado de sus mujeres, los hijos entre los brazos de sus madres, y el número de las víctimas sacrificadas al odio ó á la cólera no igualaba ni con mucho al número de aquellos que eran degollados sólo por sus riquezas. Así es que los asesinos podían decir: Á éste lo que le ha hecho perecer es su hermosa casa; á aquél, sus magníficos jardines; á esotro sus soberbios baños. » Un romano, llamado Quinto Aurelio, leyendo por curiosidad los nombres de los proscritos, encontró el suyo: « ¡ Qué desgraciado soy! exclamó; mi casa de Alba es la que me persigue. » Apenas dió algunos pasos cuando fué asesinado.

Quedaron arruinadas ciudades enteras. Los prenestinos, que habían recibido en sus muros al joven Mario, fueron degollados en número de doce mil ante la vista de aquél. Las ricas ciudades de Espoleto, Terni y Florencia fueron vendidas en pública subasta. Toda la Etruria fué saqueada, y la antigua raza etrusca destruída por el acero. Con ella pereció su idioma.

3. Su dictadura (82). — Después de haber derramado tanta sangre, el mismo Sila se nombró á sí propio dictador. Los antiguos dictadores, elegidos sólo por un tiempo y con un fin determinado, estaban investidos de poder esencialmente conservador, sin poder cambiar nada en las leyes ni en las instituciones existentes. Sila, por el contrario, se creyó libre de dar á la república nueva constitución y otras leyes. Había hecho perecer á todos los partidarios de Mario, y quiso borrar sus principios por medio de algunos decretos. Después de haber inaugurado su dictadura

con un espléndido triunfo, se presentó como el restaurador del imperio, y se esforzó en restablecer la república sobre sus bases primitivas. Eso era un buen medio para despojar al pueblo de todas las conquistas que había hecho durante largos siglos, y para devolver á la aristocracia el vigor que tenía cuando Bruto arrojó al último de los Tarquinos.

Así, según la nueva constitución, toda la autoridad estaba concentrada en manos de los nobles. Si limitó el poder de los tribunos, restringiendo su veto á los asuntos civiles y envileciendo su empleo; despojó al pueblo de la mayor parte de sus derechos, abolió el orden ecuestre, como novedad desconocida en los buenos tiempos de la república, y esparció sus soldados por la Etruria y el Lacio para formar un pueblo nuevo con organización nueva también. Al mismo tiempo arregló la administración de la hacienda, reorganizó el orden judicial, devolvió á la antigua religión, menos por convicción que por política, su brillo y crédito, y publicó al mismo tiempo contra el lujo y la corrupción multitud de leyes de que él fué desgraciadamente el primer transgresor.

4. Su abdicación (79). — Cuando hubo reconstituido de esa manera la sociedad, según sus ideas y principios, la dictadura no fué á sus ojos más que un vano título. Su vida estaba protegida por trescientos senadores que había colocado en el senado, diez mil esclavos que manumitió, y que siempre estaban á sus órdenes, y ciento veinte mil soldados, que había hecho propietarios diseminándolos en toda Italia. Podía, pues, abdicar sin temor. Mas quiso mostrar en ello cierta ostentación. Reunió al pueblo y le dijo: « Romanos, os devuelvo la autoridad sin límites que me habéis confiado y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si algunos entre vosotros quiere que le dé cuenta de mi administración, estoy pronto á hacerlo. » Al momento despidió á sus lictores, y se mezcló entre la gente del pueblo como un simple particular. Ha-

biéndolo insultado un joven : « Éste, dijo, será causa de que nadie vuelva á abdicar la dictadura. »

Se retiró á su morada, y dividió el tiempo entre el estudio y los placeres. Escribía sus *Memorias*, ó pasaba el tiempo en beber con los bufones. El cómico, el archimimo Sórix, el infame Metrobio, tales eran los hombres que tenían más valimiento en su ánimo. Sus excesos le causaron una horrible enfermedad. Su cuerpo se pudrió, y murió roído por piojos y otros insectos que se renovaban incesantemente (78). Sus funerales tuvieron todo el brillo de un triunfo. Las damas romanas llevaron una cantidad prodigiosa de aromas con las que se llenaron doscientos diez canastillos, y se hicieron con cinamomo é incienso dos estatuas de tamaño natural. Una representaba á Sila, y la otra á un lictor que llevaba los haces delante de él. Pompeyo había empleado toda su influencia para lograr que se tributasen al ex-dictador tan grandes honores.

CUESTIONARIO.

- | | |
|---|---|
| <p>1. ¿Qué victorias obtuvo Sila en Italia? ¿Cuál fué su más temible adversario? ¿Cómo lo venció?</p> <p>2. ¿Qué conducta observó al volver á Roma? Refiera V. sus proscipciones. ¿Qué resultado tuvieron? ¿Cuáles fueron las ciudades más castigadas?</p> <p>3. ¿Qué dignidad se arrogó Sila? ¿Qué diferencia se observa</p> | <p>entre su dictadura y las precedentes? ¿Qué cambios operó en la constitución? ¿De qué modo limitó el poder de los tribunos? ¿Cuál fué el carácter de su nueva constitución?</p> <p>4. ¿Por qué abdicó? ¿Corrió peligro serió al abdicar? ¿Cómo terminó su vida? ¿Qué honores se le tributaron después de su muerte?</p> |
|---|---|

CAPÍTULO XVII.

HISTORIA INTERIOR Y EXTERIOR DE ROMA DESDE LA MUERTE DE SILA HASTA EL PRIMER TRIUNVIRATO (78-60) (1).

Resumen. — La república romana, al llegar á su ocaso, mitó la movilidad característica de las griegas. En vez del

(1) AUTORES PARA CONSULTA : Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de Sertorio, de Craso, de Lúculo y de Cicerón*; Salustio, *Conjura-*

desarrollo armónico y regular que hemos admirado en sus instituciones durante los primeros tiempos, no hallamos sino cambios perpetuos debidos al capricho de los hombres que se suceden en el poder. Esa sociedad enferma se parece á un moribundo que se agita en el lecho del dolor sin encontrar posición de su gusto. Así, ensaya la democracia con Sila, y busca, con Pompeyo y Cicerón, un punto de apoyo en un régimen intermedio, resucitando el orden ecuestre y colmándolo de favores.

I. Pompeyo se prepara al gran papel que iba á desempeñar con brillantes expediciones al exterior. Empieza por aniquilar los últimos restos del partido de Mario yendo á combatir á Sertorio en España (76). Presta luego á la república servicio mayor todavía extirpando hasta los últimos restos de la rebelión de los esclavos, que Craso había vencido ya (74). En seguida aumenta su popularidad restableciendo el poder tribunicio y el orden ecuestre. En su entusiasmo, el pueblo le da autoridad absoluta é irresponsable para combatir á los piratas (67), y prepara de ese modo el despotismo autocrático que debía ahogar la libertad en aquella nación desdichada. El senado reclama, pero César aplaude. Su genio presentía que aquel gran rival le allanaba el camino y que algún día podría recoger su magnífica herencia.

II. Pompeyo, que se había convertido en ídolo del pueblo, recibió también la dirección de la guerra contra Mitridates. Lúculo había vencido al rey del Ponto (74-74), y después de haberlo obligado á refugiarse en casa de su yerno Tigranes, rey de Armenia, había vencido á este último (70-69). Una victoria más, y lograba los honores del triunfo. Pompeyo le arrebató esa gloria (66), y después de terminar la guerra contra Mitridates acabó, según la expresión de Montesquieu, la obra pomposa de la grandeza romana, reduciendo á provincias tributarias la Siria y la Fenicia bajo el nombre de Siria, la Bitinia, la Paflagonia y el Ponto bajo el de Bitinia, la Cilicia y la Panfilia bajo el de Cilicia (64).

III. Cicerón, admirador de Pompeyo, y que como éste quería fundar la libertad en Roma sobre un sistema intermedio, llegó al poder (63) y se distinguió por los triunfos que su elocuencia obtuvo en el foro, en la cuestión de ley agraria y del privilegio que quería organizar en favor del orden ecuestre. Pero lo que hizo célebre para siempre su consulado fué la conspiración de Catilina que tuvo la suerte de descubrir, su firmeza en denunciarla al pueblo y al se-

cion de Catalina y Fragm.; Apio, *De bello civili*; Dion Casio cuya historia empieza con el año 69 antes de J. C.; Cicerón, sus harenas y sus cartas dan curiosos informes; por último, todos los abreviadores precedentemente indicados.

nado, y la gloria de sofocarla, gracias á la sentencia de muerte que hizo dictar contra los conjurados, y la victoria que Manlio alcanzó en Etruria sobre el ejército de Catilina. Ese terrible conspirador cayó envuelto en su derrota (62), y Cicerón fué proclamado salvador y nuevo fundador de la república.

§ I. — *Sertorio. Espartaco. Los piratas.*

1. Guerra de Pompeyo contra Sertorio — Al morir Sila no quedó más que Pompeyo en condiciones para heredar su poder. Era enemigo declarado de Mario, como lo había hecho patente con sus victorias sobre Bruto, Escipión y Carbón, que se habían convertido en lugartenientes del vencedor de los cimbro. Sin embargo, fué bastante grande para conservar su independencia al lado de Sila. Así, se dirigió á Sicilia y África, á combatir los últimos restos del partido de Mario en esas provincias, y se hizo conceder los honores del triunfo, á pesar de la resistencia del dictador. Testigo de sus proscripciones, nunca las aprobó, y aunque no tenía los haces consulares, ni el título y la dignidad de senador, se atrevió á combatir á uno de los candidatos propuestos por Sila para el consulado, logrando que fuese preferido Lépido, que era persona de su confianza. Por fin, no obstante mostrarse admirador del rival de Mario, desaprobaba interiormente la constitución que aquél había dado á la república. Es indudable que se necesitaban fuerza y grandeza para permanecer libre é independiente en medio de acontecimientos tan graves y difíciles, y eso no es lo que menos honra á Pompeyo.

Después de la muerte de su jefe Sila, hizose protector del senado, que le dió orden para ir á España, á extinguir los últimos restos de la guerra civil, reunidos alrededor de Sertorio. Este general, que en el genio ha sido comparado con Aníbal, había nacido en el país de los sabinos, en la pequeña ciudad de Nursia, siguiendo á Mario en sus expediciones contra los bárbaros, y tomando partido por él frente á Sila.

Habíase hecho tan poderoso en España que sus soldados lo veneraban como á un dios. Su genio militar le dió la victoria sobre las regiones de Fidio, sobre las tropas del procónsul Domicio y sobre las de los lugartenientes de Metelo, teniendo reducido á este cónsul á situación desesperada cuando Pompeyo se presentó á tomar el mando del ejército (76). El discípulo de Sila quedó completamente desconcertado por la habilidad extraordinaria de aquel enemigo, que se había imaginado bárbaro. Sertorio lo venció en todos los encuentros. Sabedor Mitridates de esas victorias, le mandó embajadores para proponerle su alianza; aceptóla Sertorio, pero declarándole que no le cedería ni una sola provincia del imperio romano, cuyo dueño se consideraba ya.

Los generales romanos recurrieron á la traición para librarse de ese terrible adversario. Metelo compró la vida de Sertorio á su lugarteniente Perpenna, quien invitó á un festín al gran guerrero, y lo hizo asesinar por los convidados (73). En seguida presentó Pompeyo batalla al infame traidor, lo hizo prisionero y lo envió al suplicio. Desde ese momento terminó la rebelión; los sublevados todos se sometieron, y Pompeyo volvió á Italia para acabar la guerra de los esclavos.

2. Sublevación de los esclavos en Italia.

Espartaco. — Los esclavos del Lacio y de la Campania se sublevaron mientras Pompeyo hacía la guerra á Sertorio. Esa revolución fué provocada por unos gladiadores que llevaban al combate. Habiéndose escapado sesenta y ocho de ellos, entraron en la tienda de un pastelero, cogieron machetes y asadores y salieron de la ciudad. Encontraron en el camino carros cargados de armas de gladiadores, las cogieron y se apoderaron de un lugar muy fortificado (73). Después eligieron como jefe á Espartaco, quien reunía á gran fuerza corporal y á un valor extraordinario, prudencia y amabilidad más dignas de un griego que de un bárbaro. La primera vez que fué vendido en Roma,

una serpiente se había enroscado alrededor de su cara, y una profetiza declaró que esa señal le anunciaba un poder tan grande como terrible. En efecto, el puñado de valientes que mandaba hizo huir al ejército de Clodio, y ese triunfo trajo bajo su estandarte á multitud de boyeros y pastores muy fuertes y ágiles. Con esas nuevas fuerzas batió á Varino y á sus tenientes; mas no lo alucinó la victoria. Sintiendo incapaz de triunfar del poder romano, condujo á su ejército hacia los Alpes, y propuso á sus compañeros sacudir el yugo retirándose á su país, unos á la Galia, y otros á la Tracia. Pero sus soldados, más presuntuosos, desdeñaron sus consejos y prosiguieron sus designios.

Tembló Roma, y encargó á sus dos cónsules que reprimiesen esa revuelta, la más terrible de cuantas habían estallado hasta entonces. Los dos cónsules fueron derrotados. El senado rogó á Craso, principal instrumento de las victorias de Sila, que continuase la guerra. El crédito y reputación del general reanimaron el valor de las legiones. Después de muchas maniobras, que manifestaban tanto la habilidad de Espartaco como la actividad de Craso, vinieron á las manos. Los esclavos fueron vencidos, y dejaron doce mil trescientos hombres en el campo de batalla. Espartaco, después de esa derrota, hubiera querido retirarse á las montañas y prolongar en ellas la guerra; pero sus soldados, menos prudentes, lo obligaron á llevarlos de nuevo contra el enemigo. Antes del combate, Espartaco degolló su caballo diciendo: « Si soy vencedor, los encontraré bastante buenos entre los del enemigo; si soy vencido, no tendré necesidad de él ». Su ejército fué derrotado enteramente. Abandonado de todos los suyos, combatió mientras le quedó una gota de sangre en las venas, y cayó muerto en medio de un montón de romanos que había tendido á sus pies (71).

3. Triunfo de Pompeyo. — Craso había rogado al senado que llamase á Lúculo de Tracia y á Pompeyo

dé España para secundarle. Al entrar Pompeyo en Italia encontró en la Lucania, los restos del último ejército de Espartaco que Craso acababa de destruir. Los atacó y derrotó con facilidad. Eso bastó para que su orgullo se atreviese á apropiarse el honor de haber terminado esa guerra. Escribió al senado : « Craso ha derrotado á los rebeldes ; pero yo he extirpado las raíces de la rebelión. » Craso, el verdadero vencedor, solamente tuvo la ovación, mientras se concedió el gran triunfo á Pompeyo, que se titulaba el héroe invencible, y se vanagloriaba de haber sometido en España ochocientos setenta ciudades.

4. Guerra contra los piratas (67). — Pompeyo se hizo en seguida muy popular, devolviendo á los tribunos su poder, y restableciendo el orden ecuestre. Pero desgraciadamente era el hombre menos capaz de desempeñar el papel de demagogo. Tenía demasiado orgullo y grandeza, y pensaba mucho más en cautivar á los romanos por el respeto y la majestad que por su dulzura y favores. La guerra contra los piratas lo sacó muy á propósito de su embarazosa posición. Esos bárbaros, que eran dueños de todo el mar, desde la Fenicia hasta las columnas de Hércules, tenían en varios sitios arsenales, puertos y torres de observación muy fortificadas ; sus flotas estaban llenas de buenos remeros y de pilotos hábiles, y sus robos continuos los hacían vivir en el lujo y la abundancia. Batidos en varios combates por los cónsules Servilio y Metelo (68) no dejaron por eso de ser formidables. Sus buques cruzaban por todo el Mediterráneo é impedían que los convoyes de Sicilia y de Cerdeña llegasen á Roma.

Para destruir á esos piratas, el pueblo revistió á Pompeyo de autoridad absoluta, y le confirió por tres años el mando de todos los mares y de todas las costas del Mediterráneo hasta cuatrocientos estadios tierra adentro. Nunca se vió expedición más brillante. Pompeyo dividió el mar en trece regiones, en cada

una de las cuales colocó una escuadra; y en el espacio de cuarenta días dejó libres de enemigos el mar de Toscana y el de las Baleares. Recibió con dulzura á los que vinieron á someterse y los dispersó en las ciudades que habían quedado sin habitantes. En cuanto á los demás, los venció y quemó sus buques. Hallábase ocupado en visitar las ciudades de su gobierno, cuando el tribuno del pueblo Manilio hizo votar un decreto que lo encargaba de la guerra contra Mitridates, en detrimento de Lúculo (66).

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué papel había desempeñado Pompeyo en tiempo de Sila? ¿Qué opinión tenía acerca de las reformas llevadas á cabo por el terrible dictador? ¿Qué misión le confió el senado después de la muerte de Sila? ¿Quién era Sertorio? ¿Qué triunfos obtuvo? ¿Cómo se libraron de él los romanos? ¿Quién dominó la rebelión?

2. ¿En qué circunstancia estalló la guerra de los esclavos? ¿Quiénes fueron sus jefes? ¿Qué victorias alcanzó Espar-

taco? ¿Quién lo derrotó? ¿Cómo murió?

3. ¿Qué parte tomó Pompeyo en la derrota de los esclavos? ¿Qué honores le tributaron?

4. ¿Por qué medios logró la popularidad? ¿Qué guerra le encomendaron? ¿Qué poderes le dieron para esa guerra? ¿Cuáles fueron los triunfos de esa expedición? ¿En qué circunstancia se dictó el decreto que lo encargaba de la campaña contra Mitridates?

§ II. — *Guerra contra los pueblos del Asia. Mitridates. Grandeza de Pompeyo.*

1. Segunda guerra contra Mitridates. — La opresión de los pueblos subyugados por los romanos había favorecido los primeros triunfos de Mitridates. La misma causa excitó á todas las provincias que él les había abandonado para volver á colocarse bajo su poder. Los publicanos perseguían de la manera más atroz á los deudores. En Asia extendían á esos desgraciados en el lodo durante el invierno, y los exponían al sol durante el verano, los encarcelaban, y los obligaban muchas veces á vender sus mujeres é hijos para satisfacer la codicia de sus perseguidores. Mitridates se aprovechó de ese general descontento. Invadió la Bi-

tinia, que Prusias había legado por testamento al pueblo romano, ocupó al mismo tiempo la Capadocia, y se unió con Sertorio y los piratas (74). El senado confió esa guerra importante á Lúculo, uno de los tenientes distinguidos de Sila.

2. Victorias de Lúculo (73-66). — Lúculo no había sido todavía jefe de expedición. Durante la travesía, leyó á Polibio, Jenofonte y demás autores que habían tratado del arte militar, para aprender en esos grandes escritores las cualidades necesarias á un general. Nadie puede decir qué fruto sacó de todas esas lecturas ; pero lo que hay de cierto, es que comprendió que en todas las cosas el tiempo es un gran maestro y un hábil artífice. Dejó disiparse el ejército de Mitrídates, que no era más que un conjunto de diferentes naciones, y se aprovechó de esa circunstancia para restablecer la disciplina en sus tropas y el orden en la provincia. Después atacó á Mitrídates delante de Cízico, lo obligó á levantar el sitio de esa ciudad ; y luego la Bitinia, la Paflagonia y la Capadocia cayeron en su poder. Mitrídates abandonó en la fuga á sus mujeres, y se refugió en la corte de Tigranes su yerno, en Armenia (71). Su esposa Monima trató en su desesperación de ahogarse con su diadema real, pero ésta se rompió : « Maldita diadema, exclamó indignada, ni aun para eso sirves. »

Tigranes era el rey más poderoso del Asia occidental. Había subyugado á los partos, civilizado á los árabes escenitas y vuelto á poblar toda la Mesopotamia. Los sirios le habían rogado que tomase su reino bajo su protección, y Mitrídates en la época de su gloria se jactaba de ser su aliado. Cuando lo abandonó la fortuna, buscó un asilo en sus Estados. Tigranes lo recibió con frialdad porque no quería declararse enemigo de los romanos ; mas su orgullo fué halagado con el honor que le hacía su suegro. Sometió la Mesopotamia, conquistó la Fenicia, extendió sus posesiones hasta el Egipto, y tomó el título de rey de los reyes (70).

Lúculo le significó que entregase á Mitridates á los romanos, y habiéndose rehusado á ello, pasó el Tigris y el Éufrates, y penetró con quince mil hombres en el interior de la Armenia. « Como embajadores, dijo Tigranes, es demasiado ; pero como guerreros, es demasiado poco. » Á pesar de sus burlas fué derrotado por ese puñado de valientes. Antes de la batalla habían dicho á Lúculo que aquel día estaba marcado como nefasto desde que Cepión había sido vencido por los cimbrós : « ¡ Y bien, respondió el valeroso general, yo haré que sea fausto, » y cumplió su palabra. Después de la victoria tomó á Tigranocerta (69), y fué á derrotar de nuevo cerca de Artaxata (68) á Mitridates, que había reunido los restos del ejército vencido.

3. Pompeyo sucede á Lúculo (66). — En el interin el pueblo romano entregó á Pompeyo el mando de todas las provincias y tropas que Lúculo tenía bajo sus órdenes. El senado tenía miedo de esa autoridad despótica que amenazaba á Roma con la tiranía, mas el decreto fué sancionado por los sufragios unánimes del pueblo. Lúculo se manifestó indignado al ver que así se le quitaba el honor de concluir una guerra que había comenzado y proseguido con tanto éxito. Comparaba á Pompeyo á un ave de rapiña, cobarde y tímida, que se arroja sobre los animales que no ha matado para devorar sus cadáveres. Así era, añadía, cómo se había atribuido las derrotas de Sertorio, de Lépido y de Espartaco, aunque eran obra de Craso, Metelo y Catulo.

Tales quejas eran fundadas, pero no por ello dejó de ceder el mando de las legiones al gran Pompeyo. Este nuevo general, no menos dichoso que hábil, venció á Mitridates, y vió á Tigranes á sus pies, felicitándose de haber sido vencido por semejante héroe. Pompeyo le dejó la Armenia con el título de aliado del pueblo romano; pero continuó persiguiendo al rey del Ponto, á quien derrotó de nuevo en las gargantas del Cáucaso, donde creyó que había muerto en medio de aquellas naciones salvajes.

4. Conquista de la Siria y de la Palestina (64). — En seguida bajó á Siria y Palestina para hacer la conquista de esos dos reinos. La Siria se hallaba entonces en la situación más deplorable. No pudiendo hacerse obedecer Antioco el Asiático, que Lúculo le había dado por rey, dejaba su reino entregado á infinidad de tiranelos que se desgarraban entre sí. Pompeyo, para concluir con ellos, declaró todo el país provincia romana (64). En Palestina se nombró árbitro entre Hircano II y Aristóbulo II, que se hacían mutuamente la guerra. Después de haberlos oído, se pronunció contra Aristóbulo, y lo sitió durante tres meses en el templo de Jerusalén. Hircano II, restablecido en su trono, se comprometió por reconocimiento á pagar á los romanos un tributo anual.

5. Fin de Mitrídates (64). — Entonces volvió á aparecer Mitrídates, que se creía muerto. Salió de las montañas del Cáucaso, se presentó en el Bósforo y anunció un proyecto gigantesco. Quería sublevar la Tracia, subir por el Danubio hasta las Galias, llamar á todos los bárbaros que encontrara á su paso, y caer desde lo alto de los Alpes sobre Italia. Tal fué, más tarde, el plan de Atila. Sus soldados se asustaron de tal empresa, y su hijo Farnacio le hizo traición. Para evitar la vergüenza de caer en manos de sus enemigos, se envenenó como Anibal; pero no habiendo surtido efecto la bebida, se hizo matar por un galo (64). Farnacio entregó la cabeza de su padre á Pompeyo, quien lo recompensó por su parricidio dándole el Bósforo Cimeriano.

Entonces fué, dice Montesquieu, cuando Pompeyo extendió hasta sus límites extremos la magnífica obra de la grandeza romana. Dejó la Capadocia á Ariobarzano, la Armenia Mayor á Tigranes, la Judea á Hircano, el Bósforo á Farnacio, y redujo á provincias la Siria y la Fenicia bajo el nombre de Siria; la Bitinia, la Paflagonia y el Ponto bajo el de Bitinia; la Cilicia y la Panfilia bajo el de Cilicia.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué es lo que había favorecido los progresos de Mitrídates en Asia? ¿Con quién se alió? ¿Qué general fué encargado de esa guerra después de Sila?

2. ¿Cómo se instruyó Lúculo en el arte de la guerra? ¿Qué victorias obtuvo? ¿Dónde fué á refugiarse Mitrídates? ¿Quién era Tigranes? ¿Por quiénes y cómo fué vencido?

3. ¿En qué estado se hallaba el Asia cuando el pueblo romano encargó á Pompeyo la guerra

contra Mitrídates? ¿Cómo recibió Lúculo ese decreto? ¿Qué triunfos alcanzó Pompeyo?

4. ¿Qué reinos conquistó después de haber sometido á los reyes del Ponto y de Armenia? ¿Qué hizo de la Siria? ¿Qué partido tomó en Palestina?

5. ¿Dónde apareció de nuevo Mitrídates? ¿Cuáles eran sus planes? ¿Quién lo entregó á Pompeyo? ¿Por qué medidas terminó Pompeyo la obra de la grandeza romana?

§ III. — *Cicerón. Ley de Rulio. Catilina.*

1. Ley de Rulio (63).— Tulio Cicerón era hijo de un batanero de Arpino. Su elocuencia hizo olvidar pronto lo oscuro de su nacimiento, y su moderación llevó á los nobles y al pueblo á elevarlo por voto unánime al consulado. César, celoso de su popularidad, quiso arrebatársela proponiendo una ley agraria por mediación del tribuno Rulio. Esa ley tendía á renovar la tiranía de Sila, estableciendo diez comisarios revestidos de poder absoluto, y dándoles el derecho de disponer á su gusto de la Italia, de la Siria y de las nuevas conquistas de Pompeyo; el de vender las tierras públicas, establecer colonias, alistar tropas, juzgar y desterrar á cuantos quisiesen. Cicerón combatió la nueva ley en el senado y asombró hasta tal punto á los autores de la proposición, que no pudieron responderle. Entonces los tribunos lo citaron ante el pueblo. Presentóse al nuevo tribunal á la cabeza de los senadores, y habló con tal elocuencia, que la ley fué rechazada.

En seguida quiso que los caballeros se distinguiesen de la multitud en los teatros. Cuando el tribuno trató de ejecutar esa orden, el pueblo se rebeló y llenó el teatro de confusión. Cicerón vino al momento, llamó al pueblo al templo de Belona, le habló y cambió hasta

tal punto sus sentimientos que le hizo aplaudir la medida antes tan combatida. Ese fué uno de los más hermosos triunfos de su elocuencia; pero la gloria principal de su consulado consiste en haber descubierto la conjuración de Catilina.

2. Catilina y su conspiración. — Catilina era de familia ilustre y tenía todas las cualidades de un jefe de partido. Era audaz y valeroso; en el campo de batalla podía arrostrar todas las privaciones y fatigas, y agradaba al pueblo mostrándose liberal, oficioso é insinuante. Educado en medio del crimen, había muerto á su suegro, y degollado á su mujer é hijo para consumir una unión adúltera. Mientras fué pretor en África, había aniquilado su provincia bajo el peso de sus exorbitantes exacciones.

Había en Roma infinidad de individuos llenos, como él, de crímenes y deudas. En Italia, habiéndose entregado á la molición y á la ociosidad todos los veteranos de Sila, sólo soñaban con el pillaje de las riquezas que tenían á la vista. Catilina se unió á todo ese populacho y pidió el consulado. Si recibía una afrenta, su objeto era sublevar la Italia, incendiar todos los barrios de Roma, y reinar en sus país después de haberlo cubierto de ruinas. Prometía á sus partidarios libertarlos de sus deudas y enriquecerlos. Cuando Cicerón fué nombrado cónsul, Catilina no ocultaba sus designios. « El pueblo romano, había dicho en el senado, es un cuerpo robusto, pero sin cabeza; yo se la daré. » Ya había hecho preparar tropas en la Umbría, la Etruria y el Samnio. Cicerón vigilaba sus pasos; pero como no tenía pruebas jurídicas que oponerle, no se atrevía á atacarlo. En fin, habiendo revelado al cónsul M. Craso, M. Marcelo y Escip. Metelo todos los proyectos de los conjurados, reunió al senado en el templo de Júpiter Estator, y lanzó contra Catilina estas terribles palabras: « ¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? » El conspirador, asustado, salió al momento de Roma, y se fué al campamento de Manlio, su cómplice.

Faltaba conocer á los conjurados que él dejaba en Roma. Dos embajadores de los allobroges, que habían ido á la capital para quejarse de las exacciones de su gobernador, los denunciaron á Cicerón con la esperanza de conseguir de él lo que deseaban. Esos bárbaros lo sabían todo, porque los conjurados los habían iniciado en su complot, persuadidos de que los ayudarían á sublevar las Galias. El cónsul dió parte al senado de esas nuevas revelaciones. Se deliberó acerca de la suerte de los culpables; fueron condenados á muerte, y ejecutados secretamente en sus calabozos.

3. Triunfo de Cicerón. — Cicerón hizo ejecutar esa terrible sentencia mientras que los generales de la república iban á combatir á Catilina. Este desgraciado, que al principio había contado bajo sus estandartes más de veinte mil soldados, se vió abandonado en breve por casi todos ellos; tres mil solamente le fueron fieles. Obligado á combatir, se separó de su caballo antes de la batalla, como lo había hecho Espartaco, y se batió como un desesperado. Todos su compañeros imitaron su heroísmo y se defendieron hasta la muerte. El cuerpo de Catilina fué encontrado bajo un montón de cadáveres y su cabeza enviada á Roma (62).

La multitud tributó á Cicerón los más grandes honores, llamandolo salvador de la república y nuevo fundador de Roma. Cicerón se puso con eso tan vanidoso que cansó á sus mismos admiradores por la costumbre que tenía de vanagloriarse. En el senado, en las asambleas del pueblo, en los tribunales, en todas partes y sin cesar tenía en la boca los nombres de Catilina y de Léntulo. Hasta llenó sus obras con sus propias alabanzas, y por esa razón, dice Plutarco, su estilo, muy dulce y gracioso, llegaba á ser insoportable para sus oyentes; pero no tardó en expiar todos sus triunfos.

CUESTIONARIO.

1. ¿De quién era hijo Cicerón? ¿De qué modo se distinguió? ¿Qué dificultades le suscitó César al principio de su consulado? ¿Cómo salió del paso? ¿Qué triunfo obtuvo su

elocuencia sobre el pueblo en otra circunstancia más? ¿Qué fué lo que constituyó la gloria de su consulado?

2. ¿Cuál era el carácter de Catilina? ¿De qué hombres se componía su partido? ¿Qué se propuso aquél? ¿Por quién supo Cicerón los proyectos de los conjurados? ¿Cómo denunció

el complot en el senado? ¿Qué le refirieron los embajadores de los allobroges? ¿Qué sentencia dictó el senado?

3. ¿Cuál fué la suerte de Catilina? ¿Qué honores se tributaron á Cicerón? ¿Concibió sentimientos de vanidad como consecuencia de los mencionados triunfos?

CAPÍTULO XVIII.

PRIMER TRIUNVIRATO. POMPEYO, CÉSAR Y CRASO. CONSULADO DE CÉSAR. CONQUISTA DE LA GALIA. GUERRA CONTRA LOS PARTOS (1).

Resumen. — Agotada por la corrupción, Roma no era bastante fuerte para conservar su libertad; necesitaba un dueño y hasta los menos previsores lo comprendían. Pompeyo hubiese deseado desempeñar el papel de dominador absoluto, pero su carácter era demasiado inconstante y débil para ello. Ese poder estaba reservado á César, que tuvo la habilidad de marchar por grados y como insensiblemente hacia el objeto que se había propuesto.

I. César descendía de una de las primeras familias de Roma y por alianzas matrimoniales llegó á ser yerno de Cinna y sobrino de Mario. Sila adivinó su genio y el joven justificó las previsiones del dictador por la rapidez de sus adelantos y el brillo de sus primeras hazañas. Pero para conservar mejor el poder alcanzado, lo compartió con Pompeyo y Craso, formando así el primer triunvirato (60). Habiéndose hecho entregar luego por Clodio los dos hombres á quienes temían en Roma, Cicerón y Catón, pidió el gobierno de las Galias cubriendo de gloria á su consulado con la conquista de ese país (59).

II. Antes de César poseían ya los romanos una provincia en el mediodía de la Galia. Más tarde, habiendo solicitado

(1) AUTORES PARA CONSULTA: Entre los antiguos: César, los *Comentarios*; Suetonio, *Vita Jul. Cæs.*; Apio ó Apiano, *De bello civili*; Dion Casio; Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de César, de Catón de Útica, de Cicerón y de Bruto*; Cicerón, *Avengas y cartas*; Salustio, *Cartas*; *Velejo Patérculo*, etc. Entre los modernos, á más de las historias generales ya indicadas: De Bury, *Historia de la vida de Julio César*; Amadeo Thierry, *Historia de los galos*, t. II y t. III.

los galos que los protegiesen contra los germanos y los helvecios, César venció á esos dos pueblos (58-57), presentándoseles por de pronto como libertador de su país. Pero cuando manifestó intenciones de convertirse en dueño, se alzarón contra él, y necesitó todos los recursos de su genio y de su valor para vencer esa resistencia. Los dos héroes más célebres de esa lucha extraordinaria fueron Ambiorix en el norte y Vercingetorix en el centro. Así que este último se le sometió (52), César tuvo que comprimir aún diversas rebeliones parciales, pero la Galia pudo ser considerada desde entonces como sometida al poder de Roma.

III. Mientras César obtenía esas victorias, Roma continuaba siendo presa de todos los jefes de facciones. Pompeyo se había visto obligado á declararse contra Clodio, que se convirtió en su enemigo, llamando en seguida á Cicerón y anulando, de acuerdo con éste y con Milón, todos los actos de aquel fogoso tribuno. Habíase entendido con Craso y con César y todos estaban de acuerdo para hacerse prorrogar sus mandos; pero Craso podía apenas sostener la comparación con dos guerreros ilustres como César y Pompeyo. Así fué que para obtener victorias con que presentarse al pueblo, pidió que le enviasen á dirigir la lucha contra los partos. Desgraciadamente fué derrotado en las llanuras de Mesopotamia, y pereció asesinado por su vencedor (53).

§ I. — *Primer triunvirato. Consulado de César.*

1. Nacimiento y educación de César. — César nació el 12 de Enero del año 100. Se decía descendiente de uno de los primeros reyes de Roma, Anco Marcio, y de la diosa Venus; de donde deducía que en su familia se encontraba la majestad de los reyes señores de los hombres, unida á la santidad de los dioses, señores de los reyes. Á los diez y seis años fué electo sacerdote de Júpiter. Despues negó á ser por alianza yerno de Cinna y sobrino de Mario. Sila hubiera querido obligarlo á repudiar á Cornelia, su esposa; pero César se atrevió á resistirle. Fué preciso que las vestales uniesen sus súplicas á los de sus parientes y amigos para obtener del tirano el perdón del joven temerario. « Vos lo queréis, les dijo Sila; consiento en ello; pero sabed que en este joven cuya vida me pedís con tanta instancia hay más de un Mario. »

Esa era una profecía. La afabilidad de César, su cortesía, sus gracias exteriores, la suntuosidad de su mesa y sus inmensas liberalidades lo hicieron en breve el ídolo del pueblo. Habiendo sido nombrado tribuno de los soldados, usó de los derechos de su empleo para ayudar al restablecimiento del poder tribunicio. Cuando llegó á ser cuestor, le dieron el departamento de la España ulterior (68). Su ambición aumentaba diariamente. Dícese que habiendo visto en Cádiz en un templo de Hércules la estatua de Alejandro, se puso á llorar, porque, según decía, nada había hecho aún de memorable á una edad en que el héroe de Macedonia había sometido ya todo el universo.

2. Sus primeras hazañas. — Apenas se halló de vuelta César en Roma, lo hicieron edil curul (65), cargo que aprovechó para captarle la amistad del pueblo, dándole fiestas, espectáculos y juegos, y acabando por colmar sus deseos levantando de nuevo estatuas á Mario y colocándolas en el Capitolio. Habiendo dejado vacante la muerte de Metelo el pontificado supremo, César solicitó y obtuvo esa dignidad; en el mismo año le designaron para la pretura (63). Entonces fué cuando estalló la demasiada célebre conjuración de Catilina, en lo que hubiese sido de seguro muy fácil á Cicerón probar que César figuraba entre los conjurados: pero el cónsul temía sin duda que la autoridad del joven guerrero impidiese la condenación de sus cómplices, y prefirió suponerlo inocente.

Al terminar su pretura, César fué enviado á España con el título de gobernador. Así que llegó á su provincia, organizó diez nuevas cohortes y, reuniéndolas con las que había hallado ya sobre las armas, marchó contra los lusitanos y gallegos, llegando hasta el mar Exterior y sometiendo á varias naciones que no habían reconocido todavía la dominación romana.

3. Primer triunvirato (60). — Después de su vuelta á Roma, César se apresuró á reconciliar á Craso y Pompeyo, los dos primeros ciudadanos de la república,

y á aliarse con ellos. Tal fué el primer triunvirato. Cada uno resguardaba sus intereses por medio de ese pacto. Pompeyo, de vuelta de Asia, sufría al ver que el senado rehusaba con terquedad la ratificación de sus actos y contaba con que el crédito de César le sacaría de ese embarazo. Craso esperaba obtener por la autoridad de Pompeyo y la influencia de César el poder soberano, que le hubiesha sido imposible alcanzar jamás sólo con los recursos de sus riquezas. César, reconciliando á Craso y Pompeyo, había ido más lejos que éstos, porque había comprendido que era el medio de absorber en él todo su poder. Catón, ese romano de otra época, que quería á catorce años clavar una espada en el pecho de Sila para librar á su patria de un tirano, Catón, verdadero descendiente del rígido censor, se alarmó ante esa coalición, y la denunció como una conspiración manifiesta contra la libertad. Mucho hubiera querido separar á César del consulado, mas no pudo lograrlo. Lo único que logró fué darle por colega á Bíbulo, su enemigo mortal.

4. Consulado de César (59). — Eso dejó sin inquietud á César. Al tomar posesión de su empleo, estableció que se llevaría un diario de todos los actos del senado y del pueblo y que este diario se publicaría, lo cual era un medio de hacer intervenir en todos los asuntos al pueblo que lo apoyaba. Después propuso una ley agraria, con el objeto de dar algunas tierras al poblacho de Roma, sumido en la miseria, y volver á poblar la Italia, estableciendo en ella algunas colonias. Su adversario más tenaz fué Catón, que odiaba á todos los tiranos; pero triunfó de su resistencia, é hizo jurar á los senadores y magistrados, bajo pena de muerte, que observarían la nueva ley. En interés de las provincias se pronunció contra las concusiones de los gobernadores, y se esforzó en dar garantías de libertad á todos los países conquistados. Concilióse al fin el afecto de los caballeros, entregándoles la tercera parte del precio de los impuestos que habían comprado; ratificó los ac-

tos de Pompeyo en Asia, y vendió la alianza de Roma al rey de Egipto, Ptolomeo Aulete, y al de los suevos, Ariovisto.

Estando para terminar su consulado, se hizo elegir de nuevo para el mismo puesto, y obtuvo por una ley del tribuno Vatinio el departamento de la Galia cisalpina y de la Iliria. El senado agregó á éstas la Galia transalpina ó *cabelluda*, porque persuadido de que el pueblo se la daría, prefirió que César la recibiese de sus manos. « Armáis la tiranía, exclamó Catón, y la ponéis en una fortaleza por encima de vuestras cabezas. » César, antes de salir para su gobierno, resolvió alejar de Roma á aquel eterno contradictor, como también á Cicerón, cuya elocuencia le inquietaba. Con este fin, hizo á Clodio plebeyo y lo elevó al tribunado. Tenía éste genio inquieto, turbulento, ambicioso, y no soñaba sino en la caída del partido aristocrático para elevarse sobre sus ruinas. Su primer decreto alcanzó á Cicerón, condenando al destierro á cualquiera que hubiese hecho morir un ciudadano sin juzgarlo (58). El hombre nuevo de Arpino, que se había oído llamar *Padre de la patria* por haber condenado á muerte á los cómplices de Catilina, se vió desterrado por esa misma acción.

Clodio no podía acusar á Catón; pero encontró en su virtud un pretexto para alejarlo de Roma: « Muchos individuos, le dijo, me piden con las más vivas instancias que los envíe á mandar en Chipre; mas yo os considero como el único digno de aquel gobierno, y tengo mucho gusto en nombraros para él. » Habiendo exclamado Catón que esa proposición era un lazo y una injuria, más bien que un favor: « ¡Pues bien! replicó Clodio con tono arrogante y despreciativo, puesto que no queréis ir voluntariamente, iréis por fuerza. » Presentóse al momento ante la asamblea del pueblo, é hizo adoptar en ella el decreto que enviaba á Catón á Egipto.

César, libre de los dos hombres que más lo inquietaban, salió para las Galias.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|---|
| <p>1. ¿En qué época nació César? Era de cuna ilustre? ¿Qué pensaba de él Sila? ¿Cuál era su carácter? ¿Qué cargos desempeñó?</p> <p>2. ¿Cómo se captó la voluntad del pueblo? ¿Por qué le respetó Cicerón en la conspiración de Catilina? ¿Con qué título fué enviado César á España? ¿Qué triunfos logró en ese país?</p> | <p>3. ¿Quiénes compusieron el primer triunvirato? ¿Cuáles eran los planes de cada uno de los triunviros? ¿Qué pensaba Catón de esa coalición?</p> <p>4. ¿Por qué medio se hizo popular César? ¿Cómo se granjeó el afecto de los caballeros? ¿Qué departamento se hizo conceder para ilustrar su consulado? ¿De qué modo se libró de Cicerón y de Catón?</p> |
|--|---|

§ II. — *Conquista de la Galia.*

1. Primeras victorias de César en la Galia (58-57). — Los romanos poseían ya una colonia en la Galia, á donde habían sido llamados unos ciento veinticinco años antes de J. C. por los marselleses, necesitados de su ayuda para defenderse contra sus vecinos. Medio siglo más tarde, la Galia entera fué invadida por una horda de germanos, cuyo jefe era Ariovisto. El Vergobret de los galos, el druida Divitiac se presentó en Roma á referir las desdichas de su patria y á conjurar al senado para que se encargara de la defensa de sus conciudadanos (63). Oyéronlo con benevolencia, pero los ánimos estaban entonces demasiado conmovidos por la conjuración de Catilina para que fuese posible hacerlos pensar ni un instante en los asuntos de las Galias.

Quando Cicerón hubo librado á Roma de dicho peligro, se supo que los helvecios preparaban una invasión no menos formidable que la de los cimbrós y teutones. Aquellos bárbaros, cansados de vivir en sus agrestes montañas, habían quemado sus poblaciones y caseríos, montando luego sus familias en sus carros para dirigirse á la parte occidental de las Galias. Reuniéronse en número de cuatrocientos mil en la punta meridional del lago Lemán. César acudió de Italia al conocer la terrible invasión que se preparaba, les im-

pidió pasar á las tierras de los romanos, los siguió durante quince días á lo largo del Saona, y les dió al fin una batalla en que les mató más de doscientos mil hombres (58). Los que se salvaron se rindieron á discreción, y César los obligó á que se volviesen á sus montañas.

Los galos se apresuraron á felicitar á César, que los había salvado de una guerra cruel y tal vez de la servidumbre. Al mismo tiempo imploraron su ayuda contra Ariovisto y sus germanos, que ocupaban la mejor parte del territorio de los secuanos. El romano, que nada deseaba más que hacer conquistas, declaró la guerra al bárbaro, entró en Besançon, que tomó por sorpresa, y condujo sus legiones contra los soldados de Ariovisto. Ante esos hombres de estatura gigantesca y de feroz aspecto, los romanos se ocultaron en el fondo de sus tiendas y se pusieron á llorar, como si hubiesen estado seguros de su derrota. César necesitó toda su energía y su elocuencia para reanimar el valor de los legionarios. Amenazólos con marchar solo, al frente de su décima legión, y entonces el ejército entero lo siguió, reclamando el combate. El ejército de Ariovisto fué destrozado (57). El bárbaro atravesó de nuevo el Rhin acompañado sólo por algunos fugitivos, y asustó á los demás germanos con la relación de sus desastres.

2. Sumisión de la Bélgica (57-55). — Los galos, testigos de las hazañas de César, que en la misma campaña había exterminado á los helvecios y á los germanos, estaban llenos de admiración. Pero al ver que el romano no hacía regresar á Italia sus legiones victoriosas, sucedió el temor al entusiasmo, y pronto reconocieron que se habían dado un dueño. Los eduos no podían emprender ya nada sin el asentimiento del general romano; los secuanos perdieron su clientela, y hubo tribus bastante cobardes para apetecer la servidumbre.

Los belgas se aliaron para descartar aquella odiosa dominación. César marchó contra ellos y los venció en Bibracto, á orillas del Aisne, aniquilando sucesiva-

mente á sus diversas tribus. Mientras sometía así el norte, sus lugar tenientes paseaban por el oeste las legiones y subyugaban todo el país que se extiende entre las desembocaduras del Sena y del Loira. Craso le escribió que la Armórica estaba domeñada, pero César no quería creerlo.

En efecto, los acontecimientos no tardaron en justificar su desconfianza, pues no bien había abandonado las Galias para ir á recibir en Italia homenaje de sus cortesanos, cuando estalló una rebelión general. Acudió con la rapidez del rayo, sometió á todos los sublevados é hizo una expedición á la Gran Bretaña (54). En la primera tentativa, su flota fué destruída por la tempestad; pero habiendo repetido la empresa, penetró hasta el Támesis y dió á los bárbaros algunos combates; pero no obtuvo como fruto de todos sus esfuerzos más que algunas bandas de esclavos y de perlas bretonas, que mandó á Roma en gran cantidad, para probar que había abordado en desconocidas riberas. Ya era tiempo, por otra parte, de que abandonase la isla, pues su dominación en las Galias se hallaba gravemente comprometida.

3. Levantamiento de los galos del Norte (54-52). — Los galos del Norte se sublevaron, instigados por el eburón Ambiorix, y derrotaron á las legiones de Sabino. Los nervios, los aduáticos, reanimados por ese triunfo, se unieron á los eburones, y vinieron á sitiar á Cicerón en su campamento. En vano éste enviaba mensajeros todos los días á César para informarlo de lo que pasaba; los belgas interceptaron todas sus cartas. En fin, un tráfuga nervio pudo conseguir llegar á *Samarobriva*, en el país de los ambios, donde estaba el cónsul. Le anunció los desastres de Sabino, y le manifestó la angustia de Cicerón. César acudió y libró á su lugarteniente (54).

Esa victoria intimidó á los demás galos, y les hizo suspender todos sus proyectos de rebelión. Sin embargo, al año siguiente, cuando convocó la asamblea

general de las ciudades, los senonenses, los carnutos, los treviros y los eburones rehusaron ir á ella (53), lo cual era una declaración de guerra. El procónsul se regocijó, viendo ahí una ocasión de realzar el prestigio de fortuna y de grandeza que los últimos acontecimientos le habían arrebatado en parte. Su designio era exterminar todos esos pueblos, mas perdonó á los senones á instancias de los eduos, y á los carnutos á petición de los remos. Los treviros sufrieron horriblemente, y los eburones fueron destruidos del todo. Esa guerra de exterminio indignó á la nación gala, impulsándola á realizar un postrer esfuerzo para separarse de ese vergonzoso despotismo.

4. Historia de Vercingetorix (53-51). — Vercingetorix, jefe de los galos, era del país de los arvenos, y había levantado en Gergovia, su capital, el estandarte de la rebelión. Todos los pueblos del centro y del oeste se unieron bajo sus órdenes, y entró en campaña con un ejército formidable. Encontró á César bajo los muros de Noviodunum (Nevers), y le dió allí una batalla; pero la suerte favoreció á los romanos (52).

Desde entonces, Vercingetorix cambió de plan. Quiso atacar por hambre á César, y obligarle á diseminar su ejército en destacamentos, esperando destruirlo en una guerra de combates parciales. « Quememos, dijo á los galos, quememos todas nuestras habitaciones aisladas, todos los pueblos y ciudades que no puedan defenderse: hé ahí el único medio de asegurar la libertad á nuestra patria. » Esa opinión fué adoptada sin que se oyese una sola queja, ni un murmullo, y en un solo día más de veinte ciudades de los biturigos fueron sacrificadas al patriotismo. Los carnutos y sus vecinos imitan ese terrible ejemplo, y el desierto se extiende alrededor del campamento de César. Vercingetorix quería también que se quemase á Avárico, la brillante capital de los biturigos; pero habiéndose echado á sus pies esa tribu para rogarle que conser-

vase una ciudad adorno de toda la Galia, se dejó enternecer. Esa condescendencia salvó á César. Sitió á esta ciudad y la tomó, á pesar del heroísmo de sus defensores. Hombres y mujeres, viejos y niños, todos fueron degollados. De cuarenta mil hombres que había en ella, apenas llegaron ochocientos al campo de Vercingetorix.

César encontró en Avarico viveres para el invierno. En la primavera comenzó de nuevo las hostilidades y sitió á Gergovia, capital de los arvenos (52). Vercingetorix lo venció bajo los muros de esta ciudad, lo persiguió y lo alcanzó cerca del Saona, donde se dió una batalla terrible. César, para volver á animar á los suyos, se vió en el caso de arrojarse en medio del combate. El choque fué tan violento que dejó su espada en manos de los enemigo. Pero los batallones galos, llenos de terror, huyeron y se retiraron al abrigo de los muros de Alesia en Auxois, que era una de las plazas más fuertes de la Galia. Desde allí Vercingetorix hizo otro llamamiento á los galos, ofreciendo resistir á los romanos hasta que se le enviasen socorros.

Á su voz, doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos se reunieron en la frontera eduena y marcharon para libertarlo ; pero César había rodeado la ciudad y el campo galo con trabajos prodigiosos en los que vino á estrellarse toda la Galia. Los esfuerzos desesperados de los sitiados reducidos á hambre horrosa y los de doscientos cincuenta mil galos que atacaban á los romanos por la parte del campo, fracasaron igualmente. Vercingetorix resolvió entonces entregarse á los romanos como autor de la guerra. Montó en su caballo de batalla, vistió su más rica armadura, y después de haber dado vueltas alrededor del tribunal de César, arrojó su espada, su venablo y su casco á los pies del romano, sin decir una sola palabra (52). César mandó que lo amarrasen, y después lo hizo conducir á Roma, donde estuvo seis años en un oscuro calabozo, esperando la hora en que había

de servir como trofeo en el triunfo de su vencedor.

5. Conquista definitiva de la Galia (51). —

Todavía hubo en las Galias algunas sublevaciones parciales; pero César trató á los rebeldes con tanta crueldad y barbarie que ya nadie se atrevió á tomar las armas. Sometida y temblorosa la Galia, nada intentó desde entonces para conquistar su independencia. El vencedor no abusó más de su victoria; comprendiendo que tenía necesidad de los galos para apoderarse del imperio de Roma y del mundo, los trató en adelante hasta con dulzura. Eximió de tributo á muchas ciudades, halagó á los ricos y á los nobles con distinciones honoríficas y alistó á los guerreros en sus legiones. Creó una de veteranos galos, y la llamó legión de la alondra (*alauda*), porque los que la componían llevaban en el casco una de dichas aves. Estos son aquellos guerreros vigilantes que veremos destruir las sombrías legiones de Pompeyo.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| <p>1. ¿Qué era lo que los romanos poseían en las Galias antes de César? ¿Por quiénes fué invadida la Galia en la época de la conjuración de Catilina? ¿Qué invasión sucedió á la de los germanos? ¿Cuál fué el primer pueblo bárbaro que César venció en la Galia? ¿Contra quién volvió entonces sus armas? ¿Qué fué de Ariovisto?</p> | <p>resultado de su expedición?</p> |
| <p>2. ¿Qué efecto produjeron sobre los galos esas primeras victorias? ¿Cuál fué el pueblo que se sublevó contra César? ¿Dónde lo venció éste? ¿Qué país sometieron sus lugartenientes? ¿Cuál fué el</p> | <p>3. ¿Quién fué el jefe de la rebelión de los galos del Norte? ¿Cómo se condujo César en esas circunstancias? ¿Qué efecto produjo su severidad?</p> <p>4. ¿Quién fué el jefe de la rebelión que estalló luego? ¿Cuál fué el plan adoptado por Vercingeterix? ¿Qué ciudad hizo la resistencia más vigorosa? ¿Cómo se rindió Vercingeterix?</p> <p>5. Hubo algunos conatos de rebelión más en las Galias? ¿Cómo se captó César la confianza y afecto de los vencidos?</p> |

§ III. — Guerra contra los partos.

1. Estado de Roma durante el proconsulado de César. — Al salir César de Roma había dejado á Clodio dueño del Foro. Este ambicioso tribuno, no

contento con haber desterrado á Cicerón y saqueado sus viviendas, atacó después á Pompeyo. Trató de derogar algunas de sus ordenanzas, suscitó pleitos á sus amigos, y hasta llegó á denunciarlo al pueblo como un tirano. Pompeyo se arrepintió de haber trabajado en favor de la elevación de aquel intrigante y se volvió de repente contra él. Hizo volver á llamar á Cicerón por medio de Milón, quien se encontraba á su vez en posesión del tribunado (57). El pueblo acudió en masa al camino por donde había de pasar el ilustre desterrado, y lo acogió con tanto entusiasmo que llegó á Roma, llevado, como lo dice él mismo, sobre los hombros de la Italia. Mas al entrar en su patria, ya no sentía la misma independencia ni la misma libertad. El reconocimiento le sujetaba casi fatalmente á la suerte de Pompeyo. Así, luego que pudo presentarse en el senado, se apresuró á satisfacer su deuda para con su bienhechor, haciendo que se confiase á éste, por cinco años, la intendencia de los víveres con la vigilancia de los puertos y mercados de todo el imperio. Pompeyo, agradecido por ese testimonio de reconocimiento, lo hizo su lugarteniente.

No obstante, Clodio había vuelto á desempeñar su destino. Continuó sus violentas invectivas contra Pompeyo, y le prodigó injurias y afrentas. Cicerón se unió á Milón, quien tenía siempre á sus órdenes, así como Clodio, gladiadores y soldados. Fueron juntos al Capitolio y anularon los actos de ese fogoso tribuno. Llegó el caso de darse de golpes y de recurrir á la violencia, pues todos esos grandes personajes no eran ya, con vergüenza del severo Catón, más que jefes de pandillá. Pompeyo inquieto se fué con Craso á Lucca (56), para entenderse con César sobre el partido que habían de tomar. El conquistador de las Galias les aconsejó que se hiciesen nombrar ambos cónsules, prorrogándole á él su mando por cinco años á fin de que pudiera concluir la conquista. De regreso á Roma, Pompeyo y Craso compraron el consulado más bien

que lo pidieron, continuaron á César el proconsulado de las Galias, dispusieron como si fueran soberanos de todos los empleos, y tomaron por departamentos, Pompeyo las Españas y Craso la Siria.

2. Expedición y muerte de Craso (54-53). — Craso, como César y Pompeyo, deseaba obtener victorias que presentar al pueblo, para que su nombre no fuese eclipsado por los de sus rivales. Según él, las hazañas de Lúculo contra Tigranes y las expediciones de Pompeyo contra Mitrídates no eran más que juegos de niños comparándolas con las grandes conquistas que él meditaba. El pueblo se burló de esta ostentación, y Ateyo, uno de los tribunos, quiso hasta oponerse á la partida del cónsul. Craso se rió de sus imprecaciones, despreció los consejos de los reyes de Galacia y Armenia, y se arrojó atolondradamente en las llanuras de la Mesopotamia. Si al menos hubiese apresurado su marcha y precipitádose sobre las ciudades de Babilonia y Seleucia, hubiera asustado al rey de los partos, y su actividad habría confundido á los enemigos. Pero en la primera campaña se contentó con tomar la ciudad de Zedonocia en Mesopotamia, y hacerse llamar *imperator*, sobrenombre ridículo por tan pequeña hazaña.

En la campaña siguiente, cuando pasó el Éufrates, los partos, bajo las órdenes de Surena, su valiente general, se presentaron con un poderoso ejército, y se divirtieron en tender toda clase de lazos á su imprevisión. Habiéndole aconsejado su pérfido guía, el bárbaro Ariamno, que abandonase las orillas del río, lo extravió en desiertos inmensos, donde no se encontraba ni árboles ni agua. Al llegar á los llanos de Carrhes, las legiones, muy cansadas, se vieron de repente envueltas por la caballería ligera de Surena y sus hábiles arqueros. Antes del combate los partos tocaron sus instrumentos, é hicieron salir de ellos un ruido sordo y desgarrador, semejante á los mugidos de las bestias feroces y á los estampidos del trueno. Los

romanos, amedrentados, fueron al momento abrumados por una granizada de flechas y dardos que rompían todo cuanto les hacía resistencia. Lo más terrible para esos infelices soldados era que no podían alcanzar á aquellos enemigos, que huían á rienda suelta, después de haber arrojado sus flechas. Habiendo querido el joven Craso avanzar con la caballería fué hecho prisionero. Su padre comprometió el resto del ejército yendo á su socorro.

No obstante, el desgraciado cónsul pudo escapar del combate con algunos batallones, y retirarse sobre una pequeña montaña. Surena le propuso una entrevista, durante la cual lo hizo degollar. Casio, teniente de Craso, llevando consigo los restos del ejército vencido, no tuvo más que el tiempo necesario para huir hasta la frontera, y organizar allí un sistema de defensa que impidiese á los partos invadir el imperio (53).

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| <p>1. ¿Cuál fué la conducta de Clodio para con Pompeyo? ¿Por quién fué llamado del destierro Cicerón? ¿Cómo fué acogido en Roma? ¿Qué dirección tomó entonces su política? ¿Qué desórdenes se produjeron en el seno de Roma? ¿Qué medida aconsejó César á sus colegas?</p> | <p>2. ¿Por qué deseaba Craso hacer una expedición militar? ¿Qué falta cometió en su primera campaña? ¿Qué título se atribuyó? ¿Dónde halló á los partos en la segunda campaña? ¿Cómo terminó ese combate? ¿Cómo murió Craso?</p> |
|--|--|

CAPÍTULO XIX.

GUERRA CIVIL. DICTADURA DE CÉSAR. SUS REFORMAS Y SUS PROYECTOS.

Resumen. — I. La muerte de Craso produjo la disolución del primer triunvirato. César y Pompeyo quedaron frente á frente y su oposición no tardó en estallar. El senado había conferido á Pompeyo el poder absoluto; César no podía dejar de protestar contra semejante preferencia. No habiendo sido atendida su palabra, púsose á la cabeza de los

veteranos que le acompañaran en la conquista de la Galia, y apoyándose por una parte en la fuerza de su espada, y por otra en el amor del pueblo que siempre había sido objeto de sus halagos, resolvió obtener por fuerza lo que se le rehusaba por vía de las negociaciones.

Pasó, pues, el Rubicón, atravesó la Italia, pasó á España para vencer á los partidarios de su rival y fué por último á derrotarlo á él en persona en Farsalia. Un asesino dió muerte á Pompeyo cuando, ya caído, se refugió en Egipto (48).

II. Después de haberse salvado de una sedición que estalló contra él en Alejandria y de haber sometido rápidamente á Farnaces, que procuraba reconquistar su independencia, volvió César á Roma, donde acabó de atraerse la voluntad del pueblo dándole grandes festines y fiestas suntuosas. Luego derrotó en Tapso al ejército mandado por Catón, y obligó á éste á encerrarse en Útica, donde tuvo la debilidad de suicidarse (46). César regresó á Roma, á recibir los honores triunfales debidos á todas sus victorias, y en seguida salió para España, á aniquiliar en Munda los restos del partido pompeyano (45). A partir de ese momento no halló resistencia alguna, y, una vez al frente del poder soberano, mostróse digno de su fortuna. Vencedores y vencidos, la Italia y las provincias, los grandes y el pueblo, todos pudieron invocar con idéntica confianza su autoridad protectora. Ante sus amplias y sublimes concepciones se borraron las diferencias de clases y de partidos; de ese modo sentó los cimientos de la unidad de civilización que debía caracterizar en la historia de la humanidad, el advenimiento de la dominación romana.

§ I. — Guerra civil. Farsalia.

1. Guerra civil. — Pompeyo, que había permanecido en Roma, pasaba su tiempo paseándose con su mujer por sus quintas y prados, mientras llegaba el instante en que el pueblo, cansado y lleno de hastío, le otorgaba el imperio. Cicerón procuraba por todos los medios consolidar su posición personal, adulando por una parte á Pompeyo y escribiendo por otra versos en honor de César. Catón seguía pronunciando los nombres de república y de libertad, pero sin comprender su época. Sus ideas, lo mismo que sus virtudes estoicas, eran sólo ridículo anacronismo. Todo había llegado á ser materia de compra y venta. Milón aspiraba al con-

sulado y continuaba sus ataques contra Clodio. Habiéndose encontrado esos dos implacables adversarios en la vía Apia, sus séquitos vinieron á las manos. Clodio vencido por Milón fué perseguido hasta una hostería, donde éste le dió muerte. Asustado Catón en presencia de semejante anarquía, y temiendo por otra parte el despotismo de César, exclamó en pleno senado : « Más vale escoger un dueño que dejarse imponer un tirano. » Pompeyo fué en consecuencia nombrado consul único, revestido de poder absoluto (52).

Habiendo admitido esos honores de manos del senado, Pompeyo quedó siendo naturalmente desde ese instante el enemigo de César, que siempre había sido el hombre del pueblo. Ese rival era en extremo temible. Durante su proconsulado, César había tomado más de ochocientas ciudades, sometido más de trescientas naciones, combatido en épocas diferentes contra más de tres millones de hombres, una tercera parte de los cuales había muerto en batalla campal, mientras otra tercera fué vendida como esclavos. Desde hacía diez años sus dádivas habían enriquecido á todos los ciudadanos, extendiéndose hasta á los esclavos y libertos. Los acusados, los hombres cargados de deudas, los jóvenes, todo el mundo había hallado en él refugio y apoyo. El pueblo recordaba con entusiasmo los juegos y festines que le había prodigado. Elogiábanse sus prodigiosas hazañas que habían arrancado á Cicerón este grito de asombro : « Comparado con César, ¿qué ha hecho Mario ? » Además, ese hombre, adorado por la multitud, disponía de un ejército ganado á su causa á fuerza de victorias y beneficios. Reyes y provincias se volvían hacia él, proclamándolo libertador.

Sin embargo, César no se dejó deslumbrar por todas esas esperanzas y ofreció la paz al senado y al partido de Pompeyo. Pero como aquél no hubiese atendido sus cartas, el guerrero pasó los Alpes y marchó sobre Roma. Dícese que, llegado cerca del Rubicón, en los límites de su provincia, se paró y, después de haber

reflexionado algún tiempo en lo atrevido de su empresa, exclamó : « La suerte está echada », y pasó el río, tocando el clarín con todas sus fuerzas. Ese era el anuncio de la guerra civil (49).

2. Primeras victorias de César. — Durante las discusiones sobrevenidas entre el senado y César, Pompeyo había permanecido inactivo. Cuando le preguntaban de qué recursos disponía contra el dueño de las Galias, respondía : « Ne tengáis temor alguno ; cuando yo hiera con el pie la tierra, saldrán de ella legiones. — Pega, pues, » le replicó Favonio, al saberse que César estaba en Italia. Los hechos desmintieron las esperanzas de Pompeyo. « Al ver los galos de César, refiere Plutarco, las ciudades parecían arrancarse de sus cimientos para transportarse de un punto á otro. Toda Italia huyó, y Roma se vió como inundada por un diluvio de pueblos que de todas partes acudían á refugiarse en ella ; en agitación, en tempestad tan violenta, no era posible que ningún magistrado siguiese conteniendo al pueblo por la razón ó por la autoridad. » Entonces Pompeyo se retiró con los senaderes á Dirraquio en Iliria, y César siguió adelante como conquistador. En sesenta días se hizo dueño de Roma y de Italia, y lo que le hace digno de la admiración de los siglos es que evitó verter la sangre de sus conciudadanos.

Pompeyo no tenía á su alrededor más que personas que llevaban grandes nombres ó títulos frívolos, pero carecía de soldados y de generales. La fuerza real de su partido se hallaba en España, donde tenía por lugartenientes á Afranio, Varrón y Petreyo. César, marchó primero contra ese ejército que estaba sin general y lo venció ; pero fué tan generoso y clemente con los vencidos, que España entera le juró obediencia y fidelidad. En seguida se presentó á combatir á Pompeyo, de quien decía que era un general sin ejército.

3. Batalla de Farsalia (48). — Sin embargo, César debía correr grandes peligros en la guerra que iba á entablar. Pompeyo había cubierto el mar con sus

buques, la tierra con sus legiones, teniendo además provisiones y riquezas inagotables, mientras que César había desembarcado en Apolonia con solos seiscientos soldados de caballería y cinco legiones escogidas. Contaba con que el resto de su ejército se le uniría pronto; pero cansado de esperar, tomó poco á poco el partido de embarcarse solo, sin que nadie lo supiese, en un simple barquichuelo, para ir en persona á Brindes en busca de sus tropas. Asaltado por horrible tempestad, el piloto ordenó á los marinos que retrocediesen; pero entonces César se dió á conocer y le dijo: » Nada temas; llevas á César y su fortuna. » Los marinos, inflamados por esa frase sublime y por el heroísmo del conquistador, hicieron nuevos aunque inútiles esfuerzos para vencer la violencia de las olas; al fin César se vió obligado, con gran pena, á volver á su campamento.

Habiendo al fin llegado Antonio con las legiones de Brindes, César atacó imprudentemente á Pompeyo, y fué vencido. Estaba perdido, si los vencedores hubieran tenido el talento de aprovechar la victoria; pero al contrario éstos cometieron el error de dejarlo penetrar en la Macedonia y la Tesalia, y de seguirlo, acabando por presentarle Pompeyo la batalla en las llanuras de Farsalia. Lleno de alegría, César dirigió su ruego á los dioses, puso en orden sus tropas, y les mandó que hiriesen con sus picas los rostros de los caballeros de Pompeyo, flor y nata de la joven nobleza de Roma. La derrota fué completa; aquella voluptuosa juventud prefirió volver la espalda á dejarse desfigurar.

Cuando Pompeyo vió á su caballería en desorden, se retiró á su tienda de campaña sin decir una palabra, y se sentó estupefacto en ella, esperando el resultado del combate, como si hubiese perdido la razón. Habiendo sido también destruída su infantería, los cesarianos se arrojaron sobre sus atrincheramientos. « ¡Y qué! exclamó entonces, ¿ hasta en mi campo? » No tuvo más que el tiempo necesario para disfrazarse y huir. Después de ordenar que se perdonase á los vencidos, Cé-

sar recorrió el campo de batalla, y al ver los muertos de que estaba cubierta la tierra, dió un profundo suspiro. « ¡Ay de mí! dijo, ellos lo han querido. Si hubiese licenciado mi ejército, hubiera sido condenado. »

4. Muerte de Pompeyo (48). — Pompeyo dió á la vela para Lesbos, é hizo venir de Mitilena á su mujer Cornelia, sus criados y sus efectos más preciosos. Después de haber preguntado á sus amigos á qué tierra había de abordar, se decidió por el Egipto, y fué á ponerse bajo la protección de Ptolomeo Dionisios, de quien había sido tutor. Potín, servidor del monarca, que se había apoderado de la regencia, temió la presencia de Pompeyo y decidió su muerte. Fingió, pues, ofrecerle la hospitalidad; pero apenas el ilustre romano descendió á la barca que debía conducirle á la orilla, sucumbió á los golpes de sus asesinos. Presentaron su cabeza á César cuando llegó á Egipto poco tiempo después. El grande hombre apartó los ojos de ese horroroso espectáculo, y derramó lágrimas por la suerte de su rival.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué hacía Pompeyo en Roma? ¿— Cicerón? ¿— Catón? ¿Por quién fué muerto Clodio? ¿Por qué confió el senado á Pompeyo el poder soberano? ¿Cuál fué el efecto de ese decreto respecto de César? ¿De qué recursos disponía este último? ¿Qué propuso al senado? ¿Qué palabras pronunció al pasar el Rubicón?

2. ¿En qué se engañó Pompeyo? ¿Qué impresión produjo en Roma y en Italia la llegada

de César? ¿Adónde se retiró Pompeyo? ¿En qué país fué César á atacar al partido pompeyano?

3. ¿En qué circunstancia se mostró César superior á su fortuna? ¿Qué resultado tuvo el primer combate que dió á Pompeyo? ¿Dónde vengó ese fracaso?

4. ¿Adónde huyó Pompeyo? ¿Quién lo asesinó? ¿Qué sentimientos manifestó César al ver la cabeza de su ilustre rival?

§ II. — *Dictadura de César. Sus reformas y sus proyectos.*

1. Nuevas expediciones de César. Tapso. — César llegó á Egipto poco después de la muerte de Pompeyo con treinta y cinco navíos y cuatro mil hombres. Alejandría se sublevó contra él, y le amenazaron

graves peligros; pero la fortuna siguió siéndole fiel. Derrotó á los rebeldes, apaciguó al pueblo y volvió á continuar con toda su actividad el curso de sus conquistas. Al pasar de nuevo al Asia, sometió á Farnaces, quien, como Mitrídates, su padre, quería hacerse independiente y reinar en los mismos Estados. Los triunfos de César en esas comarcas fueron tan rápidos, que pudo dar cuenta al senado de su expedición en estas tres palabras. « *Llegué, vi, vencí* » (47).

Luego volvió á Roma y acabó de captarse el afecto de la multitud, dando festines espléndidos y magníficos espectáculos. Al mismo tiempo que hacía á cada uno mil concesiones, sabía conservar su autoridad. Habiéndose mostrado exigentes sus soldados porque se creían necesarios: « Ciudadanos, les dijo, tenéis bastantes fatigas y heridas, os relevo de vuestros juramentos; se os pagará lo que se os debe. » Esa palabra de *ciudadanos* los humilló, y rogaron á César que los condujese á África.

Catón se había retirado allí con los batallones que habían escapado al desastre de Farsalia, efectuando su unión en la Mauritania con el ejército de Escipión, suegro de Pompeyo. Habiendo anunciado un oráculo á los Escipiones una continuación no interrumpida de victorias en África, Catón hizo dar al suegro de Pompeyo el mando en jefe de todo el ejército, al que se unieron Juba, rey de Mauritania, y todos los númidas. César, para que el oráculo le fuese también favorable, tomó en su campo un hombre que se llamaba Escipión, y lo puso á la cabeza de su ejército, como si hubiera sido el general. Su genio le sirvió mejor que ese ridículo expediente. Derrotó á los enemigos en Tapso, y Catón se encerró en Útica, no por huir ó defenderse, sino para no caer vivo en manos del hombre á quien consideraba como un tirano. Estaba seguro de que César le perdonaría la vida; pero decía: « *Perdonar la vida* supone el derecho de quitarla, lo que es un acto de tiranía, y yo nada quiero de un tirano. » Leyó el

Fedón de Platón, meditó acerca de las pruebas de la inmortalidad del alma, y tomando después su espada se mató de desesperación (46). Su muerte, como lo ha dicho el César de los tiempos modernos, fué la debilidad de un alma grande, el error de un estoico, una mancha en su vida.

2. Guerra de España. Munda (45). — César volvió á Roma y recibió cuatro veces en un mes los honores del triunfo. El primer día por haber vencido á los galos, el segundo por los egipcios, el tercero por Farnaces y el cuarto por África y Juba. Apenas habían terminado esas fiestas, recibió la noticia de haber estallado en España una violenta insurrección. Los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto habían reunido allí un poderoso ejército.

Salió en seguida de Roma, y á los 27 días de marcha llegó cerca de Córdoba donde dió con el enemigo. Tratóse la batalla en Munda (17 marzo 45), y los rebeldes estuvieron á punto de triunfar del ilustre conquistador, cuyos soldados, rendidos de fatiga, empezaron por defenderse débilmente. Pero César, sacando valor de su desesperación misma, se lanzó en lo más recio de la pelea, preguntando á sus veteranos si no se sentían avergonzados de dejarse vencer por unos niños. Esas palabras los excitaron, y en seguida cambió el aspecto de la lucha: treinta mil pompeyanos, y entre ellos el joven Cneo, quedaron sobre el campo de batalla.

3. Dictadura de César. — La batalla de Munda fué la última que dió César. Su vuelta á Roma fué triste y sombría; viéndole triunfar de los pompeyanos se comprendía que iban á caer sobre la patria grandes desgracias. Sin embargo, dice Plutarco, los romanos se inclinaban ante el ascendiente de su fortuna y se sometían voluntariamente. Vióse entonces un espectáculo que luego se ha repetido frecuentemente en la historia: el vencedor halló en sus antiguos enemigos los más fervientes aduladores. El mismo senado, que lo ultrajara en otro tiempo, le ofreció espontáneamente honores que nunca había disfrutado ningún romano, procla.

mándolo *dictador perpetuo* (*dictator perpetuus*), con el título vitalicio de *imperator*. La adulación le levantó una estatua en el templo de Quirino, con esta inscripción : *¡Al dios invencible!* Ese nuevo dios tuvo sus sacerdotes, los *julianos* ; cambióse el nombre del mes Quintilis por el de Julio, y se grabó su efígie en las monedas.

En los últimos triunfos, el circo no había podido contener las multitudes que se agolpaban en los juegos, y los extranjeros no habían podido comprender lo que se decía, por ignorancia de la lengua latina. De esta vez César repartió los regocijos y las fiestas en los diversos barrios de la ciudad. Cada nación tuvo su teatro y sus actores, y todas pudieron de esa manera tributar sus homenajes al glorioso vencedor, en su lengua y á su modo. Roma no era ya solamente la primera ciudad del Lacio y de la Italia ; habíase convertido en capital del mundo, y César supo comprenderlo así.

4. Sus reformas y sus proyectos. — El genio de ese grande hombre se elevó sobre todas las rivalidades y partidos, y lo convirtió en protector de los débiles y oprimidos. En lugar de renovar los horrores de Mario y de Sila, se mostró indulgente en favor de todos sus enemigos y afable para con sus amigos. El que en otro tiempo había honrado las hazañas del vencedor de las Galias, levantó de nuevo las estatuas de Sila y volvió á colocar las de Pompeyo sobre la tribuna de las arengas. Recompensó generosamente á sus soldados dándoles dinero y tierras, pero cuidó de diseminarlos por toda Italia, para que no tuviesen nunca deseo de sublevarse como en otro tiempo los de Sila. Dió el derecho de ciudadanía á una legión de galos, gratificó con el de latinidad ó el itálico á multitud de individuos, ciudades y pueblos, según sus méritos. Propúsose reunir todas las leyes de la república en un solo código, reformó el orden judicial en las provincias, expurgó el senado, echando de él á los que se habían deshonrado por sus bajezas, é introdujo en él á algunos extranjeros tales como galos y españoles. Los romanos se bur-

laron de los galos que dejaban las bragas para ponerse la laticlava. Leíase en Roma, en todas las paredes este aviso : « Se ruega al público que no indique á los senadores el camino del senado. » César se reía más que todos los demás de esas chanzas, y para divertirse recogía en sus libros de memorias todas las agudezas que producía el buen humor de los romanos. El mundo, dirigido por su impulso, también proseguía su marcha hacia la unidad. Cartago y Capua habían sido reedificadas; las naciones conquistadas volvían á tomar vida y esperanza.

Su genio meditaba otros muchos pensamientos. Quería subyugar á los partos, atravesar la Hircania, pasear sus legiones por el mar Caspio hasta el pie del Cáucaso, arrojarse sobre la Escitia y la Germania, y venir á descansar en Italia, después de haber dado el Océano como límites por todas partes al imperio. Ya iba á dictar órdenes para cortar el istmo de Corinto, hacer un canal que condujese el Tíber al mar cerca de Terracina, secar las lagunas Pontinas para convertir en campiña fértil á los terrenos que ocupan, limpiar la rada de Ostia y aumentar su puerto. También quería formar una biblioteca pública, griega y latina, tan numerosa como fuera posible, elevar á Marte el templo más vasto del mundo, y edificar un teatro inmenso al pie de la roca Tarpeya. Pero todos esos grandes pensamientos no eran más que ensueños de su imaginación fecunda. Además, sus asesinos no le dieron tiempo para cumplirlos.

5. Muerte de César (44). — César, colmado de toda clase de honores y dignidades, tenía el poder de un rey; cometió sin embargo la torpeza de ambicionar el título de tal. Un día en que Antonio le presentaba una diadama en la fiesta de las Lupercales, la rehusó muellemente. Muchas veces se le oyó decir que la república no era más que una sombra. Esta palabra, que se había grabado en el corazón de los verdaderos amantes de la libertad, hizo que se formase un

complot cuyo jefe fué Casio, quien trató de comprometer en él á Bruto; pero éste había sido colmado de tantos bienes por César, que estaba como encadenado por el reconocimiento. Sin embargo, las exhortaciones y las promesas de los conjurados lo alucinaron y le produjeron una especie de vértigo. Habiendo leído á los pies de la estatua del antiguo Bruto estas palabras tan célebres: « ¡Duermes, Bruto! ¡Ah! si vivieses aún, ó si tu alma respirase en uno de tus descendientes! », se creyó llamado él también á libertar á su patria, y desde entonces se puso á la cabeza de la conjuración. En los idus de marzo (del año 44 antes J.C.), fué cuando resolvieron consumir esa maldad. El dictador había sido avisado del complot, pero no quiso creerlo. Se fué al senado, y él mismo se entregó á sus asesinos. Cuando se vió atacado, se defendió hasta que Bruto se adelantó á herirlo. Entonces las fuerzas lo abandonaron, y exclamó con dolor « : ¡Tú también, Bruto! » Después se envió la cabeza en su manto y fué á caer traspasado por treinta y cinco puñaladas, al pie de la estatua de Pompeyo. No hubo ni uno solo de los conjurados que no hiriese con su espada ese cuerpo inanimado, para vanagloriarse de haber tomado parte en el acto que creían libertador.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué peligro corrió César en Alejandría? ¿En qué términos dió cuenta de su expedición contra Farnaces? ¿Cuál fué su conducta para con el pueblo romano y para con su ejército? ¿Adónde se retiró Catón? ¿En qué punto fué vencido? ¿Qué se puede pensar de la muerte de ese estoico?
2. ¿Qué honores triunfales se hizo tributar César en Roma? ¿Dónde destruyó los restos del partido pompeyano?
3. ¿Cómo fué acogido en Roma al volver? ¿De qué autoridad lo invistieron? ¿Qué hizo para captarse el afecto del pueblo?
4. ¿Qué uso hizo de su poder? ¿De qué manera recompensó á sus soldados? ¿Qué privilegios concedió á los extranjeros? ¿Cuáles eran sus planes?
5. ¿Qué fué lo que lo perdió? ¿Quién conspiró contra él? ¿Dónde le dieron muerte? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

CAPÍTULO XX.

CICERÓN Y ANTONIO. FIN DEL GOBIERNO REPUBLICANO (1).

Resumen. — Según lo ha dicho Séneca, Bruto se había engañado gravemente al creer que la muerte de César haría renacer la república y la libertad, pues apenas había expirado ese grande hombre, bajo los golpes de los asesinos, cuando surgieron nuevos jefes con intentos análogos de dominación. Antonio, Octavio y Lépido, formaron un segundo triunvirato, que era sólo la reproducción del primero, con la única diferencia de que los nuevos triunviros carecían del genio que había brillado en sus predecesores. Lépido no valía lo que Craso, Octavio era infinitamente inferior á César, y la reputación de Antonio no igualó nunca á la de Pompeyo.

I. Después de la muerte de César, Antonio resolvió explotar las pasiones del pueblo en provecho de su propia ambición. Vió con gusto que los asesinos de César habían sido recibidos friamente por el populacho, y acabó de atraer á la multitud dándole á conocer las últimas voluntades del dictador. Octavio, que era hijo adoptivo de César, tenía sin duda derecho á recoger la herencia de su padre, pero como era joven, Antonio creyó por de pronto poder tratarlo con desdén. Mas habiéndolo vencido Octavio en Módena y habiendo llegado éste al consulado, Antonio tuvo que cambiar de táctica. Lépido intervino para arreglarlos, y así se formó el segundo triunvirato, que inundó á Roma de sangre con sus proscripciones, y que, después de mancharse con el asesinato de Cicerón (43), destruyó los últimos restos del partido republicano, triunfando de Casio y de Bruto en la batalla de Filipos (42).

II. Aniquilado ya el partido republicano, Octavio y Antonio se repartieron el imperio del mundo, volviendo Lépido á la oscuridad. La conducta de aquellos dos rivales fué completamente distinta. Antonio se entregó á la vida regalada y voluptuosa en el seno de Oriente, mientras Octavio se distinguía en Italia en la lucha que es célebre con el nombre de guerra de Perusa. Excitado por Fulvia, Antonio había jurado la pérdida de su rival: pero sus soldados se negaron á combatirlo, y se firmó la paz en Brindes. Sexto

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Suetonio, *Vida de Octavio*; Plutarco, *Vidas de Cicerón, de Bruto y de Antonio*; Cicerón, *Harangas y cartas*; Dion Casio, Apiano, Velejo Patérculo, etc., etc.

Pompeyo estuvo un momento en situación de disputarles el poder supremo; pero habiéndolo vencido Octavio con ayuda de Agripa, en Nauloco (36), empezó otra vez la lucha entre los dos triunviros restantes, para saber á cuál de ellos pertenecería todo el imperio. Antonio representaba el Oriente, Octavio el Occidente; el conflicto se resolvió en la batalla de Actium (31). La victoria se decidió por Octavio, y Antonio fué á morir vergonzosamente en Egipto á los pies de Cleopatra. Desde entonces pudo considerarse muerta la república: el imperio empezó con el reinado de Octavio que tomó el nombre de Augusto.

§ I. — *Desde la muerte de César hasta la de Bruto. Batalla de Filipos (44-42).*

1. Conducta de Antonio después de la muerte de César. — Antonio y los amigos de César huyeron y se ocultaron, así que supieron la muerte del dictador. Los conjurados atravesaron el Foro mostrando sus espadas ensangrentadas, y subieron al Capitolio gritando que habían librado al Estado del tirano; pero se quedaron atónitos, así que vieron que la multitud parecía muda y consternada. Cicerón se unió á ellos, y se esforzó en sacarlos de su inacción, aconsejando al cónsul Dolabela que convocase el senado. Bruto creyó obrar mejor tratando de atraerse el pueblo; pero su conducta y los discursos de Cinna su amigo irritaron á la multitud.

Esas disposiciones del pueblo devolvieron á Antonio la esperanza. Hizo que los veteranos se sublevasen por mediación de Lépido, maestro de la caballería, y se apoderó de los papeles de César y del tesoro público. Él mismo reunió el senado, defendió los actos de César, y se opuso vivamente á que se vituperase su memoria, declarándolo tirano de su patria. Al día siguiente se presentó delante del pueblo y fingió una reconciliación general. Casio cenó en su casa y Bruto en la de Lépido. Después propuso al senado una amnistía general, y pidió que se señalasen provincias á Bruto y á Casio. El senado sancionó todas esas proposiciones tan ventajosas para el partido republicano.

y decretó además que serían respetados todos los actos de la dictadura de César. Creyóse así poder evitar la guerra civil; mas la política de Antonio no empleó todos esos medios sino para conseguir su objeto con más seguridad.

César había dejado un testamento. Puesto que se respetaban todos sus actos, era preciso efectuar sus últimas voluntades. En su testamento adoptaba César al joven Octavio como hijo, y hacía una infinidad de legados á sus herederos. El pueblo no había sido olvidado. El dictador le dejaba sus jardines del Tiber, y daba á cada ciudadano trescientos sextercios (60 francos más ó menos). Cuando Antonio hizo conocer cuáles habían sido las últimas disposiciones de aquel á quien habían llamado tirano, hubo en la asamblea un movimiento de indignación contra sus asesinos. Pero fué mucho peor cuando vieron sobre la hoguera el cadáver sangriento del dictador. Antonio se colocó cerca del cuerpo de César para hacer el elogio de su vida. Ya había referido todos los honores que el senado le había conferido, y principiaba á reconvenir á sus asesinos por la ingratitud con que habían pagado sus beneficios, cuando de repente arrancó la toga que cubría las heridas del guerrero y las mostró al pueblo. En el mismo instante el cadáver se levanta sobre la hoguera y el coro que lo rodea canta este verso célebre: *Les he dado mi vida, y ellos me han dado la muerte*. Al oír estas palabras, los espectadores creen que el mismo César pide venganza. Entonces sacan de la pira teas encendidas, corren á poner fuego á la curia donde ha sido inmolado, así como á las casas de todos los conjurados, y vienen después á hacer su apoteosis. Todos los extranjeros, dice Suetonio, se asociaron al dolor público, dando muchas veces vuelta á la pira, y demostrando cada cual su desolación á la manera de su país. Los judíos pasaron noches enteras al lado de sus cenizas.

2. Formación del segundo triunvirato (43).

— Aprovechando ese momento de efervescencia, Antonio se hizo conceder una guardia de seis mil hombres; púsose á traficar con los cargos, las dignidades, los mandos y los gobiernos de las provincias, y tiranizó de ese modo odiosamente á la nación. Octavio, hijo adoptivo de César, se presentó en Roma á reclamar la herencia de su padre; Antonio lo trató con desdén y le negó todo, bajo el pretexto de que sin su intervención el testamento hubiera sido anulado. Cicerón tomó partido por ese joven que los demás abandonaban, pero con el objeto de atacar á Antonio por medio de Octavio, y de destruirlos así mutuamente.

Esa política no carecía de tino ni de habilidad; pero no la coronó el éxito. Octavio combatió á Antonio y lo venció cerca de Módena (43). Pero después de esa victoria, los amigos de César se declararon contra su hijo, y Antonio se vió de nuevo al frente de un gran ejército. Lépido, que había sido maestro de la caballería bajo César, se le unió. Por otra parte Octavio, que el senado había desdeñado hasta entonces, se vengó de esos desdenes presentándose en Roma, después de su victoria de Módena, á la cabeza de fuerzas importantes, y haciéndose otorgar el consulado. Esa nueva dignidad lo elevaba á la altura de Antonio; era dueño de Roma, tenía un ejército, era cónsul, y podía tratar con aquél de igual á igual. Lépido se interpuso para reconciliar á los dos soberanos. Reuniéronse cerca de Bolonia, en un islote del pequeño río Reno, y decidieron que el poder se pondría en manos de un *triumvirato* compuesto de Antonio, de Octavio y de Lépido, que cada triunviro disfrutaría de la autoridad absoluta, poseyendo jurisdicción ilimitada durante cinco años. Repartiéronse luego las provincias: Antonio obtuvo las Galias; Octavio, la Sicilia y el África; Lépido, la Narbonense y la España; por último tomaron medidas para asegurar el mantenimiento de la nueva constitución.

3. Proscripciones. — Los nuevos triunviros,

persuadidos de que César había caído sólo por efecto de su excesiva clemencia, renovaron las proscripciones de Sila contra sus enemigos. El primer edicto contenía estas terribles palabras: « Que nadie oculte ni haga evadir á un proscrito: el que lo ejecute será desterrado. Que se nos traigan sus cabezas: el hombre libre recibirá por recompensa veinte y cinco mil sestercios, el esclavo diez mil con la libertad y el derecho de ciudadanía en lugar de su amo.» Varias bandadas de asesinos se diseminaron por Roma para ejecutar las órdenes feroces de los triunviros, y dieron muerte á trescientos senadores y dos mil caballeros. Los autores de esas espantosas proscripciones se habían hecho mutuamente el sacrificio de sus parientes y amigos. Lépidó inmoló á su propio hermano, Octavio concedió la cabeza de Cicerón á Antonio, y éste le entregó, en cambio, á su tío L. César.

La riqueza, como en tiempo de Sila, fué motivo de condenación. Los soldados, descontentos de las recompensas que habían recibido, ocupaban las casas y los bienes de los proscritos, ó degollaban hasta á los ciudadanos ricos cuyos nombres no estaban inscritos en las fatales listas. Se veía á los señores echarse á los pies de sus esclavos para implorar su conmiseración. Hubo algunos que se dejaron enternecer, y llevaron el afecto hasta sacrificarse por ellos. Así, un preceptor que conducía un niño á la escuela, se hizo matar defendiéndolo. Los esclavos de Mecenio y de Apio se recuestan en el lecho de sus amos y se dejan degollar en su lugar. Opio llevó á su anciano padre sobre sus hombros y lo embarcó para la Sicilia.

Desgraciadamente, los ejemplos contrarios fueron mucho más numerosos. Un pretor se vió perseguido por su propio hijo, que lo denunció á Antonio, y lo señaló al puñal de los asesinos. Un joven iba á vestir la toga pretextá; al momento de entrar en el templo anuncian que es proscrito, y todos lo abandonan. Huye, va á refugiarse á la casa de su madre y ésta le

cierra la puerta en la cara. Este relato no acabaría nunca si la historia hubiera consignado todos los horrores que mancharon aquellos tiempos tan fecundos en crímenes.

4. Muerte de Cicerón (43). — Cicerón, cuyo nombre había sido escrito en las primeras listas de proscripciones, huyó. Hubiera podido juntarse con Bruto y Casio; pero después de haberse embarcado, fuese por turbación ó por perplejidad, descendió á tierra en Circéis diciendo : *Quiero morir en esta patria que tantas veces he salvado*. Alcanzólo el tribuno militar Popilio Lenas, á quien en otro tiempo había prestado el apoyo de su elocuencia en una acusación de parricidio. Sus esclavos quisieron defenderlo, mas él les dijo : *No, que no haya más sangre derramada que la que piden los dioses*, y avanzando su cabeza fuera de la litera : « Aproxímate, veterano, gritó á Popilio, y muestra si sabes herir. » Su cabeza fué presentada á Antonio mientras comía. El triunviro manifestó alegría feroz al considerarla, y envió á su esposa Fulvia el trofeo sangriento. Esta cruel mujer la puso sobre sus rodillas y se divirtió en horadarle la lengua con un alfiler de oro que tenía en los cabellos. Algunos días antes había hecho matar á un ciudadano que no quiso venderle su casa, y mandó clavar su cabeza sobre la puerta del edificio, á fin de que nadie ignorase el motivo de su venganza.

5. Guerra contra Bruto y Casio. — Después de haberse hartado así de sangre y oro, los triunviros pensaron en libertarse de Casio y de Bruto, jefes del partido republicano. Los asesinos de César, retirados á Asia, asolaban todas esas provincias por medio de exacciones y crueldades casi tan escandalosas como las de los triunviros en Italia. Casio arruinaba con impuestos á los lidios, á la república de Rodas y al rey de Capadocia. Á los rodios que invocaban su título de aliados del pueblo romano, y pedían que al menos se les dejasen las estatuas de sus dioses, les contes-

taba : « No os dejaré más que el sol. » Robaba los templos en Laodicea, y se cargaba de botín multiplicando las injusticias y las profanaciones. Bruto, aunque más moderado, imponía una contribución de ciento cincuenta mil talentos á los xantios, después de apoderarse de su ciudad á sangre y fuego. Todos esos excesos no eran muy á propósito para hacer desear á las provincias el triunfo de la república.

Bruto lo comprendía tan bien que un profundo desaliento se apoderó de él; de día notaba en su ejército señales de defección; de noche se le aparecían fantasmas. Una vez, mientras velaba en su tienda, se le presentó un espectro de figura terrible : « ¿ Quién eres? le pregunta Bruto. — Soy tu mal genio, respondió el fantasma, me volverás á ver en las llanuras de Filipos. » Y la visión desapareció.

6. Batalla de Filipos. Muerte de Casio y de Bruto (42). — En efecto, en Filipos fué donde el ejército republicano encontró al de los triunviros. Bruto y Casio se habían situado sobre dos colinas á tres millas de distancia, hallándose así en la misma situación que Pompeyo en la batalla de Farsalia. Podían sitiarse por hambre á los triunviros en su campo y vencerlos sin combatir; pero en lugar de dejar al enemigo consumirse por sí mismo, se batieron bruscamente, y esa precipitación causó su pérdida. Mientras el ala izquierda que mandaba Casio cedía á los ataques de Antonio, Bruto á la cabeza del ala derecha derrotaba el cuerpo enemigo que se encontraba sin jefe, pues el cobarde Octavio, temblando por su vida, fingió estar enfermo en el momento de la batalla. Pero Bruto cometió la falta de perseguir á los vencidos, en lugar de socorrer á las tropas de su colega. Antonio destrozó los batallones que le hacían frente, y Casio, creyendo que todo se había perdido, se hizo atravesar con su espada por la mano de uno de sus libertos.

Esa noticia consternó á Bruto y desanimó á sus tropas. Antonio consiguió atraerlo á un nuevo combate,

en el que lo derrotó completamente. Entonces le faltó la fuerza como á Casio, y se precipitó sobre la punta de su espada exclamando : *Virtud, eres un nombre vano, una mentida palabra.* » La república expiró con ese hombre á quien llamaron el último de los romanos (42).

Los vencedores deshonraron su victoria con venganzas monstruosas. El cobarde y cruel Octavio respondió á un condenado que le pedía los honores de la sepultura : *Los buitres se encargarán de dártela.* Un padre y un hijo solicitaron indulto. Prometió la vida al hijo, bajo la condición de que mataría á su padre, y después lo obligó á degollarse á sí mismo.

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| <p>1. ¿Qué impresión produjo en el pueblo el asesinato del dictador? ¿Qué hizo Antonio después de la muerte de César? ¿Cuáles eran las principales disposiciones de su testamento? ¿Qué efecto produjo en el pueblo ese documento?</p> | <p>nes? ¿Hubo ejemplos opuestos?</p> |
| <p>2. ¿Qué partido sacó Antonio de esa efervescencia popular? ¿Cuál fué la política de Cicerón? ¿Cómo trató Antonio á Octavio? ¿De qué modo se formó el segundo triunvirato?</p> | <p>4. ¿Qué fué de Cicerón? ¿Dónde y cómo fué asesinado? ¿Se manifestaron crueles Antonio y Fulvia con ese grande hombre.</p> |
| <p>3. ¿Á qué excesos se entregaron los triunviros? ¿Cuál era la causa de sus proscripciones? Refiera V. los ejemplos de abnegación á que dieron origen esas horribles proscripcio-</p> | <p>5. ¿Qué hacían durante ese tiempo los jefes del partido republicano? ¿Cuál fué la conducta de Craso en Asia? ¿Qué visión tuvo Bruto?</p> |
| <p></p> | <p>6. ¿Dónde encontraron los triunviros á los republicanos? ¿Qué falta cometieron estos últimos? ¿Cómo murió Casio? ¿Qué efecto produjo su muerte? ¿Cómo murió Bruto? ¿Qué hicieron los triunviros después de su victoria?</p> |

§ II. — Desde la muerte de Bruto hasta la batalla de Actium (42-30).

1. Antonio y Cleopatra. — Después de la batalla de Filipos los vencedores se repartieron el imperio. Octavio tomó la España y la Numidia. Antonio la Galia transalpina y el África, y dejaron á Lépido en Roma en su indolente oscuridad. Era necesario recompensar á los soldados. Octavio se encargó de desposeer á los

habitantes de Italia para darles tierras, y Antonio fué á Asia para cobrar el dinero que se les debía. Habiendo sido arruinados los templos y tesoros de las ciudades en las últimas guerras, fué preciso servirse de los bienes de los particulares, sin que en ello padeciese la delicadeza de Antonio. Cuando se le quejaban, respondía que los asiáticos debían tenerse por muy dichosos porque no les quitaba, como á los italianos, sus tierras y casas. Pero lo que más irritaba era que todo el fruto de esas rapiñas sólo servía para los excesos del tirano que las obtenía por fuerza. Se le había visto, despreciando todo pudor, entrar en Efeso, precedido de mujeres vestidas á la manera de las bacantes y de jóvenes vestidos como faunos y sátiros. Se daba á sí propio el nombre de Baco, y renovaba todos los excesos voluptuosos que la fábula atribuye á ese dios monstruoso. La reina de Egipto, Cleopatra, que había socorrido á Casio, vino á Tarso para apaciguar la cólera del tirano. Subió por el Cidno en un navío cuya popa era de oro, las velas de púrpura, y cuyos remos de plata obedecían á compás al sonido de las flautas y de los instrumentos. Los habitantes exclamaron viéndola : « Es Venus que viene á casa de Baco. » Antonio se dejó seducir.

2. Guerra de Perusa. Tratados de Brindes y de Misena. — Cuando Fulvia, mujer de Antonio, fué informada en Roma de todos esos desórdenes, se enfureció é hizo la guerra á Octavio. Su cuñado, Lucio, se unió á ella, se apoderó de Roma, halagó al pueblo y recibió el sobrenombre de *imperator*. Pero Agripa, teniente de Octavio, lo obligó á refugiarse en Perusa. Un hambre espantosa diezmó sus tropas y tuvo que rendirse. Octavio perdonó al hermano de Antonio y á sus soldados, mas la ciudad fué entregada á las llamas y los habitantes degollados (40). No habiendo podido el rumor de esa guerra arrancar á Antonio de sus placeres, Fulvia indignada, resolvió ir ella misma á sacarlo de su indolencia. Tuvieron una entrevista en

Atenas, en donde se hicieron mutuas y amargas reconvenções. Antonio se quejó de los tumultos que Fulvia había provocado en Italia, y ella vituperó con severidad la infame conducta de Antonio en Oriente. El triunviro, ofendido, la dejó sola en Siciona, donde murió poco después de vergüenza y de pena.

Quando Antonio desembarcó en Italia, su intención era batir á Octavio; pero sus soldados rehusaron el combate y lo obligaron á reconciliarse con su rival. La paz fué jurada en Brindes (39); y para consolidarla, Antonio, que acababa de perder á Fulvia, se casó con la hermana del joven César, la virtuosa Octavia. Los dos triunviros volvieron á entrar juntos en Roma, pero las fiestas fueron tristes. El segundo hijo del gran Pompeyo, Sexto, que se había puesto á la cabeza de los proscritos, era dueño del mar, é impedía que los víveres llegasen á Roma. El pueblo se asustó y obligó á los triunviros á que tratasen con él. Se avistaron en el cabo de Misena, y convinieron en que Sexto gobernaría las provincias de Sicilia, Córcega, Cerdeña y la Acaya con una indemnización de diez y siete millones quinientos mil dracmas; que se devolvería á los proscritos la cuarta parte de sus bienes; que Sexto enviaría trigo á Italia, y que en adelante no recibiría á los fugitivos. Los tres jefes se abrazaron y cenaron juntos en una de las embarcaciones de Sexto. En medio del festín, Menas vino á decir al oído á su amo Sexto: «¿Quieres que corte los cables, y te hago dueño de todo el imperio? — Era preciso hacerlo sin prevenirme, replicó Sexto: Pompeyo no puede faltar á sus juramentos.»

3. Batalla de Nauloca. Huida y muerte de Sexto Pompeyo (36). — Los triunviros no se mostraron tan fieles á su palabra. Antonio negó la Acaya á Pompeyo, y las hostilidades principiaron de nuevo por una y otra parte (38). Octavio, encargado de esa guerra, experimentó al principio grandes reveses. Su flota fué casi enteramente destruída por el enemigo y

las borrascas (37). Pompeyo, arrogante por sus triunfos, se mostraba en Siracusa con un tridente en la mano y cubierto con una capa de color azul. Se decía hijo de Neptuno, y hacía creer que mandaba á los vientos y al mar. Pero Agripa, teniente de Octavio, acudió desde el interior de la Galia con toda precipitación, y no tardó en burlarse de sus supersticiosas pretensiones. Todos los desastres de Octavio fueron reparados en poco tiempo bajo las órdenes de ese jefe activo y vigilante, y sus escuadras pudieron hasta tomar la ofensiva. Se empenó una batalla general entre Miles y Nauloca (36). La acción fué muy sangrienta, pero el genio de Agripa triunfó de los recursos de Sexto. Éste se fué á Oriente donde Antonio lo dejó degollar (35).

4. Deposición de Lépido. — Lépido, que contribuyó á la victoria de Octavio, y se veía á la cabeza de numeroso ejército, pretendió salir de la posición humillante en que lo habían dejado desde el establecimiento del triunvirato. Quería añadir la Sicilia á su gobierno de África. Octavio le echó en cara con dureza su lentitud, y le acusó de haber tenido relaciones con Sexto, y de haber hecho traición de ese modo á los intereses del triunvirato. Al mismo tiempo que le dirigía esas amargas palabras, el joven César sobornaba sus tropas. Lépido, abandonado de sus legiones, se echó cobardemente á los pies del que en otro tiempo era su rival, y le pidió la vida y su perdón. Octavio le concedió ambas cosas, pero de todas sus dignidades sólo le dejó la de pontífice, que era inamovible.

5. Lucha entre Octavio y Antonio. — Ya no se trataba más que de saber á quién pertenecería el imperio, si á Octavio ó bien á Antonio. Antes que la guerra estallase entre esos dos *soberanos*, Antonio indispuso á todo el mundo contra él. Se hablaba con indignación de su pasión hacia Cleopatra; se aseguraba que prefería Alejandría á Roma, y que si llegaba á ser dueño del imperio, trasladaría su capital á Oriente.

Octavio, que esparcía malignamente todos esos rumores, observaba, en Occidente conducta del todo opuesta. Hacía ejecutar, por consejos de Agripa, infinidad de obras que le granjeaban los elogios de la multitud. Reparaba los acuaductos, decoraba el circo, daba al pueblo fiestas y juegos, y le prodigaba toda clase de liberalidades. Por otra parte, sus legiones no estaban ociosas: obtenían brillantes victorias contra los ilirios y los dálmatas, y extendían cada vez más los límites del imperio.

Antonio, que parecía tener contra sí todas las probabilidades del éxito, fué sin embargo el agresor. Se quejaba de que Octavio se había apoderado de todas las provincias de Sexto, sin reservarle nada. Octavio, por toda respuesta, le preguntó si él lo había llamado para darle parte en sus conquistas del Asia, y le echó en cara sus amores con Cleopatra. La guerra se hacía inevitable. Antonio se preparó á ella por medio de banquetes y de fiestas. En Samos y en Atenas pasaba los días con Cleopatra entre danzantes, cómicos y flautistas. En medio de sus orgías envió un acta de divorcio á su esposa, la virtuosa Octavia (32).

El joven César sacaba partido de todas las faltas de su rival. Hablaba de la indignidad de su conducta para con Octavia, con el objeto de exasperar al pueblo contra él, y se aprovechaba de su lentitud para hacer sus preparativos. En fin, cuando reunió sus flotas y legiones, hizo declarar la guerra á Cleopatra por el senado, con el objeto de no envolver en la proscripción á todos los romanos que servían á las órdenes de Antonio.

6. Batalla de Áctium (2 de Septiembre 31). — Luego que los dos ejércitos estuvieron frente á frente, Antonio propuso primero un combate singular; después quería ir á los llanos de Farsalia para que conociesen en aquellos lugares, testigos del valor de César, al digno heredero de este grande hombre. Pero habiendo tenido Cleopatra el capricho de asistir como á un espectáculo á una batalla naval, Antonio no pudo resistirle.

El 2 de septiembre, aprovechando su escuadra un viento ligero que se levantó del mar, comenzó el ataque.

Después de grandes esfuerzos de una y otra parte, el combate era todavía dudoso y la victoria incierta, cuando los sesenta navíos de Cleopatra desplegaron sus velas y huyeron á través de las galeras que peleaban. Desde que Antonio se apercibió de ello, perdió la cabeza y huyó también, abandonando cobardemente á los que morían por él. Su escuadra se defendió todavía mucho tiempo delante de Áctium, pero al fin se vió obligada á ceder. Canidio, que mandaba el ejército de tierra, perdió toda esperanza en la fortuna de Antonio y se pasó al campo de Octavio. Viéndose los soldados desamparados y vendidos, se pusieron también de parte del vencedor.

7. Muerte de Antonio. Fin de la república (30). — Al saber Antonio esas tristes noticias, quería suicidarse. Habiéndosele impedido sus amigos, se hizo conducir á Alejandría, donde encontró á Cleopatra. Desesperado se encerró en una torre que dominaba el faro, y pareció decidido á vivir en ella como el filósofo Timón que la había habitado en otro tiempo. Pero muy pronto se cansó de esa filosofía misantrópica. Abandonó aquel sombrío asilo, volvió al palacio de Cleopatra, y principió de nuevo esa vida que se pasaba enteramente en festines y excesos. Hizo con sus amigos y los de Cleopatra una asociación, cuya primera ley era morir juntos después de haberse proporcionado toda clase de placeres.

Cuando Octavio se presentó en las puertas de Alejandría, Antonio le pidió permiso para retirarse á Atenas, con el fin de vivir allí como simple particular. Cleopatra, más ambiciosa, deseaba la corona de Egipto para sus hijos. El vencedor de Áctium dejó entrever á esa reina pérfida que le daría todavía más si ella le libraba de Antonio. Acaso la que había visto á sus pies á César y Antonio esperó ver postrado también á Octavio, el nuevo señor del mundo; hizo pues traición á

Antonio, y éste, más sensible á tal afrenta que á su derrota, se atravesó con su propia espada. Cleopatra no le sobrevivió mucho tiempo. Después de haber intentado en vano seducir á Octavio, se hizo picar, según dicen, por un áspid, y murió de sus resultas. Egipto fué reducida á provincia romana, y Octavio reinó bajo el nombre de *Augusto* sobre todo el imperio (30).

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué papel desempeñaron los triunviros después de la batalla de Filipos? ¿Qué países fueron colocados bajo el mando de Octavio? ¿Cuál fué la parte de Antonio? ¿Qué fué de Lépido? ¿Cómo se indemnizó á los soldados que habían tomado parte en la guerra? Refiera V. las dilapidaciones de Antonio en Asia. ¿Cómo se presentó Cleopatra á implorar su favor?
2. ¿Cómo se vió Antonio obligado á reconciliarse con Octavio? ¿Dónde fué firmada la paz? ¿Cuál era la situación del pueblo en Roma después del tratado de Brindes? ¿Por qué trataron también los triunviros con Sexto Pompeyo? ¿Dónde se efectuó la entrevista? ¿Qué le concedieron? ¿Cuál fué en esa circunstancia la generosidad de Sexto Pompeyo?
3. ¿Observaron los triunviros la fe jurada? ¿Dónde fué destruída la flota de Sexto?
4. ¿Cómo fué depuesto Lépido? ¿Qué dignidad le dejó Octavio?
5. ¿Cuáles fueron á partir de ese momento los pensamientos de Octavio y de Antonio? ¿Qué oposición se nota en su conducta? ¿Cuál fué el agresor?
6. ¿Dónde se dió la batalla que decidió la suerte del imperio? Refiera V. ese encuentro. ¿Qué hizo Cleopatra en los últimos momentos del combate?
7. ¿Qué fué de Antonio? ¿Cómo murió? ¿Qué fué de Cleopatra? ¿Qué del Egipto?

CAPÍTULO XXI.

REINADO DE AUGUSTO. ORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO IMPERIAL. LÍMITES DEL IMPERIO. ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS. COMERCIO Y CAMINOS. LETRAS Y ARTES. NACIMIENTO Y PROGRESOS DEL CRISTIANISMO. PERSECUCIONES. LUCHA CONTRA LOS GERMANOS (1).

Resumen. — Augusto realizó lo que había soñado el genio

AUTORES QUE CONSULTAR: entre los antiguos: Dion Casio, Suetonio sobre Augusto, Velejo Patérculo y los abreviadores. Entre los modernos: Crevier, *Historia de los emperadores*; Le Nain de Tillemont, *Historia de los emperadores y de los demás príncipes que vivieron en los seis primeros siglos de la Iglesia.*

d
Ti
bil
tru
ed
for
gue
cion
imp
expe
gene
excit
rebel
de su
III.
munde
la sup
discip
por ca
demás
la nue

súplicas y las instancias y cada una de sus prerrogativas fué celebrada con fiestas que se han llamado *decenales*.

Á pesar de tanta abnegación aparente, nadie gustaba del poder tanto como él. Tuvo la habilidad de confiscar en provecho suyo las diversas ramas de la autoridad suprema, haciéndose investir sucesivamente con todos los cargos importantes de la república. Así pues, á su título de *imperator*, que le confería el mando en jefe de los ejércitos y el poder proconsular en todas las provincias, agregó la categoría de tribuno que daba inviolabilidad á su poder y que más tarde debía dar por eso mismo origen á las acusaciones de lesa majestad (*judicia majestatis*). Hizose conceder el consulado todos los años hasta el 21, y dos más tarde, logró que se le otorgaran con carácter perpetuo, lo que le convirtió en dueño de Roma, cuando ya lo era de las provincias (19). El mismo año se atribuyó la censura (*magistratura morum*), y pudo desde entonces distribuir como le convino los honores, y hacer todas las reformas que le parecieron convenientes. Por ultimo, al morir Lepido (13), se hizo nombrar pontífice máximo, y con tal título ejerció, en las cosas religiosas, imperio no menos absoluto que en los asuntos civiles.

2. Del poder del pueblo y del senado. — No obstante todos esos títulos, Augusto no poseía en realidad poder absoluto; sino que era el primer magistrado de la república, lo que se indica dando á ese poder particular el nombre de principado (*princeps*, primero). Atento á no herir ninguna susceptibilidad, trató hábilmente á los diferentes órdenes del Estado. Conservó los juicios á los caballeros, y también el cobrar las rentas públicas. Queriendo atraerse al pueblo, no sólo le distribuía con frecuencia trigo, sino que en determinadas ocasiones le prodigaba el oro y la plata; y para distraerlo, impidiendo que se ocupase demasiado del gobierno, multiplicaba las diversiones y las fiestas, y en esos días de regocijo, recibía á todo el mundo indistin-

tamente con la mayor afabilidad. La multitud lo veía con gusto pasar á pie por las calles de la ciudad y sentarse sin ceremonia á la mesa de sus amigos.

Esa popularidad lo llevaba á manifestar exteriormente el mayor respeto por los derechos del pueblo. Cuando quería promulgar una ley, reunía siempre los comicios en el Campo de Marte, y era el primero en votar con toda su tribu. Se concibe que el ejemplo y la autoridad del príncipe no dejaban gran libertad á los sufragios, pero el pueblo no se creía esclavo. Como se conservaban todas las antiguas formas de libertad, imaginábase ser tan libre como antes.

En su cualidad de príncipe del senado, Augusto presidía las reuniones de esa asamblea, hacia la cual, manifestaba profundísima veneración, y á la que quería devolver el respeto que en otro tiempo la rodeaba. Con tal fin tomó las medidas necesarias para excluir de ella á los hombres indignos que habían entrado allí á favor de las guerras civiles; redujo á seiscientos el número de los senadores, fijó su fortuna en ochocientos mil sestercios, ayudó con los fondos públicos á los que no poseían esa suma, para que pudiesen figurar en todas partes de modo digno de su posición, y por fin los colmó de honores cada vez que le fué posible. Pero esos testimonios de veneración no eran más que un medio de disimular el descenso de su poder. El senado, al cual había correspondido en los tiempos anteriores la resolución de todos los asuntos importantes, quedó siendo bajo Augusto una especie de consejo de Estado, que emitía su dictamen, pero que ni aun era siempre consultado; pues los negocios que debían ser ignorados por la multitud, se trataban en un consejo privado, que Augusto había constituido con senadores elegidos entre sus amigos íntimos. Además, á parte las cosas secretas, ese consejo despachaba los asuntos que el César creía urgentes.

3. Límites del imperio. — El imperio estaba limitado al este por el Rhin, el Danubio, el Ponto Euxino

y el Éufrates; al sur por los desiertos de la Arabia, la Etiopía y los arenales de la Libia; al oeste y al norte por el océano Atlántico, que tomaba los nombres de Aquitánico, Británico, y de Germánico ó de Septentrional. Ese vasto imperio medía unos cinco millones de kilómetros cuadrados, ó sea cerca de diez veces la extensión de la Francia actual.

4. Administración de las provincias. — Antes de Augusto, los romanos no habían establecido más divisiones administrativas que las que resultaban de la reducción de los países conquistados á provincias. Ese sistema dejaba á cada región su carácter nacional y sólo preparaba de lejos la fusión de todos los pueblos en uno único, cosa que debía ser el resultado de la conquista romana. El genio de Augusto se aplicó enteramente á hacer que desaparecieran las diferencias y las oposiciones de costumbres y de usos que podían existir entre las provincias. Con tal objeto, propúsose establecer entre ellas nuevas relaciones que les hicieran olvidar su antigua nacionalidad y que las sometiesen á las mismas leyes, á las mismas prácticas y á los mismos deberes, como miembros del mismo cuerpo. Creó pues nuevas divisiones administrativas en varias partes, y empezó la gran obra de la organización del imperio que veremos terminar bajo Diocleciano, Constantino y Teodosio.

Con arreglo á ese nuevo sistema, contábanse á la muerte de Augusto veinte y ocho provincias, que aquél se había repartido con el senado, abandonando á los padres conscriptos todas las que estaban enteramente sometidas, y reservándose las otras para disponer de las legiones como mejor le pareciese. Las provincias del senado fueron 13; de ellas 7 en Europa: 1ª la *Sicilia*; 2ª la *Cerdeña* y la *Córcega*; 3ª la *Galia Narbonense*; 4ª la *Bética* en *España*; 5ª la *Macedonia*; 6ª la *Acaya* ó *Grecia*; 7ª la *isla de Creta*; 3 en Asia: 8ª el *Asia proconsular* ó antiguo reino de *Pérgamo*; 9ª la *Bitinia* con la *Paflagonia*, y el *Ponto*; 10ª la *isla de Chi-*

pre; — 3 en África; 11ª la *Numidia*; 12ª el *África propia* ó antiguo territorio de Cartago; y 13ª la *Cirenaica*.

Las provincias imperiales eran 15, de ellas 10 en Europa: 1ª la *Galia Céltica* ó *Lionesa*; 2ª la *Aquitanía*; 3ª la *Bélgica* en la *Galia*; 4ª la *Tarraconense*; 5ª la *Lusitania* en España; 6ª la *Recia* y la *Vindelicia*; 7ª la *Nórica*; 8ª La *Panonia*; 9ª la *Mesia*; 10ª la *Dalmacia* y la *Iliria* en la cuenca del Danubio; — 4 en Asia: 11ª la *Cilicia*; 12ª la *Galacia*, en el Asia menor; 13ª la *Siria*; 14ª la *Fenicia*; — 1 en África; 15ª el *Egipto*.

Las provincias senatoriales eran administradas por senadores que tomaban el título de procónsules ó proprettores. Tenían á sus órdenes tres lugartenientes y marchaban precedidos de seis haces; pero no llevaban espada ni traje militar, porque su jurisdicción era puramente civil. Los gobernadores de las provincias imperiales tomaban el título de proprettores, de prefectos ó de presidentes. No tenían más que un lugarteniente y cinco lictores, pero llevaban espuelas, señal distintiva de su jurisdicción militar. Los gobernadores recibían sueldo en todas las provincias, y se les prohibió exigir más de lo permitido por el senado y el emperador. Instituyéronse además *procuradores*, que tenían por misión juzgar todos los litigios en materia de contribuciones, y vigilar á los gobernadores y cuestores en el manejo de la fortuna pública. Esas prudentes medidas pusieron á las provincias al abrigo de todas las vejaciones de que habían sido víctimas hasta entonces, y redujeron á sus gobernadores al sencillo papel de funcionarios, con lo cual el Estado no tuvo para qué seguir temiendo aquellos procónsules, tantas veces agitadores de la república.

La Italia no fué comprendida en el número de las provincias, pero Augusto la dividió en once regiones. La 1ª comprendía el *Lacio* y la *Campania*. Después de Roma, que era entonces la ciudad más hermosa del mundo, se distinguían en la región *Misena*, en la costa

de la Campania, donde Augusto había establecido una flota para vigilar el mar Interior, y *Nola*, donde murió ese gran príncipe. La 2ª comprendía la extremidad meridional del *Samnio*, la *Apulia* y la *Mesapia*; la 3ª la *Lucania* y el *Brucio*, países arruinados por la guerra, en los cuales no quedaban siquiera restos de sus antiguas ciudades, en otra época tan florecientes; la 4ª, la mayor parte del *Samnio* y de la *Sabina*, regiones que habían sufrido también mucho; la 5ª el *Prieno*; la 6ª la *Umbria*; la 7ª la *Etruria*; la 8ª la *Galia Cispadana*, donde se veía *Ravena*, que servía de estación á la escuadra encargada de vigilar el Adriático; la 9ª la *Liguria*; la 10ª la *Venecia* y la *Ístria*; la 11ª la *Galia Transpadana*.

5. Del ejército. — Augusto, que tan atento y respetuoso era para con el senado y el pueblo, mandaba á los ejércitos como soberano y con mucha firmeza. Después de las guerras, expurgó las legiones de todos los esclavos que se habían alistado en ellas, y también de todos los extranjeros. Hubiera querido que los verdaderos romanos se alistasen como en otro tiempo para combatir á los enemigos de la patria; pero por desgracia el genio y la afición á la guerra se habían extinguido en el alma de aquella nación corrompida, y fué preciso reclutar las legiones en las provincias entre los mercenarios.

Para asegurar las fronteras del imperio y conservar las conquistas que se habían hecho, se necesitaba un ejército permanente. Augusto lo comprendió así y se apresuró á hacer los gastos necesarios; señaló á los soldados un sueldo fijo que se elevaba á 14 fr. 72 c. por mes, y arregló la duración de su servicio, que era de doce años para los pretorianos y de diez y seis para los legionarios. Á los diez y seis años de servicio recibían los primeros cinco mil dineros de retiro, y los segundos tres mil al cabo de veinte años. De resultas de ese arreglo se creó una caja militar, bajo la vigilancia de dos antiguos pretores.

Había nueve cohortes pretorianas y tres cohortes urbanas, y además de esas tropas destinadas á la defensa de la ciudad y del trono, el ejército se elevaba por lo regular á ciento sesenta mil seiscientos cincuenta hombres, divididos en veinte y cinco legiones, de las cuales se destinaron ocho al Rhin, cuatro al Éufrates y á Siria, dos á Egipto, y dos á la provincia de África. Augusto conservó cuatro flotas, para vigilar las provincias y conservar el imperio del mar, estableciendo sus estaciones en Rávena, Misena, Frejus y en el Ponto-Euxino.

6. De la hacienda. — Todas esas modificaciones en la constitución del imperio produjeron necesariamente cambios en la administración de las rentas. Como el príncipe tenía bajo sus órdenes el ejército y el gobierno de una parte de las provincias, hubo de poseer su caja particular de la cual usaba, á su arbitrio, y eso es lo que se llamó *fisco*. El Estado tuvo también su tesoro, el *ararium*, del que no disponía el emperador sino con la aprobación del senado. Las fuentes de la hacienda pública eran las mismas; pero desde entonces se recogieron con más orden y regularidad. No es posible valuar de modo positivo los ingresos del imperio; pero según las diferentes apreciaciones hechas por los sabios acerca de ese particular, pueden calcularse por término medio en noventa y siete millones de francos.

7. Comercio y caminos. — A favor de la paz llegó rápidamente el imperio á grado extraordinario de prosperidad. Augusto hubiese querido ver á los romanos adquirir de nuevo su antigua afición á la vida rural. Virgilio en sus *Geórgicas* celebró los trabajos de la agricultura, y la mayor parte de los escritores se esforzaron en ponerlos en favor otra vez. Horacio ponderó la dicha del habitante de las campiñas y se esforzó en combatir la preferencia que existía entonces, como hoy, por la ciudades, y principalmente por Roma. El comercio tomó notable actividad. Los poetas

nos hablan del mercader que la sed de lucro mantiene en perpetua inquietud y que hace de la noche día. Todas las provincias del imperio comunicaban fácilmente entre ellas, y las relaciones comerciales unían á Roma con la Escitia, la Etiopía, la Arabia y la India, únicos países conocidos entonces que no se hallaran bajo su dominación. El lujo penetró en la casa de los dueños del mundo con la riqueza, y creó cada día nuevas necesidades, que exigieron nuevas profesiones, y que dieron nuevo desarrollo á los negocios.

En todo el imperio habían sido construidos magníficos caminos, que facilitaban el cambio de los productos. Desde el principio establecieron los romanos grandes vías militares, que partían de Roma y que tenían por objeto unir los países conquistados con la capital. Las principales vías que partían de Roma eran la vía *Apia*, que salía al sur por la puerta Capena y que atravesaba toda la Italia meridional hasta Brindes; la vía *Aureliana*, que se dirigía hacia el oeste y que salía por la puerta del Janículo para terminar en Civitta-Vecchia (*Centumcellæ*); la vía *Flaminia*, que se dirigía al norte, salía de Roma por la puerta Ratumena, atravesaba la Umbría y la Etruria y acababa en Ariminio (Rimini); la vía *Nomentana*, que salía de la capital por la puerta Collina, conduciendo á Nomento; la *Colatina*, que marchaba hacia el este, saliendo por la puerta Esquilina y conduciendo á Collacia; la vía de *Ostia*, que llevaba á esa ciudad, siguiendo la orilla izquierda del Tiber.

Esas vías eran llamadas *consulares* ó *pretorianas* porque habían sido construidas por los pretores y los cónsules. Dábaseles también el nombre de *vías militares*, porque habían sido abiertas con fines estratégicos. Su conservación estaba á cargo del tesoro público.

Pero, sobre esas grandes vías, que se fueron prolongando á medida que las conquistas romanas aumentaban, se había fundado una serie de caminos de menor extensión é importancia que llamaban *vías vecinales*

(*viæ vicinales*). Esas vías tenían por objeto poner en comunicación á las ciudades y á los pueblos, en interés de la agricultura y del comercio.

QUESTIONARIO.

1. ¿Cuáles fueron los sentimientos de Augusto después de la batalla de Actium? ¿Qué título le atribuyeron? ¿Fue grande su habilidad? ¿Cómo se apoderó de todo el poder?

2. ¿De qué consideraciones hizo uso para con los cuerpos del Estado? ¿Qué derechos conservó á los caballeros? ¿Qué hizo para captarse la voluntad del pueblo? ¿Cómo trató al senado?

3. ¿Cuáles eran los límites del imperio?

4. ¿Por qué creó nuevas divisiones administrativas? ¿Cuáles fueron las provincias del senado? ¿Cuáles fueron las imperiales? ¿Quiénes administraban esas provincias? ¿Cómo se dividió la Italia?

5. ¿Quién fué jefe del ejér-

cito? ¿Cómo lo organizó Augusto? ¿Cuáles eran las tropas destinadas á guardar la ciudad y el príncipe? ¿Cuál era el efectivo del resto del ejército? ¿Cómo estaban repartidas las legiones? ¿Cuántas escuadras habia? ¿Dónde permanecían?

6. ¿Qué modificación experimentó la administración de la hacienda? ¿A qué se llamaba el fisco? — ¿el erario? ¿A que cantidad ascendían las rentas del imperio?

7. ¿Fue grande la prosperidad del imperio bajo Augusto? ¿Cómo alentó á la agricultura? ¿Adelantó el comercio? ¿Cuáles eran las grandes vías que partían de Roma? ¿Por qué objeto habian sido construidas? ¿Cuáles eran las vías secundarias? ¿Para qué servían?

§ II. — De las letras y las artes. Lucha contra los germanos. Muerte de Augusto.

1. De la literatura. — Sabido es que el siglo de Augusto fué la edad de oro de la literatura latina. Aunque conservaron hacia la Grecia culto que llegaba hasta la veneración y el entusiasmo, los escritores de esa hermosa época encontraron originalidad en la imitación misma. Su genio se alió al de los griegos en la exacta proporción que caracteriza la pureza del gusto. Estamos lejos de poseer todas las obras de los grandes escritores que brillaron entonces. Cornelio Galo, amigo de Virgilio, Polión y Vario ponderados por Horacio; Valgio, ensalzado por Tibulo; y otros muchos no nos son conocidos más que de nombre. Ese tiempo feliz fué sumamente fecundo en poetas sublimes. Virgilio en su *Eneida*, sus *Bucólicas* y *Geór-*

gicas, tomaba sucesivamente y con igual éxito el tono de la pastoral, de la elegía, de la fábula, de la epopeya, de la oda y hasta de la comedia. Ovidio dejaba correr de su pluma con pasmosa facilidad sus *Metamorfosis*, sus *Fastos*, *Heroidas*, *Elegías*, *Epístolas*, y otra multitud de poemas de diferentes géneros. Horacio hizo resonar con divina inspiración todas las cuerdas de su lira, y marcó sus *Epístolas* y *Sátiras* con sello de inimitable originalidad; Propercio y Tibulo suspiraron sus *Elegías*.

Los sufragios del palacio honraban y alentaban al mérito. La mayor parte de los cortesanos se ocupaban también en poesía y trabajos literarios. Agripa escribía la historia de Augusto; Mecenas versificaba epigramas y aun tragedias. Augusto se preciaba de ser un escritor elegante; componía versos, y arreglaba y escribía sus memorias, que por desgracia se han perdido.

En los pórticos de Apolo, de Livia y de Octavia había grandes bibliotecas públicas, porque al pueblo le gustaba distraerse de sus largos ocios con la lectura de obras nuevas. Los libreros se multiplicaban en la cumbre del Palatino, y alrededor de los arcos de Vertumno, de Jano y del templo de la Paz. Toda publicación literaria era un acontecimiento y los romanos se disputaban su lectura.

A pesar de esa afición al estudio y á los libros, es de notar que no hubo orador alguno notable en tiempo de Augusto. El pueblo no celebraba ya sus asambleas sino por respeto á la antigua forma de la república y no había ocasión para debatir en el Foro. La elocuencia se había refugiado en el senado y allí no pronunciaba más que arengas tímidas y pálidas; Octavio le había dado muerte al cortar la cabeza de Cicerón.

La historia fué contada por escritores de grande ingenio. Tito Livio, Trogo Pompeyo, Velejo Patérculo y Valerio Máximo son los historiadores cuyas obras han llegado hasta nosotros completas ó mutila-

das. De los ciento cuarenta libros de Tito Livio no poseemos más que treinta y cinco, cuya inimitable perfección hace sentir mucho más la pérdida de los otros. No conocemos á Trogo Pompeyo sino por Justino, su compendiador, quien tal vez lo copia algunas veces. Veleyo nos dejó un *Compendio de historia universal* que contiene grandes bellezas. Es de sentir que las últimas páginas, en que cuenta los reinados de Augusto y de Tiberio le hayan sido dictados por una baja lisonja. Valerio Máximo es más bien compilador que historiador, pero á lo menos tiene el mérito de haber sacado del olvido algunas anécdotas y acontecimientos curiosos.

2. De las bellas artes. De los monumentos. — Augusto honró tanto á las bellas artes como á las letras. Es de notar que los romanos no fueron nunca muy célebres en ellas. Más fácil les fué despojar á los vencidos de las obras maestras que poseían que tratar de producir otras semejantes.

Así, arrebataron á la Grecia todas sus pinturas y estatuas, con las cuales adornaron sus casas de campo. Con todo, Augusto quiso despertar en ellos el conocimiento y afición á las bellas artes. La casa en que vivía era muy modesta, pero concibió el magnífico proyecto de hacer en Roma mejoras dignas de la majestad del imperio. Entre los muchos monumentos públicos que edificó, se cuentan principalmente el templo de Apolo Palatino, el de Júpiter Tonante en el Capitolio, y una plaza donde había un templo dedicado á Marte vengador. Hizo construir el pórtico de Lucio y la basílica de Cayo, los pórticos de Livia y de Octavia y el teatro de Marcelo. « Invitó, dice Suetonio, á los principales ciudadanos para que adornasen la ciudad según las facultades de cada uno, construyendo nuevos edificios ó haciendo en los antiguos las reparaciones necesarias. De esta manera se alzaron el templo de Hércules y el de las Musas, construidos por Marcio Filipo; el de Diana, por Cornificio; el de la Libertad,

por Asinio Polión; el de Saturno, por Munacio Planco; el teatro de Corn. Balbo y el anfiteatro de Estatilio Tauro, y considerable número de hermosos monumentos construidos por Agripa. » Todos esos trabajos, y otros muchos ejecutados con el mismo fin, le permitieron decir con razón que había encontrado una Roma de ladrillo y había dejado otra de mármol.

3. Lucha contra los germanos. — Aunque su carácter fuera pacífico, Augusto emprendió algunas guerras con el fin de domeñar á ciertas poblaciones independientes que se hallaban en el interior del imperio, y afirmar las conquistas hechas, poniéndolas al abrigo de los pueblos vecinos, gracias á un buen sistema de fronteras. Así, poco después de la batalla de Áctium, habiendo estallado varias revueltas al pie de los Alpes, entre los salasos, y en España entre los astures y los cántabros, Augusto marchó en persona contra los españoles y encargó á Terencio Varrón de someter á los salasos. La victoria favoreció en todas partes á las armas romanas, y el senado hizo erigir en los Alpes un monumento en que se inscribieron los nombres de los cuarenta y tres pueblos montañeses sometidos.

En Oriente, se hizo una expedición contra la Etiopía, que tuvo por resultado asegurar por esa parte las fronteras del imperio. Augusto recibió embajadores de los sármatas, de los escitas y de los indios, y amedrentó á los partos que le devolvieron las águilas tomadas á las legiones de Craso. Pero la más importante de las conquistas llevadas á cabo en ese reinado fué la que hicieron Tiberio y Druso atacando á los vindelicianos y á los de la Recia, que se habían anojado sobre Italia y la Galia para devastarlas. Esos generales vencieron á los mencionados pueblos y añadieron á la Panonia y á la Mesia, ya conquistadas, la Recia, la Vindelicia y la Nórica, es decir, todos los países que se extienden al sur del Danubio; así hicieron de ese río una de las fronteras del imperio (15 años antes de J. C.).

Quedaba aún que reprimir á los germanos que inquietaban las fronteras del norte. Druso fué el primero que los combatió. Penetrando en su país por la isla de los bátavos, sometió á los sicambros y á los queruscos y lanzó sus legiones hasta el Weser. Habiéndolo sorprendido la muerte en medio de sus victorias (9 años antes de J. C.), Tiberio tomó el mando de las legiones romanas, y continuó con vigor la lucha, acabando por transportar á 40.000 ubios y á los sicambros á la orilla izquierda del Rhin, y haciendo del país situado entre ese río y los belgas dos nuevas provincias, la *primera* y la *segunda Germania* (8 años antes de J. C.).

4. Derrota de Varo (6 años después de J. C.). — Habíase dado por gobernador á esas provincias un hombre avaro y cruel, el bárbaro Varo. Persuadido de que aquellos pueblos sólo tenían de humano la figura, quiso imponerles por fuerza los usos y costumbres de Roma. Rodéose además de un ejército de legistas cuyas insidiosas triquiñuelas arruinaban al pobre en provecho de los que lo gobernaban. Lo que indica que Varo carecía de juicio y de experiencia hasta un punto indecible es que cometía todas sus depredaciones y robos sin tomar ninguna precaución. Entonces un príncipe querusco, Arminio (*Hermann*) aprovechó la indignación general para llamar á las armas todas las tribus y excitarlas á un levantamiento universal; habiendo logrado envolver las legiones de Varo en el bosque de Teutberg, cerca de los orígenes del Lippe, las aniquiló (9 años después de J. C.).

Al saber ese desastre, Augusto desgarró sus vestiduras, exclamando fuera de sí: « ¡Varo, Varo, vuélveme mis legions! » Luego se dejó crecer la barba y la cabellera en señal de luto y ofreció sacrificios á los dioses, como en los momentos de los mayores peligros. En seguida envió á las orillas del Rhin á Tiberio y á Germánico; pero habiendo estallado la discordia entre los bárbaros, los romanos no necesitaron para

vengarse más que estarse tranquilos. Arminio, que los suyos acusaban de ambición, cayó á los treinta y siete años bajo el puñal de un asesino. Su muerte permitió á Germánico penetrar hasta el Weser y obtener una brillante victoria en Idistaviso (*Minden*), con lo cual vengó la muerte de Varo.

5. Muerte de Augusto (14 años después de J. C.). — Sin embargo, Augusto murió antes de poder vengar á sus legiones. A pesar de cuantos honores le rodeaban, fué durante los últimos años de su vida presa de las penas más crueles. Pensaba elegir por sucesor suyo á Marcelo su sobrino, pero la muerte se lo arrebató á la edad de diez y nueve años. Julia, su hija única, y objeto de todo su cariño se deshonoró con escándalos tan horribles que su padre resolvió darle muerte. En medio de su desesperación se le oía exclamar con frecuencia: « ¿Por qué no habré yo vivido sin mujer ó no habré muerto sin hijos? » No obstante manifestó mucho afecto á los niños de esa culpable princesa, pero las intrigas de su esposa Livia hicieron que adoptase á Tiberio, hijo suyo y de su primer marido Claud. Tib. Nerón. Al adoptarlo le obligó á que él á su vez adoptase también á Germánico, hijo de Druso. Después de tomar todas esas disposiciones, murió Augusto en Nola, á la edad de 76 años, y 14 años antes de J. C. Cuando conoció que había llegado su hora, pidió un espejo, mandó que le hicieran su tocador y preguntó á sus amigos: « ¿He representado bien mi papel? » y sin esperar que le respondiesen añadió: « Aplaudid »; y tenía razón, porque jamás hubo actor alguno que desempeñara su papel con más habilidad que él.

CUESTIONARIO.

- | | |
|---|---|
| 1. ¿Qué poetas aparecieron en el siglo de Augusto? ¿Qué se hizo para facilitar el estudio de las letras? ¿Cuáles fueron los historiadores más notables? | 2. ¿Fueron cultivadas con éxito las bellas artes por los romanos? ¿Qué monumentos se edificaron en tiempo de Augusto? |
|---|---|

3. ¿Cuál fué el doble fin de las guerras emprendidas por Augusto? ¿Qué pueblos sometió en el interior del imperio? ¿Qué triunfos obtuvieron Druso y Tiberio contra los germanos? ¿Qué provincias formó Tiberio á orillas del Rhin?
4. ¿Á quién se confió el gobierno de esas provincias?
- ¿Cuál era el carácter de Varo? ¿Quién fué el jefe de la rebelión organizada contra él? ¿Dónde fué vencido?
5. ¿Qué penas domésticas atormentaron á Augusto en los últimos años de su reinado? ¿Á quién designó por sucesor? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras? ¿Dónde murió?

§ III. — *Nacimiento y progresos del cristianismo. Persecuciones.*

1. Nacimiento del cristianismo. — Mientras el mundo romano daba el espectáculo de vicios degradantes, se había operado en el Calvario la redención del género humano. Jesucristo había anunciado la buena nueva, el *evangelio*, á todos los hombres de buena voluntad, reconciliando á costa de su sangre al género humano con Dios, que nuestro primer padre había ofendido. Los apóstoles, que se encaminaron por toda la superficie del globo para anunciar esta gran verdad al universo entero, empezaron por predicar á los judíos para hacerlo luego á los gentiles.

Pablo, que era uno de los grandes perseguidores de la nueva doctrina, fué sometido por la fuerza de Dios en el camino de Damasco y entonces abrió los ojos á la luz, recibiendo por otra parte del cielo la misión de anunciar á los gentiles la verdad que á él se le había manifestado. Recorrió, pues, la Siria, el Asia Menor, la Macedonia, la Grecia, y fué á Roma, desde donde pudo evangelizar á gran parte del Occidente. San Pedro estaba ya establecido allí. Después de haber echado los cimientos de la primera iglesia cristiana de Jerusalén, el jefe de los apóstoles había ido á Antioquía, residiendo allí algún tiempo. Pero cuando el imperio de Cristo se hubo extendido por el Occidente, Pedro abandonó la capital del Oriente para transportar su sede, la primera del mundo cristiano, á Roma, que era la reina y señora de todas las naciones. Allí selló con su sangre su fe y sufrió la crucifixión. El mismo día cortaban la cabeza de San Pablo (66).

2. De los progresos del cristianismo. — Después de la muerte de los apóstoles, la doctrina evangélica que habían predicado en el mundo entero hizo cada día nuevos progresos. La carta del procónsul Plinio el Menor al emperador Trajano prueba que había inmenso número de cristianos, no sólo en las ciudades, sino hasta en las villas y villorrios de la Bitinia. Luciano habla de un falso profeta que se quejaba de que en el Ponto no se hallaban más que cristianos ó ateos, y sería posible citar testimonios análogos relativamente al África, al Egipto y á todas las provincias de Oriente.

En Occidente, antiguas y muy ciertas tradiciones atribuían á los discípulos del apóstol San Pedro la conversión de la mayor parte de las ciudades de Italia, y la fe hizo en Roma tan rápidos progresos, que bajo Diocleciano se contaban ya cuarenta templos.

Los orígenes de las iglesias de África son menos conocidos, pero los escritos de Tertuliano y de San Cipriano nos enseñan que en el segundo y en el tercer siglo había allí un clero importante y multitud de fieles fervorosos.

La España vió á sus obispos reunirse en concilio desde el siglo tercero, y la Galia contó sus mártires por millares bajo el reinado de Marco Aurelio. Es imposible apreciar con arreglo á documentos positivos el número de cristianos existentes en esa época; pero no es posible dudar de que fuese muy grande, puesto que Tertuliano escribía al mundo entero estas hermosas palabras: «Somos de ayer y llenamos todo lo que os pertenece, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras villas, vuestras fortalezas, los municipios, las asambleas populares, los campos, las corporaciones, la corte imperial y hasta el senado y el Foro; lo único que os dejamos son vuestros templos. Podemos contar vuestros ejércitos; pero los cristianos de una sola provincia son más numerosos. Si quisiéramos vengarnos, ¿cuán terrible no sería la guerra que pudiésemos sos-

tener? Y si nos limitáramos á separarnos de vosotros, retirándonos á cualquier país apartado, la pérdida de tantos ciudadanos daría en tierra con vuestro poder. »

3. De las persecuciones. — Sin embargo, el cristianismo había tenido que vencer grandes obstáculos, necesitando desarraigar del pueblo numerosas preocupaciones de educación y de nacimiento, obligándolo á olvidar sus depravadas costumbres para abrazar una religión que hacía pasar por de pronto á los que le eran afectos como ateos y malos ciudadanos, dignos de los más crueles suplicios. Tal fué, en efecto, la idea que el Estado tuvo entonces de los cristianos, y tal fué el motivo que llevó á los emperadores á emplear contra ellos la fuerza material. Constantemente se hallaron bajo los golpes de la ley, y se puede decir que durante tres siglos no cesó de correr su sangre. Pero, en ese período de sufrimientos, se distinguieron sobre todo diez grandes persecuciones, durante las cuales se les persiguió con redoblado furor.

La primera se efectuó en tiempos de Nerón, quien entregó á horribles suplicios á los cristianos de Roma, dando muerte á San Pedro y San Pablo. Domiciano ordenó la segunda, porque los cristianos se negaron á contribuir á los gastos de un templo elevado á Júpiter Capitolino. Su palacio se manchó con la sangre de Flavio Clemente y de Domitila, sus deudos. Trajano, á pesar de su bondad, fué el autor de la tercera persecución, que es particularmente célebre por el martirio de San Ignacio de Antioquía. Los Antoninos, que los historiadores llaman los mejores de los príncipes y de los hombres, fueron terribles para con los cristianos.

Adriano renovó los sanguinarios edictos de sus predecesores, y Marco Aurelio lo imitó. Durante la persecución de ese filósofo coronado, que fué la quinta, Lyon y las Galias presenciaron escenas espantosas, en las que fueron degollados diez y ocho mil már-

tires. El milagro de la legión fulminante, que obtuvo del cielo agua abundante para las legiones romanas próximas á morir de sed en Germania, tocó á ese príncipe en el corazón, y le hizo poner término á sus mantanzas.

El feroz Cómodo y sus sucesores dejaron tranquilos por un tiempo á los cristianos, pero Septimio Severo lanzó contra ellos un sexto edicto. Alejandro Severo favoreció á los discípulos de Jesucristo, siguiendo los consejos de su madre que era cristiana; pero la reacción fué terrible bajo el bárbaro Maximino y bajo Decio. En esta última persecución recurrieron los verdugos á refinamientos indescriptibles de crueldad. Se era entonces vigilado tan de cerca que durante seis meses el clero de Roma no pudo dar sucesor al papa Félix, que había sido condenado á muerte.

Valeriano comenzó la novena persecución á fines de su reinado. Entre las víctimas más ilustres de ella se cuentan los papas San Estéfano y San Sixto, San Cipriano, obispo de Cartago y el diácono San Lorenzo. Ya hablaremos de la décima y última persecución, bajo Diocleciano.

CUESTIONARIO.

1. ¿Á quiénes se predicó primeramente el Evangelio? ¿Qué países convirtió San Pablo? ¿Dónde se estableció San Pedro? ¿Cómo murió?

2. ¿Qué progresos realizó desde sus principios el Cristianismo? Cite V. los testimonios de Plinio, de Luciano. ¿Qué nos enseñan las tradiciones de las iglesias de Occidente? ¿Qué escribía sobre ese particular Tertuliano?

3. ¿Qué obstáculos tuvo que vencer el Cristianismo? ¿En qué época dieron principio las persecuciones? ¿Cuántas de ellas se cuentan? ¿Quién fué el autor de la segunda? ¿— de la tercera? ¿— de la cuarta? ¿— de la quinta? ¿— de la sexta? ¿— y de las últimas? Cite V. algunos de los hechos más notables de cada una de esas persecuciones.

CAPÍTULO XXII.

DE LOS EMPERADORES DE LA FAMILIA DE AUGUSTO. LOS FLAVIOS. RUINA DE JERUSALÉN. CONQUISTA DE LA GRAN BRETAÑA (1).

Resumen. — Augusto había tratado con mucho tacto al pueblo y á los grandes. Todos estaban tan hartos de proscripciones y de guerras, que su autoridad fué aceptada sin murmurar. Pero al morir dicho príncipe, la situación era completamente distinta.

I. Tiberio lo comprendió y no se disimuló que debía temerle todo de los defensores de la libertad, y del partido aristocrático irritado por la pérdida de sus derechos. Para ahogar en sus orígenes toda tentativa generosa, se esforzó en envilecer las almas, imponiéndoles vergonzosa servidumbre. Hizo del senado una asamblea de esclavos, castigó con la muerte á los que no se doblegaban dócilmente á sus caprichos, y se libró de cuanto podía hacerle sombra. Así, hizo morir á Germánico, su sobrino, que había dominado la rebelión de las legiones de Germania y vengado en Arminio la derrota de Varo, pero que tenía á sus ojos el grave defecto de poseer el amor del pueblo. Después de la muerte de ese príncipe, la tiranía de Tiberio no conoció ya límites; rodeóse de delatores, colmó de honores á Seyano, el primero de ellos, utilizólo para deshacerse de cuantos excitaban sus celos ó sospechas, y luego lo deshizo entre sus manos (34), cuando le pareció que se convertía á su vez en peligro para su poder absoluto. Calígula, sobrino segundo de Tiberio, su hijo por adopción, asombró al mundo con su loca y brutal crueldad (37-41); Claudio reinó luego, á pesar de su falta de inteligencia (41-54). Este príncipe imbecil llevó no obstante á cabo lo que no habían podido realizar ni Augusto ni César, pues se apoderó de parte de la Gran Bretaña.

Desheredó á su hijo Británico en favor de Nerón, que le sucedió. Este emperador, que hubiese deseado no saber

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Entre los antiguos: Tácito, sus *Anales*, sus *Historias* y la *Vida de Agrícola*; Suetonio, los *Césares*; Plutarco, *Vidas de Galba y de Otón*; Dion Casio, lo que queda de su *Historia romana*; Josefo, *De bello judaico*. Entre los modernos: Le Nain de Tillemont, *Hist. de los emperadores romanos desde Augusto hasta Constantino*; M. Champagny, *Los Césares*; Dumont, *Hist. romana*; Cantú, *Hist. universal*, etc., etc.

escribir cuando tuvo que firmar por primera vez una sentencia de muerte, se convirtió en un monstruo de crueldad. Dió muerte á su madre Agripina (59), á su tía Domicia, á sus preceptores Burro y Séneca; incendió á Roma para gozar del espectáculo del incendio (65), y no se distinguió más que por su habilidad en guiar carros ó componer versos. Pero merece notarse que esos príncipes no hicieron caer su furor más que sobre los grandes, y que sus propios vicios eran un medio de corrupción que los hacía dueños del pueblo. Los juegos, los espectáculos, los festines y las distribuciones gratuitas de trigo y de dinero eran el cebo pèrfido que le echaban para engañarlo sobre su suerte y dorarle sus cadenas. Esos pretendidos favores hacían soportar tranquilamente á la multitud las locuras y las crueldades de sus señores. En vez de sublevarse contra su barbarie, se les ayudaba al contrario á exterminar los hombres virtuosos é ilustrados que eran obstáculo á su tiranía, y se aprobaba la muerte de los que se atrevían á reclamar en favor de la justicia y de la libertad.

II. Tiberio habia hecho hereditario en su familia el poder imperial. Pero extinguida la linea en la persona de Nerón (68), quedó el imperio entregado á las agitaciones violentas, á las turbulencias furiosas de los Titanes, dice Plutarco, menos por la ambición de los jefes que se hacían nombrar emperadores que por la avaricia y la licencia de los soldados que expulsaban á los soberanos unos por otros, á la manera que un clavo hace salir del agujero otro clavo. En medio de ese tumulto, se operó gran revolución; la aristocracia romana sólo dió un emperador más, Galba. Apodéranse los soldados del derecho de elección y hacen refluir los sufragios sobre hombres de oscuro origen. Otón pertenecía á una familia etrusca que no contaba sino sencillos caballeros entre sus antepasados; Vitelio era de cuna modesta, y lo que fué más deplorable, llevó al trono los vicios que entonces deshonraban al pueblo romano. Esos tres príncipes no hicieron sino pasar (68-69), sintiéndose entonces en cierto modo los primeros síntomas del vasto sacudimiento que debía producir más tarde la ruina del mundo romano.

III. El afligido imperio, dice Bossuet, descansó en Vespasiano, que también tuvo sus defectos, pero que fué no obstante muy superior á sus predecesores. Ese emperador reprimió la rebelión suscitada en las Galias por el bátavo Civilis, y se hizo principalmente célebre por su guerra contra los judíos. Jerusalén fué tomada é incendiada (70). Tito, hijo y sucesor de Vespasiano (79-81), dió al mundo alguna alegría, y sus días, que él creía perdidos cuando no habian sido empleados en buenas acciones, se precipitaron dema-

siado pronto. Renació entonces Nerón en la persona de Domiciano. Bajo su reinado acabó Agrícola la conquista de la Gran Bretaña, pero sus crueldades sumieron al imperio en un abismo de miserias. Roma y la Italia se hallan en ese momento tan agotadas que necesitan ir á las provincias en busca de señores que las gobiernen. Durante mucho tiempo ya no produce la antigua señora del mundo ni un solo César.

§ I. — *Emperadores de la familia de Augusto (14-68).*

1. Disimulo de Tiberio. Principios de su reinado (14). — Celoso Tiberio de la afección que Augusto, su padre adoptivo, demostraba hacia el joven Agripa, hízolo asesinar, temiendo que fuese designado para la sucesión al imperio. Apenas se posesionó del trono cuando el asesino le vino á anunciar que sus órdenes habían sido ejecutadas. « Yo no te he mandado nada, le respondió el tirano, y responderás al senado de tu conducta. » Se le iba á formar causa; pero se creyó que era mejor sepultar ese asunto en el olvido y hacer recaer ese negro crimen sobre la memoria de Augusto. Con un soberano tan disimulado, los cónsules, los senadores y caballeros, todo el mundo estudiaba sus palabras y componía su semblante. Nadie se atrevía á manifestarse demasiado alegre por la muerte de Augusto, ni demasiado triste á causa del advenimiento del nuevo emperador.

Tiberio afectó primero no preocuparse más que de los funerales debidos á Augusto. Anunciaba á las legiones su elevación al trono y les hablaba con autoridad, mientras que en el senado exclamaba que el genio del divino Augusto era el único capaz de sostener el peso del imperio. Decía que no le era posible aceptar más que una parte de él; pero le complacía mucho que lo senadores le hiciesen presente con el acento de la lisonja, que el Estado era un sólo cuerpo indivisible y que les parecía imposible hacerlo en partes sin destruirlo. Aunque aceptó la suprema autoridad, rogó al senado que le ayudase con sus luces y consejos, y

rehusó los títulos pomposos que le ofrecían. No permitía que le diesen los grandes dictados de *Señor*, *Padre de la patria*, ni *Divino*. Su objeto era avasallar al senado, y principió por invitar á los senadores á que intervinieran en las discusiones con libertad digna de los mejores tiempos de la república. Era un hombre corrompido y relajado, y hablaba de reformar las costumbres, esforzándose en dar ejemplos de templanza y sobriedad. Sus discursos estaban siempre en contradicción con sus pensamientos y sus actos.

2. Su conducta para con Germánico. — Tiberio consideraba como peligroso rival á Germánico, hijo de Druso, que Augusto le había obligado á adoptar. Luego que se vió dueño del poder, meditó su pérdida. Ese príncipe era idolatrado por el pueblo y por el ejército; así es que, á la muerte de Augusto, las legiones de Germania quisieron nombrarlo *imperator*. Mas Germánico rechazó con horror esa proposición. Calmó el resentimiento de las legiones, las condujo contra los germanos y obtuvo una brillante victoria. Después de sus triunfos fué llamado á Roma, donde el pueblo se precipitó á su encuentro, aclamándolo las cohortes pretorianas. El mismo Tiberio lo colmó de honores; pero pronto se conoció que no le concedía tales favores sino para perderlo con más facilidad.

3. Germánico en Oriente. Su muerte (48). — Tiberio hizo que el senado decidiese que la presencia de Germánico era necesaria en Oriente para arreglar los negocios de los pequeños reinos de Cilicia y Comagena, y para calmar los movimientos sediciosos de los partos y de los armenios. Al mismo tiempo nombró gobernador de Siria á Ch. Pisón, á quien, según se dice, dió secretamente la orden de que contrariase á Germánico en todas sus empresas. Partió, pues, el vencedor de los germanos, fijó la suerte de las nuevas provincias del Asia Menor, hizo la paz con los partos, y visitó el Egipto desde Canope hasta Siena, haciéndose querer en todas partes por su justicia y afabilidad. Á

su vuelta, encontró trastornado el orden que había establecido en el ejército y en las ciudades. Inmediatamente escribió á Pisón una carta amenazadora, por la cual le mandaba salir de la provincia. El orgulloso gobernador se alejó lentamente esperando á cada momento que el veneno que había hecho dar al príncipe produjera su efecto. Ese desgraciado acontecimiento no tardó mucho en realizarse. Germánico, sintiendo que sus fuerzas se agotaban, comunicó sus sospechas á su mujer y á sus amigos, confiándoles el cuidado de vengarlo (18).

Su muerte fué un duelo universal para la provincia y para todos los pueblos comarcanos. Las naciones extranjeras y los reyes bárbaros lloraron á este grande hombre, tan afable para con los aliados como clemente para con sus enemigos. Antes de quemar su cuerpo se le puso de cuerpo presente en el Foro de Antioquía, que era el lugar destinado para su sepultura. Agripina postrada de tristeza y dolor se embarcó con las cenizas de su esposo y con sus hijos, y encontró á Roma consternada por la pérdida de ese príncipe. Para honrar su memoria, se decidió, dice Tácito, que su nombre se cantaríá en los himnos de los salios, que su silla curul, adornada con una corona de encina, sería colocada en los espectáculos en el sitio reservado á los sacerdotes de Augusto; que al abrirse los juegos del circo se llevaría en procesión su estatua de marfil, que todos los flamines y augures que le sucedieran habían de pertenecer á la familia Julia. Se le erigieron arcos de triunfo en Roma, á orillas del Rhin y sobre el monte Amano en Siria, con una inscripción en la que se enumeraban todas sus hazañas, añadiendo que había muerto por la república.

4. Tiranía de Tiberio. — Pisón y su mujer Planinia no dejaron por eso de presentarse en Roma insultando el luto universal con la alegría que brillaba en sus semblantes y con los suntuosos festines que dieron en su casa. Formóse causa al infame gobernador.

Tiberio desarrolló por sí mismo la acusación y dos amigos de Germánico la sostuvieron vivamente. El pueblo gritaba á la puerta de la curia que Pisón no escaparía de sus manos si se le librara de la sentencia del senado. Plancinia, ganada por las lisonjas de Livia, separó su causa de la de su marido, y Pisón comprendió desde luego que su vida estaba en peligro. Pidió, pues, que se instruyese de nuevo el proceso, y se retiró por la noche á su gabinete para preparar su defensa. Era de esperar que al día siguiente se oirían algunas revelaciones muy curiosas, pero por la mañana se encontró á Pisón bañado en sangre. Tenía una herida en la garganta y su espada estaba á su lado.

Libre Tiberio de toda inquietud, no disimuló ya su tiranía. Abolió los comicios por centurias, quitó al pueblo la elección de los magistrados y la sanción de las leyes, y transfirió todos esos derechos al senado, al cual sojuzgó, decretando que en lo sucesivo los senadores votarían en alta voz y en presencia del emperador ó de sus representantes.

Esa asamblea se hizo con tanta bajeza la esclava del tirano que éste acostumbraba decir al salir de la curia: « ¡ Oh hombres hechos para la servidumbre! »

Bajo pretexto de que era el representante del pueblo, aplicó la ley promulgada contra los que ofendían la majestad del pueblo romano. Las primeras víctimas de esa ley de lesa majestad fueron caballeros llenos de deudas y de crímenes, publicanos sórdidos y rapaces, gobernadores avaros é infieles. Se consideraba como muy justa la severidad del príncipe, y se honraba su celo por el sostén de las leyes y la pureza de las costumbres. Pero en breve los delatores se multiplicaron hasta lo infinito. El mérito, el nacimiento, la dignidad y la riqueza fueron otros tantos crímenes que se persiguieron con encarnizamiento y furor. Los ambiciosos trataban de abrirse camino hasta el poder echando á los que eran dueños de él.

Tiberio aborrecía á cuantos manifestaban el menor

sentimiento por la antigua libertad. Una palabra, un gesto, una acción reveladora del deseo de independencia, eran á sus ojos atentados dignos de muerte. Comprendiendo que el partido republicano no estaba muerto, resolvió destruirlo por mano del verdugo.

5. Favor de Seyano. — En esa guerra sorda y encarnizada, Seyano fué quien desempeñó el papel de delator con más brillo y éxito. Era hijo de un simple caballero; pero su actividad infatigable, su decisión sin límites, y acaso también su corrupción desenfrenada lo elevaron á la dignidad de prefecto del pretorio. Tiberio le otorgó su confianza, y ningún romano era más indigno de ella. Luego aquel ministro ambicioso y cruel, cegado por las adulaciones del senado y del pueblo, ya no se contentó con los honores de todo género que se le tributaba. Ambicionó el poder supremo, y resolvió destruir á todos los miembros de la familia de Tiberio, que podían ser obstáculo á sus proyectos. Dió muerte á Druso, y tuvo la osadía de pedir la mano de Livilla, su indigna esposa. Tiberio lo humilló con una repulsa. Ese golpe no destruyó su ambición. Quiso mandar en Roma, y para conseguirlo, apartó á Tiberio de todos los negocios, persuadiéndolo de que la soledad y el reposo serían favorables á su salud. El voluptuoso anciano escuchó con tanta más facilidad las insinuaciones de su favorito, cuanto que deseaba alejarse de una ciudad en que todo le recordaba sus crímenes, del pueblo que lo cansaba con sus burlas, y abandonar á Livia, su madre, que lo importunaba con sus intrigas.

6. Tiberio en Caprea (27). — Salió, pues, de Roma, y fué á ocultarse en la isla de Caprea, á tres millas del cabo de Sorrento, en la cual se gozaba de soledad deliciosa y profunda. Los grandes navíos no podían abordar á ella, y las doce villas de Tiberio ocupaban todo su territorio. Allí se entregaba el cínico viejo á todas sus pasiones inmundas. Se hacía dar cuenta por Seyano de cuanto ocurría en Roma, é in-

dicaba al senado las víctimas que era preciso inmolar á su odio y á sus sospechas. Cuando le anunciaron la muerte de Livia, se negó á asistir á sus funerales, excusándose con sus numerosas ocupaciones. Prohibió su apoteosis, y persiguió á todos los que le habían manifestado afecto ó gozado de sus favores. Esa princesa, á pesar de su corrupción y perversidad, contrariaba la ejecución de los odiosos proyectos de Seyano, quien mientras ella vivió no se había atrevido á acusar á Agripina ni á sus hijos. Después de su muerte, Tiberio los declaró enemigos públicos. Relegó á Nerón á la isla de Pontia, donde murió, encerró á Druso en una de las habitaciones bajas del palacio y desterró á su madre Agripina á la isla de Pandataria.

La fortuna de Seyano iba siempre en aumento. Tiberio lo había designado como su colega para el consulado (31), y se decretó que serían cónsules juntos durante cinco años, y que se les harían los mismos honores cuando volviesen á Roma. El orgulloso ministro pensó llegar al puesto supremo, y ya se consideraba como tutor del príncipe y jefe real del Estado. Pero Tiberio se apercibió de sus pretensiones y decidió su pérdida.

7. Desgracia y muerte de Seyano (31). — Habiéndolo alejado de su presencia con un pretexto honroso, formó contra él un partido potente en Roma, y envió al senado á Macrón, tribuno de los pretorianos, con una carta en la que se quejaba de Seyano y mandaba arrestarlo. Eso era un gran golpe de Estado, pero fué fácil darlo. Todos, los grandes y el pueblo, estaban de tal modo irritados con la odiosa conducta del favorito, que nadie lo defendió. Al día siguiente de su arresto, el senado, persuadido de que el pueblo no se sublevaría, pronunció su sentencia de muerte y lo hizo ejecutar al momento (31). El pueblo arrastró á las gemonías á aquel que antes adoraba, y en medio de su furor impuso la misma pena á sus tres hijos.

8. Últimos años de Tiberio (32-37). — Hubo ale-

gría general con motivo de la muerte de Seyano, porque se esperaba un gobierno más suave. Pero el viejo de Caprea aumentó aún en ferocidad. Animaba más y más á los delatores, y ya no ponía cuidado en examinar particularmente la causa de cada uno de los acusados, sino que los condenaba colectivamente. Así es que fueron degollados todos los que estaban en las cárceles. Agripina y Druso murieron en terribles suplicios. Tiberio, en medio de sus desórdenes, sediento de sangre, asistía como á un espectáculo al suplicio de sus víctimas. En tiempo de Suetonio se veía aún en Caprea el sitio en que aquel verdugo, después de largos y escogidos tormentos, hacía precipitar al mar á los condenados en presencia suya.

Si hay una cosa que consuela la virtud, es que aquel monstruo no cesó de estar atormentado por los remordimientos que le causaban sus maldades. Disgustado de todo, no se ocupaba ni de su grandeza personal, ni de la fortuna del imperio. Devorábalo tedio mortal. Como conocía que sus fuerzas se iban debilitando cada día más, consultaba á los adivinos y augures acerca de su destino; pero sus predicciones, dictadas por la adulación, no podían poner término á los temores que lo abrumaban. Habiendo salido de Caprea, vino cerca de Roma, y después anduvo errante por la Campania, buscando en todos lados la dicha que no encontraba en parte alguna. En fin, cuando se supo su muerte, el pueblo se regocijó. « ¡ Tiberio al Tíber ! ¡ Tiberio á las gemonías ! » tales eran los gritos que resonaban en los aires. No obstante, le tributaron los honores fúnebres.

9. Reinado de Cayo Calígula. Guerra en Germania (37-41). — El hijo de Germánico, Cayo Calígula, fué designado por Tiberio como su sucesor, y el pueblo romano recibió en triunfo á su nuevo jefe. Cayo pareció por de pronto digno de todos aquellos honores. Dictó una amnistía en favor de los desterrados y de los proscritos, expulsó de su corte á los delatores y los

entregó á la vindicta pública, cumplió las últimas voluntades de Augusto, y favoreció la libertad de escribir y de pensar poniendo en circulación obras censuradas por el senado. Pero una enfermedad grave alteró sus facultades intelectuales y morales, y á partir de entonces su vida no fué ya la de un hombre, sino la de un monstruo.

Ordenó, por puro capricho, el asesinato de su hermano Tiberio, y obligó á su cuñado Silano á cortarse el cuello con una navaja de afeitar. Habiendo tomado extraordinario amor á su caballo, le hizo fabricar una cuadra de mármol, una artesa de marfil, arneses de púrpura y collares de perlas; dióle una casa completa, con esclavos y muebles; quiso hasta que se fuese á comer en la habitación del cuadrúpedo. Y hasta se añade que tenía intenciones de elevarlo al consulado.

Un día furioso al ver que el pueblo no era de su parecer en una función teatral, exclamó: « Quisiera que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza para cortarla de un solo golpe. »

Cansado de verter sangre en Roma, quiso ir á hacer la guerra á los germanos. Después de haber tentado locamente contra esos bárbaros una campaña ridícula, volvió á Lyon, á dar á toda la Galia el espectáculo de sus extravagancias. De regreso en Roma, multiplicó aún, durante cuatro meses más, sus crímenes y sus infamias. Por fin, el 24 de Enero, á la una de la tarde, el pretoriano Casio Chereas, cansado de las bromas groseras que Calígula se permitía contra él, le dió de puñaladas. Ese monstruo había vivido veintinueve años y reinado cerca de cuatro. Su cadáver fué llevado en secreto á los jardines de Lamia, quemado á mitad en una hoguera hecha de prisa, enterrado y cubierto con ligero césped.

10. Reinado de Claudio (41-54). — Calígula estaba loco; su tío Claudio, que le sucedió, era tonto. Su madre tenía por costumbre decir, para caracterizar á un imbécil: « Es como mi hijo Claudio. » Augusto no

lo llamaba sino el *pobre hombre*, y hacia colocar á su lado á su primo Silano para impedirle que dijese tonterías.

Sin embargo, no carecía de conocimientos, pues compuso libros que no carecían de mérito; pero no tenía ni gravedad ni carácter, y se convirtió en juguete de todo el mundo.

Cuando ocupaba su tribunal en calidad de emperador, los abogados no le manifestaban ningún respeto, abusando de su paciencia, hasta el punto de llamarlo, cuando abandonaba su puesto un instante, deteniéndolo por la toga ó por el pie; lo que no debe sorprender, añade Suetonio, puesto que un griego se atrevió á decirle en un proceso: « Y tú también eres un viejo imbécil. »

Lo que hubo de más odioso bajo el gobierno de ese príncipe estúpido, fué el reinado de los favoritos. El señor del mundo estaba dominado por el eunuco Posides y por los libertos Harpócras, Polibio, Narciso y Palas. Honores, mandos, gracias, castigos, todo dependía de ellos, que iban hasta anular los fallos del príncipe, haciéndolo luego sancionar sus órdenes.

La emperatriz Mesalina aprovechaba la debilidad de espíritu de su marido para abandonarse á sus pasiones, y el palacio era manchado por los más horribles excesos. Claudio mandó dar muerte á aquella princesa infame y juró ante el ejército permanecer célibe. Pero no pudiendo resistir á los halagos de su sobrina Agripina, se casó con ella.

Esa mujer, no menos corrompida que Mesalina, pero más ambiciosa, hizo mucho daño al Estado. Convirtiéndose en dueña absoluta de los asuntos públicos. Veíase la sentada en las ceremonias públicas al lado de Claudio, recibiendo con él los reyes y los embajadores, y dictando fallos. Su principal propósito fué hacer adoptar su hijo L. Dom. Nerón y ponerlo en el trono en vez de Británico, hijo de Claudio. El débil emperador, escuchando sus pérdidas insinuaciones, prefirió

Nerón á su propio descendiente. Luego lamentó esa adopción, así como su matrimonio con Agripina. Devolvió, pues, su ternura al joven Británico y ya se disponía á restituirle sus derechos, cuando Agripina evitó envenenándolo que así lo hiciese. Claudio murió el 13 de Octubre del año 54.

11. Conquistas en Bretaña. — Á pesar de su debilidad de espíritu, ese príncipe logró ejecutar lo que no habían podido llevar á cabo César ni Augusto. Invadió la Gran Bretaña y se apoderó de la parte meridional de esa región. Aulo Plancio, que mandaba las legiones, penetró hasta el Saverne y sostuvo en seguida durante dos días terribles combates á orillas de ese río.

No habiéndose decidido completamente por los romanos la victoria, Claudio resolvió efectuar en persona un desembarco contra los insulares. Su presencia reanimó á las legiones. Marchó hacia el Támesis, aniquiló á sus enemigos en *Camulodunum* (Colchester) y fué á disfrutar en Roma de una gloria vanamente ambicionada por César. Plancio, que había quedado en la Gran Bretaña para asegurar y extender dicha conquista hizo una provincia con todos los países situados al norte y al sur del Támesis, y añadió al imperio romano la parte meridional de la isla.

12. Dichosos principios del reinado de Nerón (54). — Nerón tenía solamente diez y siete años cuando fué proclamado emperador por el pueblo y los pretorianos. Mandó hacer magníficos funerales al emperador Claudio, pronunció su oración fúnebre y celebró su apoteosis. Mostróse lleno de consideraciones para con su madre Agripina, que había sido la autora de su elevación, y le dejó autoridad sin límites. Ella respondía en su nombre á los embajadores, escribía á los reyes y á las provincias, asistía detrás de un tapiz á las deliberaciones del senado, y reinaba verdaderamente en lugar de su hijo, á quien dió por ayos el filósofo Séneca y el prefecto del pretorio, Afranio Burrho.

Mientras fué dueño de sus pasiones, el joven emperador hizo la felicidad del pueblo. Lo colmaba de liberalidades y le daba pruebas de su clemencia. Abolió algunos impuestos, disminuyó otros; distribuyó cuatrocientos sestercios á cada ciudadano, socorrió á los senadores indigentes, dió raciones gratuitas de trigo á los soldados pretorianos, y se le oyó exclamar un día que tuvo que firmar la sentencia de muerte de un criminal : « Quisiera no saber escribir ».

13. Asesinato de Agripina (59). — Mas esos dichosos tiempos no fueron de larga duración. Séneca, ofendido por unas palabras de Agripina contra la filosofía, le quitó el ascendiente que tenía sobre el emperador. En su despecho, habiendo amenazado esa desgraciada princesa á Nerón con retirarle sus favores para concedérselos á Británico, heredero legítimo de Claudio, el bárbaro emperador ordenó envenenar á su rival, echó á Agripina del palacio y resolvió darle muerte. El liberto Aniceto se encargó de ejecutar ese abominable designio. Nerón había de convidar á su madre para que fuese á Baya, fingir allí reconciliarse con ella y darle fiestas pomposas. Convínose en volver á conducirla después á Ancio en una galera magníficamente adornada, y Aniceto se comprometió, cuando estuviesen en alta mar, á echar á pique el buque y hacer morir de ese modo á la madre del emperador. Ese horrible complot fué ejecutado como había sido concebido; pero Agripina se salvó á nado y pudo llegar á una de sus quintas cerca del lago Lucera, desde donde escribió á Nerón que había escapado al peligroso accidente que le había sobrevenido. Su desnaturalizado hijo le envió entonces, por consejo del filósofo Séneca y de Burrho, el liberto Aniceto armado de un puñal. A su vista, Agripina le dijo con resignación : « Hiere el seno que ha llevado á Nerón ». El valor de la desgraciada madre no paralizó el brazo del asesino. Dió el golpe y Nerón declaró con abominable sangre fría que desde aquel momento se sentía dueño del imperio.

14. Crímenes y locuras de Nerón. — Para calmar los remordimientos que lo atormentaban, el parricida se entregó á los mayores excesos. Daba representaciones teatrales en que él mismo figuraba, y se complacía en disputar el premio de poesía y de música á los jóvenes poetas y artistas de Roma. Al efecto estableció un cuerpo de cinco mil caballeros para aplaudirlo cuando cantaba delante del pueblo.

Todas esas locuras agotaron el tesoro público, y para llenarlo recurrió á las prisiones y confiscaciones. Apresuró la muerte de su tía Domicia para gozar de sus bienes; envenenó á Burrho y desterró á Séneca, porque ambos condenaban sus excesos; repudió á su mujer Octavia, y dió toda su confianza al infame Tigelino, á quien nombró prefecto del pretorio.

Desde ese momento cometió cada día nuevos asesinatos y nuevas injusticias. Arruinaba las provincias y despojaba los templos de los dioses; pero el pueblo, contento porque recibía abundantes distribuciones de vino y carne y porque disfrutaba de los juegos más espléndidos, ofrecía al cielo acciones de gracias cuando sabía que la crueldad del emperador se había satisfecho de nuevo sacrificando algunas víctimas más. Los senadores envilecidos se prosternaban igualmente á los pies de ese feroz soberano, y si había algunos, como el virtuoso Traseas, que tuviesen valor para manifestar su indignación á la vista de tan deplorables excesos, al momento eran enviados al suplicio.

15. Incendio de Roma (65). Descontento por el mal gusto de los antiguos edificios, y por la pequeñez é irregularidad de las calles de Roma, Nerón pegó fuego á la ciudad, tan públicamente, dice Suetonio, que algunos personajes consulares no se atrevieron á detener á los esclavos del príncipe á quienes sorprendieron en sus casas con antorchas y teas. El incendio duró seis días y siete noches. Nerón, encantado, según decía, de la belleza de las llamas, consideraba ese espectáculo desde lo alto de la torre de Mecenas, cantando en traje

de cómico un poema que había compuesto sobre el incendio de Troya. Después se hizo construir un palacio inmenso al que dió el nombre de *Palacio de oro*. Para hacer frente á los gastos de ese gigantesco edificio, despojó á las ciudades libres, á todos los pueblos aliados y á todas las provincias conquistadas.

Los ricos de Roma, que temían por sus propias riquezas, conspiraron contra ese monstruo insaciable. El filósofo Séneca, el poeta Lucano y el cónsul electo Plaucio Laterano se hallaban á la cabeza de esa trama. Su intención era elevar al trono á Calpurnio Pisón; pero, descubierto su designio, todos los culpables fueron citados ante Popeyo y Tigelino quienes se esmeraron en agradar al príncipe con las sutilezas de su crueldad.

Un tribuno, llamado Subrio Flavio, tuvo valor para decir á Nerón: « Nadie te ha sido más fiel que yo mientras has merecido ser amado; pero te aborrezco desde que te has hecho parricida, cochero, histrión é incendiario ».

Lucano, después de haberse deshonrado con las mayores debilidades, se hizo abrir las venas. Séneca sufrió la misma suerte. Nerón se sirvió de esa conspiración para dar muerte á todos aquellos cuyos bienes ambicionaba, ó cuyas virtudes detestaba.

16. Guerras en Oriente. — Mientras el señor del mundo se encenagaba en toda clase de crímenes y excesos, sus legiones se cubrían de gloria en las dos extremidades del imperio. En Occidente, Suetonio pacificaba la Bretaña que se había sublevado, y con esa victoria aseguraba la dominación romana en aquella comarca.

En Oriente, el bravo Corbulón atacó á Vologeso, rey de los partos, y le arrebató la dominación de la Armenia, para devolvérsela á Tigranes, uno de los antiguos descendientes de los sacerdotes-reyes de Capadocia (60). Después de esa victoria, viéndose obligado á compartir el mando con Cesenio Peto, Corbulón se retiró de la provincia y dejó á su colega en presencia de los

partos. Peto fué derrotado, y hubo necesidad de reponer á Corbulón en su antigua autoridad para devolver á las armas romanas su primitivo brillo. Derrotó á los partos, les dictó las condiciones de la paz, y envió á Tiridato á Roma para ser coronado rey de la Armenia por manos de Nerón.

Ese espectáculo despertó en el emperador el deseo de hacer conquistas y de sobrepujar por sus hazañas, la gloria de todos sus generales. Ordenó alistamientos de tropas, y llegó á Grecia con un ejército bastante numeroso para subyugar á los partos (66). Desgraciadamente no había en ese ejército más que flautistas y cantores, y toda la ambición del príncipe se limitó á triunfar en los juegos olímpicos y á recibir aplausos de los griegos por su talento de músico y su voz celestial. Llamó de nuevo á Corbulón, cuya gloria le hacía sombra, y cuando ese valiente general llegó á Corinto, encontró un decreto de muerte en recompensa de sus hazañas. « Bien merecido lo tengo, » dijo, y se traspasó con su propia espada.

El rumor de una nueva conspiración hizo que Nerón volviese á Roma. Presentóse como triunfador sobre un carro tirado por caballos blancos, haciendo-alarde de sus mil ochocientas coronas, y de los nombres de las piezas que se las habían hecho ganar, y recibiendo en ofrenda, á su paso, infinidad de aves diversas.

17. Triste fin de Nerón (68). El mundo, después de soportar á ese execrable tirano durante cerca de catorce años, le hizo al fin justicia. Vindex sublevó las Galias, y Galba fué proclamado emperador en España. Al saberlo Nerón deliberó sobre si se retiraría á vivir entre los partos ó bien si iría á echarse á los pies de Galba ó se presentaría en la tribuna de las arengas para solicitar que le perdonasen lo pasado; pero no se atrevió á tomar este último partido, temiendo ser destrozado por el pueblo antes de llegar á la plaza pública. Entonces pidió que le mandasen al gladiador Espicilo ó algún otro para que lo degollase; mas, no

pudiendo conseguirlo, exclamó : « ¡ Conque no tengo amigos ni enemigos ! » y corrió á precipitarse en el Tíber. Habiéndose detenido, fué á refugiarse en la estrecha y sucia morada de Faón, uno de sus libertos. Allí supo que el senado le había declarado enemigo de la patria. Atemorizado por la suerte que le reservaban, cogió dos puñales que llevaba consigo y se los clavó en la garganta, ayudado por su secretario Epafrodita. Jamás hubo vida más atroz, pero tampoco hubo muerte más triste ni más vergonzosa. Pereció á la edad de treinta y dos años, al aniversario del día en que había hecho morir á su esposa Octavia. Con él se extinguió la familia de Augusto.

CUESTIONARIO.

1. ¿ Con qué acto inauguró Tiberio su reinado ? ¿ Qué política adoptó ? ¿Cuál era su carácter ?
2. ¿ Por qué fué enemigo de Germánico ? ¿ Cómo lo recibió en Roma ?
3. ¿ Con qué pretexto lo envió á Oriente ? ¿ A quién nombró al mismo tiempo gobernador de Siria ? ¿ Cómo se condujo Pisón ? ¿ Cómo murió Germánico ? ¿ Qué impresión produjo su muerte ? ¿ Qué honores tributaron los romanos á sus cenizas ?
4. ¿ Qué acusación se hizo contra Pisón ? ¿ Cómo murió éste ? ¿ Qué hizo Tiberio para convertir en absoluto su poder ? ¿Cuál fué el carácter de su tiranía ?
5. ¿ Quién fué el primero de sus favoritos ? ¿Cuál era el carácter de Seyano ? ¿ Qué proyectos concibió ? ¿ Por qué excitó á Tiberio á que abandonase los asuntos públicos ?
6. ¿ A dónde se retiró ese príncipe ? ¿ Qué era la isla de Caprea ? ¿ Qué vida llevó allí Tiberio ? ¿ Qué hizo Seyano durante ese tiempo ? ¿ Por qué resolvió Tiberio perderlo ?
7. ¿ De qué medio se valió para derribarlo ? ¿ Quién juzgó á ese indigno ministro ? ¿ Qué fué de su cuerpo después de su muerte ?
8. ¿ Con qué crueldad se condujo Tiberio después de la muerte de Seyano ? ¿ Recibió algún castigo su barbarie ? ¿ Cómo murió ?
9. ¿ Qué sentimiento manifestó el pueblo hacia Caligula ? ¿ Cómo empezó el reinado de éste ? ¿ Qué expedición emprendió ? ¿ Quién lo asesinó ? ¿ Dónde lo enterraron ?
10. ¿Cuál era el carácter del emperador Claudio ? ¿ Qué fué lo más odioso de su reinado ? ¿ Cómo se condujo su esposa Mesalina ? ¿Cuál fué la ambición de Agripina ?
11. ¿ Hicieron las legiones romanas algunas conquistas durante el reinado de Claudio ? ¿ Qué países tomaron ?
12. ¿Cuál fué al carácter de Nerón al principio de su reinado ? ¿ A quiénes tuvo por maestros ? ¿ Qué reflexión hizo cuando firmó su primera sentencia de muerte ?

13. ¿Por qué hizo Séneca perder á Agripina el ascendiente que tenia sobre Nerón? ¿Qué infame proyecto concibió ese príncipe contra su madre? Refiera V. la muerte de esa mujer.

14. ¿Con qué locuras se deshonró luego Nerón? ¿Cómo trató á sus maestros y á sus deudos? ¿De qué manera se captó la simpatía popular?

15. ¿Por qué pegó fuego á la ciudad de Roma? ¿Cuánto tiempo

duró ese incendio? ¿Qué conspiración se formó contra ese tirano? ¿Cuál fué la suerte de los conspiradores?

16. ¿Qué generales se distinguieron en ese reinado? ¿Qué expedición hizo Nerón en persona? ¿Cómo acabó esa empresa?

17. ¿Qué rebeliones estallaron contra Nerón? ¿Se manifestó vacilante ante el peligro? ¿Cómo murió?

§ II. — *Principios de descomposición del imperio. Galba, Otón, Vitelio (68-69).*

1. Reinado de Galba (68). — El sucesor de Nerón, el anciano Galba, era pariente de Livia, mujer de Augusto, y contaba multitud de hombres ilustres entre sus antepasados. Expuso en el vestibulo del palacio su árbol genealógico, en el cual se le hacía descender de Júpiter por parte de su padre, y de Pasifae, mujer de Minos, por parte de su madre.

Después de haber sido pretor, gobernó la Aquitania durante un año, y en seguida fué honrado con el consulado. Calígula le dió el mando de los ejércitos de Germania en los que adquirió gran reputación. Rehusó el imperio á la muerte de este príncipe, y por esa moderación se granjeó la estimación y afecto de Claudio, quien lo nombró procónsul en África. Su hermosa conducta en esta provincia le mereció los honores del triunfo. Nerón lo sacó de su retiro para enviarlo á la Tarraconense, que era la mejor provincia de España, con el título de gobernador.

Allí recibió del galó Vindex, propretor de la Aquitania, una carta que le exhortaba á declararse vencedor y señor del género humano. Subió pues á su tribunal, hizo traer ante él las imágenes de los ciudadanos que Nerón había hecho morir, y al mismo tiempo que acogía las aclamaciones de la multitud que lo proclamaba emperador, declaró que no quería ser más

que lugarteniente del senado y del pueblo romano. Sin embargo, cuando supo la muerte de Nerón, dejó aquel título, y tomó el de César. Entonces se revistió con el traje militar, suspendió á su cuello un puñal, y se puso en marcha, decidido á no volver á tomar la toga sino después de haber echado abajo á cuantos le disputaban el imperio.

Ninfinio Sabino, prefecto del pretorio, era uno de ellos. Había sido el principal autor de la caída de Nerón; pero no había proclamado á Galba sino con el objeto de hacerse dueño del poder soberano. Su crédito en Roma era inmenso. A pesar de eso, se indispuso con todos por su crueldad y arrogancia. Como se temía ver en él un nuevo Nerón, lo degollaron el mismo día en que esperaba ser proclamado emperador.

Galba supo esa noticia cuando se dirigía hacia Roma. Desgraciadamente para él, sus enemigos le habían ya dado en esa capital del mundo la reputación de avaro y cruel. Decíase que había impuesto multas de consideración á las ciudades de España y de la Galia que no habían querido reconocerlo; que había condenado á muerte á muchos gobernadores con sus mujeres é hijos, y que había vendido una corona de oro del peso de quince libras que robó á Júpiter en un antiguo templo de Tarragona. El confirmó todos esos sensibles rumores, despidiendo sin recompensa la antigua guardia alemana, tan célebre por su fidelidad, reduciendo las tropas marítimas al estado de los soldados legionarios y condenando á muerte á todos los partidarios de Ninfidio.

El pueblo lo despreció cuando lo vió gobernado despóticamente por tres cortesanos, Vinio, su teniente en España, Laco, prefecto del pretorio, y el liberto Icelo. Galba perdió igualmente el afecto de los pretorianos, negándoles el dinero que les había prometido, y, viendo que se amotinaban: « Acostumbro, dijo, á elegir mis soldados; no á comprarlos. » Esas hermosas palabras no le hicieron mucho honor, porque se atribuyeron menos á su valor que á su avaricia.

Los levantamientos que estallaron en África fueron reprimidos al momento, pero no tardaron mucho en reproducirse. Luego se supo en efecto que Vitelio había sido elegido emperador por las legiones de Germania. Esa noticia apresuró la ejecución de un proyecto concebido hacía algún tiempo por el viejo emperador y que era el de adoptar á su sucesor. Eligió para ello á Pisón, hombre joven, de costumbres austeras. Esa adopción fue acogida con transportes de alegría por los senadores, pero los soldados afectaron guardar sombrío silencio, y su descontento se manifestó luego de modo terrible. Otón, irritado por no haber sido adoptado por Galba, levantó el estandarte de la rebelión en medio de la plaza pública. Veinte y tres soldados solamente se unieron á él. Aunque no era débil ni tímido; tuvo miedo al encontrarse con tan pequeño número, y pensó desde luego en renunciar á su designio. Esos soldados se opusieron á ello, y en un instante ganaron á todos sus compañeros, y el campamento entero se declaró por él. El anciano emperador creyó por de pronto que su rival había sido muerto; pero al momento, como viento que de repente cambia, el rumor contrario le hizo saber que era dueño del ejército. Algunos soldados de caballería y de infantería se precipitaron al instante sobre Galba gritándole: «¡ Retírate, hombre privado!» y después de haberle arrojado en su litera una granizada de dardos, le dieron con sus machetes y lo asesinaron.

Cuando llevaron su cabeza á Otón, exclamó éste: «Amigos míos, nada habéis hecho, mientras no me traigáis la de Pisón.» No la esperó mucho tiempo: ese desgraciado joven había sido herido y se refugió en el templo de Vesta, adonde fué perseguido y degollado por un soldado llamado Marco. También cortaron la cabeza á Vinio y á Laco, los dos favoritos de Galba y se las llevaron á Otón pidiéndole el premio de ese servicio. Galba pereció á la edad de setenta y tres años después de siete meses de reinado.

2. Reinado de Oton (69). — Otón se presentó por la tarde en el senado, y habló como si se hubiese visto obligado á aceptar el imperio. Los senadores le respondieron con alabanzas en las que se podía conocer la misma sinceridad y lo colmaron de todos los honores que habían sido tan funestos á Galba. Después fué al Capitolio, y allí ofreció un sacrificio que le pareció de mal agüero. Desde entonces experimentó los cuidados é inquietudes del poder. Durante la noche le agitaban sueños horribles, le parecía oír que los manes de Galba clamaban venganza contra él, y de día esos recuerdos despertaban en su corazón remordimientos implacables.

No obstante, el principio de su reinado pareció dichoso. Concedió al pueblo la muerte del infame Tigelino, minis ro de las crueldades y desordenes de Nerón. Todos le agradacieron ese acto de justicia y las virtudes que manifestó inmediatamente después de su advenimiento, pero temían que esas excelentes cualidades fueran simuladas. No les gustaba verlo levantar estatuas á Nerón y pedir honores en favor de las mujeres que se habían asociado á los excesos de ese tirano. Esas faltas alejaron de su partido á gran número de ciudadanos, quienes deseaban por emperador á Vitelio, que acababa de ser proclamado por las legiones de Germania.

Ese rival de Otón era un hombre grosero, que solamente sabía beber, comer, jugar y perfumarse. Fué elevado al poder soberano antes de la muerte de Galba por dos generales muy hábiles, Cecina y Valente, de modo que Otón tuvo un concurrente, así que subió al trono. Toda la Galia obedeció, y sus generales avanzaron victoriosos hasta las orillas del Po. Otón salió de Roma, y se puso á la cabeza de sus tropas, llevando una coraza de hierro, sin adornos ni esmero, olvidando así la vida muelle y afeminada que había llevado antes.

Al principio Valente y Cecina experimentaron serios

descalabros; pero habiendo reunido sus fuerzas, Otón quiso que se empeñase una batalla general cerca de Bedriac, entre Cremona y Mantua, y fué derrotado. Ese revés no había arruinado de modo alguno su poder. Tenía consigo todavía tropas muy decididas; sabía que las tres legiones de Mesia habían llegado á Aquilea, y le hubiera sido fácil continuar la lucha. Pero fuese horror á las guerras civiles, fuese debilidad de carácter, no pudo soportar por más tiempo su mala fortuna, sino que aconsejó á sus partidarios que se uniesen con Vitelio, quemó todos los papeles que podían serles funestos, distribuyó todo el dinero que tenía á sus criados y amigos, cogió dos puñales, ensayó la punta de ambos, los colocó bajo su cabecera y se durmió tranquilo. El día siguiente al despertar tomó uno de ellos y se atravesó el corazón. Fué tan sentido de sus soldados que muchos se degollaron sobre su tumba. No reinó más que tres meses.

3. Reinado de Vitelio (69). — Luego que Vitelio supo la muerte de Otón, se puso en camino para Roma. Su glotonería era conocida, pero como se pensaba que á nadie perjudicaría sino a él, en Lyón, en Viena, y en todos los países por donde pasaba se le acogía con entusiasmo. Encontró á la Italia en la más deplorable anarquía. Sus soldados y los de Otón asolaban los campos y las ciudades, haciendo sufrir á todo el país los efectos de sus discordias; por lo cual los diseminó en Inglaterra, España, Dalmacia y Panonia. Al recorrer el campo de batalla de Bedriac cubierto todo de muertos que exhalaban olor infecto, pronunció estas palabras que llegaron á ser célebres: « El cadáver de un enemigo huele siempre bien. »

Llegó á Roma con un ejército de sesenta mil hombres. Su primer designio era entrar allí en traje militar, como en una ciudad conquistada; pero Tácito asegura, y en eso no se halla de acuerdo con Suetonio, que sus amigos le hicieron cambiar de opinión. Lo cierto es que permitió toda clase de excesos á las tro-

pas que lo acompañaban, y que no se inquietó en lo más mínimo por los daños que causaron. Solamente se ocupaba en almorzar, comer y cenar bien. Gastaba en su mesa enormes cantidades, y se preciaba de oscurecer á todos por el brillo de sus festines. Habiéndole servido su hermano Lucio en una sola comida dos mil pescados exquisitos y siete mil aves, imaginó hacer un plato monstruoso con hígados de pescados raros, sesos de faisanes y de pavos reales, lenguas de fenicópteros y de lampreas. Para formar ese plato habían hecho navegar varios barcos desde el golfo de Venecia hasta el estrecho de Cádiz.

Este vil glotón, que devoraba en la mesa todas las rentas del imperio, era tan sanguinario como goloso. Siempre pronto á condenar y castigar bajo toda clase de pretextos, hizo morir á varios ciudadanos ilustres á quienes había atraído cerca de sí con seductoras promesas; condenó á muerte á cuantos habían exigido de él impuestos durante sus viajes, y se sospechó que había hecho morir de hambre á su propia madre.

El pueblo romano estaba tan causado de todos esos excesos que supo con alegría que las legiones de Mesia, de Panonia, de Siria y de Judea habían proclamado á Vespasiano. Vitelio, para asegurarse la posesión del Occidente, derramó el oro á manos llenas, y ofreció magníficas recompensas á los que quisieron sostener su corona. Cecina y Valente, que habían triunfado de Otón, se pusieron á la cabeza de los ejércitos, mientras Vitelio pasaba los días á la mesa continuamente borracho. Pero no tardaron en conocer que sus soldados no eran ya los mismos; la corrupción y los deleites los habían enervado. El tolosano Antonio Primo Bec entró en Italia con las legiones de Iliria, ganó dos grandes batallas, saqueó á Cremona y pasó el Apenino. La flota de Vitelio, que estaba en Mesina, asustada por esos reveses, abrazó el partido de Vespasiano, y su ejemplo fué imitado por todos los legionarios.

Sabino, hermano de Vespasiano, podía entonces sublevar á Roma contra Vitelio y hacerle expiar sus crímenes; pero prefirió entrar en negociaciones con él y comprarle la diadema. El día siguiente de ese vergonzoso contrato, Vitelio salió vestido de luto con sus criados y su hijo, y leyó llorando el acta de su abdicación. El pueblo tuvo lástima de su desgracia, y le rogó que volviese á tomar la corona. Así lo hizo, mas no la conservó mucho tiempo. Habiendo entrado Antonio Primo en Roma con su ejército, el miserable emperador fué á ocultarse en el cuarto de su portero, y allí fué descubierto. Lo arrastraron medio desnudo á la plaza pública, con el vestido desgarrado, una cuerda al cuello, las manos atadas á la espalda, y los cabellos recogidos detrás de la cabeza como los de los criminales. Algunos, añade Suetonio, le levantaban la barba con la punta de su espada con el fin de ver mejor su cara; otros le arrojaban lodo é inmundicias llamándolo goloso é incendiario. Por último, fué martirizado largo tiempo, y desde allí arrastrado con un garfio hasta el Tiber. Reinó menos de un año.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál era la estirpe de Galba? ¿Qué puestos había desempeñado antes de ser emperador? ¿Qué reputación le habían hecho en Roma sus enemigos? ¿Cómo la justificó? ¿En qué ocasión sublevó Otón el ejército contra él? ¿Cómo murió Galba? ¿Cuánto tiempo reinó?
2. ¿Cuál fué el carácter de Otón? ¿Cómo indispuso al pueblo en contra suya? ¿Quién fué su rival? ¿Dónde fué derrotado? ¿Cómo murió?
3. ¿Qué palabras pronunció Vitelio al recorrer el campo de batalla donde había sido derrotado Otón? ¿Cuál era el carácter de Vitelio? ¿Qué excesos cometió? ¿Quién lo destronó? ¿Cómo murió? ¿Cuanto tiempo había reinado?

§ III. — *Los Flavios. Ruina de Jerusalén. Conquista de la Gran Bretaña (70-96).*

1. Principios de Vespasiano (70-71). — Después de andar errante entre las manos de los tres príncipes que fueron depuestos sucesivamente por el asesinato y la revolución, el cetro se fijó y se afianzó.

en la familia Flavia. Era ésta muy oscura, y Vespasiano, que fué su jefe, no debió su elevación más que á sus lisonjas. Había festejado el triunfo de Calígula sobre los germanos con juegos extraordinarios, y dado gracias á ese príncipe en pleno senado por haberlo convidado á su mesa. En tiempo de Nerón se retiró al campo, y á cada momento se creía próximo á perder la vida por haberse dormido una tarde mientras el emperador poeta recitaba sus versos. Desesperado por esa falta, aguardaba noticias fatales. Su admiración llegó al colmo cuando el primer correo del emperador le anunció que había sido elegido para ir á Judea con objeto de apaciguar las insurrecciones que acababan de estallar allí. La bajeza de su nacimiento le había merecido ese favor de Nerón. En esa expedición se mostró valeroso é intrépido, y los soldados sólo le echaron en cara su avaricia.

Cuando fué emperador, se dejó dominar demasiado por ese sórdido vicio. Restableció los impuestos suprimidos por Galba, aumentó los demás y creó otros nuevos. Habiéndole ofrecido los diputados de una ciudad una estatua de gran precio : « Hé aquí la base, dijo, presentándoles el hueco de la mano, basta que pongáis en ella el valor de la estatua. » Vendía las dignidades, los empleos y las gracias; confiaba los cargos más lucrativos á los que sabían robar mejor. « Son esponjas, decía, que se exprimen cuando están bien empapadas. » Todo lo que se puede decir para excusar esas rapiñas es que las rentas estaban en gran desorden, y que Vespasiano no empleó el dinero que acumulaba sino en cosas útiles. Socorría á los senadores que lo necesitaban, levantaba de sus ruinas las ciudades destruidas, reparaba los caminos y los acueductos, protegía las ciencias y las artes, y hacía ejecutar infinidad de trabajos gloriosos y necesarios.

2. Guerra contra los bátavos. Revolución de Civilis (70). — Vespasiano, cuando se le compara con sus predecesores, parece un gran príncipe; pero sus

cualidades no bastaron para impedir que los pueblos del Norte se sublevaran contra él. A su advenimiento, los dacios habían tomado las armas y llegado á amenazar las legiones en sus atrincheramientos al otro lado del Danubio. Fonteyo Agripa les hizo repasar el río, y fortificó por aquella parte la frontera del imperio. En el extremo septentrional de las Galias, la insurrección había sido más grave y causaba mayor inquietud. El bátavo Civilis se sublevó al principio con todos los de su nación contra Vitelio, y escribió en sus estandartes el nombre de Vespasiano; pero sus primeros triunfos aumentaron su ambición. Unióse con los germanos y los galos, y resolvió resucitar esas antiguas naciones.

Los bardos salieron de su retiro é inflamaron el patriotismo de los rebeldes con sus cantos, sacrificios y supersticiones. De creerlos, sus dioses habían prometido el imperio del mundo á un pueblo colocado al otro lado de los Alpes, y citaban el incendio del Capitolio como el preludio de la caída de Roma. Clásico y Julio Tutor entre los treviro, y Sabino en el país de los lingones, se pusieron á la cabeza de la insurrección. Ganaron los soldados romanos á su causa, y las legiones prestaron juramento de fidelidad *al imperio de las Galias*. Desgraciadamente todas las pequeñas rivalidades que separaban desde tiempo atrás á las antiguas ciudades galas quitaron á ese movimiento la unidad y concierto que podían asegurar su éxito. Así que se supo que Vespasiano había enviado tropas para someter á los rebeldes, unos se rindieron por prudencia, otros de miedo, y Civilis hizo la paz con Roma (70). Clásico y Tutor huyeron y se suicidaron. Sabino vivió durante nueve años en una caverna con Eponina, su esposa. Al fin fué descurbierto, y Vespasiano no tuvo la generosidad de perdonarlo.

3. Guerra de los judios. Ruina de Jerusalén (70). — Lo que hizo para siempre célebre el reinado de Vespasiano, fué la toma de Jerusalén y la

destrucción de su templo. En ninguna parte la venganza divina fué más manifiesta ni terrible que en la ruina de ese pueblo deicida. Cuatro años antes de la guerra, un hombre, según dice Josefo, exclamó : « Una voz ha salido de la parte del Oriente, una voz ha salido de la parte de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo ; voz contra el pueblo. » Desde aquel tiempo ni de día ni de noche no cesó de exclamar : « ¡ Desgraciada Jerusalén ! » Redoblaba sus gritos los días de fiesta. Ninguna palabra salió de su boca : los que le compadecían, los que lo maldecían, jamás oyeron de él sino estas terribles palabras : « ¡ Desgraciada Jerusalén ! » Fué cogido, interrogado y condenado á azotes por los magistrados : á cada pregunta, á cada golpe respondía sin quejarse jamás : « ¡ Desgraciada Jerusalén ! » Despedido como loco, corría todo el país repitiendo sin cesar su triste predicción. Continuó durante siete años gritando del mismo modo, sin cansarse y sin que se debilitase su voz. En tiempo del último sitio de Jerusalén se encerró en la ciudad, dando vueltas sin cesar alrededor de las murallas, y gritando con todas sus fuerzas : « ¡ Desgraciado templo, desgraciada ciudad, desgraciado pueblo ! » Al fin añadió « ¡ Desgraciado de mí ! » y al mismo tiempo murió de una pedrada arrojada por una máquina.

Vespasiano había sido encargado por Nerón de castigar á los judíos insurrectos y de cumplir aquellas terribles amenazas que resonaban sin cesar en sus oídos. Cuando quiso elevarse al imperio, dejó el mando del ejército, á Tito, su hijo, que sitió á Jerusalén. « Ese príncipe, continúa Bossuét, no quería perder á los judíos : al contrario, les hizo ofrecer muchas veces el perdón, no sólo al principio de la guerra, sino aun cuando no podían escapar á sus manos. Ya había levantado alrededor de Jerusalén una larga y vasta muralla reforzada con torres y reductos tan fuertes como la misma ciudad, cuando les envió á Josefo, su conciudadano, que era uno de sus capitanes y sacer-

dotes, y había sido cogido en esa guerra defendiendo su país; pero no escucharon sus prudentes consejos. Hallábanse reducidos á la última extremidad: el hambre mataba más gente que la guerra, y las madres se comían á sus hijos. Tito, compadecido de sus males, ponía á sus dioses por testigos de que él no era la causa de su pérdida. Durante esas desgracias, daban fe á las falsas predicciones que les prometían el imperio del universo. La ciudad había sido ya tomada, ardía por todos lados, y aquellos insensatos creían todavía en los falsos profetas que les aseguraban haber llegado el día de la salvación, á fin de que resistiesen siempre y no hubiese misericordia para ellos. En efecto, todos fueron pasados á cuchillo, la ciudad destruída completamente, el templo quemado, y excepto algunos restos de torres que Tito dejó para servir de monumento á la posteridad, no quedó allí piedra sobre piedra (1). »

4. Fin del reinado de Vespasiano. — Después de la toma de Jerusalén, se esparció el rumor de que Tito quería rebelarse contra su padre y reinar en Oriente. Confirmó esas sospechas yendo á Alejandría por Menfis, en donde con la diadema en la cabeza consagró al buey Apis. Sabedòr de dichos rumores, apresuró su regreso á Italia, vino á Regio, después á Puzzola en un buque de transporte, y corrió á Roma á echarse en brazos de su padre diciéndole: « Aquí estoy, padre mío, aquí estoy. » Vespasiano compartió con él el poder supremo y el honor de su triunfo. En seguida le confirió el poder tribunicio y el título de prefecto del pretorio. Se cerró el templo de Jano, y se elevó un templo á la Paz en prueba de la terminación de todas las guerras.

Cecina, que había hecho ya traición á Vitelio, y Marcelo, conspiraron contra el anciano emperador. Su complot fué descubierto. Tito convidó á Cecina á cenar

(1) Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*. 2ª parte, cap. XXI.

y le hizo dar de puñaladas al salir de la mesa. Vespasiano sobrevivió sólo algunos días á ese traidor. « Conozco que me acerco á ser dios », dijo al principio de su última enfermedad, burlándose de la apoteosis que los romanos tributaban á su emperador. Se hizo transportar á Reata, adonde acostumbraba pasar el verano. Viéndose próximo á exhalar el último suspiro : « Es preciso, dijo, que un emperador muera en pie. » Hizo que lo levantasen, y expiró después de diez años de gobierno.

5. Reinado de Tito (79-81). — Puede decirse que ningún príncipe subió al trono con peor reputación que Tito. Se hallaba cubierto aún con la sangre de Cecina, y se le echaba en cara haber abusado de su poder como prefecto del pretorio, apostando en el campo algunos hombres que le pedían, en nombre del ejército y del pueblo, la muerte de los que le eran sospechosos. No se le acusaba menos de excesos que de crueldad. Se hablaba de las comidas que hacía durante la noche con los ciudadanos más disolutos, y también se recordaban las exacciones de que se había hecho culpable bajo el reinado de su padre. En fin, para decirlo todo en una palabra, se le ponía en paralelo con Nerón.

Por fortuna, cuando ocupó el trono, su conducta desmintió enteramente todas esas conjeturas. Habiendo tratado su hermano Domiciano de hacerlo perecer y de sublevar contra él el ejército, le perdonó sus faltas y le rogó con lágrimas en los ojos que viviese con él como hermano. Trató con la misma dulzura á dos patricios convictos de aspirar al imperio, y no aceptó el soberano pontificado sino con el objeto, según decía, de conservar siempre sus manos puras de la sangre de sus súbditos. Su mayor felicidad era derramar en derredor suyo gracias y liberalidades. Daba audiencia á todos, y tenía por máxima que nadie había de salir descontento de una conversación con el soberano. Habiéndose acordado un día al ponerse á la mesa de

que no había concedido favor alguno durante él, pronunció estas palabras memorables y muy dignas de elogio : « Amigos míos, hoy he perdido el día. »

Su reinado fué afligido con una erupción del Vesuvio en la Campania, con un incendio en Roma, que duró tres días con sus noches y con una peste cruel. Todas esas calamidades le dieron ocasión para manifestar su amor á sus pueblos. Encargó á los personajes consulares que socorriesen á los países destruidos por el volcán, y se sirvió de los bienes de las familias extinguidas para volver á edificar las ciudades arruinadas. Después del incendio de Roma, declaró que tomaba á su cargo todas las pérdidas públicas, y vendió hasta su vajilla para repararlas. Durante la peste, prodigó cuidados de toda clase á los enfermos, y mostró abnegación sin ejemplo.

Con todo, este príncipe, cuya bondad no puede ponerse en duda, no dejó de dar combates de gladiadores, obligando á miles de prisioneros á degollarse unos á otros en honor de su padre y de su hermano; y no solamente su siglo no lo ha acusado por ello, sino que acaso fué una de las razones para llamarlo *delicias del género humano*; tan lejos está la idea que se formaban de la humanidad y de la virtud los paganos más perfectos, de la que de ellas tiene el vulgo cristiano.

6. Reinado de Domiciano (81-96). — Si no hubiese Domiciano reinado más tiempo que Tito, se le hubiera considerado también como un príncipe perfecto. Los primeros años de su reinado fueron como la prolongación del de su hermano. Administraba por sí mismo la justicia, y castigaba con servidumbre á los jueces prevaricadores. Cítanse de él estas hermosas palabras : « Un príncipe que no castiga á los delatores los anima. »

Habiéndose reanimado su pasión por la gloria militar, atacó de improviso á los catos, la nación más belicosa de Germania, y volvió á Roma haciendo alarde de algunos esclavos que había vestido de ger-

manos, y que hacía pasar como prisioneros. El senado le concedió los honores del triunfo en memoria de sus imaginarias hazañas (82), y desde entonces ya no se presentó en la curia sino en traje triunfal.

7. Conquista de la Gran Bretaña. — Al mismo tiempo, Agrícola, suegro de Tácito, y que era uno de los mejores generales del imperio, conseguía en la Gran Bretaña victorias más reales é importantes. Después de haber extendido los límites de la dominación romana hasta el espacio comprendido entre el golfo de Forth y el de Clyde, y defendido esa frontera con una línea de fortalezas, ese gran capitán fué á buscar á los mismos caledonios en sus montañas (83). Esos bárbaros se reunieron bajo las órdenes de Galgaco, su jefe, y se dió una gran batalla al pie de los montes Grampianos. La prudencia y la táctica del general romano triunfaron del ardor indisciplinado de los montañeses (86). Ese mismo año, habiendo dado la flota romana la vuelta á la Caledonia (*Escocia*), y descubierto la isla de Thulé (*Shetland*), se supo que la Gran Bretaña era una isla. Agrícola esperaba concluir su conquista; pero Domiciano, celoso de su gloria, lo llamó al momento para relegarlo en su quinta, donde murió, tal vez envenenado.

El emperador tomó entonces el mando de sus ejércitos y marchó contra los dacios (86). Esos bárbaros destruyeron sus legiones, y mataron la mayor parte de sus oficiales. Domiciano no por eso dejó de enviar al senado boletines de victoria. Después de haber sacrificado algunos ejércitos en Panonia y comprado la paz al rey de los dacios por el precio de un tributo humillante, volvió á Italia como vencedor y entró en Roma en triunfo. Los poetas y los retóricos, como Quintiliano, Marcial, Staco, y Silio Itálico, celebraron á una voz la gloria del primer emperador que recibió la ley de los bárbaros, y hasta hicieron de antemano su apoteosis.

8. Crueldades y muerte de Domiciano (96). —

Desgraciadamente, ese dios no era sino un monstruo sediento de sangre. Enviaba al suplicio á todos los que le eran sospechosos, y bastaba ser acusado ante él para ser juzgado como criminal. Honor, riquezas, virtud, talentos, palabras, acciones, todo era á sus ojos crimen de lesa majestad. Se confiscaban los bienes de los ciudadanos difuntos, con tal de que alguien afirmase haber oído decir al muerto que el César era su heredero. Los filósofos y las bellas artes fueron destruidos, á fin de que, como dice Tácito, nada de honesto se ofreciese á su vista. La crueldad de Domiciano hizo echar de menos el reinado de Nerón, porque, según añade el mismo historiador, al menos Nerón volvía la vista; ordenaba el crimen y no lo veía ejecutar. Domiciano, por el contrario, se complacía en oír los suspiros de sus víctimas, y era testigo de sus padecimientos, sin experimentar el menor asomo de horror. Sus crímenes armaron contra él á su esposa Domitila, quien lo hizo degollar. Es el último de los emperadores conocidos bajo el nombre de los doce Césares (1).

CUESTIONARIO.

1. ¿De qué familia era Vespasiano? ¿Cómo había vivido bajo los reinados precedentes? ¿Cuál fué su vicio dominante al llegar al poder? ¿En qué empleó sus tesoros?

2. ¿Qué rebeliones tuvo que reprimir? ¿Quién fué el jefe de la insurrección en la Galia? ¿Qué carácter tuvo esa rebelión? ¿Cómo terminó?

3. ¿Cuál fué la guerra más célebre del reinado de Vespasiano? ¿Qué prodigios ocurrieron en el sitio de Jerusalén? ¿A quién dejó Vespasiano la di-

rección de ese sitio? ¿Qué desastres hubo en él?

4. ¿Qué temores abrigaba Vespasiano respecto de su hijo Tito? ¿Cómo se condujo ese joven príncipe? ¿Cómo murió Vespasiano?

5. ¿Qué había sido Tito antes de subir al trono? ¿Cuál era su carácter? ¿Qué acontecimientos turbaron su reinado? ¿Qué juicio se debe emitir acerca de ese príncipe?

6. ¿Cómo principió el reinado de Domiciano? ¿Qué expedición hizo en persona?

(1) Sucesión imperial: Augusto (30 años antes de J. C., hasta 14 años después de J. C.), Tiberio (14-37), Caligula (37-41), Claudio (41-54), Nerón (54-68), se extinguió con ese príncipe la familia de los Césares; Galba (68-69), Otón (69), Vitelio (69), Vespasiano (69-79). Este es el jefe de la familia de los Flavios, de la cual hubo dos emperadores más: Tito (79-81) y Domiciano (81-96).

7. ¿Qué conquista efectuaron los romanos durante su reinado? ¿Qué general dirigió la expedición de Bretaña? ¿Qué expedición hizo Domiciano contra los dacios?
8. ¿Fue cruel? ¿Cómo murió?

CAPÍTULO XXIII.

LOS ANTONINOS. CONQUISTAS DE TRAJANO. ADRIANO. GOBIERNO INTERIOR; EL SENADO. EL CONSISTORIO. ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS. LOS GRANDES JURISCONSULTOS. EXTENSIÓN DEL DERECHO DE CIUDADANÍA ROMANA (1).

Resumen. — Antes del advenimiento de los Flavios, el imperio había estado expuesto á las brutalidades de la soldadesca, que hacía y deshacía emperadores según su capricho. Pero después de la muerte de Domiciano, último de los emperadores de esa familia, los senadores se apresuraron á disponer á su vez de la corona, y como los filósofos estoicos gozaban de gran influencia entre ellos, fué llamado á reinar la filosofía, constituyendo una época célebre en la historia con el nombre de siglo de los Antoninos.

I. Sin duda hay alguna exageración en los elogios tributados á esos príncipes por sus panegiristas, y los historiadores del siglo último se han mostrado probablemente demasiado sensibles á los cuadros de dicha y de prosperidad dejados por los escritores cortesanos que florecieron en aquella época. Pero aun dejando á parte estas exageraciones inevitables, no es posible negar que el imperio sacó grandes ventajas de esa reacción. Después de Domiciano, dice Bossuet, el imperio empezó á respirar bajo Nerva (96). Su edad avanzada no le permitió arreglar completamente los asuntos públicos; pero para que la paz durase, eligió como sucesor á Trajano (98-117). Ese príncipe subyugó á los dacios y á su rey Decébal, extendió sus conquistas por Oriente, dió un rey á los partos y llevó las fronteras del

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Dion Casio, *Vidas de Nerva, de Trajano, de Adriano, etc.*; Plinio el Menor, *Panegírico de Trajano y cartas*; Esparciano, Capitolino, Lamprido, *Historia de Augusto*; Marco Aurelio, *Obras*, y los abreviadores. Eutropio y Aurelio Victor. En cuanto á los modernos, además de las historias generales precedentemente indicadas, pueden verse Gauthier de Sibert, *Vidas de los emperadores Antonino y Marco Aurelio*; Mannert, *Res Trajani imperatoris ad Danubium gestæ*; Engel, *Commentatio de expeditionibus Trajani ad Danubium et originæ Valacorum*, etc. Gibbon empieza su historia en los Antoninos.

imperio á sus más remotos límites. Adriano, que vino luego (117-138), reedificó á Jerusalén dándole su nombre, arrojó de allí á los judíos rebeldes y compró la paz á costa de los mayores sacrificios. Logró mantener la disciplina militar y mejoró la suerte de las provincias. Tuvo por sucesor á Antonino Pio (138-161), que adoptó á su vez á Marco Aurelio. Antonino vivió siempre en paz, observando su máxima de que valía más salvar á un solo ciudadano que destruir á mil enemigos. Marco Aurelio (161-180) venció á los partos y á los marcomanos y sometió á los germanos; esos dos príncipes fueron los que hicieron el nombre de los Antoninos tan querido á los ciudadanos de Roma. Desgraciadamente, su ejemplo no fué seguido por el brutal Cómodo (180-192) que se hizo odioso al senado y al pueblo, pereciendo asesinado por sus cortesanos.

II. Bajo los Antoninos cambió la forma del Estado. Adriano reemplazó las formas republicanas por las monárquicas y preparó la obra de centralización administrativa que debía terminar Diocleciano. La legislación, que se había hecho más suave al mismo tiempo que las costumbres, pero que no tenía nada de fijo ni determinado, fué formulada al fin de manera definitiva en el *Edicto perpetuo* de Adriano. Los jurisconsultos, cuyas decisiones hacían autoridad desde mucho tiempo atrás, prepararon las bases del derecho romano, que debían ser recogidas más tarde por Justiniano, é inspirar la mayor parte de los códigos modernos, y sobre todo el de Napoleón.

§ I. — *Los Antoninos. Conquistas de Trajano.*

1. Reinado de Nerva (96-98). — Desde la muerte de Nerón los soldados se habían arrogado el poder de nombrar emperadores. Después de la muerte de Domiciano, el senado quiso quitarles ese privilegio, y dió el trono al anciano Nerva. Ese acto de autoridad trajo la felicidad al imperio. El nuevo monarca, lleno de clemencia y de generosidad, llamó á todos los ciudadanos desterrados por crimen de lesa majestad y castigó á los delatores. Disminuyó los impuestos y distribuyó tierras á los pobres para aliviar su indigencia. Nerva era bueno, indulgente; por desgracia tenía la falta que va con frecuencia unida á esas cualidades, era débil. No tenía energía para castigar el crimen, y los pretorianos no temieron arrancarle por la violencia la con-

denación de los asesinos de Domiciano. Esa insolencia le advirtió de su insuficiencia, y tuvo el dichoso pensamiento de asociar á Trajano al imperio. Esa fué la acción más bella de su reinado. Murió tres meses después de haber designado á su sucesor (98).

2. Grandes reformas de Trajano (98-117). — Ulpiano Trajano, natural de España, cerca de Sevilla, fué el primer extranjero que subió al trono. No por eso dejó de hacer la dicha del imperio. Devolvió al pueblo sus comicios y elecciones, al senado la entera libertad de sus votos y á los magistrados la consideración. Al entregar á Subarno la espada de prefecto del imperio: « Empléala en mi favor, le dijo, si cumplo mi deber; contra mí si faltó á él. » La extensión de su genio administrativo se reveló por los caminos que hizo abrir en todas partes, y por los numerosos edificios que hizo construir en todo el imperio. Desgraciadamente su vanidad quitaba á esos trabajos su carácter de gloria y de grandeza. Quería que su nombre fuese esculpido en todos los edificios que construía ó reparaba, lo cual le mereció el sobrenombre de *Parietario*.

3. Conquistas de Trajano. — Este soberano, que empleaba tan útilmente el tiempo desocupado de la paz, era también un general ilustre, que llevó la grandeza y el poder del imperio á su apogeo. Muchas veces se le oyó decir: « ¡Ojalá pueda yo reducir la Dacia á provincia romana, y pasar el Éufrates y el Danubio sobre puentes construídos por mí! » Y se cumplieron sus votos.

Habiendo hecho los dacios una incursión en el territorio romano, tomó pretexto de ello para romper el vergonzoso tratado que habían impuesto á Domiciano (101). Se precipitó en sus campos con numeroso ejército, venció á su rey Decébalos en una gran batalla, y los obligó á devolver el país que habían usurpado á sus vecinos, á desmantelar sus plazas fuertes, á entregar sus armas y máquinas de guerra, y á que no admitie-

sen en lo sucesivo en sus ejércitos ningún hombre nacido bajo la dominación romana. Después de esa primera campaña, Trajano fué á Roma para gozar de los honores del triunfo (101-103).

Decébaló se rebeló dos años después (105). Se unió con los escitas, venció á los jazegos y se presentó delante de las legiones romanas con fuerzas considerables. Trajano construyó sobre el Danubio un puente de piedra, pasó el río y atacó á los dacios en su propio país. Su capital fué tomada, y todas sus posesiones reducidas á provincia romana (106). Decébaló no tuvo valor para sobrevivir á su derrota. La columna Trajana consagró las victorias del emperador, y durante ciento veinte y tres días el pueblo se divirtió con espectáculos que costaron la vida á más diez mil fieras. La alegría del imperio se aumentó todavía más por la conquista de la Arabia Petrea, que entonces fué sometida por Aulo Cornelio Palma, gobernador de la Siria.

Trajano había cumplido parte de sus votos, al reducir la Dacia á provincia romana. No le faltaba más que marchar hacia el Éufrates, donde lo esperaban los partos, que eran los enemigos más terribles de los romanos. La posesión de la Armenia fué la causa de esa guerra. Nerón coronó por rey de ella á Tridato; pero Cosroes, rey de los partos, extendió luego su soberanía sobre ese reino. Después de haberle pedido cuenta de su conducta, Trajano entró en Armenia y redujo todo ese país á provincia. Entonces el temor fué general. Los reyes de Iberia, del Bósforo, de Sarmacia y de Cólchida le prestaron pleito homenaje, la Mesopotamia se puso bajo su dominación, y los indios mismos solicitaron su amistad.

En medio de la embriaguez de su victoria, atravesó el Tigris por un puente de barcas, invadió la Asiria, visitó las llanuras de Arbeles, llegó hasta Babilonia, y tomó por asalto á Seleucia y Ctesifón. La Asiria fué también declarada provincia romana (114-116).

Trajano marchó después á descansar de todas sus

hazañas en Antioquía, donde fué testigo y casi víctima de un espantoso terremoto que trastornó parte del imperio. Se apresuró á reparar los desastres, y volvió á hacer sus correrías guerreras sobre el Tigris hacia el golfo Pérsico. Penetró en el Océano, y exclamó á la vista de un buque que navegaba hacia la India: « Si yo fuese más joven, llevaría la guerra á esa comarca. »

El imperio llegó entonces á su mayor extensión. Pero esas últimas conquistas eran más brillantes que sólidas. Trajano se ocupó incesantemente durante los últimos años de su reinado en reprimir las revueltas de los países recientemente conquistados; y cuando la enfermedad lo obligó á volver á Italia, todas aquellas provincias del Oriente recobraron su independencia. Ese gran príncipe no tuvo fuerza para volver á Roma; murió en Selinonte (*Trajanópolis*) en Cilicia (117). Sus cenizas recibieron los honores del triunfo, y fueron depositadas bajo la columna erigida para recordar sus hazañas.

4. Reinado de Adriano (117-138). — Trajano amaba la guerra; Adriano, aunque valiente, deseó la paz. La principal lucha que sostuvo fué con los judíos, acabando la ruina de ese pueblo deicida, con motivo de una rebelión que había estallado en Jerusalén. Esa ciudad recibió el nombre de *Ælia capitolina*; lévántose un templo consagrado á lo ídolos en el sitio del antiguo, y el impuro Adonis tuvo un altar en el lugar mismo en que había nacido Jesucristo (135). Para obtener la paz con Oriente, Adriano sacrificó todas las conquistas de su predecesor.

Ese príncipe, de carácter desigual, raro é inconstante, era notable por su saber y sus talentos, pero poseía también gusto extraviado y caprichoso; sin duda por eso despreciaba á los escritores más famosos y tenía por superiores á ellos otros cuyos nombres ni siquiera ha conservado la posteridad. Amaba las bellas artes, y dotó al imperio de suntuosos monumentos, pero también tenía gran pasión por los perros y los

caballos. Mostraba mucha sencillez y lealtad en sus relaciones con los grandes, y sin embargo era desconfiado y receloso. Para decirlo todo de una vez nótese en su vida una mezcla de buenos y malos sentimientos. porque tenía inclinaciones depravadas, poseyendo a mismo tiempo la habilidad de disimularlas á menudo en interés de su reputación y de su tranquilidad personal.

No obstante, el imperio fué en general feliz bajo su reinado. Recorrió todos sus dominios examinando por sí mismo cada cosa, estudiando las costumbres y las religiones, atendiendo las necesidades más urgentes de las provincias, adaptándose al genio de cada región, mostrándose sucesivamente galo, español, griego, africano y sirio, y halagando así todas las poblaciones. Su espíritu organizador estableció sobre nuevas bases los cargos palatinos.

Sus predecesores no tenían, hablando en rigor, casa imperial. Augusto había hecho de los empleos de su palacio un servicio puramente doméstico; Adriano lo convirtió en público, encargándolo á los personajes más considerables del imperio. Esa innovación dió á la autoridad imperial carácter de grandeza que nunca había tenido hasta entonces, y fué funesta para las prerrogativas del senado.

Después de tantos trabajos, Adriano eligió por sucesor á Tito Antonino. Atormentado cruelmente durante los últimos años de su vida por vivos dolores, su filosofía no le inspiró resignación bastante para soportarlos, y quiso darse la muerte en diferentes ocasiones, cosa que impidieron sus esclavos. Entonces despidió á sus médicos, y para burlarse de la medicina y de sus prescripciones, se puso á comer y á beber á su antojo, por lo cual murió de una indigestión á los sesenta i dos y medio año de edad después de haber reinado cerca de veintiuno (138).

5. Reinado de Antonino (138-161). — Antonino, natural de Nimes, tuvo la dicha de contar por historiador á Marco Aurelio, su hijo adoptivo, y á Capito-

lino, que escribió menos su historia que su panegírico. No habiendo tenido la posteridad otra luz para apreciar su conducta, hace de él un príncipe modelo que unió á todos los dones del talento las cualidades del corazón. Sin embargo, sus mismos panegiristas confiesan que su vida no estuvo exenta de reproches. Tuvo una indulgencia inexcusable por los excesos de Faustina, su mujer; y después de ocultar sus torpezas deshonrosas durante su vida, tuvo la debilidad de ordenar su apoteosis y erigirle altares. Sus costumbres tampoco eran puras. Marco Aurelio le echa en cara sus desarreglos, y Juliano el Apóstata, al mismo tiempo que alaba su gobierno, censura su conducta privada.

Sus máximas eran admirables. Mandaba á todos los intendentes de las provincias que cobrasen los impuestos con justicia y dulzura. « No conozco nada más vergonzoso ni más cruel, decía, que dejar carcomer el Estado por gentes cuyo trabajo nada produce. » Quejándose Faustina un día de que él había distribuido á los pobres la mayor parte de sus bienes, le dió esta hermosa respuesta: « La felicidad pública es la riqueza de los príncipes. » Y muchas veces se le vía repetir esta máxima. « Más vale salvar á un ciudadano que exterminar mil enemigos. » Habiendo dos senadores conspirado contra él, el senado quiso descubrir á sus cómplices; pero Antonino se opuso á ello: « No quiero, dijo, hacer saber cuántas personas me aborrecen. »

Ese emperador filósofo, que los escritos de Marco Aurelio nos presentan con colores tan maravillosos, terminó su brillante carrera el 7 de Marzo de 161. Murió de una indigestión, á la edad de setenta y cinco años, y fué tan sentido como si hubiera sido arrebatado en la flor de su edad. Su amor hacia sus antepasados y su celo por la religión le merecieron el dictado de *Piadoso*.

6. Principio del reinado de Marco Aure-

lio (161). — Marco Aurelio tomó como colaborador á Lucio Vero, aunque éste era de carácter muy opuesto al suyo. Ese emperador era un filósofo que pasaba su vida en meditar y escribir. Adriano lo había incluido entre los sacerdotes salios desde la edad de ocho años, y á los doce llevaba ya el *pallium* ó manto griego á la manera de los sofistas. Su colega Lucio Vero era por el contrario hombre dado á los placeres y á la disolución, que recordaba á Nerón por sus prodigalidades y á Vitelio por su glotonería. Gastábase seis millones de sestercios en un banquete, y había convertido su casa en una taberna donde pasaba los días jugando á los dados y emborrachándose.

Habiendo invadido los partos la Siria, destruyendo un ejército romano, Varo marchó contra ellos llevando como lugarteniente á Avidio Casio. Y aunque sólo pensó en sus placeres, mientras Casio atacaba á los enemigos y los vencía, atribuyóse el honor de la victoria y volvió á Roma á compartir con Marco Aurelio los gloriosos calificativos de *Pártico*, *Arménico* y *Médico*.

7. Expedición de Marco Aurelio (167-174). — Apenas terminó esa guerra, cuando todos los bárbaros vecinos del imperio, desde las Galias hasta la Iliria, se coaligaron contra Roma. Vero recibió la orden de pasar del Oriente á Germania; pero no vió el desenlace de esa revuelta. Dion Casio afirma como hecho cierto que Marco Aurelio lo envenenó (169). Sea de ello lo que fuere, el emperador filósofo no disimuló su alegría, y todos creyeron con razón que el Estado ganaría con esa pérdida.

En efecto, Marco Aurelio comprendió perfectamente sus deberes como emperador. Durante tres años, luchó contra los bárbaros con valor y prudencia admirables y consiguió al fin echarlos fuera de las fronteras. Mas no por eso dejó la guerra de continuar por la otra parte del Danubio. El ejército romano, rodeado no lejos de la orilla del Estriginio, iba á pere-

cer de sed y de calor, cuando la legión Fulminante consiguió del cielo una lluvia milagrosa que la refrigeró y refrescó. Los paganos quisieron atribuir á la protección de los dioses ese beneficio; pero Marco Aurelio reconoció públicamente que los cristianos habían salvado á su ejército (174).

Mientras se ocupaba aún Marco Aurelio de los marcomanos, supo que Avidio Casio había tomado la púrpura en Antioquía. Al momento marchó contra el usurpador; pero en el camino un correo le avisó de su muerte. Trató con generosidad á los cómplices de Casio, y sólo algunos fueron castigados por orden del senado.

8. Defectos de Marco Aurelio. — Ese exceso de bondad fué también uno de los defectos de su gobierno. Muchas veces dejó á los gobernadores abusar impunemente de su autoridad en las provincias, y se le censuró con justicia su condescendencia hacia Lucio Vero, su colega, quien con la mayor alegría sacrificaba todos los recursos del imperio á sus impúdicas pasiones. Toleró igualmente el libertinaje desvergonzado de su esposa, y tuvo la bajeza de elevar á los primeros cargos del Estado á los que se hacían ministros de sus infamias. Cuando se le aconsejaba que la repudiase, respondía con más gracia que delicadeza: « Est á muy bien; pero si la despedimos, también será necesario devolverle la dote, » y ese dote era el imperio. Mientras vivió la llamaba esposa virtuosa, y la condecoraba con el título de *Madre de la patria*, y después de su muerte hizo de ella una divinidad. Su hijo Cómodo había revelado desde su infancia carácter feroz. Habiendo encontrado á la edad de doce años su baño demasiado caliente, ordenó que arrojasen en un horno al que lo había calentado. Marco Aurelio, á pesar de sus defectos, lo hizo sacerdote, pontífice, cónsul y César; y antes de que cumpliera diez y nueve años le entregó el imperio como una presa que devorar.

9. Muerte de Marco Aurelio (180). — Cuando Marco Aurelio sintió que llegaba su última hora, estaba ocupado aún en combatir á los marcomanos, que se habían rebelado por tercera vez. Esa última guerra no había sido menos dura ni difícil que las primeras (178-180). Marco Aurelio había tomado la resolución de reducir su país á provincia romana, y se disponía á cumplir su designio cuando cayó enfermo en Viena. Al principio de su enfermedad dió algunas órdenes á Cómodo, que no quiso ejecutarlas. El desdichado padre comprendió todos los males que ese hijo desnaturalizado reservaba al imperio. Su corazón fué atacado de tedio mortal, y el sexto día de su enfermedad se obstinó en no tomar alimento alguno. Dion asegura que Cómodo lo hizo envenenar por los médicos. Marco Aurelio se apercebíó de ello, y se contentó con decir al tribuno que le pedía sus órdenes : « Vete á ver el sol que sale; yo me pongo. » Ese príncipe fué muy sentido. El senado y el pueblo decretaron unánimemente su apoteosis, y todo ciudadano debió tener en su casa su imagen, bajo pena de ser considerado como sacrilego.

10. Reinado del bárbaro Cómodo (180-192). — El reinado feroz de Cómodo aumentó todavía más esos sentimientos universales. El indigno hijo de Marco Aurelio reunió en sí la crueldad y las infamias de los Nerones, Calígulas y Domicianos. Apenas subió al trono, se apresuró á hacer la paz con los bárbaros para entregarse á sus depravadas inclinaciones. No tenía otro mérito más que gran fuerza corporal y rara habilidad en tirar el arco. De una lanzada atravesaba el cuerpo de un elefante; y en un día mató en el circocien leones con el mismo arco. Luchaba delante del pueblo y tomaba con ostentación el título de *vencedor de gladiadores*. Se le vió en público, armado con su maza de Hércules, matar á algunos hombres que había disfrazado de fieras.

Sus desórdenes igualaban á sus crueldades. Para

satisfacer sus pasiones aumentaba los impuestos, vendía las gracias y los destinos, enviaba á los ricos al suplicio y confiscaba sus bienes. Habiendosele ocurrido á uno decir que Perennis, el más íntimo de sus confidentes, conspiraba contra él, el bárbaro emperador respondió: « Si no lo ha hecho, podría muy bien hacerlo, » y no necesitó más para enviarlo al suplicio con toda su familia. Un esclavo frigio, llamado Cleandro, logró entonces toda su confianza. Ese indigno ministro abusó de ella para vender empleos, provincias, rentas públicas, sentencias, y especular con la vida y muerte de los ciudadanos. El pueblo se sublevó contra el odioso cortesano y pidió su cabeza. Cómodo se la entregó, considerándose dichoso por haber apaciguado la sedición con tal sacrificio.

Poco tiempo después, ese tirano fué víctima de una conspiración de palacio. Leto, prefecto del preterio, Pertinax, prefecto de la ciudad y el camarero llamado Electo se pusieron de acuerdo para darle muerte.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué hizo el senado después de la muerte de Domiciano? ¿Á quién eligió por emperador? ¿Cuál fué el carácter de Nerva? ¿Á quién asoció al imperio?

2. ¿Dónde nació Trajano? ¿Qué buenas reformas distinguieron su reinado? ¿Qué calificativo le valió su vanidad?

3. ¿Cuáles fueron sus grandes expediciones militares? ¿Que conquistas hizo en Dacia? ¿Cuáles fueron sus hazañas allende el Eufrates? ¿Dónde murió? ¿Dónde fueron depositadas sus cenizas?

4. ¿Cuál era el carácter de Adriano? ¿Cuál fué la principal guerra que tuvo que sostener? ¿Qué dió en cambio de la paz? ¿Fué dichoso el imperio bajo su reinado? ¿Qué hizo con los cargos palaciegos? ¿Á quien

eligió como sucesor? ¿Cómo murió.

5. ¿Quién nos ha dejado el relato del reinado de Antonino? ¿Por qué le dieron su sobrenombre? ¿Que es lo que se puede reprochar á ese príncipe?

6. ¿Quién fué el colega de Marco Aurelio? ¿Cuál era el carácter de esos dos príncipes? ¿En qué expedición tomó parte Vero? ¿Cómo se condujo en ella? ¿Con qué calificativos se envaneció?

7. ¿Qué rebelión obligó á Vero á dejar el Oriente para pasar á la Germania? ¿Cómo murió? ¿Qué triunfos obtuvo Marco Aurelio sobre los marcomanos? ¿Qué insurrección tuvo que reprimir después?

8. ¿Qué defectos tuvo Marco Aurelio? ¿Por qué toleró á Faus-

tina? ¿Con qué títulos y puestos honró á su hijo Cómodo?

9. ¿Cómo murió? ¿Quién fué el autor de su muerte? ¿Qué honores le tributaron después de su fallecimiento?

10. ¿Cuál fué el carácter de Cómodo? ¿Cuáles fueron sus crímenes más monstruosos? ¿Quién libró de ese tirano al mundo romano?

§ II. — *El senado y el consistorio. Administración de las provincias. Los grandes jurisconsultos. Extensión del derecho de ciudadanía romana.*

1. **El senado y el consistorio.** — Trajano, que sucedía á emperadores absolutos, había procurado restablecer una parte de las instituciones de la república, devolviendo al senado su antiguo carácter y convirtiéndolo en asamblea realmente deliberante; restableció los comicios, é hizo que, como en otro tiempo, se eligiesen en esas reuniones los magistrados, y llegó hasta el punto de presentarse en persona en el Campo de Marte y socilitar las dignidades y cargos públicos lo mismo que los particulares. El pueblo se sintió halagado con esas concesiones y Trajano halló en la continuación de esas libertades aparentes apoyo para su autoridad y la realización de sus proyectos.

Adriano consideró sin duda que esas reformas eran más ficticias que reales, y se propuso hacer desaparecer las formas republicanas que consideraba caducas. Dejó subsistir el senado, pero lo convirtió en asamblea cuya autoridad era puramente nominal, y que el emperador consultaba para cubrir las apariencias cuando así le parecía oportuno, Reemplazólo por un consejo que compuso á su gusto y que fué lo que se llamó *consistorio* (*consistorium principis*). En el seno de ese consejo es donde se hacían las leyes y donde se trataban los negocios importantes. Reformó el ejército publicando varios decretos sobre la disciplina, los ejercicios militares, la concesión de grados, y multitud de reglamentos que tenían por objeto devolver á los soldados sus antiguas costumbres de sobriedad, de valor y de energía, de que por lo demás era el emperador brillante ejemplo. Quiso que todos los em

pleos administrativos derivasen de él y que de él dependiesen todos los asuntos. Con tal fin, estableció una jerarquía regular, é hizo á los funcionarios dependientes unos de otros, siéndolo además todos del jefe del Estado.

Para facilitar el funcionamiento de ese vasto poder dividió todos los cargos públicos en tres partes: los puestos del Estado, los empleos de palacio y los del ejército. Dió los de palacio á caballeros, con arreglo á la importancia de las funciones que debían desempeñar, y alejó de su corte á todos los libertos. Instituyó cuatro cancillerías (*scrinia*), para el despacho de todos los asuntos del imperio, é invistió de autoridad civil y militar al mismo tiempo á los prefectos del pretorio, que de ese modo formaron una especie de ministerio superior. Así centralizó en cuanto pudo la autoridad entera en sus manos; y puede decirse que ese soberano fué el fundador de la monarquía romana, que debía recibir bajo Diocleciano su entero desarrollo.

2. Administración de las provincias. Extensión del derecho de ciudadanía romana. — Bajo la república habían sufrido mucho las provincias: los romanos que iban á gobernarlas sabían que sólo estarían allí uno ó dos años y se apresuraban á aprovecharlos para enriquecerse rápidamente. De ahí todas las exacciones á que se entregaban. Cicerón nos ha revelado todos los crímenes que la avaricia de Verres había cometido en Sicilia durante su pretura. Pero había muchos Verres en las restantes provincias, y eso es lo que hacía insoportable la dominación romana á los países conquistados.

Con los emperadores cesaron esos abusos. Las provincias sólo tuvieron que pagar en adelante el impuesto público que no era muy pesado. Las ciudades disfrutaban de las libertades municipales, se administraban por sí misma, y de ahí resultó prosperidad general.

Las revoluciones que se efectuaban en Roma, ocasio-

nando cambio de soberanos, no producían gran efecto en las provincias. Sabíase que había otro emperador, pero eso no ocasionaba perturbación en los negocios ni desorden alguno.

El *derecho de ciudadanía* que los italianos habían obtenido después de la guerra social, se extendió poco á poco á todas las provincias. Bajo Marco Aurelio lo disfrutaban ya las tres cuartas partes de ellas. Caracalla lo hizo universal.

3. Edicto perpetuo. — Cuando Adriano subió al poder, existía gran desorden en la legislación romana. La ley de las Doce Tablas seguía siendo la base de la jurisprudencia; pero los pretores, al tomar posesión de sus cargos, debían dar á conocer por medio de un edicto particular las modificaciones ó adiciones que se proponían hacer á ese antiguo y á menudo oscuro texto. Como ese cargo era anual, cada pretor efectuaba en esa tabla de derecho civil los cambios que estimaba necesarios, según las circunstancias. De ahí resultaron multitud de edictos, que presentaban las disposiciones más incoherentes y confusas, y que hacían á menudo muy difícil é incierta la aplicación de la ley. Adriano remedió ese inconveniente publicando su *Edicto perpetuo* (131). Encargó al pretor Salvio Juliano, el más hábil de los jurisconsultos de esa época de reunir los materiales esparcidos del derecho romano, para formar con ellos un conjunto metódico, y dió á esa colección fuerza de ley. Decidió además que los pretores deberían adoptar sus disposiciones y que en lo sucesivo no podrían agregar más que artículos accesorios.

4. De los grandes jurisconsultos. — El estudio del derecho estaba en el genio práctico de los romanos, quienes no tuvieron filósofos propiamente dichos, pero que poseyeron en todo tiempo jurisconsultos célebres. Bajo el reinado de Tarquino el Soberbio, el jurisconsulto Papirio había coleccionado ya las leyes dictadas por los primeros reyes de Roma. La

ley de las *Doce Tablas* fué promulgada más tarde por los decenviros. El secretario del patricio Apio Claudio publicó la colección de las fórmulas que era necesario emplear en las acciones jurídicas. Esa colección, que se llamó *derecho flaviano* (*jus flavianum*), fué un gran servicio prestado al pueblo, porque, antes de su publicación, sólo los patricios conocían las fórmulas mencionadas: y eso los hacía, ante los romanos formalistas, dueños absolutos de la justicia. En tiempo de César, el jurisconsulto Aulo Ofilio formó el *Edicto del pretor*, y bajo Augusto se vió aparecer á Capítón y Labeón, que se hicieron jefes de escuela para enseñar el derecho. El *Edicto perpetuo* fué redactado, según acabamos de decirlo, por Salvio Juliano, cumpliendo las órdenes del emperador Adriano. Los jurisconsultos más famosos que entonces existieron se llamaron Gayo, Papiniano, Ulpiano, Paulo, Gregorio y Hermógenes. Gayo, contemporáneo de Marco Aurelio, había compuesto *Institutas*, que sirvieron mucho para la redacción de las de Justiniano. Papiniano, abogado del fisco bajo Marco Aurelio, edil bajo Cómodo, y maestro de las apelaciones en tiempos de Septimio Severo, escribió obras que durante mucho tiempo fueron la base de la enseñanza del derecho en las escuelas romanas. Ulpiano, prefecto del pretorio, y principal ministro bajo Alejandro Severo, es citado con frecuencia en las *Pandectas*. Paulo, que le sucedió en dicho puesto, fué considerado como uno de los jurisconsultos romanos más instruídos. Gregorio, contemporáneo de Constantino, publicó en el *Código gregoriano* las constituciones de los emperadores, desde Adriano hasta Valeriano y Galiano, y Hermógenes continuó esa colección hasta Constantino. Los trabajos de esos grandes hombres han creado el derecho romano, cuyos elementos fueron recogidos y ordenados en tiempos de Justiniano, y ese derecho es el que ha servido de base á la mayor parte de los códigos modernos, y principalmente al de Napoleón.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué cambio introdujo Adriano en la forma de las instituciones del imperio? ¿Qué fué del senado? ¿Cómo estaba formado el consistorio? ¿Cuáles eran sus funciones? ¿Cuál fué el estado de las provincias bajo el imperio?
2. ¿Qué extensión tuvo el derecho de ciudadanía? ¿Cuándo llegó á ser universal?
3. ¿En qué estado se hallaba la legislación romana al ocurrir el advenimiento de Adriano? ¿Á qué se ha llamado Edicto perpetuo? ¿Quién lo redactó?
4. ¿Cuál fué la ciencia en que descollaron los romanos? ¿Cuál fué la primera colección de las leyes? ¿Qué colecciones aparecieron después de las Doce Tablas? ¿Qué jurisconsultos hubo bajo Augusto? Cite V. los jurisconsultos célebres que aparecieron posteriormente indicando sus principales trabajos.

CAPÍTULO XXIV.

DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES DESDE LA MUERTE DE AUGUSTO HASTA EL REINADO DE MARCO AURELIO.

Resumen. — Los primeros Césares favorecieron las letras. Augusto era un escritor distinguido. Claudio ha dejado unas *Memorias*. Nerón pretendía ser el primer poeta de su siglo. Pero, á pesar de esta protección de los soberanos, la literatura y las artes se manifiestan en decadencia. Los poetas son Lucano, Persio y Juvenal, Silio Itálico, Estacio y Marcial, todos muy inferiores á Virgilio, á Horacio, Ovidio de los poetas líricos del siglo de Augusto. No quedan más oradores que los panegiristas. Los sabios y los filósofos están representados por Plinio el Mayor y por Séneca, ambos inferiores en mérito literario á Cicerón, á Varron y á Columela. La que únicamente brilla con grandes esplendores y se coloca en el primer puesto, es la historia con Tácito. Pero ese hombre de genio constituye una excepción en su siglo; Suetonio y los demás historiadores no pueden ser comparados con Tito Livio ni Salustio. Los Antoninos erigen grandes monumentos, como el Coliseo, el mausoleo de Adriano y multitud de edificios con que éste príncipe enriquece á las ciudades principales de las provincias; pero si bien esas construcciones son notables por su magnitud y solidez, el gusto no presenta la misma pureza cuando se trata de los adornos y de la ejecución de los detalles.

1. **Decadencia de las letras.** — El mundo romano permaneció bajo la influencia de las ideas grie-

gas durante el primer período del imperio. Los Antoninos honraron especialmente la lengua de Homero y de Demóstenes, y tal vez se estudió entonces el griego más que el latín. Las escuelas griegas obtuvieron en Roma, durante esos reinados, boga que llegó casi hasta el apasionamiento. Vióse afluir allí, gracias á la protección de los emperadores, una multitud de sofistas, de retóricos, de gramáticos, de poetas y de profesores que iban desde todas las regiones de Oriente en busca de la fortuna. Plutarco, tan conocido por sus *Vidas paralelas* y por el tratado de filosofía contenido en sus *Obras morales*, procedía de Queronea. Arriano, el historiador de las guerras de Alejandro, llegó del mismo país. Luciano, el satírico autor de los *Diálogos de los dioses*, de los *Diálogos de los muertos* y de multitud de otros escritos llenos de gracia y de delicadeza, dejó por Roma, su querida Samosata. Herodes Ático salió de Maratón para ir á trabajar en la educación de Marco Aurelio. Por último, el erudito Pausanias preferió el Lacio y sus campiñas á las costas de la Lidia. Pero ese culto de la Grecia no impidió la decadencia de la literatura latina. Había á la sazón muchos escritores, pero ni un solo hombre de genio. Todos los géneros literarios estuvieron representados, pero en ninguno hubo más que figuras de segunda clase.

2. De los poetas. — Así, entre los poetas aparecieron Lucano, Persio y Juvenal, Silio Itálico, Estacio y Marcial.

Lucano no puede ser comparado á Virgilio. Escribió la *Farsalia*, con elocuencia y fuego, y su amor por la libertad le dió á menudo inspiraciones magníficas; pero su odio hacia la tiranía lo hizo odioso á Nerón, que vió en él un conspirador, y lo obligó á abrirse las venas.

Persio y Juvenal fueron ciertamente inferiores á Horacio, pero los desórdenes horribles que reinaban en Roma y en la corte excitaron su indignación, y esa cólera los convirtió en grandes poetas. Sus sátiras son cuadros elocuentes que censuraban los vicios de sus

contemporáneos pintándolos con los más vivos colores.

Pero, á parte esos hombres célebres, no quedan por citar más que poetas de corte. Silio Itálico, que se hizo espía de Nerón, escapó á la muerte á costa de esa infamia. Inspirábanle verdadero culto Cicerón y Virgilio, y hasta poseía las casas de recreo de esos escritores, pero era más fácil heredar sus bienes que su genio. Su poema de las *Guerras púnicas*, desprovisto de imaginación y de elocuencia, no es más que largo esfuerzo de la memoria, una especie de tentativa extraordinaria, gracias á la cual hace entrar sus pensamientos en los hemistiquios que sustrae á Virgilio y á los demás poetas del siglo de Augusto.

Estacio, cortesano, insípido en sus *Silvas*, que no son más que una colección de temas de clase, se hace todavía más pesado y fastidioso en su *Tebaida*. Sin embargo, este último poema no era en su pensamiento más que una introducción á su *Aquileida*, en que se proponía superar á Homero.

El español Marcial pasó su tiempo en componer epigramas, entre los cuales una mitad son bajas adulaciones dirigidas á Domiciano. En ellos exaltaba la santidad y la virtud de ese príncipe infame para obtener sus favores. Su poesía es vigorosa y brillante, pero sus cuadros son únicamente medallones. En esas pequeñas obras hay sin duda arte, aunque falta la extensión y el aliento de un espíritu superior.

3. De los oradores. — La elocuencia estaba más decaída aún que la poesía. Bajo el imperio, enmudeció la tribuna puesto que el senado y el pueblo carecían de autoridad. Los oradores forenses no son ya más que agentes de negocios que, no hubiesen podido manifestar su genio, aunque hubiese sido este tan grande como el de Cicerón. La elocuencia enseñada en las escuelas no era más que un objeto de curiosidad, que los retóricos explotaban para divertir y distraer los ocios de sus discípulos.

No se ejercitaban más que en hacer disertaciones

sobre asuntos tan triviales como éstos : *exhortar á Agamenón para que no haga daño á Ifigenia; á Sila para que abdique la dictadura; á Anibal para que no pierda ante Capua su energía*, etc. O también se cargaban de observaciones y de comentarios á las obras maestras producidas en la edad precedente.

De todos los retóricos, el más renombrado fué Quintiliano, nacido en Calagurris (España). Nos há dejado, con el título de *Instituciones oratorias*, la colección de las reglas más útiles para formar el gusto y desarrollar la inteligencia. Había escrito también declamaciones que prueban perfectamente que se pueden conocer todas las reglas de la elocuencia y expresarlas bien, sin por eso ser orador.

De toda esa época no poseemos más que un discurso, y como se adivina sin trabajo, es un panegírico. Compúsole Plinio el Menor en elogio de Trajano, y el talento sirve para ocultar ahí los defectos inevitables en ese género de composiciones. Sin embargo, ese escritor, que debe ser considerado como uno de los primeros literatos de su siglo, es mucho más interesante en sus *Cartas*, aunque se note en ellas bastante afectación y amaneramiento.

4. De los sabios y de los filósofos. — Su tío Plinio el Mayor había reunido en su *Historia natural*, todos los conocimientos de su época, y fué víctima de su amor á la ciencia, pues murió por querer ver demasiado de cerca el Vesubio, en el año 79, cuando Pompeya y Herculano fueron sepultados por terrible erupción. Su enciclopedia es una de las obras más curiosas que nos ha dejado la antigüedad, pero brilla más bien por la extensión y variedad de su saber, que por la gracia y pureza del estilo.

Á pesar de las obras filosóficas de Cicerón, puede decirse que los romanos no tuvieron filósofos, siendo no más que eco de los griegos y, en el siglo de Marco Aurelio, sólo quedaban enfrente del cristianismo dos escuelas, los epicúreos y los estoicos.

Séneca fué el representante y el intérprete de estos últimos. El preceptor de Nerón, el tío de Lúcano, es una de las grandes figuras de ese tiempo; sabio, filósofo, poeta á la vez. Como científico escribió su libro de las *Cuestiones naturales* y trató todos los problemas que aún están planteados en química, en física, en astronomía. Como poeta compuso *tragedias* y, como filósofo escribió tratados, de moral principalmente, donde se observa facilidad de expresiones y maravillosa riqueza de ideas. Pero, como se lo reprochaba hasta el mismo Quintiliano, su seductor estilo no posee la pureza ni la naturalidad del de Cicerón. Abusa del talento y á menudo se pierde en sutilezas y declamaciones que dañan á la acción.

5. De los historiadores. — Al frente de los historiadores se halla Tácito, y no es posible decir que la historia haya degenerado en sus manos, pues supera á Tito Livio, á Salustio y á todos los historiadores del siglo de Augusto. Ese hombre de genio, nacido en Interamno, de la Umbría, se convirtió en admirador de las virtudes antiguas, y debió á su amor por la libertad la elocuencia grave y viril que caracteriza sus obras. Escribió la *Vida de Agricola*, su suegro, comenzando de ese modo por la más magnífica de sus obras maestras. En seguida pintó, presentándolas demasiado bien, las *Costumbres de los germanos*, haciendo de ese modo la sátira indirecta de todos los excesos que tenían á Roma por teatro. Proponíase lograr que el mundo civilizado se avergonzara de sus vicios, atrayendo sus miradas sobre la sencillez y pureza de la vida de los bárbaros. En fin publicó sus *Historias* y sus *Anales*, en que fustiga, con tono irritado, á los Césares, enemigos de la libertad. Desgraciadamente el tiempo ha mutilado esas inmortales composiciones.

Suetonio, en su *Vida de los doce Césares*, recogió multitud de anécdotas sobre esos príncipes, por cuyo medio nos hace penetrar en su infamia con increíble frialdad y distribuye por categorías sus virtudes y sus

vicios, pero como panegirista y sin preocuparse del orden de los tiempos.

Después de Suetonio, no cabe citar sino abreviadores como Velejo Patérculo, Justino y Floro, ó biógrafos como Quinto Curcio y los autores de la *Historia de Augusto*, Esparciano, Capitolino, Lamprido, etc.

6. De las artes. — Las artes tuvieron su decadencia, lo mismo que las letras. Nerón se creía artista y favorecía á sus colegas. Quiso sin duda de ese modo alentar los progresos de las artes, pero le faltaba el gusto. Hizo construir su *mansión dorada*, palacio inmenso en que el oro brillaba por todas partes y en que se habían amontonado infinitas riquezas, pero sin talento. Hizo esculpir por Zenodoro una estatua colosal de su propia persona, tomando lo gigantesco por lo bello y lo extraordinario por lo maravilloso.

Vespasiano hizo un museo de cuadros del templo de la Paz, construyó el Coliseo, uno de los más gigantescos monumentos de Roma é hizo levantar en el Foro el arco de Tito, que ha perpetuado el recuerdo de su victoria sobre los judíos.

Adriano edificó el mausoleo que durante mucho tiempo ha llevado su nombre y que es hoy el castillo de San Angelo. Enriqueció las ciudades de provincias con multitud de monumentos que todavía existen. Tales son las construcciones espléndidas que se ven en Nimes, en Atenas, en Alejandría y en multitud de otras ciudades célebres.

El arte no poseía entonces la misma pureza que en tiempo de Vitrubio, pero el arco de Tito, el circo de Nimes y el Coliseo son obras admirables que prueban que si los Antoninos no han podido detener la decadencia del arte, al menos la retardaron, por la protección inteligente dispensada á los que á él se consagraban.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál fué la influencia de la literatura griega en Roma durante el primer período del imperio? ¿Qué autores griegos

brillaron entonces en Roma?
¿Qué fué de la literatura latina?

2. ¿Cuáles fueron los poetas más distinguidos? ¿Qué obras nos ha dejado Lúcano? ¿— Persio y Juvenal? ¿— Silio Itálico? ¿— Estacio? ¿— Marcial? ¿Cuáles eran sus caracteres?

3. ¿Qué fué de la elocuencia? ¿Cuáles eran los ejercicios de los retóricos? ¿Cuál fué el más célebre? ¿Cuál es el principal discurso de esa época que poseemos?

4. ¿Cuáles fueron los sabios de entonces? ¿Qué grande obra

nos ha dejado Plinio el Mayor? ¿Cuál es el carácter de Séneca? ¿Qué hizo?

5. ¿Quién fué el gran historiador de ese siglo? ¿Qué obras escribió Tácito? ¿Cuál fué la primera? ¿Con qué fin escribía las *Costumbres de los germanos*? ¿Qué hizo Suetonio? ¿Cuál es el carácter de sus *Vidas*? ¿Quiénes son los restantes historiadores?

6. ¿Qué monumentos edificó Nerón? ¿— Vespasiano? ¿Adriano? ¿Decayó el arte, según ocurrió con las letras?

CAPÍTULO XXV.

LOS EMPERADORES SIRIOS. LA ANARQUÍA MILITAR. AURELIANO. PROBO (193-284) (1).

Resumen. — Durante ese siglo, las provincias son las que dan emperadores á Roma. Ya hemos observado que al final del período precedente, había tenido ese honor España; ahora va á pasar el África y á la Siria; luego, después de un instante de anarquía, pertenecerá al Occidente.

I. Los sucesores inmediatos de los Antoninos Septimio Severo y sus hijos Caracalla y Geta son africanos, Macrino es un moro, Heliogábalo y Alejandro Severo sirio. Durante el reinado de esos príncipes las ideas orientales invaden la política y la religión.

El despotismo de los antiguos reyes persas se muestra en Roma con ese lujo y pompa que lo caracterizaron en

(1) ACTORES QUE CONSULTAR: Entre los antiguos, Dion Casio, cuyos extractos por Xiphilin van hasta Alejandro Severo, año 229; Herodiano, sus ocho libros sobre la historia de los emperadores, la *Historia Augusta*. Tillemont ha llenado la laguna que existe en la *Historia Augusta* entre Gordiano y Valeriano: para ello se ha servido de Zózimo, de Josefo, Jornandés, Eutropio, Victor, Orosio, Lactancio, Amiano Marcelino, Eusebio, etc.; los abreviadores son: *Eutropio, Aurelio, Victor, Sexto Rufo*. Entre los modernos: Chateaubriand. *Estudios históricos*; Amadeo Thierry, *Historia de la Galia bajo la administración romana*, y todos los autores precedentemente indicados para la historia general de los emperadores.

otro tiempo en Asia. Los emperadores se hacen adorar, su palacio se llena de eunucos y sus prodigalidades pasan los límites de lo absurdo. Heliogábalo (218) hace que su madre tome asiento en el senado, y coloca á su dios por encima de Júpiter y de las restantes divinidades del Capitolio.

Ese cambio de ideas produce en la sociedad transformación profunda. Ese culto oriental acaba la disolución de las costumbres, y el exceso de ese despotismo engendra la anarquía. Los dos Severos, Septimio y Alejandro, fueron grandes príncipes, pero no usaron ambos de su genio más que para fundar el despotismo militar. Alejandro (222-235), á pesar de sus virtudes personales y la regularidad de su gobierno, no había ejercido reacción, directa contra las ideas orientales. Hallando establecido y consagrado el principio del absolutismo, había hecho buen uso de él sin pensar en modificarlo.

II. Pero después de él los emperadores y el imperio sufrieron la pena merecida por su falta. Después de haber reemplazado el reinado de la libertad por el de la servidumbre, no hallaron ya por todas partes más que abismos y desgracias. La autoridad, entregada al ímpetu brutal del soldado, no es más que un juguete. Las legiones se entretienen en hacer y deshacer emperadores con arreglo á sus caprichos. Cada cuerpo de ejército se cree con derecho á echar un trozo de púrpura sobre los hombros de su jefe y durante un momento cuenta el imperio con diez y nueve dueños así improvisados. La sociedad cae entonces en la más horrible anarquía (235-268), y en medio de ese desorden no hay nadie cuyos días estén más expuestos que los de los soberanos.

III. Sin embargo después de Galiano cesó la anarquía. Los pretendientes que habían surgido de todas partes del imperio, se han destruido unos á otros; y después de espantosa confusión, reaparece por sí misma la unidad, contra toda esperanza, al ocurrir el advenimiento de Claudio II el Gótico (268). Es de observar que entonces se opera una gran reacción. Todos los príncipes, casi sin excepción, que subieron al trono después de la muerte de los Antoninos, habían salido de Oriente. Ya lo hemos hecho notar y así es como hemos explicado el triunfo del despotismo que produjo la anarquía de que acabamos de trazar el horrible y desgarrador cuadro. Ahora va á recuperar el imperio el Occidente. Claudio era un ilirio, Aureliano un panonio, Tácito y Probo italianos, Caro y sus dos hijos galos. Todos esos príncipes son guerreros de genio, verdaderos héroes, cuya espada retarda la caída de Roma un

siglo, pues no cesan de rechazar á los bárbaros que tienden constantemente á invadir el imperio y no es posible admirar bastante su valor y energía, sobre todo cuando se les compara con los príncipes á quienes sucedieron.

§ I. — *Los emperadores sirios (193-235).*

1. Reinado de Pértinax (193). — Helvidio Pertinax, nacido de una oscura familia del Monferrat, fué elegido en lugar de Cómodo. Antes había enseñado la gramática en Roma, pero como ese empleo no le parecía bastante lucrativo, se hizo soldado, y la fortuna lo elevó al punto más alto del imperio. Su reinado se anunció bajo los más dichosos auspicios. Se apresuró primeramente á reparar los males hechos al imperio por la brutalidad de Cómodo. Dos meses después de su advenimiento, había restablecido el senado en sus derechos y funciones, devuelto la tranquilidad á las provincias y satisfecho á los ejércitos de Iliria, de Galia, de Bretaña y de Siria. Los pretorianos temieron su habilidad y le dieron muerte, á los ochenta y siete días de ocupar el trono.

2. Guerra civil (193). — Esa soldadesca furiosa puso el imperio en venta. Un milanés muy rico, Didio Juliano, nieto de Silvio Juliano, tan célebre como jurisconsulto en tiempos de Adriano, lo compró, y el senado no hizo más que aceptar el dueño que los pretorianos le impusieron. El pueblo mostró más nobleza y generosidad, reprochando sin cansarse su origen á ese emperador venal y hasta rechazando sus donativos diciendo : « Nada queremos de ti. »

Entonces quedaban todavía al frente de las legiones tres hombres notables : Clodio Albino, que mandaba los ejércitos de la Gran Bretaña; Pescenio Níger, las de Siria, y Septimio Severo las de Iliria. Albino era un hombre austero, que dominaba á todos sus soldados por el miedo, pero que se había captado numerosos partidarios en el senado, porque al morir Cómodo había propuesto restablecer la república. Proscenio

Níger era valiente, elegante, afable y popular, y todas esas cualidades lo habían hecho el ídolo de Oriente. Por desgracia su alma se había enervado en el seno de las voluptuosidades de Asia. Septimio Severo era el *hombre de su nombre*; mostrábase violento é inexorable. Su hâbilidad debía hacerlo triunfar de sus rivales.

3. Triunfo de Septimio Severo (193-197). — Empezó por marchar contra Roma. Didio temeroso trató de hacerlo declarar enemigo de la patria, pero el senado se negó á ello y pronunció por el contrario la deposición y muerte del venal emperador. Los sicarios enviados contra él lo encontraron sollozando y dispuesto á abandonar el trono, siempre que le dejasen la vida. « ¿Qué mal he hecho, exclamaba, acaso he mandado matar nunca á nadie? » Sin embargo, tuvo que pagar con su sangre los setenta días de reinado que había comprado con su oro.

Severo desterró de Roma á todos los pretorianos, reprochándoles su cobardía y su ignominia, y se captó el favor de las legiones decretando que en lo porvenir el título de pretoriano sería una recompensa á la cual darían únicamente derecho los servicios y el valor. Cuando estuvo seguro así del afecto del ejército, atacó á Pescenio Níger, que reinaba sobre el Oriente. Después de varios combates parciales en que Severo llevó siempre la ventaja, dióse en las llanuras de Iso una batalla decisiva, sobre el mismo campo de batalla de Darío y de Alejandro. Pescenio fué vencido, y la caballería de Severo le dió muerte cuando se retiraba á la Mesopotamia (194).

Dueño del Oriente, Severo marchó contra Albino en Occidente, á pesar de todas las promesas que le había hecho. Cerca de Lyon fué donde se decidió la fortuna con las armas en la mano. La batalla fué terrible. Severo cayó del caballo, y todos lo creían mortalmente herido, cuando se levantó sin tardanza, obligando á huir á su rival. Albino, que se había refugiado en una casa cercana al Ródano, viéndose rodeado por

sus enemigos, se atravesó según unos con su espada, y según otros se hizo dar muerte por uno de sus esclavos (197).

4. Carácter y gobierno de Severo (197-211). — Severo holló con los pies de su caballo el cadáver de Albino, echó sus miembros á los perros en el umbral de su puerta, y envió á Roma su cabeza con estas palabras: « Ved cómo trato al que me ofende. » Esa era una amenaza dirigida á todos los senadores que habían tomado partido por Albino. El *Sila púnico*, como lo llamaban aludiendo á su crueldad y á su origen, elogió ante el senado los crímenes de Sila, de Mario y de los triunviros, censuró la debilidad de César, é hizo la apología de Cómodo, á quien llamó su hermano. Todo el mundo tembló y con motivo, pues ese discurso singular fué seguido de un decreto que ponía en acusación á sesenta y cuatro senadores. Veintinueve de ellos fueron condenados á muerte, y los restantes absueltos.

Habiéndose sublevado contra él el Oriente, se puso al frente de sus tropas, sometió á los rebeldes y se apoderó de Seleucia, Babilonia Ctesifón (199-202). Así que aseguró su poder con esas brillantes conquistas, se mostró menos cruel. Lo mismo que los Antoninos, protegió las artes y favoreció á los sabios; se rodeaba con gusto de sus luces, pero la explotó en favor de su despotismo. Así fué que retiró al senado sus prerrogativas y confió los asuntos importantes á su Consejo privado. Ese Consejo estaba formado de jurisconsultos que introdujeron en la legislación romana las ideas del Oriente, y que establecieron en derecho la autoridad absoluta de los soberanos, que antes sólo existía de hecho.

5. Muerte de Severo (211). — Habiendo hecho los caledonios una invasión en Bretaña, Severo acudió á rechazarla con sus dos hijos, Caracalla y Geta. Murió después de esa expedición, diciendo: « Lo he sido todo, y he visto que todo no sirve para nada. » Habiendo pedido luego que se presentase la urna pre-

parada para recibir sus cenizas, añadió : « Vas á contener al que ha creído demasiado pequeña la tierra. » Hizo leer delante de sus hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa moribundo, y pronunció estas tristes palabras : « He recibido el imperio lleno de turbulencias, y lo dejo pacificado hasta en la Bretaña; viejo é impotente, lego á mis hijos un imperio estable, si son buenos; débil, si son malos. Trabajemos. » Esa fué su ultima palabra.

6. Caracalla y Geta (211-212). — Los dos hijos de Severo, Caracalla y Geta, eran de carácter absolutamente opuesto : Geta dulce, afable y dado á hacer beneficios; Caracalla poseía todos los vicios. Hallábanse en él la crueldad y grosería de los africanos, la astucia de los sirios, la ligereza, la irresolución y la jactancia de los galos. Severo decía, hablando de sus hijos : « El más fuerte de los dos matará al otro, pero sus propios vicios lo perderán. » Esa terrible profecía se cumplió literalmente. Habiendo querido reconciliarlos su madre Julia, se presentaron en sus habitaciones, pero Caracalla no acudió á aquel sitio sino con la intención de librarse de su hermano. Así fué que lo apuñaleó entre los brazos de su madre.

7. Locuras y crueldad de Caracalla (212-217). — Desde que Caracalla hubo cometido esa horrible maldad, corrió al campo de los pretorianos á declararles que acababa de escapar á un gran peligro, é hizo aprobar su crimen por los soldados distribuyéndoles los tesoros de Severo. Sin embargo, atormentado por el remordimiento, hubiera deseado para tranquilizarse, que Papiniano hiciese su apología. « Es más fácil, le contestó el célebre jurisconsulto, cometer un crimen que justificarlo. » Papiniano pagó con la vida aquella hermosa frase. Desde entonces corrió á mares la sangre en Roma. El cruel emperador enriqueció al ejército y no se preocupó de las quejas del pueblo ni de los murmullos del senado. Habiendo atravesado los alemanes el límite reno-danubiano, Cara-

calla los rechazó y los deshizo, obteniendo luego brillantes triunfos sobre los marcomanos, los cuados y los getas. Sus biógrafos alaban mucho el valor que desplegó en esas expediciones.

Habiendo pasado de Occidente á Oriente ya no se vió en él más que al hombre cruel y pervertido. Mostrábase admirador de los usos y de la gloria de aquella región, á la cual prodigaba todos sus favores. Mientras que sólo sentía desprecio hacia los héroes romanos, mostrábase lleno de entusiasmo por Alejandro en Macedonia, parecía idolatrar á Aquiles en medio de los griegos, y pronunciaba con respeto el nombre de Anibal. Por todas partes lo acompañaban libertos, histriones y payasos, y hablaba de casarse con la hija del rey de los partos. De pronto, cambiando de parecer, atacó á ese pueblo que quería tener por aliado, y pidió al senado en recompensa de sus hazañas, los sobrenombres de *Gético*, *Pártico* y *Germánico*. El prefecto del pretorio, Opilio Macrino, lo hizo asesinar para librarse de la muerte de que se hallaba amenazado.

8. Reinado de Macrino (217-218). — El imperio, vacante durante tres días, fué ofrecido á Macrino por los patricios. Era un nuevo africano que Roma tomaba como dueño. Había nacido en Argel, en la Mauritania, y lo mismo que Severo, había frecuentado el foro antes de vivir en los campanientos. Macrino no tuvo la energía de tomar un partido; ignoraba si decidirse por el senado ó por el ejército, y esa vacilación lo perdió. Los senadores despreciaron su debilidad y los soldados, después de obligarlo á levantar altares á Caracalla, á quien había asesinado, lo despojaron del poder supremo para darlo á uno de los descendientes de la familia de Severo, el joven Basiano, que desempeñaba en Emeso, en Siria, las funciones de sacerdote del sol y que por ese motivo se llamó *Heliogábalo*. Macrino, que se hallaba en Antioquía, corrió á combatir á su rival y fué vencido. Escapóse disfrazado de correo im-

perial, pero fué reconocido y muerto. Sólo había reinado catorce meses.

9. Reinado de Heliogábalo (218-222). — Heliogábalo ejerció el poder soberano á la manera de los orientales. Lleno de desdén hacia las costumbres y usos de Occidente, se presentó en Roma con todo el lujo y pompa de Oriente. La antigua ciudad de Rómulo quedó profundamente admirada al ver á ese joven sacerdote del sol, con los párpados pintados, llenas de colerete las mejillas, la tiara en la cabeza, con un collar, brazaletes, una túnica de usú de oro, un traje de-seda al estilo fenicio y sandalias adornadas de piedras preciosas. Más debió quedarlo todavía al ser testigo de sus prodigalidades, de las locuras y torpezas del nuevo tirano. Sin respeto hacia la decencia, asoció al imperio á Mœsa su abuela, hizo que tomara asiento entre los senadores, y exigió que en las asambleas tuviese el derecho de voto ni más ni menos que aquéllos. Instituyó un senado de mujeres para resolver acerca del vestido de los romanos, las visitas y los puestos. Su dios fué colocado por encima de Júpiter y de todas las divinidades de la antigua Roma, y le construyó un templo sobre el monte Palatino. No le ofrecía en holocausto más que víctimas escogidas, aromas preciosos y vinos exquisitos.

Sin embargo, el lujo de que se rodeaba era más desenfrenado aún que el que prodigaba á su dios; las habitaciones de suuntuoso palacio no estaban tendidas más que con tapices de oro. Su carro estaba cubierto de oro y de diamantes, y desde su palacio hasta el sitio donde montaba en él andaba sobre polvo del apetecido metal; no bebía más que en vasos de oro también adornados con piedras preciosas; y por último, después del festín distribuía á los convidados las copas en que se habían servido. La glotonería de Vitelio no era nada en comparación con la prodigalidad de Heliogábalo, y la imaginación puede apenas representarse todos los gastos de mesa que se permitía.

Mœsa condenaba aquellos excesos; habiendo tenido la habilidad de hacer adoptar por aquel insensato á su otro nieto, Alejandro Severo, dejó luego que los pretorios librasen al imperio del tirano que lo deshonoraba. Ese infame monarca había preparado, para matarse si llegaba el caso, cordones de seda, un puñal de oro, venenos contenidos en vasos de cristal y de pórfido, un patio interior empavesado de piedras preciosas, sobre las cuales tenía la intención de precipitarse desde lo alto de una torre. Todos esos recursos le faltaron. Obligado á huir, fué á ocultarse en las letrinas, donde murió con su madre. Cortáronle la cabeza, y su cadáver arrastrado hasta un albañal, no pudo entrar por la abertura demasiado estrecha, lo que le valió que lo arrojasen al Tiber y que le dieran el sobrenombre equívoco de *Tiberino*.

10. Gobierno de Alejandro Severo (222-235).

— Alejandro Severo no tenía más que catorce años cuando los pretorianos lo llamaron al imperio. Tuvo por regenta á Mammæa, su madre, princesa de gran virtud, y que tal vez fué cristiana. Siguiendo sus consejos, expulsó del palacio á todos los hombres corrompidos que las impuras locuras de Heliogábalo habían reunido allí, devolvió al senado sus prerrogativas y trabajó en restablecer la disciplina del ejército. Sencillo, frugal, modesto, separó los males causados al imperio por el sacerdote del sol, practicando las virtudes opuestas á sus vicios. La máxima que sin cansarse repetía es un axioma de la moral cristiana: « No hagas á otro lo que no quisieras que te hiciesen á tí. »

11. Sus expediciones y su muerte. — Habiéndose rebelado los persas contra los partos, habían elegido por rey á Artajerjes, uno de los hijos del pastor Sasán y fundador de la dinastía de los Sasanidas. Ese nuevo monarca tuvo la pretensión de extender su poder por todos los países que habían obedecido á Ciro. Alejandro Severo respondió á aquella insolente provocación con un ataque vivo y rápido. Entró en

la Mesopotamia y puso en fuga al que se llamaba sucesor de Ciro (227). Esa victoria fué tan decisiva, que Artajerjes no se atrevió nunca más á presentarse de nuevo en la frontera romana. Alejandro hubiese llevado más lejos sus triunfos, si una sublevación en Germania no le hubiese obligado á abandonar con sus tropas el Oriente.

Cuando se le vió llegar á la Galia con las legiones que habían vencido á los persas, se creyó que desdenaría á los soldados de Occidente, pues en esos países se habían dado innmerecida reputación de dureza. Si reformaba abusos, se acusaba de inexperiencia su saber, de crueldad su celo, y se desnaturalizaban sus mejores acciones por los intentos que le suponían. Un bárbaro, que de pastor había pasado á ser militar, el feroz Maximino, á quien Severo había colmado de favores, se puso al frente de los descontentos y asesinó á su bienhechor. Ese crimen fué cometido en el pueblo de Sicila, cerca de Maguncia.

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál fué el sucesor de Cómodo? ¿Qué hizo Pertinax? ¿Quién le dió muerte?

2. ¿A quién vendieron los soldados el imperio? ¿Quiénes eran los tres hombres notables que estaban al frente de las legiones? ¿Cuál era su carácter?

3. ¿A cuál de esos rivales atacó primeramente Severo? ¿Dónde venció á Pescenio? ¿Qué suerte tuvo Albino?

4. ¿Fué cruel con éste Severo? ¿Qué palabras pronunció ante el senado? ¿Cómo trató á los senadores? ¿Por qué se rodeó de literatos?

5. ¿Cuál fué la última expedición de Severo? ¿Cómo murió? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

6. ¿Cuál fué el carácter de los dos hijos de Severo? ¿Cómo murió Geta?

7. ¿Qué respuesta dió Papi-niano á Caracalla? ¿Qué expediciones llevó á cabo ese príncipe? ¿Qué locuras y crímenes cometió en Oriente? ¿Qué sobrenombres le otorgó el senado?

8. ¿Cuál era el origen y patria de Macrino? ¿Qué falta cometió? ¿Quién le sucedió?

9. ¿En qué excesos cayó Helio-gábalo? Refiera V. sus extravagancias y sus dilapidaciones. ¿Cómo murió?

10. ¿Cómo gobernó Alejandro Severo? ¿Cuál era el carácter de su madre? ¿Qué máxima practicaba ese príncipe?

11. ¿Contra quiénes se vió obligado á tomar las armas? ¿Qué triunfos obtuvo en Persia? ¿Qué preocupaciones existían contra él en Occidente? ¿Cómo murió?

§ II. — *Anarquía militar* (235-268).

1. Reinado de Maximino (235-238). — Maximino fué el primer bárbaro que llegó al mando supremo. Como era de estatura y fuerza hercúleas le dieron los sobrenombres de *Crotononiatas*, de *Aquiles*, *Anteo* y *Hércules*. Creyendo que para afirmar su poder debía exterminar á todos los partidarios de Alejandro Severo, empezó á verter la sangre con inaudita crueldad. Emprendió grandes expediciones contra los germanos, y domoñó sucesivamente á los alemanes, los marcomanos y los sármatas; pero destruyó aún más ciudadanos que enemigos. « Quiero, decía, lo mismo que Espartaco, mandar sólo esclavos », y así era que cuantos le hacían sombra en todo el imperio eran condenados á la última pena.

Los africanos fueron los primeros en rebelarse contra esa espantosa tiranía y proclamaron emperadores al procónsul Gordiano y á su hijo. El senado y el pueblo aplaudieron esa elección y se apoderaron de todas las personas colocadas por Maximino en los empleos. Desgraciadamente, los dos Gordianos fueron asesinados mientras se trabajaba en asegurar su triunfo (237). El senado no se desconcertó, sin embargo, y nombró en lugar de aquellos á dos ancianos senadores, Máximo y Balbino. El pueblo no quiso por de pronto sancionar lo hecho, toda vez que lo había sido sin su consentimiento; pero se calmó así que los dos Augustos eligieron como César al joven Gordiano, que gozaba de la simpatía popular.

Cuando Maximino supo que tenía en contra suya al senado y al pueblo, montó en cólera; arrojábase por tierra, desgarraba sus vestiduras, lanzaba grandes gritos y blandía su espada como si hubiera ido á atravesar la masa entera de sus enemigos. Pidió vino y se puso á beber, hasta el punto de perder el conocimiento para lo restante del día. Al siguiente salió para Italia, pero uno de sus soldados lo degolló en su tienda,

estando cerca de Aquilea. Llevóse su cabeza á Róma y la presentaron al pueblo en el teatro. En seguida la multitud delirante exclamó : « ¡ Maximino ha muerto ! ¡ Maximino ha muerto. » Los juegos dieron fin inmediatamente, y todos corrieron al templo á dar gracias á los dioses.

2. Reinados del joven Gordiano y de Filipo (238-249). — Los pretorianos vieron con disgusto la elevación al trono de Maximino y de Balbino, hechuras del senado. Un día que la multitud estaba en las representaciones escénicas, se precipitaron aquéllos en el palacio de los nuevos monarcas, los mataron y proclamaron en lugar suyo á Gordiano. El pueblo quería mucho á ese joven príncipe y lo dejó disfrutar en paz del poder supremo. El imperio vivió en paz durante su reinado, y el soberano tuvo la gloria de obtener grandes triunfos sobre los godos y los persas. Al volver á Roma Gordiano, fué recibido en triunfo; pero Filipo, prefecto de pretorio, no tardó en darle muerte para apoderarse de la diadema imperial (244).

Se ha creído que Filipo era cristiano; pero si tenía esa fe, estuvo lejos de conformar con ella sus actos, pensando mucho más en engrandecer á su familia que en hacer la dicha del imperio. En Antioquía quiso participar de las solemnidades cristianas con Otilia su mujer; pero el obispo Babilas le cerró la puerta del lugar santo, le reprochó el asesinato de Gordiano y todos sus crímenes y le ordenó que hiciera penitencia. Esa severa lección le fué provechosa, y en adelante pareció cuidar más de los intereses del pueblo. Sin embargo, conservó en los puestos que ocupaban á todas sus hechuras y la rapacidad de esos hombres oscuros, á quienes había elevado á las principales dignidades, le fué funesta. Habiéndose sublevado la Pannonia, Decio, á quien había mandado á pacificarla, trató con rebeldes y lo destronó (249).

3. Decio. Valeriano. Aparición de los francos.
— Decio era el hombre del Occidente y Filipo el del

Oriente. Hubo, pues, reacción, y la política siguió diferente camino. Filipo había dejado en paz á los cristianos; Decio los persiguió con encarnizamiento. Por lo demás, ese tirano no disfrutó mucho tiempo de su fortuna. Habiendo invadido el imperio los hérulos, los burgundas, los bastarnos y los alanos, fué vencido en una batalla que les dió, muriendo en un pantano con uno de sus hijos (251).

Después de ese suceso, y durante dos años, reinó en todo el imperio la más espantosa tiranía. Al fin fué proclamado Valeriano (253); asocióse á su hijo Galiano, y por un instante se creyó que iba á renacer el orden. Pero el nuevo César tenía que luchar contra los bárbaros, que amenazaban con invadirlo todo. Los francos se presentaron entonces por primera vez en la Galia, de donde los arrojó Aureliano, uno de los mejores generales romanos. Secundáronlo igualmente Postumio, Claudio y Probo; pero desgraciadamente el nuevo soberano se declaró perseguidor de los cristianos, como lo había hecho Decio, y tuvo fin tan miserable como éste. Habiendo emprendido una guerra contra los persas, fué hecho prisionero por su rey Sapor I (260), que se divirtió en conducirlo encadenado á través de las principales poblaciones de sus Estados, obligándolo además á que presentara el cuello, la cabeza ó las espaldas, á manera de estribo, cuando montaba á caballo. Después de su muerte, su piel fué curtida, disecada y teñida de color rojo; luego la colgaron de la bóveda del templo de los persas, en memoria de la ignominia que ese príncipe había tenido que soportar.

4. Galiano y los treinta tiranos (260-268). — Cuando supo Galiano la muerte miserable que había tenido su padre, respondió friamente: «No ignoraba que mi padre era mortal.» Bajo el gobierno de ese príncipe débil, cayó el imperio en indescriptible confusión. Los bárbaros invadieron todo; cada ejército, cada provincia nombró su emperador. Al mismo tiempo hubo hasta diez y nueve soldados de fortuna que

aspiraron á reinar sobre el mundo : á eso es á lo que se ha llamado los treinta tiranos.

« En medio de ese caos, escribe Chateaubriand, no se sabía dónde estaba el imperio : romanos y bárbaros, todo estaba dividido ; las águilas romanas contra las águilas romanas ; las insignias de los godos opuestas á las insignias de los godos. Cada provincia reconocía al tirano más próximo ; en la imposibilidad de ser protegidas por la ley, las gentes se sometían al hecho. Un pedazo de púrpura hacía por la mañana un emperador, y por la noche una víctima ; siendo, ya adorno de un trono, ya de un ataúd. »

Lo extraño, en medio de tanto desorden, era la indiferencia é insensibilidad de Galiano. Lejos de conmoverse cuando lo enteraban de la pérdida de sus provincias, se entretenía haciendo versos, construyendo casitas con hojas de rosas y castillos de frutas, ó bien en conservar uvas y hacerse servir melones á la mesa en pleno invierno. Por fin, habiendo invadido sus enemigos la Italia, fué á dar con ellos, y en esa campaña pereció, víctima de sus propios soldados, que lo asesinaron bajo los muros de Milán (268).

CUESTIONARIO.

1. ¿Cuál fué el primer bárbaro que llegó al poder supremo? ¿Qué expediciones llevó á cabo? ¿A quiénes le opusieron los africanos? ¿Qué suerte tuvieron los Gordianos? ¿A quiénes nombró el senado en lugar suyo? ¿Cómo murió Maximino?
2. ¿Por quiénes fueron asesinados Máximo y Balbino? ¿A quién proclamaron emperador los pretorianos? ¿Cómo reinó el joven Gordiano? ¿Quién lo reemplazó? ¿Cuál fué el carácter de Filipo? ¿Cómo fué destronado?
3. ¿Qué política siguió Decio? ¿Dónde pereció? ¿Qué ocurrió después de su muerte? ¿Bajo qué príncipe se vió á los francos presentarse por primera vez en la Galia? ¿Qué fué de Valeriano?
4. ¿Quién fué su sucesor? ¿En qué estado de anarquía cayó entonces el imperio? ¿Cuál era el carácter de Galiano? ¿Cómo murió?

§ III. — *Restauración del imperio por los príncipes ilirios. Aureliano. Probo (268-284).*

1. **Claudio II, el Gótico (268-270).** — Los soldados

nombraron á Claudio como general cuando murió Galiano. El senado aplaudió esa elección. En la curia se repitió por sesenta veces esta exclamación: « Claudio Augusto, que los dioses te protejan. » El nuevo emperador era en realidad gran capitán y político hábil. Tenía por rival á Tétrico; pero, en vez de marchar contra él, prefirió ir á hacer la guerra á los godos, que amenazaban el imperio. « El asunto de Tétrico, decía, no importa á nadie más que á mí; el de los godos interesa á la república. » Alcanzó á los bárbaros en la Macedonia, aniquiló sus fuerzas, y escribió al senado: « Hemos derrotado á los godos, destruyendo su flota de dos mil barcos; la campaña está cubierta de escudos y de cadáveres, y hemos hecho tantos prisioneros, que cada soldado obtendrá por su parte dos ó tres esclavos. » Pero poco después de esa victoria murió de la peste en Sirmio (270).

2. Aureliano (270-275). — Se ofreció el trono á un panonio de oscuro origen, al valiente Aureliano, que era el hombre necesario al imperio en el momento en que los bárbaros atravesaban por todas partes las fronteras. Aureliano los venció en la Umbría, en Plasencia, en las llanuras de Pavia, y los arrojó allende el Danubio. En seguida atacó á Zenobia en Oriente y á Tétrico en las Galias. La reina de Palmira, vencida en Antioquía y en Emeso, había abandonado la capital durante la noche, y montando en un camello, se dirigió hacia Persia. Detuviéronla en el momento en que ponía el pie en la barca que la llevaba á la otra orilla del Éufrates. « ¿Cómo te has atrevido, le preguntó Aureliano, á desafiar las iras de los emperadores romanos? — Reconozco en tu victoria, respondió la ilustrada cautiva, que eres emperador: Galiano y los demás no lo fueron » (273).

Aureliano venció en seguida á Tétrico en Occidente, y se hizo tributar en Roma el triunfo más pomposo de cuantos se han visto (274). Entre los numerosos cautivos que formaban en el cortejo, distingufanse Tétrico

y Zenobia. Tétrico y su hijo llevaban un manto de púrpura y una túnica amarilla con bragas galas; la reina de Palmira estaba tan cargada de perlas y de oro, que no hubiese podido andar si los guardias colocados junto á ella no hubieran sostenido las cadenas de oro que en su cuello mantenía un aro del mismo metal. Tres carros, resplandecientes de pedrerías, precedían á Aureliano, quien iba en otro, arrastrado por ciervos, despojo de un rey godo.

El gobierno de Aureliano fué reparador. Venía después de grandes desastres, y tuvo la gloria de cerrar multitud de llagas que durante los últimos reinados se habían hecho al imperio. Se ha juzgado á ese soberano con una sola frase, diciendo que era un emperador «no bueno, sino necesario.» Murió víctima de una conspiración á los cinco años de reinado (275).

3. Reinado de Tácito (275-276). — El senado dió por sucesor á Aureliano un buen viejo, Claudio Tácito. Esa elección fué para los senadores motivo de un gran triunfo, pues creyeron haber recobrado sus derechos y su poder, y les oyó exclamar en medio de su loca alegría: «Nosotros hacemos los príncipes, nosotros nombramos los Augustos, y todas las funciones se derivan y dependen de nuestra institución.» Poco tiempo disfrutaron de esas ilusiones pueriles. El anciano emperador sabía administrar, pero lo que entonces necesitaba el imperio para contener á las tropas y rechazar á los bárbaros, era un guerrero. Apenas el prudente Tácito se presentó á su ejército en Tracia, cuando los soldados se burlaron de su inexperiencia. Dícese que murió de pesar y fatiga, pero tal vez lo inmoló alguna mano asesina. Su reinado duró sólo seis meses (276).

4. Reinado de Probo (276-282). — Probo, hijo de un jardinero de Sirmio, poseía brillante genio militar; lo nombraron las legiones. Hizo perecer cuatrocientos mil bárbaros en las Galias en diferentes combates; libró setenta ciudades de sus incursiones, sometió la Germania, y atravesó la Recia, la Panonia y la Tracia,

imprimiendo en todos los corazones el temor del nombre romano. De allí pasó á Oriente, donde sometió á todos los bandoleros y salvajes que turbaban las diferentes provincias. Iba á atacar á los persas, cuando Vahrano, su rey, le mandó á pedir la paz. Sus embajadores lo hallaron en las montañas de Armenia, sentado sobre la hierba en medio de sus tropas y comiendo un trozo de puerco salado con guisantes. « Si vuestro señor, les dijo Probo, descubriendo su cabeza calva, no me da satisfacción, dentro de un mes no quedarán en vuestras campiñas más mieses y árboles que pelos tiene mi cabeza. » Ese era el lenguaje de los antiguos romanos. Vahrano concedió todo lo que Probo quiso, y se firmó la paz.

Á pesar de sus talentos y de sus méritos, Probo tuvo rivales en Oriente y Occidente, pero ninguna de esas rebeliones tuvo importancia. Después de haber pacificado el imperio, volvió á Roma, donde fué recibido con gran pompa (280). El pueblo lo adoraba, pero los soldados, á quienes quiso acostumbrar al trabajo como sus antecesores de la república, lo hallaban demasiado austero. Hacíales desbrozar tierras, levantar fortalezas, ejecutar y mantener en buen estado los caminos. « El soldado, decía, no debe comer su pan gratuitamente. » Llegó á abrigar la esperanza de pacificar hasta tal punto el imperio, que no se necesitaran tropas permanentes. « ¡ No más soldados, exclama su biógrafo, sino en todas partes reinando la república ! ¡ No más fabricación de armas, no más suministro de víveres, no más guerra ni cautiverio ! ¡ La paz en el mundo entero, las leyes romanas aceptadas por todos, y en todas partes nuestros jueces ! » Ese sueño desagradó á las legiones, que á toda costa querían hacerse necesarias : así fué que conspiraron contra aquel severo señor, que no les dejaba descanso alguno, y lo asesinaron (282).

5. Caro y sus hijos Carino y Numeriano (282-284). — El gallo Aurelio Caro, prefecto del preto-

rio, que fué elevado por las legiones á la dignidad imperial, tenía dos hijos, Carino y Numeriano, á quienes asoció al poder. Numeriano era un poeta distinguido, al paso que Carino sólo era notable por sus vicios. Caro lo temía; pero su desdicha lo obligó á confiarle la defensa de la Iliria, mientras él se dirigía en persona, acompañado por el joven Numeriano, á combatir en Oriente á los enemigos del imperio.

En esa expedición fué asaltado Caro por una tempestad terrible; su tienda se vió envuelta por vivos resplandores, acompañados de violentos truenos, y cuando volvió la calma, sólo se encontró su cadáver. El ejército batió en retirada. Numeriano sólo lloraba á su padre noche y día. No pudiendo soportar el sol ni el polvo, seguía á las tropas en una litera, resguardado por gruesas cortinas. El prefecto del pretorio, Arrio Áper, montaba la guardia junto á él, y no dejaba acercarse á nadie. Sin embargo, se creyó notar olor cadavérico que salía de la litera. Las tropas dispersaron la escolta de Áper, y se halló ya casi podrido el cuerpo del joven príncipe. En seguida los soldados eligieron emperador al ilirio Valerio Diocles, que de simple recluta había pasado á general (284). El nuevo príncipe dió muerte por su propia mano al prefecto Áper, considerándolo asesino de Numeriano, y marchó sin perder tiempo contra Carino. Sus ejércitos vinieron á las manos en la alta Mesia. Carino derrotó á su rival, pero fué muerto traídoramente después de su victoria, y Diocleciano, aunque vencido, quedó dueño del imperio (284) (1).

(1) SUCESIÓN IMPERIAL desde Domiciano: le restablece la adopción. Familia de los Antoninos: Nerva (96-98), Trajano (98-117), Adriano (117-138), Antonino Pio (138-161), Marco Aurelio (161-180), Cómodo (180-192). La familia de los Antoninos se extingue con ese príncipe. Pertinax (193), Didio Juliano (193), Septimio Severo, Pescenio Níger y Albino (193); muerte de Pescenio Níger (194), muerte de Albino (197). Septimio Severo reina (193-211). Caracalla y Geta (211-217). Geta es asesinado en 212, Macrino (217-218), Heliogábalo (218-222), Alejandro Severo (222-235), Maximino (235-238), Gordiano (238-244), Filippo (244-249), Decio (249-251).

CUESTIONARIO.

- | | |
|--|--|
| <p>1. ¿Qué calidades poseía Claudio el Gótico? ¿Qué hazas dieron brillo á su reinado? ¿Dónde murió?</p> <p>2. ¿Cuál era el carácter de Aureliano? ¿Qué triunfos obtuvo? ¿Qué respuesta le dio Zenobia? ¿Qué fué de mencionar en los honores triunfales que le tributaron en Roma? ¿Cuál era el carácter de su gobierno?</p> <p>3. ¿Qué hay que decir del reinado de Tácito? ¿Cómo murió?</p> | <p>4. ¿Qué triunfos alcanzó Probo? ¿Qué palabras dijo á los emisarios del rey de Persia? ¿Por qué conspiraron contra él los soldados?</p> <p>5. ¿Quién fué el sucesor de Probo? ¿Cuál era el carácter de Carino y de Numeriano? ¿De qué manera murió Caro? ¿Qué fué de Numeriano? ¿Quién le sucedió? ¿Cuál fué el resultado de la batalla dada por Numeriano á Carino?</p> |
|--|--|

CAPÍTULO XXVI.

CONCILIO DE NICEA. ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA.

Resumen. — Las persecuciones no han impedido que se extienda el Cristianismo, sino que por el contrario han ayudado á su propagación. La Iglesia ha tenido que sufrir tal vez más por efecto de la herejía y del cisma. Las herejías principales son las de los judaizantes en tiempos de los apóstoles, de los gnósticos en el siglo II, de los dualistas y de los sabelianos. El cisma de Melecio había desgarrado la Iglesia, y el de Donato el resto del Africa, antes de Constantino. En tiempos de éste apareció la herejía fundamental de Arrio, quien negaba la divinidad del Verbo y hacía de Cristo un hombre más perfecto que los otros, pero de análoga naturaleza: eso era la ruina del Cristianismo como religión. Tal error fué condenado en el concilio de Nicea en 325, que dió la última mano á la organización de la Iglesia proclamando la primacía de la sede romana, y determinando las relaciones que debían tener con ella y entre sí los patriarcas, los metropolitanos, los obispos y los restantes miembros del clero.

1. Extensión del cristianismo. — El cristianismo había sido objeto de violenta persecución por parte de Diocleciano y de sus predecesores; pero esas persecu-

Galo (251-253). Emilio Emiliano (253). Valeriano (255-259). Galiano (259-268). Claudio II (268-270). Aureliano (270-275). Tácito (275-276). Probo (276-282). Caro, Carino y Numeriano (282-284).

ciones, en vez de hacer más lentos sus progresos, no habían servido sino para acelerar su marcha. Cada mártir era un testigo de la fe por que vertía su sangre, y su valor una demostración viva de la religión misma. Los paganos no podían ser insensibles á tal espectáculo, y así era que se convertían por multitudes á una doctrina que inspiraba virtudes tan heroicas. Eso es lo que hacía decir á Tertuliano que la sangre de los mártires era semilla de cristianos.

Por otra parte, los apologistas alentaban á los fieles en medio de esas grandes pruebas, mostrándoles la protección incontestable de que la Providencia les daba pruebas manifiestas, sea por medio de prodigios que operaba á menudo en favor de los mártires, sea por los castigos que infligía á sus perseguidores. Esta última consideración parece haber sido la que más influencia tuvo en los espíritus. Lactancia escribió su célebre tratado *De morte persecutorum*, en que demostró que la venganza divina había herido á todos los emperadores que persiguieron la Iglesia, desde Nerón hasta Galero.

2. De las herejías. — Mientras la Iglesia era perseguida desde fuera por la espada de los emperadores, los heréticos la turbaron interiormente alterando su doctrina. Desde el principio, los judíos convertidos procuraron mezclar al cristianismo las practicas de la antigua ley, y encadenarlo á los ritos mosaicos. A esos se les dió el nombre de *judaizantes*. Los apóstoles triunfaron de ese primer peligro, contra el cual luchó particularmente San Pablo.

Cuando el Evangelio penetró en Oriente, algunos sectarios se propusieron añadirle las doctrinas filosóficas que estaban entonces en boga.

Los *gnósticos*, uno de cuyos principales jefes fué Valentino, formularon sus sistemas panteístas en el siglo segundo.

Hacia los fines del mismo, se operó en la mayor parte de los heréticos profundo cambio. El panteísmo

fué reemplazado generalmente por el dualismo, es decir que, en vez de admitir que todo es Dios, se reconocieron dos principios, uno bueno, malo el otro, y con ayuda de ellos se quiso dar cuenta del estado del mundo presente.

Pero en los siglos tercero y cuarto fué abandonada esa hipótesis casi por completo. Después de la polémica que sostuvieron los Padres de la Iglesia contra el politeísmo y todas sus supersticiones, fué generalmente reconocida la existencia de un Dios, único creador de todas las cosas.

El error de los heréticos no consistió, pues, en adelante, más que en puntos relativos á la esencia divina. No pudiendo comprender la Trinidad, en el sentido de los cristianos, esos hombres, que se dirigían menos á la fe que á la razón, negaron la pluralidad de las personas divinas, y enseñaron que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola y misma persona considerada bajo aspectos diferentes. Sabelio fué el jefe de ese error que, por causa de su nombre es llamado el sabelianismo.

Á las herejías siguieron los cismas. Los más importantes fueron los de Melecio y de Donato.

3. Cisma de Melecio. — Durante la persecución, Melecio, obispo de Licópolis, en Tebaida, había tenido la delibidad de ofrecer sacrificios á los ídolos. Su patriarca, Pedro, obispo de Alejandría, lo citó ante un concilio y lo depuso, después de haberle probado otros varios erímenes. Melecio no apeló contra esa sentencia y no trató tampoco de justificarse siquiera ante los sucesores del obispo de Alejandría. Quedóse separado de ellos, y para ocultar la vergüenza de su deposición, pretendió que no había sido condenado más que por manifestar su creencia de que Pedro usaba de demasiada indulgencia con los apóstatas. Velando sus debilidades bajo falsa apariencia de austeridad, tuvo el tino de hacerse con cierto número de partidarios. Á pesar de las condenaciones que la Iglesia lanzó

contra ese cisma, continuó durante más de ciento cincuenta años, y dividió á la Iglesia de Egipto de manera funesta.

4. Cisma de Donato. — La Iglesia de África se hallaba al mismo tiempo desgarrada por el cisma de los donatistas, cuyas consecuencias fueron más desastrosas todavía. La persecución de Diocleciano había sido muy violenta en aquella provincia, sobre todo respecto de las santas Escrituras, que los fieles, y sobre todo los obispos, tenían que entregar para que las quemaran en la plaza pública. Los que tuvieron la cobardía de ceder fueron denominados *traditores*. Acusóse á Ceciliano, obispo de Cartago, de haber sido ordenado por obispos culpables de aquel crimen, y con ese pretexto, tan falso como frívolo, algunos obispos de Numidia, bajo la dirección de Donato, su jefe, declararon vacante la sede de Cartago y eligieron en lugar del primero á un llamado Mayorino. Enviaron además á los obispos de África una carta sinodal en la cual se esforzaron de atraerlos á su partido, y hasta procuraron ganar á su causa al emperador Constantino.

Ese príncipe tuvo la sabiduría de no constituirse en juez en un negocio que no podía depender más que de la autoridad eclesiástica, y de devolver el asunto al papa Melquiadés, de quien naturalmente dependía. El pontífice reunió un concilio en Roma (313), y, después de haber oído á los dos querellantes, proclamó la inocencia de Ceciliano, aunque facilitando á los cismáticos los medios de volver de su error. Pero Donato excitó á sus partidarios á que no se sometiesen, y á pesar de los medios empleados para que volvieran al seno de la Iglesia los que aquel había corrompido, esos desdichados seguían turbando aún la Iglesia de África con sus divisiones y sus violencias, cuando pareció Arrio.

5. Herejía de Arrio. — Arrio era un sacerdote de la Iglesia de Alejandría. Espíritu inquieto, ambicioso, había empezado por lanzarse en el cisma de

Melecio y el obispo de Alejandría, San Pedro, se vió obligado á excomulgarlo. Después de la muerte de ese ilustre patriarca, había obtenido su perdón de San Aquillos, su sucesor, recibiendo el encargo de dirigir la enseñanza pública de las santas Escrituras y de la administración de una de las principales iglesias de Alejandría. Esos testimonios de confianza exaltaron su orgullo, y al morir San Aquillas, tuvo la pretensión de sucederle (313). Habiendo sido desbaratados sus planes por la elección de San Alejandro, procuró vengarse del que consideraba como su rival y, no teniendo nada que decir contra las costumbres del pontífice, atacó su doctrina. Habiendo enseñado San Alejandro, lo mismo que toda la Iglesia católica, que el Verbo es igual á su Padre y de la misma sustancia que éste, Arrio pretendió que ese era el error de los sabelianos, que el Hijo había sido hecho y creado, que era en verdad la mejor de las criaturas, pero que había salido de la nada, sacado por el Padre en un tiempo dado y que no siempre había existido. Así negó la divinidad del Verbo.

Esta doctrina, desconocida hasta entonces entre los cristianos, causó gran escándalo, y en todas partes hubo protestas contra esa impiedad y esa blasfemia. San Alejandro procuró primero volver á Arrio á mejores sentimientos, usando para con él de la mayor dulzura; pero el sectario se obstinó, y así que hubo reunido cierto número de partidarios, proclamó públicamente su error. Viendo el patriarca que sus exhortaciones paternas no habían servido de nada y que la impiedad comenzaba á extenderse, reunió un concilio al que asistieron cerca de cien obispos de Egipto y de la Libia. Arrio fué condenado en él con todos sus adherentes (320).

El sectario se retiró á la Palestina, donde ganó para su causa á Eusebio de Cesárea, y Eusebio de Nicomedia. Habiendo abrazado otros obispos su partido, se apoyó en sus testimonios para invitar á San Alejandro

á anular la condenación pronunciada contra él. El patriarca, sostenido por su diácono, San Atanasio, apeló al papa San Silvestre, y á todos los obispos de la cristiandad. Por su parte, los arrianos se establecieron en Bitinia y escribieron á todos los obispos del mundo para pedirles que se comprometieran á declararse en favor de Arrio. Así fué cómo la Iglesia se halló dividida en uno de los asuntos más graves.

6. Concilio de Nicea (325). — Por consejo de los obispos, el emperador Constantino resolvió reunir un concilio ecuménico, es decir universal, para confundir el error y condenar á sus partidarios. Concertóse al efecto con el papa San Silvestre, y convinieron ambos en que dicha gran asamblea se reuniría en Nicea, ciudad de Bitinia, situada casi en el centro del imperio y cercana á Nicomedia, donde residía el emperador. Constantino dirigió cartas á todos los obispos para excitarlos á no faltar á la cita, y dió orden de que se les facilitara cuanto fuese necesario para el viaje. Acudieron á Nicea, en número de trescientos diez y ocho, sin contar los sacerdotes, diáconos y ministros inferiores. Nunca se había visto reunida una asamblea semejante para promulgar, en presencia del mundo entero, cuál debía ser su fe. Varios de los miembros que la componían eran eminentes en santidad y ostentaban aún las insignias de las heridas que habían recibido por Jesucristo en la última persecución. No habiendo podido estar presente al concilio el papa San Silvestre, se hizo representar por Osio, obispo de Córdoba, que la presidió, y por dos sacerdotes romanos, Vitón y Vicente, que, en su calidad de legados pontificios, firmaron las actas del concilio antes que todos los obispos.

El día de la sesión pública, todos los que debían asistir á ella se reunieron en una gran sala donde Constantino penetró el último, en señal de respeto hacia la augusta asamblea. Quiso el emperador que los obispos trataran las cuestiones relativas á la fe con entera liber-

tad. Se empezó por examinar la doctrina de Arrio, y el sectario en persona fué citado ante aquel imponente tribunal, donde se atrevió á sostener sus horribles blasfemias. Los Padres, asombrados al oír semejantes doctrinas, se tapaban los oídos, dando muestras de la más viva indignación. Refutáronse con vigor esas novedades impías: opúsoseles la autoridad de los libros santos y los escritos de los primeros Padres, y se estableció sobre esas bases la doctrina de la Iglesia. El concilio declaró, pues, que Jesucristo es realmente Hijo de Dios, igual á su Padre, su virtud, su imagen, subsistente siempre en él, en suma, verdadero Dios. Ese dogma fué expresado por la palabra *consubstancial*, que se convirtió en marca distintiva de los católicos.

Osio redactó entonces la profesión de fe solemne que ha sido célebre luego con el nombre de *Símbolo de Nicea*, y que nosotros cantamos en la misa en nuestros altares. Todos los obispos, salvo escaso número de arrianos, firmaron el símbolo, y pronunciaron anatemas contra Arrio y sus partidarios. El concilio terminó en seguida el asunto de los cuartodecimanos, decidiendo que la Pascua se celebraría, en todo el mundo católico, el domingo después del décimocuarto día de la luna de Marzo. Procuró además extinguir el cisma de Melecio y publicó varios cánones de disciplina. Osio envió las actas del concilio al papa San Silvestre, que confirmó todo lo hecho. Constantino desterró á Arrio y á los dos obispos de Libia, Tomás y Segundo, que se habían negado á firmar las actas del concilio.

7. Organización de la Iglesia cristiana. — El concilio de Nicea dió la última mano á la organización de la Iglesia cristiana. El universo había sido dividido en prefecturas, las prefecturas en diócesis y las diócesis en provincias. No se puede decir que se siguiera esta división eclesiástica en el orden eclesiástico de manera absolutamente rigurosa. Sin embargo,

para la facilidad de las relaciones y de los negocios, se adoptaron para las cosas religiosas, con escasa diferencia, las mismas circunscripciones administrativas que para los asuntos temporales.

Así, á las prefecturas, correspondían los patriarcados, á las diócesis los exarcados; las sedes metropolitanas quedaron al frente de las provincias, y á menudo en la misma ciudad que la metrópoli civil. Bajo el metropolitano estaban colocados los obispos de su provincia, que se llamaban sus sufragáneos. Los obispos residían en las principales ciudades de la provincia, y tenían á sus órdenes los curas, que empezaban á multiplicarse á su alrededor, y á ocupar los *pagi*, que fueron el refugio de los últimos politeístas, á quienes por tal razón se ha dado el nombre de *paganí* (paganos).

El concilio de Nicea fué el que dió al obispo colocado al frente de una provincia el nombre de metropolitano, y que determinó sus derechos, sometiéndoles la elección y las órdenes de los obispos de su provincia que necesitaban su sanción. « El obispo, dice el concilio, debe ser sagrado, en cuanto cabe, para todos los de su provincia. Pero si eso es impracticable, sea por causa de la distancia demasiado grande, sea por cualquier otro motivo, es por lo menos necesario que haya tres obispos presentes para dar las órdenes, con el sufragio y consentimiento por escrito de los ausentes; pero en cada provincia el metropolitano deberá confirmar lo que se haya hecho. »

Por encima del metropolitano colocó el concilio á los tres patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén; y más alto que los patriarcas, al obispo de Roma, al sucesor de San Pedro. « La Iglesia romana, dicen los Padres de Nicea, ha poseído siempre la supremacía. Que las antiguas prácticas se conserven, pues, en vigor en Egipto; la Libia y Palestina, de manera que todos estén sometidos al obispo de Alejandría, porque tal es la costumbre del pontífice ro-

mano. Que sea lo mismo para el obispo de Antioquía y que, en las demás provincias, conserven igualmente sus privilegios; pues es evidente que si un obispo se ha ordenado sin el consentimiento del metropolitano, el gran concilio ha resuelto que el que esté ordenado de ese modo no debe ser obispo. »

El obispo de Jerusalén había conservado las prerrogativas de honor que recordaban el antiguo esplendor de su sede. El concilio se las confirmó, añadiendo que eso era sin perjuicio de la dignidad del patriarca de Alejandría y del metropolitano de Cesárea, de los cuales dependía.

El concilio no habló del patriarcado de Constantinopla, porque el obispo de esa ciudad no era aún más que el obispo de Bizancio. Su puesto tomó importancia y se alzó por encima de los patriarcados de Alejandría y de Antioquía, pero sólo á fines del siglo cuarto, cuando Constantinopla llegó á ser la primera ciudad de Oriente.

El concilio asignó á los sacerdotes y á los diáconos la categoría que ocupan todavía en la jerarquía de la Iglesia. Habiendo querido algunos diáconos pasar por encima de los sacerdotes, bajo el pretexto de que prestan mayores servicios por sus funciones, el concilio les recordó que son ministros de categoría inferior; que no pueden celebrar el santo sacrificio de la misa, y que no deben recibir la eucaristía sino de mano de los sacerdotes ó de los obispos, que son sus superiores.

De ese modo, los cánones de Nicea sentaron, con la mayor precisión, toda la economía de la constitución de la Iglesia. Al proclamar la primacía de la santa sede, centro de la unidad, el concilio mostraba los tres grandes patriarcas como ramas del mismo árbol, ó como ríos salidos de los mismos orígenes, y por bajo de los patriarcas colocaba á los metropolitanos, bajo los metropolitanos los obispos, y por debajo de los obispos el resto del clero, reproduciendo así toda la jerarquía de la Iglesia en su admirable sencillez.

CUESTIONARIO.

1. ¿Qué efecto produjeron las persecuciones relativamente á la propagación del cristianismo? ¿Quiénes sostenían á los fieles?
2. ¿Qué herejía surgió en tiempos de los apóstoles? ¿Qué herejías aparecieron en Oriente? ¿Cuál era la doctrina de los gnósticos? ¿Cuál la de los dualistas? ¿Cuál fué el error de los sabelianos?
3. ¿Qué fué lo que produjo el cisma de Melecio?
4. ¿En qué ocasión se separó Donato de la Iglesia? ¿Quién lo condenó?
5. ¿Cuál fué el error de Arrio? ¿Qué efecto produjo su doctrina? ¿Por quién fué condenado primero?
6. ¿Qué partido tomó Constantino? ¿Dónde se celebró el primer concilio ecuménico? ¿Quién lo presidió? ¿Qué profesión de fe redactó Osio? ¿De qué expresión se sirvieron los padres de la Iglesia para indicar perfectamente el dogma?
7. ¿Qué decidió el concilio de Nicea relativamente á la jerarquía en la Iglesia? ¿Qué dijo del Papa? ¿Qué jurisdicción reconoció á los patriarcas? ¿Cómo determinó los derechos de los metropolitanos? ¿Qué resolvió respecto de los sacerdotes y de los diáconos?

CAPÍTULO XXVII.

DIOCLECIANO. CAMBIO EN EL GOBIERNO Y EN LA ADMINISTRACIÓN. CONSTANTINO. FUNDACIÓN DE CONSTANTINOPLA (1).

Resumen. — Este medio siglo se presenta lleno por la vida de dos hombres muy distintos en su aspecto religioso, pero que no se diferencian mucho bajo el político: Diocleciano y Constantino.

I. Diocleciano es, lo mismo que sus predecesores, el hombre de los campamentos, y permanece fiel á su origen asociando al poder un soldado de fortuna, el feroz Maximiano.

Pero á su advenimiento se efectúa gran cambio en la

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Zózimo; es hostil á los cristianos. Orsio, *Historiarum* lib. VII; Zonaras; *Annales*, obra preciosa para la vida de Constantino y de sus sucesores; Lactancio, *de Morte persecutorum*; Eusebio, *Historia eclesiástica* y *Vida de Constantino*, *Panegyricæ Orationes veterum oratorum*, etc.: son los panegíricos de los emperadores, desde Diocleciano hasta Teodosio. Entre los modernos, además de las historias universales ya citadas: el P. Bernard de Varenne, *Historia de Constantino el Grande*, un panegírico; de Beau, *Historia del Bajo Imperio*; Corentin-Royau, *Compendio* en 4 vol. de la *Historia del Bajo Imperio*; Maudet, *De los cambios efectuados en la constitución del imperio*, etc.

constitución del imperio. Estableció un nuevo sistema de administración, para prevenir al mismo tiempo las rebeliones de los legionarios y las invasiones de los bárbaros. La guerra civil y la extranjera, he ahí las dos grandes plagas que se propuso curar. Para lograr ese doble objeto, creó dos Augustos y dos Césares, multiplicó las provincias, aumentó el número de los funcionarios subalternos y estableció en las fronteras una línea de campamentos fortificados que impedía á los bárbaros violarlas. Pero, si bien creó una especie de tetrarquía, no por eso rompió la unidad del poder, sino que conservó supremacía real sobre todos los que invistiera de los títulos de Augusto ó de César, y fundó una verdadera monarquía. Tomaba hasta el título de rey, sin temor á ofender la delicadeza de los romanos, y se rodeaba de todo el lujo y boato de los príncipes del Asia. Ese fué el último esfuerzo de aquella sociedad moribunda, que parece haber llamado á sí cuanto le quedaba de vigor y de energía para atacar con tanta más fuerza al catolicismo, cuyo reinado debía reemplazar al suyo : pues bajo Diocleciano la sangre de los cristianos fué derramada en tal cantidad, que esa época ha sido siempre célebre con el nombre de *era de los mártires* (303-313).

II. La gloria de Constantino consiste en haber puesto término á esas espantosas persecuciones (313). Habiéndolo enseñado su padre Constancio á respetar á los cristianos, los protegió mientras los perseguían sus colegas, y en esa diferencia de conducta reside el secreto de su grandeza y de sus triunfos. Vió perecer sucesivamente á Severo, á Maximiano, Galerio, y, habiendo iluminado el cielo su alma por medio de un prodigio, derrotó á Maxencio, Maximiano y Licinio, é hizo triunfar su causa personal á la vez que el cristianismo. Desde entonces se abre nueva era para la religión de Cristo. Después de haberse visto obligada durante tanto tiempo á ocultarse en las catacumbas, va á presentarse al sol; su doctrina, reconocida por los poderosos del siglo, que la habían combatido hasta entonces, hallará sin duda otros obstáculos, que el espíritu de las tinieblas no dejará de suscitarle, pero triunfará de ellos, á la vez que ejercerá sobre las costumbres y las leyes de las naciones influencia profunda, que deberá regenerarlas. Así es que mientras Arrio procuraba alterar el dogma con sus sutilezas, se efectuaron en las leyes mismas de Constantino mejoras inspiradas por la nueva fe.

§ I. — *Diocleciano. Cambio en el gobierno y en la administración.*

1. **Diocleciano y Maximiano (284).** — Recono-

ciendo Diocleciano que tan vastos Estados no podían ser gobernados por un solo hombre, asoció al poder á su antiguo compañero de armas Maximiano, apellidado Hércules, soldado valiente y diestro, pero ignorante y cruel. Ese nuevo monarca, hijo de un pobre campesino de los alrededores de Sirmio, llevó á su gobierno la dureza y ferocidad á que había estado acostumbrado, y se mostró instrumento dócil de su colega. Maximiano se dirigió á las Galias y obtuvo magníficas victorias sobre los bagodos, los francos, los burguñones y los germanos, y ambos emperadores pudieron tomar legítimamente los sobrenombres fastuosos de *Francicos*, *Alemánicos* y *Germánicos*. Pero el nuevo soberano fué menos afortunado contra el rebelde Carausio. No pudiendo desposeerlo de la Gran Bretaña, tuvo que aceptarlo como colega, y concluyó con él y Diocleciano una paz que se llamó *la paz de los tres Augustos*.

2. Tetrarquía (292). — Después de ese tratado, Diocleciano y Maximiano tuvieron una entrevista en Milán, para tratar de las medidas que era preciso tomar sobre la administración del imperio, que veían turbado dentro y atacado fuera. Juliano había sublevado toda el África; Aquilio había revestido la púrpura en Alejandría, y los persas habían dado término á sus querellas para disponerse á volver sus armas contra Roma. En presencia de tan grandes peligros, Diocleciano resolvió completar la reorganización del imperio agregando dos Césares á los dos Augustos. Dividiéronse las provincias en cuatro partes. Hubo cuatro cortes imperiales, cuatro prefectos del pretorio, pero un imperio único; los edictos debían promulgarse en nombre de los cuatro príncipes; los dos Césares debían estar subordinados á los dos Augustos, como hijos á sus padres, y Diocleciano debía ser reconocido por todos como soberano. En consecuencia el 1.º de Marzo de 292, proclamó Césares al ilirio Flavio Constancio Cloro, hijo de una sobrina de Claudio II y á Galerio Maximiano que apellidaban *Armentario*, porque había

sido boyero en Dacia. En el reparto del imperio, las provincias más amenazadas tocaron naturalmente á los dos Césares. Constancio recibió la Bretaña, la Galia, la España, y Treves le sirvió como residencia para su gobierno; Galerio tuvo la Grecia, la Iliria y toda la línea del Danubio con Sirmio por capital; Maximiano residió en Milán y gobernó la Italia, el África, la Sicilia y las islas del mar Tirreno; Diocleciano se reservó la Tracia, el Egipto, la Siria, el Asia, y estableció su corte en Nicomedia.

Ese nuevo sistema fué oneroso para las provincias, puesto que, multiplicando las dignidades, aumentaba las cargas. Pero por otra parte, había llegado á ser necesario, y esa división del poder prolongó la duración del imperio. Diocleciano recogió al momento los frutos de ese nuevo orden de cosas. Todos los enemigos del imperio fueron vencidos. Constancio fortaleció la dominación romana en Germania y volvió á conquistar la Gran Bretana, gobernada á la sazón por Alecto, quien había sucedido á su padre Carauso. Diocleciano derrotó á Aquileo, y castigó severamente al Egipto. Maximiano Hércules pasó de las Galias á África, en donde subyugó á Juliano y á sus partidarios. Galerio, que era una especie de gigante de voz horrorosa y terrible mirada, no realizó al principio las esperanzas que había hecho concebir. En su primera campaña contra los persas, fué vencido en medio de aquellas llanuras de Carrhes tantas veces funestas á los romanos. Volvió huyendo á Antioquía, donde Diocleciano lo recibió como soberano irritado, y le obligó á seguir su carro á pie por espacio de una milla. El feroz César se apresuró á reparar su vergüenza. Entró en Armenia, sorprendió el campo de los persas, y derrotó á su ejército de tal modo que su rey Narsés le pidió la paz. Diocleciano se la dictó en Nisiba (207). Narsés le cedió la Mesopotamia, cinco provincias allende el Tigris, con el derecho de soberanía en Armenia y en Iberia hasta el pie del Cáucaso.

3. Nueva constitución del imperio. — Diocleciano, para impedir toda invasión, estableció una línea de campamentos bien fortificados desde el Egipto hasta la Persia; luego hizo lo mismo desde la embocadura del Rhin hasta el Danubio, de suerte que los bárbaros no pudieron ya pasar la frontera con facilidad. Después de haber protegido así el imperio contra los enemigos exteriores, se ocupó en arreglar la administración interior de las provincias.

Con arreglo á la nueva organización, Roma no fué en adelante más que el centro nominal del imperio. Permaneciendo Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milán, el senado dejó de ser considerado como el gran consejo de la nación. Todos los negocios fueron decididos por los soberanos y sus ministros quienes ejercieron el poder legislativo. La autoridad del prefecto del pretorio, tantas veces funesta á los emperadores, quedó considerablemente debilitaba. Por de pronto su poder militar fué menor, porque, como había tantos prefectos como emperadores, la jurisdicción de cada uno de ellos no se extendía sino sobre una parte del ejército. Diocleciano limitó también sus derechos en el orden civil, autorizando la apelación de sus sentencias al consejo imperial, creando vicarios y vice prefectos, multiplicando los gobernadores, y estableciendo sobre cada uno de esos cargos una inspección mutua que hacía muy difícil una coalición.

A consecuencia de esas medidas administrativas, el emperador era en realidad dueño absoluto en todo. Su voluntad hacía veces de ley, y todas las dignidades dimanaban y dependían de la suya. Era la monarquía oriental en toda su fuerza, y para que nadie pudiera equivocarse, Diocleciano la rodeó de toda la ostentación y pompa con que los persas honraban á su soberano. En los actos públicos y en las relaciones particulares se daba al emperador el nombre de *dóminus*, y se le atribuían títulos y cualidades que sólo convienen á la divinidad. Su persona sagrada estaba cubierta de

oro y pedrerías desde la cabeza hasta los pies, no se podía llegar á él sino después de un ceremonial interminable, y había que prosternarse ante su persona á la manera de los orientales. Los Césares desplegaban en sus cortes la misma magnificencia que los Augustos, y se concibe que el pueblo padeciese por causa de ese aumento de gastos. Habiéndose multiplicado al mismo tiempo los oficiales civiles y militares, así como los empleados subalternos, el número de los que recibían dice Lactancio, llegó á ser más considerable que el de los que daban; hubo por lo tanto infinidad de desgraciados que, disgustados del trabajo por las persecuciones fiscales, abandonaron sus campos y los dejaron incultos.

A pesar de esos inconvenientes inevitables, se debe reconocer que las reformas de Diocleciano fueron muy útiles al imperio. Teniendo los gobernadores provincias menos extensas, pudieron ocuparse de ellas con más cuidado y detalle. Las cuotas mejor repartidas pesaron especialmente sobre los grandes propietarios, y las inmunidades curiales fueron respetadas más exactamente. En lugar de los *procuradores* que tenían en su mano el poder judicial y el administrativo, no hubo sino agentes del fisco, simples oficiales imperiales (*rationales*). En una palabra, en todas partes reemplazó el orden á la anarquía, y el reinado de la ley al de la violencia. El mismo Diocleciano publicó muchos decretos, tan sabios que la mayor parte se conservan en el derecho romano y forman parte del *Código de Justiniano*.

4. Persecución de Diocleciano (303). — Diocleciano gozó en paz por espacio de trece años de la obra de su genio. El imperio estaba tranquilo, y los cuatro príncipes que lo gobernaban parecían no tener más que un mismo sentimiento y un mismo pensamiento. Hasta entonces Diocleciano no había parecido enemigo de los cristianos. Había algunos en su palacio, y sabía que su mujer é hija habían renunciado á la idolatría.

Pero el feroz Galerio, á quien su madre enseñó en su aldea á ofrecer frecuentes sacrificios á las divinidades de las montañas, alimentaba en el fondo de su corazón odio ciego y furioso contra la religión de Jesucristo. Hizo pegar fuego al palacio de Nicomedia, acusó de ello á los cristianos, y con esta impostura excitó á Diocleciano á que ordenase violentísima persecución contra aquellos inocentes. Se expidieron sangrientas órdenes á todo el imperio, y la ferocidad de los perseguidores inmoló tantas víctimas, que en los anales de la Iglesia se llama esa época la *era de los mártires*.

Durante diez años todos los Augustos y los Césares, excepto Constantino, gozaron en derramar la sangre de los cristianos. Según dice Lactancio : « Se aprisionaba á los sacerdotes, á todos los ministros de la religión, y se les daba muerte sin interrogarlos. Los cristianos todos eran condenados sin distinción de sexo ni de edad, y, como fueran numerosos, ya no se les ejecutaba aisladamente, sino que los reunían en las hogueras. En cuanto á los esclavos, eran arrojados al mar con piedras amarradas al cuello. La persecución no perdonaba á nadie.

5. Grandeza de Diocleciano, su abdicacion (305). — Entretanto Diocleciano quiso dar al mundo el espectáculo de su grandeza. Fué á Roma á celebrar el vigésimo aniversario de su reinado, y á recibir con Maximiano los honores del triunfo por las victorias logradas sobre todas las naciones que habían vencido juntos. Delante de los dos Augustos iban las imágenes y los nombres de todos los pueblos que habían conquistado, y tomaron los apellidos de *Pérsico*, *Fráncico*, *Alemánico*, etc., que adulaban su vanidad. Pero el pueblo de Roma, acostumbrado por los demás príncipes á escenas gigantescas, encontró miserable el triunfo de los dos Augustos, y mezquinas sus liberalidades. Diocleciano impresionado por lo frágil de su poder, cayó en languidez sombría é irascible. Su enfermedad se agravó aún durante el viaje al volver á Nicomedia, por las

orillas del Danubio; hasta se creyó que iba á perecer en uno de los accesos de demencia que lo asaltaban, cuando inesperadamente la enfermedad cesó de repente.

Sin duda Galerio no se regocijó de ello, porque hacía largo tiempo que estaba impaciente por subir al primer puesto. Ya había provocado la abdicación de Maximiano, y sus instancias se convirtieron en insultos. En seguida se dirigió suave y amigablemente á Diocleciano. Haciéndole notar su edad avanzada y poca salud, y pintándole con los más vivos colores las delicias del retiro y del descanso; y como todos sus hermosos discursos no hacían gran impresión en el anciano Augusto, el feroz César lo amenazó con sus armas. Diocleciano, asustado, prefirió perder la corona para no arriesgar la vida. Reunió, pues, sobre una eminencia á todos sus soldados y les declaró con los ojos llenos de lágrimas que, encontrándose débil y enfermo, no se sentía ya capaz de gobernar el imperio, y encargaba de ese cuidado á Galerio (1° de Mayo de 305). Al mismo tiempo, siguiendo el parecer de su rival triunfante, nombró César al bárbaro Maximino. El mismo día Maximiano Hércules abdicaba en Milán, dando á Constancio Cloro el título de Augusto y á Severo la dignidad de César.

Diocleciano se retiró al palacio de Espalatro, cerca de Salona, su patria, y allí pasó lo restante de su vida, que duró todavía nueve años, más dichoso que en el trono. Habiéndolo excitado Maximiano, que se había fijado en Lucania, á ocupar de nuevo el poder: « No me hablarías de ese modo, le respondió, si vieses las buenas lechugas que he plantado con mis manos en mi jardín de Solona. » Diocleciano, á pesar de estar alejado de los negocios, resintió la consecuencia de las grandes revoluciones que agitaron el imperio. Experimentó grandes disgustos en su soledad, y se cree que, lleno de pena y sentimiento, se suicidó (313).

CUESTIONARIO.

1. ¿Por qué motivo tomó Diocleciano un colaborador? ¿Cuál era el carácter de Maximiano Hércules? ¿Cuáles fueron sus hazañas? ¿Qué sobrenombres recibieron los dos emperadores?

2. ¿Por qué nombraron Diocleciano y Maximiano varios Césares? ¿A quienes invistieron con esa dignidad nueva? ¿Cuál fué el resultado de ese nuevo sistema de administración?

3. ¿Qué medios empleó Diocleciano para prevenir las in-

vasiones? ¿Qué fué de Roma y del senado? ¿A quién pertenecía el poder absoluto? ¿Cuál fué el efecto de todos esos cambios?

4. ¿Quién empezó de nuevo la persecución contra los cristianos? ¿Cuál fué el carácter de esa persecución?

5. ¿Qué ostentación de su poder llevó á cabo Diocleciano? ¿Por qué abdicó? ¿Cómo vivía en su retiro? ¿Cómo murió?

§ II. — *Constantino. Fundación de Constantinopla.*

1. Poder de Galerio después de la abdicación de Diocleciano. — Después de la abdicación de Diocleciano, Constancio Cloro habría debido ser primer Augusto y tener á Severo bajo su dependencia. Pero sabiendo los dos nuevos Césares que habían sido elegidos por Galerio se dirigieron á él y siguieron entodo sus intenciones. Desde ese momento el feroz y cruel emperador se consideró dueño del mundo. Despreciaba la dulzura y debilidad de Constancio, y contaba con su muerte próxima para apoderarse del imperio entero. Mientras tanto acababa de destruir hasta la sombra misma de la libertad, haciendo condenar en la nación entera á cuantos le parecían sospechosos.

« El censo que impuso, dice Lactancio, fué una calamidad general. Los recaudadores se esparcieron por todas partes como en país conquistado, y sólo se veían robos y prisiones. Medían las tierras, contaban las cepas, los árboles y los ganados; inscribían los nombres de todos los habitantes; las plazas públicas estaban llenas de familias como si fuesen rebaños, y cada uno tenía que declarar el número de sus hijos y esclavos. Los golpes y los látigos resonaban por todas partes. Daban tormento á los hijos, á los criados y á las esposas, para obligarlos á decir contra las

declaraciones de sus padres, amos y maridos, y á éstos con el fin de forzarles á declarar más de lo que poseían. Hacían que se presentasen los enfermos y achacosos : fijaban la edad de todos ; aumentaban la de los niños, disminuían la de los viejos. Además exigían una contribución por cabeza, y se vendía hasta el derecho de respirar. » Galerio no disimulaba que su intención era someter á los romanos á la misma esclavitud que los persas sufrían bajo sus reyes.

2. Advenimiento de Constantino (306). — Lo único que inquietaba á ese tirano cruel, era el hijo de Constancio, el joven Constantino. Celoso del favor de que gozaba este príncipe entre los soldados, trató muchas veces de deshacerse de él. Un día lo hizo combatir contra un sármata y después contra un león. Constantino salió victorioso de esas dos pruebas. Constancio, que sospechaba los peligros que corría su hijo, pedía con muchas instancias que se lo enviase. No pudiendo negárselo por más tiempo sin romper abiertamente, firmó Galerio una tarde su pasaporte, prescribiéndole que volviese al día siguiente por la mañana para recibir sus órdenes ; pero Constantino, desconfiando de los caprichos del sanguinario boyero, se marchó durante la noche. En todas las casas de posta hasta bastante gran distancia, mandó cortar los corvejones á los caballos. Cuando Galerio supo su partida, convencido de que era imposible perseguirlo, lloró de rabia. Constantino llegó á la Galia junto á su padre, lo acompañó en una expedición á Bretaña, y poco después le cerró los ojos en su palacio de *Ebacorum* (York). El ejército lo proclamó Augusto, pero Galerio no le concedió más que el título de César, reservando la primera dignidad del imperio para Severo.

Así al suceder á su padre, Constantino recibió la Galia, mientras que lo demás del imperio obedecía á Galerio, á Maximino y á Severo. El César Maximino dominaba las provincias de Asia, Severo la Italia y el África con el título de Augusto, y Galerio se había re-

servado todas las demás posesiones. Sin embargo habiéndose hecho Severo odioso en Italia por sus crueldades y exacciones, se sublevó el pueblo y proclamó Augusto á Maxencio, hijo de Maximiano, que en otro tiempo había abdicado en Milán. El nuevo emperador asoció á su padre al poder, de suerte que en ese momento hubo seis emperadores: Galerio, Severo, Constantino, Maximino, Maxencio y Maximiano. Vamos á ver desaparecer sucesivamente todos esos rivales, quedando Constantino sólo á la cabeza del imperio.

3. Muerte de Severo (307). — Inmediatamente Severo fué víctima de la revuelta que sus injusticias habían provocado en Italia. Habiendo acudido á Milán para combatir á Maxencio y á su padre, cayó en manos de sus enemigos que le dieron muerte. Galerio quiso vengarlo; pero después de haber talado la Italia, ese príncipe, tan cobarde como cruel, no se atrevió á sitiar á Roma y se retiró. Sin embargo, dió á Severo un sucesor que fué el valiente Licinio. Á esta noticia, Maximino, que oprimía al Egipto y la Siria se sintió rebajado por esa preferencia y tomó por sí y ante sí el título de Augusto. Iba á estallar, pues, la guerra civil, y se presentían grandes desgracias.

4. Muerte de Maximino (310). — Constantino se unió al principio con Maxencio y Maximiano para hacer contrapeso al poder de Galerio, que contaba con la decisión de Maximino y de Licinio, sus hechuras. Casóse con Faustina, hija de Maximiano, y tomó también el título de Augusto (307). Pero ese concierto no fué de larga duración. Maximiano se alejó de su hijo Maxencio, por creer que no le guardaba toda la consideración que ambicionaba. El viejo Augusto fué primeramente á quejarse á la corte de Galerio. Habiendo sido mal acogido por este emperador, vino á la Galia á refugiarse cerca de Constantino, su yerno. Su ambición lo perdió. Tuvo la bajeza de aprovecharse de una expedición que emprendió Constantino contra los bárbaros, para robarle sus tesoros y excitar á sus súbditos

á la rebelión. Constantino se arrojó sobre él con la rapidez del rayo, lo alcanzó en Marsella y le hizo dar muerte (310).

5. Muerte de Galerio (311). — Al siguiente año expiraba Galerio en medio de los más horribles tormentos. Su reinado había sido el de un bárbaro. Nacido en las chozas de los dacios, ese boyero que pasaba los días á la mesa y las noches en escandalosas orgías detestaba la virtud y el saber. Persiguió á los cristianos con furor inaudito, y desterró á los jurisconsultos, á los abogados y literatos para dejar el cuidado de administrar justicia á guerreros extraños á las leyes. Su muerte fué tan terrible que todos vieron en ella un castigo de sus crímenes. Él mismo creyó en la venganza del cielo, y en medio de sus sufrimientos suspendió las persecuciones contra los cristianos por un edicto que publicó en su nombre y en el de Licinio y de Constantino.

6. Derrota y muerte de Maxencio. El Lábaro (312). — Después de la muerte de Galerio, Maximino y Licinio se repartieron sus despojos. Maximino se unió luego á Maxencio y Licinio á Constantino. El carácter de Constantino y el de Maxencio eran muy opuestos. Constantino administraba las Galias con dulzura y prudencia; Maxencio al contrario tiranizaba la Italia y el África. No pensando más que en sus placeres, arruinaba á Roma y á Italia con sus locas prodigalidades, atormentaba á los senadores con sus injusticias y violencias, y entregaba la ciudad y las provincias á sus soldados desenfrenados, dejando impunes sus depredaciones y atentados.

Esa oposición de conducta y de sentimiento había de ocasionar necesariamente una lucha violenta. Maxencio, celoso de la gloria de Constantino y del afecto que le manifestaban sus súbditos, reunió un ejército numeroso para usarparle el imperio, y vengar, según decía, la muerte de su padre. Constantino no era todavía cristiano, aunque hacía ya mucho tiempo

que la verdad principiaba á iluminar su inteligencia, y deseaba vivamente poseerla del todo. Cuando se puso en marcha contra Maxencio estaba preocupado enteramente por esas nuevas ideas. He aquí que á eso del mediodía, por un tiempo tranquilo y sereno, apercibe encima del sol una cruz luminosa con esta inscripción : *In hoc signo vinces*, por esta señal vencerás. Al día siguiente mandó hacer una bandera sobre la cual grabó el emblema de la milagrosa aparición, y la llamaron *lábano*. Llevábanlo al frente del ejército, y Constantino prosiguió su expedición creyéndose protegido por el cielo.

El éxito respondió á sus esperanzas. Batió á los ejércitos de Maxencio en Turín y en Verona, y derrotó en persona á Maxencio bajo los muros de Roma. El bárbaro, al huir, se cayó del puente Milvio en el Tiber y se ahogó. Constantino, dueño de Roma, exterminó á toda la familia de Maxencio, perdonó á sus partidarios, destruyó el campo de los pretorianos, devolvió al senado su esplendor, y recibió los homenajes y felicitaciones de los grandes y del pueblo.

7. Derrota y muerte de Maximino (313). — Constantino, después de su victoria, estrechó su alianza con Licinio, y le dió en matrimonio su hermana Constancia. Maximino resolvió vengar la muerte de Maxencio, su aliado, y rompió bruscamente con Licinio. Lo atacó en Asia con un fuerte ejército, mas fué vencido en dos grandes combates. Desesperado, huyó á Tarso y se envenenó. Desde entonces Licinio y Constantino se encontraron dueños únicos del imperio.

8. Rivalidad de Licinio y de Constantino (314). — Licinio reinaba en el Oriente y Constantino en el Occidente. Esos dos emperadores personificaron en ellos la lucha de la sociedad pagana y de la sociedad cristiana. Constantino se manifestaba protector celoso de los cristianos. Edificaba y dotaba sus iglesias, admitía á los obispos á su mesa, y confiaba la educación de su hijo Crispo á Lactancio, uno de sus ardientes

apologistas. Licinio, después de haber demostrado la misma dulzura y moderación que Constantino, se echó luego por espíritu de rivalidad, en brazos del partido opuesto. Habíase declarado enemigo de los cristianos, y fomentado una sedición contra Constantino, su rival y bienhechor. Esa tentativa fracasó, pero produjo una guerra entre los dos emperadores. Licinio fué vencido en Cibalis y en Mardio, y se vió obligado á ceder á Constantino, además de la Tracia y la pequeña Mesia, todos los países situados al sur del Danubio (314). La paz se ajustó á ese precio; pero desde aquel momento secreto despecho trabajó el corazón de Licinio. Vejaba á sus súbditos, atormentaba á los cristianos, y no conservó con su rival sino relaciones frías.

9. Derrota y muerte de Licinio. Triunfo del Cristianismo (324). — Habiéndose visto obligado Constantino por causa de las invasiones de los bárbaros á llevar la guerra á Tracia y Mesia en los confines de los dos imperios, Licinio, en lugar de unirse á él contra el enemigo común, pretendió que había violado su territorio y le declaró la guerra. El Oriente iba á encontrarse de nuevo enfrente del Occidente; pero en esa circunstancia la cuestión política se complicó con los intereses religiosos. Antes de la batalla, Licinio se recomendó á sus falsos dioses, y estudió el porvenir en las entrañas de las víctimas y por medio de los adivinos. Constantino, por su parte, dirigió sus oraciones al Dios de Moisés y á Jesucristo. Hubiérase dicho que las dos religiones estaban en presencia una de otra. Constantino venció el ejército de tierra en Andrinópolis, mientras que su hijo Crispo destruía la flota enemiga en Galipoli. Licinio huyó á Calcedonia, en donde fué derrotado otra vez seis semanas más tarde. Constantino lo había relegado á Tesalónica, pero intrigó nuevamente en su destierro, y sublevó á los bárbaros. Entonces fué condenado á muerte, y con él pereció el último de los perseguidores que durante más de veinte años poblaron el cielo de mártires (324).

10. Fundación de Constantinopla (326). —

Cuando Constantino se vió señor del mundo, cambió el orden de las cosas. Diocleciano, que había establecido la nuevo monarquía, se había alejado de Roma para aniquilar el senado y romper con todas las tradiciones de la antigua república. Constantino, que tenía el designio de realizar el mismo pensamiento político, y que además quería hacer que su poder descansase sobre las ideas cristianas, no pudo fijarse en Roma, donde los vivos recuerdos del paganismo hubieran contrariado demasiado enérgicamente sus designios. Pensó pues en echar los cimientos de una nueva capital y escogió á Bizancio, situada en la unión de los tres continentes. Así pues, trazó el circuito de esa nueva ciudad, abriendo el terreno con el hierro de una lanza, edificó en medio en sus muros la más notable de las iglesias de Oriente, Santa Sofía, enriqueció sus calles y plazas con todos los más hermosos monumentos de escultura que se pudieron encontrar en Grecia y Asia, y prometió las mayores recompensas á los que viniésen á habitarla. En pocos años esa ciudad opulenta tuvo su Foro, su Capitolio, sus escuelas y academias, catorce barrios divididos en tribus y en curias, y el día de su consagración el emperador pudo darle sin énfasis el nombre de *segunda Roma, hija primogénita y querida de la antigua*. Lo que más admiró en la solemnidad de esa dedicatoria, fué ver que Constantino, que había plantado la cruz sobre el nuevo Foro, renovó los juegos paganos del circo, é hizo pasear en un brillante carro triunfal su estatua, que lo representaba con una pequeña imagen de la Fortuna en la mano. Por lo demás, esa ridícula alianza de las ideas paganas con las ideas cristianas se hizo notar largo tiempo en el gobierno bizantino.

11. Reorganización del imperio. — Constantino no concibió en política otro sistema de administración que el de Diocleciano. Como él, estableció de derecho la autoridad absoluta del emperador y trabajó en

hacer hereditario su poder. Comprendió que estaba en el interés del trono rodearlo de la nobleza como de una guardia de honor, para cubrirlo en caso necesario contra los golpes del pueblo. Con ese objeto creó los ostentosos títulos de *ilustres, respetables, serenísimos, muy perfectos y muy nobles*, inventó nuevos trajes y nuevas condecoraciones para todos esos nuevos títulos, y dió así á su corte pompa y grandeza verdaderamente orientales.

Para impedir las revueltas del ejército y asegurar el trono á sus descendientes, separó del todo la autoridad civil de la militar. Los prefectos no tuvieron otro encargo que administrar la justicia y las rentas, arreglar el comercio y vigilar los asuntos civiles; en eso eran secundados por los vicarios ó vice-prefectos que estaban á la cabeza de cada diócesis. Los jefes de las provincias se llamaban *procónsules, consulares, correctores ó presidentes*. El ejército tenía sus jefes particulares. El mando supremo correspondía á dos maestros generales, el de la infantería y el de la caballería. Para hacer imposible toda revuelta grave, la legión fué reducida de seis mil á mil quinientos hombres, lo que debilitó considerablemente sus fuerzas, y facilitó por otra parte las invasiones de los bárbaros. Pero la mayor falta de Constantino en su reforma militar fué tal vez la de haber dividido sus tropas en tres clases : los *palatinos*, los *legionarios* y los *guardafronteras* (*limitanei*). Esos últimos cuerpos se componían casi exclusivamente de bárbaros, y jamás tuvieron la abnegación ni heroísmo de una milicia nacional.

12. Legislación de Constantino. — Pero debemos confesarlo, al mismo tiempo que Constantino trabajaba en consagrar el despotismo, manifestaba nobles sentimientos. La religión cristiana, que veneraba sin conocerla bastante y sin practicarla enteramente, le inspiraba grandes pensamientos y bellas acciones. A sus cortesanos que le pedían la condenación de los gentiles y de los herejes, les respondió :

« La religión quiere que se sufra la muerte y no que se dé. » Cuando le refirieron que algunos malévolos habían tirado piedras á su estatua, se llevó la mano á la cara y dijo : « No siento ninguna herida. » Un sacerdote lo alababa demasiado en un discurso público : « Basta de adulaciones, exclamó el príncipe, no necesito elogios, sino oraciones. »

Entre sus leyes hubo algunas que le fueron inspiradas por ese espíritu cristiano ; otras recuerdan todavía la tiranía de sus predecesores. Así conservó bajo el nombre de oro *lustral* las contribuciones onerosas que habían sido impuestas por los príncipes más infames sobre todos los géneros de industria. Zozimo y Libanio hacen de esas exacciones una pintura horrible. También impuso á los senadores una contribución especial además de las ordinarias, y tuvo la debilidad de autorizar con su excesiva indulgencia la rapacidad de sus cortesanos. En fin promulgó una ley por la que ofrecía recompensa y honores á aquel que le revelase un atentado contra su persona, la cual era una reminiscencia de las acusaciones de lesa majestad. Bajo ese pretexto hizo perecer á algunos personajes distinguidos, y lo más monstruoso es que hizo uso de esa ley contra su hijo Crispo y su esposa Faustina.

Sin embargo, ese mismo príncipe se manifestaba afable con todos, se informaba de las miserias públicas y se esforzaba en aliviarlas. Por uno de sus rescriptos prohibió los azotes y tormentos con que se castigaba á los deudores insolventes del Estado, y recomendó, para hacer más soportable su detención, que los pusiesen en cárceles espaciosas y muy ventiladas. Igualmente publicó muchos edictos para facilitar las reclamaciones y quejas de los oprimidos contra sus opresores, y ofreció premiar al que le diese parte de alguna injusticia cometida por sus oficiales.

Además de esas leyes justas y suaves, promulgó otras muchas bajo la inspiración del cristianismo. Derogó la ley contra el celibato, eximió á los clérigos de

las cargas públicas, puso coto á la facultad de divorciar, castigó el rapto con rigor, protegió con más cuidado los intereses de los menores, y mandó á todas las ciudades de Italia y de África que favoreciesen la educación de los niños pobres para alejarlos del mal é inclinarlos al bien. No se pueden enumerar las iglesias que fundó ni los donativos preciosos y las riquezas que les prodigó.

13. Muerte de Constantino (337). — Desgraciadamente se dejó engañar al fin de su reinado por los arrianos. Devolvió á Arrio sus favores y causó á la Iglesia males no menos graves que sus perseguidores. Parece que antes de morir hizo penitencia de todas sus faltas. Cuando sintió que su fin se aproximaba, dijo que había tenido la intención de ser bautizado como Jesucristo en las aguas del Jordán. Eusebio de Nicomedia lo bautizó en su palacio de Aquirón. Llamó á San Atanasio y demás obispos á quienes había desterrado, y murió diciéndolo que « la verdadera vida era aquella en que iba á entrar. » Todos sintieron su muerte. Los paganos lo colocaron en el número de sus dioses, y los cristianos lo veneraron como un santo. La posteridad lo ha alabado y vituperado mucho. Ese príncipe poseía en efecto bastantes cualidades y defectos bastante graves para justificar esos juicios contradictorios.

CUESTIONARIO.

1. ¿De qué poder disfrutó Galerio después de la abdicación de Diocleciano? ¿Cómo usó de él? ¿Cuál era el propósito de ese tirano?

2. ¿Qué príncipe excitaba sus celos? ¿Qué emboscadas tendió á Constantino? ¿De qué modo se libró éste de ellas? ¿Cuál era el estado del imperio al ocurrir el advenimiento de Constantino? ¿Cuántos emperadores había? ¿Cuál era el que debía reinar solo?

3. ¿Cómo murió Severo? ¿Quién lo reemplazó?

4. ¿Dónde se había establecido Maximiano? ¿Con quién se unió? ¿Quién lo derribó y le dió muerte?

5. ¿Cuál era el carácter de Galerio? ¿Cuál fué su reinado? ¿Cómo murió?

6. ¿Quiénes se repartieron sus despojos? ¿Qué hubo de notable en la guerra que hizo entonces Constantino á Maxencio? ¿Qué es el Lábaro? ¿Cuál

fué el resultado de esa expedición?

7. ¿Con quién se alió Constantino? ¿A quién sostuvo el partido de Maxencio? ¿Dónde fué vencido Maximino? ¿Cómo murió?

8. ¿Qué diferencia había entre Licinio y Constantino?

9. ¿Dónde se dió la batalla que debía decidir la suerte del imperio? ¿Cómo terminó Licinio su carrera?

10. ¿Por qué quiso Constantino fundar una nueva capital del imperio? ¿Cuál era el carácter de esa ciudad? ¿Qué nombre le dieron?

11. ¿Cuál fué el sistema po-

lítico de Constantino? ¿Cómo creó una nobleza? ¿Con qué objeto? ¿Por qué separó la autoridad civil de la militar? ¿Cómo organizó el ejército? ¿Cuáles fueron los inconvenientes de esas reformas?

12. ¿Qué sentimientos inspiró el Cristianismo á Constantino? ¿Cuál fué el carácter de su legislación? ¿Qué tasas impuso? ¿Qué leyes dictó bajo la inspiración del cristianismo?

13. ¿Qué faltas cometió en sus últimos años? ¿Dónde fué bautizado? ¿Qué opinó el mundo acerca de ese emperador después de su muerte?

CAPÍTULO XXVIII.

TENTATIVA DE JULIANO. LUCHA CONTRA LOS GERMANOS Y LOS PERSAS. REINADO DE TEODOSIO (333-395) (1).

Resumen. — I. Sea cual fuere el juicio que se emita sobre Constantino, no cabe negar que su reinado fué el principio de otra edad, la cristiana. El lábaro había servido de estandarte á sus ejércitos, y en nombre de la cruz había suplantado á todos sus rivales. Al fundar á Constantinopla y alejarse de Roma, había obedecido al sentimiento religioso. Por fin, si bien el establecimiento de una monarquía hereditaria fué el fin de su política, no procuró dar á esa monarquía otra base que el cristianismo. Bajo sus sucesores, las cuestiones religiosas adquirieron tanta importancia, que absorbieron todas las otras. Constancio es mucho más teólogo que emperador, y reserva todo su ardor para la polémica arriana. No es posible deplorar bastante todas esas terribles disensiones que llenaban de turbulencias y de desórdenes la Iglesia. Sin embargo, en eso debemos reco-

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las obras indicadas en el capítulo precedente, véanse: Amiano Marcelino; su libro empieza en el año 353 y va hasta 578; Juliano, *Obras*; Gregorio Naz., sus *Discursos contra Juliano*; Teodoro, Sócrates y Sozomeno, *Historia eclesiástica*; San Ambrosio, *Opera passim*, *Codez Theodos.*, etc. Entre los modernos: La Bletterie, *Historia de Juliano y de Joviano*, obra de imparcialidad notable; Tillemont, *Historia de los emperadores*; Fléchier, *Vita de Teodosio*.

nocer la manifestación del progreso verificado por la religión cristiana en el mundo, al cual encontró indiferente, desesperado, sumido en la duda horrible que le había inspirado su profundo desdén por toda doctrina, y ahora lo ve libre de aquella horrible letargia, apasionándose por un punto de fe, porque la verdad le es cara.

II. Juliano procura aprovechar esas tempestades para dar al cristianismo un postrer combate (364-363). El ataque fué hábil y vivo, pero el paganismo estaba ya tan debilitado en la opinión, que el filósofo emperador no pudo reunir en torno suyo más que retóricos, histriones y hombres perdidos, que sólo se mostraban adeptos á la antigua religión por las ventajas que les procuraba bajo un príncipe cuyo pensamiento era resucitarlo. Para imponer silencio á sus detractores con el brillo de sus victorias, emprendió una expedición contra los persas, en la cual halló la muerte; el politeísmo le acompañó en la tumba (363).

III. Á partir de esa época, el cristianismo reina exclusivamente, y todas las inteligencias elevadas comprenden que sólo á él pertenece el porvenir. Pero, aunque domina sobre numerosísimas conciencias, está aún lejos de haber penetrado la sociedad y corregido instituciones, á menudo crueles y tiránicas. Accesos de cólera y de barbarie, tales como los que tendremos que deplorar bajo Teodosio, prueban también, que aun en las almas superiores quedaban todavía algunos rastros de las antiguas costumbres. Lo que se observa con júbilo, en esa época de transición, es que la legislación se reforma insensiblemente. Las leyes de Graciano y de Teodosio están, en general, inspiradas por el espíritu del cristianismo, pues muestran mayor respeto por la dignidad humana y mayor espíritu de justicia. En la constitución misma del imperio se descubre un hecho nuevo que es testimonio de progreso real en la inteligencia del derecho social. En vez del despotismo y de la aristocracia militar que las ideas orientales habían inaugurado, la monarquía tiende á fundarse en principios independientes, del capricho de los hombres. La ley de la herencia, que más tarde debe servir de base á las monarquías cristianas, es ensayada por Constantino y sus sucesores. En aquella sociedad, gastada por todos los vicios, no había sin duda savia bastante para producir esas dinastías que duran luengos siglos. La familia Flaviana, la Valentiniana, la de Teodosio, en una palabra, todas las que pasaron por el trono de Bizancio fueron necesariamente efímeras; pero al menos fué reconocido el principio, y se convirtió en una especie de derecho social. Desgraciadamente, la extensión del imperio había hecho necesario dividirlo. Su unidad estu-

vo rota constantemente en esos últimos años en que vemos reinar siempre al mismo tiempo varios emperadores, uno en Oriente, otro en Occidente. Teodosio hizo definitiva aquella separación, dando el Occidente á su hijo Honorio, y el Oriente á su otro hijo, Arcadio. Esa división aprovechó á Constantinopla y al imperio de Oriente, que mantuvo su independencia durante toda la edad media, pero fué funesta á la antigua Roma y al imperio de Occidente, que no tardó en caer ante el empuje de los bárbaros.

§ I. — *Constancio y el Arrianismo (337).*

1. Reparto del imperio. — Constantino dejaba tres hijos, Constancio, Constantino y Constante. Constancio tomó para sí el Asia, el Egipto, la Tracia y conservó á Constantinopla, que fué su capital; Constante tuvo la Italia, la Iliria occidental y el África; y Constantino II las Galias, la España y la Bretaña. Viendo este último con pena que su hermano Constante reinaba sobre el África y la Italia, invadió sus Estados. Pero, mientras asolaba los alrededores de Aquileya, pereció en una emboscada que le armaron las primeras tropas que encontró. Constante se apoderó de los Estados del vencido, sin compartirlos con Constancio (340).

2. Oposición de Constancio y de Constante (340-350). — Esos dos príncipes, dueños de las dos partes del imperio, manifestaron sentimientos del todo opuestos. Constancio, en vez de ocuparse de los intereses del imperio, empleó todo su tiempo y todo su poder en sostener el error de Arrio, que se había atrevido á negar la divinidad del Verbo bajo Constantino, y que había sido condenado por todos los obispos reunidos en el concilio ecuménico de Nicea. Púsose frente á San Atanasio, defensor de la ortodoxia, y empezó á perseguir á los obispos, en vez de defender sus fronteras contra los bárbaros. Constante fué más feliz contra los enemigos del exterior, y fué más bien apoyo que perseguidor de los ortodoxos. Pero ese príncipe, que tenía el mérito de la fe y del valor,

carreía de las demás condiciones indispensables á un soberano. Tiranizaba á sus súbditos y pasaba su tiempo cazando ó divirtiéndose. Magnencio, uno de sus generales se rebeló contra él y se proclamó emperador en Autún, por lo cual Constante quiso pasar de la Galia á España; pero fué detenido y muerto en su fuga, á los trece años de reinado (350).

3. Magnencio y los demás usurpadores (350-353). — Al mismo tiempo se proclamó emperador en Roma á un sobrino de Constantino, el joven Nepotiano, y en Iliria al mesio Vetranión. Nepotiano vivió sólo venticinco días. Magnencio recogió sus despojos, ordenó la matanza de todos los que de cerca ó de lejos pertenecían á la familia de Constantino, y fué á hacerse otorgar los títulos pomposos de *libertador de la república, y restaurador de la libertad, la dicha y gloria de los pueblos*. Desde que Constancio fué informado de esos sucesos, resolvió marchar contra él y contra Vetranión; pero no tuvo necesidad de sacar la espada contra este último, pues logró separar de su lado todas sus tropas, y el rebelde, asustado por aquella cobarde desertión, arrojó la púrpura y pidió gracia de la vida echándose á los pies de Constancio.

Envalentonado por ese primer triunfo, Constancio marchó contra Magnencio, que por su parte había salido de Milán para ir á su encuentro. La batalla se trabó en Mursa, lugar de Panonia, el 28 de Septiembre de 351. Magnencio, completamente derrotado, huyó á las Galias, donde, después de una nueva derrota, degolló á sus parientes, á sus amigos y á su madre, suicidándose al fin (11 de Agosto de 353). Siete días después, su hermano Decencio, á quien había hecho César, se estranguló por sus propias manos.

4. Del arrianismo. Concilio de Rimini. — Constancio, dueño del Occidente y del Oriente, ordenó la muerte de su primo Gallo, que se había deshonrado con sus culpables excesos (354), é invistió con el título de César al joven Juliano, dándole la mano de su

hermana Helena y el mando de los países situados allende los Alpes. En seguida se consagró á los asuntos religiosos. Habiéndose dejado seducir por los arrianos, había condenado á San Atanasio al destierro, y llegó hasta establecer un sacerdote intruso en la sede de Alejandría. El papa San Julio protestó en vano contra aquella inicua condenación. Constancio publicó un edicto para obligar á todos los obispos á aprobar la pena impuesta á Atanasio, si no querían sufrirla á su vez. Creía que para destruir la fe de Nicea era necesario perder á su más apasionado defensor. Con tal objeto, hizo que se reunieran los obispos en Arles y luego en Milán, y acusó en persona á San Atanasio. Los obispos se dijeron que no podían condenar á su compañero sin violar los sagrados cánones. « *Que mi voluntad sea vuestro canon*, respondió el emperador; *hay que elegir entre la obediencia y el destierro.* » Todos se expatriaron, con el papa Liberio á su frente.

Poco tiempo después, aquel príncipe, que se había ocupado más en turbar á la Iglesia que en gobernar el imperio, hizo celebrar un concilio en Rimini para hacer que triunfase el arrianismo. Mientras fué libre, ese concilio mantuvo la libertad católica, se negó á admitir una nueva profesión de fe, declaró que había que mantenerse dentro del símbolo de Nicea, al cual no era posible añadir ni quitar nada, y anatematizó á Arrio y sus partidarios. Pero, á fuerza de astucia y de insinuaciones péfidas, el prefecto Tauro hizo firmar á los obispos una fórmula en que no se hallaba la palabra *sustancial*. Esa fórmula no era herética; pero no indicaba suficientemente la fe de la Iglesia. Los arrianos se llenaron de recocijo; pero cuando los obispos vieron que se abusaba de su rectitud, reclamaron enérgicamente y protestaron de su adhesión inviolable á la fe de Nicea.

5. Elevación de Juliano. Caída y muerte de Constancio (361). — Durante ese tiempo, Juliano, sobrino de Constantino, se había distinguido en las

Galias, cuyo gobierno le habían confiado (355-360), y donde lograra muchas grandes victorias sobre los alemanes y germanos; y, después de pacificar el país, había trabajado por hacerlo feliz y civilizado. Había elegido como residencia á *Lutecia* (París), y desde ese punto vigilaba á todos los gobernadores, reprimiendo sus exacciones con tanto rigor y severidad como las incursiones de los bárbaros, esforzándose en librar al pueblo de todas las tasas extraordinarias, protegiendo el comercio y la agricultura, y no descuidando nada de cuanto podía contribuir al bienestar de sus vasallos. Bajo su administración, las Galias surgieron vivas otra vez como por encanto de sus ruinas, y en todos los puntos de la región se veía construir termas, acueductos, anfiteatros y otros edificios que daban testimonio de la prosperidad general.

En la corte de Constancio habían empezado por burlarse del joven César; pero cuando ya no fué posible desconocer su influencia y sus servicios, el emperador lo envidió y quiso debilitarlo, retirándole una parte de sus tropas. Los soldados se negaron á obedecer y ofrecieron el imperio á Juliano. El César pareció resistir á sus instancias; pero en seguida que lo alzaron sobre el pavés y que uno de sus hastarios le colocó sobre la cabeza su collar en calidad de diadema, se preparó á principiar la guerra (360). Salió de las Galias con un gran ejército, invadió la Iliria y avanzó enérgicamente hasta colocarse entre las montañas del Hæmo y del Rodopo.

Por su parte, Constancio había puesto en movimiento el Oriente, burlándose al mismo tiempo de su rival y diciendo que iba á cazarlo como una bestia feroz. Pero en el camino lo atacaron las calenturas, al llegar á Mopsuesto, cerca de Tarso en Cilicia, y murió el 3 de octubre de 361. Todo el imperio reconoció por jefe al nuevo Augusto, que Constancio mismo había designado como sucesor, por ser él último miembro de la familia de Constantino.

CUESTIONARIO.

1. ¿Quiénes fueron los hijos de Constantino? ¿Cómo fué dividido el imperio? ¿Cómo murió Constantino II?
2. ¿Cuál fué la conducta de Constancio en Oriente? ¿Qué hizo Constancio en Occidente? ¿Cómo pereció?
3. ¿A quién proclamaron emperador? ¿Quién fué el sucesor de Nepotiano? ¿Cómo se deshizo Constancio de los usurpadores? ¿Dónde fué vencido Magnencio? ¿Cómo murió?
4. ¿A quién eligió Constancio como César? ¿Cuál fué su conducta en los asuntos religiosos? ¿Dónde hizo celebrar concilios? ¿Qué se decidió en el de Rimini?
5. ¿Por qué actos se distinguió Juliano en las Galias? ¿Por qué quiso Constancio debilitar su poder? ¿Cómo acogieron los soldados las órdenes que recibieron de Oriente? ¿Era inminente la guerra civil? ¿Qué fué lo que impidió que estallase? ¿Quién fué el sucesor de Constancio?

§ II.—*Tentativa de Juliano. Lucha contra los persas (361-363).*

1. Carácter de Juliano y de su corte. — El primer cuidado de Juliano fué purificar la corte de los cortesanos y aduladores que se habían enriquecido, é invertido tanto tiempo á costa suya. Luego reformó el palacio y, después de haber arrojado de él á todos los filósofos, á los advinos, á los pontífices, en una palabra, á cuantos por su profesión y sentimientos pertenecían al antiguo culto. Abandonó el cristianismo, que en una época profesara, y mereció así el nombre de *Apóstata*. Su propósito manifiesto era aniquilar la religión de Cristo, y la atacó con prodigiosa habilidad.

2. Persecución de Juliano contra el cristianismo. — Empezó por conceder á todo el mundo el libre ejercicio de su religión y por perdonar á cuantos habían sido desterrados por tal causa. Su propósito era fomentar las divisiones entre los católicos y los heréticos, para debilitar á unos por otros y aniquilarlos, al fin de un golpe. La libertad de religión que dejaba en apariencia á los cristianos era en el fondo dura esclavitud: no los condenaba á muerte, es verdad, por un edicto general, pero tomaba el camino más seguro de aniquilarlos. Todos los favores eran prodigados á los paganos; los cristianos sólo recibían

desprecios, vejaciones y desgracias. Para envilecer al clero, arrebató á los eclesiásticos sus privilegios; suprimió las pensiones destinadas á la subsistencia de los eclesiásticos y de las vírgenes consagradas al Señor. Según decía por irrisión, lo hacía para obligarlos á ser perfectos en su estado, practicando la pobreza evangélica.

Despojó las iglesias é hizo transportar las riquezas á los templos de los ídolos, reparándolos además á expensas de los cristianos. Procuraba ganar con promesas á los que vacilaban en la fe. La firmeza de los que resistían pasaba por crimen de Estado. Al contrario, los que se dejaban vencer y que sacrificaban su conciencia á su fortuna, eran colmados de honores y gracias. La apostasía llevaba á todos los puestos, reemplazando al talento y al mérito, borrando todos los crímenes pasados y dando el derecho de cometer otros impunemente.

Juliano cerró también las escuelas de los cristianos, y les prohibió enseñar la gramática, la retórica, la medicina y las artes liberales. No conviene, añadía, que cultiven las musas ni que estudien la literatura pagana, toda vez que creen infames á nuestras divinidades é impia nuestra ciencia. Sin embargo, les permitía que frecuentaran las escuelas nacionales; pero afectaba no obligarlos á recibir lecciones contrarias á su creencia. No quiero curarlos, decía, á pesar suyo, como si fuesen locos, sino que permito que los que quieran estén enfermos. Excluíalos de todas las magistraturas, bajo el pretexto de que el Evangelio les prohibía hacer uso de la espada, y ni siquiera estaban facultados para defenderse ante los tribunales, pues, según el mencionado emperador, su religión les veda los pleitos y las querellas.

3. Expedición de Juliano á Persa ; su muerte (363). — Todas esas leyes pérfidas distaban mucho de poder hacer triunfar la causa desesperada del paganismo. El pueblo se burlaba de Juliano y de sus

locuras, rehusando acudir á las grandes fiestas que había restablecido en honor de Apolo y de los demás dioses. Refanse de sus ofrendas y de sus víctimas, y decían de él, como lo habían dicho de Marco Aurelio, que á fuerza de sacrificios, iba á concluir con los bueyes. Para imponer silencio á esos censores con el brillo de sus victorias, emprendió una guerra contra los persas. Al principio de la campaña, obtuvo, junto al Tigris, una gran victoria sobre Sapor, su rey, y ofreció á Marte diez toros en acción de gracias.

Esos triunfos llenaron de alegría á sus partidarios. El retórico Libanio se encontró por entonces en Antioquía con un cristiano á quien conocía, y le dijo : « Ea, ¿qué hace ahora el hijo del carpintero? — Un ataúd para vuestro héroe », le replicó el creyente. Esa profecía se cumplió. No habiendo querido Juliano conceder la paz que Sapor le pedía, los persas atacaron bruscamente su retaguardia. En su precipitación de acudir al sitio del peligro, olvidó ponerse la coraza, y mientras volaba de una parte á otra, dando sus órdenes y combatiendo, un dardo lanzado por un jinete le rozó el brazo y le entró en el cuerpo. Quiso arrancárselo, pero se cortó los dedos y cayó del caballo. Sus generales y sus soldados lo llevaron á su tienda, profundamente entristecidos. Al verlos llorar, Juliano exclamó : « Qué debilidad lamentar la suerte de un príncipe que va á unirse con las estrellas ! » Luego habló con Máximo de la naturaleza del alma y en esto se abrió su herida y se le hizo difícil la respiración. Pidió agua fresca que beber y expiró (363).

CUESTIONARIO.

- | | |
|---|--|
| <p>1. ¿Cuáles fueron los primeros hechos de Juliano? ¿De dónde le vino su sobrenombre? ¿Cuál era su principal propósito?</p> <p>2. ¿Por qué concedió la libertad religiosa? ¿Cómo quiso</p> | <p>envilecer al clero? ¿Qué recompensas otorgaba á los apóstatas? ¿Prohibió á los cristianos que fuesen á las escuelas? ¿Los excluyó de las magistraturas?</p> <p>3. ¿Cuál fué el resultado de todas sus leyes? ¿Por qué em-</p> |
|---|--|

prendió la guerra contra los persas? ¿Cuáles fueron sus primeros triunfos? ¿Qué efecto produjeron? ¿Qué respuesta dió en esa ocasión un cristiano de Antioquia á Libano? ¿Cómo se cumplió esa profecía? Refiera V. cómo murió Juliano.

§ III. — *Lucha contra los germanos. Reinado de Teodosio (363-395).*

1. Reinado de Joviano (363-364). — Después de la muerte de Juliano, las legiones proclamaron emperador al capitán de guardias de palacio, Joviano, oriundo de Singiduno, en Panonia. Ese nuevo monarca, de valor probado, era de carácter amable, pero carecía de ambición. Para salvar el resto del ejército, imprudentemente lanzado por Juliano en medio de países enemigos, tuvo que hacer la paz con los persas en condiciones muy desventajosas, pero no por eso dejó de perder, al operar su retirada, la mayor parte de sus tropas. Joviano era cristiano, por lo cual hizo que sus soldados abrazaran la nueva fe, restituyó á los eclesiásticos sus inmunidades, y á las iglesias sus bienes, llamó á los obispos desterrados por su predecesor, hizo respetar las vírgenes y personas consagradas á Dios, y se mostró tolerante con los arrianos. Había motivo para esperar mucho de la moderación y sabiduría de ese príncipe, cuando á los siete meses de reinado lo arrebató repentina muerte.

2. Valentiniano y Valente (364). — Para suceder á Joviano, los oficiales del ejército eligieron á Valentiniano, que también era oriundo de Panonia. No sintiéndose bastante fuerte para soportar por sí solo el peso del imperio, el nuevo emperador se asoció á su hermano Valente, cediéndole las provincias de Oriente y reservándose las de Occidente, esto es, la Iliria, la Italia y las Galias. Ninguno de esos dos príncipes comprendía sus deberes de emperador. Valentiniano efectuó reformas útiles en la administración y las leyes, pero al querer extirpar los abusos desplegó contra las personas excesiva severidad, y su justicia pareció crueldad muchas veces. Valente era al prínci-

pio tímido y débil, pero habiendo luego Procopio, pariente de Juliano, formado contra él una conspiración, se hizo desconfiado y receloso. Los arrianos lo sedujeron, y tuvo la locura de renovar las persecuciones de sus predecesores contra el cristianismo (370).

Recorrió en persona las provincias de su imperio para arrojar de ellas á los obispos católicos. Antes de ir á Cesárea, donde era obispo San Basilio, envió á Modesto, prefecto del pretorio, para ganar su voluntad, ó intimidar al menos á aquel sabio prelado. El prefecto se rodeó de todo el aparato de su dignidad, la mayor del imperio, tomó asiento en su tribunal, rodeado por sus lictores armados con sus haces, é hizo comparecer en su presencia á Basilio. Después de haber empleado en vano los halagos, las frases insinuan-tes, amenazó al santo obispo con la cólera del emperador, diciéndole que podía despojarlo de sus bienes, desterrarlo, y hasta quitarle la vida. « Esas amenazas me son indiferentes, respondió Basilio : el que nada posee no puede perder tampoco nada, á menos de que no queráis arrebatarme estas miserables vestiduras y los cuantos libros que constituyen toda mi riqueza. En cuanto al destierro, ignoro lo que eso es, pues no estoy ligado con ningún punto de la tierra. Toda ella pertenece á Dios : en todas partes será esa mi patria, ó más bien punto de pasaje por el mundo. Por lo que toca á la muerte, no la temo, y hasta será un favor que me otorguéis, pues así entraré en la verdadera vida. » Ese discurso, tan extraño para los oídos de un cortesano, asombró al prefecto : « Nunca, dijo, se me ha hablado con tal atrevimiento. — Entonces, respondió el prelado, es que probablemente no habéis hablado nunca con ningún obispo. » El prefecto contó al emperador lo ocurrido, y Valente tembló ante el valor de Basilio, como los herejes temblaban ante sus escritos.

3. Expedición de Valentiniano. Su muerte. (375). — Valentiniano mostró más discreción que su hermano, no tomando parte alguna en las controver-

sias religiosas. Por lo demás, su atención estaba concentrada toda entera en las guerras que tenía que sostener contra los bárbaros. Viéndose atacado por todas partes, se puso al frente de sus ejércitos y obtuvo sobre los escotos, los alemanes y los sajones tantas victorias como combates (368-370). Habiendo operado más tarde los cuades una invasión allende el Danubio, fué en persona á rechazarlos é hizo asolar su país hasta tal punto, que los bárbaros le enviaron embajadores para pedirle gracia. Cuando Valentiniano vió delante de sí á aquellos feroces guerreros, montó en tan violenta cólera, y les habló con tal violencia, que se le rompió una de las venas dél pecho. De eso murió el 17 de noviembre de 375, dejando por sucesores á sus dos hijos, Graciano y Valentiniano II.

4. Invasión de los godos. Muerte de Valente. (376-378). — En la misma época se operaba una revolución entre los bárbaros. Los hunos, salidos de las Palus-Meotidas, habían atacado la nación de los godos, establecida en las orillas del Danubio, y la habían vencido (376). Los ostrogodos se sometieron, pero los visigodos emigraron bajo la dirección de su jefe Atanarico, y enviaron al obispo Ulfilas para pedir á Valente que les asignase una provincia del imperio en donde pudieran establecerse. Los ministros del emperador, el conde Lupinio y el duque Máximo, especulando sobre las utilidades que podrían sacar de los bárbaros, persuadieron á Valente de que convenía acceder á esa petición. Era una gran falta abrir un refugio á esos bárbaros, en el seno de un imperio en decadencia; pero fué mucho mayor todavía la de irritarlos y vejarlos, rehusándoles hasta los víveres ó haciéndoselos comprar á precios exorbitantes (376).

Irritados por esos ultrajes é injusticias, esos bárbaros se sublevaron. En Salices, en la pequeña Escitia, consiguieron la primera victoria. Llenos de confianza en sí mismos, se arrojaron sobre la Tracia, la Tesalia y la Macedonia, incendiándolo y destruyéndolo todo

á su paso. Valente acudió para encadenar esa plaga destructora. Encontró á los bárbaros en Andrinópolis, y les dió una gran batalla en la que fué vencido (9 de agosto 378). Algunos dicen que murió de un flechazo; otros refieren que se refugió herido en la casa de un hombre del campo. Habiendo los godos pegado fuego á esa casa sin saber quién estaba en ella, Valente, como dice Jornandés, fué quemado con pompa real.

5. Advenimiento de Teodosio (379). — Graciano, que llegó á ser señor del mundo á la edad de diez y nueve años por la muerte de su tío Valente, temió llevar él solo tamaña carga. Tenía que reprimir al mismo tiempo las invasiones de los godos, de los germanos, de los persas y de los escotos, y no podía luchar contra tantos enemigos. Su discernimiento descubrió en el hijo del conde Teodosio un hombre capaz de remediar á los males del imperio. En la guerra contra los sármatas, todo el mundo había admirado el valor y talentos de ese joven guerrero, pero los celos de los cortesanos le habían privado de su valimiento. En el momento en que Graciano pensaba asociarlo al imperio, vivía retirado en una de sus tierras entre Segovia y Valladolid, trabajando en su jardín y dirigiendo la educación de sus hijos Arcadio y Honorio y de su hija Pulqueria.

Graciano lo llamó al poder soberano. Le dió las provincias gobernadas por Valente, y además la Dacia y la Macedonia (9 de enero 379), reservándose para sí las Galias, la España y la Bretaña. También mandaba en la Iliria occidental, en Italia y en África, aunque esos países no estaban más que de nombre bajo la autoridad de Valentiniano II, quien no tenía á la sazón más que ocho años.

6. Triunfos de Teodosio contra los godos. — Teodosio justificó admirablemente la confianza que Graciano le había manifestado. Restableció la disciplina entre las tropas, reanimó su valor, dejó que los godos se debilitasen á sí mismos por sus disensiones,

y cual otro Fabio salvó el imperio con sus prudentes dilaciones y su discreta lentitud. Al mismo tiempo que hacía respetar sus armas por los bárbaros, supo conciliarse su afecto. Uno de sus reyes, Atanarico, llegó á pedirle asilo en Constantinopla. Lo trató con tanta magnificencia como amistad, y habiendo muerto el bárbaro al cabo de quince días, le hizo funerales tan pomposos que los godos pidieron servir bajo sus banderas (382). Los acogió, los distribuyó por colonias numerosas en la Tracia, la Frigia y la Lidia, y se esforzó en civilizarlos por medio de la fe, haciéndoles predicar el Evangelio.

7. Revolución de la Bretaña. Muerte de Graciano (383). — Mientras que Teodosio pacificaba así el Oriente, y merecía la estimación y afecto de todos sus subditos, Graciano devolvía también la felicidad y la tranquilidad al Occidente. En todas partes protegía las ciencias y las letras que él mismo había cultivado con éxito bajo la dirección de su maestro Ausonio; favorecía á los católicos sin perseguir á los arrianos, y era amigo de San Ambrosio, obispo de Milán. Ese emperador, adornado de las más bellas virtudes, fué desgraciadamente víctima de una sedición. Un amigo y compatriota de Teodosio, llamado Máximo, irritado al ver frustrada su ambición, excitó á los soldados para que lo proclamasen emperador, y pasó de la Bretaña á las Galias con un ejército de treinta mil hombres. Graciano, sorprendido por esa rebelión impensada, y viéndose por otra parte abandonado de todos los suyos, huyó de París á Lyon. El gobernador de esta última ciudad no le abrió las puertas sino para venderlo mejor. Dióle una comida espléndida y lo hizo asesinar.

La España, la Galia, la Bretaña y todas las provincias sometidas á Graciano reconocieron á Máximo. El usurpador envió su primer gentilhombre á Teodosio para que lo justificase y obtuviese que éste lo reconociese por colega suyo. Prometió dejar tranquilo á

Valentiniano II, hermano de Graciano, y limitarse á los países que poseía. Teodosio tenía ya que contener á los hunos y á los sarracenos, y creyó que no debía empeñar en una guerra civil al extenuado imperio. aceptó, pues, el soberano que las circunstancias le imponían (385).

8. Nuevas usurpaciones de Máximo ; su muerte (388). — Pero Máximo no cumplió sus promesas. Valentiniano II, extraviado por los consejos de su madre Justina, se había declarado en favor de los Arrianos contra los católicos. Entonces se manifestó gran descontento en Italia, y el usurpador se aprovechó de esa ocasión; pasó los Alpes, y obligó á Valentiniano y su madre á huir de Milán á Tesalónica, en donde Teodosio los acogió con las consideraciones debidas á su desgracia. Sin embargo, vaciló largo tiempo en tomar partido contra Máximo y en declararle la guerra. Al fin, las instancias de Gala su esposa, y hermana de Valentiniano, vencieron todas sus resistencias. Reclutó tropas, recogió grandes sumas de dinero, y sin aceptar ni rechazar las proposiciones de Máximo, se adelantó por la Panonia, en cuyo país consiguió una primera victoria cerca del Save (388). Otra batalla al pie de los Alpes le abrió la Italia; luego persiguió á su rival con tanto vigor que lo encerró en Aquilea. La traición se lo entregó, y Teodosio ordenó su muerte por vengar la de Graciano.

9. Clemencia de Teodosio para con los habitantes de Antioquia (388). — En el momento en que Teodosio hacía levás de hombres y dinero para prepararse contra Máximo, se vió obligado á exigir contribuciones extraordinarias de sus súbditos para pagar á los soldados una gratificación que les había prometido. Los habitantes de Antioquia se sublevaron con este motivo, y echaron abajo las estatuas del emperador, las de sus hijos Arcadio y Honorio, así como la de Flacilla, su madre (388). Cuando se calmó la primera efervescencia, principiaron á temer la cólera

del príncipe. Un edicto había condenado á la ciudad á perder todos sus privilegios; sus teatros, circos y baños habían de cerrarse, y quedaba prohibido hacer al pueblo ninguna distribución de trigo. Eso era pronunciar la ruina de Antioquía. Ya por orden del emperador se levantaba un tribunal para juzgar á los nobles y á los principales ciudadanos que habían tomado parte principal en la rebelión.

Todos estaban llenos de terror cuando Flavio, obispo de Antioquía, salió para tratar de amortiguar la cólera de Teodosio. Durante ese tiempo, San Juan Crisóstomo daba á ese pueblo desgraciado los consuelos de la fe y lo exhortaba á la penitencia y á la resignación cristiana. La palabra elocuente de Flavio enterneció el corazón del emperador, quien concedió el perdón á la infeliz ciudad.

10. Degüello de Tesalónica (390). — Desgraciadamente Teodosio no usó de la misma generosidad para con los habitantes de Tesalónica. Habiendo sabido en Milán que los tesalonicenses se habían rebelado contra Botaric, su gobernador, lo habían asesinado junto con sus principales oficiales y arrastrado sus cadáveres por las calles para vengar la muerte de un cochero del circo, se enfureció y mandó exterminar á todos los ciudadanos de aquella ciudad, fuesen inocentes ó culpables. Convidáronles á los juegos de parte de Teodosio, y así que estuvo lleno el anfiteatro, los soldados se precipitaron en él y degollaron siete mil personas, según unos, quince mil, según otros.

San Ambrosio, obispo de Milán, escribió al emperador para reconvenirlo, avisándole que hasta expiar su crimen por la penitencia, no podría asistir á los santos misterios. Sin embargo, Teodosio se presentó en la iglesia. El obispo fué á recibirlo y le dijo : « Deteneos, príncipe, ¿ no sentís todavía la enormidad de vuestro pecado ? ¿ Cómo entraréis en el santuario del Dios terrible ? Vuestras manos están aún manchadas con sangre inocente. ¿ Os atreveréis á recibir el cuerpo

del Señor? Retiraos, y no seáis sacrilego después de haber sido homicida. » El emperador quiso excusar sus faltas comparándolas con las de David, que también fué homicida y adúltero. « Le habeis imitado en el pecado, respondió San Ambrosio, imitadlo en la penitencia. » Teodosio se sometió.

11. Carácter de Teodosio y de su legislación.

— Ese príncipe, que se había dejado cegar por la cólera y la venganza era sin embargo de carácter dulce y afable. Daba los empleos á los más dignos, y elegía sus amigos entre sus más estimables súbditos. No quiso jamás que se castigase á los que hablaban mal de su persona y gobierno. Habiendo sido descubierta una conspiración, perdonó á los conspiradores, y prohibió que se buscase á sus cómplices, exclamando : « ¡ Ojalá pudiera yo volver la vida á los muertos ! » Sus leyes, como también las de Graciano, son notables por su sabiduría y moderación. Reformó en las corporaciones de los artesanos los abusos que favorecían la corrupción y el pillaje, reprimió los desórdenes de los militares en los pueblos y campos, redujo las confiscaciones, tomó medidas contra los robos de todo género, impidió los arrestos arbitrarios, concedió treinta días al acusado para arreglar sus asuntos, y publicó algunos decretos para que las cárceles fuesen administradas y conservadas con orden y limpieza. Abolió el culto de los paganos, pero no por eso dejó de mostrarse tolerante con aquellos que estaban apegados á la antigua religión. La idolatría no era á sus ojos un motivo para alejarlos de las dignidades y empleos, y no condenó sino aquellas imágenes impuras y aquellos actos inmorales que toda sociedad ilustrada debe desterrar de su seno.

12. Rebelión y derrota de Arbogasto (392-394). — Mientras que Teodosio hacía así en su nombre y en el de Valentiano II la dicha del imperio, una revolución terrible trastornó el Occidente. Arbogasto, franco de nacimiento, á quien el favor de Teodosio

había elevado á los primeros puestos, empleó su crédito para dar los empleos más importantes de la Galia á hechuras suyas, y envolver de ese modo al desgraciado Valentiniano en una red de enemigos secretos. Habiéndose apercebido demasiado tarde de su cautiverio, el joven príncipe mandó al pérfido Arbogasto que hiciese dimisión de sus empleos : « Mi autoridad, contestó éste, no depende de la sonrisa ó de la amenaza de un monarca. » Algunos días después se encontró á Valentiniano muerto en su tienda de campaña (392).

Arbogasto colocó la diadema sobre la cabeza del maestre de los oficios; el retórico Eugenio, su confidente y amigo. Teodosio envió sus legiones bajo las órdenes de Estilicón y Timasio, sus generales, para combatir al usurpador. El bárbaro no era cristiano; había puesto en su estandarte la imagen de Hércules, y levantado sobre los desfiladeros de los Alpes julianos estatuas de oro de Júpiter tonante como para guardar su entrada. No por eso dejó Teodosio de forzar aquellos pasos con su impetuosidad acostumbrada, yendo en seguida á presentar batalla general á Arbogasto, no lejos de Aquilea. El choque fué terrible. Algunos aconsejaban á Teodosio la retirada : « ¡ Dios nos libre, replicó, de confesar así la debilidad de la cruz y atribuir tanto poder á Hércules ! » Triunfó su fe valerosa. Un viento impetuoso echó el polvo á la cara de los soldados de Arbogasto, y el ímpetu de los orientales rompió sus filas (394).

13. Muerte de Teodosio. División definitiva del imperio (395). — Los vencidos entregaron su emperador á Teodosio, con las manos atadas á la espalda, y le cortaron la cabeza en su presencia. Arbogasto anduvo errante por espacio de dos días, y, desesperado se suicidó. Teodosio entregó las estatuas de oro de Júpiter á los soldados que ambicionaban, según decían, los golpes de su rayo, y usó de clemencia para con todos los partidarios del usurpador. Habiendo nombrado á su hijo mayor, Honorio, emperador de

Occidente, quiso dar juegos espléndidos en Milán el día en que lo revistió de las insignias del poder soberano. Su salud estaba muy vacilante, y esa fiesta le causó tanto cansancio que expiró á la noche siguiente. Su hijo Arcadio le sucedió en Oriente, y el imperio quedó dividido irrevocablemente en dos partes.

14. Últimos años del imperio de Occidente (395-476). — Honorio vió turbado su imperio por las diferentes invasiones de los visigodos, que al mando de Alarico se apoderaron de Roma y fueron á establecerse en el sur de la Galia. Luego tembló todo el Occidente ante Atila, que Aecio derrotó en los campos cataláunicos (451), y que el papa San León alejó en seguida de Roma. Pero habiendo tenido el emperador Valentiniano III la debilidad de dar muerte á Aecio, no quedó en su imperio hombre alguno capaz de sostener su fortuna. Y como el senador Máximo asesinara á aquel desgraciado príncipe, los vándalos se precipitaron sobre la Italia, y sobre Roma para vengar aquel crimen (455).

A partir de esa época, el imperio de Occidente quedó sin tener fuerzas de elegir un dueño, y aceptó todos los que le dieron los bárbaros. Primeramente, el rey de los godos, Teodorico, hizo emperador á Avito, que era antes maestro de las milicias en la Galia. Ese extranjero desagradó á los romanos, y el suevo Ricimer lo depuso (456). En su lugar escogió á Mayoriano, que tenía más capacidad y energía. Durante los cinco años que estuvo en el trono, procuró volver á poner en vigor las antiguas leyes romanas, hizo reglamentos para disminuir los impuestos y devolvió su libertad á los decuriones. Un revés que sufrió contra Genserico le valió su desgracia (461). Ricimer, que se vió llamado una vez más á darle un sucesor, no dispuso de la púrpura sino en favor de hombres incapaces, con objeto de disfrutar mejor de su influencia. Así fué que, en los reinados de Severo, de Antemio y de Olibrio, guardó el poder durante once años, defen-

diendo como pudo el imperio contra los bárbaros. Llevóselo una cruel enfermedad, y seis meses después le siguió Olibrio á la tumba (472). El emperador de Oriente dió por soberano á Roma á Glicerio que no reinó más que un año y algunos meses (473-474). Tuvo por sucesor á Julio Nepote, que fué proclamado emperador en Roma el 14 de Junio de 474. Cuando supo algunos meses más tarde que el patricio Orestes, jefe de las legiones de Italia, había aceptado la corona imperial para su hijo Rómulo Augústulo, se llenó de terror y huyó á Dalmacia (475). El nuevo emperador no disfrutó mucho tiempo de su dignidad. Los bárbaros, que lo habían educado, pidieron á Orestes la tercera parte de las tierras. Habiéndose negado á ello, lo sitiaron en Pavía, bajo la dirección de su jefe, Odoacro. Orestes pereció; su hijo Augústulo destrozado y Odoacro, rey de los rútilos, saludado rey de Italia. Así acabó el imperio de Occidente (476).

QUESTIONARIO.

1. ¿Cuál fué el sucesor de Juliano? ¿Cuál fué su carácter? ¿Cuáles fueron sus actos? ¿Cuánto tiempo reinó?
2. ¿Por quién fué proclamado Valentiniano? ¿A quién asoció al imperio? ¿Cuál era el carácter de Valente? ¿Cómo trató á los obispos católicos? Refiera V. la entrevista de su prefecto Modesto con San Basilio? ¿Qué impresión produjo sobre Valente el lenguaje de ese grande obispo?
3. ¿Qué expediciones llevó á cabo Valentiniano? ¿Cómo trató á los grandes? ¿Cómo murió?
4. ¿Qué revolución se produjo entonces entre los bárbaros? ¿Qué falta cometió con los visigodos? ¿Dónde fué vencido Valente? ¿Cómo murió?
5. ¿Qué fué del imperio des-

(1) SUCESIÓN IMPERIAL desde Constantino: segunda familia flaviana, Constantino (306-337). — Sus hijos: Constantino (337-340), Constante (337-350), Constancio (337-361). — Juliano el Apóstata (360-363). — Joviniano (363-364). — Familia Valentiniana: Valentiniano I (364-375) y su hermano Valente (364-378); los hijos de Valentiniano: Graciano (375-385), Valentiniano II (375-392). Teodosio el Grande es el jefe de una nueva dinastía (379-395). Los últimos emperadores de Occidente fueron: Honorio (395-424), Valentiniano III (424-455), Máximo (455), Avito (455-457), Mayoriano (457-461), Severo (461-475), Antonio (467-472), Olibrio (472), Glicerio (473-474), Julio Nepote (474-475), Rómulo Augústulo, último emperador (475-476).

pués de la muerte de Valente?
¿A quién debió Teodosio su elevación? ¿Cuál fué por de pronto su departamento?

6. ¿Cómo justificó la confianza que le había demostrado Graciano? ¿Qué hizo para restablecer la disciplina militar? ¿Cómo trató á los bárbaros?

7. ¿Cuál era el carácter del gobierno de Graciano en Occidente? ¿Quién destronó á ese príncipe? ¿Cómo fué asesinado? ¿Por qué reconoció Teodosio al usurpador Máximo?

8. ¿Qué motivos lo obligaron después á traer armas contra él? ¿Dónde lo venció? ¿Cuál fué la suerte de Máximo?

9. ¿Por qué se rebelaron contra Teodosio los habitantes de Antioquía? ¿Qué edicto había dictado aquél contra dicha ciudad? ¿Por quién se dejó ablandar en su ira?

10. ¿Qué falta cometió con los habitantes de Tesalónica? ¿Qué carta le escribió sobre ese particular San Ambrosio? Refiera V. cómo obligó ese grande obispo al emperador á hacer penitencia.

11. ¿Cuál era el carácter de Teodosio? ¿Qué leyes fueron las más útiles que dictó?

12. ¿Qué rebelión estalló durante ese tiempo en Occidente? ¿Cómo se condujo el franco Arbogasto? ¿A quién había elegido como emperador? ¿Dónde fué derrotado?

13. ¿Qué fué de él y qué de su emperador? ¿Cómo dividió Teodosio su imperio? ¿Quiénes fueron sus dos sucesores?

14. ¿Qué fué del Occidente bajo el gobierno de Honorio? ¿Qué príncipe le sucedieron en el trono? ¿Quién derribó el imperio de Occidente? ¿Cuál fué su último emperador?

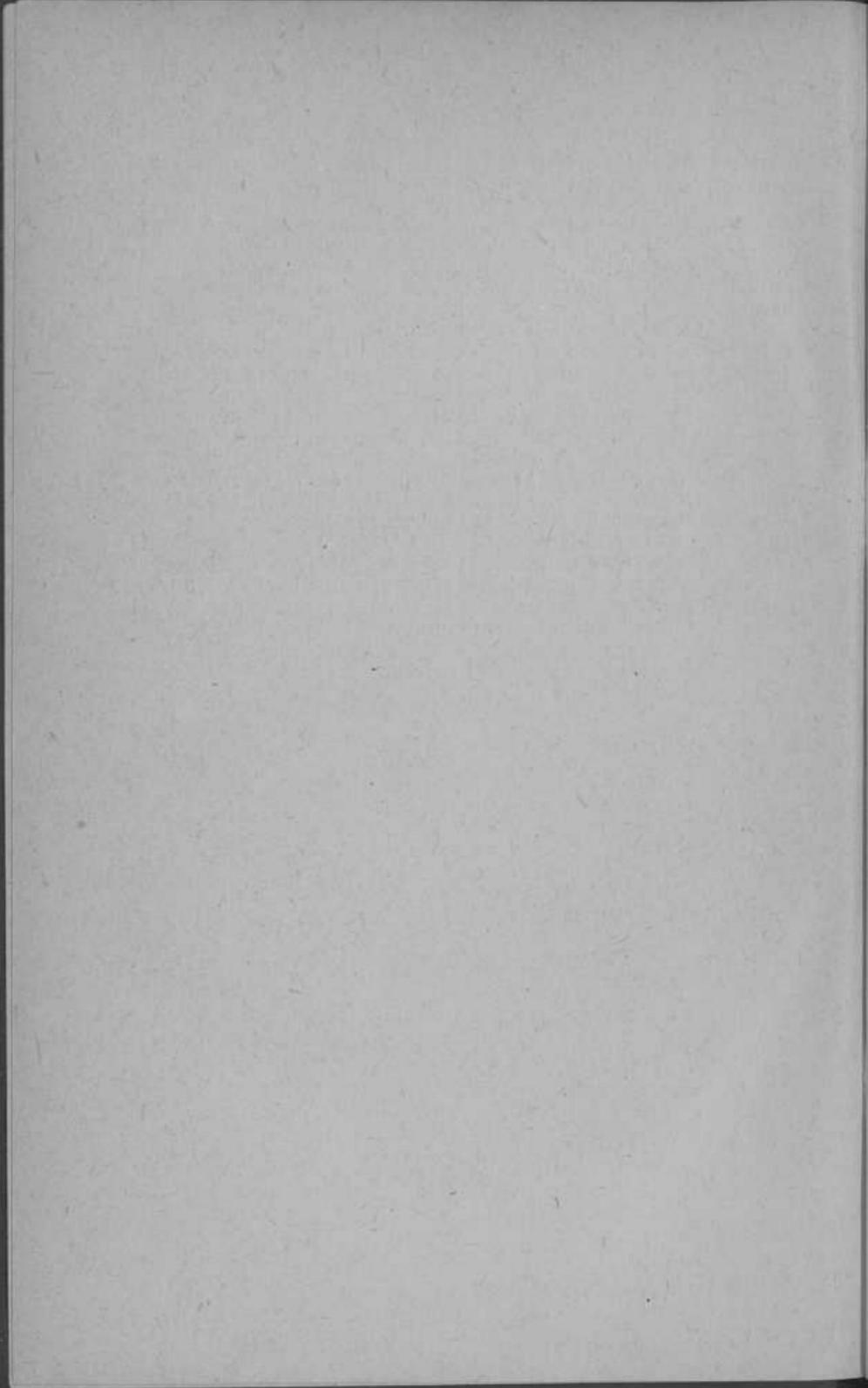


TABLA CRONOLOGICA.

Para los sincronismos de la historia romana, véanse los cuadros que van al fin de los dos volúmenes anteriores del curso. Esos cuadros llegan hasta la reducción de Grecia á provincia romana. A partir de esa época, no hay ya sincronismo propiamente dicho que establecer, toda vez que la dominación romana se hace universal.

AÑOS

ANTES DE J. C.

De 2206 á 992. — Italia es poblada por colonias venidas de diferentes regiones.

1158. — Fundación de Alba, capital del Lacio, por Ascaño, hijo de Eneas.

1050. — Establecimiento de los etruscos en Italia.

754. — Numitor, décimo rey de Alba, destronado por su hermano Amulio, es reemplazado sobre su trono por Rómulo y Remo sus hijos. — Fundación de Roma. — Asesinato de Remo. — Reinado de Rómulo.

749. — Rapto de las sabinas.

740. — Rómulo comparte el trono con Tacio, rey de los sabinos. — Triunfos de Rómulo contra los fidenates y los de Veyes.

715. — Muerte de Rómulo. — Interregno.

714. — Numa Pompilio, segundo rey.

672. — Tulo Hostilio, tercer rey.

667. — Combate de los Horacios y Curiáceos. — Alba es reunida á Roma.

640. — Anco Marcio, cuarto rey. Sus victorias contra los latinos.

614. — Tarquino el Mayor, quinto rey. — Engrandecimiento y embellecimiento de Roma.

578. — Asesinato de Tarquino. — Servio Tulio, sexto rey. — Institución de censo. — División del pueblo en clases y en centurias.

534. — Tarquino el soberbio, séptimo rey. — Su tiranía. — Sus guerras. — Sus triunfos. — Lucrecia, Colatino, Bruto. — Destierro de Tarquino.

510. — República romana. — Bruto y Colatino cónsules. — Conspiración suscitada por Tarquino. — Destierro de Colatino. — Valerio Publícola, cónsul, vencedor de Veyes.

507. — Invasión de Porsenna. — Horacio Cocles.

496. — Titio Larcio, primer dictador. — Batalla del lago Regilio.

495. — Muerte de Tarquino. — Establecimiento del tribunalado. — Guerra contra los volscos.

492. — Creación del tribunalado.

485. — Coriolano. — Su destierro. — Su muerte. — Primera proposición de la ley agraria.

477. — Abnegación de los trescientos seis. — Fabio. — Turbulencias interiores.

462. — Ley Terentilia. — Sorpresa del Capitolio por el sabino Herdonio.

454. — Hazañas de Cincinato.

452. — Decenvirato. — Leyes de las Doce Tablas. — Tiranía de los decenviros.

449. — Muerte de Virginia. — Abolición del decenvirato.

444. — Tribunos militares reemplazan á los cónsules.
 442. — Creación de la censura.
 435 á 426. — Guerras contra los pueblos vecinos.
 405. — Sitio de Veyes que dura diez años. — Paga establecida para el ejército.
 395. — Toma de Veyes por el dictador Camilo. — Su destierro.
 390. — Invasión de los galos. — Toma de Roma. — Hazañas de Camilo.
 382. — Conspiración de Manlio. — Su muerte.
 367. — Camilo rechaza una nueva invasión de los galos.
 366. — Elección del primer cónsul plebeyo. — Unión de los dos órdenes.
 349. — Últimas invasiones de los galos — Tregua de cincuenta años.
 340. — Guerra contra los samnitas. — Batalla de Veseris. — Conquista del Lacio.
 321. — Sorpresa de los romanos en las horcas Caudinas. — Venganza de los romanos.
 313. — Liga contra Roma.
 309. — Batalla del lago Vadimón.
 290. — Sumisión de los samnitas.
 282. — Guerra contra los tarentinos. — Pirro, rey de Epiro, su aliado, derrota á los romanos en Heráclea.
 279. — Segunda victoria de Pirro en Ásculo. — Expedición de ese príncipe á Sicilia. — Derrota de los tarentinos.
 274. — Vuelta de Pirro á Italia. — Es vencido en Benevento.
 265. — La sumisión de los talentinos y de los ombrienses completa la conquista de Italia.
 264. — Primera guerra Púnica.
 260. — Primera victoria naval de los romanos.
 256. — Régulo en África. — Su muerte.
 249. — Triunfos y reveses en Sicilia. — Derrota de la escuadra romana cerca de Drepana.
 241. — Batalla de las islas Egates. — La Sicilia es reducida á provincia romana. — Fin de la primera guerra Púnica.
 239. — La Cerdeña es arrancada por los romanos á los cartagineses.
 222. — Sumisión de la Insubria.
 221. — Conquista de la Istria.
 219. — Toma de Sagunto por Aníbal.
 218. — Segunda guerra Púnica. — Batallas del Tesino y de Trebia.
 217. — Batalla de Trasimena.
 216. — Batalla de Cannas. — Filipo, rey de Macedonia se alia con los cartagineses. — Es vencido por los romanos. — Aníbal en Capua.
 212. — Los dos Escipiones son vencidos en España.
 210. — El menor de los Escipiones somete la España.
 207. — Muerte de Asdrúbal. — Batalla del Metauro. — Aníbal se retira al Brucio.
 202. — Aníbal es llamado á Cartago. — Batalla de Zama ganada por Escipión el Africano. — Fin de la segunda guerra Púnica.
 201. — Guerra de los romanos contra Filipo III, rey de Macedonia.
 197. — Batalla de Cinoscéfalo. — El cónsul Flaminio proclama la libertad de Grecia.
 192. — Guerra contra Antioco, rey de Siria. — Emigración de los boyos.
 191. — Batalla de las Termópilas.
 190. — Batalla de Magnesia ganada por Lucio Escipión.
 184. — Célebre censura de Catón, que introdujo reformas útiles.
 183. — Muerte de Filopemen, de Aníbal y de Escipión. — Sumisión de la Galia Cisalpina.

472. — Guerra de los romanos contra Perseo, rey de Macedonia.
 168. — Perseo vencido en Pidna por el cónsul Paulo Emilio. — Conquista de la Iliria. — Los reyes se inclinan ante Roma.
 163. — Sumisión de los ligures.
 149. — Tercera guerra Púnica. — Viriato se pone al frente de los lusitanos y hace la guerra a Roma.
 148. — Reducción de la Macedonia a provincia romana.
 146. — Los romanos, después de haberse hecho dueños de la administración de todas las ciudades de Grecia, reducen ese Estado a provincia romana. — Los romanos toman a Cartago y la destruyen.
 143. — El África es reducida a provincia romana. — Sitio de Numancia.
 140. — Viriato es asesinado.
 133. — Toma y destrucción de Numancia. — Tiberio Graco es elegido tribuno. — Reproduce la ley agraria y es asesinado con trescientos de sus partidarios.
 130. — Lucha entre el pueblo y la nobleza.
 129. — Reducción del reino de Pérgamo a provincia romana.
 123. — Cayo Graco, elegido tribuno, continúa los trabajos de su hermano. — Oposición del senado.
 121. — Muerte de Cayo Graco.
 113. — Yugurta se apodera de la Numidia.
 112. — Principio de la guerra contra Yugurta. — Reveses de los romanos.
 114. — Invasión de los cimbrós y teutones en la Galia.
 106. — El cónsul Mario, vencedor de Yugurta, reduce la Numidia a provincia romana.
 103. — Derrota de los teutones cerca de Aix.
 102. — Derrota de los cimbrós en las llanuras de Verceil.
 91. — Principio de la guerra Social. — Rivalidad de Mario y de Sila.
 88. — Guerra contra Mitrídates, rey del Ponto. — Sila recibe el mando del ejército. — Destierro de Mario.
 87. — Batalla de Queronea.
 86. — Batalla de Orcomeno. — Triunfo de Mario. — Es nombrado cónsul por séptima vez. — Su muerte.
 84. — Vuelta de Sila a Italia. — Guerra civil.
 83. — Sila en Roma. — Nuevas proscripciones. — Guerra contra Sertorio en España.
 82. — Sila dictador perpetuo. Sus reformas en el gobierno.
 79. — Abdicación de Sila. — Pompeyo es enviado a España.
 78. — Muerte de Sila.
 73. — Asesinato de Sertorio. — Victoria de Pompeyo. — Revolución de Espartaco.
 71. — Derrota y muerte de Espartaco.
 67. — Guerra contra los piratas. — Poder de Pompeyo.
 66. — Pompeyo vencedor de Mitrídates.
 64. — Fin de Mitrídates. — Conquistas de la Siria y de la Palestina.
 63. — Conjuración de Catilina. — Consulado de Cicerón.
 60. — Primer triunvirato formado por César, Pompeyo y Craso.
 59. — Consulado de César.
 58. — Tribunado de Clodio. — Es desterrado Cicerón. — Primeras victorias de César en las Galias.
 53. — Vercingetórix excita un levantamiento en las Galias. — Craso muere en una expedición contra los partos.
 51. — Sumisión completa de la Galia.
 49. — Guerra civil entre César y Pompeyo. — César somete la Italia y la España.

48. — Batalla de Farsalia. — Muerte de Pompeyo. — César en Egipto.
 47. — César dictador.
 45. — Batalla de Munda.
 44. — Asesinato de César, — Antonio. — Octavio. — Guerra civil.
 43. — Segundo triunvirato. — Nuevas proscripciones.
 42. — Batalla de Filipos. — Muerte de Casio y de Bruto.
 41. — Antonio y Octavio se reparten el mundo. — Antonio y Cleopatra.
 39. — Nuevo reparto del mundo efectuado en Brindes; Antonio obtiene el Oriente, Octavio el Occidente, y Lépido el África. Sexto Pompeyo, dueño del mar.
 36. — Derrota y muerte de Sexto Pompeyo.
 35. — Expedición de Antonio contra los partos. — Deposition de Lépido.
 32. — Lucha de Octavio contra Antonio.
 31. — Batalla de Actium. — Huida de Cleopatra y de Antonio.
 30. — El Egipto es reducido á provincia romana. — Octavio, primer emperador romano, bajo el nombre de Augusto.
 20. — Sumisión de España sublevada.
 15. — Hazañas de Druso en Germania.
 4. — Augusto cierra el templo de Jano. — Nacimiento de J. C.

AÑOS

DESPUÉS DE J. C.

8. — Augusto adopta á Tiberio.
 9. — Derrota y muerte de Varo.
 14. — Muerte de Augusto. — Advenimiento de Tiberio.
 18. — Hace envenenar a Germánico cuya rivalidad temía.
 22. — Sejano gobierna á Tiberio y al imperio.
 31. — Tiberio descubre la traición de Sejano y ordena su suplicio.
 33. — Poncio Pilato, gobernador de la Judea. — Establecimiento del Cristianismo.
 37. — Calígula, hijo de Germánico, sucede á Tiberio.
 40. — Expedición de Calígula á la Germania.
 41. — Claudio sucede á Calígula, que es asesinado por Quereas.
 43. — Expedición de Claudio á Bretaña. — Influencia de Mesalina y de los libertos en el gobierno.
 44. — La Judea es reunida al imperio.
 48. — Muerte de Mesalina. — Claudio se casa con Agripina su sobrina y adopta á Nerón.
 54. — Los galos son admitidos en el senado. — Muerte de Claudio; Nerón emperador.
 56. — Nerón envenena á Británico.
 57. — Corbulón vencedor de los partos.
 59. — Nerón hace asesinar á su madre.
 65. — Incendio de Roma.
 68. — Rebelión de Vindex y de Galba. — Nerón es destronado y se hace matar. Galba emperador: es envenenado. — Sucédele Otón, quien pierde la batalla de Bedriac y se da muerte (69).
 69. — Vitelio emperador. — Le sucede Vespasiano.
 70. — Civilis hace que se subleven los bátavos. — Toma y destrucción de Jerusalén.
 79. — Tito emperador.
 81. — Domiciano sube al trono.
 84. — Agricola somete la Gran Bretaña.
 86. — El emperador, vencido por Decéballo, rey de los dacios, compra la paz.

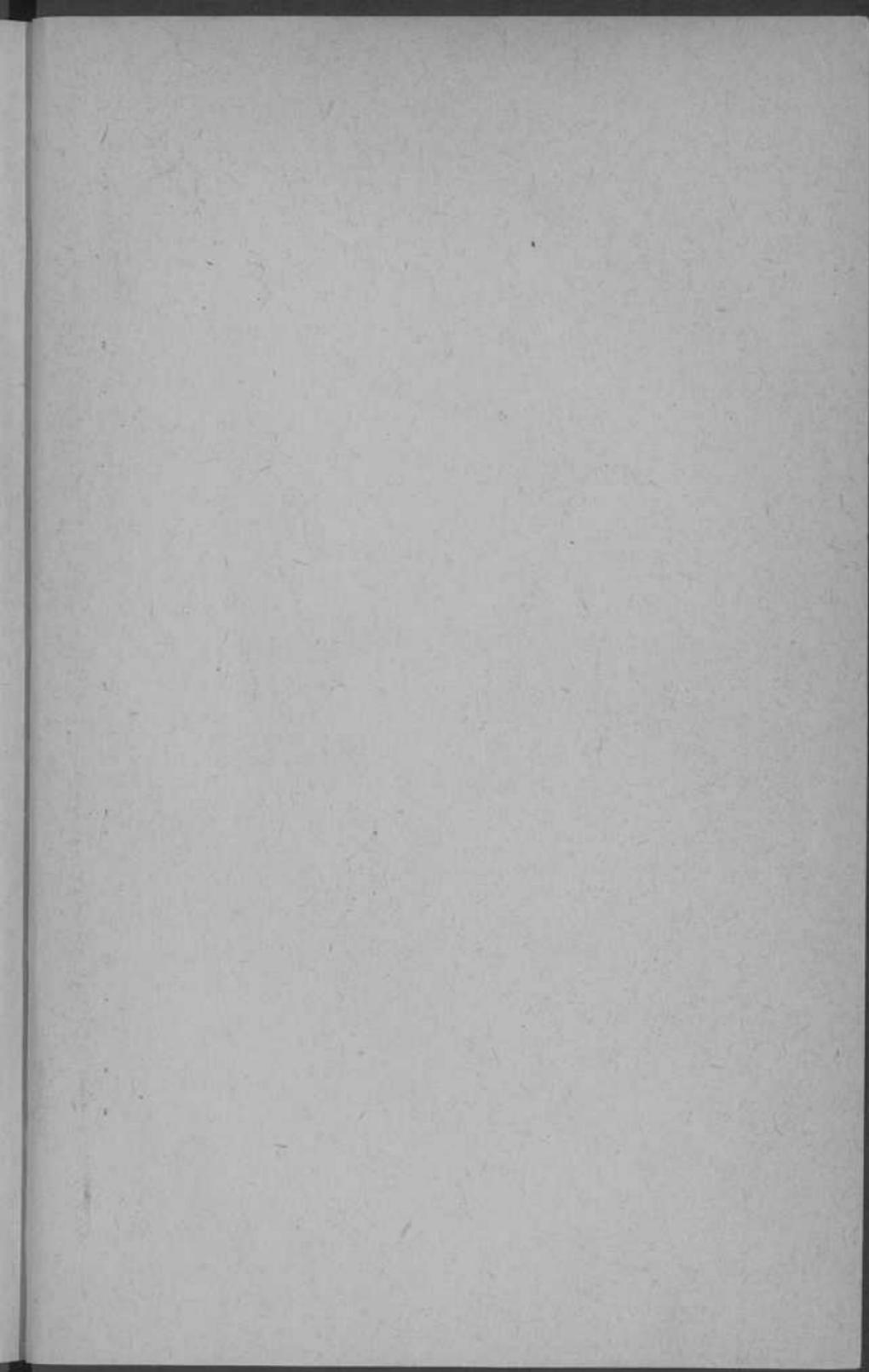
96. — Persecución contra los cristianos. — Nerva pone término á las persecuciones.
98. — Asocia á Trajano al imperio y lo designa como su sucesor.
101. — Victorias de Trajano sobre los dacios.
106. — La Dacia es reducida á provincia romana. — Erección de la columna Trajana. — Persecución contra los cristianos.
107. — La Armenia y los países vecinos reducidos á provincia romana. — Los indios solicitan la alianza de Trajano.
117. — Muerte de Trajano en Selinonta de Cilicia. — Sucédele Adriano. Abandona las conquistas de Trajano sobre los partos.
120. — Recorre todas las provincias del imperio, y hace elevar una muralla al norte de la Gran Bretaña para contener á los caledonios.
131. — Publicación del Edicto perpetuo. — Jerusalén es reedificada bajo el nombre de *Ælia Capitolina* (135).
138. — Muerte de Adriano. — Paz general bajo Antonino Pío, su sucesor.
161. — Marco Aurelio asocia al imperio á Lucio Vero. — Vero hace la guerra á los partos.
166. — Invasión de los bárbaros en Italia.
168. — Muerte de Vero.
175. — Casio quiere usurpar el imperio; es asesinado por sus tropas.
177. — Guerra de Marco Aurelio sobre el Danubio.
180. — Cómodo sucede á Marco Aurelio. — Hace la paz con los bárbaros.
186. — El imperio es abandonado á los cortesanos.
192. — Conspiración contra Cómodo. Es asesinado. — Pertinax restablece el orden en el Estado.
193. — Didio Juliano compra el imperio. — Albino, Níger y Septimio Severo.
194. — Septimio Severo es reconocido emperador. Marcha contra Níger y lo derrota.
197. — Derrota y muerte de Albino. — Guerra contra los partos.
211. — Muerte de Severo. — Sucédenle sus dos hijos, Caracalla y Geta.
212. — Caracalla da de puñalada á su hermano y reina con crueldad.
217. — Macrino, elegido por el senado, compra la paz con los partos.
218. — Elagabalo ó Heliogabalo. — Su corrupción.
222. — Alejandro Severo introduce felices reformas.
232. — Los persas sublevados son vencidos por Alejandro.
235. — Guerra contra los germanos. — Alejandro es asesinado por Maximino, que le sucede.
238. — Los dos Gordianos. — Máximo y Balbino. — Muerte de Maximino. — Gordiano III.
244. — Gordiano III es destronado por Filipo. — Paz con Persia.
249. — Decio destrona á Filipo. — Persecución contra los cristianos.
251. — Batalla contra los godos. — Muerte de Decio.
253. — Valeriano persigue á los cristianos.
259. — Guerra contra los persas. — Valeriano es hecho prisionero. — Galiano y los treinta tiranos.
260. — Los francos invaden la Galia. — Invasión de los bárbaros.
268. — Galiano es muerto por sus oficiales. — Claudio II deshace á los godos.
270. — Aureliano triunfa de los bárbaros, que invaden el imperio.
275. — Tácito gobierna con prudencia y restaura la autoridad del senado.
276. — Probo. — Victorias obtenidas sobre los francos y los sármatas.
281. — Probo ocupa á sus soldados en desbrozar la tierra en la Galia y en España.
282. — Caro bate á los sármatas y á los persas. — Asocia al imperio á sus hijos Carino y Numeriano. — Es asesinado.

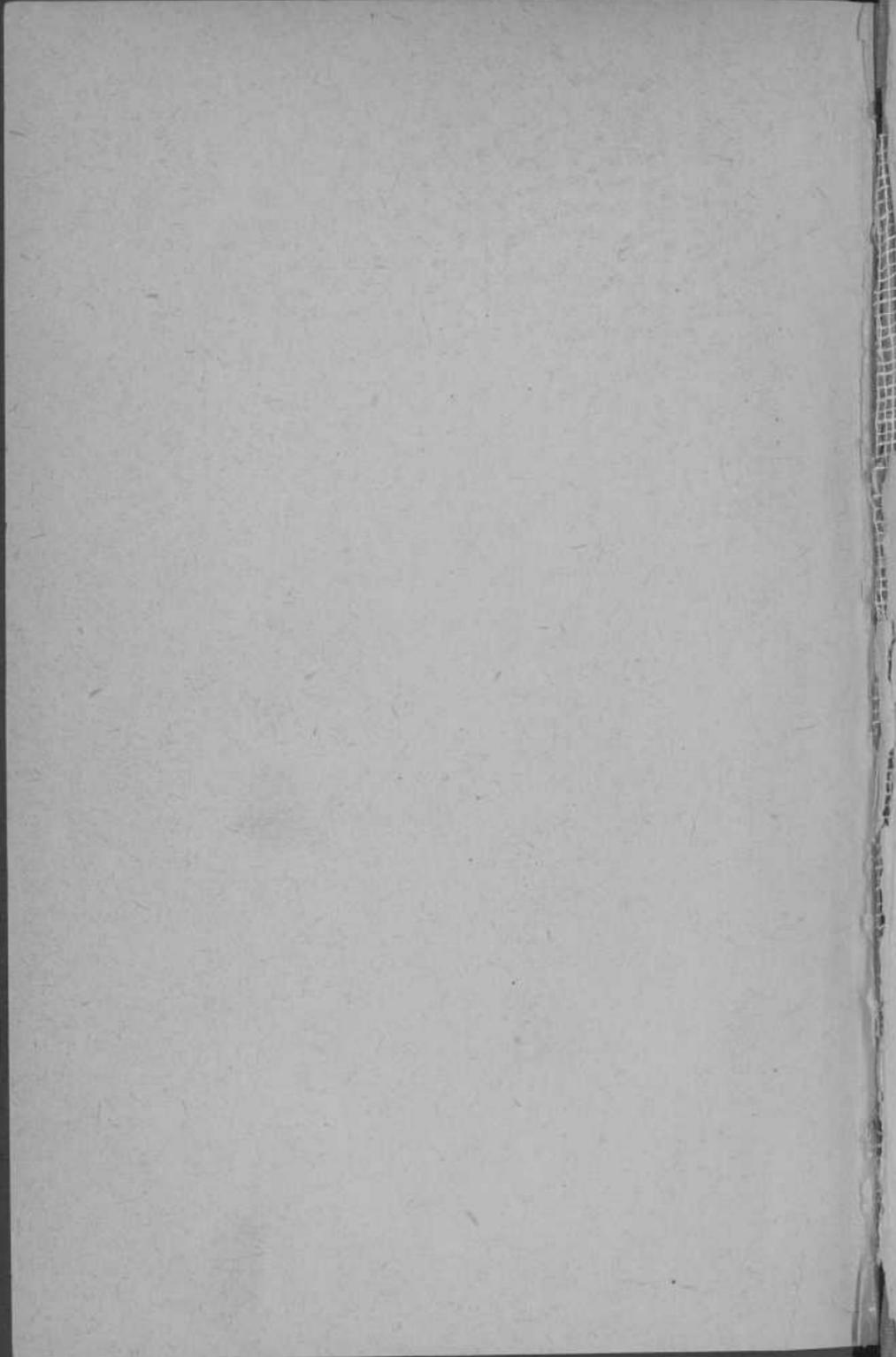
284. — Diocleciano y Maximiano. — Victorias de Maximiano en la Galia.
 292. — Diocleciano debilita el imperio dividiéndolo. — Tetrarquía. — Galerio y Constancio Cloro. — Victorias de Constancio Cloro.
 303. — Persecución de Diocleciano contra los cristianos.
 305. — Abdicación de Diocleciano y de Maximiano. — Severo y Maximino II son creados Césares.
 306. — Muerte de Constancio Cloro. — Sucédele su hijo Constantino. — Última persecución.
 312. — Constantino abraza el cristianismo.
 324. — Constantino único emperador. — Los godos piden la paz.
 326. — Fundación de Constantinopla. — Constantino cambia la división y el gobierno del imperio. — Reparte sus Estados entre sus tres hijos.
 337. — Muerte de Constantino. — Constantino II, Constancio y Constante, emperadores.
 340. — Guerra entre Constantino II y Constante. — Muerte de Constantino II.
 350. — Rebelión en Occidente. — Magnencio hace perecer a Constante.
 351. — Batalla de Mursa. — Maxencio se da muerte.
 355. — Juliano es creado César. Bate a los alemanes y se establece en Lutecia.
 360. — Juliano toma el título de Augusto; marcha contra Constancio y sabe su muerte (361).
 361. — Juliano persigue a los cristianos, cierra sus escuelas y despoja las iglesias.
 363. — Guerra contra los persas. — Muerte de Juliano. — Joviano firma con los persas un tratado vergonzoso.
 364. — Valentiniano emperador de Occidente; Valente emperador de Oriente.
 366. — Derrota de los francos y de los alemanes. — Hazañas de Teodosio en la Gran Bretaña.
 375. — Muerte de Valentiniano I. — Graciano y Valentiniano II se reparten el Occidente. — Los godos vasallos del imperio.
 378. — Muerte de Valente en la batalla de Andrinópolis.
 379. — Advenimiento de Teodosio. — Paz con Persia.
 383. — Graciano asesinado por el usurpador Maximo.
 388. — Maximo vencido por Teodosio. — Valentiniano II, único emperador de Occidente, firma la paz con los francos. — Teodosio derriba los templos de los paganos y sus ídolos.
 390. — Matanzas de Tesalónica. — Penitencia de Teodosio.
 392. — Valentiniano II es asesinado por Arbogasto. — Eugenio emperador de Occidente.
 394. — Batalla de Aquilea. — Eugenio prisionero. — Muerte de Arbogasto. — Honorio, hijo de Teodosio, emperador de Occidente.
 395. — Muerte de Teodosio en Milán. — Reparto definitivo del imperio. — Arcadio emperador de Oriente. — Honorio emperador de Occidente.

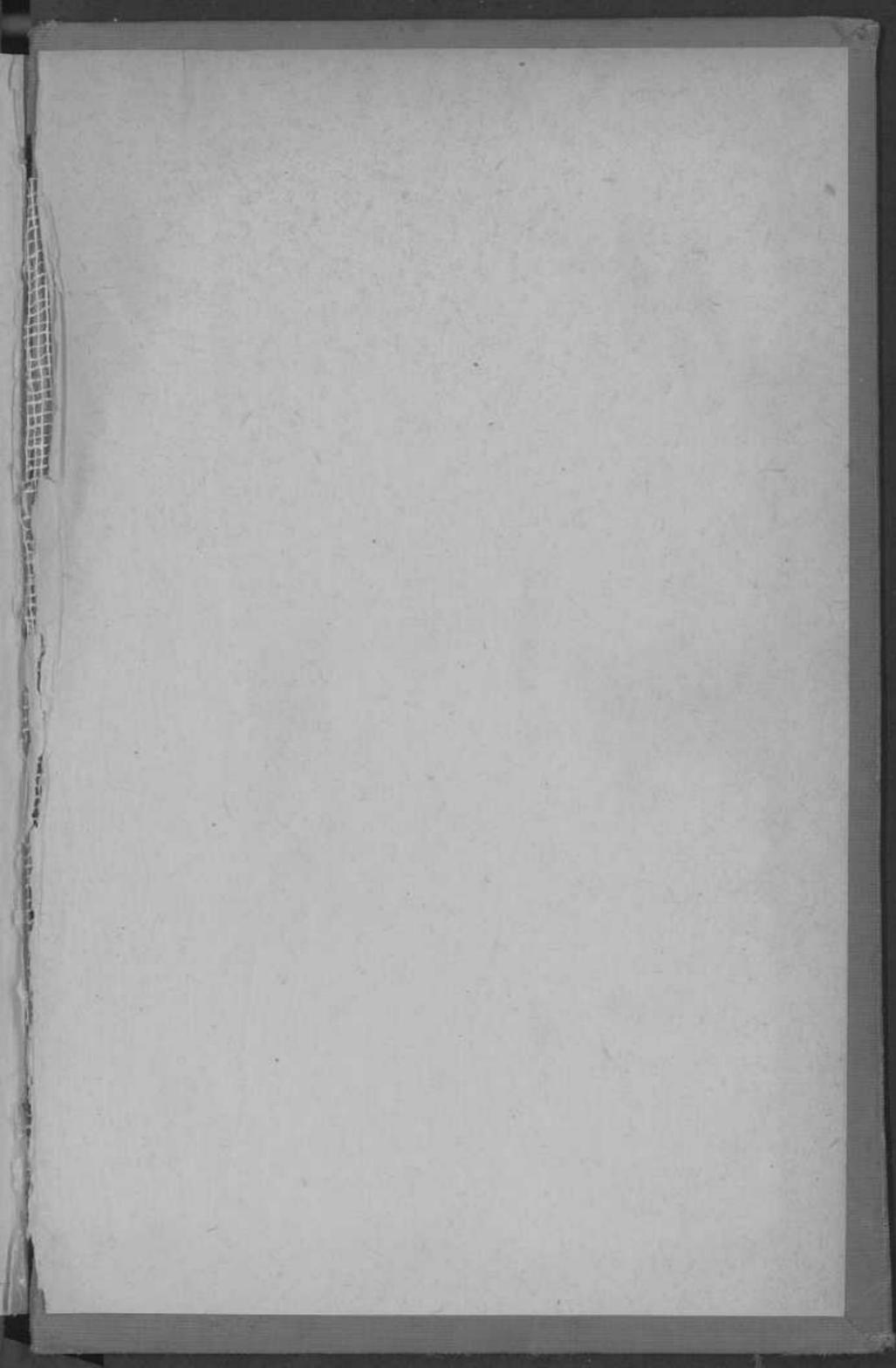
ÍNDICE.

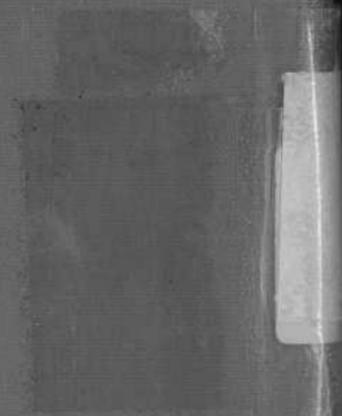
I. — Geografía física de la Italia, antiguas poblaciones. — Los etruscos. — Las colonias griegas.....	1
II. — Fundación de Roma. — Los reyes y el senado.	7
III. — Instituciones primitivas. — El senado. — Nociones sobre la religión romana.....	12
IV. — Abolición de la monarquía. — Los patricios y los plebeyos. — El consulado. — La dictadura. — Lucha entre los dos órdenes. — El tribunado. — Comicios por curias, por centurias y por tribus.....	43
V. — Legislación de los decenviros. — La censura. — Igualdad de los dos órdenes. — Formación de la nobleza.....	52
VI. — Historia exterior de Roma. — Guerras de Roma contra los latinos, los galos, los samnitas y Pirro.....	66
VII. — Organización militar de los romanos. — Colonias romanas.....	99
VIII. — Cartago. — Primera guerra púnica.....	109
IX. — Segunda guerra púnica. — Victorias de Aníbal.	132
X. — Continuación de la guerra en Italia, en Sicilia, en España y en África. — Escipión. — Batalla de Zama.....	140
XI. — Guerra contra la Macedonia y contra Antioco..	152
XII. — Guerra contra la Macedonia y la Grecia. — Batalla de Pidna.....	163
XIII. — Tercera guerra púnica. — Reducción del reino de Pérgamo á provincia romana.....	173
XIV. — Conquistas en Occidente. — Formación de las provincias de la Galia Cisalpina, de España y de la Galia Narbonense.....	179
XV. — Historia interior de Roma. — Consecuencias de las conquistas. — El <i>Ager publicus</i> . — Las leyes agrarias. — Los Gracos.....	189

XVI. — Mario y Sila.....	207
XVII. — Historia interior y exterior de Roma desde la muerte de Sila hasta el primer triunvirato...	223
XVIII. — Primer triunvirato: Pompeyo, César y Craso. — Consulado de César. — Conquista de la Galia. — Guerra contra los partos.....	236
XIX. — Guerra civil. — Dictadura de César; sus reformas y sus proyectos.....	250
XX. — Cicerón y Antonio. — Fin del gobierno republicano.....	261
XXI. — Reinado de Augusto. — Organización del gobierno imperial. — Límites del imperio. — Administración de las provincias. — Comercio y caminos. — Letras y artes. — Nacimiento y progresos del cristianismo. — Persecuciones. — Lucha contra los germanos...	274
XXII. — De los emperadores de la familia de Augusto. Los Flavios. — Ruina de Jerusalén. — Conquista de la Gran Bretaña.....	294
XXIII. — Los Antoninos. — Conquistas de Trajano. — Adriano. — Gobierno interior; el senado. — El consistorio. — Administración de las provincias. — Los grandes jurisconsultos. — Extensión del derecho de ciudadanía romana.	326
XXIV. — De las letras y de las artes desde la muerte de Augusto hasta el reinado de Marco Aurelio.	341
XXV. — Los emperadores sirios. — La anarquía militar. — Aureliano. — Probo.....	347
XXVI. — Concilio de Nicea. — Organización de la Iglesia cristiana.....	365
XXVII. — Diocleciano. — Cambios en el gobierno y en la administración. — Constantino. — Fundación de Constantinopla.....	374
XXVIII. — Tentativa de Juliano. — Lucha contra los germanos y los persas. — Reinado de Teodosio.	393
Tabla cronológica de la historia romana.....	415









DRIOUX

HISTORIA

ROMANA

20264